

Perú, 19/1/79

Querida Ana:

Julio Cortázar

Y

Sus

Cuentos

Inolvidables

Gracias por el envío de Semana. La edición que me hasido ha quedado muy bien hecha en cuanto las circunstancias lo permiten. He leído muy en cuenta los cuentos y espero que los lectores disfruten de la doble ambigüedad de los trabajos y de la ambigüedad de los trabajos.

Gracias otra vez, en un abrazo muy cordial de tus amigos

Julio
Cortázar

Los textos en este volumen se han reunido de diversas fuentes:

<http://www.ciudadseva.com/>

<http://www.roland557.com/>

<http://www.cuentosinfin.com/>

<http://www.literatura.us/>

http://hogranch.com/mayer/hemingway_fiftygrand.html

El cuento de *Fifty Grand no* se encontró en español y se agregó en inglés, por lo mismo se pone el cuento en español *Los asesinos* ya que también se menciona en la conferencia.

Julio Cortázar y sus cuentos inolvidables

Antología de

Edgar Alan Poe * León Tolstói * Ambrose Bierce
Henry James * Guy de Maupassant
Isak Dinesen * Katherine Mansfield
Ernest Hemingway * Jorge Luis Borges
Felisberto Hernández * Juan Carlos Onetti
Leonora Carrington * Truman Capote

Algunos aspectos del cuento

(Publicado originalmente en *Diez años de la revista "Casa de las Américas"*, n° 60, julio 1970, La Habana)

Me encuentro hoy ante ustedes en una situación bastante paradójica. Un cuentista argentino se dispone a cambiar ideas acerca del cuento sin que sus oyentes y sus interlocutores, salvo algunas excepciones, conozcan nada de su obra. El aislamiento cultural que sigue perjudicando a nuestros países, sumado a la injusta incomunicación a que se ve sometida Cuba en la actualidad, han determinado que mis libros, que son ya unos cuantos, no hayan llegado más que por excepción a manos de lectores tan dispuestos y tan entusiastas como ustedes. Lo malo de esto no es tanto que ustedes no hayan tenido oportunidad de juzgar mis cuentos, sino que yo me siento un poco como un fantasma que viene a hablarles sin esta relativa tranquilidad que da siempre el saberse precedido por la labor cumplida a lo largo de los años. Y esto de sentirse como un fantasma debe ser ya perceptible en mí, porque hace unos días una señora argentina me é aseguró en el hotel Riviera que yo no era julio Cortázar, y ante mi estupefacción agregó que el auténtico Julio Cortázar es un señor de cabellos blancos, muy amigo

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

de un pariente suyo, y que no se ha movido nunca de Buenos Aires. Como yo hace doce' años que resido en París, comprenderán ustedes que mi calidad espectral se ha intensificado notablemente después de esta revelación. Si de golpe desaparezco en mitad de una frase, no me sorprenderé demasiado; y a lo mejor salimos todos ganando.

Se afirma que el deseo más ardiente de un fantasma es recobrar por lo menos un asomo de corporeidad, algo tangible que lo devuelva por un momento a su vida de carne y hueso. Para lograr un poco de tangibilidad ante ustedes, voy a decir en pocas palabras cuál es la dirección y el sentido de mis cuentos. No lo hago por mero placer informativo, porque ninguna reseña teórica puede sustituir la obra en sí; mis razones son más importantes que ésa. Puesto que voy a ocuparme de algunos aspectos del cuento como género literario, y es posible que algunas de mis ideas sorprendan o choquen a quienes las lean, me parece de una elemental honradez definir el tipo de narración que me interesa, señalando mi especial manera de entender el mundo. Casi todos los cuentos que he escrito pertenecen al género llamado fantástico por falta de mejor nombre, y se oponen a ese falso realismo que consiste en creer que todas las cosas pueden describirse y explicarse como lo daba por sentado el optimismo filosófico y científico del siglo XVIII, es decir, dentro de un mundo regido más o menos armoniosamente por un sistema de leyes, de principios, de relaciones de causa y efecto, de psicologías definidas, de geografía bien cartografiadas. En mi caso, la sospecha de otro orden más secreto y menos comunicable, y el fecundo descubrimiento de Alfred Jarry, para quien el verdadero estudio de la realidad no residía en las leyes sino en las excepciones a esas leyes, han sido algunos de los principios orientadores de mi búsqueda personal de una literatura al margen de todo realismo demasia-

JULIO CORTÁZAR

do ingenuo. Por eso, si en las ideas que siguen encuentran ustedes una predilección por todo lo que en el cuento es excepcional, trátense de los temas o incluso de las formas expresivas, creo que esta presentación de mi propia manera de entender el mundo explicará mi toma de posesión y mi enfoque del problema. En último extremo podrá decirse que solo he hablado del cuento tal y como yo lo practico. Y sin embargo, no creo que sea así. Tengo la certidumbre de que existen ciertas constantes, ciertos valores que se aplican a todos los cuentos, fantásticos o realistas, dramáticos o humorísticos. Y pienso que tal vez sea posible mostrar aquí esos elementos invariables que dan a un buen cuento su atmósfera peculiar y su calidad de obra de arte.

La oportunidad de cambiar ideas acerca del cuento me interesa por diversas razones. Vivo en un país —Francia— donde este género tiene poca vigencia, aunque en los últimos años se nota entre escritores y lectores un interés creciente por esa forma de expresión. De todos modos, mientras los críticos siguen acumulando teorías y manteniendo enconadas polémicas acerca de la novela, casi nadie se interesa por la problemática del cuento. Vivir como cuentista en un país donde esta forma expresiva es un producto casi exótico, obliga forzosamente a buscar en otras literaturas el alimento que allí falta. Poco a poco, en sus textos originales o mediante traducciones, uno va acumulando casi rencorosamente una enorme cantidad de cuentos del pasado y del presente, y llega el día en que puede hacer un balance, intentar una aproximación valorativa a ese género de tan difícil definición, tan huidizo en sus múltiples y antagónicos aspectos, y en última instancia tan secreto y replegado en sí mismo, caracol del lenguaje, hermano misterioso de la poesía en otra dimensión del tiempo literario.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Pero además de ese alto en el camino que todo escritor debe hacer en algún momento de su labor, hablar del cuento tiene un interés especial para nosotros, puesto que casi todos los países americanos de lengua española le están dando al cuento una importancia excepcional, que jamás había tenido en otros países latinos como Francia o España. Entre nosotros, como es natural en las literaturas jóvenes, la creación espontánea precede casi siempre al examen crítico, y está bien que así sea. Nadie puede pretender que los cuentos solo deban escribirse luego de conocer sus leyes. En primer lugar, no hay tales leyes; a lo sumo cabe hablar de puntos de vista, de ciertas constantes que dan una estructura a ese género tan poco incasillable; en segundo lugar los teóricos y los críticos no tienen por qué ser los cuentistas mismos, y es natural que aquellos solo entren en escena cuando exista ya un acervo, un acopio de literatura que permita indagar y esclarecer su desarrollo y sus cualidades. En América, tanto en Cuba como en Méjico o Chile o Argentina, una gran cantidad de cuentistas trabaja desde comienzos de siglo, sin conocerse entre sí, descubriéndose a veces de manera casi póstuma. Frente a ese panorama sin coherencia suficiente, en el que pocos conocen a fondo la labor de los demás, creo que es útil hablar del cuento por encima de las particularidades nacionales e internacionales, porque es un género que entre nosotros tiene una importancia y una vitalidad que crecen de día en día. Alguna vez se harán las antologías definitivas -como las hacen los países anglosajones, por ejemplo- y se sabrá hasta dónde hemos sido capaces de llegar. Por el momento no me parece inútil hablar del cuento en abstracto, como género literario. Si nos hacemos una idea convincente de esa forma de expresión literaria, ella podrá contribuir a establecer una escala de valores para esa antología ideal que está por hacerse. Hay demasiada confusión,

JULIO CORTÁZAR

demasiados malentendidos en este terreno. Mientras los cuentistas siguen adelante su tarea, ya es tiempo de hablar de esa tarea en sí misma, al margen de las personas y de las nacionalidades. Es preciso llegar a tener una idea viva de lo que es el cuento, y eso es siempre difícil en la medida en que las ideas tienden a lo abstracto, a desvitalizar su contenido, mientras que a su vez la vida rechaza angustiada ese lazo que quiere echarle la conceptualización para fijarla y categorizarla. Pero si no tenemos una idea viva de lo que es el cuento habremos perdido el tiempo, porque un cuento, en última instancia, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla fraternal, si se me permite el término; y el resultado de esa batalla es el cuento mismo, una síntesis viviente a la vez que una vida sintetizada, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia. Solo con imágenes se puede transmitir esa alquimia secreta que explica la profunda resonancia que un gran cuento tiene entre nosotros, y que explica también por qué hay muchos cuentos verdaderamente grandes.

Para entender el carácter peculiar del cuento se le suele comparar con la novela, género mucho más popular y sobre el cual abundan las preceptivas. Se señala, por ejemplo, que la novela se desarrolla en el papel, y por lo tanto en el tiempo de la lectura, sin otro límite que el agotamiento de la materia novelada; por su parte, el cuento parte de la noción de límite, y en primer término de límite físico, al punto que en Francia, cuando un cuento excede las veinte páginas, toma ya el nombre de *nouvelle*, género a caballo entre el cuento y la novela propiamente dicha. En ese sentido, la novela y el cuento se dejan comparar analógicamente con el cine y la fotografía, en la medida en que una película es en principio un "orden abierto", novelesco, mientras que una

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

fotografía lograda presupone una ceñida limitación previa, impuesta en parte por el reducido campo que abarca la cámara y por la forma en que el fotógrafo utiliza estéticamente esa limitación. No sé si ustedes han oído hablar de su arte a un fotógrafo profesional; a mí siempre me ha sorprendido el que se exprese tal como podría hacerlo un cuentista en muchos aspectos. Fotógrafos de la calidad de un Cartier-Bresson o de un Brasai definen su arte como una aparente paradoja: la de recortar un fragmento de la realidad, fijándolo determinados límites, pero de manera tal que ese recorte actúe como una explosión que abre de par en par una realidad mucho más amplia, como una visión dinámica que trasciende espiritualmente el campo abarcado por la cámara. Mientras en el cine, como en la novela, la captación de esa realidad más amplia y multiforme se logra mediante el desarrollo de elementos parciales, acumulativos, que no excluyen, por supuesto, una síntesis que dé el "clímax" de la obra, en una fotografía o en un cuento de gran calidad se procede inversamente, es decir que el fotógrafo o el cuentista se ven precisados a escoger y limitar una imagen o un acaecimiento que sean *significativos*, que no solamente valgan por sí mismos, sino que sean capaces de actuar en el espectador o en el lector como una especie de *apertura*, de fermento que proyecta la inteligencia y la sensibilidad hacia algo que va mucha más allá de la anécdota visual o literaria contenidas en la foto o en el cuento. Un escritor argentino, muy amigo del boxeo, me decía que en ese combate que se entabla entre un texto apasionante y su lector, la novela gana siempre por puntos, mientras que el cuento debe ganar por *knock-out*. Es cierto, en la medida en que la novela acumula progresivamente sus efectos en el lector, mientras que un buen cuento es incisivo, mordiente, sin cuartel desde las primeras frases. No se entienda esto demasiado literalmente, porque el buen

JULIO CORTÁZAR

cuentista es un boxeador muy astuto, y muchos de sus golpes iniciales pueden parecer poco eficaces cuando, en realidad, están minando ya las resistencias más sólidas del adversario. Tomen ustedes cualquier gran cuento que prefieran, y analicen su primera página. Me sorprendería que encontrarán elementos gratuitos, meramente decorativos. El cuentista sabe que no puede proceder acumulativamente, que no tiene por aliado al tiempo; su único recurso es trabajar en profundidad, verticalmente, sea hacia arriba o hacia abajo del espacio literario. Y esto, que así expresado parece una metáfora, expresa sin embargo lo esencial del método. El tiempo del cuento y el espacio del cuento tienen que estar como condenados, sometidos a una alta presión espiritual y formal para provocar esa "apertura" a que me refería antes. Basta preguntarse por qué un determinado cuento es malo. No es malo por el tema, porque en literatura no hay temas buenos ni temas malos, solamente hay un buen o un mal tratamiento del tema. Tampoco es malo porque los personajes carecen de interés, ya que hasta una piedra es interesante cuando de ella se ocupan un Henry James o un Franz Kafka. Un cuento es malo cuando se lo escribe sin esa tensión que debe manifestarse desde las primeras palabras o las primeras escenas. Y así podemos adelantar ya que las nociones de significación, de intensidad y de tensión han de permitirnos, como se verá, acercarnos mejor a la estructura misma del cuento.

Decíamos que el cuentista trabaja con un material que calificamos de significativo. El elemento significativo del cuento parecería residir principalmente en su tema, en el hecho de escoger un acontecimiento real o fingido que posea esa misteriosa propiedad de irradiar algo más allá de sí mismo, al punto que un vulgar episodio doméstico, como ocurre en tantos admirables relatos de una Katherine Mansfield

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

o un Sherwood Anderson, se convierta en el resumen implacable de una cierta condición humana, o en el símbolo quemante de un orden social o histórico. Un cuento es significativo cuando quiebra sus propios límites con esa explosión de energía espiritual que ilumina bruscamente algo que va mucho más allá de la pequeña y a veces miserable anécdota que cuenta. Pienso, por ejemplo, en el tema de la mayoría de los admirables relatos de Antón Chéjov. ¿Qué hay allí que no sea tristemente cotidiano, mediocre, muchas veces conformista o inútilmente rebelde? Lo que se cuenta en esos relatos es casi lo que de niños, en las aburridas tertulias que debíamos compartir con los mayores, escuchábamos contar a los abuelos o a las tías; la pequeña, insignificante crónica familiar de ambiciones frustradas, de modestos dramas locales, de angustias a la medida de una sala, de un piano, de un té con dulces. Y sin embargo, los cuentos de Katherine Mansfield, de Chéjov, son significativos, algo estalla en ellos mientras los leemos y nos proponen una especie de ruptura de lo cotidiano que va mucho más allá de la anécdota reseñada. Ustedes se han dado ya cuenta de que esa significación misteriosa no reside solamente en el tema del cuento, porque en verdad la mayoría de los malos cuentos que todos hemos leído contienen episodios similares a los que tratan los autores nombrados. La idea de significación no puede tener sentido si no la relacionamos con las de intensidad y de tensión, que ya no se refieren solamente al tema sino al tratamiento literario de ese tema, a la técnica empleada para desarrollar el tema. Y es aquí donde, bruscamente, se produce el deslinde entre el buen y el mal cuentista. Por eso habremos de detenernos con todo el cuidado posible en esta encrucijada, para tratar de entender un poco más esa extraña forma de vida que es un cuento lo-

JULIO CORTÁZAR

grado, y ver por qué está vivo mientras otros, que aparentemente se le parecen, no son más que tinta sobre papel, alimento para el olvido.

Miremos la cosa desde el ángulo del cuentista y en este caso, obligadamente, desde mi propia versión del asunto. Un cuentista es un hombre que de pronto, rodeado de la inmensa algarabía del mundo, comprometido en mayor o en menor grado con la realidad histórica que lo contiene, escoge un determinado tema y hace con él un cuento. Este escoger un tema no tan es sencillo. A veces el cuentista escoge, y otras veces siente como si el tema se le impusiera irresistiblemente, lo empujara a escribirlo. En mi caso, la gran mayoría de mis cuentos fueron escritos —cómo decirlo— al margen de mi voluntad, por encima o por debajo de mi consciencia razonante, como si yo no fuera más que un médium por el cual pasaba y se manifestaba una fuerza ajena. Pero eso, que puede depender del temperamento de cada uno, no altera el hecho esencial, y es que en un momento dado *hay tema*, ya sea inventado o escogido voluntariamente, o extrañamente impuesto desde un plano donde nada es definible. Hay tema, repito, y ese tema va a volverse cuento. Antes que ello ocurra, ¿qué podemos decir del tema en sí? ¿Por qué ese tema y no otro? ¿Qué razones mueven consciente o inconscientemente al cuentista a escoger un determinado tema?

A mí me parece que el tema del que saldrá un buen cuento es siempre *excepcional*, pero no quiero decir con esto que un tema deba de ser extraordinario, fuera de lo común, misterioso o insólito. Muy al contrario, puede tratarse de una anécdota perfectamente trivial y cotidiana. Lo excepcional reside en una cualidad parecida a la del imán; un buen tema atrae todo un sistema de relaciones conexas, coagula en el autor, y más tarde en el lector, una inmensa cantidad de nociones, entrevisiones, sentimientos y hasta ideas que flotan virtualmente en su

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

memoria o su sensibilidad; un buen tema es como un sol, un astro en torno al cual gira un sistema planetario del que muchas veces no se tenía consciencia hasta que el cuentista, astrónomo de palabras, nos revela su existencia. O bien, para ser más modestos y más actuales a la vez, un buen tema tiene algo de sistema atómico, de núcleo en torno al cual giran los electrones; y todo eso, al fin y al cabo, ¿no es ya como una proposición de vida, una dinámica que nos insta a salir de nosotros mismos y a entrar en un sistema de relaciones más complejo y hermosos? Muchas veces me he preguntado cuál es la virtud de ciertos cuentos inolvidables. En el momento los leímos junto con muchos otros, que incluso podían ser de los mismos autores. Y he aquí que los años han pasado, y hemos vivido y olvidado tanto. Pero esos pequeños, insignificantes cuentos, esos granos de arena en el inmenso mar de la literatura, siguen ahí, latiendo en nosotros. ¿No es verdad que cada uno tiene su colección de cuentos? Yo tengo la mía, y podría dar algunos nombres. Tengo *William Wilson* de Edgar A. Poe; tengo *Bola de sebo* de Guy de Maupassant. Los pequeños planetas giran y giran: ahí está *Un recuerdo de Navidad* de Truman Capote; *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* de Jorge Luis Borges; *Un sueño realizado* de Juan Carlos Onetti; *La muerte de Iván Ilich*, de Tolstoi; *Cincuenta de los grandes*, de Hemingway; *Los soñadores*, de Izak Dinesen, y así podría seguir y seguir... Ya habrán advertido ustedes que no todos esos cuentos son obligatoriamente de antología. ¿Por qué perduran en la memoria? Piensen en los cuentos que no han podido olvidar y verán que todos ellos tienen la misma característica: son aglutinantes de una realidad infinitamente más basta que la de su mera anécdota, y por eso han influido en nosotros con una fuerza que no haría sospechar la modestia de su contenido aparente, la brevedad de su texto. Y ese hombre que en un determinado

JULIO CORTÁZAR

momento elige un tema y hace con él un cuento será un gran cuentista si su elección contiene -a veces sin que él lo sepa conscientemente- esa fabulosa apertura de lo pequeño hacia lo grande, de lo individual y circunscrito a la esencia misma de la condición humana. Todo cuento perdurable es como la semilla donde está durmiendo el árbol gigantesco. Ese árbol crecerá en nosotros, dará su sombra en nuestra memoria.

Sin embargo, hay que aclarar mejor esta noción de temas significativos. Un mismo tema puede ser profundamente significativo para un escritor, y anodino para otro; un mismo tema despertará enormes resonancias en un lector, y dejará indiferente a otro. En suma, puede decirse que no hay temas absolutamente significativos o absolutamente insignificantes. Lo que hay es una alianza misteriosa y compleja entre cierto escritor y cierto tema en un momento dado, así como la misma alianza podrá darse luego entre ciertos cuentos y ciertos lectores. Por eso, cuando decimos que un tema es significativo, como en el caso de los cuentos de Chejov, esa significación se ve determinada en cierta medida por algo que está fuera del tema en sí, por algo que está antes y después del tema. Lo que está antes es el escritor, con su carga de valores humanos y literarios, con su voluntad de hacer una obra que tenga un sentido; lo que está después es el tratamiento literario del tema, la forma en que el cuentista, frente a su tema, lo ataca y sitúa verbalmente y estilísticamente, lo estructura en forma de cuento, y lo proyecta en último término hacia algo que excede el cuento mismo. Aquí me parece oportuno mencionar un hecho que me ocurre con frecuencia, y que otros cuentistas amigos conocen tan bien como yo. Es habitual que en el curso de una conversación, alguien cuente un episodio divertido o conmovedor o extraño, y que dirigiéndose luego

al cuentista presente le diga: "Ahí tienes un tema formidable para un cuento; te lo regalo." A mí me han reglado en esa forma montones de temas, y siempre he contestado amablemente: "Muchas gracias", y jamás he escrito un cuento con ninguno de ellos. Sin embargo, cierta vez una amiga me contó distraídamente las aventuras de una criada suya en París. Mientras escuchaba su relato, sentí que eso podía llegar a ser un cuento. Para ella esos episodios no eran más que anécdotas curiosas; para mí, bruscamente, se cargaban de un sentido que iba mucho más allá de su simple y hasta vulgar contenido. Por eso, toda vez que me he preguntado: ¿Cómo distinguir entre un tema insignificante —por más divertido o emocionante que pueda ser—, y otro significativo?, he respondido que el escritor es el primero en sufrir ese efecto indefinible pero avasallador de ciertos temas, y que precisamente por eso es un escritor. Así como para Marcel Proust el sabor de una magdalena mojada en el té abría bruscamente un inmenso abanico de recuerdos aparentemente olvidados, de manera análoga el escritor reacciona ante ciertos temas en la misma forma en que su cuento, más tarde, hará reaccionar al lector. Todo cuento está así predeterminado por el aura, por la fascinación irresistible que el tema crea en su creador.

Llegamos así al fin de esta primera etapa del nacimiento de un cuento, y tocamos el umbral de su creación propiamente dicha. He aquí al cuentista, que ha escogido un tema valiéndose de esas sutiles antenas que le permiten reconocer los elementos que luego habrán de convertirse en obra de arte. El cuentista está frente a su tema, frente a ese embrión que ya es vida, pero que no ha adquirido todavía su forma definitiva. Para él ese tema tiene sentido, tiene significación. Pero si todo se redujera a eso, de poco serviría; ahora, como último término del proceso, como juez implacable, está esperando el lector, el eslabón

JULIO CORTÁZAR

final del proceso creador, el cumplimiento o fracaso del ciclo. Y es entonces que el cuento tiene que nacer puente, tiene que nacer pasaje, tiene que dar el salto que proyecte la significación inicial, descubierta por el autor, a ese extremo más pasivo y menos vigilante y muchas veces hasta indiferente que se llama lector. Los cuentistas inexpertos suelen caer en la ilusión de imaginar que les basta escribir lisa y llanamente un tema que los ha conmovido, para conmover a su turno a los lectores. Incurren en la ingenuidad de aquel que encuentra bellísimo a su hijo, y da por supuesto que todos los demás lo ven igualmente bello. Con el tiempo, con los fracasos, el cuentista capaz de superar esa primera etapa ingenua, aprende que en la literatura no bastan las buenas intenciones. Descubre que para volver a crear en el lector esa conmoción que lo llevó a él a escribir el cuento, es necesario un oficio de escritor, y que ese oficio consiste, entre muchas otras cosas, en lograr ese clima propio de todo gran cuento, que obliga a seguir leyendo, que atrapa la atención, que aísla al lector de todo lo que lo rodea para después, terminado el cuento, volver a conectarlo con sus circunstancias de una manera nueva, enriquecida, más honda o más hermosa. Y la única forma en que puede conseguirse este secuestro momentáneo del lector es mediante un estilo basado en la intensidad y en la tensión, un estilo en el que los elementos formales y expresivos se ajusten, sin la menor concesión, a la índole del tema, le den su forma visual y auditiva más penetrante y original, lo vuelvan único, inolvidable, lo fijen para siempre en su tiempo y en su ambiente y en su sentido más primordial. Lo que llamo intensidad en un cuento consiste en la eliminación de todas las ideas o situaciones intermedias, de todos los rellenos o fases de transición que la novela permite e incluso exige. Ninguno de ustedes habrá olvidado *El barril de amontillado*, de Edgar A. Poe. Lo extraordi-

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

nario de este cuento es la brusca prescindencia de toda descripción de ambiente. A la tercera o cuarta frase estamos en el corazón del drama, asistiendo al cumplimiento implacable de una venganza. Los asesinos, de Hemingway, es otro ejemplo de intensidad obtenida mediante la eliminación de todo lo que no converja esencialmente al drama. Pero pensemos ahora en los cuentos de Joseph Conrad, de D. H. Lawrence, de Kafka. En ellos, con modalidades típicas de cada uno, la intensidad es de otro orden, y yo prefiero darle el nombre de tensión. Es una intensidad que se ejerce en al manera con que el autor nos va acercando lentamente a lo contado. Todavía estamos muy lejos de saber lo que va a ocurrir en el cuento, y sin embargo no podemos sustraernos a su atmósfera. En el caso de *El barril de amontillado* y de *Los asesinos*, los hechos despojados de toda preparación saltan sobre nosotros y nos atrapan; en cambio, en un relato dmeorado y caudalosos de Henry James —*La lección del maestro*, por ejemplo— se siente de inmediato que los hechos en sí carecen de importancia, que todo está en las fuerzas que los desencadenaron, en la malla sutil que los precedió y los acompaña. Pero tanto la intensidad de la acción como la tensión interna del relato son el producto de lo que antes llamé el oficio de escritor, y es aquí donde nos vamos acercando al final de este paseo por el cuento. En mi país, y ahora en Cuba, he podido leer cuentos de los autores más variados: maduros o jóvenes, de la ciudad o del campo, entregados a la literatura por razones estéticas o por imperativos sociales del momento, comprometidos o no comprometidos. Pues bien, y aunque suene a perogrullada, tanto en la Argentina como aquí los buenos cuentos los están escribiendo quienes dominen el oficio en el sentido ya indicado. Un ejemplo argentino aclarará mejor esto. En nuestras provincias centrales y norteñas existe una larga tradición de cuentos orales,

JULIO CORTÁZAR

que los gauchos se transmiten de noche en torno al fogón, que los padres siguen contando a sus hijos, y que de golpe pasan por la pluma de un escritor regionalista y, en una abrumadora mayoría de casos, se convierten en pésimos cuentos. ¿Qué ha sucedido? Los relatos en sí son sabrosos, traducen y resumen la experiencia, el sentido del humor y el fatalismo del hombre de campo; algunos incluso se elevan a la dimensión trágica o poética. Cuando uno los escucha de boca de un viejo criollo, entre mate y mate, siente como una anulación del tiempo, y piensa que también los aedos griegos contaban así las hazañas de Aquiles para maravilla de pastores y viajeros. Pero en ese momento, cuando debería surgir un Homero que hiciese una Iliada o una Odisea de esa suma de tradiciones orales, en mi país surge un señor para quien la cultura de las ciudades es un signo de decadencia, para quien los cuentistas que todos amamos son estetas que escribieron para el mero deleite de clases sociales liquidadas, y ese señor entiende en cambio que para escribir un cuento lo único que hace falta es poner por escrito un relato tradicional, conservando todo lo posible el tono hablado, los giros campesinos, las incorrecciones gramaticales, eso que llaman el color local. No sé si esa manera de escribir cuentos populares se cultiva en Cuba; ojalá que no, porque en mi país no ha dado más que indigestos volúmenes que no interesan ni a los hombres de campo, que prefieren seguir *escuchando* los cuentos entre dos tragos, ni a los lectores de la ciudad, que estarán muy echados a perder pero que se tienen bien leídos a los clásicos del género. En cambio —y me refiero también a la Argentina— hemos tenido a escritores como un Roberto J. Payró, un Ricardo Güiraldes, un Horacio Quiroga y un Benito Lynch que, partiendo también de temas muchas veces tradicionales, escuchados de boca de viejos criollos como un Don Segundo Som-

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

bra, han sabido potenciar ese material y volverlo obra de arte. Pero Quiroga, Güiraldes y Lynch conocían a fondo el oficio de escritor, es decir que sólo aceptaban temas significativos, enriquecedores, así como Homero debió desechar montones de episodios bélicos y mágicos para no dejar más que aquellos que han llegado hasta nosotros gracias a su enorme fuerza mítica, a su resonancia de arquetipos mentales, de hormonas psíquicas como llamaba Ortega y Gasset a los mitos. Quiroga, Güiraldes y Lynch eran escritores de dimensión universal, sin prejuicios localistas o étnicos o populistas; por eso, además de escoger cuidadosamente los temas de sus relatos, los sometían a una forma literaria, la única capaz de transmitir al lector todos sus valores, todo su fermento, toda su proyección en profundidad y en altura. Escribían intensamente. No hay otra manera de que un cuento sea eficaz, haga blanco en el lector y se clave en su memoria.

El ejemplo que he dado puede ser de interés para Cuba. Es evidente que las posibilidades que la Revolución ofrece a un cuentista son casi infinitas. La ciudad, el campo, la lucha, el trabajo, los distintos tipos psicológicos, los conflictos de ideología y de carácter; y todo eso como exacerbado por el deseo que se ve en ustedes de actuar, de expresarse, de comunicarse como nunca habían podido hacerlo antes. Pero todo eso, ¿cómo ha de traducirse en grandes cuentos, en cuentos que lleguen al lector con la fuerza y la eficacia necesarias? Es aquí donde me gustaría aplicar concretamente lo que he dicho en un terreno más abstracto. El entusiasmo y la buena voluntad no bastan por sí solos, como tampoco basta el oficio de escritor por sí solo para escribir los cuentos que fijen literariamente (es decir, en la admiración colectiva, en la memoria de un pueblo) la grandeza de esta Revolución en marcha. Aquí, más que en ninguna otra parte, se requiere hoy una fu-

JULIO CORTÁZAR

sión total de estas dos fuerzas, la del hombre plenamente comprometido con su realidad nacional y mundial, y la del escritor lúcidamente seguro de su oficio. En ese sentido no hay engaño posible. Por más veterano, por más experto que sea un cuentista, si le falta una motivación entrañable, si sus cuentos no nacen de una profunda vivencia, su obra no irá más allá del mero ejercicio estético. Pero lo contrario será aún peor, porque de nada valen el fervor, la voluntad de comunicar un mensaje, si se carece de los instrumentos expresivos, estilísticos, que hacen posible esta comunicación. En este momento estamos tocando el punto crucial de la cuestión. Yo creo, y lo digo después de haber pesado largamente todos los elementos que entran en juego, que escribir para una revolución, que escribir dentro de una revolución, que escribir revolucionariamente, no significa, como creen muchos, escribir obligadamente acerca de la revolución misma. Por mi parte, creo que el escritor revolucionario es aquel en quien se fusionan indisolublemente la conciencia de su libre compromiso individual y colectivo, con esa otra soberana libertad cultural que confiere el pleno dominio de su oficio. Si ese escritor, responsable y lúcido, decide escribir literatura fantástica, o psicológica, o vuelta hacia el pasado, su acto es un acto de libertad dentro de la revolución, y por eso es también un acto revolucionario aunque sus cuentos no se ocupen de las formas individuales o colectivas que adopta la revolución. Contrariamente al estrecho criterio de muchos que confunden literatura con pedagogía, literatura con enseñanza, literatura con adoctrinamiento ideológico, un escritor revolucionario tiene todo el derecho de dirigirse a un lector mucho más complejo, mucho más exigente en materia espiritual de lo que imaginan los escritores y los críticos improvisados por las circunstancias y convencidos de que su mundo personal es el único mundo

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

existente, de que las preocupaciones del momento son las únicas preocupaciones válidas. Repitamos, aplicándola a lo que nos rodea en Cuba, la admirable frase de Hamlet a Horacio: "Hay muchas más cosas en el cielo y en la tierra de lo que supone tu filosofía..." Y pensemos que a un escritor no se le juzga solamente por el tema de sus cuentos o sus novelas, sino por su presencia viva en el seno de la colectividad, por el hecho de que el compromiso total de su persona es una garantía indesmentible de la verdad y de la necesidad de su obra, por más ajena que ésta pueda parecer a las circunstancias del momento. Esta obra no es ajena a la revolución porque no sea accesible a todo el mundo. Al contrario, prueba que existe un vasto sector de lectores potenciales que, en un cierto sentido, están mucho más separados que el escritor de las metas finales de la revolución, de esas metas de cultura, de libertad, de pleno goce de la condición humana que los cubanos se han fijado para admiración de todos los que los aman y los comprenden. Cuanto más alto apunten los escritores que han nacido para eso, más altas serán las metas finales del pueblo al que pertenecen. ¡Cuidado con la fácil demagogia de exigir una literatura accesible a todo el mundo! Muchos de los que la apoyan no tienen otra razón para hacerlo que la de su evidente incapacidad para comprender una literatura de mayor alcance. Piden clamorosamente temas populares, sin sospechar que muchas veces el lector, por más sencillo que sea, distinguirá instintivamente entre un cuento popular mal escrito y un cuento más difícil y complejo pero que lo obligará a salir por un momento de su pequeño mundo circundante y le mostrará otra cosa, sea lo que sea pero otra cosa, algo diferente. No tiene sentido hablar de temas populares a secas. Los cuentos sobre temas populares sólo serán buenos si se ajustan, como cualquier otro cuento, a esa exigente y difícil mecánica

JULIO CORTÁZAR

interna que hemos tratado de mostrar en la primera parte de esta charla. Hace años tuve la prueba de esta afirmación en la Argentina, en una rueda de hombres de campo a la que asistíamos unos cuantos escritores. Alguien leyó un cuento basado en un episodio de nuestra guerra de independencia, escrito con una deliberada sencillez para ponerlo, como decía su autor, "al nivel del campesino". El relato fue escuchado cortésmente, pero era fácil advertir que no había tocado fondo. Luego uno de nosotros leyó *La pata de mono*, el justamente famoso cuento de W. W. Jacobs. El interés, la emoción, el espanto, y finalmente el entusiasmo fueron extraordinarios. Recuerdo que pasamos el resto de la noche hablando de hechicería, de brujos, de venganzas diabólicas. Y estoy seguro de que el cuento de Jacobs sigue vivo en el recuerdo de esos gauchos analfabetos, mientras que el cuento supuestamente popular, fabricado para ellos, con su vocabulario, sus aparentes posibilidades intelectuales y sus intereses patrióticos, ha de estar tan olvidado como el escritor que lo fabricó. Yo he visto la emoción que entre la gente sencilla provoca una representación de *Hamlet*, obra difícil y sutil si las hay, y que sigue siendo tema de estudios eruditos y de infinitas controversias. Es cierto que esa gente no puede comprender muchas cosas que apasionan a los especialistas en teatro isabelino. ¿Pero qué importa? Sólo su emoción importa, su maravilla y su transporte frente a la tragedia del joven príncipe danés. Lo que prueba que Shakespeare escribía verdaderamente para el pueblo, en la medida en que su tema era profundamente significativo para cualquiera -en diferentes planos, sí, pero alcanzando un poco a cada uno- y que el tratamiento teatral de ese tema tenía la intensidad propia de los grandes escritores, y gracias a la cual se quiebran las barreras intelectuales aparentemente más rígidas, y los hombres se reconocen y fraternizan en un plano que es-

tá más allá o más acá de la cultura. Por supuesto, sería ingenuo creer que toda gran obra puede ser comprendida y admirada por las gentes sencillas; no es así, y no puede serlo. Pero la admiración que provocan las tragedias griegas o las de Shakespeare, el interés apasionado que despiertan muchos cuentos y novelas nada sencillos ni accesibles, debería hacer sospechar a los partidarios del mal llamado "arte popular" que su noción del pueblo es parcial, injusta, y en último término peligrosa. No se le hace ningún favor al pueblo si se le propone una literatura que pueda asimilar sin esfuerzo, pasivamente, como quien va al cine a ver películas de cowboys. Lo que hay que hacer es educarlo, y eso es en una primera etapa tarea pedagógica y no literaria. Para mí ha sido una experiencia reconfortable ver cómo en Cuba los escritores que más admiro participan en la revolución dando lo mejor de sí mismos, sin cercenar una parte de sus posibilidades en aras de un supuesto arte popular que no será útil a nadie. Un día Cuba contará con un acervo de cuentos y de novelas que contendrá transmutada al plano estético, eternizada en la dimensión intemporal del arte, su gesta revolucionaria de hoy. Pero esas obras no habrán sido escritas por obligación, por consignas de la hora. Sus temas nacerán cuando sea el momento, cuando el escritor sienta que debe plasmarlos en cuentos o novelas o piezas de teatro o poemas. Sus temas contendrán un mensaje auténtico y hondo, porque no habrán sido escogidos por un imperativo de carácter didáctico o proselitista, sino por una irresistible fuerza que se impondrá al autor, y que éste, apelando a todos los recursos de su arte y de su técnica, sin sacrificar nada ni a nadie, habrá de transmitir al lector como se transmiten ras cosas fundamentales: de sangre a sangre, de mano a mano, de hombre a hombre.

JULIO CORTÁZAR

William Wilson

Edgar Allan Poe

*¿Qué decir de ella?
¿Qué decir de la torva conciencia,
ese espectro en mi camino?
Camberlayne, Pharronida*

Permitan que, por el momento, me presente como William Wilson. La página inmaculada que tengo ante mí no debe mancharse con mi verdadero nombre. Éste ya ha sido el exagerado objeto del desprecio, horror y odio de mi estirpe. ¿Los vientos indignados, no han esparcido su incomparable infamia por las regiones más distantes del globo? ¡Oh, paria, el más abandonado de todos los parias! ¿No estás definitivamente muerto para la tierra? ¿No estás muerto para sus honores,

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

para sus flores, para sus doradas ambiciones? Y una nube densa, lúgubre, limitada, ¿no cuelga eternamente entre tus esperanzas y el cielo?

Aunque pudiese, no quisiera registrar hoy, ni aquí, la narración de mis últimos años de indecible desdicha y de crimen imperdonable. Esa época -esos años recientes- llegaron repentinamente al colmo de la depravación cuyo origen es lo único que en el presente me propongo señalar. Por lo general los hombres caen gradualmente en la baja. En mi caso, en un sólo instante, toda virtud se desprendió de mi cuerpo como si fuera un manto. De una maldad comparativamente trivial pasé, con la zancada de un gigante, a enormidades peores que las de un Heliogábalo. Acompañenme en el relato de la oportunidad, del único acontecimiento que provocó una maldad semejante. La muerte se acerca, y la sombra que la precede ha ejercido un influjo tranquilizador sobre mi espíritu. Al atravesar el valle de las penumbras, anhelo la comprensión -casi dije la piedad- de mis semejantes. Desearía que creyeran que, en cierta medida, he sido esclavo de circunstancias que exceden el control humano. Desearía que, en los detalles que estoy por dar, buscaran algún pequeño oasis de fatalidad en un erial de errores. Desearía que admitieran -y no pueden menos que hacerlo- que aunque hayan existido tentaciones igualmente grandes, el hombre no ha sido jamás así tentado y, sin duda, jamás así cayó. ¿Será por eso que nunca sufrió de esta manera? En realidad, ¿no habré vivido en un sueño? ¿No me muero ahora víctima del horror y del misterio de las más enloquecidas visiones sublunares?

Soy descendiente de una estirpe cuya imaginación y temperamento fácilmente excitable la destacó en todo momento; y desde la más tierna infancia di muestras de haber heredado plenamente el carácter de la familia. A medida que avanzaba en años, ese carácter se

JULIO CORTÁZAR

desarrolló con más fuerza y se convirtió por muchos motivos en causa de grave preocupación para mis amigos, y de acusado perjuicio para mí. Crecí con voluntad propia, entregado a los más extravagantes caprichos, y víctima de las más incontrolables pasiones. Pobres de espíritu, mentalmente débiles y asaltados por enfermedades constitucionales análogas a las mías, mis padres poco pudieron hacer para contener las malas predisposiciones que me distinguían. Algunos esfuerzos flojos y mal dirigidos terminaron en un completo fracaso para ellos y, naturalmente, en un triunfo total para mí. De allí en adelante mi voz fue ley en esa casa; y a una edad en que pocos niños han abandonado los andadores, quedé a merced de mi propia voluntad y me convertí, de hecho, si no de derecho, en dueño de mis actos.

Mis más tempranos recuerdos de la vida escolar se relacionan con una casa isabelina, amplia e irregular, en un pueblo de Inglaterra cubierto de niebla, donde se alzaban innumerables árboles nudosos y gigantescos, y donde todas las casas eran excesivamente antiguas. En verdad, esa vieja y venerable ciudad era un lugar de ensueño, propicio para la paz del espíritu. En este mismo momento, en mi fantasía, percibo el frío refrescante de sus avenidas profundamente sombreadas, inhalo la fragancia de sus mil arbustos, y me vuelvo a estremecer con indefinible deleite ante el sonido hueco y profundo de la campana de la iglesia que quebraba, cada hora, con su hosco y repentino tañido, el silencio de la melancólica atmósfera en la que el recamado campanario gótico se engastaba y dormía.

Tal vez el mayor placer que me es dado alcanzar hoy en día sea el demorarme en recuerdos de la escuela y todo lo que con ella se relaciona. Empapado como estoy por la desgracia -una desgracia, ¡ay! demasiado real- se me perdonará que busque alivio, aunque leve y efímero,

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

en la debilidad de algunos detalles por vagos que sean. Esos detalles, triviales y hasta ridículos en sí mismos, asumen en mi imaginación una extraña importancia por estar relacionados con una época y un lugar en donde reconozco la presencia de las primeras ambiguas admoniciones del destino que después me envolvieron tan completamente en su sombra. Permítanme, entonces, que recuerde.

Ya he dicho que la casa era antigua e irregular. Se erguía en un terreno extenso y un alto y sólido muro de ladrillos, coronado por una capa de cemento y de vidrios rotos, rodeaba la propiedad. Esta muralla, semejante a la de una prisión, era el límite de nuestros dominios; lo que había más allá sólo lo veíamos tres veces por semana: una vez los sábados a la tarde cuando, acompañados por dos preceptores, se nos permitía realizar un breve paseo en grupo a través de alguno de los campos vecinos; y dos veces durante el domingo, cuando marchábamos de modo igualmente formal a los servicios matinales y vespertinos de la iglesia del pueblo. El director de la escuela era también el pastor de la iglesia. □Con qué profunda sorpresa y perplejidad lo contemplaba yo desde nuestros bancos lejanos, cuando con paso solemne y lento subía al púlpito! Ese hombre reverente, de semblante tan modestamente benigno, de vestiduras tan brillosas y clericalmente ondulantes, de peluca minuciosamente empolvada, rígida y enorme... ¿podía ser el mismo que poco antes, con rostro amargo y ropa manchada de rapé, administraba, férula en mano, las leyes draconianas de la escuela? □Oh, gigantesca Paradoja, demasiado monstruosa para tener solución!

En un ángulo de la voluminosa pared rechinaba una puerta aun más voluminosa. Estaba remachada y tachonada con tomillos de hierro y coronada con picas dentadas del mismo metal. □Qué impresión de profundo temor inspiraba! Nunca se abría, salvo para las tres sali-

JULIO CORTÁZAR

das y regresos mencionados; por eso, en cada crujido de sus enormes goznes encontrábamos la plenitud del misterio, un mando de asuntos para solemnes comentarios o para aun más solemnes meditaciones.

El extenso muro era de forma irregular, con abundantes recesos espaciosos. De éstos, tres o cuatro de los más grandes constituían el campo de juegos. El piso estaba nivelado y cubierto de grava fina y dura. Recuerdo bien que no tenía árboles, ni bancos, ni nada parecido. Por supuesto que quedaba en la parte posterior de la casa. En el frente había un pequeño cantero, plantado con boj y otros arbustos; pero a través de esta sagrada división sólo pasábamos en contadas ocasiones, como el día de llegada o el de partida del colegio o quizás, cuando algún padre o amigo nos pasaba a buscar y nos íbamos alegremente a disfrutar de la Navidad o de las vacaciones de verano a nuestras casas.

¶Pero la casa! ¶Qué extraño era aquel viejo edificio! Y para mí, ¶qué palacio encantado! Realmente sus recovecos eran infinitos, así como sus incomprensibles subdivisiones. En cualquier momento resultaba difícil afirmar con seguridad en cuál de sus dos pisos nos hallábamos.

Entre un cuarto y otro siempre había tres o cuatro escalones que subían o bajaban. Además, las alas laterales eran innumerables -inconcebibles- y volvían de tal modo sobre sí mismas que nuestras ideas más exactas con respecto a la casa en sí, no diferían demasiado de las que teníamos sobre el infinito. Durante los cinco años de mi residencia, nunca pude cerciorarme con precisión de en qué remoto lugar estaban situados los pequeños dormitorios que nos habían asignado a mí y a otros dieciocho o veinte alumnos.

El aula era el cuarto más grande de la casa -y desde mi punto de vista- el más grande del mundo entero. Era muy largo, angosto y des-

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

consoladoramente bajo, con puntiagudas ventanas góticas y cielo raso de roble. En un ángulo remoto y aterrorizante había un cerramiento cuadrado de unos ocho o diez pies, allí se encontraba el *sanctum* donde rezaba "entre una clase y otra" nuestro director, el reverendo doctor Bransby. Era una estructura sólida, de puerta maciza, y antes de abrirla en ausencia del "dómine" hubiéramos preferido morir por la *peine forte et dure*. En otros ángulos había dos cerramientos similares sin duda mucho menos reverenciados, pero no por eso menos motivo de terror. Uno de ellos era la cátedra del preceptor "clásico", otro el correspondiente a "inglés y matemáticas". Dispersos por el salón, entrecruzados en interminable irregularidad, había innumerables bancos y pupitres, negros, viejos, carcomidos por el tiempo, tapados por pilas de libros manoseados, y tan cubiertos de iniciales, nombres completos, figuras grotescas y otros múltiples esfuerzos del cortaplumas, que habían perdido lo poco que en lejanos días les quedaba de su forma original. En un extremo del salón había un inmenso balde de agua, y en el otro un reloj de formidables dimensiones.

Encerrado entre las macizas paredes de esta venerable academia, pasé sin tedio ni disgustos los años del tercer lustro de mi vida.

El fecundo cerebro de la infancia no requiere que lo ocupen o diviertan los sucesos del mundo exterior; y la monotonía aparentemente lúgubre de la escuela estaba repleta de excitaciones más intensas que las que mi juventud obtuvo del lujo, o mi edad madura del crimen. Sin embargo debo creer que mi primitivo desarrollo mental ya salía de lo común... y hasta tenía mucho de *outré*. Por lo general, los acontecimientos de la infancia no dejan un recuerdo definido en el hombre maduro. Todo se parece a una sombra grisácea, -un recuerdo débil e irregular- una evocación indistinta de pequeños placeres y fantasma-

JULIO CORTÁZAR

góricos dolores. Pero en mi caso no es así. En la infancia debo haber sentido con la energía de un hombre lo que ahora encuentro estampado en mi memoria con imágenes tan vívidas, tan profundas y tan duraderas como los exergos de las medallas cartaginesas.

Y sin embargo -desde un punto de vista mundano- ¿qué poco había allí para recordar! Despertar por la mañana, el llamado nocturno a acostarse, los estudios, los recitados; las vacaciones periódicas y los paseos; el campo de juegos con sus peleas, sus pasatiempos, sus intrigas... todo eso que por obra de un hechizo mental totalmente olvidado después, llegaba a abarcar una multitud de sensaciones, un mundo de ricos incidentes, un universo de variadas emociones, de la más apasionada y entusiasta excitación. "Oh, *le bon temps, que ce siècle de fer!*"

En verdad, el ardor, el entusiasmo y mi naturaleza imperiosa pronto me destacaron de mis condiscípulos y suave, pero naturalmente, fui ganando ascendiente sobre todos los que no eran mucho mayores que yo; sobre todos... con una única excepción. La excepción fue un alumno que sin ser pariente mío, llevaba mi mismo nombre y apellido; una circunstancia poco destacable porque pese a mi ascendencia noble, el mío era uno de esos apellidos comunes que, desde tiempos inmemoriales, parecen haber pasado a ser propiedad de la plebe. En este relato me he denominado William Wilson, nombre ficticio, pero no muy distinto del verdadero. Sólo mi tocayo, entre los que según la fraseología del colegio formaban nuestro "grupo", se atrevía a competir conmigo en el estudio, -en los deportes y rencillas del campo de juegos- negándose a creer ciegamente en mis afirmaciones y a someterse a mis deseos... en una palabra, pretendía oponerse a mi arbitraria dictadura. Si existe en la tierra un despotismo supremo e ilimitado es

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

el despotismo que ejerce en la juventud una mente superior sobre los espíritus menos enérgicos de sus compañeros.

La rebeldía de Wilson era para mí una fuente de la mayor perplejidad; tanto más cuando pese a la bravuconería con que trataba en público tanto a él como a sus pretensiones, secretamente le temía y no podía menos que pensar que la igualdad que mantenía conmigo tan fácilmente era una prueba de su verdadera superioridad; porque no ser superado me costaba una lucha permanente. Sin embargo, esa superioridad -y aún esa igualdad- en realidad nadie más que yo la reconocía; nuestros compañeros, por una inexplicable ceguera, ni siquiera parecían sospecharla. Lo cierto es que su competencia, su resistencia y sobre todo su impertinente y tozuda interferencia en mis propósitos, eran tan dolorosas como poco evidentes. Era como si careciera tanto de la ambición que estimula, como de la apasionada energía mental que me permitía destacarme. Parecía que su rivalidad sólo se debía al caprichoso deseo de contradecirme, asombrarme o mortificarme; aunque había momentos en que yo no podía menos que observar, con una mezcla de asombro, humillación y resentimiento, que Wilson mezclaba sus injurias, sus insultos o sus contradicciones con un muy inapropiado y sin duda inoportuno modo afectuoso. Yo sólo podía concebir ese singular comportamiento como el producto de una consumada suficiencia que adoptaba el tono vulgar de la condescendencia y la protección.

Quizás fuera este último rasgo en la conducta de Wilson, junto con nuestros nombres idénticos y la simple coincidencia de haber ingresado el mismo día en la escuela, lo que, entre los alumnos de los cursos superiores, dio pábulo a la idea de que éramos hermanos. Porque los estudiantes mayores, por lo general, no se informan en detalle

JULIO CORTÁZAR

de los asuntos de los menores. Ya he dicho, o debí decir, que Wilson no estaba ni remotamente emparentado con mi familia. Pero con seguridad, de haber sido hermanos, hubiéramos sido mellizos; porque después de egresar de la escuela del doctor Bransby, me enteré por casualidad de que mi tocayo había nacido el diecinueve de enero de 1813 y esta es una coincidencia bastante notable, pues se trata precisamente del día de mi natalicio.

Tal vez parezca extraño que, pese a la continua ansiedad que me causaban la rivalidad de Wilson y su intolerable espíritu de contradicción, de alguna manera no podía resolverme a odiarlo. Sin duda, casi todos los días manteníamos una discusión en la que me cedía públicamente la palma de la victoria, aunque de alguna manera me hacía sentir que era él quien la merecía; sin embargo, una sensación de orgullo de mi parte, y una gran dignidad de la suya, nos mantenía siempre en lo que se ha dado en llamar "buenas relaciones", mientras en muchos aspectos nuestros temperamentos congeniaban, despertando en mí un sentimiento que sólo nuestras respectivas posturas impedían que madurara en amistad. Me resulta verdaderamente difícil definir y aun describir mis verdaderos sentimientos hacia él. Eran una mezcla abigarrada y heterogénea; cierta petulante animosidad, que no llegaba a ser odio, cierta estima, un respeto mayor aun, mucho temor y un mundo de inquietante curiosidad. Para los moralistas, será innecesario agregar, además, que Wilson y yo éramos compañeros inseparables.

Sin duda esta anómala relación que existía entre nosotros era lo que me llevaba a atacarlo (y los ataques eran muchos, francos o encubiertos) por medio de la burla o de las bromas pesadas (que dueñen aunque parezcan una simple diversión) en lugar de convertirse en una seria y decidida hostilidad. Pero mis esfuerzos en ese sentido no

siempre resultaban exitosos, aunque concibiera mis planes con mucha astucia; porque el carácter de mi tocayo poseía esa modesta y silenciosa austeridad del que, aunque goce de sus propias bromas afiladas, no posee en sí mismo un talón de Aquiles y se niega totalmente a ser objeto de una burla. Sólo pude encontrarle un punto vulnerable, debido a una peculiaridad de su persona y ocasionado quizá por una enfermedad constitucional, que hubiese relegado a cualquier otro antagonista menos exasperado que yo; mi rival tenía un defecto en las cuerdas vocales que le impedía levantar la voz más allá de un susurro apenas audible. Y yo no dejé de aprovechar las pobres ventajas que ese defecto me proporcionaba.

Las represalias de Wilson eran muchas; pero había una que me perturbaba más allá de toda medida. Jamás pude saber cómo descubrió con tanta sagacidad que algo tan insignificante me ofendería; pero una vez que lo supo, no dejó de asestármela. Yo siempre había experimentado aversión por mi poco elegante apellido y ni nombre de pila tan común que era casi plebeyo. Esos nombres eran veneno Para mis oídos y cuando, el día de mi llegada, se presentó un segundo William Wilson en la academia, me indigné con él por llevar tal nombre y me disgusté doblemente con el apellido debido a que lo llevaba un extraño el cual sería motivo de una doble repetición, que estaría constante en mi presencia y cuyas actividades en la rutina del colegio, a causa de esa odiosa coincidencia, muchas veces serían confundidas con las mías.

Este sentimiento de vejación así engendrado fue creciendo con cada circunstancia que tendiera a revelar un parecido moral o físico entre mi rival y yo. Entonces todavía no había descubierto el hecho notable de que fuésemos de la misma edad, pero noté que éramos de la misma estatura y percibí una singular semejanza en nuestras facciones

JULIO CORTÁZAR

y aspecto físico. También me amargaba que entre los alumnos de las clases superiores se rumoreara que éramos parientes. En una palabra, nada podía molestarme más (aunque lo disimulara escrupulosamente) que cualquier alusión a un parecido intelectual, personal o familiar entre nosotros. Pero en realidad no tenía motivos para creer que (con excepción de un parentesco y en el caso del mismo Wilson) que estas similitudes fueran comentadas u observadas siquiera por nuestros compañeros. Me resultaba evidente que él las observaba en todos sus aspectos y con tanta claridad como yo, pero que en tales circunstancias hubiera sido capaz de descubrir tan fructífero campo de ataque, sólo puede ser atribuible, como ya dije, a su extraordinaria perspicacia.

Su táctica consistía en perfeccionar una imitación de mi persona, tanto en palabras como en hechos, y Wilson desempeñaba admirablemente su papel. Mi forma de vestir era fácil de copiar; se apropió sin dificultad de mi manera de caminar y de mis actitudes, y a pesar de su defecto constitucional, ni siquiera mi voz escapó a su imitación. Por supuesto que no intentaba imitar mis tonos más fuertes, pero la tonalidad general de mi voz era idéntica; y su extraño susurro llegó a convertirse en el eco mismo de mi voz.

No me aventuraré a describir hasta dónde me exasperaba este minucioso retrato (porque con justicia no podía tildarse de caricatura). Me quedaba un consuelo: por lo visto era el único que notaba la imitación y sólo tenía que soportar las sonrisas cómplices y misteriosamente sarcásticas de mi tocayo. Satisfecho de haber provocado en mí el efecto esperado, parecía reír en secreto por el agujijón que acababa de clavarme y desdeñaba el aplauso general que fácilmente podría haber obtenido con sus astutas maniobras. Durante muchos meses fue un enigma indescifrable para mí que la totalidad del colegio no advirtiera

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

sus designios, no percibiera sus intenciones, ni comprobara su cumplimiento, y participara de su burla. Tal vez la gradación de su máscara la hizo menos perceptible; o posiblemente debí mi seguridad a la maestría del imitador que desdeñando la letra (que es todo lo que ven los obtusos en una pintura) sólo ofrecía en pleno el espíritu del original para mi contemplación y tormento.

Ya he hablado más de una vez del desagradable aire protector que Wilson asumía con respecto a mí, y de sus frecuentes y oficiosas interferencias que se interponían en mi voluntad. Esta interferencia muchas veces adoptaba la desagradable forma de un consejo, consejo más insinuado que abiertamente ofrecido. Yo lo recibía con una repugnancia que se fue acentuando con los años. Y, sin embargo, en este día tan lejano, permítaseme el acto de justicia de reconocer que no recuerdo ocasión alguna en la que las sugerencias de mi rival me incitaran a los errores o tonterías tan habituales en esa edad inmadura e inexperta: si no su talento o su sabiduría mundana. por lo menos su sentido moral y su sensatez eran mucho más agudos que los míos; y hoy en día, yo hubiera podido ser un hombre mejor, y por lo tanto más feliz, de haber rechazado con menos frecuencia los consejos encerrados en esos susurros que en ese momento odiaba cordialmente y despreciaba con amargura.

Como sea, acabé por impacientarme en extremo ante esa desagradable supervisión y cada día me sentía más agraviado por lo que consideraba su intolerable arrogancia. He dicho ya que durante nuestros primeros años de relación como condiscípulos, mis sentimientos hacia Wilson bien podrían haber madurado en una amistad; pero en los últimos meses de mi residencia en la academia, aunque su impertinencia hubiera disminuido, sin duda, en alguna medida, mis sentimien-

JULIO CORTÁZAR

tos se trocaron en similar proporción; en odio más profundo. Creo que en una ocasión él lo percibió, y desde entonces me evitó, o simuló evitarme.

Si mal no recuerdo, en esa misma época tuvimos un violento altercado durante el que Wilson perdió la calma hasta un punto mayor que otras veces, y habló y actuó con una franqueza nada común en su carácter. En ese momento descubrí, o creí descubrir en su tono, en su aire, y en su apariencia general, algo que al principio me sorprendió y luego me interesó profundamente, trayendo a mi recuerdo veladas visiones de mi primera infancia: vehementes, confusos y tumultuosos recuerdos de un tiempo en que la memoria misma aún no había nacido. Sólo logro describir la sensación que me oprimía diciendo que me resultó difícil rechazar la convicción de haber estado vinculado en alguna época muy lejana con ese ser que permanecía de pie ante mí... una vinculación en algún punto infinitamente remoto del pasado. Sin embargo la ilusión se desvaneció con la misma rapidez con que había llegado, y si la refiero es para precisar el día en que mantuve la última conversación con mi extraño tocayo en la academia.

La enorme casa vieja, con sus innumerables subdivisiones, tenía varios cuartos contiguos de gran tamaño donde dormía la mayoría de los estudiantes. Como sucede inevitablemente en un edificio tan mal proyectado, había asimismo una cantidad de cuartos de menor tamaño, verdaderas sobras de la estructura, y que el ingenio económico del doctor Bransby también había habilitado como dormitorios; pese a que por su tamaño tan reducido no pudieran alojar más que a un sólo individuo. Wilson ocupaba uno de esos cuartos pequeños.

Una noche, hacia el final de mi quinto año en la escuela e inmediatamente después del altercado que acabo de mencionar, cuando

todos dormían, me levanté, y lámpara en mano me interné por interminables pasillos angostos rumbo al dormitorio de mi rival. Hacía mucho que planeaba hacerle una de esas perversas bromas pesadas, hasta ese momento siempre infructuosas. Tenía intenciones de llevar a cabo de inmediato mi plan, y decidí que Wilson percibiera toda su malicia. Al llegar a su cuarto, entré en silencio, y dejé afuera la lámpara cubierta con una pantalla. Avancé un paso y escuché el sonido de su respiración tranquila. Seguro de que dormía, volví a tomar la lámpara y me aproximé con ella a la cama. Ésta se hallaba rodeada de pesadas cortinas; siguiendo con mi plan, las aparté con lentitud y en silencio hasta que rayos de luz iluminaron de golpe al durmiente, mientras mis ojos se clavaban en su cara. Lo miré, e instantáneamente quedé petrificado, helado. Respiré con dificultad, me temblaban las rodillas y mi espíritu era presa de un horror sin sentido, pero intolerable. Jadeando, aproximé aún más la lámpara a su cara. ¿Eran esos... ésos, los rasgos de William Wilson? Veía sin duda que eran los suyos, pero me estremecía como presa de un ataque de fiebre al imaginar que no lo eran. ¿Qué había en ellos para confundirme de tal manera? Lo miré fijo mientras mi cerebro era presa de un torbellino de pensamientos incoherentes. No era esa su apariencia -seguramente no era ésa- cuando estaba despierto. □El mismo nombre! □La misma figura! □El mismo día de llegada a la academia! □Y después su obstinada e insensata imitación de mi manera de caminar, mi voz, mis costumbres y actitudes! ¿Estaría en verdad, dentro de los límites de las posibilidades humanas que lo que ahora veía fuese meramente el resultado de su constante y sarcástica imitación? Despavorido y cada vez más tembloroso apagué la lámpara, salí en silencio del cuarto y abandoné en el acto los salones de esa vieja academia a la que no regresaría jamás

JULIO CORTÁZAR

Después de pasar algunos meses holgazaneando en casa, me hallé convertido en un estudiante de Eton. El breve intervalo transcurrido bastó para debilitar el recuerdo de los acontecimientos ocurridos en la academia del doctor Bransby, o por lo menos para modificar los sentimientos que esos recuerdos me inspiraban. La verdad -la tragedia del drama, ya no existían. Ahora podía dudar de la evidencia de mis sentidos, y las pocas veces que recordaba el episodio me sorprendían los extremos a que puede llegar la credulidad humana y sonreía ante la fuerza de la imaginación que poseía por herencia. Dado el género de vida que empecé a llevar en Eton era lógico que este escepticismo no decreciera. El vórtice de locura irreflexiva en el que inmediata y temerariamente me sumergí, barrió con todo lo que no fuera el pasado reciente ahogando de inmediato toda impresión sólida o seria y dejando en mi recuerdo tan sólo las cosas más triviales de mi vida anterior.

No deseo, sin embargo, trazar aquí el curso de este miserable libertinaje, un libertinaje que desafiaba las leyes y eludía la vigilancia de la institución. Transcurrieron tres años de locura que no me dejaron ningún provecho, sino que arraigaron en mí los vicios y, de manera insólita, aumentaron mi estatura corporal. En ese tiempo, después de una semana de tonta disipación, invité a un grupo de los estudiantes más disolutos a una orgía secreta en mis habitaciones. Nos encontramos ya avanzada la noche, porque nuestra orgía debía prolongarse fielmente hasta la mañana. Corría con libertad el vino, y no faltaban otras seducciones tal vez más peligrosas; cuando el gris de la aurora apenas se perfilaba en el este, nuestro extravagante delirio estaba en su punto más alto. Excitado hasta la locura por las cartas y el alcohol, yo insistía en un brindis especialmente blasfemo cuando de repente atrajo mi atención la puerta que se entreabría con violencia, y la voz ansiosa de

un criado. Decía que una persona me reclamaba con desesperada urgencia en el vestíbulo.

Salvajemente excitado por el vino, la inesperada interrupción me alegró en lugar de sorprenderme. Salí tambaleante y en pocos pasos estuve en el vestíbulo del edificio. En ese lugar, estrecho y bajo, no había lámpara, y sólo la pálida claridad del amanecer se abría paso por la ventana semicircular. Al transponer el umbral percibí la presencia de un joven casi de mi misma estatura, que vestía una bata de casimir blanco, cortada al nuevo estilo, como la que llevaba yo puesta en ese momento. La débil luz me permitió percibirlo, pero no alcancé a distinguir los rasgos de su cara. Al verme entrar, vino presuroso a mi encuentro y tomándome del brazo con un gesto de petulante impaciencia, me murmuró al oído las palabras:

—¡William Wilson!

Recuperé en el acto la sobriedad.

En los modales del desconocido, y en el temblor de su dedo suspenso entre mis ojos y la luz, había algo que me llenó de indescriptible asombro; pero no fue eso lo que me conmovió con mayor violencia. Fue la solemne admonición que contenían aquellas palabras sibilantes pronunciadas en voz baja y singular; y por sobre todo, fue el carácter, el tono, el sonido de esas sílabas escasas, simples y familiares, pero susurradas, que llegaban a mí con mil turbulentos recuerdos de días pasados, y que golpearon mi alma con el impacto de una batería galvánica. Antes de que pudiera recobrar el uso de mis facultades, mi visitante había desaparecido.

Aunque ese acontecimiento tuvo un vívido efecto sobre mi imaginación, fue también un efecto pasajero. Durante una semana me ocupé en hacer toda clase de investigaciones o me dejé envolver en

una nube de especulaciones morbosas. No pretendí ocultar a mi percepción la identidad del singular individuo que con tanta perseverancia se inmiscuía en mis asuntos y que me acosaba con sus insinuados consejos. ¿Pero quién era y qué era ese Wilson? ¿De dónde venía? ¿Cuáles eran sus propósitos? Me resultó imposible encontrar una respuesta satisfactoria a estas preguntas; sólo alcancé a averiguar que un repentino accidente familiar lo obligó a abandonar la academia del doctor Bransby el mismo día de mi huida. Pero poco tiempo después dejé de pensar en el asunto; mi atención estaba completamente absorbida por el proyecto de ingresar en Oxford. Hacia allí pronto me trasladé; mis padres, en su irreflexiva vanidad, me proporcionaron un vestuario y una pensión anual que me permitirían disfrutar a mi antojo del lujo, ya tan caro a mi corazón, y rivalizar en despilfarro con los más altivos herederos de los más opulentos ducados de Gran Bretaña.

Excitado por tantos medios para fomentar el vicio, mi temperamento se desbordó con renovado ardor, y en la loca infatuación de mis francachelas mancillé las más elementales normas de decencia. Pero sería absurdo detenerme en los detalles de mis extravagancias. Baste decir que fui más despilfarrador que el mismo Herodes, y que dando nombre a una multitud de nuevas locuras, agregué un apéndice nada breve al largo catálogo de vicios entonces habituales en la más disoluta universidad de Europa.

Sin embargo, resultaba casi increíble que pese a haber caído tan bajo mancillando mi condición de caballero, hubiera de llegar a familiarizarme con el vil arte del jugador profesional y que, habiéndome convertido en adepto de esa ciencia despreciable, la practicara con frecuencia, como un medio de aumentar aún más mis enormes rentas a expensas de mis compañeros más débiles de carácter. Sin embargo,

esa era la verdad. Y la misma enormidad de esta ofensa contra todos los sentimientos varoniles y honorables demostraba, más allá de toda duda, la principal ya que no la única razón de la impunidad con que la cometía. ¿Quién, entre mis más desenfrenados camaradas, no hubiera preferido dudar del testimonio de sus sentidos antes de sospechar culpable de semejante vileza al alegre, al franco, al generoso William Wilson -el más noble y liberal compañero de Oxford- ese cuyas locuras (según decían sus parásitos) eran sólo las locuras de la juventud y de la fantasía, cuyos errores no eran más que caprichos inimitables, cuyos vicios más negros eran sólo descuidadas y atrevidas extravagancias?

Había estado dos años exitosamente entregado a estas actividades cuando llegó a la Universidad un joven noble, un *parvenu* de apellidado Glendinning -tan rico como Herodes Atico según los rumores- y cuyas riquezas también habían sido fácilmente obtenidas. Pronto me di cuenta de que era un simple y, naturalmente, lo consideré un sujeto adecuado para poner a prueba mis habilidades. Lo invité a jugar con frecuencia y, con la habitual artimaña del tahúr, le permití ganar sumas considerables para envolverlo más eficazmente en mis redes. Una vez maduros mis planes, me encontré con él (decidido a que esa partida fuera la última y decisiva) en las habitaciones de un compañero llamado Preston, amigo por igual de ambos pero que, para hacerle justicia, no abrigaba la más remota sospecha de mis intenciones. Para mayor disimulo, conseguí reunir un grupo de ocho a diez personas y me las ingenié para que la propuesta de jugar a las cartas pareciera accidental y la sugiriera la misma víctima. Para no prolongar un tema tan vil, no omití ninguna de las acostumbradas y delicadas bajezas de situaciones similares, hasta tal punto repetidas que sorprende que todavía existan seres tan tontos que caigan en la trampa.

JULIO CORTÁZAR

Dilatamos el juego hasta altas horas de la noche y por fin llevé a cabo la maniobra gracias a la cual Glendinning quedaba como mi único adversario. El juego también era mi preferido: el écarté. El resto de los invitados, interesados por nuestra partida, abandonó sus propias cartas y nos rodeó. El *parvení*, a quien al principio de la noche logré inducir a beber en abundancia, mezclaba las cartas, las repartía y jugaba con una nerviosidad que su ebriedad sólo en parte podía explicar. En poco rato se convirtió en mi deudor por una importante suma y entonces, después de beber un gran trago de oporto, hizo lo que yo fríamente esperaba: me propuso doblar nuestras ya extravagantes apuestas. Simulé una enorme renuencia y recién cuando mis repetidas negativas le provocaron algunas réplicas coléricas, que me acusaban de cobarde, acepté la propuesta. El resultado, por supuesto, no hizo más que demostrar hasta qué punto había caído la presa en mis redes: en menos de una hora, su deuda se cuadruplicó. Hacía rato que el semblante de Glendinning perdía el tinte rubicundo provocado por el vino; pero ahora, para mi sorpresa, percibí en él una palidez verdaderamente espantosa. Aseguro que me sorprendió, porque en respuesta a mis ansiosas averiguaciones, Glendinning me había sido presentado como inmensamente rico, y las sumas que ya llevaba perdidas, aunque importantes en sí mismas, supuse que no podían incomodarlo seriamente, y mucho menos afectarlo con tal violencia. Lo primero que pensé era que estaba agobiado por el vino que acababa de beber; y más por mantener mi reputación a los ojos de mis compañeros que por motivos menos interesados, me disponía a exigir con tono perentorio la suspensión de la partida, cuando algunas frases dichas a mi alrededor y la exclamación de total desesperanza que profirió Glendinning, me dieron a entender que acababa de provocar su ruina total en cir-

cunstances que, al convertirlo en objeto de la piedad general, deberían haberlo protegido hasta de los ataques de un espíritu maligno.

Es difícil saber cuál debía haber sido mi conducta en ese momento. La lamentable condición de mi víctima creaba un clima de incómodo abatimiento en todos los presentes; hubo algunos instantes de profundo silencio durante el que me ardieron las mejillas ante las miradas abrasadoras de desprecio y de reproche que me dirigían los menos viciosos del grupo. Confieso que el peso intolerable de mi ansiedad se vio durante breves instantes aliviada por una repentina y extraordinaria interrupción. Las pesadas puertas plegadizas de la habitación se abrieron de par en par con un ímpetu tan vigoroso y arrollador que, como por arte de magia, se extinguieron todas las velas del cuarto. Pero las llamas, agonizantes, nos permitieron percibir la entrada de un desconocido, un hombre aproximadamente de mi estatura, completamente envuelto en una capa. La oscuridad era ahora total y sólo podíamos sentir que el desconocido estaba entre nosotros. Antes de que nadie pudiera recobrase de la sorpresa provocada por entrada tan ruda e intempestiva, oímos la voz del intruso.

—Señores -dijo en una voz baja y clara, en un susurro jamás olvidado que me estremeció hasta la médula-. Señores, no me disculparé por mi comportamiento, porque al conducirme de esta manera cumplo con un deber. Sin lugar a dudas, ustedes ignoran la verdadera personalidad del que esta noche le ha ganado a lord Glendinning una importante suma al écarté. Por lo tanto les señalaré una manera expeditiva para obtener esta tan necesaria información. Por favor examinen con cuidado el paño de su manga izquierda y los pequeños paquetes que encontrarán en los espaciosos bolsillos de su bata bordada.

JULIO CORTÁZAR

Mientras hablaba, el silencio era tan profundo que se hubiera podido oír la caída de un alfiler sobre el piso. Al terminar de hablar, salió tan abruptamente como había llegado. ¿Puedo describir... describiré mis sensaciones? ¿Necesito decir que experimenté todos los horrores del condenado? No tuve tiempo de reflexionar. Varias manos me aferraron con rudeza, impidiéndome todo movimiento, y de inmediato se volvieron a prender las luces. Enseguida me registraron. En el forro de mi manga encontraron todas las cartas esenciales en el écarté, y en los bolsillos de mi bata una serie de mazos de barajas idénticos a los que utilizábamos en nuestras partidas, con la única excepción de que las mías eran lo que técnicamente se denomina *arrondées*: los honores eran levemente convexos en las puntas, las cartas más bajas, levemente convexas a los costados. De esta manera, el incauto que corta el mazo a lo largo, según lo acostumbrado, invariablemente proporciona un honor a su adversario, mientras el tahúr cortará a lo ancho sin proporcionar a su víctima ninguna carta de importancia en el juego.

Cualquier explosión de indignación ante lo que acababan de descubrir me hubiera afectado menos que el silencioso desprecio o la sarcástica compostura con que lo recibieron.

—Señor Wilson -dijo nuestro anfitrión, inclinándose para levantar del piso una lujosa capa de pieles excepcionales- señor Wilson, esta capa es suya. (Hacía frío y al salir de mi habitación me había echado la capa sobre los hombros quitándomela luego al llegar a la escena del juego). Supongo que está de más buscar aquí mayores pruebas de su habilidad -comentó, observando los pliegues de la capa con amarga sonrisa-. Ya tenemos bastantes. Espero que comprenda la necesidad de abandonar Oxford y, en todo caso, de salir inmediatamente de mis aposentos.

Envilecido, humillado como estaba, es probable que hubiera respondido a tan exasperante lenguaje con un arrebato de violencia si en ese momento mi atención no hubiese sido atraída por un hecho sorprendente. La capa que me había puesto para la reunión era de pieles extremadamente raras; tan poco comunes y extravagantemente costosas que no me aventuraré a hablar de su precio. También el modelo era de mi propia y fantástica invención; porque era exigente hasta la fanfarronería en cuestiones de naturaleza tan frívola. Por eso, cuando el señor Preston me alcanzó la que acababa de levantar del piso, cerca de las puertas plegadizas de la habitación vi, con un asombro que se acercaba al terror, que yo tenía mi propia capa colgando del brazo (donde distraídamente la había colocado) y que la que él me entregaba era absolutamente idéntica en todos y cada uno de sus detalles. Recordé que el extraño personaje que me desenmascarara estaba envuelto en una capa al entrar y, aparte de mí, esa noche ningún otro invitado llevaba capa. Con la poca presencia de ánimo que me quedaba, tomé la que me ofrecía Preston, la coloqué con disimulo sobre la mía; salí de la habitación con una resuelta expresión de desafío, y al alba de la mañana siguiente inicié un viaje al continente sumido en un abismo de horror y de vergüenza.

Huía en vano. Mi maldito destino me persiguió exultante y me demostró, sin lugar a dudas, que su misterioso dominio acababa de empezar. Apenas puse mis pies en París tuve nuevas pruebas del odioso interés que Wilson demostraba en mis asuntos. Volaron los años, sin que yo pudiera experimentar el menor alivio. ¡Miserable! ¡En Roma se interpuso entre mis ambiciones y yo con inoportuna y espectral solitud! También en Viena, en Berlín y en Moscú. ¿Dónde, en verdad, no tuve amargos motivos para maldecirlo desde el fondo del corazón?

JULIO CORTÁZAR

Por fin huí, presa de pánico, de esa inescrutable tiranía, como si se tratara de una peste; y huí en vano hasta los mismos confines de la tierra.

Y una y otra vez, en secreta comunión con mi espíritu, me preguntaba; "¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué quiere?" Pero no encontré la respuesta. Entonces estudié con minuciosidad las formas y los métodos y los rasgos dominantes de aquella impertinente vigilancia. Pero aún en eso no había en qué basar una conjetura. Era ciertamente notable que en ninguna de las múltiples instancias en que se había cruzado últimamente en mi camino lo había hecho más que para frustrar planes o malograr hechos que, de haberse cumplido, hubieran culminado en una amarga maldad. □Pobre justificación es ésta, en verdad, para una autoridad tan imperiosamente asumida! □Pobre compensación para los derechos de un libre albedrío tan pertinaz e insultantemente negado!

También me había visto obligado a notar que, durante un largo período, mi verdugo (que escrupulosamente y con maravillosa destreza mantuvo su capricho de vestirse de manera idéntica que yo) consiguió que, en la ejecución de sus variadas interferencias a mi voluntad, nunca y en ningún momento pudiera ver sus facciones. Quienquiera fuese Wilson, esto, al menos, era el colmo de la afectación o de la locura. ¿Supuso por un instante que en quien me amonestó en Eton, en quien malogró mi ambición en Roma, mi venganza en París, mi apasionado amor en Nápoles o lo que falsamente definiera como mi avaricia en Egipto. que en éste -mi archienemigo y genio maligno-, dejaría de reconocer al William Wilson de mis días de escolar. al tocayo, al compañero, al rival, al odiado y temido rival de la academia del doctor Bransby? □Imposible! Pero permitan que me apresure a llegar a la última escena del drama.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Hasta allí yo había sucumbido con indolencia a su imperioso dominio. El sentimiento de profundo temor con que habitualmente contemplaba el elevado carácter, la majestuosa sabiduría y la aparente ubicuidad y omnipotencia de Wilson, sumados al terror que ciertos rasgos de su naturaleza, y las conjeturas que me inspiraban, habían llevado a grabar en mí la idea de mi absoluta debilidad y desamparo, y a sugerirme una implícita aunque amarga y renuente sumisión a su arbitraria voluntad. Pero últimamente me había entregado por completo a la bebida, y la terrible influencia que ésta ejercía sobre mi temperamento hereditario me llevó a impacientarme cada vez más ante esa vigilancia. Empecé a murmurar, a vacilar, a resistir. ¿Y fue sólo mi imaginación la que me indujo a creer que con el aumento de mi propia firmeza, la de mi torturador sufriría una proporcional disminución? Sea como fuere, empecé a sentirme inspirado por una ardiente esperanza, que con el tiempo fomentó en mis más secretos pensamientos la firme y desesperada resolución de no seguir tolerando esa esclavitud.

Fue en Roma, durante el carnaval de 18..., que asistí a un baile de máscaras en el palazzo del duque napolitano Di Broglio. Me dejé arrastrar con más libertad que de costumbre por el exceso de bebida, y luego la atmósfera sofocante de los salones atestados me irritó hasta un punto intolerable. Además, la dificultad de abrirme paso entre la aglomeración de invitados contribuyó en gran medida a aumentar mi malhumor; porque buscaba ansioso (permítanme no decir con qué indigno motivo) a la joven, alegre y hermosa esposa del anciano y tambaleante Di Broglio. Con inescrupulosa confianza ella me había confiado el secreto del disfraz que luciría esa noche, y habiéndola vislumbrado a la distancia me apresuraba a reunirme con ella. En ese mo-

mento sentí que una mano liviana se apoyaba sobre mi hombro y volví a escuchar ese inolvidable, bajo y maldito susurro junto a mi oído.

En un absoluto frenesí de furia me volví de inmediato contra aquél que así me interrumpía y lo aferré por el cuello con violencia. Tal como yo suponía, vestía un disfraz similar al mío: capa española de terciopelo azul y cinturón rojo del que pendía una espada. Una máscara de seda negra le cubría por completo la cara.

—¡Miserable! -grité con voz ronca por la furia que cada sílaba que pronunciaba parecía atizar-. ¡Miserable! ¡Impostor! ¡Maldito villano! ¡No permitiré... no permitiré que me persigas hasta la muerte! ¡Sígueme o te atravesaré aquí mismo con mi espada!- Y me encaminé a una pequeña antecámara contigua, arrastrándolo conmigo sin que se resistiera.

En cuanto entramos, furioso, lo empujé para alejarlo de mí. Él trastabilló contra la pared, mientras yo cerraba la puerta con un juramento y le ordenaba que desenvainara su espada. Sólo vaciló un instante; después, con un pequeño suspiro, desenvainó en silencio y se preparó para defenderse.

El duelo fue breve. Frenético y presa de feroz excitación, yo sentía en mi brazo la energía y el poder de una multitud. En pocos segundos lo acorralé contra la pared, y allí, teniéndolo en mi poder, le hundí repetidas veces la espada en el pecho con brutal ferocidad.

En aquel instante, alguien movió el pestillo de la puerta. Evité presuroso una intrusión y de inmediato regresé al lado de mi moribundo rival. ¿Pero qué lenguaje humano puede transmitir adecuadamente esa sorpresa, ese horror que me poseyó frente al espectáculo que tenía ante mi vista? El breve instante en que aparté la mirada pareció ser suficiente para producir un cambio material en el arreglo de aquel

extremo lejano de la habitación. Un gran espejo -en mi confusión, al menos, eso me pareció al principio-, se alzaba donde antes no había nada. Y cuando avancé hacia él, en el colmo del espanto, cubierta de sangre y pálida la cara, mi propia imagen vino tambaleándose hacia mí.

Eso me pareció, digo, pero me equivocaba. Era mi antagonista, era Wilson quien se erguía ante mí, agonizante. Su máscara y su capa yacían en el suelo, donde las había arrojado. Cada hebra de su ropa, cada línea de los marcados y singulares rasgos de su cara eran idénticos a los míos!

Era Wilson. Pero ya no se expresaba en susurros y hubiera podido imaginar que era yo mismo el que hablaba cuando dijo:

—Has vencido y me entrego. Pero a partir de ahora tú también estás muerto... muerto para el mundo, para el cielo y para la esperanza. En mí existías... y observa esta imagen, que es la tuya, porque al matarme te has asesinado tú mismo!

La muerte de Iván Ilich

León Tolstói

1

Durante una pausa en el proceso Melvinski, en el vasto edificio de la Audiencia, los miembros del tribunal y el fiscal se reunieron en el despacho de Iván Yegorovich Shebek y empezaron a hablar del célebre asunto Krasovski. Fyodor Vasilyevich declaró acaloradamente que no entraba en la jurisdicción del tribunal, Iván Yegorovich sostuvo lo contrario, en tanto que Pyotr Ivanovich, que no había entrado en la discusión al principio, no tomó parte en ella y echaba una ojeada a la Gaceta que acababan de entregarle.

—[Señores! -exclamó- Iván Ilich ha muerto!

—¿De veras?

—Ahí está. Léalo -dijo a Fyodor Vasilyevich, alargándole el periódico que, húmedo, olía aún a tinta reciente.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Enmarcada en una orla negra figuraba la siguiente noticia: «Con profundo pesar Praskovya Fyodorovna Golovina comunica a sus parientes y amigos el fallecimiento de su amado esposo Iván Ilich Golovin, miembro del Tribunal de Justicia, ocurrido el 4 de febrero de este año de 1882. El traslado del cadáver tendrá lugar el viernes a la una de la tarde.»

Iván Ilich había sido colega de los señores allí reunidos y muy apreciado de ellos. Había estado enfermo durante algunas semanas y de una enfermedad que se decía incurable. Se le había reservado el cargo, pero se conjeturaba que, en caso de que falleciera, se nombraría a Alekseyev para ocupar la vacante, y que el puesto de Alekseyev pasaría a Vinnikov o a Shtabel. Así pues, al recibir la noticia de la muerte de Iván Ilich lo primero en que pensaron los señores reunidos en el despacho fue en lo que esa muerte podría acarrear en cuanto a cambios o ascensos entre ellos o sus conocidos.

«Ahora, de seguro, obtendré el puesto de Shtabel o de Vinnikov -se decía Fyodor Vasilyevich-. Me lo tienen prometido desde hace mucho tiempo; y el ascenso me supondrá una subida de sueldo de ochocientos rublos, sin contar la bonificación.»

«Ahora es preciso solicitar que trasladen a mi cuñado de Kaluga -pensaba Pyotr Ivanovich-. Mi mujer se pondrá muy contenta. Ya no podrá decir que no hago una maldita cosa por sus parientes.»

—Yo ya me figuraba que no se levantaría de la cama -dijo en voz alta Pyotr Ivanovich-. ¡Lástima!

—Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que tenía?

—Los médicos no pudieron diagnosticar la enfermedad; mejor dicho, sí la diagnosticaron, pero cada uno de manera distinta. La última vez que lo vi pensé que estaba mejor.

JULIO CORTÁZAR

—Y yo, que no pasé a verlo desde las vacaciones! Aunque siempre estuve por hacerlo.

—Y qué, ¿ha dejado algún capital?

—Por lo visto su mujer tenía algo, pero sólo una cantidad ínfima.

—Bueno, habrá que visitarla. Aunque hay que ver lo lejos que viven!

—O sea, lejos de usted. De usted todo está lejos.

—Ya ve que no me perdona que viva al otro lado del río -dijo sonriendo Pyotr Ivanovich a Shebek. Y hablando de las grandes distancias entre las diversas partes de la ciudad volvieron a la sala del Tribunal.

Aparte de las conjeturas sobre los posibles traslados y ascensos que podrían resultar del fallecimiento de Iván Ilich, el sencillo hecho de enterarse de la muerte de un allegado suscitaba en los presentes, como siempre ocurre, una sensación de complacencia, a saber: «el muerto es él; no soy yo».

Cada uno de ellos pensaba o sentía: «Pues sí, él ha muerto, pero yo estoy vivo.» Los conocidos más íntimos, los amigos de Iván Ilich, por así decirlo, no podían menos de pensar también que ahora habría que cumplir con el muy fastidioso deber, impuesto por el decoro, de asistir al funeral y hacer una visita de pésame a la viuda.

Los amigos más allegados habían sido Fyodor Vasilyevich y Pyotr Ivanovich. Pyotr Ivanovich había estudiado Leyes con Iván Ilich y consideraba que le estaba agradecido.

Habiendo dado a su mujer durante la comida la noticia de la muerte de Iván Ilich y cavilando sobre la posibilidad de trasladar a su

cuñado a su partido judicial, Pyotr Ivanovich, sin dormir la siesta, se puso el frac y fue a casa de Iván Ilich.

A la entrada vio una carroza y dos trineos de punto. Abajo, junto a la percha del vestíbulo, estaba apoyada a la pared la tapa del féretro cubierta de brocado y adornada de borlas y galones recién lustrados. Dos señoras de luto se quitaban los abrigos. Pyotr Ivanovich reconoció a una de ellas, hermana de Iván Ilich, pero la otra le era desconocida, Su colega, Schwartz, bajaba en ese momento, pero al ver entrar a Pyotr Ivanovich desde el escalón de arriba, se detuvo e hizo un guiño como para decir: «Valiente lío ha armado Iván Ilich; a usted y a mí no nos pasaría lo mismo.»

El rostro de Schwartz con sus patinas a la inglesa y su cuerpo flaco embutido en el frac, tenía su habitual aspecto de elegante solemnidad que no cuadraba con su carácter jocosos, que ahora y en ese lugar tenía especial envidia; o así le pareció a Pyotr Ivanovich.

Pyotr Ivanovich dejó pasar a las señoras y tras ellas subió despacio la escalera. Schwartz no bajó, sino que permaneció donde estaba. Pyotr Ivanovich sabía por qué: porque quería concertar con él dónde jugarían a las cartas esa noche. Las señoras subieron a reunirse con la viuda, y Schwartz, con labios severamente apretados y ojos retozones, indicó a Pyotr Ivanovich levantando una ceja el aposento a la derecha donde se encontraba el cadáver.

Como sucede siempre en ocasiones semejantes, Pyotr Ivanovich entró sin saber a punto fijo lo que tenía que hacer. Lo único que sabía era que en tales circunstancias no estaría de más santiguarse. Pero no estaba enteramente seguro de si además de eso había que hacer también una reverencia. Así pues, adoptó un término medio. Al entrar en la habitación empezó a santiguarse y a hacer como si fuera a inclinar-

se. Al mismo tiempo, en la medida en que se lo permitían los movimientos de la mano y la cabeza, examinó la habitación. Dos jóvenes, sobrinos al parecer -uno de ellos estudiante de secundaria-, salían de ella santiguándose. Una anciana estaba de pie, inmóvil, mientras una señora de cejas curiosamente arqueadas le decía algo al oído. Un sacristán vigoroso y resuelto, vestido de levita, leía algo en alta voz con expresión que excluía toda réplica posible. Gerasim, ayudante del mayordomo, cruzó con paso ingrátido por delante de Pyotr Ivanovich esparciendo algo por el suelo. Al ver tal cosa, Pyotr Ivanovich notó al momento el ligero olor de un cuerpo en descomposición. En su última visita a Iván Ilich, Pyotr Ivanovich había visto a Gerasim en el despacho; hacía el papel de enfermero e Iván Ilich le tenía mucho aprecio. Pyotr Ivanovich continuó santiguándose e inclinando levemente la cabeza en una dirección intermedia entre el cadáver, el sacristán y los iconos expuestos en una mesa en el rincón. Más tarde, cuando le pareció que el movimiento del brazo al hacer la señal de la cruz se había prolongado más de lo conveniente, cesó de hacerlo y se puso a mirar el cadáver.

El muerto yacía, como siempre yacen los muertos, de manera especialmente grávida, con los miembros rígidos hundidos en los blandos cojines del ataúd y con la cabeza sumida para siempre en la almohada. Al igual que suele ocurrir con los muertos, abultaba su frente, amarilla como la cera y con rodales calvos en las sienes hundidas, y sobresalía su nariz como si hiciera presión sobre el labio superior. Había cambiado mucho y enflaquecido aún más desde la última vez que Pyotr Ivanovich lo había visto; pero, como sucede con todos los muertos, su rostro era más agraciado y, sobre todo, más expresivo de lo que había sido en vida. La expresión de ese rostro quería decir que

lo que hubo que hacer quedaba hecho y bien hecho. Por añadidura, ese semblante expresaba un reproche y una advertencia para los vivos. A Pyotr Ivanovich esa advertencia le parecía inoportuna o, por lo menos, inaplicable a él. Y como no se sentía a gusto se santiguó de prisa una vez más, giró sobre los talones y se dirigió a la puerta -demasiado a la ligera según él mismo reconocía, y de manera contraria al decoro.

Schwartz, con los pies separados y las manos a la espalda, le esperaba en la habitación de paso jugando con el sombrero de copa. Una simple mirada a esa figura jocosa, pulcra y elegante bastó para refrescar a Pyotr Ivanovich. Diose éste cuenta de que Schwartz estaba por encima de todo aquello y no se rendía a ninguna influencia deprimente. Su mismo aspecto sugería que el incidente del funeral de Iván Ilich no podía ser motivo suficiente para juzgar infringido el orden del día, o, dicho de otro modo, que nada podría impedirle abrir y barajar un mazo de naipes esa noche, mientras un criado colocaba cuatro nuevas bujías en la mesa; que, en realidad, no había por qué suponer que ese incidente pudiera estorbar que pasaran la velada muy ricamente. Dijo esto en un susurro a Pyotr Ivanovich cuando pasó junto a él, proponiéndole que se reuniesen a jugar en casa de Fyodor Vasilyevich. Pero, por lo visto, Pyotr Ivanovich no estaba destinado a jugar al vint esa noche. Praskovya Fyodorovna (mujer gorda y corta de talla que, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, había seguido ensanchándose de los hombros para abajo y tenía las cejas tan extrañamente arqueadas como la señora que estaba junto al féretro), toda de luto, con un velo de encaje en la cabeza, salió de su propio cuarto con otras señoras y, acompañándolas a la habitación en que estaba el cadáver, dijo:

—El oficio comenzará en seguida. Entren, por favor.

Schwartz, haciendo una imprecisa reverencia, se detuvo, al parecer sin aceptar ni rehusar tal invitación. Praskovya Fyodorovna, al reconocer a Pyotr Ivanovich, suspiró, se acercó a él, le tomó una mano y dijo:

—Sé que fue usted un verdadero amigo de Iván Ilich... -y le miró, esperando de él una respuesta apropiada a esas palabras.

Pyotr Ivanovich sabía que, por lo mismo que había sido necesario santiguarse en la otra habitación, era aquí necesario estrechar esa mano, suspirar y decir: «Créame...» Y así lo hizo. Y habiéndolo hecho tuvo la sensación de que se había conseguido el propósito deseado: ambos se sintieron conmovidos.

—Venga conmigo. Necesito hablarle antes de que empiece -dijo la viuda-. Deme su brazo.

Pyotr Ivanovich le dio el brazo y se encaminaron a las habitaciones interiores, pasando junto a Schwartz, que hizo un guiño pesaroso a Pyotr Ivanovich. «Ahí se queda nuestro *vint*. No se ofenda si encontramos a otro jugador. Quizá podamos ser cinco cuando usted se escape -decía su mirada juguetona.

Pyotr Ivanovich suspiró aún más honda y tristemente y Praskovya Fyodorovna, agradecida, le dio un apretón en el brazo. Cuando llegaron a la sala tapizada de cretona color de rosa y alumbrada por una lámpara mortecina se sentaron a la mesa: ella en un sofá y él en una otomana baja cuyos muelles se resintieron convulsamente bajo su cuerpo. Praskovya Fyodorovna estuvo a punto de advertirle que tomara otro asiento, pero juzgando que tal advertencia no correspondía debidamente a su condición actual cambió de aviso. Al sentarse en la otomana Pyotr Ivanovich recordó que Iván Ilich había arreglado esa habitación y le había consultado acerca de la cretona color de rosa con

hojas verdes. Al ir a sentarse en el sofá (la sala entera estaba repleta de muebles y chucherías) el velo de encaje negro de la viuda quedó enganchado en el entallado de la mesa. Pyotr Ivanovich se levantó para desengancharlo, y los muelles de la otomana, liberados de su peso, se levantaron al par que él y le dieron un empujón. La viuda, a su vez, empezó a desenganchar el velo y Pyotr Ivanovich volvió a sentarse, comprimiendo de nuevo la indócil otomana. Pero la viuda no se había desasido por completo y Pyotr volvió a levantarse, con lo que la otomana volvió a sublevarse a incluso a emitir crujidos. Cuando acabó todo aquello la viuda sacó un pañuelo de batista limpio y empezó a llorar. Pero el lance del velo y la lucha con la otomana habían enfriado a Pyotr Ivanovich, quien permaneció sentado con cara de vinagre. Esta situación embarazosa fue interrumpida por Sokolov, el mayordomo de Iván Ilich, quien vino con el aviso de que la parcela que en el cementerio había escogido Praskovya Fyodorovna costaría doscientos rublos. Ella cesó de llorar y mirando a Pyotr Ivanovich con ojos de víctima le hizo saber en francés lo penoso que le resultaba todo aquello. Pyotr Ivanovich, con un ademán tácito, confirmó que indudablemente no podía ser de otro modo.

—Fume, por favor -dijo ella con voz a la vez magnánima y quebrada; y se volvió para hablar con Sokolov del precio de la parcela para la sepultura.

Mientras fumaba, Pyotr Ivanovich le oyó preguntar muy detalladamente por los precios de diversas parcelas y decidir al cabo con cuál de ellas se quedaría. Sokolov salió de la habitación.

—Yo misma me ocupo de todo -dijo ella a Pyotr Ivanovich apartando a un lado los álbumes que había en la mesa. Y al notar que con la ceniza del cigarrillo esa mesa corría peligro, le alargó al momento

JULIO CORTÁZAR

un cenicero al par que decía-: Considero que es afectación decir que la pena me impide ocuparme de asuntos prácticos. Al contrario, si algo puede... no digo consolarme, sino distraerme, es lo concerniente a él.

Volvió a sacar el pañuelo como si estuviera a punto de llorar, pero de pronto, como sobreponiéndose, se sacudió y empezó a hablar con calma:

—Hay algo, sin embargo, de que quiero hablarle.

Pyotr Ivanovich se inclinó, pero sin permitir que se amotinassen los muelles de la otomana, que ya habían empezado a vibrar bajo su cuerpo.

—En estos últimos días ha sufrido terriblemente.

—¿De veras? -preguntó Pyotr Ivanovich.

—[Oh, sí, terriblemente! Estuvo gritando sin cesar, y no durante minutos, sino durante horas. Tres días seguidos estuvo gritando sin parar. Era intolerable. No sé cómo he podido soportarlo. Se le podía oír con tres puertas de por medio. [Ay, cuánto he sufrido!

—¿Pero es posible que estuviera consciente durante ese tiempo? -preguntó Pyotr Ivanovich.

—Sí -murmuró ella-. Hasta el último momento. Se despidió de nosotros un cuarto de hora antes de morir y hasta dijo que nos llevaramos a Volodya de allí.

El pensar en los padecimientos de un hombre a quien había conocido tan íntimamente, primero como chicuelo alegre, luego como condiscípulo y más tarde, ya crecido, como colega, horrorizó de pronto a Pyotr Ivanovich, a pesar de tener que admitir con desgana que tanto él como esa mujer estaban fingiendo. Volvió a ver esa frente y esa nariz que hacía presión sobre el labio, y tuvo miedo.

«Tres días de horribles sufrimientos y luego la muerte! Pero si eso puede también ocurrirme a mí de repente, ahora mismo!» -pensó, y durante un momento quedó espantado. Pero en seguida, sin saber por qué, vino en su ayuda la noción habitual, a saber, que eso le había pasado a Iván Ilich y no a él, que eso no debería ni podría pasarle a él, y que pensar de otro modo sería dar pie a la depresión, cosa que había que evitar, como demostraba claramente el rostro de Schwartz. Y habiendo reflexionado de esa suerte, Pyotr Ivanovich se tranquilizó y empezó a pedir con interés detalles de la muerte de Iván Ilich, ni más ni menos que si esa muerte hubiese sido un accidente propio sólo de Iván Ilich, pero en ningún caso de él.

Después de dar varios detalles acerca de los dolores físicos realmente horribles que había sufrido Iván Ilich (detalles que Pyotr Ivanovich pudo calibrar sólo por su efecto en los nervios de Praskovya Fyodorovna), la viuda al parecer juzgó necesario entrar en materia.

—Ay, Pyotr Ivanovich, qué angustioso! Qué terriblemente angustioso, qué terriblemente angustioso! -Y de nuevo rompió a llorar.

Pyotr Ivanovich suspiró y aguardó a que ella se limpiase la nariz. Cuando lo hizo, dijo él:

—Créame... -y ella empezó a hablar otra vez de lo que claramente era el asunto principal que con él quería ventilar, a saber, cómo podría obtener dinero del fisco con motivo de la muerte de su marido. Praskovya Fyodorovna hizo como si pidiera a Pyotr Ivanovich consejo acerca de su pensión, pero él vio que ella ya sabía eso hasta en sus más mínimos detalles, mucho más de lo que él sabía; que ella ya sabía todo lo que se le podía sacar al fisco a consecuencia de esa muerte; y que lo que quería saber era si se le podía sacar más. Pyotr Ivanovich trató de pensar en algún medio para lograrlo, pero tras dar vueltas al

caso y, por cumplir, criticar al gobierno por su tacañería, dijo que, a su parecer, no se podía obtener más. Entonces ella suspiró y evidentemente empezó a buscar el modo de deshacerse de su visitante. Él se dio cuenta de ello, apagó el cigarrillo, se levantó, estrechó la mano de la señora y salió a la antesala.

En el comedor, donde estaba el reloj que tanto gustaba a Iván Ilich, quien lo había comprado en una tienda de antigüedades, Pyotr Ivanovich encontró a un sacerdote y a unos cuantos conocidos que habían venido para asistir al oficio, y vio también a la hija joven y guapa de Iván Ilich, a quien ya conocía. Estaba de luto riguroso, y su cuerpo delgado parecía aún más delgado que nunca. La expresión de su rostro era sombría, denodada, casi iracunda. Saludó a Pyotr Ivanovich como si él tuviera la culpa de algo. Detrás de ella, con la misma expresión agraviada, estaba un juez de instrucción conocido de Pyotr Ivanovich, un joven rico que, según se decía, era el prometido de la muchacha. Pyotr Ivanovich se inclinó melancólicamente ante ellos y estaba a punto de pasar a la cámara mortuoria cuando de debajo de la escalera surgió la figura del hijo de Iván Ilich, estudiante de instituto, que se parecía increíblemente a su padre. Era un pequeño Iván Ilich, igual al que Pyotr Ivanovich recordaba cuando ambos estudiaban Derecho. Tenía los ojos llorosos, con una expresión como la que tienen los muchachos viciosos de trece o catorce años. Al ver a Pyotr Ivanovich, el muchacho arrugó el ceño con empacho y hosquedad. Pyotr Ivanovich le saludó con una inclinación de cabeza y entró en la cámara mortuoria. Había empezado el oficio de difuntos: velas, gemidos, incienso, lágrimas, sollozos. Pyotr Ivanovich estaba de pie, mirándose sombríamente los zapatos, No miró al muerto una sola vez, ni se rindió a las influencias depresivas, y fue de los primeros en salir de allí.

No había nadie en la antesala. Gerasim salió de un brinco de la habitación del muerto, revolvió con sus manos vigorosas entre los amontonados abrigos de pieles, encontró el de Pyotr Ivanovich y le ayudó a ponérselo.

—¿Qué hay, amigo Gerasim? -preguntó Pyotr Ivanovich por decir algo-. □Qué lástima! ¿Verdad?

—Es la voluntad de Dios. Por ahí pasaremos todos -contestó Gerasim mostrando sus dientes blancos, iguales, dientes de campesino, y como hombre ocupado en un trabajo urgente abrió de prisa la puerta, llamó al cochero, ayudó a Pyotr Ivanovich a subir al trineo y volvió de un salto a la entrada de la casa, como pensando en algo que aún tenía que hacer.

A Pyotr Ivanovich le resultó especialmente agradable respirar aire fresco después del olor del incienso, el cadáver y el ácido carbólico.

—¿A dónde, señor? -preguntó el cochero.

—No es tarde todavía... Me pasaré por casa de Fyodor Vasilyevich.

Y Pyotr Ivanovich fue allá y, en efecto, los halló a puntode terminar la primera mano; y así, pues, no hubo inconveniente en que entrase en la partida.

2

La historia de la vida de Iván Ilich había sido sencillísima y ordinaria, al par que terrible en extremo.

JULIO CORTÁZAR

Había sido miembro del Tribunal de Justicia y había muerto a los cuarenta y cinco años de edad. Su padre había sido funcionario público que había servido en diversos ministerios y negociados y hecho la carrera propia de individuos que, aunque notoriamente incapaces para desempeñar cargos importantes, no pueden ser despedidos a causa de sus muchos años de servicio; al contrario, para tales individuos se inventan cargos ficticios y sueldos nada ficticios de entre seis y diez mil rublos, con los cuales viven hasta una avanzada edad.

Tal era Ilya Yefimovich Golovin, Consejero Privado e inútil miembro de varios organismos inútiles.

Tenía tres hijos y una hija. Iván Ilich era el segundo. El mayor seguía la misma carrera que el padre aunque en otro ministerio, y se acercaba ya rápidamente a la etapa del servicio en que se percibe automáticamente ese sueldo. El tercer hijo era un desgraciado. Había fracasado en varios empleos y ahora trabajaba en los ferrocarriles. Su padre, sus hermanos y, en particular, las mujeres de éstos no sólo evitaban encontrarse con él, sino que olvidaban que existía salvo en casos de absoluta necesidad. La hija estaba casada con el barón Greff, funcionario de Petersburgo del mismo género que su suegro. Iván Ilich era *le phénix de la famille*, como decía la gente. No era tan frío y estirado como el hermano mayor ni tan frenético como el menor, sino un término medio entre ambos: listo, vivaz, agradable y discreto. Había estudiado en la Facultad de Derecho con su hermano menor, pero éste no había acabado la carrera por haber sido expulsado en el quinto año. Iván Ilich, al contrario, había concluido bien sus estudios. Era ya en la facultad lo que sería en el resto de su vida: capaz, alegre, benévolo y sociable, aunque estricto en el cumplimiento de lo que consideraba su deber; y, según él, era deber todo aquello que sus superiores jerárqui-

cos consideraban como tal. No había sido servil ni de muchacho ni de hombre, pero desde sus años mozos se había sentido atraído, como la mosca a la luz, por las gentes de elevada posición social, apropiándose sus modos de obrar y su filosofía de la vida y trabando con ellos relaciones amistosas. Había dejado atrás todos los entusiasmos de su niñez y mocedad, de los que apenas quedaban restos, se había entregado a la sensualidad y la soberbia y, por último, como en las clases altas, al liberalismo, pero siempre dentro de determinados límites que su instinto le marcaba puntualmente.

En la facultad hizo cosas que anteriormente le habían parecido sumamente reprobables y que le causaron repugnancia de sí mismo en el momento mismo de hacerlas; pero más tarde, cuando vio que tales cosas las hacía también gente de alta condición social que no las juzgaba ruines, no llegó precisamente a darlas por buenas, pero sí las olvidó por completo o se acordaba de ellas sin sonrojo.

Al terminar sus estudios en la facultad y habilitarse para la décima categoría de la administración pública, y habiendo recibido de su padre dinero para equiparse, Iván Ilich se encargó ropa en la conocida sastrería de Scharmer, colgó en la cadena del reloj una medalla con el lema *respice finem*, se despidió de su profesor y del príncipe patrón de la facultad, tuvo una cena de despedida con sus compañeros en el restaurante Donon, y con su nueva maleta muy a la moda, su ropa blanca, su traje, sus utensilios de afeitarse y adminículos de tocador, su manta de viaje, todo ello adquirido en las mejores tiendas, partió para una de las provincias donde, por influencia de su padre, iba a ocupar el cargo de ayudante del gobernador para servicios especiales.

En la provincia Iván Ilich pronto se agenció una posición tan fácil y agradable como la que había tenido en la Facultad de Derecho.

JULIO CORTÁZAR

Cumplía con sus obligaciones y fue haciéndose una carrera, a la vez que se divertía agradable y decorosamente. De vez en cuando salía a hacer visitas oficiales por el distrito, se comportaba dignamente con sus superiores e inferiores -de lo que no podía menos de enorgullecerse- y desempeñaba con rigor y honradez incorruptible los menesteres que le estaban confiados, que en su mayoría tenían que ver con los disidentes religiosos.

No obstante su juventud y propensión a la jovialidad frívola, era notablemente reservado, exigente y hasta severo en asuntos oficiales; pero en la vida social se mostraba a menudo festivo e ingenioso, y siempre benévolo, correcto y *bon enfant*, como decían de él el gobernador y su esposa, quienes le trataban como miembro de la familia.

En la provincia tuvo amoríos con una señora deseosa de ligarse con el joven y elegante abogado; hubo también una modista; hubo asimismo juergas con los edecanes que visitaban el distrito y, después de la cena, visitas a calles sospechosas de los arrabales; y hubo, por fin, su tanto de coba al gobernador y su esposa, pero todo ello efectuado con tan exquisito decoro que no cabía aplicarle calificativos desagradables. Todo ello podría colocarse bajo la conocida rúbrica francesa: *Il faut que jeunesse se passe*. Todo ello se llevaba a cabo con manos limpias, en camisas limpias, con palabras francesas y, sobre todo, en la mejor sociedad y, por ende, con la aprobación de personas de la más distinguida condición.

De ese modo sirvió Iván Ilich cinco años hasta que se produjo un cambio en su situación oficial. Se crearon nuevas instituciones judiciales y hubo necesidad para ellas de nuevos funcionarios. Iván Ilich fue uno de ellos. Se le ofreció el cargo de juez de instrucción y lo aceptó, a pesar de que estaba en otra provincia y le obligaba a abandonar

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

las relaciones que había establecido y establecer otras. Los amigos se reunieron para despedirle, se hicieron con él una fotografía en grupo y le regalaron una pitillera de plata. E Iván Ilich partió para su nueva colocación.

En el cargo de juez de instrucción Iván Ilich fue tan *comme il faut* y decoroso como lo había sido cuando estuvo de ayudante para servicios especiales: se ganó el respeto general y supo separar sus deberes judiciales de lo atinente a su vida privada. Las funciones mismas de juez de instrucción le resultaban muchísimo más interesantes y atractivas que su trabajo anterior. En ese trabajo anterior lo agradable había sido ponerse el uniforme confeccionado por Scharmer y pasar con despreocupado continente por entre los solicitantes y funcionarios que, aguardando temerosos la audiencia con el gobernador, le envidiaban por entrar directamente en el despacho de éste y tomar el té y fumarse un cigarrillo con él. Pero personas que dependían directamente de él había habido pocas: sólo jefes de policía y disidentes religiosos cuando lo enviaban en misiones especiales, y a esas personas las trataba cortésmente, casi como a camaradas, como haciéndoles creer que, siendo capaz de aplastarlas, las trataba sencilla y amistosamente. Pero ahora, como juez de instrucción, Iván Ilich veía que todas ellas -todas ellas sin excepción-, incluso las más importantes y engréidas, estaban en sus manos, y que con sólo escribir unas palabras en una hoja de papel con cierto membrete tal o cual individuo importante y engréido sería conducido ante él en calidad de acusado o de testigo; y que si decidía que el tal individuo no se sentase lo tendría de pie ante él contestando a sus preguntas. Iván Ilich nunca abusó de esas atribuciones; muy al contrario, trató de suavizarlas; pero la conciencia de poseerlas y la posibilidad de suavizarlas constituían para él el interés

cardinal y el atractivo de su nuevo cargo. En su trabajo, especialmente en la instrucción de los sumarios, Iván Ilich adoptó pronto el método de eliminar todas las circunstancias ajenas al caso y de condensarlo, por complicado que fuese, en forma que se presentase por escrito sólo en sus aspectos externos, con exclusión completa de su opinión personal y, sobre todo, respetando todos los formalismos necesarios. Este género de trabajo era nuevo, e Iván Ilich fue uno de los primeros funcionarios en aplicar el nuevo Código de 1864.

Al asumir el cargo de juez de instrucción en una nueva localidad Iván Ilich hizo nuevas amistades y estableció nuevas relaciones, se instaló de forma diferente de la anterior y cambió perceptiblemente de tono. Asumió una actitud de discreto y digno alejamiento de las autoridades provinciales, pero sí escogió el mejor círculo de juristas y nobles ricos de la ciudad y adoptó una actitud de ligero descontento con el gobierno, de liberalismo moderado e ilustrada ciudadanía. Por lo demás, no alteró en lo más mínimo la elegancia de su atavío, cesó de afeitarse el mentón y dejó crecer libremente la barba.

La vida de Iván Ilich en esa nueva ciudad tomó un cariz muy agradable. La sociedad de allí, que tendía a oponerse al gobernador, era buena y amistosa, su sueldo era mayor y empezó a jugar al vint, juego que por aquellas fechas incrementó bastante los placeres de su vida, pues era diestro en el manejo de las cartas, jugaba con gusto, calculaba con rapidez y astucia y ganaba por lo general.

Al cabo de dos años de vivir en la nueva ciudad, Iván Ilich conoció a la que había de ser su esposa. Praskovya Fyodorovna Mihel era la muchacha más atractiva, lista y brillante del círculo que él frecuentaba. Y entre pasatiempos y ratos de descanso de su trabajo judicial Iván Ilich entabló relaciones ligeras y festivas con ella.

Cuando había sido funcionario para servicios especiales Iván Ilich se había habituado a bailar, pero ahora, como juez de instrucción, bailaba sólo muy de tarde en tarde. También bailaba ahora con el fin de demostrar que, aunque servía bajo las nuevas instituciones y había ascendido a la quinta categoría de la administración pública, en lo tocante a bailar podía dar quince y raya a casi todos los demás. Así pues, de cuando en cuando, al final de una velada, bailaba con Praskovya Fyodorovna, y fue sobre todo durante esos bailes cuando la conquistó. Ella se enamoró de él. Iván Ilich no tenía intención clara y precisa de casarse, pero cuando la muchacha se enamoró de él se dijo a sí mismo: «Al fin y al cabo ¿por qué no casarme?»

Praskovya Fyodorovna, de buena familia hidalga, era bastante guapa y tenía algunos bienes. Iván Ilich hubiera podido aspirar a un partido más brillante, pero incluso éste era bueno. Él contaba con su sueldo y ella -así lo esperaba él- tendría ingresos semejantes. Buena familia, ella simpática, bonita y perfectamente honesta. Decir que Iván Ilich se casó por estar enamorado de ella y encontrar que ella simpatizaba con su noción de la vida habría sido tan injusto como decir que se había casado porque el círculo social que frecuentaba daba su visto bueno a esa unión. Iván Ilich se casó por ambas razones: sentía sumo agrado en adquirir semejante esposa, a la vez que hacía lo que consideraban correcto sus más empingorotadas amistades.

Y así, pues, Iván Ilich se casó.

Los preparativos para la boda y el comienzo de la vida matrimonial, con las caricias conyugales, el flamante mobiliario, la vajilla nueva, la nueva lencería... todo ello transcurrió muy gustosamente hasta el embarazo de su mujer; tanto así que Iván Ilich empezó a creer que el matrimonio no sólo no perturbaría el carácter cómodo, placente-

JULIO CORTÁZAR

ro, alegre y siempre decoroso de su vida, aprobado por la sociedad y considerado por él como natural, sino que, al contrario, lo acentuaría. Pero he aquí que, desde los primeros meses del embarazo de su mujer, surgió algo nuevo, inesperado, desagradable, penoso e indecoroso, imposible de comprender y evitar.

Sin motivo alguno, en opinión de Iván Ilich -de *gaieté de coeur* como se decía a sí mismo-, su mujer comenzó a perturbar el placer y decoro de su vida. Sin razón alguna comenzó a tener celos de él, le exigía atención constante, le censuraba por cualquier cosa y le enzarzaba en disputas enojosas y groseras.

Al principio Iván Ilich esperaba zafarse de lo molesto de tal situación por medio de la misma fácil y decorosa relación con la vida que tan bien le había servido anteriormente: trató de no hacer caso de la disposición de ánimo de su mujer, continuó viviendo como antes, ligera y agradablemente, invitaba a los amigos a jugar a las cartas en su casa y trató asimismo de frecuentar el club o visitar a sus conocidos. Pero un día su mujer comenzó a vituperarle con tal brío y palabras tan soeces, y siguió injuriándole cada vez que no atendía a sus exigencias, con el fin evidente de no cejar hasta que él cediese, o sea, hasta que se quedase en casa víctima del mismo aburrimiento que ella sufría, que Iván Ilich se asustó. Ahora comprendió que el matrimonio -al menos con una mujer como la suya- no siempre contribuía a fomentar el decoro y la amenidad de la vida, sino que, al contrario, estorbaba el logro de ambas cualidades, por lo que era preciso protegerse de semejante estorbo. Iván Ilich, pues, comenzó a buscar medios de lograrlo. Uno de los que cabía imponer a Praskovya Fyodorovna eran sus funciones judiciales, e Iván Ilich, apelando a éstas y a los deberes anejos a ellas, empezó a bregar con su mujer y a defender su propia independencia.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Con el nacimiento de un niño, los intentos de alimentarlo debidamente y los diversos fracasos en conseguirlo, así como con las dolencias reales e imaginarias del niño y la madre en las que se exigía la compasión de Iván Ilich -aunque él no entendía pizca de ello-, la necesidad que sentía éste de crearse una existencia fuera de la familia se hizo aún más imperiosa.

A medida que su mujer se volvía más irritable y exigente, Iván Ilich fue desplazando su centro de gravedad de la familia a su trabajo oficial. Se encariñaba cada vez más con ese trabajo y acabó siendo aún más ambicioso que antes.

Muy pronto, antes de cumplirse el primer aniversario de su casamiento, Iván Ilich cayó en la cuenta de que el matrimonio, aunque aportaba algunas comodidades a la vida, era de hecho un estado sumamente complicado y difícil, frente al cual -si era menester cumplir con su deber, o sea, llevar una vida decorosa aprobada por la sociedad- habría que adoptar una actitud precisa, ni más ni menos que con respecto al trabajo oficial.

Y fue esa actitud ante el matrimonio la que hizo suya Iván Ilich. Requería de la vida familiar únicamente aquellas comodidades que, como la comida casera, el ama de casa y la cama, esa vida podía ofrecerle y, sobre todo, el decoro en las formas externas que la opinión pública exigía. En todo lo demás buscaba deleite y contento, y quedaba agradecido cuando los encontraba; pero si tropezaba con resistencia y refunfuño retrocedía en el acto al mundo privativo y enclaustrado de su trabajo oficial, en el que hallaba satisfacción.

A Iván Ilich se le estimaba como buen funcionario y al cabo de tres años fue ascendido a Ayudante Fiscal. Sus nuevas obligaciones, la importancia de ellas, la posibilidad de procesar y encarcelar a quien

JULIO CORTÁZAR

quisiera, la publicidad que se daba a sus discursos y el éxito que alcanzó en todo ello le hicieron aún más agradable el cargo.

Nacieron otros hijos. Su esposa se volvió más quejosa y malhumorada, pero la actitud de Iván Ilich frente a su vida familiar fue barrera impenetrable contra las regañinas de ella.

Después de siete años de servicio en esa ciudad, Iván Ilich fue trasladado a otra provincia con el cargo de Fiscal. Se mudaron a ella, pero andaban escasos de dinero y a su mujer no le gustaba el nuevo domicilio. Aunque su sueldo superaba al anterior, el coste de la vida era mayor; murieron además dos de los niños, por lo que la vida de familia le parecía aún más desagradable.

Praskovya Fyodorovna culpaba a su marido de todas las inconveniencias que encontraban en el nuevo hogar. La mayoría de los temas de conversación entre marido y mujer, sobre todo en lo tocante a la educación de los niños, giraban en torno a cuestiones que recordaban disputas anteriores, y esas disputas estaban a punto de volver a inflamarse en cualquier momento. Quedaban sólo algunos infrecuentes períodos de cariño entre ellos, pero no duraban mucho. Eran islotes a los que se arrimaban durante algún tiempo, pero luego ambos partían de nuevo para el océano de hostilidad secreta que se manifestaba en el distanciamiento entre ellos. Ese distanciamiento hubiera podido afligir a Iván Ilich si éste no hubiese considerado que no debería existir, pero ahora reconocía que su situación no sólo era normal, sino que había llegado a ser el objetivo de su vida familiar. Ese objetivo consistía en librarse cada vez más de esas desazones y darles un barniz inofensivo y decoroso; y lo alcanzó pasando cada vez menos tiempo con la familia y tratando, cuando era preciso estar en casa, de salvaguardar su posición mediante la presencia de personas extrañas. Lo más importante,

sin embargo, era que contaba con su trabajo oficial, y en sus funciones judiciales se centraba ahora todo el interés de su vida. La conciencia de su poder, la posibilidad de arruinar a quien se le antojase, la importancia, más aún, la gravedad externa con que entraba en la sala del tribunal o en las reuniones de sus subordinados, su éxito con sus superiores e inferiores y, sobre todo, la destreza con que encauzaba los procesos, de la que bien se daba cuenta -todo ello le procuraba sumo deleite y llenaba su vida, sin contar los coloquios con sus colegas, las comidas y las partidas de whist. Así pues, la vida de Iván Ilich seguía siendo agradable y decorosa, como él juzgaba que debía ser.

Así transcurrieron otros siete años. Su hija mayor tenía ya dieciséis, otro hijo había muerto, y sólo quedaba el pequeño colegial, objeto de disensión. Iván Ilich quería que ingresara en la Facultad de Derecho, pero Praskovya Fyodorovna, para fastidiar a su marido, le matriculó en el instituto. La hija había estudiado en casa y su instrucción había resultado bien; el muchacho tampoco iba mal en sus estudios.

3

Así vivió Iván Ilich durante diecisiete años desde su casamiento. Era ya un fiscal veterano. Esperando un puesto más atrayente, había rehusado ya varios traslados cuando surgió de improviso una circunstancia desagradable que perturbó por completo el curso apacible de su vida. Esperaba que le ofrecieran el cargo de presidente de tribunal en una ciudad universitaria, pero Hoppe de algún modo se le había adelantado y había obtenido el puesto. Iván Ilich se irritó y empezó a quejarse

y a reñir con Hoppe y sus superiores inmediatos, quienes comenzaron a tratarle con frialdad y le pasaron por alto en los nombramientos siguientes.

Eso ocurrió en 1880, año que fue el más duro en la vida de Iván Ilich. Por una parte, en ese año quedó claro que su sueldo no les bastaba para vivir, y, por otra, que todos le habían olvidado; peor todavía, que lo que para él era la mayor y más cruel injusticia a otros les parecía una cosa común y corriente. Incluso su padre no se consideraba obligado a ayudarle. Iván Ilich se sentía abandonado de todos, ya que juzgaban que un cargo con un sueldo de tres mil quinientos rublos era absolutamente normal y hasta privilegiado. Sólo él sabía que con el conocimiento de las injusticias de que era víctima, con el sempiterno refunfuño de su mujer y con las deudas que había empezado a contraer por vivir por encima de sus posibilidades, su posición andaba lejos de ser normal.

Con el fin de ahorrar dinero, pidió licencia y fue con su mujer a pasar el verano de ese año a la casa de campo del hermano de ella.

En el campo, Iván Ilich, alejado de su trabajo, sintió por primera vez en su vida no sólo aburrimiento, sino insoportable congoja. Decidió que era imposible vivir de ese modo y que era indispensable tomar una determinación.

Después de una noche de insomnio, que pasó entera en la terraza, decidió ir a Petersburgo y hacer gestiones encaminadas a escarmantar a aquellos que no habían sabido apreciarle y a obtener un traslado a otro ministerio.

Al día siguiente, no obstante las objeciones de su mujer y su cuñado, salió para Petersburgo. Su único propósito era solicitar un cargo con un sueldo de cinco mil rublos. Ya no pensaba en tal o cual mi-

nisterio, ni en una determinada clase de trabajo o actividad concreta. Todo lo que ahora necesitaba era otro cargo, un cargo con cinco mil rublos de sueldo, bien en la administración pública, o en un banco, o en los ferrocarriles, o en una de las instituciones creadas por la emperatriz María, o incluso en aduanas, pero con la condición indispensable de cinco mil rublos de sueldo y de salir de un ministerio en el que no se le había apreciado.

Y he aquí que ese viaje de Iván Ilich se vio coronado con notable e inesperado éxito. En la estación de Kursk subió al vagón de primera clase un conocido suyo, F. S. Ilin, quien le habló de un telegrama que hacía poco acababa de recibir el gobernador de Kursk anunciando un cambio importante que en breve se iba a producir en el ministerio: para el puesto de Pyotr Ivanovich se nombraría a Iván Semyonovich.

El cambio propuesto, además de su significado para Rusia, tenía un significado especial para Iván Ilich, ya que el ascenso de un nuevo funcionario, Pyotr Petrovich, y, por consiguiente, el de su amigo Zahar Ivanovich, eran sumamente favorables para Iván Ilich, dado que Zahar Ivanovich era colega y amigo de Iván Ilich.

En Moscú se confirmó la noticia, y al llegar a Petersburgo Iván Ilich buscó a Zahar Ivanovich y recibió la firme promesa de un nombramiento en su antiguo departamento de justicia.

Al cabo de una semana mandó un telegrama a su mujer: «Zahar en puesto de Miller. Recibiré nombramiento en primer informe.»

Gracias a este cambio de personal, Iván Ilich recibió inesperadamente un nombramiento en su antiguo ministerio que le colocaba a dos grados del escalafón por encima de sus antiguos colegas, con un sueldo de cinco mil rublos, más tres mil quinientos de remuneración

JULIO CORTÁZAR

por traslado. Iván Ilich olvidó todo el enojo que sentía contra sus antiguos enemigos y contra el ministerio y quedó plenamente satisfecho.

Iván Ilich volvió al campo más contento y feliz de lo que lo había estado en mucho tiempo. Praskovya Fyodorovna también se alegró y entre ellos se concertó una tregua. Iván Ilich contó cuánto le había festejado todo el mundo en la capital, cómo todos los que habían sido sus enemigos quedaban avergonzados y ahora le adulaban servilmente, cuánto le envidiaban por su nuevo nombramiento y cuánto le quería todo el mundo en Petersburgo.

Praskovya Fyodorovna escuchaba todo aquello y aparentaba creerlo. No ponía peros a nada y se limitaba a hacer planes para la vida en la ciudad a la que iban a mudarse. E Iván Ilich vio regocijado que tales planes eran los suyos propios, que marido y mujer estaban de acuerdo y que, tras un tropiezo, su vida recobraba el legítimo y natural carácter de proceso placentero y decoroso.

Iván Ilich había vuelto al campo por breves días. Tenía que incorporarse a su nuevo cargo el 10 de septiembre. Por añadidura, necesitaba tiempo para instalarse en su nuevo domicilio, trasladar a éste todos los enseres de la provincia anterior y comprar y encargar otras muchas cosas; en una palabra, instalarse tal como lo tenía pensado, lo cual coincidía casi exactamente con lo que Praskovya Fyodorovna tenía pensado a su vez.

Y ahora, cuando todo quedaba resuelto tan felizmente, cuando su mujer y él coincidían en sus planes y, por añadidura, se veían tan raras veces, se llevaban más amistosamente de lo que había sido el caso desde los primeros días de su matrimonio. Iván Ilich había pensado en llevarse a la familia en seguida, pero la insistencia de su cuñado y la

esposa de éste, que de pronto se habían vuelto notablemente afables e íntimos con él y su familia, le indujeron a partir solo.

Y, en efecto, partió solo, y el jovial estado de ánimo producido por su éxito y la buena armonía con su mujer no le abandonó un instante. Encontró un piso exquisito, idéntico a aquel con que habían soñado él y su mujer. Salones grandes altos de techo y decorados al estilo antiguo, un despacho cómodo y amplio, habitaciones para su mujer y su hija, un cuarto de estudio para su hijo -se hubiera dicho que todo aquello se había hecho *ex profeso* para ellos. El propio Iván Ilich dirigió la instalación, atendió al empapelado y tapizado, compró muebles, sobre todo de estilo antiguo, que él consideraba muy *comme il faut*, y todo fue adelante, adelante, hasta alcanzar el ideal que se había propuesto. Incluso cuando la instalación iba sólo por la mitad superaba ya sus expectativas. Veía ya el carácter *comme il faut*, elegante y refinado que todo tendría cuando estuviera concluido. A punto de quedarse dormido se imaginaba cómo sería el salón. Mirando la sala, todavía sin terminar, veía ya la chimenea, el biombo, la riconera y las sillas pequeñas colocadas al azar, los platos de adorno en las paredes y los bronceos, cuando cada objeto ocupara su lugar correspondiente. Se alegraba al pensar en la impresión que todo ello causaría en su mujer y su hija, quienes también compartían su propio gusto. De seguro que no se lo esperaban. En particular, había conseguido hallar y comprar barato objetos antiguos que daban a toda la instalación un carácter singularmente aristocrático. Ahora bien, en sus cartas lo describía todo peor de lo que realmente era, a fin de dar a su familia una sorpresa. Todo esto cautivaba su atención a tal punto que su nuevo trabajo oficial, aun gustándole mucho, le interesaba menos de lo que había esperado. Durante las sesiones del tribunal había momentos en que se quedaba abstraí-

JULIO CORTÁZAR

do, pensando en si los pabellones de las cortinas debieran ser rectos o curvos. Tanto interés ponía en ello que a menudo él mismo hacía las cosas, cambiaba la disposición de los muebles o volvía a colgar las cortinas. Una vez, al trepar por una escalerilla de mano para mostrar al tapicero -que no comprendía cómo quería disponer los pliegues de las cortinas-, perdió pie y resbaló, pero siendo hombre fuerte y ágil, se afianzó y sólo se dio con un costado contra el tirador de la ventana. La magulladura le dolió, pero el dolor se le pasó pronto. Durante todo este tiempo se sentía sumamente alegre y vigoroso. Escribió: «Estoy como si me hubieran quitado quince años de encima.» Había pensado terminar en septiembre, pero esa labor se prolongó hasta octubre. Sin embargo, el resultado fue admirable, no sólo en su opinión sino en la de todos los que lo vieron.

En realidad, resultó lo que de ordinario resulta en las viviendas de personas que quieren hacerse pasar por ricas no siéndolo de veras, y, por consiguiente, acaban pareciéndose a otras de su misma condición: había damascos, caoba, plantas, alfombras y bronces brillantes y mates... en suma, todo aquello que poseen las gentes de cierta clase a fin de asemejarse a otras de la misma clase, y la casa de Iván Ilich era tan semejante a las otras que no hubiera sido objeto de la menor atención; pero a él, sin embargo, se le antojaba original. Quedó sumamente contento cuando fue a recibir a su familia a la estación y la llevó al nuevo piso, ya todo dispuesto e iluminado, donde un criado con corbata blanca abrió la puerta del vestíbulo que había sido adornado con plantas; y cuando luego, al entrar en la sala y el despacho, la familia prorrumpió en exclamaciones de deleite. Los condujo a todas partes, absorbiendo ávidamente sus alabanzas y rebosando de gusto. Esa misma tarde, cuando durante el té Praskovya Fyodorovna le pre-

guntó entre otras cosas por su caída, él rompió a reír y les mostró en pantomima cómo había salido volando y asustado al tapicero.

—No en vano tengo algo de atleta. Otro se hubiera matado, pero yo sólo me di un golpe aquí... mirad. Me duele cuando lo toco, pero ya va pasando... No es más que una contusión.

Así pues, empezaron a vivir en su nuevo domicilio, en el que cuando por fin se acomodaron hallaron, como siempre sucede, que sólo les hacía falta una habitación más. Y aunque los nuevos ingresos, como siempre sucede, les venían un poquitín cortos (cosa de quinientos rublos) todo iba requetebién. Las cosas fueron especialmente bien al principio, cuando aún no estaba todo en su punto y quedaba algo por hacer: comprar esto, encargar esto otro, cambiar aquello de sitio, ajustar lo de más allá. Aunque había algunas discrepancias entre marido y mujer, ambos estaban tan satisfechos y tenían tanto que hacer que todo aquello pasó sin broncas de consideración. Cuando ya nada quedaba por arreglar hubo una pizca de aburrimiento, como si a ambos les faltase algo, pero ya para entonces estaban haciendo amistades y creando rutinas, y su vida iba adquiriendo consistencia.

Iván Ilich pasaba la mañana en el juzgado y volvía a casa a la hora de comer. Al principio estuvo de buen humor, aunque a veces se irritaba un tanto a causa precisamente del nuevo alojamiento. (Cualquier mancha en el mantel, o en la tapicería, cualquier cordón roto de persiana, le sulfuraban; había trabajado tanto en la instalación que cualquier desperfecto le acongojaba.) Pero, en general, su vida transcurría como, según su parecer, la vida debía ser: cómoda, agradable y decorosa. Se levantaba a las nueve, tomaba café, leía el periódico, luego se ponía el uniforme y se iba al juzgado. Allí ya estaba dispuesto el yugo bajo el cual trabajaba, yugo que él se echaba de golpe encima: solicitantes, in-

JULIO CORTÁZAR

formas de cancillería, la cancillería misma y sesiones públicas y administrativas. En ello era preciso saber excluir todo aquello que, siendo fresco y vital, trastorna siempre el debido curso de los asuntos judiciales; era también preciso evitar toda relación que no fuese oficial y, por añadidura, de índole judicial. Por ejemplo, si llegase un individuo buscando informes acerca de algo, Iván Ilich, como funcionario en cuya jurisdicción no entrara el caso, no podría entablar relación alguna con ese individuo; ahora bien, si éste recurriese a él en su capacidad oficial -para algo, pongamos por caso, que pudiera expresarse en papel sellado-, Iván Ilich haría sin duda por él cuanto fuera posible dentro de ciertos límites, y al hacerlo mantendría con el individuo en cuestión la apariencia de amigables relaciones humanas, o sea, la apariencia de cortesía. Tan pronto como terminase la relación oficial terminaría también cualquier otro género de relación. Esta facultad de separar su vida oficial de su vida real la poseía Iván Ilich en grado sumo y, gracias a su larga experiencia y su talento, llegó a refinarla hasta el punto de que a veces, a la manera de un virtuoso, se permitía, casi como jugando, fundir la una con la otra. Se permitía tal cosa porque, de ser preciso, se sentía capaz de volver a separar lo oficial de lo humano, y hacía todo eso no sólo con facilidad, agrado y decoro, sino con virtuosismo. En los intervalos entre las sesiones del tribunal fumaba, tomaba té, charlaba un poco de política, un poco de temas generales, un poco de juegos de naipes, pero más que nada de nombramientos, y cansado, pero con las sensaciones de un virtuoso -uno de los primeros violines que ha ejecutado con precisión su parte en la orquesta- volvía a su casa, donde encontraba que su mujer y su hija habían salido a visitar a alguien, o que allí había algún visitante, y que su hijo había asistido a sus clases, preparaba sus lecciones con ayuda de sus tutores y estu-

diaba con ahínco lo que se enseña en los institutos. Todo iba a pedir de boca. Después de la comida, si no tenían visitantes, Iván Ilich leía a veces algún libro del que a la sazón se hablase mucho, y al anocheecer se sentaba a trabajar, esto es, a leer documentos oficiales, consultar códigos, cotejar declaraciones de testigos y aplicarles la ley correspondiente. Ese trabajo no era ni aburrido ni divertido. Le parecía aburrido cuando hubiera podido estar jugando a las cartas; pero si no había partida, era mejor que estar mano sobre mano, o estar solo, o estar con su mujer. El mayor deleite de Iván Ilich era organizar pequeñas comidas a las que invitaba a hombres y mujeres de alta posición social, y al igual que su sala podía ser copia de otras salas, sus reuniones con tales personas podían ser copia de otras reuniones de la misma índole.

En cierta ocasión dieron un baile. Iván Ilich disfrutó de él y todo resultó bien, salvo que tuvo una áspera disputa con su mujer con motivo de las tartas y los dulces. Praskovya Fyodorovna había hecho sus propios preparativos, pero Iván Ilich insistió en pedirlo todo a un confitero de los caros y había encargado demasiadas tartas; y la disputa surgió cuando quedaron sin consumir algunas tartas y la cuenta del confitero ascendió a cuarenta y cinco rublos. La querrela fue violenta y desagradable, tanto así que Praskovya Fyodorovna le llamó «imbécil y mentecato»; y él se agarró la cabeza con las manos y en un arranque de cólera hizo alusión al divorcio. Pero el baile había estado muy divertido. Había asistido gente de postín e Iván Ilich había bailado con la princesa Trufonova, hermana de la fundadora de la conocida sociedad «Comparte mi aflicción». Los deleites de su trabajo oficial eran deleites de la ambición; los deleites de su vida social eran deleites de la vanidad. Pero el mayor deleite de Iván Ilich era jugar al *vint*. Confesaba que al fin y al cabo, por desagradable que fuese cualquier incidente en su

vida, el deleite que como un rayo de luz superaba a todos los demás era sentarse a jugar al *vint* con buenos jugadores que no fueran chillones, y en partida de cuatro, por supuesto (porque en la de cinco era molesto quedar fuera, aunque fingiendo que a uno no le importaba), y enzarzarse en una partida seria e inteligente (si las cartas lo permitían); y luego cenar y beberse un vaso de vino. Después de la partida, Iván Ilich, sobre todo si había ganado un poco (porque ganar mucho era desagradable), se iba a la cama con muy buena disposición de ánimo.

Así vivían. Se habían rodeado de un grupo social de alto nivel al que asistían personajes importantes y gente joven. En lo tocante a la opinión que tenían de esas amistades, marido, mujer e hija estaban de perfecto acuerdo y, sin disentir en lo más mínimo, se quitaban de encima a aquellos amigos y parientes de medio pelo que, con un sinfín de carantoñas, se metían volando en la sala de los platos japoneses en las paredes. Pronto esos amigos insignificantes cesaron de importunarles; sólo la gente más distinguida permaneció en el círculo de los Golovin.

Los jóvenes hacían la rueda a Liza, y el fiscal Petrishev, hijo de Dmitri Ivanovich Petrishev y heredero único de la fortuna de éste, empezó a cortejarla, al punto que Iván Ilich había hablado ya de ello con Praskovya Fyodorovna para decidir si convendría organizarles una excursión o una función teatral de aficionados.

Así vivían, pues. Y todo iba como una seda, agradablemente y sin cambios.

Todos disfrutaban de buena salud, porque no podía llamarse indisposición el que Iván Ilich dijera a veces que tenía un raro sabor de boca y un ligero malestar en el lado izquierdo del estómago.

Pero aconteció que ese malestar fue en aumento y, aunque todavía no era dolor, sí era una continua sensación de pesadez en ese lado, acompañada de mal humor. El mal humor, a su vez, fue creciendo y empezó a menoscabar la existencia agradable, cómoda y decorosa de la familia Golovin. Las disputas entre marido y mujer iban siendo cada vez más frecuentes, y pronto dieron al traste con el desahogo y deleite de esa vida. Aun el decoro mismo sólo a duras penas pudo mantenerse. Menudearon de nuevo los dimes y diretes. Sólo quedaban, aunque cada vez más raros, algunos islotes en que marido y mujer podían juntarse sin dar ocasión a un estallido.

Y Praskovya Fyodorovna se quejaba ahora, y no sin fundamento, de que su marido tenía muy mal genio. Con su típica propensión a exagerar las cosas decía que él había tenido siempre ese genio horrible y que sólo la buena índole de ella había podido aguantarlo veinte años. Ciertamente quien iniciaba ahora las disputas era él, siempre al comienzo de la comida, a menudo cuando empezaba a tomar la sopa. A veces notaba que algún plato estaba descantillado, o que un manjar no estaba en su punto, o que su hijo ponía los codos en la mesa, o que el peinado de su hija no estaba como debía, y de todo ello echaba la culpa a Praskovya Fyodorovna. Al principio ella le contradecía y le contestaba con acritud, pero una o dos veces, al principio de la comida, Iván Ilich se encolerizó a tal punto que ella, comprendiendo que se trataba de un estado morboso provocado por la toma de alimentos, se contuvo; no contestó, sino que se apresuró a terminar de comer, considerando que su moderación tenía muchísimo mérito. Habiendo llegado

JULIO CORTÁZAR

a la conclusión de que Iván Ilich tenía un genio atroz y era la causa de su infortunio, empezó a compadecerse de sí misma; y cuanto más se compadecía, más odiaba a su marido. Empezó a desear que muriera, a la vez que no quería su muerte porque en tal caso cesaría su sueldo; y ello aumentaba su irritación contra él. Se consideraba terriblemente desgraciada porque ni siquiera la muerte de él podía salvarla, y aunque disimulaba su irritación, ese disimulo acentuaba aún más la irritación de él.

Después de una escena en la que Iván Ilich se mostró sobremadernera injusto y tras la cual, por vía de explicación, dijo que, en efecto, estaba irritado, pero que ello se debía a que estaba enfermo, ella le dijo que, puesto que era así, tenía que ponerse en tratamiento, e insistió en que fuera a ver a un médico famoso, y él así lo hizo. Todo sucedió como lo había esperado; todo sucedió como siempre sucede. La espera, los aires de importancia que se daba el médico -que le eran conocidos por parecerse tanto a los que él se daba en el juzgado-, la palpación, la auscultación, las preguntas que exigían respuestas conocidas de antemano y evidentemente innecesarias, el semblante expresivo que parecía decir que «si usted, veamos, se somete a nuestro tratamiento, lo arreglaremos todo; sabemos perfecta e indudablemente cómo arreglarlo todo, siempre y del mismo modo para cualquier persona». Lo mismísimo que en el juzgado. El médico famoso se daba ante él los mismos aires que él, en el tribunal, se daba ante un acusado.

El médico dijo que tal-y-cual mostraba que el enfermo tenía tal-y-cual; pero que si el reconocimiento de tal-y-cual no lo confirmaba, entonces habría que suponer tal-o-cual. y que si se suponía tal-o-cual, entonces..., etc. Para Iván Ilich había sólo una pregunta importante, a saber: ¿era grave su estado o no lo era? Pero el médico esquivó esa

indiscreta pregunta. Desde su punto de vista era una pregunta ociosa que no admitía discusión; lo importante era decidir qué era lo más probable: si riñón flotante, o catarro crónico o apendicitis. No era cuestión de la vida o la muerte de Iván Ilich, sino de si aquello era un riñón flotante o una apendicitis, y esa cuestión la decidió el médico de modo brillante -o así le pareció a Iván Ilich- a favor de la apendicitis, a reserva de que si el examen de la orina daba otros indicios habría que volver a considerar el caso. Todo ello era cabalmente lo que el propio Iván Ilich había hecho mil veces, y de modo igualmente brillante, con los procesados ante el tribunal. El médico resumió el caso de forma asimismo brillante, mirando al procesado triunfalmente, incluso gozosamente, por encima de los lentes. Del resumen del médico Iván Ilich sacó la conclusión de que las cosas iban mal, pero que al médico, y quizá a los demás, aquello les traía sin cuidado, aunque para él era un asunto funesto, y tal conclusión afectó a Iván Ilich lamentablemente, suscitando en él un profundo sentimiento de lástima hacia sí mismo y de profundo rencor por la indiferencia del médico ante cuestión tan importante. Pero no dijo nada. Se levantó, puso los honorarios del médico en la mesa y comentó suspirando:

—Probablemente nosotros los enfermos hacemos a menudo preguntas indiscretas. Pero dígame: ¿esta enfermedad es, en general, peligrosa o no?

El médico le miró severamente por encima de los lentes como para decirle: «Procesado, si no se atiende usted a las preguntas que se le hacen me verá obligado a expulsarle de la sala.»

—Ya le he dicho lo que considero necesario y conveniente. Veremos qué resulta de un análisis posterior -y el médico se inclinó.

JULIO CORTÁZAR

Iván Ilich salió despacio, se sentó angustiado en su trineo y volvió a casa. Durante todo el camino no cesó de repasar mentalmente lo que había dicho el médico, tratando de traducir esas palabras complicadas, oscuras y científicas a un lenguaje sencillo y encontrar en ellas la respuesta a la pregunta: ¿Es grave lo que tengo? ¿Es muy grave o no lo es todavía? Y le parecía que el sentido de lo dicho por el médico era que la dolencia era muy grave. Todo lo que veía en las calles se le antojaba triste: tristes eran los coches de punto, tristes las casas, tristes los transeúntes, tristes las tiendas. El malestar que sentía, ese malestar sordo que no cesaba un momento, le parecía haber cobrado un nuevo y más grave significado a consecuencia de las oscuras palabras del médico. Iván Ilich lo observaba ahora con una nueva y opresiva atención.

Llegó a casa y empezó a contar a su mujer lo ocurrido. Ella le escuchaba, pero en medio del relato entró la hija con el sombrero puesto, lista para salir con su madre. La chica se sentó a regañadientes para oír la fastidiosa historia, pero no aguantó mucho. Su madre tampoco le escuchó hasta el final.

—Pues bien, me alegro mucho -dijo la mujer-. Ahora pon mucho cuidado en tomar la medicina con regularidad. Dame la receta y mandaré a Gerasim a la botica -y fue a vestirse para salir.

«Bueno -se dijo él-. Quizá no sea nada al fin y al cabo.»

Comenzó a tomar la medicina y a seguir las instrucciones del médico, que habían sido alteradas después del análisis de la orina. Pero he aquí que surgió una confusión entre ese análisis y lo que debía seguir a continuación. Fue imposible llegar hasta el médico y resultó, por consiguiente, que no se hizo lo que le había dicho éste. O lo había olvidado, o le había mentado u ocultado algo. Pero, en todo caso, Iván Ilich

siguió cumpliendo las instrucciones y al principio obtuvo algún alivio de ello.

La principal ocupación de Iván Ilich desde su visita al médico fue el cumplimiento puntual de las instrucciones de éste en lo tocante a higiene y la toma de la medicina, así como la observación de su dolencia y de todas las funciones de su organismo. Su interés principal se centró en los padecimientos y la salud de otras personas. Cuando alguien hablaba en su presencia de enfermedades, muertes, o curaciones, especialmente cuando la enfermedad se asemejaba a la suya, escuchaba con una atención que procuraba disimular, hacía preguntas y aplicaba lo que oía a su propio caso.

No menguaba el dolor, pero Iván Ilich se esforzaba por creer que estaba mejor, y podía engañarse mientras no tuviera motivo de agitación. Pero tan pronto como surgía un lance desagradable con su mujer o algún fracaso en su trabajo oficial, o bien recibía malas cartas en el *viñt*, sentía al momento el peso entero de su dolencia. Anteriormente podía sobrellevar esos reveses, esperando que pronto enderezaría lo torcido, vencería los obstáculos, obtendría el éxito y ganaría todas las bazas en la partida de cartas. Ahora, sin embargo, cada tropiezo le trastornaba y le sumía en la desesperación. Se decía: «Hay que ver: ya iba sintiéndome mejor, la medicina empezaba a surtir efecto, y ahora surge este maldito infortunio, o este incidente desagradable...» y se enfurecía contra ese infortunio o contra las personas que habían causado el incidente desagradable y que le estaban matando, porque pensaba que esa furia le mataba, pero no podía frenarla. Hubiérase podido creer que se daría cuenta de que esa irritación contra las circunstancias y las personas agravaría su enfermedad y que por lo tanto no debería hacer caso de los incidentes desagradables; pero sacaba una

JULIO CORTÁZAR

conclusión enteramenté contraria: decía que necesitaba sosiego, vigilaba todo cuanto pudiera estorbarlo y se irritaba ante la menor violación de ello. Su estado empeoraba con la lectura de libros de medicina y la consulta de médicos. Pero el empeoramiento era tan gradual que podía engañarse cuando comparaba un día con otro, ya que la diferencia era muy leve. Pero cuando consultaba a los médicos le parecía que empeoraba, e incluso muy rápidamente. Y, ello no obstante, los consultaba continuamente.

Ese mes fue a ver a otro médico famoso, quien le dijo casi lo mismo que el primero, pero a quien hizo preguntas de modo diferente. y la consulta con ese otro célebre facultativo sólo aumentó la duda y el espanto de Iván Ilich. El amigo de un amigo suyo -un médico muy bueno- facilitó por su parte un diagnóstico totalmente diferente del de los otros, y si bien pronosticó la curación, sus preguntas y suposiciones desconcertaron aún más a Iván Ilich e incrementaron sus dudas. Un homeópata, a su vez, diagnosticó la enfermedad de otro modo y recetó un medicamento que Iván Ilich estuvo tomando en secreto durante ocho días, al cabo de los cuales, sin experimentar mejoría alguna y habiendo perdido la confianza en los tratamientos anteriores y en éste, se sintió aún más deprimido. Un día una señora conocida suya le habló de la eficacia curativa de unas imágenes sagradas. Iván Ilich notó con sorpresa que estaba escuchando atentamente y empezaba a creer en ello. Ese incidente le amedrentó. «¿Pero es posible que esté ya tan débil de la cabeza?» -se preguntó-. «¡Tonterías! Eso no es más que una bobada. No debo ser tan aprensivo, y ya que he escogido a un médico tengo que ajustarme estrictamente a su tratamiento. Eso es lo que haré. Punto final. No volveré a pensar en ello y seguiré rigurosamente ese tratamiento hasta el verano. Luego ya veremos. De ahora en ade-

lante nada de vacilaciones...» Fácil era decirlo, pero imposible llevarlo a cabo. El dolor del costado le atormentaba, parecía agravarse y llegó a ser incesante, el sabor de boca se hizo cada vez más extraño. Le parecía que su aliento tenía un olor repulsivo, a la vez que notaba pérdida de apetito y debilidad física. Era imposible engañarse: algo terrible le estaba ocurriendo, algo nuevo y más importante que lo más importante que hasta entonces había conocido en su vida. Y él era el único que lo sabía; los que le rodeaban no lo comprendían o no querían comprenderlo y creían que todo en este mundo iba como de costumbre. Eso era lo que más atormentaba a Iván Ilich. Veía que las gentes de casa, especialmente su mujer y su hija -quienes se movían en un verdadero torbellino de visitas- no entendían nada de lo que le pasaba y se enfadaban porque se mostraba tan deprimido y exigente, como si él tuviera la culpa de ello. Aunque trataban de disimularlo, él se daba cuenta de que era un estorbo para ellas y que su mujer había adoptado una concreta actitud ante su enfermedad y la mantenía a despecho de lo que él dijera o hiciese. Esa actitud era la siguiente:

—¿Saben ustedes? -decía a sus amistades-. Iván Ilich no hace lo que hacen otras personas, o sea, atenerse rigurosamente al tratamiento que le han impuesto. Un día toma sus gotas, come lo que le conviene y se acuesta a la hora debida; pero al día siguiente, si yo no estoy a la mira, se olvida de tomar la medicina, come esturión -que le está prohibido- y se sienta a jugar a las cartas hasta las tantas.

—¿Vamos, anda! ¿Y eso cuándo fue? -decía Iván Ilich, enfadado-. Sólo una vez, en casa de Pyotr Ivanovich.

—Y ayer en casa de Shebek.

—Bueno, en todo caso el dolor no me hubiera dejado dormir.

JULIO CORTÁZAR

—Di lo que quieras, pero así no te pondrás nunca bien y seguirás fastidiándonos.

La actitud evidente de Praskovya Fyodorovna, según la manifestaba a otros y al mismo Iván Ilich, era la de que éste tenía la culpa de su propia enfermedad, con la cual imponía una molestia más a su esposa. Él opinaba que esa actitud era involuntaria, pero no por eso era menor su aflicción.

En los tribunales Iván Ilich notó, o creyó notar, la misma extraña actitud hacia él: a veces le parecía que la gente le observaba como a quien pronto dejaría vacante su cargo. A veces también sus amigos se burlaban amistosamente de su aprensión, como si la cosa atroz, horrible, inaudita, que llevaba dentro, la cosa que le roía sin cesar y le arrastraba irremisiblemente hacia Dios sabe dónde, fuera tema propicio a la broma. Schwartz, en particular, le irritaba con su jocosidad, desenvoltura y agudeza, cualidades que le recordaban lo que él mismo había sido diez años antes.

Llegaron los amigos a echar una partida y tomaron asiento. Dieron las cartas, sobándolas un poco porque la baraja era nueva, él apartó losoros y vio que tenía siete. Su compañero de juego declaró «sin-triunfos» y le apoyó con otros dos oros. ¿Qué más se podía pedir? La cosa iba a las mil maravillas. Darían capote. Pero de pronto Iván Ilich sintió ese dolor agudo, ese mal sabor de boca, y le pareció un tanto ridículo alegrarse de dar capote en tales condiciones.

Miró a su compañero de juego Mihail Mihailovich. Éste dio un fuerte golpe en la mesa con la mano y, en lugar de recoger la baza, empujó cortés y compasivamente las cartas hacia Iván Ilich para que éste pudiera recogerlas sin alargar la mano. «¿Es que se cree que estoy demasiado débil para estirar el brazo?»», pensó Iván Ilich, y olvidando

lo que hacía sobrepujó los triunfos de su compañero y falló dar capote por tres bazas. Lo peor fue que notó lo molesto que quedó Mihail Mihailovich y lo poco que a él le importaba. Y era atroz darse cuenta de por qué no le importaba.

Todos vieron que se sentía mal y le dijeron: «Podemos suspender el juego si está usted cansado. Descanse.» ¿Descansar? No, no estaba cansado en lo más mínimo; terminaría la mano. Todos estaban sombríos y callados. Iván Ilich tenía la sensación de que era él la causa de esa tristeza y mutismo y de que no podía despejarlas. Cenaron y se fueron. Iván Ilich se quedó solo, con la conciencia de que su vida estaba emponzoñada y emponzoñaba la vida de otros, y de que esa ponzoña no disminuía, sino que penetraba cada vez más en sus entrañas.

Y con esa conciencia, junto con el sufrimiento físico y el terror, tenía que meterse en la cama, permaneciendo a menudo despierto la mayor parte de la noche. Y al día siguiente tenía que levantarse, vestirse, ir a los tribunales, hablar, escribir; o si no salía, quedarse en casa esas veinticuatro horas del día, cada una de las cuales era una tortura. Y vivir así, solo, al borde de un abismo, sin nadie que le comprendiese ni se apiadase de él.

5

Así pasó un mes y luego otro. Poco antes de Año Nuevo llegó a la ciudad su cuñado y se instaló en casa de ellos. Iván Ilich estaba en el juzgado. Praskovya Fyodorovna había salido de compras. Cuando Iván Ilich volvió a casa y entró en su despacho vio en él a su cuñado, hom-

bre sano, de tez sanguínea, que estaba deshaciendo su maleta. Levantó la cabeza al oír los pasos de Iván Ilich y le miró un momento sin articular palabra. Esa mirada fue una total revelación para Iván Ilich. El cuñado abrió la boca para lanzar una exclamación de sorpresa, pero se contuvo, gesto que lo confirmó todo.

—Estoy cambiado, ¿eh?

—Sí... hay un cambio.

Y si bien Iván Ilich trató de hablar de su aspecto físico con su cuñado, éste guardó silencio. Llegó Praskovya Fyodorovna y el cuñado salió a verla. Iván Ilich cerró la puerta con llave y empezó a mirarse en el espejo, primero de frente, luego de lado. Cogió un retrato en que figuraban él y su mujer y lo comparó con lo que veía en el espejo. El cambio era enorme. Luego se remangó los brazos hasta el codo, los miró, se sentó en la otomana y se sintió más negro que la noche.

«¡No, no se puede vivir así!» -se dijo, y levantándose de un salto fue a la mesa, abrió un expediente y empezó a leerlo, pero no pudo seguir. Abrió la puerta y entró en el salón. La puerta que daba a la sala estaba abierta. Se acercó a ella de puntillas y se puso a escuchar.

—No. Tú exageras -decía Praskovya Fyodorovna.

—¿Cómo que exagero? ¿Es que no ves que es un muerto? Mírale los ojos... no hay luz en ellos. ¿Pero qué es lo que tiene?

—Nadie lo sabe. Nikolayev (que era otro médico) dijo algo, pero no sé lo que es. Y Leschetitski (otro galeno famoso) dijo lo contrario...

Iván Ilich se apartó de allí, fue a su habitación, se acostó y se puso a pensar: «El riñón, un riñón flotante.» Recordó todo lo que habían dicho los médicos: cómo se desprende el riñón y se desplaza de un lado para otro. Y a fuerza de imaginación trató de apresar ese riñón,

sujetarlo y dejarlo fijo en un sitio; «y es tan poco -se decía- lo que se necesita para ello. No. Iré una vez más a ver a Pyotr Ivanovich». (Éste era el amigo cuyo amigo era médico.) Tiró de la campanilla, pidió el coche y se aprestó a salir.

—¿A dónde vas, *Jean*? -preguntó su mujer con expresión especialmente triste y acento insólitamente bondadoso.

Ese acento insólitamente bondadoso le irritó. Él la miró sombríamente.

—Debo ir a ver a Pyotr Ivanovich.

Fue a casa de Pyotr Ivanovich y, acompañado de éste, fue a ver a su amigo el médico. Lo encontraron en casa e Iván Ilich habló largamente con él. Repasando los detalles anatómicos y fisiológicos de lo que, en opinión del médico, ocurría en su cuerpo, Iván Ilich lo comprendió todo. Había una cosa, una cosa pequeña, en el apéndice vermiforme. Todo eso podría remediarse. Estimulando la energía de un órgano y frenando la actividad de otro se produciría una absorción y todo quedaría resuelto.

Llegó un poco tarde a la comida. Mientras comía, estuvo hablando amigablemente, pero durante largo rato no se resolvió a volver al trabajo en su cuarto. Por fin, volvió al despacho y se puso a trabajar. Estuvo leyendo expedientes, pero la conciencia de haber dejado algo aparte, un asunto importante e íntimo al que tendría que volver cuando terminase su trabajo, no le abandonaba. Cuando terminó su labor recordó que ese asunto íntimo era la cuestión del apéndice vermiforme. Pero no se rindió a ella, sino que fue a tomar el té a la sala. Había visitantes charlando, tocando el piano y cantando; estaba también el juez de instrucción, apetecible novio de su hija. Como hizo notar Praskovya Fyodorovna, Iván Ilich pasó la velada más animado que otras

veces, pero sin olvidarse un momento de que había aplazado la cuestión importante del apéndice vermiforme. A las once se despidió y pasó a su habitación. Desde su enfermedad dormía solo en un cuarto pequeño contiguo a su despacho. Entró en él, se desnudó y tomó una novela de Zola, pero no la leyó, sino que se dio a pensar, y en su imaginación efectuó la deseada corrección del apéndice vermiforme. Se produjo la absorción, la evacuación, el restablecimiento de la función normal. «Sí, así es, efectivamente -se dijo-. Basta con ayudar a la naturaleza.» Se acordó de su medicina, se levantó, la tomó, se acostó boca arriba, acechando cómo la medicina surtía sus benéficos efectos y eliminaba el dolor. «Sólo hace falta tomarla con regularidad y evitar toda influencia perjudicial; ya me siento un poco mejor, mucho mejor.» Empezó a palparse el costado; el contacto no le hacía daño. «Sí, no lo siento; de veras que estoy mucho mejor.» Apagó la bujía y se volvió de lado... El apéndice vermiforme iba mejor, se producía la absorción. De repente sintió el antiguo, conocido, sordo, corrosivo dolor, agudo y contumaz como siempre; el consabido y asqueroso sabor de boca. Se le encogió el corazón y se le enturbió la mente. «Dios mío, Dios mío! -murmuró entre dientes-. [Otra vez, otra vez! ¡Y no cesa nunca!» Y de pronto el asunto se le presentó con cariz enteramente distinto. «[El apéndice vermiforme! ¡El riñón! -dijo para sus adentros-. No se trata del apéndice o del riñón, sino de la vida y... la muerte. Sí, la vida estaba ahí y ahora se va, se va, y no puedo retenerla. Sí. ¿De qué sirve engañarme? ¿Acaso no ven todos, menos yo, que me estoy muriendo, y que sólo es cuestión de semanas, de días... quizá ahora mismo? Antes había luz aquí y ahora hay tinieblas. Yo estaba aquí, y ahora voy allá. ¿A dónde?» Se sintió transido de frío, se le cortó el aliento, y sólo percibía el golpeteo de su corazón.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

«Cuando yo ya no exista, ¿qué habrá? No habrá nada. Entonces ¿dónde estaré cuando ya no exista? ¿Es esto morir? No, no quiero.» Se incorporó de un salto, quiso encender la bujía, la buscó con manos trémulas, se le escapó al suelo junto con la palmatoria, y él se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

«¿Para qué? Da lo mismo -se dijo, mirando la oscuridad con ojos muy abiertos-. La muerte. Sí, la muerte. Y éstos no lo saben ni quieren saberlo, y no me tienen lástima. Ahora están tocando el piano. (Oía a través de la puerta el sonido de una voz y su acompañamiento.) A ellos no les importa, pero también morirán. ¡Idiotas! Yo primero y luego ellos, pero a ellos les pasará lo mismo. Y ahora tan contentos... ¡Los muy bestias!» La furia le ahogaba y se sentía atormentado, intolerablemente afligido. Era imposible que todo ser humano estuviese condenado a sufrir ese horrible espanto. Se incorporó.

«Hay algo que no va bien. Necesito calmarme; necesito repararlo todo mentalmente desde el principio.» Y, en efecto, se puso a pensar. «Sí, el principio de la enfermedad. Me di un golpe en el costado, pero estuve bien ese día y el siguiente. Un poco molesto y luego algo más. Más tarde los médicos, luego tristeza y abatimiento. Vuelta a los médicos, y seguí acercándome cada vez más al abismo. Fui perdiendo fuerzas. Más cerca cada vez. Y ahora estoy demacrado y no tengo luz en los ojos. Pienso en el apéndice, pero esto es la muerte. Pienso en corregir el apéndice, pero mientras tanto aquí está la muerte. ¿De veras que es la muerte?» El espanto se apoderó de él una vez más, volvió a jadear, se agachó para buscar los fósforos, apoyando el codo en la mesilla de noche. Como ésta le estorbaba y le hacía daño, se encolerizó con ella, se apoyó en ella con más fuerza y la volcó. Y desesperado,

JULIO CORTÁZAR

respirando con fatiga, se dejó caer de espaldas, esperando que la muerte llegase al momento.

Mientras tanto, los visitantes se marchaban. Praskovya Fyodorovna los acompañó a la puerta. Ella oyó caer algo y entró.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Que la he derribado sin querer.

Su esposa salió y volvió con una bujía. Él seguía acostado boca arriba, respirando con rapidez y esfuerzo como quien acaba de correr un buen trecho y levantando con fijeza los ojos hacia ella.

—¿Qué te pasa, *Jean*?

—Na...da. La he de...rri...bado. (¿Para qué hablar de ello? No lo comprenderá -pensó.)

Y, en verdad, ella no comprendía. Levantó la mesilla de noche, encendió la bujía de él y salió de prisa porque otro visitante se despedía. Cuando volvió, él seguía tumbado de espaldas, mirando el techo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás peor?

—Sí.

Ella sacudió la cabeza y se sentó.

—¿Sabes, *Jean*? Me parece que debes pedir a Leschetitski que venga a verte aquí.

Ello significaba solicitar la visita del médico famoso sin cuidarse de los gastos. Él sonrió maliciosamente y dijo: «No.» Ella permaneció sentada un ratito más y luego se acercó a él y le dio un beso en la frente.

Mientras ella le besaba, él la aborrecía de todo corazón; y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarla de un empujón.

—Buenas noches. Dios quiera que duermas.

—Sí.

6

Iván Ilich vio que se moría y su desesperación era continua. En el fondo de su ser sabía que se estaba muriendo, pero no sólo no se habituaba a esa idea, sino que sencillamente no la comprendía ni podía comprenderla.

El silogismo aprendido en la *Lógica* de Kiezewetter: «Cayo es un ser humano, los seres humanos son mortales, por consiguiente Cayo es mortal», le había parecido legítimo únicamente con relación a Cayo, pero de ninguna manera con relación a sí mismo. Que Cayo -ser humano en abstracto- fuese mortal le parecía enteramente justo; pero él no era Cayo, ni era un hombre abstracto, sino un hombre concreto, una criatura distinta de todas las demás: él había sido el pequeño Vanya para su papá y su mamá, para Mitya y Volodya, para sus juguetes, para el cochero y la niñera, y más tarde para Katenka, con todas las alegrías y tristezas y todos los entusiasmos de la infancia, la adolescencia y la juventud. ¿Acaso Cayo sabía algo del olor de la pelota de cuero de rayas que tanto gustaba a Vanya? ¿Acaso Cayo besaba de esa manera la mano de su madre? ¿Acaso el frufú del vestido de seda de ella le sonaba a Cayo de ese modo? ¿Acaso se había rebelado éste contra las empanadillas que servían en la facultad? ¿Acaso Cayo se había enamorado así? ¿Acaso Cayo podía presidir una sesión como él la presidía?

Cayo era efectivamente mortal y era justo que muriese, pero «en mi caso -se decía-, en el caso de Vanya, de Iván Ilich, con todas mis

JULIO CORTÁZAR

ideas y emociones, la cosa es bien distinta. y no es posible que tenga que morirme. Eso sería demasiado horrible».

Así se lo figuraba. «Si tuviera que morir como Cayo, habría sabido que así sería; una voz interior me lo habría dicho; pero nada de eso me ha ocurrido. Y tanto yo como mis amigos entendimos que nuestro caso no tenía nada que ver con el de Cayo. [Y ahora se presenta esto! -se dijo-.] ¡No puede ser! ¡No puede ser, pero es! ¿Cómo es posible? ¿Cómo entenderlo?»

Y no podía entenderlo. Trató de ahuyentar aquel pensamiento falso, inicu, morboso, y poner en su lugar otros pensamientos saludables y correctos. Pero aquel pensamiento -y más que pensamiento la realidad misma- volvía una vez tras otra y se encaraba con él.

Y para desplazar ese pensamiento convocó toda una serie de otros, con la esperanza de encontrar apoyo en ellos. Intentó volver al curso de pensamientos que anteriormente le habían protegido contra la idea de la muerte. Pero -cosa rara- todo lo que antes le había servido de escudo, todo cuanto le había ocultado, suprimido, la conciencia de la muerte, no producía ahora efecto alguno. Últimamente Iván Ilich pasaba gran parte del tiempo en estas tentativas de reconstituir el curso previo de los pensamientos que le protegían de la muerte. A veces se decía: «Volveré a mi trabajo, porque al fin y al cabo vivía de él.» Y apartando de sí toda duda, iba al juzgado, entablaba conversación con sus colegas y, según costumbre, se sentaba distraído, contemplaba meditabundo a la multitud, apoyaba los enflaquecidos brazos en los del sillón de roble, y, recogiendo algunos papeles, se inclinaba hacia un colega, también según costumbre, murmuraba algunas palabras con él, y luego, levantando los ojos e irguiéndose en el sillón, pronunciaba las consabidas palabras y daba por abierta la sesión. Pero de pronto,

en medio de ésta, su dolor de costado, sin hacer caso en qué punto se hallaba la sesión, iniciaba su propia labor corrosiva. Iván Ilich concentraba su atención en ese dolor y trataba de apartarlo de sí, pero el dolor proseguía su labor, aparecía, se levantaba ante él y le miraba. Y él quedaba petrificado, se le nublaba la luz de los ojos, y comenzaba de nuevo a preguntarse: «¿Pero es que sólo este dolor es verdad?» y sus colegas y subordinados veían con sorpresa y amargura que él, juez brillante y sutil, se embrollaba y equivocaba. Él se estremecía, procuraba volver en su acuerdo, llegar de algún modo al final de la sesión y volverse a casa con la triste convicción de que sus funciones judiciales ya no podían ocultarle, como antes ocurría, lo que él quería ocultar; que esas labores no podían librarle de *aquello*. y lo peor de todo era que *aquello* atraía su atención hacia sí, no para que él tomase alguna medida, sino sólo para que él lo mirase fijamente, cara a cara, lo mirase sin hacer nada y sufriese lo indecible.

Y para librarse de esa situación, Iván Ilich buscaba consuelo ocultándose tras otras pantallas, y, en efecto, halló nuevas pantallas que durante breve tiempo parecían salvarle, pero que muy pronto se vinieron abajo o, mejor dicho, se tomaron transparentes, como si *aquello* las penetrase y nada pudiese ponerle coto.

En estos últimos tiempos solía entrar en la sala que él mismo había arreglado -la sala en que había tenido la caída y a cuyo acondicionamiento, ¡qué amargamente ridículo era pensarlo!, había sacrificado su vida-, porque él sabía que su dolencia había empezado con aquel golpe. Entraba y veía que algo había hecho un rasguño en la superficie barnizada de la mesa. Buscó la causa y encontró que era el borde retorcido del adorno de bronce de un álbum. Cogía el costoso álbum, que él mismo había ordenado pulcramente, y se enojaba por la negligencia

de su hija y los amigos de ésta -bien porque el álbum estaba roto por varios sitios o bien porque las fotografías estaban del revés. Volvía a arreglarlas debidamente y a enderezar el borde del adorno.

Luego se le ocurría colocar todas esas cosas en otro rincón de la habitación, junto a las plantas. Llamaba a un criado, pero quienes venían en su ayuda eran su hija o su esposa. Éstas no estaban de acuerdo, le contradecían, y él discutía con ellas y se enfadaba. Pero eso estaba bien, porque mientras tanto no se acordaba de *aquello*, *aquello* era invisible.

Pero cuando él mismo movía algo su mujer le decía: «Deja que lo hagan los criados. Te vas a hacer daño otra vez.» y de pronto *aquello* aparecía a través de la pantalla y él lo veía. Era una aparición momentánea y él esperaba que se esfumara, pero sin querer prestaba atención a su costado. «Está ahí continuamente, royendo como siempre.» y ya no podía olvidarse de *aquello*, que le miraba abiertamente desde detrás de las plantas. ¿A qué venía todo eso? «Y es cierto que fue aquí, por causa de esta cortina, donde perdí la vida, como en el asalto a una fortaleza. ¿De veras? ¡Qué horrible y qué estúpido! ¡No puede ser verdad! ¡No puede serlo, pero lo es!»

Fue a su despacho, se acostó y una vez más se quedó solo con *aquello*: de cara a cara con *aquello*. Y no había nada que hacer, salvo mirarlo y temblar.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Imposible es contar cómo ocurrió la cosa, porque vino paso a paso, insensiblemente, pero en el tercer mes de la enfermedad de Iván Ilich, su mujer, su hija, su hijo, los conocidos de la familia, la servidumbre, los médicos y, sobre todo él mismo, se dieron cuenta de que el único interés que mostraba consistía en si dejaría pronto vacante su cargo, libraría a los demás de las molestias que su presencia les causaba y se libraría a sí mismo de sus padecimientos.

Cada vez dormía menos. Le daban opio y empezaron a ponerle inyecciones de morfina. Pero ello no le paliaba el dolor. La sorda congoja que sentía durante la somnolencia le sirvió de alivio sólo al principio, como cosa nueva, pero luego llegó a ser tan torturante como el dolor mismo, o aún más que éste.

Por prescripción del médico le preparaban una alimentación especial, pero también ésta le resultaba cada vez más insulsa y repulsiva.

Para las evacuaciones también se tomaron medidas especiales, cada una de las cuales era un tormento para él: el tormento de la inmundicia, la indignidad y el olor, así como el de saber que otra persona tenía que participar en ello.

Pero fue cabalmente en esa desagradable función donde Iván Ilich halló consuelo. Gerasim, el ayudante del mayordomo, era el que siempre venía a llevarse los excrementos. Gerasim era un campesino joven, limpio y lozano, siempre alegre y espabilado, que había engordado con las comidas de la ciudad. Al principio la presencia de este individuo, siempre vestido pulcramente a la rusa, que hacía esa faena repugnante perturbaba a Iván Ilich.

En una ocasión en que éste, al levantarse del orinal, sintió que no tenía fuerza bastante para subirse el pantalón, se desplomó sobre un

sillón blando y miró con horror sus muslos desnudos y enjutos, perfilados por músculos impotentes.

Entró Gerasim con paso firme y ligero, esparciendo el grato olor a brea de sus botas recias y el fresco aire invernal, con mandil de cáñamo y limpia camisa de percal de mangas remangadas sobre sus fuertes y juveniles brazos desnudos, y sin mirar a Iván Ilich -por lo visto para no agraviarle con el gozo de vivir que brillaba en su rostro- se acercó al orinal.

—Gerasim -dijo Iván Ilich con voz débil.

Gerasim se estremeció, temeroso al parecer de haber cometido algún desliz, y con gesto rápido volvió hacia el enfermo su cara fresca, bondadosa, sencilla y joven, en la que empezaba a despuntar un atisbo de barba.

—¿Qué desea el señor?

—Esto debe de serte muy desagradable. Perdóname. No puedo valerme.

—Por Dios, señor -y los ojos de Gerasim brillaron al par que mostraba sus brillantes dientes blancos-. No es apenas molestia. Es porque está usted enfermo.

Y con manos fuertes y hábiles hizo su acostumbrado menester y salió de la habitación con paso liviano. Al cabo de cinco minutos volvió con igual paso.

Iván Ilich seguía sentado en el sillón.

—Gerasim -dijo cuando éste colocó en su sitio el utensilio ya limpio y bien lavado-, por favor ven acá y ayúdame-. Gerasim se acercó a él.

— Levántame. Me cuesta mucho trabajo hacerlo por mí mismo y le dije a Dmitri que se fuera.

Gerasim fue a su amo, le agarró a la vez con fuerza y destreza -lo mismo que cuando andaba-le alzó hábil y suavemente con un brazo, y con el otro le levantó el pantalón y quiso sentarle, pero Iván Ilich le dijo que le llevara al sofá. Gerasim, sin hacer esfuerzo ni presión al parecer, le condujo casi en vilo al sofá y le depositó en él.

—Gracias. ¿Qué bien y con cuánto tino lo haces todo! Gerasim sonrió de nuevo y se dispuso a salir, pero Iván Ilich se sentía tan a gusto con él que no quería que se fuera.

—Otra cosa. Acerca, por favor, esa silla. No, la otra, y pónmela debajo de los pies. Me siento mejor cuando tengo los pies levantados.

Gerasim acercó la silla, la colocó suavemente en el sitio a la vez que levantaba los pies de Iván Ilich y los ponía en ella. A éste le parecía sentirse mejor cuando Gerasim le tenía los pies en alto.

—Me siento mejor cuando tengo los pies levantados -dijo Iván Ilich-. Ponme ese cojín debajo de ellos.

Gerasim así lo hizo. De nuevo le levantó los pies y volvió a depositarlos. De nuevo Iván Ilich se sintió mejor mientras Gerasim se los levantaba. Cuando los bajó, a Iván Ilich le pareció que se sentía peor.

—Gerasim -dijo-, ¿estás ocupado ahora?

—No, señor, en absoluto -respondió Gerasim, que de los criados de la ciudad había aprendido cómo hablar con los señores.

—¿Qué tienes que hacer todavía?

—¿Que qué tengo que hacer? Ya lo he hecho todo, salvo cortar leña para mañana.

JULIO CORTÁZAR

—Entonces levántame las piernas un poco más, ¿puedes?

—[Cómo no he de poder! -Gerasim levantó aún más las piernas de su amo, y a éste le pareció que en esa postura no sentía dolor alguno.

—¿Y qué de la leña?

—No se preocupe el señor. Hay tiempo para ello.

Iván Ilich dijo a Gerasim que se sentara y le tuviera los pies levantados y empezó a hablar con él. Y, cosa rara, le parecía sentirse mejor mientras Gerasim le tenía levantadas las piernas.

A partir de entonces Iván Ilich llamaba de vez en cuando a Gerasim, le ponía las piernas sobre los hombros y gustaba de hablar con él. Gerasim hacía todo ello con tiento y sencillez, y de tan buena gana y con tan notable afabilidad que conmovía a su amo. La salud, la fuerza y la vitalidad de otras personas ofendían a Iván Ilich; únicamente la energía y la vitalidad de Gerasim no le mortificaban; al contrario, le servían de alivio.

El mayor tormento de Iván Ilich era la mentira, la mentira que por algún motivo todos aceptaban, según la cual él no estaba muriéndose, sino que sólo estaba enfermo, y que bastaba con que se mantuviera tranquilo y se atuviera a su tratamiento para que se pusiera bien del todo. Él sabía, sin embargo, que hiciesen lo que hiciesen nada resultaría de ello, salvo padecimientos aún más agudos y la muerte. Y le atormentaba esa mentira, le atormentaba que no quisieran admitir que todos ellos sabían que era mentira y que él lo sabía también, y que le mintieran acerca de su horrible estado y se aprestaran -más aún, le obligaran- a participar en esa mentira. La mentira -esa mentira perpetrada sobre él en vísperas de su muerte- encaminada a rebajar el hecho atroz y solemne de su muerte al nivel de las visitas, las cortinas, el es-

turión de la comida... era un horrible tormento para Iván Ilich. Y, cosa extraña, muchas veces cuando se entregaban junto a él a esas patrañas estuvo a un pelo de gritarles: «Dejad de mentir! Vosotros bien sabéis, y yo sé, que me estoy muriendo! Conque al menos dejad de mentir!» Pero nunca había tenido arranque bastante para hacerlo. Veía que el hecho atroz, horrible, de su gradual extinción era reducido por cuantos le rodeaban al nivel de un incidente casual, en parte indecoroso (algo así como si un individuo entrase en una sala esparciendo un mal olor), resultado de ese mismo «decoro» que él mismo había practicado toda su vida. Veía que nadie se compadecía de él, porque nadie quería siquiera hacerse cargo de su situación. Únicamente Gerasim se hacía cargo de ella y le tenía lástima; y por eso Iván Ilich se sentía a gusto sólo con él. Se sentía a gusto cuando Gerasim pasaba a veces la noche entera sosteniéndole las piernas, sin querer ir a acostarse, diciendo: «No se preocupe, Iván Ilich, que dormiré más tarde.» O cuando, tuteándole, agregaba: «Si no estuvieras enfermo, sería distinto, ¿pero qué más da un poco de ajeteo?» Gerasim era el único que no mentía, y en todo lo que hacía mostraba que comprendía cómo iban las cosas y que no era necesario ocultarlas, sino sencillamente tener lástima a su débil y demacrado señor. Una vez, cuando Iván Ilich le decía que se fuera, incluso llegó a decidir:

—Todos tenemos que morir. ¿Por qué no habría de hacer algo por usted? -expresando así que no consideraba oneroso su esfuerzo porque lo hacía por un moribundo y esperaba que alguien hiciera lo propio por él cuando llegase su hora.

Además de esas mentiras, o a causa de ellas, lo que más torturaba a Iván Ilich era que nadie se compadeciese de él como él quería. En algunos instantes, después de prolongados sufrimientos, lo que más

anhelaba -aunque le habría dado vergüenza confesarlo- era que alguien le tuviese lástima como se le tiene lástima a un niño enfermo. Quería que le acariciaran, que le besaran, que lloraran por él, como se acaricia y consuela a los niños. Sabía que era un alto funcionario, que su barba encanecía y que, por consiguiente, ese deseo era imposible; pero, no obstante, ansiaba todo eso, y en sus relaciones con Gerasim había algo semejante a ello, por lo que esas relaciones le servían de alivio. Iván Ilich quería llorar, quería que le mimaran y lloraran por él, y he aquí que cuando llegaba su colega Shebek, en vez de llorar y ser mimado, Iván Ilich adoptaba un semblante serio, severo, profundo y, por fuerza de la costumbre, expresaba su opinión acerca de una sentencia del Tribunal de Casación e insistía porfiadamente en ella. Esa mentira en torno suyo y dentro de sí mismo emponzoñó más que nada los últimos días de la vida de Iván Ilich.

8

Era por la mañana. Sabía que era por la mañana sólo porque Gerasim se había ido y el lacayo Pyotr había entrado, apagado las bujías, descorrido una de las cortinas y empezado a poner orden en la habitación sin hacer ruido. Nada importaba que fuera mañana o tarde, viernes o domingo, ya que era siempre igual: el dolor acerado, torturante, que no cesaba un momento; la conciencia de una vida que se escapaba inexorablemente, pero que no se extinguía; la proximidad de esa horrible y odiosa muerte, única realidad; y siempre esa mentira. ¿Qué significaban días, semanas, horas, en tales circunstancias?

—¿Tomará té el señor? «Necesita que todo se haga debidamente y quiere que los señores tomen su té por la mañana» -pensó Iván Ilich y sólo dijo:

—No.

—¿No desea el señor pasar al sofá? «Necesita arreglar la habitación y le estoy estorbando. Yo soy la suciedad y el desorden» -pensaba, y sólo dijo:

—No. Déjame.

El criado siguió removiendo cosas. Iván Ilich alargó la mano. Pyotr se acercó servicialmente.

—¿Qué desea el señor?

—Mi reloj.

Pyotr cogió el reloj, que estaba al alcance de la mano, y se lo dio a su amo.

—Las ocho y media. ¿No se han levantado todavía?

—No, señor, salvo Vasili Ivanovich (el hijo) que ya se ha ido a clase. Praskovya Fyodorovna me ha mandado despertarla si el señor preguntaba por ella. ¿Quiere que lo haga?

—No. No hace falta. -«Quizá debiera tomar té», se dijo-. Sí, tráeme té.

Pyotr se dirigió a la puerta, pero a Iván Ilich le aterraba quedarse solo. «¿Cómo retenerle aquí? Sí, con la medicina.»

—Pyotr, dame la medicina. -«Quizá la medicina me ayude todavía». Tomó una cucharada y la sorbió. «No, no me ayuda. Todo esto no es más que una bobada, una superchería -decidió cuando se dio cuenta del conocido, empalagoso e irremediable sabor. No, ahora ya

no puedo creer en ello. Pero el dolor, ¿por qué este dolor? [Si al menos cesase un momento!]

Y lanzó un gemido. Pyotr se volvió para mirarle.

—No. Anda y tráeme el té.

Salió Pyotr. Al quedarse solo, Iván Ilich empezó a gemir, no tanto por el dolor físico, a pesar de lo atroz que era, como por la congoja mental que sentía. «Siempre lo mismo, siempre estos días y estas noches interminables. ¡Si viniera más de prisa! ¿Si viniera *qué* más de prisa? ¿La muerte, la tiniebla? [No, no! [Cualquier cosa es mejor que la muerte!]

Cuando Pyotr volvió con el té en una bandeja, Iván Ilich le estuvo mirando perplejo un rato, sin comprender quién o qué era. A Pyotr le turbó esa mirada y esa turbación volvió a Iván Ilich en su acuerdo.

—Sí -dijo-, el té... Bien, ponlo ahí. Pero ayúdame a lavarme y ponerme una camisa limpia.

E Iván Ilich empezó a lavarse. Descansando de vez en cuando se lavó las manos, la cara, se limpió los dientes, se peinó y se miró en el espejo. Le horrorizó lo que vio. Le horrorizó sobre todo ver cómo el pelo se le pegaba, lacio, a la frente pálida.

Cuando le cambiaban de camisa se dio cuenta de que sería mayor su horror si veía su cuerpo, por lo que no lo miró. Por fin acabó aquello. Se puso la bata, se arropó en una manta y se sentó en el sillón para tomar el té. Durante un momento se sintió más fresco, pero tan pronto como empezó a sorber el té volvió el mismo mal sabor y el mismo dolor. Concluyó con dificultad de beberse el té, se acostó estirando las piernas y despidió a Pyotr.

Siempre lo mismo. De pronto brilla una chispa de esperanza, luego se encrespa furioso un mar de desesperación, y siempre dolor, siempre dolor, siempre congoja y siempre lo mismo. Cuando se quedaba solo y horriblemente angustiado sentía el deseo de llamar a alguien, pero sabía de antemano que delante de otros sería peor. «Otra dosis de morfina -y perder el conocimiento-. Le diré al médico que piense en otra cosa. Es imposible, imposible, seguir así.»

De ese modo pasaba una hora, luego otra. Pero entonces sonaba la campanilla de la puerta. Quizá sea el médico. En efecto, es el médico, fresco, animoso, rollizo, alegre, y con ese aspecto que parece decir: «¡Vaya, hombre, está usted asustado de algo, pero vamos a remediarlo sobre la marcha!» El médico sabe que ese su aspecto no sirve de nada aquí, pero se ha revestido de él de una vez por todas y no puede desprenderse de él, como hombre que se ha puesto el frac por la mañana para hacer visitas.

El médico se lava las manos vigorosamente y con aire tranquilizante.

—¡Huy, qué frío! La helada es formidable. Deje que entre un poco en calor -dice, como si bastara sólo esperar a que se calentase un poco para arreglarlo todo-. Bueno, ¿cómo va eso?

Iván Ilich tiene la impresión de que lo que el médico quiere decir es «¿cómo va el negocio?», pero que se da cuenta de que no se puede hablar así, y en vez de eso dice: «¿Cómo ha pasado la noche?»

Iván Ilich le mira como preguntando: «¿Pero es que usted no se avergüenza nunca de mentir?» El médico, sin embargo, no quiere comprender la pregunta, e Iván Ilich dice:

—Tan atrozmente como siempre. El dolor no se me quita ni se me calma. Si hubiera algo...

JULIO CORTÁZAR

—Sí, ustedes los enfermos son siempre lo mismo. Bien, ya me parece que he entrado en calor. Incluso Praskovya Fyodorovna, que es siempre tan escrupulosa, no tendría nada que objetar a mi temperatura. Bueno, ahora puedo saludarle -y el médico estrecha la mano del enfermo.

Y abandonando la actitud festiva de antes, el médico empieza con semblante serio a reconocer al enfermo, a tomarle el pulso y la temperatura, y luego a palparle y auscultarle.

Iván Ilich sabe plena y firmemente que todo eso es tontería y pura falsedad, pero cuando el médico, arrodillándose, se inclina sobre él, aplicando el oído primero más arriba, luego más abajo, y con gesto significativo hace por encima de él varios movimientos gimnásticos, el enfermo se somete a ello como antes solía someterse a los discursos de los abogados, aun sabiendo perfectamente que todos ellos mentían y por qué mentían.

De rodillas en el sofá, el médico está auscultando cuando se nota en la puerta el frufú del vestido de seda de Praskovya Fyodorovna y se oye cómo regaña a Pyotr porque éste no le ha anunciado la llegada del médico.

Entra en la habitación, besa al marido y al instante se dispone a mostrar que lleva ya largo rato levantada y sólo por incomprensión no estaba allí cuando llegó el médico.

Iván Ilich la mira, la examina de pies a cabeza, echándole mentalmente en cara lo blanco, limpio y rollizo de sus brazos y su cuello, lo lustroso de sus cabellos y lo brillante de sus ojos llenos de vida. La detesta con toda el alma y el arrebató de odio que siente por ella le hace sufrir cuando ella le toca.

Su actitud respecto a él y su enfermedad sigue siendo la misma. Al igual que el médico, que adoptaba frente a su enfermo cierto modo de proceder del que no podía despojarse, ella también había adoptado su propio modo de proceder, a saber, que su marido no hacía lo que debía, que él mismo tenía la culpa de lo que le pasaba y que ella se lo reprochaba amorosamente. Y tampoco podía desprenderse de esa actitud.

—Ya ve usted que no me escucha y no toma la medicina a su debido tiempo. Y, sobre todo, se acuesta en una postura que de seguro no le conviene. Con las piernas en alto.

Y ella contó cómo él hacía que Gerasim le tuviera las piernas levantadas.

El médico se sonrió con sonrisa mitad afable mitad despectiva:

—¿Qué se le va a hacer! Estos enfermos se figuran a veces niñerías como éstas, pero hay que perdonarles.

Cuando el médico terminó el reconocimiento, miró su reloj, y entonces Praskovya Fyodorovna anunció a Iván Ilich que, por supuesto, se haría lo que él quisiera, pero que ella había mandado hoy por un médico célebre que vendría a reconocerle y a tener consulta con Mihail Danilovich (que era el médico de cabecera).

—Por favor, no digas que no. Lo hago también por mí misma -dijo ella con ironía, dando a entender que ella lo hacía todo por él y sólo decía eso para no darle motivo de negárselo. Él calló y frunció el ceño. Tenía la sensación de que la red de mentiras que le rodeaba era ya tan tupida que era imposible sacar nada en limpio.

Todo cuanto ella hacía por él sólo lo hacía por sí misma, y le decía que hacía por sí misma lo que en realidad hacía por sí misma, como si ello fuese tan increíble que él tendría que entenderlo al revés.

JULIO CORTÁZAR

En efecto, el célebre galeno llegó a las once y media. Una vez más empezó la auscultación y, bien ante el enfermo o en otra habitación, comenzaron las conversaciones significativas acerca del riñón y el apéndice y las preguntas y respuestas, con tal aire de suficiencia que, de nuevo, en vez de la pregunta real sobre la vida y la muerte que era la única con la que Iván Ilich ahora se enfrentaba, de lo que hablaban era de que el riñón y el apéndice no funcionaban correctamente y que ahora Mihail Danilovich y el médico famoso los obligarían a comportarse como era debido.

El médico célebre se despidió con cara seria, pero no exenta de esperanza, y a la tímida pregunta que le hizo Iván Ilich levantando hacia él ojos brillantes de pavor y esperanza, contestó que había posibilidad de restablecimiento, aunque no podía asegurarlo. La mirada de esperanza con la que Iván Ilich acompañó al médico en su salida fue tan conmovedora que, al verla, Praskovya Fyodorovna hasta rompió a llorar cuando salió de la habitación con el médico para entregarle sus honorarios.

El destello de esperanza provocado por el comentario estimulante del médico no duró mucho. El mismo aposento, los mismos cuadros, las cortinas, el papel de las paredes, los frascos de medicina... todo ello seguía allí, junto con su cuerpo sufriente y doliente. Iván Ilich empezó a gemir. Le pusieron una inyección y se sumió en el olvido.

Anocheceía ya cuando volvió en sí. Le trajeron la comida. Con dificultad tomó un poco de caldo, y otra vez lo mismo, y llegaba la noche.

Después de comer, a las siete, entró en la habitación Praskovya Fyodorovna en vestido de noche, con el seno realzado por el corsé y huellas de polvos en la cara. Ya esa mañana había recordado a su ma-

rido que iban al teatro. Había llegado a la ciudad Sarah Bernhardt y la familia tenía un palco que él había insistido en que tomasen. Iván Ilich se había olvidado de eso y la indumentaria de ella le ofendió, pero disimuló su irritación cuando cayó en la cuenta de que él mismo había insistido en que tomasen el palco y asistiesen a la función porque sería un placer educativo y estético para los niños.

Entró Praskovya Fyodorovna, satisfecha de sí misma pero con una punta de culpabilidad. Se sentó y le preguntó cómo estaba, pero él vio que preguntaba sólo por preguntar y no para enterarse, sabiendo que no había nada nuevo de qué enterarse, y entonces empezó a hablar de lo que realmente quería: que por nada del mundo iría al teatro, pero que habían tomado un palco e iban su hija y Hélene, así como también Petrishev (juez de instrucción, novio de la hija), y que de ningún modo podían éstos ir solos; pero que ella preferiría con mucho quedarse con él un rato. Y que él debía seguir las instrucciones del médico mientras ella estaba fuera.

—Ah, sí! Y Fyodor Petrovich (el novio) quisiera entrar. ¿Puede hacerlo? ¿Y Liza?

—Que entren.

Entró la hija, también en vestido de noche, con el cuerpo juvenil bastante en evidencia, ese cuerpo que en el caso de él tanto sufrimiento le causaba. y ella bien que lo exhibía. Fuerte, sana, evidentemente enamorada e irritada contra la enfermedad, el sufrimiento y la muerte porque estorbaban su felicidad.

Entró también Fyodor Petrovich vestido de frac, con el pelo rizado *a la Capou*, un cuello duro que oprimía el largo pescuezo fibroso, enorme pechera blanca y con los fuertes muslos embutidos en unos

JULIO CORTÁZAR

pantalones negros muy ajustados. Tenía puesto un guante blanco y llevaba la chistera en la mano.

Tras él, y casi sin ser notado, entró el colegial en uniforme nuevo y con guantes, pobre chico. Tenía enormes ojeras, cuyo significado Iván Ilich conocía bien.

Su hijo siempre le había parecido lamentable, y ahora era penoso ver el aspecto timorato y condolido del muchacho. Aparte de Gerasim, Iván Ilich creía que sólo Vasya le comprendía y compadecía.

Todos se sentaron y volvieron a preguntarle cómo se sentía. Hubo un silencio. Liza preguntó a su madre dónde estaban los gemelos y se produjo un altercado entre madre e hija sobre dónde los habían puesto. Aquello fue desagradable.

Fyodor Petrovich preguntó a Iván Ilich si había visto alguna vez a Sarah Bernhardt. Iván Ilich no entendió al principio lo que se le preguntaba, pero luego contestó:

—No. ¿Usted la ha visto ya?

—Sí, en *Adrienne Lecouvreur*.

Praskovya Fyodorovna agregó que había estado especialmente bien en ese papel. La hija dijo que no. Iniciose una conversación acerca de la elegancia y el realismo del trabajo de la actriz -una conversación que es siempre la misma.

En medio de la conversación Fyodor Petrovich miró a Iván Ilich y quedó callado. Los otros le miraron a su vez y también guardaron silencio. Iván Ilich miraba delante de sí con ojos brillantes, evidentemente indignado con los visitantes. Era preciso rectificar aquello, pero imposible hacerlo. Había que romper ese silencio de algún modo, pero nadie se atrevía a intentarlo. Les aterraba que de pronto se esfumase

la mentira convencional y quedase claro lo que ocurría de verdad. Liza fue la primera en decidirse y rompió el silencio, pero al querer disimular lo que todos sentían se fue de la lengua.

—Pues bien, si vamos a ir ya es hora de que lo hagamos -dijo mirando su reloj, regalo de su padre, y con una tenue y significativa sonrisa al joven Fyodor Petrovich, acerca de algo que sólo ambos sabían, se levantó haciendo crujir la tela de su vestido.

Todos se levantaron, se despidieron y se fueron. Cuando hubieron salido le pareció a Iván Ilich que se sentía mejor: ya no había mentira porque se había ido con ellos, pero se quedaba el dolor: el mismo dolor y el mismo terror de siempre, ni más ni menos penoso que antes. Todo era peor.

Una vez más los minutos se sucedían uno tras otro, las horas una tras otra. Todo seguía lo mismo, todo sin cesar, y lo más terrible de todo era el fin inevitable.

—Sí, dile a Gerasim que venga -respondió a la pregunta de Pyotr.

9

Su mujer volvió cuando iba muy avanzada la noche. Entró de puntillas, pero él la oyó, abrió los ojos y al momento los cerró. Ella quería que Gerasim se fuera para quedarse allí sola con su marido, pero éste abrió los ojos y dijo:

—No. Vete.

—¿Te duele mucho?

—No importa.

—Toma opio.

Él consintió y tomó un poco. Ella se fue. Hasta eso de las tres de la mañana su estado fue de torturante estupor. Le parecía que a él y a su dolor los metían a la fuerza en un saco estrecho, negro y profundo, pero por mucho que empujaban no podían hacerlos llegar hasta el fondo, y esta circunstancia, terrible ya en sí, iba acompañada de padecimiento físico. Él estaba espantado, quería meterse más dentro en el saco y se esforzaba por hacerlo, al par que ayudaba a que lo metieran. Y he aquí que de pronto desgarró el saco, cayó y volvió en sí. Gerasim estaba sentado a los pies de la cama, dormitando tranquila y pacientemente, con las piernas flacas de su amo, enfundadas en calcetines, apoyadas en los hombros. Allí estaba la misma bujía con su pantalla y allí estaba también el mismo incesante dolor.

—Vete, Gerasim -murmuró.

—No se preocupe, señor. Estaré un ratito más.

—No. Vete.

Retiró las piernas de los hombros de Gerasim, se volvió de lado sobre un brazo y sintió lástima de sí mismo. Sólo esperó a que Gerasim pasase a la habitación contigua y entonces, sin poder ya contenerse, rompió a llorar como un niño. Lloraba a causa de su impotencia, de su terrible soledad, de la crueldad de la gente, de la crueldad de Dios, de la ausencia de Dios.

«¿Por qué has hecho Tú esto? ¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué, dime, por qué me atormentas tan atrocemente?»

Aunque no esperaba respuesta lloraba porque no la había ni podía haberla. El dolor volvió a agudizarse, pero él no se movió ni llamó

a nadie. Se dijo: «¡Hala, sigue! ¡Dame otro golpe! ¿Pero con qué fin? ¿Yo qué te he hecho? ¿De qué sirve esto?»

Luego se calmó y no sólo cesó de llorar, sino que retuvo el aliento y todo él se puso a escuchar; pero era como si escuchara, no el sonido de una voz real, sino la voz de su alma, el curso de sus pensamientos que fluía dentro de sí.

—¿Qué es lo que quieres? -fue el primer concepto claro que oyó, el primero capaz de traducirse en palabras-. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que quieres? -se repitió a sí mismo-. ¿Qué quiero? Quiero no sufrir. Vivir -se contestó.

Y volvió a escuchar con atención tan reconcentrada que ni siquiera el dolor le distrajo.

—¿Vivir? ¿Cómo vivir? -preguntó la voz del alma.

—Sí, vivir como vivía antes: bien y agradablemente.

—¿Como vivías antes? ¿Bien y agradablemente? -preguntó la voz. y él empezó a repasar en su magín los mejores momentos de su vida agradable. Pero, cosa rara, ninguno de esos mejores momentos de su vida agradable le parecían ahora lo que le habían parecido entonces; ninguno de ellos, salvo los primeros recuerdos de su infancia. Allí, en su infancia, había habido algo realmente agradable, algo con lo que sería posible vivir si pudiese volver. Pero el niño que había conocido ese agrado ya no existía; era como un recuerdo de otra persona.

Tan pronto como empezó la época que había resultado en el Iván Ilich actual, todo lo que entonces había parecido alborozo se derrería ahora ante sus ojos y se trocaba en algo trivial y a menudo mezquino.

JULIO CORTÁZAR

Y cuanto más se alejaba de la infancia y más se acercaba al presente, más triviales y dudosos eran esos alborozos. Aquello empezó con la Facultad de Derecho, donde aún había algo verdaderamente bueno: había alegría, amistad, esperanza. Pero en las clases avanzadas ya eran raros esos buenos momentos. Más tarde, cuando en el primer período de su carrera estaba al servicio del gobernador, también hubo momentos agradables: eran los recuerdos del amor por una mujer. Luego todo eso se tornó confuso y hubo menos de lo bueno, menos más adelante, y cuanto más adelante menos todavía.

Su casamiento... un suceso imprevisto y un desengaño, el mal olor de boca de su mujer, la sensualidad y la hipocresía. Y ese cargo mortífero y esas preocupaciones por el dinero... y así un año, y otro, y diez, y veinte, y siempre lo mismo. Y cuanto más duraba aquello, más mortífero era. «Era como si bajase una cuesta a paso regular mientras pensaba que la subía. Y así fue, en realidad. Iba subiendo en la opinión de los demás, mientras que la vida se me escapaba bajo los pies... Y ahora todo ha terminado, ¡Y a morir!»

«Y eso qué quiere decir? ¿A qué viene todo ello? No puede ser. No puede ser que la vida sea tan absurda y mezquina. Porque si efectivamente es tan absurda y mezquina, ¿por qué habré de morir, y morir con tanto sufrimiento? Hay algo que no está bien.»

«Quizá haya vivido como no debía -se le ocurrió de pronto-. ¿Pero cómo es posible, cuando lo hacía todo como era menester?» se contestó a sí mismo, y al momento apartó de sí, como algo totalmente imposible, esta única explicación de todos los enigmas de la vida y la muerte.

«Entonces ¿qué quieres ahora? ¿Vivir? ¿Vivir cómo? ¿Vivir como vivías en los tribunales cuando el ujier del juzgado anunciaba: "¡Llega

el juez!" Llega el juez, llega el juez? -se repetía a sí mismo-. Aquí está ya. □Pero si no soy culpable! -exclamó enojado-. ¿Por qué?» Y dejó de llorar, pero volviéndose de cara a la pared siguió haciéndose la misma y única pregunta: ¿Por qué, a qué viene todo este horror?

Pero por mucho que preguntaba no daba con la respuesta. Y cuando surgió en su mente, como a menudo acontecía, la noción de que todo eso le pasaba por no haber vivido como debiera, recordaba la rectitud de su vida y rechazaba esa peregrina idea.

10

Pasaron otros quince días. Iván Ilich ya no se levantaba del sofá. No quería acostarse en la cama, sino en el sofá, con la cara vuelta casi siempre hacia la pared, sufriendo los mismos dolores incesantes y rumiando siempre, en su soledad, la misma cuestión irresoluble: «¿Qué es esto? ¿De veras que es la muerte?» Y la voz interior le respondía: «Sí, es verdad.» «¿Por qué estos padecimientos?» Y la voz respondía: «Pues porque sí.» Y más allá de esto, y salvo esto, no había otra cosa.

Desde el comienzo mismo de la enfermedad, desde que Iván Ilich fue al médico por primera vez, su vida se había dividido en dos estados de ánimo contrarios y alternos: uno era la desesperación y la expectativa de la muerte espantosa e incomprensible; el otro era la esperanza y la observación agudamente interesada del funcionamiento de su cuerpo. Una de dos: ante sus ojos había sólo un riñón o un intestino que de momento se negaban a cumplir con su deber, o bien se

JULIO CORTÁZAR

presentaba la muerte horrenda e incomprensible de la que era imposible escapar.

Estos dos estados de ánimo habían alternado desde el comienzo mismo de la enfermedad; pero a medida que ésta avanzaba se hacía más dudosa y fantástica la noción de que el riñón era la causa, y más real la de una muerte inminente.

Le bastaba recordar lo que había sido tres meses antes y lo que era ahora; le bastaba recordar la regularidad con que había estado bajando la cuesta para que se desvaneciera cualquier esperanza.

Últimamente, durante la soledad en que se hallaba, con la cara vuelta hacia el respaldo del sofá, esa soledad en medio de una ciudad populosa y de sus numerosos conocidos y familiares -soledad que no hubiera podido ser más completa en ninguna parte, ni en el fondo del mar ni en la tierra-, durante esa terrible soledad Iván Ilich había vivido sólo en sus recuerdos del pasado. Uno tras otro, aparecían en su mente cuadros de su pasado. Comenzaban siempre con lo más cercano en el tiempo y luego se remontaban a lo más lejano, a su infancia, y allí se detenían. Si se acordaba de las ciruelas pasas que le habían ofrecido ese día, su memoria le devolvía la imagen de la ciruela francesa de su niñez, cruda y acorchada, de su sabor peculiar y de la copiosa saliva cuando chupaba el hueso; y junto con el recuerdo de ese sabor surgían en serie otros recuerdos de ese tiempo: la niñera, el hermano, los juguetes. «No debo pensar en eso... Es demasiado penoso» -se decía Iván Ilich; y de nuevo se desplazaba al presente: al botón en el respaldo del sofá y a las arrugas en el cuero de éste. «Este cuero es caro y se echa a perder pronto. Hubo una disputa acerca de él. Pero hubo otro cuero y otra disputa cuando rompimos la cartera de mi padre y nos castigaron, y mamá nos trajo unos pasteles.» Y una vez más sus

recuerdos se afincaban en la infancia, y una vez más aquello era penoso e Iván Ilich procuraba alejarlo de sí y pensar en otra cosa.

Y de nuevo, junto con ese rosario de recuerdos, brotaba otra serie en su mente que se refería a cómo su enfermedad había progresado y empeorado. También en ello cuanto más lejos miraba hacia atrás, más vida había habido. Más vida y más de lo mejor que la vida ofrece, y una y otra cosa se fundían. «Al par que mis dolores iban empeorando, también iba empeorando mi vida» -pensaba. Sólo un punto brillante había allí atrás, al comienzo de su vida, pero luego todo fue ennegreciéndose y acelerándose cada vez más. «En razón inversa al cuadrado de la distancia de la muerte» -se decía. Y el ejemplo de una piedra que caía con velocidad creciente apareció en su conciencia. La vida, serie de crecientes sufrimientos, vuela cada vez más velozmente hacia su fin, que es el sufrimiento más horrible. «Estoy volando...» Se estremeció, cambió de postura, quiso resistir, pero sabía que la resistencia era imposible; y otra vez, con ojos cansados de mirar, pero incapaces de no mirar lo que estaba delante de él, miró fijamente el respaldo del sofá y esperó -esperó esa caída espantosa, el choque y la destrucción. «La resistencia es imposible -se dijo-. Pero si pudiera comprender por qué! Pero eso, también, es imposible. Se podría explicar si pudiera decir que no he vivido como debía. Pero es imposible decirlo» -se declaró a sí mismo, recordando la licitud, corrección y decoro de toda su vida-. «Eso es absolutamente imposible de admitir -pensó, con una sonrisa irónica en los labios como si alguien pudiera verla y engañarse-. No hay explicación! Sufrimiento, muerte... ¿Por qué?»

Así pasaron otros quince días, durante los cuales sucedió algo que Iván Ilich y su mujer venían deseando: Petrishev hizo una petición de mano en debida forma. Ello ocurrió ya entrada una noche. Al día siguiente Praskovya Fyodorovna fue a ver a su marido, pensando en cuál sería el mejor modo de hacérselo saber, pero esa misma noche había habido otro cambio, un empeoramiento en el estado de éste. Praskovya Fyodorovna le halló en el sofá, pero en postura diferente. Yacía de espaldas, gimiendo y mirando fijamente delante de sí.

Praskovya Fyodorovna empezó a hablarle de las medicinas, pero él volvió los ojos hacia ella y esa mirada -dirigida exclusivamente a ella- expresaba un rencor tan profundo que Praskovya Fyodorovna no acabó de decirle lo que a decirle había venido.

—¡Por los clavos de Cristo, déjame morir en paz! -dijo él.

Ella se dispuso a salir, pero en ese momento entró la hija y se acercó a dar los buenos días. Él miró a la hija igual que había mirado a la madre, y a las preguntas de aquélla por su salud contestó secamente que pronto quedarían libres de él. Las dos mujeres callaron, estuvieron sentadas un ratito y se fueron.

—¿Tenemos nosotras la culpa? -preguntó Liza a su madre-. ¡Es como si nos la echara! Lo siento por papá, ¿pero por qué nos atormenta así?

Llegó el médico a la hora de costumbre. Iván Ilich contestaba «sí» y «no» sin apartar de él los ojos cargados de inquina, y al final dijo:

—Bien sabe usted que no puede hacer nada por mí; conque déjeme en paz.

—Podemos calmarle el dolor -respondió el médico.

—Ni siquiera eso. Déjeme.

El médico salió a la sala y explicó a Praskovya Fyodorovna que la cosa iba mal y que el único recurso era el opio para disminuir los dolores, que debían de ser terribles.

Era cierto lo que decía el médico, que los dolores de Iván Ilich debían de ser atroces; pero más atroces que los físicos eran los dolores morales, que eran su mayor tormento.

Esos dolores morales resultaban de que esa noche, contemplando el rostro soñoliento y bonachón de Gerasim, de pómulos salientes, se le ocurrió de pronto: «¿Y si toda mi vida, mi vida consciente, ha sido de hecho lo que no debía ser?»

Se le ocurrió ahora que lo que antes le parecía de todo punto imposible, a saber, que no había vivido su vida como la debía haber vivido, podía en fin de cuentas ser verdad. Se le ocurrió que sus tentativas casi imperceptibles de bregar contra lo que la gente de alta posición social consideraba bueno -tentativas casi imperceptibles que había rechazado inmediatamente- hubieran podido ser genuinas y las otras falsas, y que su carrera oficial, junto con su estilo de vida, su familia, sus intereses sociales y oficiales... todo eso podía haber sido fraudulento. Trataba de defender todo ello ante su conciencia. Y de pronto se dio cuenta de la debilidad de lo que defendía. No había nada que defender.

«Pero si es así -se dijo-, si salgo de la vida con la conciencia de haber destruido todo lo que me fue dado, y es imposible rectificarlo, ¿entonces qué?» Se volvió de espaldas y empezó de nuevo a pasar revista a toda su vida. Por la mañana, cuando había visto primero a su criado, luego a su mujer, más tarde a su hija y por último al médico,

JULIO CORTÁZAR

cada una de las palabras de ellos, cada uno de sus movimientos le confirmaron la horrible verdad que se le había revelado durante la noche. En esas palabras y esos movimientos se vio a sí mismo, vio todo aquello para lo que había vivido, y vio claramente que no debía haber sido así, que todo ello había sido una enorme y horrible superchería que le había ocultado la vida y la muerte. La conciencia de ello multiplicó por diez sus dolores físicos. Gemía y se agitaba, y tiraba de su ropa, que parecía sofocarle y oprimirle. Y por eso los odiaba a todos.

Le dieron una dosis grande de opio y perdió el conocimiento, pero a la hora de la comida los dolores comenzaron de nuevo. Expulsó a todos de allí y se volvía continuamente de un lado para otro...

Su mujer se acercó a él y le dijo:

-*Jean*, cariño, hazlo por mí (¿por mí?). No puede perjudicarte y con frecuencia sirve de ayuda. ¡Si no es nada! Hasta la gente que está bien de salud lo hace a menudo...

Él abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿Comulgar? ¿Para qué? ¡No es necesario! Pero por otra parte...

Ella rompió a llorar.

—Sí, hazlo, querido. Mandaré por nuestro sacerdote. Es un hombre tan bueno...

—Muy bien. Estupendo -contestó él.

Cuando llegó el sacerdote y le confesó, Iván Ilich se calmó y le pareció sentir que se le aligeraban las dudas y con ello sus dolores, y durante un momento tuvo una punta de esperanza. Volvió a pensar en el apéndice y en la posibilidad de corregirlo, y comulgó con lágrimas en los ojos.

Cuando volvieron a acostarle después de la comunión tuvo un instante de alivio y de nuevo brotó la esperanza de vivir. Empezó a pensar en la operación que le habían propuesto. «Vivir, quiero vivir» -se dijo. Su mujer vino a felicitarle por la comunión con las palabras habituales y agregó:

—¿Verdad que estás mejor?

Él, sin mirarla, dijo «sí».

El vestido de ella, su talle, la expresión de su cara, el timbre de su voz... todo ello le revelaba lo mismo: «Esto no está como debiera. Todo lo que has vivido y sigues viviendo es mentira, engaño, ocultando de ti la vida y la muerte.» Y tan pronto como pensó de ese modo se dispararon de nuevo su rencor y sus dolores físicos, y con ellos la conciencia del fin próximo e ineludible, y a ello vino a agregarse algo nuevo: un dolor punzante, agudísimo, y una sensación de ahogo.

La expresión de su rostro cuando pronunció ese «sí» era horrible. Después de pronunciarlo, miró a su mujer fijamente, se volvió boca abajo con energía inusitada en su débil condición, y gritó:

—¡Vete de aquí, vete! ¡Déjame en paz!

12

A partir de ese momento empezó un aullido que no se interrumpió durante tres días, un aullido tan atroz que no era posible oírlo sin espanto a través de dos puertas. En el momento en que contestó a su mujer Iván Ilich comprendió que estaba perdido, que no había retorno

posible, que había llegado el fin, el fin de todo, y que sus dudas estaban sin resolver, seguían siendo dudas.

—[Oh, oh, oh! -gritaba en varios tonos. Había empezado por gritar «¡No quiero!» y había continuado gritando con la letra O.

Esos tres días, durante los cuales el tiempo no existía para él, estuvo resistiendo en ese saco negro hacia el interior del cual le empujaba una fuerza invisible e irresistible. Resistía como resiste un condenado a muerte en manos del verdugo, sabiendo que no puede salvarse; y con cada minuto que pasaba sentía que, a despecho de todos sus esfuerzos, se acercaba cada vez más a lo que tanto le aterraba. Tenía la sensación de que su tormento se debía a que le empujaban hacia ese agujero negro y, aún más, a que no podía entrar sin esfuerzo en él. La causa de no poder entrar de ese modo era el convencimiento de que su vida había sido buena. Esa justificación de su vida le retenía, no le dejaba pasar adelante, y era el mayor tormento de todos.

De pronto sintió que algo le golpeaba en el pecho y el costado, haciéndole aún más difícil respirar; fue cayendo por el agujero y allá, en el fondo, había una luz. Lo que le ocurría era lo que suele ocurrir en un vagón de ferrocarril cuando piensa uno que va hacia atrás y en realidad va hacia delante, y de pronto se da cuenta de la verdadera dirección.

«Sí, no fue todo como debía ser -se dijo-, pero no importa. Puede serlo. ¿Pero cómo debía ser?» -se preguntó y de improviso se calmó.

Esto sucedía al final del tercer día, un par de horas antes de su muerte. En ese momento su hijo, el colegial, había entrado calladamente y se había acercado a su padre. El moribundo seguía gritando desesperadamente y agitando los brazos. Su mano cayó sobre la cabe-

za del muchacho. Éste la cogió, la apretó contra su pecho y rompió a llorar.

En ese mismo momento Iván Ilich se hundió, vio la luz y se le reveló que, aunque su vida no había sido como debiera haber sido, se podría corregir aún. Se preguntó: «¿Cómo debe ser?» y calló, oído atento. Entonces notó que alguien le besaba la mano. Abrió los ojos y miró a su hijo. Tuvo lástima de él. Su mujer se le acercó. Le miraba con los ojos abiertos, con huellas de lágrimas en la nariz y las mejillas y un gesto de desesperación en el rostro. Tuvo lástima de ella también.

«Sí, los estoy atormentando a todos -pensó-. Les tengo lástima, pero será mejor para ellos cuando me muera.» Quería decirles eso, pero no tenía fuerza bastante para articular las palabras. «¿Pero, en fin de cuentas, para qué hablar? Lo que debo es hacer» -pensó. Con unamirada a su mujer apuntó a su hijo y dijo:

—Llévatelo... me da lástima... de ti también... -Quiso decir asimismo «perdóname», pero dijo «perdido», y sin fuerzas ya para corregirlo hizo un gesto de desdén con la mano, sabiendo que Aquél cuya comprensión era necesaria lo comprendería.

Y de pronto vio claro que lo que le había estado sujetando y no le soltaba le dejaba escapar sin más por ambos lados, por diez lados, por todos los lados. Les tenía lástima a todos, era menester hacer algo para no hacerles daño: liberarlos y liberarse de esos sufrimientos. «¿Qué hermoso y qué sencillo! -pensó-. ¿Y el dolor? -se preguntó-. ¿A dónde se ha ido? A ver, dolor, ¿dónde estás?»

Y prestó atención.

«Sí, aquí está. Bueno, ¿y qué? Que siga ahí. Y la muerte... ¿dónde está?»

JULIO CORTÁZAR

Buscaba su anterior y habitual temor a la muerte y no lo encontraba. «¿Dónde está? ¿Qué muerte?» No había temor alguno porque tampoco había muerte.

En lugar de la muerte había luz.

—¡Conque es eso! -dijo de pronto en voz alta-. ¡Qué alegría!

Para él todo ocurrió en un solo instante, y el significado de ese instante no se alteró. Para los presentes la agonía continuó durante dos horas más. Algo borbollaba en su pecho, su cuerpo extenuado se crispó bruscamente, luego el borbotamiento y el estertor se hicieron menos frecuentes.

—¡Es el fin! -dijo alguien a su lado.

Él oyó estas palabras y las repitió en su alma. «Éste es el fin de la muerte» -se dijo-. «La muerte ya no existe.» Tomó un sorbo de aire, se detuvo en medio de un suspiro, dio un estirón y murió.

El puente sobre el río del Búho

Ambrose Bierce

I

Desde un puente ferroviario, al norte de Alabama, un hombre contemplaba el rápido discurrir del agua seis metros más abajo. Tenía las manos detrás de la espalda, las muñecas sujetas con una soga; otra soga, colgada al cuello y atada a un grueso tirante por encima de su cabeza, pendía hasta la altura de sus rodillas. Algunas tablas flojas colocadas sobre los durmientes de los rieles le prestaban un punto de apoyo a él y a sus verdugos, dos soldados rasos del ejército federal bajo las órdenes de un sargento que, en la vida civil, debió de haber sido agente de la ley. No lejos de ellos, en el mismo entarimado improvisado, estaba un oficial del ejército con las divisas de su graduación; era un capitán. En cada lado un vigía presentaba armas, con el cañón del fusil por delante del hombro izquierdo y la culata apoyada en el antebrazo cruzado transversalmente sobre el pecho, postura forzada que

obliga al cuerpo a permanecer erguido. A estos dos hombres no les interesaba lo que sucedía en medio del puente. Se limitaban a bloquear los lados del entarimado. Delante de uno de los vigías no había nada; la vía del tren penetraba en un bosque un centenar de metros y, dibujando una curvatura, desaparecía. No muy lejos de allí, sin duda, había una posición de vanguardia. En la otra orilla, un campo abierto ascendía con una ligera pendiente hasta una empalizada de troncos verticales con aberturas para los fusiles y un solo ventanuco por el cual salía la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. Entre el puente y el fortín estaban situados los espectadores: una compañía de infantería, en posición de descanso, es decir, con la culata de los fusiles en el suelo, el cañón inclinado levemente hacia atrás contra el hombro derecho, las manos cruzadas encima de la caja. A la derecha de la hilera de soldados había un teniente; la punta de su sable tocaba tierra, la mano derecha reposaba encima de la izquierda. Sin contar con los verdugos y el reo en el medio del puente, nadie se movía. La compañía de soldados, delante del puente, miraba fijamente, hierático. Los vigías, en frente de los límites del río, podrían haber sido esculturas que engalanaban el puente. El capitán, con los brazos entrelazados y mudo, examinaba el trabajo de sus auxiliares sin hacer ningún gesto. Cuando la muerte se presagia, se debe recibir con ceremonias respetuosas, incluso por aquéllos más habituados a ella. Para este mandatario, según el código castrense, el silencio y la inmovilidad son actitudes de respeto.

El hombre cuya ejecución preparaban tenía unos treinta y cinco años. Era civil, a juzgar por su ropaje de cultivador. Poseía elegantes rasgos: una nariz vertical, boca firme, ancha frente, cabello negro y ondulado peinado hacia atrás, inclinándose hacia el cuello de su bien ter-

JULIO CORTÁZAR

minada levita. Llevaba bigote y barba en punta, pero sin patillas; sus grandes ojos de color grisáceo desprendían un gesto de bondad imposible de esperar en un hombre a punto de morir. Evidentemente, no era un criminal común. El liberal código castrense establece la horca para todo el mundo, sin olvidarse de las personas decentes.

Finalizados los preparativos, los dos soldados se apartaron a un lado y cada uno retiró la madera sobre la que había estado de pie. El sargento se volvió hacia el oficial, lo saludó y se colocó detrás de éste. El oficial, a su vez, se desplazó un paso. Estos movimientos dejaron al reo y al suboficial en los límites de la misma tabla que cubría tres durmientes del puente. El extremo donde se situaba al civil casi llegaba, aunque no del todo, a un cuarto durmiente. La tabla se mantenía en su sitio por el peso del capitán; ahora lo estaba por el peso del sargento. A una señal de su mando, el sargento se apartaría, se balancearía la madera, y el reo caería entre dos durmientes. Consideró que esta acción, debido a su simplicidad, era la más eficaz. No le habían cubierto el rostro ni vendado los ojos. Observó por un instante su inseguro punto de apoyo y miró vagamente el agua que corría por debajo de sus pies formando furiosos torbellinos. Una madera que flotaba en la superficie le llamó la atención y la siguió con la vista. Apenas avanzaba. [Qué indolente corriente!

Cerró los ojos para recordar, en estos últimos instantes, a su mujer y a sus hijos. El agua brillante por el resplandor del sol, la niebla que se cernía sobre el río contra las orillas escarpadas no lejos del puente, el fortín, los soldados, la madera que flotaba, todo en conjunto lo había distraído. Y en este momento tenía plena conciencia de un nuevo motivo de distracción. Al dejar el recuerdo de sus seres queridos, escuchaba un ruido que no comprendía ni podía ignorar, un ruido metáli-

co, como los martillazos de un herrero sobre el yunque. El hombre se preguntó qué podía ser este ruido, si procedía de una distancia cercana o alejada: ambas hipótesis eran posibles. Se reproducía en regulares plazos de tiempo, tan pausadamente como las campanas que doblan a muerte. Esperaba cada llamada con impaciencia, sin comprender por qué, con recelo. Los silencios eran cada vez más largos; las demoras, enloquecedoras. Los sonidos eran menos frecuentes, pero aumentaba su contundencia y su nitidez, molestandole los oídos. Tuvo pánico de gritar... Oía el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y escuchó cómo corría el agua bajo sus pies. «Si lograra desatar mis manos -pensó- podría soltarme del nudo corredizo y saltar al río; esquivaría las balas y nadaría con fuerza, hasta alcanzar la orilla; después me internaría en el bosque y huiría hasta llegar a casa. A Dios gracias, todavía permanece fuera de sus líneas; mi familia está fuera del alcance de la Posición más avanzada de los invasores.» Mientras se sucedían estos pensamientos, reproducidos aquí por escrito, el capitán inclinó la cabeza y miró al sargento. El suboficial se colocó en un extremo.

II

Peyton Farquhar, cultivador adinerado, provenía de una respetable familia de Alabama. Propietario de esclavos, político, como todos los de su clase fue, por supuesto, uno de los primeros secesionistas y se dedicó, en cuerpo y alma, a la causa de los Estados del Sur. Determinadas condiciones, que no podemos divulgar aquí, impidieron que se alistara

JULIO CORTÁZAR

en el valeroso ejército cuyas nefastas campañas finalizaron con la caída de Corinth, y se enojaba de esta trabazón sin gloria, anhelando conocer la vida del soldado y encontrar la ocasión de distinguirse. Estaba convencido de que esta ocasión llegaría para él, como llega a todo el mundo en tiempo de guerra. Entre tanto, hacía lo que podía. Ninguna acción le parecía demasiado modesta para la causa del Sur, ninguna aventura lo suficientemente temeraria si era compatible con la vida de un ciudadano con alma de soldado, que con buena voluntad y sin apenas escrúpulos admite en buena parte este refrán poco caballeroso: en el amor y en la guerra, todos los medios son buenos.

Una tarde, cuando Farquhar y su mujer estaban descansando en un rústico banco, próximo a la entrada de su parque, un soldado confederado detuvo su corcel en la verja y pidió de beber. La señora Farquhar sólo deseaba servirle con sus níveas manos. Mientras fue a buscar un vaso de agua, su esposo se aproximó al polvoriento soldado y le pidió ávidamente información del frente.

—Los yanquis están reparando las vías del ferrocarril -dijo el hombre- porque se preparan para avanzar. Han llegado hasta el Puente del Búho, lo han reparado y han construido una empalizada en la orilla norte. Por una orden, colocada en carteles por todas partes, el comandante ha dictaminado que cualquier civil a quien se le sorprenda en intento de sabotaje a las líneas férreas será ejecutado sin juicio previo. Yo he visto la orden.

—¿A qué distancia está el Puente del Búho? -pregunto Faquhar.

—A unos cincuenta kilómetros.

—¿No hay tropas a este lado del río?

—Un solo piquete de avanzada a medio kilómetro, sobre la vía férrea, y un solo vigía de este lado del puente.

—Suponiendo que un hombre -un ciudadano aficionado a la horca- pudiera despistar la avanzadilla y lograse engañar al vigía -dijo el plantador sonriendo-, ¿qué podría hacer?

El militar pensó:

—Estuve allí hace un mes. La creciente de este invierno pasado ha acumulado una enorme cantidad de troncos contra el muelle, en esta parte del puente. En estos momentos los troncos están secos y arderían con mucha facilidad.

En ese mismo instante, la mujer le acercó el vaso de agua. Bebió el soldado, le dio las gracias, saludó al marido y se alejó con su cabalgadura. Una hora después, ya de noche, volvió a pasar frente a la plantación en dirección al norte, de donde había venido. Aquella tarde había salido a reconocer el terreno. Era un soldado explorador del ejército federal.

III

Al caerse al agua desde el puente, Peyton Farquhard perdió la conciencia, como si estuviera muerto. De este estado salió cuando sintió una dolorosa presión en la garganta, seguida de una sensación de ahogo. Dolores terribles, fulgurantes, cruzaban todo su cuerpo, de la cabeza a los pies. Parecía que recorrían líneas concretas de su sistema nervioso y latían a un ritmo rápido. Tenía la sensación de que un enorme torrente de fuego le subía la temperatura insoportablemente. La cabeza le parecía a punto de explotar. Estas sensaciones le impedían cualquier tipo de raciocinio, sólo podía sentir, y esto le producía un enorme do-

JULIO CORTÁZAR

lor. Pero se daba cuenta de que podía moverse, se balanceaba como un péndulo de un lado para otro. Después, de un solo golpe, muy brusco, la luz que lo rodeaba se alzó hasta el cielo. Hubo un chapoteo en el agua, un rugido aterrador en sus oídos y todo fue oscuridad y frío. Al recuperar la conciencia supo que la cuerda se había roto y él había caído al río. Ya no tenía la sensación de estrangulamiento: el nudo corredizo alrededor de su garganta, además de asfixiarle, impedía que entrara agua en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! Esta idea le parecía absurda. Abrió los ojos en la oscuridad y le pareció ver una luz por encima de él, ¡tan lejana, tan inalcanzable! Se hundía siempre, porque la luz desaparecía cada vez más hasta convertirse en un efímero resplandor. Después creció de intensidad y comprendió a su pesar que subía de nuevo a la superficie, porque se sentía muy cómodo. «Ser ahogado y ahorcado -pensó- no está tan mal. Pero no quiero que me fusilen. No, no habrán de fusilarme. Eso no sería justo.»

Aunque inconsciente del esfuerzo, el vivo dolor de las muñecas le comunicaba que trataba de deshacerse de la cuerda. Concentró su atención en esta lucha como si fuera un tranquilo espectador que podía observar las habilidades de un malabarista sin demostrar interés alguno por el resultado. Qué prodigioso esfuerzo. Qué magnífica, sobrehumana energía. ¡Ah, era una tentativa admirable! ¡Bravo! Se desató la cuerda: sus brazos se separaron y flotaron hasta la superficie. Pudo discernir sus manos a cada lado, en la creciente luz. Con nuevo interés las vio agarrarse al nudo corredizo. Quitaron salvajemente la cuerda, la lanzaron lejos, con rabia, y sus ondulaciones parecieron las de una culebra de agua. «¡Ponla de nuevo, ponla de nuevo!» Creyó gritar estas palabras a sus manos, porque después de liberarse de la sog

sintió el dolor más inhumano hasta entonces. El cuello le hacía sufrir increíblemente, la cabeza le ardía; el corazón, que apenas latía, estalló de inmediato como si fuera a salirse por la boca. Una angustia incomprendible torturó y retorció todo su cuerpo. Pero sus manos no le respondieron a la orden. Golpeaban el agua con energía, en rápidas brazadas de arriba hacia abajo, y lo sacaron a flote. Sintió emerger su cabeza. El resplandor del sol lo cegó; su pecho se expandió con fuertes convulsiones. Después, un dolor espantoso y sus pulmones aspiraron una gran bocanada de oxígeno, que al instante exhalaban en un grito.

Ahora tenía plena conciencia de sus facultades; eran, verdaderamente, sobrenaturales y sutiles. La terrible perturbación de su organismo las había definido y despertado de tal manera que advertían cosas nunca percibidas hasta ahora. Sentía los movimientos del agua sobre su cara, escuchaba el ruido que hacían las diminutas olas al golpearlo. Miraba el bosque en una de las orillas y conocía cada árbol, cada hoja con todos sus nervios y con los insectos que alojaba: langostas, moscas de brillante cuerpo, arañas grises que tendían su tela de ramita en ramita. Contempló los colores del prisma en cada una de las gotas de rocío sobre un millón de briznas de hierba. El zumbido de los moscardones que volaban sobre los remolinos, el batir de las alas de las libélulas, las pisadas de las arañas acuáticas, como remos que levanta una barca, todo eso era para él una música totalmente perceptible. Un pez saltó ante su vista y escuchó el deslizarse de su propio cuerpo que surcaba la corriente.

Había llegado a la superficie con el rostro a favor de la corriente. El mundo visible comenzó a dar vueltas lentamente. Entonces vio el puente, el fortín, a los vigías, al capitán, a los dos soldados rasos, sus verdugos, cuyas figuras se distinguían contra el cielo azul. Gritaban y

JULIO CORTÁZAR

gesticulaban, señalándolo con el dedo; el oficial le apuntaba con su revólver, pero no disparaba; los otros carecían de armamento. Sus movimientos a simple vista resultaban extravagantes y terribles; sus siluetas, grandiosas.

De pronto escuchó un fuerte estampido y un objeto sacudió fuertemente el agua a muy poca distancia de su cabeza, salpicando su cara. Escuchó un segundo estampido y observó que uno de los vigías tenía aún el fusil al hombro; de la boca del cañón ascendía una nube de color azul. El hombre del río vio cómo le apuntaba a través de la mirilla del fusil. Al mirar a los ojos del vigía, se dio cuenta de su color grisáceo y recordó haber leído que todos los tiradores famosos tenían los ojos de ese color; sin embargo, éste falló el tiro.

Un remolino le hizo girar en sentido contrario; nuevamente tenía a la vista el bosque que cubría la orilla opuesta al fortín. Escuchó una voz clara detrás de él; en un ritmo monótono, llegó con una extrema claridad anulando cualquier otro sonido, hasta el chapoteo de las olas en sus oídos. A pesar de no ser soldado, conocía bastante bien los campamentos y lo que significaba esa monserga en la orilla: el oficial cumplía con sus quehaceres matinales. Con qué frialdad, con qué pausada voz que calmaba a los soldados e imponía la suya, con qué certeza en los intervalos de tiempo, se escucharon estas palabras crueles:

—¡Atención, compañía ...! ¡Armas al hombro...! ¡Listos...! ¡Apunten...! ¡Fuego...!

Farquhar pudo sumergirse tan profundamente como era necesario. El agua le resonaba en los oídos como la voz del Niágara. Sin embargo, oyó la estrepitosa descarga de la salva y, mientras emergía a la superficie, encontró trozos de metal brillante, extremadamente chatos, bajando con lentitud. Algunos le alcanzaron la cara y las manos, des-

pués siguieron descendiendo. Uno se situó entre su cuello y la camisa: era de un color desagradable, y Farquhar lo sacó con energía.

Llegó a la superficie, sin aliento, después de permanecer mucho tiempo debajo del agua. La corriente lo había arrastrado muy lejos, cerca de la salvación. Mientras tanto, los soldados volvieron a cargar sus fusiles sacando las baquetas de sus cañones. Otra vez dispararon y, de nuevo, fallaron el tiro. El perseguido vio todo esto por encima de su hombro. En ese momento nadaba enérgicamente a favor de la corriente. Todo su cuerpo estaba activo, incluyendo la cabeza, que razonaba muy rápidamente. «El teniente -pensó- no cometerá un segundo error. Esto era un error propio de un oficial demasiado apegado a la disciplina. ¿Acaso no es más fácil eludir una salva como si fuese un solo tiro? En estos momentos, seguramente, ha dado la orden de disparar a voluntad. [Qué Dios me proteja, no puedo esquivar a todos!]

A dos metros de allí se escuchó el increíble estruendo de una caída de agua seguido de un estrepitoso escándalo, impetuoso, que se alejaba disminuyendo, y parecía propasarse en el aire en dirección al fortín, donde sucumbió en una explosión que golpeó las profundidades mismas del río. Se levantó una empalizada líquida, curvándose por encima de él; lo cegó y lo ahogó. [Un cañón se había unido a las demás armas! El obús sacudió el agua, oyó el proyectil, que zumbó delante de él despedazando las ramas de los árboles del bosque cercano.

«No empezarán de nuevo -pensó-. La próxima vez cargarán con metralla. Debo fijarme en la pieza de artillería, el humo me dirigirá. La detonación llega demasiado tarde: se arrastra detrás del proyectil. Es un buen cañón.» De inmediato comenzó a dar vueltas y más vueltas en el mismo punto: giraba como una peonza. El agua, las orillas, el bosque, el puente, el fortín y los hombres ahora distantes, todo se

JULIO CORTÁZAR

mezclaba y desaparecía. Los objetos ya no eran sino sus colores; todo lo que veía eran banderas de color. Atrapado por un remolino, marchaba tan rápidamente que tenía vértigo y náuseas. Instantes después se encontraba en un montículo, en el lado izquierdo del río, oculto de sus enemigos. Su inmovilidad inesperada, el contacto de una de sus manos contra la pedriza, le devolvió los sentidos y lloró de alegría. Sus dedos penetraron la arena, que se echó encima, bendiciéndola en voz alta. Para su parecer era la cosa más preciosa que podría imaginar en esos momentos. Los árboles de la orilla eran gigantescas plantas de jardinería; le llamó la atención el orden determinado en su disposición, respiró el aroma de sus flores. La luz brillaba entre los troncos de una forma extraña y el viento entonaba en sus hojas una armoniosa música interpretada por una arpa eólica. No quería seguir huyendo, le bastaba permanecer en aquel lugar perfecto hasta que lo capturasen.

El silbido estrepitoso de la metralla en las hojas de los árboles lo despertaron de su sueño. El artillero, decepcionado, le había enviado una descarga al azar como despedida. Se alzó de un brinco, subió la cuesta del río con rapidez y se adentró en el bosque.

Caminó todo el día, guiándose por el sol. El bosque era interminable; no aparecía por ningún sitio el menor claro, ni siquiera un camino de leñador. Ignoraba vivir en una región tan salvaje, y en este pensamiento había algo de sobrenatural.

Al anoecer continuó avanzando, hambriento y fatigado, con los pies heridos. Continuaba vivo por el pensamiento de su familia. Al final encontró un camino que lo llevaba a buen puerto. Era ancho y recto como una calle de ciudad. Y, sin embargo, no daba la impresión de ser muy conocido. No colindaba con ningún campo; por ninguna parte aparecía vivienda alguna. Nada, ni siquiera el ladrido de un pe-

rro, sugería un indicio de humanidad próxima. Los cuerpos de los dos enormes árboles parecían dos murallas rectilíneas; se unían en un solo punto del horizonte, como un diagrama de una lección de perspectiva. Por encima de él, levantó la vista a través de una brecha en el bosque, y vio enormes estrellas áureas que no conocía, agrupadas en extrañas constelaciones. Supuso que la disposición de estas estrellas escondía un significado nefasto. De cada lado del bosque percibía ruidos en una lengua desconocida.

Le dolía el cuello; al tocárselo lo encontró inflamado. Sabía que la soga lo había marcado con un destino trágico. Tenía los ojos congestionados, no podía cerrarlos. Su lengua estaba hinchada por la sed; sacándola entre los dientes apaciguaba su fiebre. La hierba cubría toda aquella avenida virgen. Ya no sentía el suelo a sus pies.

Dejando a un lado sus sufrimientos, seguramente se ha dormido mientras caminaba, porque contempla otra nueva escena; quizá ha salido de una crisis delirante. Se encuentra delante de las rejas de su casa. Todo está como lo había dejado, todo rezuma belleza bajo el sol matinal. Ha debido caminar, sin parar, toda la noche. Mientras abre las puertas de la reja y sube por la gran avenida blanca, observa unas vestiduras flotar ligeramente: su esposa, con la faz fresca y dulce, sale a su encuentro bajando de la galería, colocándose al pie de la escalinata con una sonrisa de inenarrable alegría, en una actitud de gracia y dignidad incomparables. ¡Qué bella es! Él se lanza para abrazarla. En el momento en que se dispone a hacerlo, siente en su nuca un golpe que le atonta. Una luz blanca y enceguedora clama a su alrededor con un estruendo parecido al del cañón... y después absoluto silencio y absoluta oscuridad.

JULIO CORTÁZAR

Peyton Farquhar estaba muerto. Su cuerpo, con el cuello roto, se balanceaba de un lado a otro del Puente del Búho.

La lección del maestro

Henry James

1

Le habían dicho que las señoras estaban en la iglesia, pero supo que no era así por lo que vio desde lo alto de las escaleras -descendían desde una gran altura en dos brazos, describiendo un círculo de un efecto encantador-, en el umbral de la puerta que, desde la larga y clara galería, dominaba el inmenso jardín. Tres caballeros, sobre la hierba, a cierta distancia, se hallaban sentados bajo los grandes árboles, mientras que la cuarta figura lucía un vestido rojo que destacaba como un «poco de color» entre el verde fresco e intenso. El sirviente había acompañado a Paul Overt hasta presentarle esta escena, después de preguntar si deseaba ir primero a su habitación. El joven declinó tal privilegio, consciente de no haber sufrido deterioro alguno con un viaje tan corto y fácil y siempre deseoso de adueñarse de inmediato, por su propia percepción, de un nuevo escenario. Permaneció allí un momento, con

los ojos en el grupo y en el cuadro admirable: los amplios terrenos de una antigua casa de campo próxima a Londres -eso sólo lo mejoraba-, un espléndido domingo de junio.

—Pero, esa dama, ¿quién es? -dijo al sirviente antes de que el hombre lo dejara.

—Creo que es Mrs. St. George, señor.

—Mrs. St. George, esposa del distinguido... -entonces Paul Overt se detuvo, dudando si este servidor lo sabría.

—Sí, señor... Probablemente, señor -dijo su guía, que parecía querer indicar que un huésped de Summersoft sería, naturalmente, siquiera sólo por alianza, distinguido. Su tono, sin embargo, hizo que el pobre Overt apenas se sintiera así en ese momento.

—¿Y los caballeros? -prosiguió Overt.

—Verá, señor, uno de ellos es el General Fancourt.

—Ah, sí, lo sé; gracias -el General Fancourt era distinguido, no había duda de ello, por algo que había hecho, o incluso quizá que no había hecho -el joven no recordaba cuál de las dos cosas- unos años antes en la India. El sirviente se marchó, dejando las puertas de cristal abiertas hacia la galería, y Paul Overt se quedó de pie en el nacimiento de la amplia escalera doble, diciéndose que el lugar era bonito y prometía una estancia agradable, mientras se apoyaba en la vieja barandilla de hierro finamente trabajada, que, al igual que el resto de los detalles, era del mismo período que la casa. Todo estaba acorde y hablaba al unísono, con una voz única: una rica voz inglesa de comienzos del siglo XVIII. Podía haber sido la hora de ir a la iglesia de un día de verano en el reinado de la reina Ana; la quietud era demasiado perfecta para ser moderna, la cercanía contaba como distancia, y había algo muy fresco y seguro en la originalidad de la casa grande y uniforme,

JULIO CORTÁZAR

en la superficie de los preciosos ladrillos más rosados que rojos y que habían sido despejados de desaliñadas plantas trepadoras, según la ley por la que una mujer de cutis poco común desdeña un velo. Cuando Paul Overt se dio cuenta de que los que estaban bajo los árboles habían advertido su presencia, dio media vuelta y por las puertas abiertas penetró en la gran galería que era el orgullo del lugar. Cruzaba de lado a lado y, con sus colores intensos, las altas ventanas, las zarzas de flores desvaídas, los retratos y cuadros de fácil reconocimiento, la porcelana azul y blanca de las vitrinas y las guirnaldas y rosetones sutiles del techo, parecía una alegre avenida tapizada que llevara al otro siglo.

Nuestro amigo se sentía ligeramente nervioso; eso estaba acorde con su carácter de estudioso de la bella prosa, acorde con la disposición general del artista para vibrar; y había una particular emoción en la idea de que Henry St. George pudiera ser un miembro del grupo. Para el joven aspirante había seguido siendo una elevada figura literaria, a pesar del menor nivel de producción al que había descendido tras sus tres primeros grandes éxitos, de la relativa ausencia de calidad en su obra posterior. Había habido momentos en que Paul Overt casi había derramado lágrimas por ello; pero ahora que se encontraba cerca de él -nunca lo había visto- sólo tenía

conciencia de la hermosa fuente original y de su propia e inmensa deuda. Tras haber recorrido la galería una o dos veces, volvió a salir y descendió por la escalera. Se hallaba apenas provisto de cierta osadía social -era una verdadera debilidad en él- de modo que, consciente de su falta de familiaridad con las cuatro personas distantes, dio paso a unos movimientos recomendados por el hecho de no haberse visto comprometido a un claro acercamiento. Había en eso una exquisita rigidez inglesa: él también la sintió mientras seguía un curso vago

y oblicuo por el césped, tomando un rumbo independiente. Por fortuna había una claridad inglesa igualmente exquisita en la manera en que uno de los caballeros se levantó y se dispuso como a «acecharlo», si bien con aire conciliador y de afianzamiento. Paul Overt respondió de inmediato a tal gesto, aunque el caballero no fuera su anfitrión. Era alto, erguido y mayor y, como la gran casa misma, tenía una cara sonriente y rosada, y, además, un bigote blanco. Nuestro joven le salió al encuentro mientras el hombre decía sonriendo:

—Eh... Lady Watermouth nos dijo que usted venía; me pidió que sólo lo cuidara -Paul Overt le dio las gracias, con lo que le resultó grato al momento, y se volvió con él para dirigirse hacia los otros-. Todos se han ido a la iglesia... todos menos nosotros -continuó el extraño mientras andaban-; estamos ahí sentados, es un lugar tan alegre. -Overt declaró que era alegre en verdad: era un lugar encantador. Comentó que estaba sintiendo tan agradable impresión por primera vez.

—Ah, ¿no había estado aquí nunca? -dijo su acompañante-. Es un bonito rincón, no hay mucho que *hacer*,

¿sabe? -Overt se preguntó qué era lo que quería «hacer»; a él, en particular, le parecía estar haciendo tanto. Cuando llegaron a donde se hallaban los demás, ya había reconocido a su iniciador como a un militar y -así trabajaba la imaginación de Overt- lo había encontrado aún más simpático. Tendría una necesidad natural de acción, de hechos que desentonaran con la pacífica escena pastoril. Sin embargo, tenía evidentemente tan buen carácter, que aceptaba por lo que valía una ocasión tan desprovista de gloria. Paul Overt la compartió con él y sus acompañantes durante los veinte minutos siguientes; esas personas lo miraron y él las miró sin saber muy bien quiénes eran, mientras la conversación continuaba sin que ni siquiera supiera qué significaba.

JULIO CORTÁZAR

La verdad es que parecía no significar nada en particular; transcurría, con pausas intrascendentes sin sentido y cortos vuelos terrestres, entre nombres de personas y lugares, nombres que, para nuestro amigo, no tenían gran poder de evocación. Todo era sociable y lento, lo propio y natural de una cálida mañana de domingo.

Dedicó su primera atención a la pregunta, planteada para sí mismo, de si uno de los dos hombres más jóvenes sería Henry St. George. Conocía a muchos de sus distinguidos contemporáneos a través de sus fotos, pero nunca, como solía ocurrir, había visto un retrato del gran novelista descarriado. Era inimaginable de uno de los caballeros: demasiado joven; y el otro apenas parecía lo bastante inteligente, con unos ojos tan mansos y poco discernidores. Si esos ojos fueran los de St. George, el problema que plantearían los elementos inarmónicos de su genio sería aún más difícil de resolver. Además, el comportamiento de su dueño no era, respecto a la dama del vestido rojo, el que pudiera ser natural hacia la esposa de su corazón, incluso para un escritor acusado por varios críticos de sacrificar demasiado a la forma. Por último, Paul Overt tuvo la vaga sensación de que, si el caballero de ojos inexpresivos fuera el dueño del nombre que había hecho que su corazón latiera más de prisa (también tenía unas convencionales y contradictorias patillas; el joven admirador de la celebridad nunca se había forjado la visión mental de la cara *de él* en marco tan vulgar), le habría hecho una señal de reconocimiento o de cordialidad, habría oído hablar un poco de él, sabría algo de *Ginistrella*, se habría percatado de cómo esa nueva obra había llamado la atención de la verdadera crítica. Paul Overt tenía miedo de ser demasiado orgulloso, pero incluso una modestia mórbida podría considerar la autoría de *Ginistrella* como un grado de identidad. Su soldadesco amigo dio las explicaciones neces-

rias: él era «Fancourt», pero también era «el General», y en unos pocos instantes comunicó al nuevo visitante que acababa de regresar después de veinte años de servicio en el extranjero.

—¿Y se queda ahora en Inglaterra? -preguntó el joven.

—Oh, sí; he comprado una pequeña casa en Londres.

—Espero que le guste -dijo Overt mirando a Mrs. St. George.

—Una casita en Manchester Square... el entusiasmo que *est* inspira tiene un límite.

—Me refería a estar en Inglaterra otra vez, a estar de vuelta en Piccadilly.

—A mi hija le gusta Piccadilly, eso es lo principal. Es muy aficionada al arte, la música y la literatura y a todo ese tipo de cosas. Lo echaba de menos en la India y lo encuentra en Londres, o espera encontrarlo. Mr. St. George ha prometido ayudarla, ha sido amabilísimo con ella. Ha ido a la iglesia, también es aficionada a eso, pero todos estarán de vuelta dentro de un cuarto de hora. Debe permitirme que se la presente, se alegrará tanto de conocerlo. Es posible que haya leído cada bendita palabra que ha escrito usted.

—Estaré encantado, no he escrito tantas -suplicó, sintiendo, sin resentimiento, que el General, al menos, era la vaguedad misma a ese respecto. Pero le extrañaba un poco que, expresando esa cordial disposición, no se le ocurriera al sin duda eminente soldado pronunciar la palabra que lo pusiera en relación con Mrs. St. George. Si era cuestión de presentaciones, Miss Fancourt -al parecer aún soltera- se encontraba lejos, mientras que la esposa de su ilustre *confrère* se hallaba casi entre ellos. A Paul Overt esta dama le pareció bella en conjunto, con una sorprendente juventud y una suprema elegancia de aspecto, algo que -difícilmente podría explicar por qué- provocaba desconcierto. Desde

JULIO CORTÁZAR

luego, Saint George tenía todo el derecho a poseer una esposa encantadora, pero él mismo no habría imaginado nunca a la importante mujercita del agresivo vestido parisino como a la compañera de por vida, el *alter ego*, de un hombre de letras. En general, esa compañera, lo sabía, ese segundo yo, distaba mucho de presentarse a sí misma como un tipo sencillo: la observación le había enseñado que no era inveterada ni necesariamente simple. Nunca la había visto dar más la impresión de que su prosperidad tenía cimientos más profundos que una mesa manchada de tinta y cubierta de pruebas de imprenta. Mrs. St. George podría haber sido la mujer de un señor que más que escribir libros los «llevara», que anduviera con grandes negocios en la City y cerrara tratos mejores de los que generalmente cierran con sus agentes los poetas. Con esto, ella daba a entender un éxito más personal, un éxito que de manera peculiar marcaba la era en que la sociedad, el mundo de la conversación, es un gran salón con la City por antesala. Al principio Overt le calculó unos treinta años, y terminó por creer que podría estar acercándose a los cincuenta. Pero en este caso la mujer hacía desaparecer de alguna manera el exceso y la diferencia, que podían vislumbrarse sólo rara vez, tal como el conejo en la manga del mago. Era extraordinariamente blanca, y cada uno de sus rasgos y detalles era bello; los ojos, las orejas, el cabello, la voz, las manos, los pies -a los que su postura informal en la silla de mimbre brindaba lugar destacado- y las numerosas cintas y chucherías de que se hallaba engalanada. Daba la impresión de que se había puesto su mejor vestido para ir a la iglesia y después había decidido que era demasiado bueno para eso y se había quedado en casa. Contó una historia de cierta extensión sobre la ruín manera en que Lady Jane había tratado a la duquesa, y también una anécdota en relación con una compra que había hecho en París, a su

regreso de Cannes; la había hecho para Lady Egbert, quien no llegó a devolver el dinero. Paul Overt sospechó de ella una tendencia a imaginarse gente importante más grande que la vida, hasta que advirtió la manera en que manejaba a Lady Egbert, con una rebeldía tan acentuada que lo tranquilizó. Creía que habría podido comprenderla mejor si hubiera logrado encontrar sus ojos; pero ella apenas llegó a mirarlo.

—Ah, aquí vienen... los buenos! -dijo por fin; y Paul Overt admiró desde su lugar el regreso de los fieles, varias personas, en grupos de dos y tres, que avanzaban entre un fluctuar de luz y sombra, al final de la gran avenida verde que formaban el césped cortado y un túnel de ramas.

—Si con eso quiere dar a entender que *nosotros* somos malos, protesto -dijo uno de los caballeros-, después de haber estado uno haciéndose el simpático toda la mañana!

—Ah, si es que los demás lo han encontrado simpático..! -exclamó alegremente Mrs. St. George-. Pero si nosotros somos buenos, los otros lo son más.

—Entonces deben ser unos ángeles -dijo el General, divertido.

—Su marido fue un ángel, hay que ver cómo se marchó cuando usted se lo ordenó -declaró a Mrs. St. George el caballero que había hablado primero.

—¿Que se lo ordené?

—¿No lo hizo ir a la iglesia?

—En mi vida le he ordenado que haga nada excepto una vez, cuando lo hice quemar un mal libro. Eso es todo! Con su «eso es todo» nuestro joven amigo estalló en una risa incontenible; sólo duró un segundo, pero atrajo los ojos de ella. Él los sostuvo, mas no el tiempo

JULIO CORTÁZAR

suficiente para ayudarlo a entenderla mejor; a no ser que supusiera un paso adelante el comprender al momento que el libro quemado -¿de qué manera aludió a él!- había sido una de las mejores cosas de su marido.

—¿Un mal libro? -repitió su interlocutor.

—No me gustaba. Fue a la iglesia porque iba su hija -dijo al General-. Considero mi deber llamar su atención hacia las extraordinarias atenciones que tiene para con su hija.

—Si a usted no le importa, a mí tampoco -rió el General.

— *Il is'attache à ses pas*. Pero no me extraña, es encantadora.

—¿Espero que ella no lo obligue a quemar ningún libro! -se aventuró a exclamar Paul Overt.

—Sería más oportuno que lo hiciera escribir alguno -dijo Mrs. St. George-. ¿Ha estado tan vago últimamente...! Nuestro joven le clavó la mirada: lo impresionaba la fraseología de la dama. Su «escribir alguno» le pareció casi tan bueno como su «eso es todo». ¿Es que no sabía, como mujer de un artista poco común, lo que costaba producir *una* obra de arte perfecta? En su interior estaba convencido de que, por muy admirablemente que escribiera Henry St. George, durante los últimos diez años, en especial los últimos cinco, había escrito demasiado, y hubo un instante en el que sintió la exigencia interior de hacer esto público. Pero antes de que hablara, el regreso de los que se habían ausentado produjo una desviación. Se acercaron de manera dispersa -eran ocho o diez- y el círculo de debajo de los árboles se reorganizó cuando se instalaron en él. Lo hicieron mucho mayor, y Paul Overt sintió -siempre estaba sintiendo ese tipo de cosas, como se decía a sí mismo- que si ya había resultado interesante observar a los demás, ahora el interés se intensificaría. Estrechó la mano de su anfitriona,

quien le dio la bienvenida sin muchas palabras, al estilo de una mujer capaz de confiar en que él entendería, y consciente de que una ocasión tan agradable habla por sí misma en todos los sentidos. Ella no le ofreció ninguna facilidad especial para que se pusiera a su lado, y cuando todos se hubieron acomodado de nuevo, se encontró aún junto al General Fancourt, y con una dama desconocida al otro lado.

—Esa es mi hija, ésa de enfrente -dijo el General sin pérdida de tiempo. Overt vio a una chica alta, de magnífico pelo rojizo, con un vestido de un bello tono verde grisáceo y una sedosa caída, una prenda que claramente eludía todo efecto moderno. Por tanto, tenía en cierto modo el sello de la última novedad, y nuestro observador no tardó en considerar a la joven como a una persona contemporánea.

—Es muy hermosa, muy hermosa -repitió mientras la estudiaba. Había algo noble en su cabeza, y ofrecía un aspecto fresco y fuerte.

Su buen padre la observó con complacencia, comentando en seguida:

—Da la impresión de estar acalorada... eso es el paseo. Pero pronto se recuperará. Entonces haré que se acerque y hable con usted.

—Sentiría causarle esa molestia. Si usted me llevara *allí*. -murmuró el joven.

—Mi querido señor, ¿supone usted que eso me molestaría? No lo digo por usted, sino por Marian -añadió el General.

— *Yo* me tomaría la molestia por ella al instante -replicó Overt; después de lo cual continuó:- ¿Será tan amable de decirme cuál de esos caballeros es Henry St. George?

—El tipo que está hablando con mi hija. Caramba, está flirteando con ella. Se van a dar otro paseo.

JULIO CORTÁZAR

—Ah, ¿es ése, de verdad? -nuestro amigo sintió cierta sorpresa, pues el personaje que había ante él parecía turbar una visión que había sido vaga sólo por no estar enfrentada con la realidad. En cuanto la realidad se hizo patente, la imagen mental, retirándose con un suspiro, se hizo lo bastante sustancial como para sufrir un leve agravio. Overt, que había pasado una parte considerable de su corta vida en el extranjero, hizo ahora, mas no por vez primera, la reflexión de que, mientras que en esos países casi siempre había reconocido al artista y al hombre de letras por su «tipo» personal, la forma de su cara, el carácter de su cabeza, la expresión de su figura, e incluso los indicios que presentaba su ropa, en Inglaterra esta identificación era lo menos lógica posible gracias a la mayor conformidad, al hábito de hundir la profesión en lugar de anunciarla, a la difusión general del aire del caballero, del caballero que no se declara a favor de un tipo especial de ideas. Más de una vez, al volver a su país, se había dicho con respecto a la gente que había conocido en sociedad: «Se los ve en este y ese lugar, e incluso se habla con ellos; pero para averiguar lo que *hacen* habría que ser detective.» Con respecto a varios individuos por cuyo trabajo sentía lo contrario de una «atracción» -quizá se equivocaba- se encontró añadiendo:

«No me extraña que lo oculten... cuando es tan malo.» Notó que con más frecuencia que en Francia y Alemania su artista parecía un caballero -es decir, un caballero inglés- mientras que, por supuesto con algunas excepciones, su caballero no parecía un artista. St. George no era una de las excepciones; esa circunstancia la percibió con certeza antes de que el gran hombre se diera vuelta para alejarse con Miss Fancourt. Desde luego tenía mejor aspecto por detrás que cualquier hombre de letras extranjero, se mostraba bellamente correcto con su chistera negra y su levita de calidad superior. En cierto modo, no obs-

tante, esas mismas prendas -no le hubieran importado tanto en un día laborable- a Paul Overt le resultaban desconcertantes, y olvidó por el momento que el cabeza de la profesión no estaba vestido ni un poco mejor que él. Había vislumbrado una cara regular, un color fresco, un bigote castaño, y un par de ojos a los que seguramente nunca había visitado el frenesí, y se prometió a sí mismo que estudiaría estas señales en la primera ocasión. La impresión superficial que recibió fue que su propietario podría haber pasado por un caballero que se dirigiera con rumbo este cada mañana desde las salubres afueras, en un elegante *dog-car*. Ello confirmaba la impresión que ya había producido su esposa. La mirada de Paul, tras un momento, volvió a dirigirse a esta dama, y vio que la de ella había seguido a su marido mientras se alejaba con Miss Fancourt. Overt se permitió preguntarse un poco si sentía celos cuando otra mujer se lo llevaba. Entonces vio que Mrs. St. George no estaba observando a la indiferente doncella. Sus ojos descansaban sólo en su marido, y con una serenidad inequívoca. Así quería ella que fuera él, le gustaba su uniforme convencional. Overt deseó saber más cosas del libro que ella le había inducido a destruir.

2

Cuando salían todos de comer, el General Fancourt lo agarró con un «Oiga, ¿quiero que conozca a mi chical!», como si acabara de ocurrírsele la idea y no hubiese hablado antes de eso. Con la otra mano se apoderó paternalmente de la joven.

JULIO CORTÁZAR

—Lo sabes todo de él. Te he visto con sus libros. Ella lo lee todo... ¡todo! -continuó diciendo a Paul. La muchacha le sonrió y después se rió con su padre. El General se alejó y su hija habló:

—¿No es delicioso, papá?

—Lo es, sin duda, Miss Fancourt.

—¡Como si lo leyera a usted, porque lo leo «todo»!

—No lo decía por eso -dijo Paul Overt-. Me gustó desde el momento en que empezó a ser amable conmigo. Luego me prometió este privilegio.

—No lo quiere decir por usted, sino por mí. Si usted se imagina que alguna vez piensa en algo que no sea yo, está en un error. Me presenta a todo el mundo. Me cree insaciable.

—Habla usted exactamente igual que él -rió nuestro joven.

—Ah, pero a veces es porque quiero -y la muchacha se ruborizó-. No lo leo todo, leo muy poco. Pero lo *he leído* a usted.

—¿Le parece que entremos en la galería? -dijo Paul Overt.

Ella lo complacía enormemente, no tanto por su último comentario -aunque por supuesto eso no era demasiado desconcertante-, como porque, sentada frente a él durante el almuerzo, le había ofrecido durante media hora la impresión de su bella cara. Con esto había llegado algo más, una sensación de generosidad, de un entusiasmo que, al contrario que muchos entusiasmos, no era todo ademán. Eso, para él, no se vio arruinado al comprobar que la comida la había puesto de nuevo en familiar contacto con Henry St. George. Sentado al lado de ella, el hombre célebre se encontraba también frente a nuestro joven, quien había podido advertir que multiplicaba las atenciones poco antes

señaladas por su esposa al General. Paul Overt también había llegado a la conclusión de que la dama no estaba desconcertada en lo más mínimo por estos fervorosos excesos y de que daba muestras de poseer un espíritu despejado. Tenía a Lord Masham a un lado y al otro al experto Mr. Mulliner, director de un nuevo y enérgico periódico vespertino de clase alta, que se esperaba que cubriese la necesidad, sentida en los círculos cada vez más conscientes, de que el conservadurismo debía hacerse divertido, y no convencidos cuando los de otro color político aseguraban que ya lo era bastante. Al cabo de una hora transcurrida en su compañía, Paul Overt la consideró aún más hermosa que en la primera irradiación, y si sus profanas alusiones al trabajo de su marido no hubieran seguido resonando en sus oídos, ella le habría gustado... siempre y cuando eso pudiera suceder con una mujer con quien no había hablado todavía y con quien probablemente no hablaría nunca, si de ella dependiera. Las mujeres lindas constituían una clara necesidad para este genio y por el momento era Miss Fancourt quien la cubría. Si Overt se había prometido un examen más detallado, la ocasión era ahora óptima, y produjo consecuencias que el joven consideró importantes. Vio más cosas en la cara de St. George, que le gustaron más por no haber revelado la historia completa en los tres primeros minutos. Esa historia iba manifestándose a medida que uno leía, en cortas entregas -el que las analogías de uno fueran en cierto modo profesionales era excusable- el texto era de un estilo considerablemente enrevesado, con un lenguaje difícil de interpretar sobre la marcha. Había en él matices de significado y una vaga perspectiva histórica, que retrocedía cuando uno avanzaba. Paul Overt había prestado atención a dos hechos en particular. El primero de ellos era que le gustaba mucho más la máscara mesurada en inescrutable reposo que en agitación so-

cial; su sonrisa casi convulsiva era lo que más le desagradaba (todo lo que podía desagradarle era cualquier impresión derivada de esa fuente), mientras que la cara tranquila tenía un encanto que aumentaba a medida que la quietud volvía a aposentarse. El cambio a la expresión de alegría, observó, provocaba en gran medida la íntima protesta de una persona que se encuentra en la penumbra cuando traen una lámpara demasiado pronto. Su segunda reflexión fue que, aunque en general sentía aversión hacia el uso flagrante de artes zalameras por parte de un hombre de edad al «cortejar» a una linda chica, en este caso no le resultaba demasiado doloroso: lo cual parecía demostrar o bien que St. George tenía mano o el aspecto de ser más joven de lo que era, o bien que en cierto modo la actitud de Miss Fancourt lo enmendaba todo.

Overt entró con ella en la galería y la recorrieron hasta el final, mirando los cuadros, las vitrinas, el panorama encantador que armonizaba con la perspectiva de una tarde de verano, asemejándose a ella por su larga claridad, con grandes divanes y sillas antiguas, que representaban horas de descanso. Un lugar así tenía, por añadidura, el mérito de ofrecer a los que en él entraban mucho de que hablar. Miss Fancourt se sentó con su nuevo conocido en un sofá floreado, cuyos almohadones, muy numerosos, eran antiguos cubos apretados de distintos tamaños, y dijo al poco tiempo:

—Me alegro mucho de tener la ocasión de darle las gracias.

—¿De darme las gracias? -tuvo que preguntar.

—Su libro me gustó mucho. Lo considero espléndido.

Estaba allí, sentada, sonriéndole, y él no llegó a preguntarle a qué libro se refería; porque después de todo había escrito tres o cuatro. Eso parecía un detalle vulgar, y ni siquiera se sintió gratificado con la

idea del placer que ella le dijo -su cara bella y luminosa se lo dijo- que le había proporcionado. El sentimiento que ella inspiraba, o en cualquier caso el que provocaba, era algo mayor, algo que poco tenía que ver con cualquier latido acelerado de la propia vanidad de él. Era una sensible admiración por la vida que ella encarnaba, cuya pureza juvenil y opulencia parecían querer decir que el éxito verdadero había de parecerse a eso, vivir, florecer, presentar la perfección de un tipo exquisito, no haber creado a martillazos fantasías punzantes, con la espalda encorvada sobre una mesa sucia de tinta. Mientras descansaban en él sus ojos verdes -estaban bien separados y el arreglo de sus cabellos de tan hermoso color, tan espesos que se aventuraban a ser suaves, describía sobre ellos un arco grácil-, casi se sintió avergonzado de ese ejercicio de la pluma que ella se inclinaba a elogiar en ese momento. Era consciente de que le hubiera gustado más complacerla de alguna otra manera. Las arrugas de su cara eran las de una mujer adulta, pero la niña permanecía en el cutis y en la dulzura de la boca. Por encima de todo era natural, eso ahora resultaba indudable; más natural de lo que al principio había supuesto, quizás debido a su ropa bonita, que era convencionalmente poco convencional y sugería lo que él podría haber llamado una espontaneidad tortuosa. Había temido ese tipo de cosas en otras ocasiones, y sus temores habían sido justificados; ya que, aun siendo en esencia un artista, la moderna ninfa reaccionaria, con las zarzas del bosque prendidas de sus pliegues y el aspecto de que los sátiros habían estado jugando con su pelo, lo hacía encogerse, no como un hombre de almidón y charol, sino como un hombre que en potencia fuera un poeta, o incluso un fauno. La muchacha era realmente más franca que su vestido, y la mejor prueba de ello era que supusiese que a su carácter liberal le sentaba bien cualquier uniforme. Eso era una

falacia, puesto que estaba seguro de que aunque estuviera vestida de pesimista le gustaba el sabor de la vida. Overt le agradeció su apreciación, consciente al mismo tiempo de que no parecía agradecerse lo suficiente y de que ella podría considerarlo ingrato. Tenía miedo de que le pidiera que le explicara algo de lo que había escrito, y siempre se estremecía ante eso -quizás con demasiada timidez-, porque en sus oídos la explicación de una obra de arte sonaba fatua. Pero ella le gustaba tanto que estaba seguro de que al final sería capaz de demostrarle que no era groseramente evasivo. Además, seguro que no se ofendía fácilmente, no era irritable; se podía confiar en que esperaría. De modo que cuando él le dijo, «Ah, no hable de lo que he hecho, no hable de eso *aquí*, ¡hay otro hombre en la casa que es la actualidad...!», cuando formuló esta corta y sincera protesta, lo hizo con la intención de que ella no viera en esas palabras ni humildad fingida ni la impaciencia de un hombre de éxito que se aburre con la lisonja.

—Usted se refiere a Mr. St. George... ¿no es encantador?

Paul Overt encontró sus ojos, los cuales tenían una luz de mañana fresca, que le habrían medio roto el corazón si no hubiera sido tan joven.

—Me temo que no lo conozco. Sólo lo admiro a distancia.

— *Tiene* que conocerlo, desea tanto hablar con usted -respondió Miss Fancourt, quien evidentemente tenía la costumbre de decir las cosas que, según sus rápidos cálculos, complacerían a la gente. Paul se dio cuenta de que sus cálculos siempre se basarían en el supuesto de que todo era sencillo entre los demás.

—No me habría imaginado que supiera nada de mí -declaró.

—Pues lo sabe... todo. Y si no lo supiera podría decírselo yo.

—¿Decirle todo? -sonrió nuestro amigo.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—¡Habla usted como la gente de sus libros! -respondió ella.

—Entonces deben hablar todos igual.

Se quedó pensando un momento, ni una pizca desconcertada.

—Debe ser tan difícil. Mr. St. George me dice que lo *es...* terrible.

Yo también lo intenté... y lo encuentro así. Intenté escribir una novela.

—Mr. St. George no debiera desanimarla -llegó a decir Paul.

—Usted hace mucho más... adoptando esa expresión.

-Pero, después de todo, ¿por qué intentar ser artista? -prosiguió el joven-. Es tan pobre... ¡tan pobre!

—No sé qué quiere decir -dijo Miss Fancourt, que tenía aspecto grave.

—En comparación con ser una persona de acción, con vivir las propias obras.

—Pero, ¿qué es el arte sino una vida intensa..., si fuera real? -preguntó ella-. Creo que es la única, ¡todo lo demás es tan tosco! -su compañero se rió y ella expresó con su encantadora serenidad lo que se le ocurrió a continuación-. Es muy interesante conocer a tanta gente célebre.

—Eso creería... pero seguro que eso no es nuevo para usted.

—Pero si nunca he visto a nadie, a nadie: viviendo siempre en Asia. La manera en que hablaba de Asia de algún modo lo hechizaba.

—Pero, ¿no está ese continente plagado de grandes figuras? ¿No ha administrado usted provincias en la India y ha encadenado a su coche a rajás cautivos y a príncipes tributarios?

Era como si ni siquiera le importase a ella que él *quisiera* divertirse a su costa.

JULIO CORTÁZAR

—Fui allá con mi padre, al salir del colegio. Fue delicioso estar con él; él y yo estamos solos en el mundo..., pero no existía la sociedad que a mí más me gusta. Nunca se oía hablar de un cuadro, nunca de un libro, excepto de los malos.

—[Nunca de un cuadro! Pero, ¿no era toda la vida un cuadro? Abarcó con la mirada el delicioso lugar donde estaban sentados.

—Nada que pueda compararse con esto. [Adoro Inglaterra! Ello hizo que vibrara en él la cuerda sagrada.

—No niego, por supuesto, que tengamos que hacer algo con ella, la pobre, ya.

—La verdad es que todavía no ha sido tocada -dijo la muchacha.

—¿Dijo eso Mr. St. George?

Había en su pregunta, como él sintió, una pequeña e inocente chispa de ironía; a la que, no obstante, contestó ella de manera muy sencilla, sin advertir la insinuación.

—Sí, dice que Inglaterra no ha sido tocada... considerando todo lo que hay -continuó con vehemencia-. Está tan interesado en nuestro país. El escucharlo hace que uno quiera hacer algo.

—Haría que *yo* lo quisiera -dijo Paul Overt, sintiendo con fuerza, en ese instante, la sugestión de lo que ella había dicho y la emotividad con que lo había dicho, y bien consciente del incentivo que, en labios de St. George, podrían ser tales palabras.

—Usted... [como si no lo hubiese deseado! Me gustaría tanto oírlos hablar -añadió ardientemente.

—Eso es muy cordial de su parte; pero todo sería a su manera. Estoy postrado ante él. Ella tenía un aire serio.

—¿Cree entonces que es tan perfecto?

—Nada más lejos de eso. Algunos de sus libros me parecen de una excentricidad...

—Sí sí... él lo sabe.

Paul Overt la miró fijamente.

—¿Que me parecen excéntricos...?

—Pues sí, o en cualquier caso que no son lo que debieran ser. Me dijo que no los estimaba. Me ha dicho unas cosas maravillosas... es tan interesante.

Para Paul Overt supuso cierta conmoción enterarse de que el genio exquisito del que estaban hablando había sido reducido a una confesión tan explícita y que la había hecho, en su miseria, al primero en llegar; porque aunque Miss Fancourt era encantadora, ¿qué era, después de todo, sino una muchacha inmadura encontrada en una casa de campo? Sin embargo, éste era precisamente parte del sentimiento que él mismo acababa de expresar; disculparía al pobre gran hombre pecable no porque no comprendiera sus escritos, sino, en suma, porque lo hacía. Su consideración se componía a medias de ternura por superficialidades a las que estaba seguro que juzgaba en privado quien las perpetraba, las juzgaba más ferozmente que nadie, y que representaban algún trágico secreto intelectual. Tendría sus razones para su psicología *à fleur de peau*, y estas razones sólo podían ser crueles, del tipo que lo harían más querido de los que ya le tenían afecto.

—Usted provoca mi envidia. Tengo mis reservas, discrimino... pero lo quiero -dijo Paul en un momento-. Y verlo por primera vez de esta manera es para mí un gran acontecimiento.

—[Qué trascendental... qué magnífico! -exclamó la muchacha-. [Qué delicioso reunirlos!

JULIO CORTÁZAR

—Que sea obra de *usted...* lo hace perfecto -respondió nuestro amigo.

—Él está tan impaciente como usted -prosiguió ella-. Pero es tan extraño que no se hayan conocido...

—En realidad no es tan extraño como le parece. He salido mucho de Inglaterra, he estado ausente repetidas veces estos últimos años. Ella acogió esto con interés.

—Y, sin embargo, escribe usted de ella como si estuviera siempre aquí.

—Quizás sea precisamente por estar fuera. En cualquier caso, sospecho que los mejores pasajes son los que fueron escritos en lugares horribles del extranjero.

—¿Y por qué eran horribles?

—Porque eran lugares de reposo... donde mi pobre madre moría.

—¿Su pobre madre? -era toda un dulce interrogante.

—Ibamos de sitio en sitio para que ella se mejorara. Pero no mejoró. A la espantosa Riviera (¡la odio!), a los altos Alpes, a Argel, y muy lejos -un viaje horrible-, a Colorado.

—¿Y no está mejor? -continuó Miss Fancourt.

—Murió hace un año.

—¿De verdad? [Como la mía! Sólo que de eso hace años. Algún día debe hablarme de su madre -añadió. Ante esas palabras, en un primer momento, sólo pudo mirarla.

—[Qué cosas tan bien dichas! Si dice cosas así a St. George no me extraña que sea su esclavo. Esto la detuvo un momento.

—No sé a qué se refiere. Él no hace ni discursos ni declaraciones, no es ridículo.

—Entonces me temo que usted considera que yo lo soy.

—No; no es así -lo dijo bastante secamente. Y a continuación añadió:- Él comprende... lo comprende todo.

El joven estaba a punto de decir jocosamente: «Y yo no, ¿no es eso?», pero estas palabras fueron cambiadas, a tiempo, por otras ligeramente menos triviales.

—¿Supone usted que comprende a su esposa?

Miss Fancourt no dio una respuesta directa, sino que tras un momento de duda, dijo:

—¿No es encantadora?

—¿Qué va!

—Aquí viene. Ahora tiene que conocerlo -continuó-. Un pequeño grupo de huéspedes se había reunido en el otro extremo de la galería y habían sido allí sobrepasados por Henry St. George, quien entró desde una habitación contigua. Durante un momento se quedó cerca de ellos sin entrar en la conversación, y de una mesa tomó una antigua miniatura y la observó vagamente. Al cabo de un minuto advirtió la presencia de Miss Fancourt y su acompañante a cierta distancia, ante lo cual, depositando la miniatura, se aproximó a ellos con la misma actitud indecisa, las manos en los bolsillos y volviendo los ojos, de izquierda a derecha, hacia los cuadros. La galería era tan larga que ese recorrido llevó algún tiempo, especialmente porque hubo un momento en que se detuvo a admirar el excelente Gainsborough.

—Dice que su éxito ha sido obra de Mrs. St. George -continuó la muchacha en voz ligeramente más baja.

JULIO CORTÁZAR

—Ah, qué oscuro suele ser! -rió Paul.

—¿Oscuro? -repitió ella como si lo oyera por vez primera. Sus ojos se posaron en su otro amigo, y a Paul no le pasó desapercibida la impresión que daban de enviar grandes haces de ternura. —Va a hablar con nosotros!

—musitó emocionada. Había cierto embeleso en su voz y nuestro amigo se sobrecogió. «Cielo santo, ¿le importa él de *tal* modo?... ¿está enamorada de él? se preguntó mentalmente.

—¿No le dije que estaba impaciente? -le había preguntado ella mientras tanto.

—Es una impaciencia disimulada -respondió el joven mientras el objeto de su observación permanecía ante el Gainsborough-. Se dirige hacia nosotros tímidamente. ¿Quiere él decir que su mujer lo salvó quemando ese libro?

—¿Ese libro? ¿qué libro quemó? -la muchacha volvió rápidamente la cara hacia él.

—¿Es que no se lo ha dicho?

—Ni una palabra.

—Entonces no se lo dice todo! -Paul había adivinado que ella suponía en gran medida que lo hacía. El gran hombre había reanudado su curso y se aproximaba; a pesar de lo cual su más capacitado admirador arriesgó una observación profana.

—San Jorge y el Dragón es lo que sugiere la anécdota!

Sin embargo, su compañera no lo oyó: sonrió al adversario del dragón.

—Está impaciente... ¡lo está! -insistió.

—Impaciente por usted... sí.

Pero mientras tanto ella había dicho en voz alta:

-Estoy segura de que quiere conocer a Mr. Overt. Serán grandes amigos y para mí será siempre delicioso recordar que yo estaba aquí cuando ustedes se conocieron, y que tuve algo que ver con ello.

Había una frescura de intención en las palabras que las hacía surgir; sin embargo, nuestro joven sintió pena por Henry St. George, tal como sentía pena en cualquier momento por cualquier persona que fuera invitada públicamente a mostrarse interesada y encantadora. Lo habría conmovido tanto creer que un hombre a quien admiraba profundamente se preocupaba una pizca por él, que no hubiera jugado con tal presunción, de haber sido vana. En una sola mirada de los ojos del Maestro digno de perdón leyó -con el tipo de perspicacia propia de su talento- que este personaje tenía siempre una reserva de paciencia amistosa, que era parte de su rico bagaje, pero que no estaba versado en página impresa alguna de un escritorzuelo prometedor. Hubo incluso alivio, simplificación de eso: si le gustaba ya tanto por lo que había hecho, ¿cómo podría haberle gustado más por una percepción que, como mucho, tenía que haber sido vaga? Paul Overt se levantó, intentando demostrar su compasión, pero en el mismo instante se encontró envuelto en el arte personal afortunado de St. George, un comportamiento cuya esencia consistía en conjurar situaciones falsas. Todo tuvo lugar en un momento. Paul era consciente de que ahora lo conocía, consciente de su apretón de manos y de la cualidad misma de su mano; de su cara, vista más de cerca y por tanto mejor vista, de una confianza general confraternizadora y en particular de la circunstancia de que él no le disgustaba a St. George (al menos todavía) por haber sido impuesto por una muchacha llena de encanto, pero demasiado arrolladora, lo suficientemente atractiva sin tales pretendientes.

JULIO CORTÁZAR

En cualquier caso no se reflejó irritación alguna en la voz con la que interrogó a Miss Fancourt sobre cierto plan de dar un paseo, un paseo de todo el grupo por el parque. En seguida había dicho algo a Paul de una conversación -«Tenemos que mantener una conversación tremenda; hay tantas cosas, ¿verdad?»- pero nuestro amigo vio que en este caso la idea no tendría un efecto inmediato. De todos modos estaba contentísimo, incluso después de que quedara decidido lo del paseo; los tres pasaron poco después a la otra parte de la galería, donde se comentó el plan con varios miembros del grupo; incluso cuando, después de que todos se hubieran marchado, se encontró en compañía de Mrs. St. George durante media hora. Su marido se había adelantado con Miss Fancourt y la pareja se hallaba ya bien apartada de la vista. Era el más bello de los recorridos para una tarde de verano: un circuito cubierto de hierba, de una extensión inmensa, que orillaba el parque. El parque se hallaba completamente circuido por su viejo muro rojo, veteado, pero perfecto, el cual quedaba a la izquierda de los paseantes y constituía en sí mismo un objeto de interés. Mrs. St. George mencionó el sorprendente número de acres así abarcados, junto con otros numerosos datos que se relacionaban con la propiedad y la familia, y las otras propiedades de la familia: no sabía cómo instarlo lo suficiente para que viera sus otras casas. Repasó los nombres de éstas y citó los cambios que habían experimentado con la facilidad que da la práctica, haciendo que pareciera una lista casi interminable. Había recibido a Paul Overt muy amablemente cuando él se acercó para hablarle de su alegría por haber sido presentado a su marido, y le pareció una mujercita tan despierta y complaciente que se sintió bastante avergonzado del *mot* que sobre ella había tenido con Miss Fancourt; aunque pensó que otras cien personas, en otras tantas ocasiones, se-

guramente hubieran dicho lo mismo. Se llevó con Mrs. St. George, en suma, mejor de lo que esperaba; pero esto no impidió que ella advirtiera de repente que estaba mareada de cansancio y que debía llevarla de vuelta a la casa por el camino más corto. Confesó que tenía menos fuerza que un gatito y que era una pobre ruina; cualidad que Overt no había discernido en ella al estar demasiado absorto preguntándose en qué sentido podía considerarse a su marido obra suya. Había captado un destello de respuesta cuando ella anunció que debía dejarlo, aunque esta percepción era desde luego provisional. Precisamente cuando estaba poniéndose a su disposición para el regreso, la situación sufrió un cambio; Lord Masham había aparecido de pronto, de regreso junto a ellos, les había dado alcance tras surgir de entre los arbustos -Overt no habría podido decir cómo apareció- y Mrs. St. George había dicho en tono de protesta que quería que se la dejara en paz y no interrumpir la reunión. Un momento después se alejaba con Lord Masham. Nuestro amigo retrocedió y se unió a Lady Watermouth, a quien comunicó que Mrs. St. George se había visto obligada a renunciar al intento de ir más lejos.

—No debería haber salido, para empezar -comentó su señoría de bastante mal humor.

—¿Tan enferma está?

—Mucho -y su anfitriona añadió aún con mayor austeridad:- □La verdad es que no debería venir! -se preguntó qué quería dar a entender con eso, y al poco tiempo dedujo que no era una reflexión sobre la conducta de la dama o sobre su naturaleza moral: sólo indicaba que sus fuerzas no estaban de acuerdo con sus aspiraciones.

El salón de fumadores de Summersoft estaba a escala del resto del lugar; alto, claro, confortable y decorado con unas tallas y molduras de tal refinamiento, que más parecía un cenador para que las señoras se sentaran a trabajar con sus lanas desvaídas, que un parlamento de señores fumando fuertes puros. Los caballeros se reunieron ahí en número considerable el domingo por la noche, congregándose principalmente en un extremo, delante de una de las bellas y frescas chimeneas de mármol blanco, cuyo friso se hallaba adornado con un pequeño y exquisito «tema» italiano. Había otra en la pared de enfrente y, gracias a la suavidad de la noche de verano, ninguna de las dos estaba encendida; pero el núcleo de aglutinamiento lo proporcionaba una mesa en el rincón de la chimenea, cubierta de botellas, frascos y vasos. Paul Overt era un fumador infiel; fumaba cigarrillos por razones que nada tenían que ver con el tabaco. Esto era precisamente lo que sucedía en la ocasión de la que hablo; su motivo era la ilusión de una pequeña charla directa con Henry St. George. La «tremenda» comunión sobre la que el gran hombre le había hecho concebir esperanzas unas horas antes aún no había tenido lugar, y esto lo entristecía en forma considerable, puesto que al día siguiente el grupo tomaría direcciones distintas inmediatamente después del desayuno. Había sufrido la decepción, sin embargo, de descubrir que al parecer el autor de *Shadowmere* no estaba dispuesto a prolongar su vigilia. No se hallaba entre los caballeros reunidos cuando entró Paul, ni era ninguno de los que aparecieron, con vistosos atuendos, durante los diez minutos siguientes. El joven esperó un poco preguntándose si habría ido só-

lo a ponerse algo extraordinario; esto explicaría su retraso y al mismo tiempo contribuiría en mayor medida a la impresión que Overt tenía de su tendencia a cumplir con lo superficial y preestablecido. Pero no llegaba, debía de haber estado poniéndose algo más extraordinario de lo que era probable. Nuestro héroe se rindió, sintiéndose un poco lastimado, un poco herido, por la pérdida de veinte codiciadas palabras. No estaba enfadado, pero exhalaba el humo en suspiros, con la sensación de haberse visto quizá privado de algo poco común. Empezó a moverse lentamente por la habitación con su pesar, mirando los antiguos grabados de las paredes. Estando en tal actitud sintió al poco una mano en el hombro y una voz amistosa en el oído.

—Ah, muy bien. Esperaba poder encontrarlo. He bajado a propósito -St. George no se había cambiado de ropa y ofrecía una cara magnífica, la más solemne, a la que nuestro joven respondió todo halagado. Explicó que era sólo por el Maestro -la idea de una pequeña charla- por lo que se había quedado, y que, al no encontrarlo, había estado a punto de irse a la cama.

—Pues verá, yo no fumo, mi esposa no me deja -dijo St. George buscando un sitio para sentarse-. Me hace muy bien, muy bien. Vayamos a ese sofá.

—¿Quiere decir que fumar le hace bien?

—No, no, que no me deje. Es una gran cosa tener un mujer que esté tan segura de toda aquello de lo que uno puede prescindir. Uno podría no descubrirlo nunca. No me permite que toque un cigarrillo -tomaron posesión de un sofá que se hallaba a cierta distancia del grupo de fumadores y St. George prosiguió:- ¿Tiene usted?

—¿Un cigarrillo?

—No, por Dios, esposa.

JULIO CORTÁZAR

—No; y sin embargo renunciaría a mi cigarrillo por una.

—Renunciaría a mucho más que eso -respondió St. George-. Pero obtendría mucho a cambio. Hay bastante que decir en favor de las esposas -añadió doblando los brazos y cruzando las extendidas piernas. Rechazó el tabaco por completo y esperó sin ofrecer fuego. Su acompañante dejó de fumar, impresionado por su cortesía; y después de todo se hallaban fuera del alcance del humo, su sofá estaba en una esquina apartada. Habría sido una equivocación, continuó St. George, una gran equivocación el haberse separado sin una pequeña conversación.

—Porque lo sé todo de usted -dijo-. Sé que es usted muy notable. Ha escrito un libro muy distinguido.

—¿Y cómo lo sabe? -preguntó Paul.

—Pero querido amigo, está en el aire, está en los periódicos, está en todas partes -St. George hablaba con la familiaridad perentoria de un colega, con un tono que a su vecino le pareció el susurro mismo de los lauros-. Usted está en boca de todos los hombres y, lo que es mejor, de todas las mujeres. He estado leyendo su libro en estos días.

—¿En estos días? Esta tarde no lo había leído usted -dijo Overt.

—¿Cómo lo sabe?

—Creo que tendría que saber cómo lo sé -rió el joven.

—Supongo que se lo habrá dicho Miss Fancourt.

—La verdad es que no..., más bien me indujo a creer que lo había leído.

—Sí, eso sí es lo que ella haría. ¿No cree que despiden un fulgor rosado sobre la vida? Pero usted no le creyó, ¿no es eso? -preguntó St. George.

-No; no cuando usted se nos acercó allí.

—¿Fingí? ¿Fingí mal? -pero sin esperar la respuesta, St. George continuó-. Siempre debiera creer a una muchacha como ésa... siempre, siempre. A algunas mujeres se las debe tomar con concesiones y reservas; pero a *ella* hay que tomarla tal y como es.

—Me gusta mucho -dijo Paul Overt.

Su tono tenía algo que excitó en su compañero la sensación momentánea de lo absurdo; quizás fuese el aire de deliberación que flotaba en este juicio. St. George estalló en carcajadas para responder.

—Eso es lo mejor que puede hacer con ella. ¶Es una joven poco común! No obstante, a decir verdad, confieso que esta tarde no lo había leído.

—¿Ve usted cuánta razón tenía en ese caso particular para no creer a Miss Fancourt?

—¶Razón! ¿Cómo puedo estar de acuerdo cuando por eso perdí crédito?

—¿Desea pasar exactamente por ser tal como ella lo representa? Entonces no tiene nada que temer -dijo Paul.

—Ah, mi querido joven, no hable de pasar... ¶cuando se trata de alguien como yo! Yo me estoy pasando, ni más ni menos. ¶Ella puede emplear su joven imaginación (¿no cree que es magnífica?) para algo mejor que para «representar» de la manera que sea a un animal tan cansado y agotado! -el Maestro habló con una repentina tristeza que produjo una protesta por parte de Paul; pero antes de que la protesta pudiera ser formulada prosiguió, volviendo a la apreciable novela de este último:- No tenía ni idea de que fuera tan bueno... se oyen tantas cosas. Pero usted es sorprendentemente bueno.

JULIO CORTÁZAR

—Voy a ser sorprendentemente mejor -se atrevió a responder Overt.

—Ya lo veo, y eso es lo que me atrae. No veo tantas otras cosas -cuando se mira en derredor- que vayan a ser sorprendentemente mejores. Van a ser constantemente peores... la mayoría. Resulta tanto más fácil ser peor... el cielo sabe que yo me encontré con eso. No me produce gran satisfacción lo que se comenta por todas partes, ¿sabe? Pero usted *tiene* que ser mejor... tiene que continuar de verdad. Yo no lo hice, desde luego. Es muy difícil, es lo maldito de todo este asunto, continuar. Pero veo que usted será capaz de hacerlo. Será una gran desgracia si no es así.

—Es muy interesante oírlo hablar de sí mismo, pero no sé qué quiere decir con sus alusiones de haber empeorado -observó Paul Overt con una hipocresía perdonable. Su compañero le gustaba tanto que el hecho de cierta declinación de su talento o de su cuidado dejó de ser algo vívido para él, en ese momento.

—No diga eso, no diga eso -respondió St. George con gravedad apoyando la cabeza en el respaldo del sofá y posando los ojos en el techo-. Sabe perfectamente a lo que me refiero. No he leído ni veinte páginas de su libro sin ver que no puede evitarlo.

—Me hace muy desgraciado -suspiró Paul con éxtasis.

—Me alegro por eso, porque puede servirle de una especie de aviso. Bastante ofensivo debe ser, especialmente para una mente joven y fresca, llena de fe, el espectáculo de un hombre destinado a mejores cosas, hundido en semejante deshonra a mi edad. -St. George, en la misma actitud contemplativa, hablaba suave, pero deliberadamente, y sin emoción perceptible. En verdad su tono sugería una lucidez impersonal casi cruel, cruel consigo mismo, e indujo a su joven amigo a que

posara una mano argumentadora en su brazo. Pero prosiguió mientras sus ojos parecían seguir las gracias del techo del siglo XVIII-: Míreme bien, tómese a pecho mi lección... porque *es* una lección. Que le reporte algo bueno, estremézcase al menos con la lamentable impresión que ha recibido, y que esto lo ayude a mantenerse derecho en el futuro. No se convierta en la vejez en lo que yo me he convertido en la mía, □la ilustración deplorable y deprimente de la adoración de dioses falsos!

—¿A qué se refiere cuando habla de su vejez? -preguntó el joven.

—Esto me ha hecho viejo. Pero me gusta su juventud.

Paul no respondió nada. Permanecieron en silencio un minuto. Los otros seguían hablando de la mayoría gubernamental. Y a continuación:

—¿A qué se refiere cuando habla de dioses falsos? -preguntó. Su compañero no encontró dificultad alguna en decir:

—Los ídolos del mercado; el dinero y el lujo y «el mundo»; colocar a los hijos y vestir a la mujer; todo lo que lo lleva a uno por el camino corto y fácil. □Ah, las vilezas que le hacen cometer a uno!

—Pero cualquiera tiene el derecho de querer colocar a los hijos.

—A uno no le incumbe tener hijos -declaró St. George plácidamente-. Quiero decir, desde luego, si se quiere hacer algo bueno.

—Pero ¿no sirven de inspiración, de incentivo?

—De incentivo para la perdición, artísticamente hablando.

-Toca temas muy profundos, temas que me gustaría discutir con usted -dijo Paul-. Me gustaría que me hablara interminablemente de sí mismo. □Esto es un festín para mí!

JULIO CORTÁZAR

—Naturalmente que lo es, joven cruel. Pero para demostrarle que aún no soy incapaz, degradado como estoy, de profesar un acto de fe, ataré mi vanidad a la estaca y la quemaré hasta convertirla en cenizas. Tiene que venir a verme, tiene que venir a vernos -sustituyó rápidamente el Maestro-. Mrs. St. George es encantadora; no sé si ha tenido la oportunidad de hablar con ella. Estará contenta de verlo; le gustan las grandes celebridades, ya sean incipientes o consagradas. Tiene que venir a cenar; mi esposa le escribirá. ¿Dónde se lo puede localizar?

—Esta es mi modesta dirección -y Overt sacó una agenda y extrajo una tarjeta de visita. Pensándolo mejor, sin embargo, la retuvo, comentando que no daría a su amigo la molestia de ocuparse de eso, sino que iría a verlo en seguida en Londres, y la dejaría a la puerta si no lograba obtener acceso.

—Probablemente no lo logrará; mi mujer siempre está fuera, y cuando no está fuera está agotada por haber salido. Tiene que venir a cenar, aunque eso tampoco le hará mucho bien, pues mi mujer se empeña en preparar grandes comidas -St. George siguió considerándolo, pero a continuación dijo-: Tiene que venir a vernos al campo, eso es lo mejor; tenemos mucho sitio, y no está mal.

—¿Tiene usted una casa en el campo? -preguntó Paul con envidia.

—¡No como ésta! Pero tenemos una especie de lugar al que vamos, a una hora de Euston. Ésa es una de las razones.

—¿Una de las razones?

—Por las que mis libros son tan malos.

—¡Dígame todas las demás! -rió Paul anhelante.

Su amigo no respondió directamente a esto, sino que dijo con brusquedad:

—¿Por qué antes no lo había visto nunca a usted?

El tono de la pregunta fue particularmente halagador para nuestro héroe, a quien le pareció que implicaba que el gran hombre percibía ahora que, durante años, se había perdido algo.

—En parte, supongo, porque no ha habido ninguna razón especial para que me viera. No he vivido en el mundo, en su mundo. He pasado muchos años fuera de Inglaterra, en diferentes lugares del extranjero.

—Pues no lo vuelva a hacer, por favor. Debe hacer Inglaterra, tiene tanto...

—¿Quiere decir que he de escribir sobre ella? -y Paul hizo sonar la nota del candor interesado de un niño.

—Claro que sí. Y estupendamente bien, si no le parece mal. Eso disminuye un poco mi estima por lo suyo... que sucede en el extranjero. □Al diablo con «el extranjero»! Quédese aquí y haga cosas aquí... haga temas que puedan medirse.

—Haré lo que usted me diga -replicó Overt, profundamente cortés-. Pero perdóneme si digo que no entiendo cómo ha estado leyendo el libro -añadió-. Lo he tenido ante mí toda la tarde primero en ese largo paseo, luego con el té en el césped, hasta que fuimos a vestirninos para la cena, y toda la noche en la cena y en este lugar.

St. George volvió la cara con una sonrisa.

—Le dediqué tan sólo un cuarto de hora.

JULIO CORTÁZAR

—Un cuarto de hora es inmenso, pero no comprendo dónde lo metió. En el salón, después de cenar, no estaba leyendo, estaba hablando con Miss Fancourt.

—Es lo mismo, porque hablábamos de *Ginistrella*. Me la describió, me prestó su ejemplar.

—¿Se lo prestó?

—Viaja con él.

—Es increíble -Paul se ruborizó.

—Para usted es glorioso, pero a mí también me vino muy bien. Cuando las señoras fueron a acostarse, tuvo la amabilidad de ofrecerse a hacerme llegar el libro. Su doncella me lo trajo al vestíbulo y me fui con él a mi habitación. No tenía intención de venir aquí, lo hago muy rara vez. Pero no me duermo temprano, siempre tengo que leer una o dos horas. Me senté con su novela ahí mismo, sin cambiarme, sin quitarme nada más que la chaqueta. Creo que eso es señal de que mi curiosidad había sido poderosamente despertada. Leí durante un cuarto de hora, como le digo, e incluso en un cuarto de hora quedé enormemente impresionado.

—El principio no es muy bueno, ¿es el conjunto! -dijo Overt que había escuchado esta exposición con interés extremo-. ¿Y dejó el libro y vino a verme? -preguntó.

—Así es como me ha impresionado. Me dije, «veo que es sólo obra suya, y él está aquí, por cierto, y el día ha llegado a su fin y no he cruzado veinte palabras con él». Se me ocurrió que quizá estuviera en el salón de fumadores y que no sería demasiado tarde para reparar mi omisión. Quería ser atento con usted, así que me puse la chaqueta y bajé. Volveré a leer su libro cuando suba.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Nuestro amigo echó una mirada a su alrededor desde su sitio; estaba conmovido como nunca lo había estado por semejante manifestación a su favor.

—Realmente es usted el más amable de los hombres. *Cela s'est passé comme ça?* ¿Y yo he estado aquí con usted todo este tiempo y no lo he sospechado ni se lo he agradecido!

—Agradézcaselo a Miss Fancourt, fue ella quien hizo que me emocionara. Me ha hecho sentir que había leído su novela.

—Es un ángel del cielo! -declaró Paul.

—Realmente lo es. Nunca he visto a nadie como ella. Su interés por la literatura es conmovedor, algo bastante propio de ella; todo se lo toma muy seriamente. Siente las artes y quiere sentir las más. Para los que las practican es casi humillante su curiosidad, su comprensión, su buena fe. ¿Cómo puede ser cualquier cosa tan hermosa como ella la supone?

—Es un organismo poco común -suspiró el joven.

—El más rico que he visto, una inteligencia artística realmente de primer orden. Y presentada de tal forma!

—exclamó St. George.

—A uno le gustaría describir a una muchacha así -continuó Paul.

—Ah, ahí está... no hay nada como la vida -dijo su compañero-. Cuando uno se siente acabado, exprimido y agotado y cree que el costal está vacío, todavía se siente atracción, emociones y estremecimientos, la idea brota, del seno de lo real, y demuestra que siempre hay algo que hacer. Pero yo no lo haré, ella no es para mí!

—¿Qué es eso de que no es para usted!

—Todo se ha terminado; es para usted, si quiere.

JULIO CORTÁZAR

—¡Mucho peor! -dijo Paul-. Ella no es para un deslucido hombrecillo de letras; es para el mundo, el rico y prometedor mundo de sobornos y recompensas. Y el mundo se apoderará de ella y se la llevará consigo.

—Lo intentará... pero es un caso en el que puede haber lucha. Valdría la pena luchar, para un hombre que lo tuviera dentro, con juventud y talento de su parte.

Estas palabras resonaron no poco en la conciencia de Paul Overt, lo mantuvieron brevemente en silencio.

—Es una maravilla que ella haya seguido siendo como es dándose de tal manera... con tanto que dar.

—¿Quiere decir que haya seguido siendo tan ingenua... tan natural? Ah, por eso no se preocupa, da porque rebosa. Tiene sus propios sentimientos, sus pautas; no se acuerda siempre de que debe ser orgullosa. Y además no lleva aquí el tiempo suficiente para haberse estropeado; adoptó una o dos modas, pero sólo las divertidas. Es una provinciana... una provinciana con genio -continuó St. George-; incluso sus patinazos son encantadores, sus equivocaciones interesantes. Ha regresado de Asia con todo tipo de curiosidades suscitadas y apetitos sin saciar. Ella es en sí misma de primera categoría y se malgasta en la segunda. Es la vida misma y se toma un interés poco común por las imitaciones. Confunde todas las cosas, pero no hay ninguna respecto a la que no perciba algo. Ve las cosas en perspectiva, como desde la cima del Himalaya, y aumenta todo lo que toca. Sobre todo exagera... para consigo misma, me refiero. ¡Nos exagera a usted y a mí!

Nada había en esa descripción que pudiera aplacar la inquietud que en nuestro amigo había causado semejante esbozo de un hermoso tema. Le parecía que mostraba el arte de la admirada mano de St.

George, y se perdió contemplando la visión -que se cernía ante él- de la figura de una mujer que debiera ser parte del esplendor de una novela. Pero al cabo de un momento se había convertido en humo, y del humo -la última bocanada de un gran puro- surgió la voz del General Fancourt, que había dejado a los otros y había venido y se había colocado delante de los caballeros del sofá.

—Supongo que cuando ustedes, los colegas, se ponen a hablar se quedan levantados la mitad de la noche.

—¿La mitad de la noche? *Jamais de la vie!* Yo sigo una higiene -y St. George se puso en pie.

—Comprendo, usted es planta de invernadero -rió el General-. Así es como produce sus flores.

—Yo produzco las mías entre las diez y la una de la mañana, florezco con una regularidad! -continuó St. George.

—Y con un esplendor! -añadió el cortés General, mientras Paul advertía qué poco le importaba al autor de *Shadowmere*, como se dijo a sí mismo, que se lo tratara como a un célebre narrador. El joven se propuso que *él* nunca se acostumbraría a eso; siempre lo haría sentirse incómodo -por la sospecha de que la gente pensara que tenía que hacerlo- y querría evitarlo. Evidentemente, su gran colega se había curtido y endurecido, se había provisto de una capa externa. El grupo de hombres había terminado los puros y recogido sus palmatorias; pero antes de que salieran todos, Lord Watermouth invitó al par de huéspedes que habían estado tan absortos a que «tomaran» algo. Resultó que los dos rehusaron, ante lo cual dijo el General Fancourt:

—¿En eso consiste su higiene? ¿No riegan las flores?

-¡Debería ahogarlas! -replicó St. George; pero, al abandonar la habitación aún junto a su amigo, dijo caprichosamente al oído del joven, en tono bajo-: Mi mujer no me deja.

—¡Pues me alegro de no ser uno de ustedes! -concluyó sonoramente el General.

La cercanía entre Summersoft y Londres tenía una consecuencia, decepcionante para una persona que hubiese saboreado de antemano la sociabilidad de un vagón de ferrocarril: la mayor parte del grupo, tras el desayuno, volvía a la ciudad en coche, usando sus propios vehículos que habían venido a recogerlos, mientras sus criados regresaban en tren con el equipaje. Tres o cuatro jóvenes, entre los que se encontraba Paul Overt, aprovecharon el servicio público; pero permanecieron en el pórtico de la casa viendo cómo emprendían la marcha los demás. Miss Fancourt subió con su padre a una victoria, después de haber dado la mano a nuestro héroe y de haber dicho, sonriendo de la manera más franca del mundo:

— *Tengo* que verlo más. Mrs. St. George es tan amable: ha prometido invitarnos a cenar a los dos juntos.

Esta dama y su marido ocuparon su lugar en una berlina perfectamente equipada -ella precisaba un coche cerrado- y mientras nuestra joven agitaba el sombrero en respuesta a sus saludos y gestos ceremoniosos pensó que, considerados juntos, constituían una imagen honorable del éxito, de las recompensas materiales y del crédito social de la literatura. Cosas así no daban la plena medida, pero no obstante se sintió un poco orgulloso de la literatura.

Antes de que hubiese transcurrido una semana se encontró con Miss Fancourt en Bond Street, en la imaginación editada de las obras de un joven artista en «blanco y negro», que había sido tan amable de invitarlo al sofocante escenario. Los dibujos eran admirables, pero el agolpamiento, en la pequeña habitación, era tan denso que Overt se sentía como si estuviera metido hasta el cuello en una bolsa de lana. En el borde exterior, una hilera de gente, doblando la espalda hacia adelante y presentando, bajo ellos, una superficie aún más convexa de resistencia a la presión de la masa, se esforzaba por conservar un espacio entre sus narices y los marcos barnizados de los cuadros; mientras que el cuerpo central, en medio de la relativa oscuridad proyectada por la ancha pantalla horizontal, que pendía bajo la claraboya y dejaba tan sólo un margen para el día, permanecía derecho, denso y vago, perdido en la contemplación de sus propios ingredientes. Esta contemplación se asentaba especialmente en los ojos tristes de ciertas cabezas femeninas, coronadas de sombreros de extraños pliegues y plumaje, que se erguían por encima de los demás, sobre largos cuellos. Una de las cabezas, percibió Paul, era con mucho la más bella de la colección, y su siguiente descubrimiento fue que pertenecía a Miss Fancourt. Su belleza se vio realzada por la sonrisa feliz que le envió a través de las obstrucciones circundantes, sonrisa que lo atrajo a ella tan de prisa como pudo él moverse. Había visto por sí mismo en Summersoft que lo último que contenía su naturaleza era una afectación de indiferencia; pero aún con esta circunspección se sintió de nuevo satisfecho al ver que ella no fingía aguardar su llegada con compostura. Sonreía radiante, como si quisiera que él se apresurase y, en cuanto se aproximó lo suficiente, estalló con voz jubilosa:

—¡Está aquí... está aquí... volverá dentro de un momento!

JULIO CORTÁZAR

—¿Su padre? -respondió Paul mientras ella le ofrecía la mano.

—No, por Dios, esto no está en la línea de mi pobre padre. Me refiero a Mr. St. George. Acaba de dejarme para hablar con alguien. Va a volver. Fue él quien me trajo, ¿no es algo encantador?

—Ah, eso le da ventaja sobre mí. Yo no podría haberla «traído», ¿no?

—Si hubiera sido tan amable de proponérmelo... ¿por qué no usted como él? -replicó la muchacha con una cara que, sin expresar coquetería barata, afirmaba simplemente un hecho afortunado.

—Pues porque él es un *père de famille*. Ellos tienen privilegios -explicó Paul. Y rápidamente-. ¿Irá usted a ver sitios *conmigo*? -preguntó.

—¡Lo que quiera! -sonrió-. Ya sé lo que quiere decir, que las chicas tienen que tener a un montón de gente... -Y a continuación exclamó:- No sé; yo soy libre. Siempre he sido así. Puedo ir por ahí con cualquiera. Estoy tan contenta de verlo -añadió con tanta y tan dulce claridad que hizo volverse a los que se hallaban cerca de ella.

—Permítame al menos pagarle esas palabras sacándola de este barullo -dijo su amigo-. ¡La gente no puede pasarlo bien aquí!

—No, son unos *mornes* horribles, ¡no! Pero yo estoy estupendamente y prometí a Mr. St. George que me quedaría en este sitio hasta que volviera. Me va a sacar de aquí. Le mandan invitaciones para cosas de este tipo, más de las que quiere. Es muy amable al pensar en mí.

-También a mí me mandan invitaciones de este tipo, más de las que yo quiero. Y si acordarse de *usted* es suficiente... -prosiguió Paul.

—¡Me encantan... todo lo que es vida... todo lo que es Londres!

—Supongo que en Asia no hay inauguraciones privadas -rió-. Pero qué pena que por este año, incluso en esta abarrotada ciudad, ya se haya pasado la temporada.

—Bueno, el año que viene entonces, porque espero que crea que vamos a ser siempre amigos. □Aquí viene!

—continuó Miss Fancourt antes de que Paul tuviera tiempo de contestar.

Divisó a St. George entre los huecos de la muchedumbre, y esto quizá lo indujo a que se apresurara un poco a decir:

—Espero que eso no signifique que he de aguardar hasta el año que viene para verla.

—No, no, ¿no vamos a vernos en una cena el veinticinco? -exclamó anhelante, con un entusiasmo tan dichoso como el de él.

—Eso es casi el año que viene. ¿No hay manera de verla antes? Ella lo miró con toda su luminosidad.

—¿Quiere decir que *vendría*?

—Como un rayo, si fuera tan buena de pedírmelo.

—Entonces el domingo... ¿este domingo?

—¿Qué he hecho para que lo dude? -preguntó el joven con deleite.

Miss Fancourt se volvió al instante hacia St. George, que ahora se había unido a ellos, y anunció triunfalmente:

—□Viene el domingo, este domingo!

—Ah, □mi día...! □también mi día! -dijo el famoso novelista, riendo, a su compañero.

—Sí, pero no sólo el suyo. Se verán en Manchester Square; hablarán..., □serán maravillosos!

JULIO CORTÁZAR

No nos vemos lo suficiente -concedió St. George estrechando la mano de su discípulo-. ¶Demasiadas cosas... demasiadas cosas! Pero lo compensaremos en el campo en septiembre. No habrá olvidado que me ha prometido eso, ¿no?

—Pero si va a venir el veinticinco, lo verá entonces -dijo la muchacha.

—¿El veinticinco? -preguntó St. George vagamente.

—Cenamos con usted; espero que no lo haya olvidado. Él cena fuera ese día -añadió alegremente a Paul.

—Es verdad... qué estupendo ¿Y viene usted? No me lo había dicho mi mujer -le dijo St. George-. Demasiadas cosas... demasiadas cosas -repitió.

—Demasiada gente... demasiada gente -exclamó Paul, apartándose antes de que lo atravesara un codo.

—No debiera decir eso. Todos lo leen.

—¿A mí? ¶Me gustaría verlos! Sólo dos o tres, como mucho -respondió el joven.

—¿Ha oído alguna vez algo así? El muy arrogante sabe lo bueno que es -declaró St. George a Miss Fancourt riéndose-. Me leen a *mí*, pero eso no hace que me gusten más. Alejémonos de ellos, ¶alejémonos! -Y los sacó de la exposición.

—Me va a llevar al parque -comentó Miss Fancourt a Overt con júbilo mientras recorrían el pasillo que conducía a la calle.

—Ah, ¶va él allí! -preguntó Paul, tomando el hecho como una ilustración algo inesperada de las *moeurs* de St. George.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—Es un día precioso, habrá gran cantidad de gente. Vamos a mirar a la gente, a mirar a los tipos -continuó la muchacha-. Nos sentaremos bajo los árboles; caminaremos por la avenida.

—Voy una vez al año... de negocios -dijo St. George, que por casualidad había oído la pregunta de Paul.

—O con una prima del pueblo, ¿no me lo dijo? □Yo soy la prima del pueblo! -dijo a Paul por encima del hombro mientras su amigo la conducía hacia un simón al que había hecho una señal. El joven los observó mientras subían; se quedó parado, devolviendo con la mano el cordial saludo con el que, cómodamente instalado junto a ella en el vehículo, St. George se despidió de él. Se quedó hasta ver arrancar el vehículo y se perdió en la confusión de Bond Street. Lo siguió con los ojos; aquello le produjo ideas embarazosas. «Ella no es para *mí*», había dicho con énfasis el gran novelista en Summersoft; pero su manera de comportarse con ella no parecía estar en armonía con tal convicción. ¿Cómo podría haber obrado de una manera diferente si hubiese sido para él? Una envidia indefinida creció en el corazón de Paul Overt, mientras se ponía solo en camino; un sentimiento se dirigió por igual extrañamente a cada uno de los ocupantes del simón. □Cómo le gustaría a él traquetear por Londres con una muchacha así! □Cómo le gustaría ir a mirar «tipos» con St. George!

El domingo siguiente a las cuatro llegó a Manchester Square, donde su deseo secreto se vio gratificado, al encontrar sola a Miss Fancourt. Se hallaba en una habitación grande, clara y alegre, toda pintada de rojo, decorada con las originales y baratas telas floreadas que se consideran originarias de países meridionales y orientales, donde se dice que sirven de colchas a los campesinos, y adornada con cerámicas de vivos tonos, distribuidas despreocupadamente en los estantes,

JULIO CORTÁZAR

y con muchas acuarelas de la mano (se enteró el visitante) de la joven misma, que conmemoraban con valiente amplitud las puestas de sol, las montañas, los templos y palacios de la India. Transcurrió una hora, más de una hora, dos horas, y en todo el tiempo no entró nadie. Su anfitriona tuvo la amabilidad de comentar, con su liberal humanidad, que era maravilloso que no fueran interrumpidos; sucedía tan rara vez en Londres, especialmente en esa temporada, que la gente sostuviera una buena conversación. Pero ahora, por suerte, un hermoso domingo, la mitad del mundo salía de la ciudad, y eso la hacía mejor para los que no se iban, cuando estos otros congeniaban. Era el defecto de Londres -uno de los dos o tres, la reducida lista de los que ella reconocía en la plagada ciudad-mundo que adoraba-, que había muy pocas ocasiones buenas de hablar; nunca se tenía tiempo para llegar lejos con algo.

—Demasiadas cosas... [demasiadas cosas! -dijo Paul, citando la exclamación de St. George de unos días antes.

—Sí, para él hay demasiadas, su vida es demasiado complicada.

—¿La ha visto usted *de cerca*? Eso es lo que me gustaría hacer; podría explicar algunos misterios -prosiguió su visitante. Ella preguntó a qué misterios se refería, y él dijo:- Pues, peculiaridades de su obra, desigualdades, superficialidades. Para quien lo mira desde el punto de vista artístico, contiene una ambigüedad sin fondo.

Ella se volvió, al momento, toda intensidad.

—Describa eso más... es interesantísimo. No hay temas más sugerentes. Soy muy aficionada a ellos. El piensa que es un fracaso, [figúrese! -se lamentó bellamente.

—Eso depende de cuál pueda haber sido su ideal. Con sus condiciones debiera haber sido alto. Pero hasta que uno sepa qué es lo

que realmente se propuso... ¿Por casualidad lo sabe *usted*? -exclamó el joven.

—Oh, no me habla de sí mismo. No puedo obligarlo, Sería demasiado atrevido. Paul estuvo a punto de preguntarle que de qué hablaba entonces, pero la discreción lo detuvo y dijo en cambio:

—¿Cree usted que es desgraciado en su hogar? Ella pareció sorprenderse.

—¿En su hogar?

—Quiero decir en las relaciones con su mujer. Tiene una desconcertante manera de aludir a ella.

—No conmigo -dijo Marian Fancourt con sus ojos claros-. Eso no estaría bien, ¿no? -preguntó en tono grave.

—No especialmente; pues me alegro de que no se la nombre a usted. Si la alabara a ella la aburriría a usted y no le corresponde hacer otra cosa. Sin embargo, la conoce a usted mejor que a mí.

—Ah, pero lo respeta a *usted*! -exclamó la muchacha como con envidia. Su visitante la contempló un momento y a continuación rompió a reír.

—¿Es que no la respeta a usted?

—Por supuesto, pero no de la misma manera. Respeto lo que usted ha hecho... así me lo dijo, el otro día. Paul lo absorbió, pero conservó sus facultades.

—¿Cuando fueron a mirar tipos?

—Sí, encontramos tantos: tiene una manera de observarlos! Habló mucho de su libro. Dice que es verdaderamente importante.

—¡Importante! Ah, la gran criatura -y el autor de la obra en cuestión rugió de gozo.

JULIO CORTÁZAR

—Estuvo divertidísimo, inefablemente gracioso, mientras andábamos. Lo ve todo; tiene tantas comparaciones e imágenes, y siempre son de lo más acertadas. *C'est d'un trouvé*, como dicen.

—Sí, ¿con sus condiciones debiera haber hecho tales cosas! -suspiró Paul.

—¿Y no cree usted que las *ha hecho*? Ah, ésa era la cuestión.

—Parte de ellas y, desde luego, incluso esa parte es inmensa. Pero él podía haber sido uno de los más grandes. Incluso tal y como están -concluyó nuestro amigo con seriedad-, sus escritos son una mina de oro.

Ella respondió con ardor a esta declaración, y durante media hora la pareja discutió las principales producciones del Maestro. Ella las conocía bien, las conocía aún mejor que su visitante, quien estaba impresionado por su inteligencia crítica y por algo grande y audaz en el movimiento de su mente. Dijo cosas que lo sorprendieron y que evidentemente habían venido a ella directamente; no eran frases aprendidas, las colocaba demasiado bien. St. George había tenido razón sobre lo de que era de primera categoría, sobre lo de que no temía pasarse, que no recordaba que había de ser orgullosa. Algo le volvió a la cabeza de repente, y dijo:

—Recuerdo que me habló una vez de Mistress St. George. Dijo, a santo de una cosa u otra, que ella no se preocupaba por la perfección.

—Ese es un gran crimen en la esposa de un artista -replicó Paul.

—Sí, pobre -y la muchacha suspiró como sugiriendo numerosas reflexiones, algunas de ellas mitigadoras. Pero añadió poco después: - Ah, perfección, perfección... ¿de qué manera debería dedicarse uno a ella! Ojalá pudiera yo.

—Cada uno puede a su manera -opinó su compañero.

—A la manera de *un hombre*, sí, pero no a la de una mujer. Las mujeres tienen tantos obstáculos, ¡están tan condenadas! Y, sin embargo, es una especie de deshonor si no se intenta, cuando se quiere hacer algo, ¿no es así? -prosiguió Miss Fancourt, dejando un tema en su prisa por abordar otro, accidente común en ella. De modo que estos dos jóvenes discutieron de temas elevados en su salón ecléctico, en su «temporada» de Londres: discutieron con extrema seriedad el elevado tema de la perfección. Debe decirse como atenuante de esta excentricidad que estaban interesados en el asunto. Su tono poseía verdad y su emoción, belleza; no estaban adoptando una postura para con el otro o para con alguna otra persona.

El tema era tan amplio que se encontraron reduciéndolo; la perfección a la que, por el momento, acordaron confinar sus especulaciones era la de la obra de arte válida y ejemplar. La imaginación de nuestra joven, al parecer, se había dejado arrastrar lejos en esa dirección, y su invitado sentía el poco común deleite de percibir un intercambio completo en su conversación. Este episodio habrá vivido durante años en su recuerdo e incluso en su asombro; tenía la cualidad que la fortuna destila sólo gota a gota, la cualidad que lubrica muchas fricciones subsiguientes. Todavía, siempre que quiere, Overt ve la habitación, la locuaz y sociable habitación clara y roja con las cortinas que, en un golpe de lograda audacia, ponían la nota de un azul vivo. Recuerda dónde estaban ciertas cosas, cierto libro abierto sobre la mesa y el aroma casi intenso de las flores colocadas, a la izquierda, en algún lugar tras él. Estos hechos constituían el margen, por así decirlo, de una especial agitación cuyo nacimiento tuvo lugar en esas dos horas y cuyo signo principal fue quizá impulsarlo interna y repe-

JULIO CORTÁZAR

tidamente a susurrar: «No tenía ni idea de que hubiera alguien así!» La libertad de ella lo asombraba y le encantaba... parecía simplificar de tal modo la cuestión práctica. Se encontraba en la posición de un personaje independiente, una muchacha sin madre que había salido de la adolescencia y contaba con una posición y con responsabilidades, que no se hallaba sujeta a las limitaciones de una niña bonita. Iba y venía sin arrastrar a una dama de compañía, recibía sola a la gente, y, aunque carecía totalmente de severidad, la cuestión de protección o patrocinio no tenía relevancia con respecto a ella. Ofrecía tal impresión de claridad y de nobleza combinadas con lo fácil y lo natural que, a pesar de su situación eminentemente moderna, no sugería hermandad de ningún tipo con la chica «fácil». Era en verdad moderna, y hacía que Paul Overt, que amaba el color viejo, la pátina dorada del tiempo, pensara con alarma en la paleta abigarrada del futuro. No podía acostumbrarse a su interés por las artes que a él le importaban; parecía demasiado bueno para ser cierto... era una aventura muy improbable tropezar con semejante pozo de afinidades. Uno podía extraviarse fácilmente en el desierto, lo decían las cartas y era ley de la vida; pero el tropezar con un manantial cristalino era un accidente rarísimo. Sin embargo, si en un momento las aspiraciones de ella parecían demasiado extravagantes para ser auténticas, al momento siguiente a Paul se le antojaban demasiado inteligentes para ser falsas. Eran a la vez elevadas y débiles y, si de caprichos se trataba, las prefería a cualquiera de las que había encontrado en una relación similar. Era probable que las dejara atrás, que las cambiara por la política o por la «agudeza» o por una mera y prolífica maternidad, como era costumbre en muchachas que recibían educación y mimos, entregadas a borrar papeles y pintarrapear telas en una época de lujo y en una sociedad ociosa. Advirtió que las acuare-

las de las paredes de la habitación en la que estaban tenían la cualidad principal de ser ingenuas, y pensó que la ingenuidad en el arte es como el cero en un número: su importancia depende de la cifra a la que va unido. Mientras tanto, no obstante, se había enamorado de ella. Antes de irse, en cualquier caso, le dijo:

—Pensé que St. George iba a venir a verla hoy, pero no aparece.

Durante un momento supuso que ella iba a exclamar « *Comment donc?* ¿Ha venido sólo a verlo a él? ». Pero un momento después se dio cuenta de lo poco que tal frase habría concordado con la ausencia de cualquier nota de flirteo que hasta entonces había percibido en ella. Sólo respondió:

—Ah, sí; pero no creo que venga. Me recomendó que no lo esperara. Y a continuación añadió alegremente, mas con toda suavidad:

—Dijo que no era justo para usted. Pero yo creo que podría arreglármelas con dos.

—Yo también -repuso Paul Overt, haciendo una pequeña concesión para coincidir con ella. En realidad la apreciación que hizo de la circunstancia suponía de manera tan total una apreciación de la mujer que se hallaba ante él, que otra figura en la escena, aun tan estimada como St. George, podría haberlo atraído en vano. Salió de la casa preguntándose qué había querido decir el gran hombre con lo de que no era justo para él; y, aún más, si se había mantenido lejos por la fuerza de esta idea. Mientras se ponía en camino por la soledad dominical de Manchester Square, balanceando el bastón y con una buena dosis de emoción fermentando en su alma, le pareció que vivía en un mundo extrañamente magnánimo. Miss Fancourt le había dicho que era posible que estuviese fuera, y que su padre lo estaría el domingo siguiente, pero que tenía esperanza de recibir una visita de él en el caso contra-

JULIO CORTÁZAR

rio. Le prometió hacerle saber si no se ausentaba y entonces él podría actuar en consecuencia. Después de entrar por una de las calles que se abrían desde la plaza, se detuvo, sin intenciones definidas, buscando escépticamente un coche. Al cabo de un momento vio un simón avanzando por el lugar, desde el otro lado y dirigiéndose hacia él. Estaba a punto de hacerle una señal al cochero, cuando advirtió a un «pasajero» en el interior; entonces esperó, viendo que el hombre se disponía a depositar a su pasajero al detenerse en una de las casas. La casa era, al parecer, la que él mismo acababa de abandonar; al menos sacó esa conclusión al reconocer a Henry St. George en la persona que bajó del simón. Paul se volvió tan rápido como si hubiese sido sorprendido en el acto de espiar. Abandonó la idea del coche, prefería ir andando; no iría a ningún lado. Se alegraba de que St. George no hubiese renunciado por completo a su visita... eso habría sido demasiado absurdo. Sí, el mundo era magnánimo, e incluso él mismo se sintió así cuando, al mirar su reloj, vio que eran sólo las seis, y mentalmente congratuló a su sucesor por tener una hora para sentarse en el salón de Miss Fancourt. Quizá él mismo emplease esa hora en hacer otra visita, pero para cuando llegó a Marble Arch, la idea de tal plan se había vuelto incongruente. Pasó por debajo de ese esfuerzo arquitectónico y entró en el parque y llegó hasta el extendido césped. Continuó andando; cruzó por el césped y salió junto al estanque. Observó con ojos amistosos la diversión de los londinenses, dirigió una mirada casi alentadora a las jóvenes que remaban para su novio y a los guardias que con sus gorros de piel cosquilleaban tiernamente las flores artificiales del sombrerito dominguero de su pareja. Prolongó su paseo de meditación; entró en Kensington Gardens, se sentó en las sillas de alquiler, miró los barquitos de vela lanzados sobre el estanque redondo y se alegró de no tener

ningún compromiso para cenar. Acudió a tal fin, muy tarde, a su club, donde se sintió incapaz de elegir un menú y pidió al camarero que le trajera lo que hubiese. Ni siquiera observó lo que le habían servido, y pasó la velada en la biblioteca del establecimiento, haciendo que leía un artículo en una revista americana. No logró averiguar de qué trataba; parecía tratar confusamente de Marian Fancourt.

Casi al final de la semana ella le escribió diciendo que no iba a ir al campo, acababa de ser decidido. Su padre, añadió, nunca decidía nada, se lo dejaba todo a ella. Sentía que la responsabilidad era suya -tenía que hacerlo- y puesto que se veía forzada, así es como se decidió. No mencionó razón alguna, lo cual ofreció a nuestro amigo un terreno más claro para la audaz conjetura. Este segundo domingo en Manchester Square estimó su fortuna menos buena, pues ella tenía tres o cuatro visitantes. Pero hubo tres o cuatro compensaciones; la mayor de las cuales fue quizá que, al enterarse de cómo su padre, a última hora, había salido de la ciudad solo después de todo, la audaz conjetura de la que acabo de hablar se hizo un tanto más audaz. Y además su presencia era su presencia, y la personal habitación roja estaba allí y estaba llena de ella, sin importar que pasaran y se desvanecieran fantasmas, emitiendo sonidos incomprensibles. Por último, tuvo el recurso de quedarse hasta que todos hubieron llegado y salido y de considerar esto obra de ella, aunque no dio ninguna señal en particular. Cuando se encontraron solos fue al grano.

—Pero St. George vino por fin... el domingo pasado. Lo vi cuando miré hacia atrás.

—Sí; pero fue la última vez.

—¿La última vez?

—Dijo que no volvería a venir. Paul Overt la miró fijamente.

—¿Quiere decir que desea dejar de verla?

—No sé lo que quiere decir -sonrió con valentía la muchacha-. En cualquier caso no volverá a verme aquí.

—¿Y puedo saber por qué?

—No tengo la menor idea -dijo Marian Fancourt, cuyo visitante la encontró más perversamente sublime que nunca al profesar ese desamparo diáfano.

5

—Oh, por favor, quiero que se quede un poco -dijo Henry St. George a las once, la noche en que cenó con el cabeza de la profesión. El grupo -desde luego ninguno de ellos *de* la profesión- había sido numeroso y estaba despidiéndose; nuestro joven, después de dar las buenas noches a su anfitriona, había extendido la mano en ademán de despedida al dueño de casa. Además de producir en el último la protesta que he citado, este movimiento provocó otra palabra sin precio sobre la ocasión de mantener una charla, de ir a la habitación de St. George y de tenerlo todo por decir, todavía. Paul Overt era todo deleite ante esta amabilidad; no obstante mencionó en tono débil y jocosos el simple hecho de que había prometido ir a otro lugar que se encontraba a considerable distancia.

—Pues va a romper su promesa, eso es todo. □Vaya un embustero! -añadió St. George en un tono que confirmó la cómoda sensación de nuestro joven.

—Desde luego que la romperé... pero era una promesa auténtica.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—¿Se refiere a Miss Fancourt? ¿La está siguiendo? -preguntó su amigo. Contestó con una pregunta.

—¿Es que *ella* va?

—¡Vil impostor! -prosiguió su irónico anfitrión-. Lo he tratado generosamente en lo que a esa joven respecta: no haré más concesiones. Espere tres minutos..., en seguida estoy con usted. -Se dedicó a despedir a sus invitados, acompañó a las damas con vestidos de cola a la puerta. Era una noche calurosa, las ventanas estaban abiertas, el sonido de los rápidos coches y la llamada de los serenos penetraba en la casa. El ambiente había resplandecido no poco; una sensación de cosas festivas flotaba en el aire cargado: no sólo la influencia de esa fiesta en particular, sino también la insinuación del apremio del placer extendido que en las noches veraniegas de Londres llena tantos alegres barrios de la complicada ciudad. El salón de Mrs. St. George se vació gradualmente; Paul se encontró a solas con su anfitriona, a quien explicó el motivo de su espera.

—Ah, sí, una conversación intelectual, *profesional* -dijo con malicia-, ¿no cree que se echa de menos en esta época del año? Pobre Henry, ¡me alegro tanto!

El joven miró un momento por la ventana, a los simones solicitados que llegaban dando tumbos, las suaves berlinas que se alejaban. Cuando se volvió, Mrs. St. George había desaparecido; la voz de su marido ascendió hacia él desde abajo; se reía y hablaba, en el pórtico, con alguna señora que aguardaba su coche. Paul tomó solitaria posesión, durante unos minutos, de las cálidas habitaciones abandonadas, donde la luz tamizada y colorida de las lámparas era suave, los asientos habían sido movidos en todas direcciones y perduraba el aroma de las flores. Eran salas grandes, eran hermosas, contenían objetos de va-

JULIO CORTÁZAR

lor; todo en ese cuadro hablaba de una «buena casa». Al cabo de cinco minutos, entró un criado con la petición del Maestro de que bajara a reunirse con él; de modo que descendió por la escalera, siguiendo a su guía por un largo pasillo hasta un apartamento retirado de la parte de atrás de la vivienda, para los requerimientos especiales, según se dijo, de un ocupado hombre de letras.

St. George estaba en mangas de camisa en medio de una habitación grande y alta, una habitación sin ventanas, pero con una amplia claraboya en la parte de arriba, como la de una sala de exposiciones. Estaba amueblada como una biblioteca, y las apretadas estanterías se levantaban hasta el techo, una superficie de un tono incomparable producido por «lomos» confusamente dorados, interrumpidos por grabados y dibujos antiguos colgados aquí y allá. En el extremo más alejado de la puerta de entrada había una mesa alta, de gran extensión, sobre la que la persona que la usara podría escribir sólo en la postura erguida de un empleado de oficina; y extendida desde la entrada hasta esa estructura, había una banda ancha y lisa de tela roja, tan recta como el sendero de un jardín y casi tan larga, donde Paul en seguida contempló mentalmente el ir y venir del Maestro durante horas fastidiosas, horas, es decir, de admirable composición. El criado le dio una prenda, una vieja chaqueta con esa caída que da la experiencia, que había sacado de un armario de la pared, y se retiró después con la prenda que se había quitado. Paul Overt recibió la chaqueta de buen grado; era una chaqueta para hablar, prometía confidencias -ya que visiblemente había recibido tantas- y tenía trágicos codos literarios.

—Somos prácticos... [somos prácticos! -dijo St. George cuando vio que su visitante pasaba revista al lugar-. ¿No es una buena jaula

para dar vueltas? La inventó mi esposa y me encierra aquí todas las mañanas.

Nuestro joven respiró -a manera de tributo- con cierta opresión.

—¿No echa de menos una ventana... un lugar por donde mirar?

—Al principio muchísimo; pero ella lo calculó perfectamente. Ahorra tiempo, me ha ahorrado muchos meses en estos diez años. Aquí estoy, ante los ojos del día (desde luego en Londres, con frecuencia, son ojos borrosos), amurallado en mi profesión. No puedo escapar, por eso el cuarto ofrece una buena lección de concentración. He aprendido la lección de concentración. He aprendido la lección, creo; mire ese montón de pruebas y admítalo.

—Señaló un grueso rollo de papeles, sobre una de las mesas, que no había sido desatado.

—¿Va a sacar otra...? -preguntó Paul, en un tono cuyas afectuosas deficiencias no reconoció hasta que su compañero rompió a reír y entonces sólo a duras penas.

-¡Embustero, embustero! -St. George parecía disfrutar acariciándolo, por así decirlo, con ese oprobio-. ¿Cree que no sé lo que piensa de ellas? -preguntó, de pie, con las manos en los bolsillos y con una nueva clase de sonrisa. Era como si fuera a permitir que su joven devoto lo viese ahora por completo.

—¡Le doy mi palabra de que en este caso sabe más que yo! -se aventuró a responder Overt, revelando parte del tormento de no ser capaz de estimarlo abiertamente ni de renunciar a él de manera clara.

—Mi querido amigo -dijo el cada vez más interesado Maestro-, no se imagine que hablo específicamente de mis libros; no son un tema decente, *il ne manquerait plus que ça*. ¡No soy tan malo como pueda

JULIO CORTÁZAR

usted sospechar! De mí, sí, un poco, si lo desea; aunque no era para eso para lo que lo he traído aquí. Quiero pedirle algo... muy especialmente; aprecio esta oportunidad. Así que siéntese. Somos prácticos, pero *hay* un sofá, ¿ve?, ella ha mimado mis pobres huesos hasta ahora. Como todos los buenos administradores y ordenancistas, sabe cuándo es prudente relajarse. -Paul se hundió en la esquina de un hondo sofá de cuero, pero su amigo permaneció de pie en actitud explicativa-. Si no le importa, en esta habitación, ésta es mi costumbre. De la puerta a la mesa y de la mesa a la puerta. Eso me remueve suavemente la imaginación; y ¿no ve lo bien que está que no haya una ventana para que vuele? El eterno estar de pie cuando escribo (me paro en ese escritorio y lo apunto, cuando viene algo, y continuamos así) era bastante agotador al principio, pero lo adoptamos con vistas a lo duradero; se está mejor, si las piernas no desfallecen y se puede mantener durante más años. [Somos prácticos, somos prácticos! -repitió St. George, yendo hacia la mesa y tomando mecánicamente el rollo de pruebas. Pero al arrancar la envoltura, cambió su foco de atención para volver a nuestro héroe. Durante un momento se perdió examinando las hojas de su nuevo libro, mientras los ojos del hombre más joven volvían a vagar por la habitación.

«Señor, [qué cosas tan buenas haría yo, si tuviera un lugar tan encantador para hacerlas!», reflexionó Paul. El mundo exterior, el mundo de accidente y fealdad, se hallaba de esta manera logradamente excluido, y dentro del rico cuadrado protector, bajo el cielo protector, las figuras oníricas, la compañía solicitada, podían sostener su particular deleite. Era una fervorosa previsión de Overt, más que una observación basada en hechos reales, para la que las ocasiones habían sido demasiado escasas, el que el Maestro, contemplado así más de cerca,

tendría la cualidad, el don encantador de brillar, sorprendentemente, en el trato personal y en momentos de expectación interrumpida o incluso tal vez atenuada. Una feliz relación con él sería algo que discurriría a saltos, no en etapas fáciles de seguir.

—¿Los lee... de verdad? -preguntó dejando las pruebas cuando Paul le preguntó si la obra sería publicada pronto. Y cuando el joven contestó «Oh, sí, siempre», su regocijo fue causado de nuevo por algo que captó en su manera de decir eso-. Uno va a ver a su abuela el día de su cumpleaños, y muy bien está, especialmente porque no durará siempre. Ha perdido todas sus facultades y sus sentidos; ni ve, ni oye, ni habla; pero todas las devociones de costumbre y hábitos bondadosos son respetables. Sólo que usted es fuerte si *en realidad* los lee! Yo no podría, mi querido amigo. Usted *es* fuerte, lo sé; y eso es precisamente parte de lo que quiero decirle. Usted es muy fuerte, en verdad. He estado examinando sus otras cosas... me han interesado enormemente. Alguien debería haber hablado antes de ellas... alguien a quien pudiera creer. Pero, ¿a quién puede uno creer? Es maravilloso verlo en el buen camino... es un trabajo decentísimo. Pero veamos, ¿pretende usted seguir así?, eso es lo que quiero preguntarle.

—¿Que si pretendo hacer más? -preguntó Paul, mirando desde el sofá a su erguido inquisidor y sintiéndose, en parte, como un feliz colegial cuando el maestro está alegre y, en parte, como algún peregrino de antaño que pudiera haber consultado a un oráculo famoso en toda la tierra. El desempeño mismo de St. George había sido débil, pero como consejero sería infalible.

—¿Más...? ¿más? El número no importa; una más sería suficiente si en realidad supusiera un paso más..., un latido del mismo esfuerzo.

JULIO CORTÁZAR

Lo que quiero decir es ¿va a buscar de corazón algún tipo de perfección decente?

—Ah, decencia, ah, perfección...! -suspiró sinceramente el joven-. El otro doningo hablé de ellas con Miss Fancourt.

Esto produjo una risa de peculiar acrimonia por parte del Maestro.

—Sí, «hablarán» de ellas tanto como guste. Pero poco harán para ayudarlo a uno a conseguir las. No hay obligación alguna, desde luego; es sólo que usted me parece capaz -continuó-. Usted debe tenerlo todo pensado. No puedo creer que no tenga un plan. Esa es la sensación que me da, y es tan poco corriente que lo excita a uno de verdad... lo hace a usted notable. Si no tiene ningún plan, si no se propone seguir así, desde luego está en su derecho; a nadie le incumbe, nadie puede forzarlo, y no más de dos o tres personas notarán que usted no sigue el camino recto. Los demás, *todos* los demás, cada bendita alma en Inglaterra, pensarán que lo sigue... pensarán que está manteniéndolo: ¡palabra de honor! Yo seré uno de los dos o tres que lo sepan mejor. Pero la cuestión está en si puede usted hacerlo por dos o tres. ¿Es ésta la sustancia de la que está hecho? La pregunta encerró a su invitado durante un minuto como entre brazos palpitantes.

—Podría hacerlo por uno, si ese uno fuera usted.

—No diga eso; no lo merezco; me abrasa -protestó con unos ojos repentinamente graves y encendidos-. Ese «uno» es por supuesto uno mismo, la conciencia de uno, la idea de uno, la singularidad de la meta de uno. Yo pienso en ese espíritu puro al igual que un hombre piensa en la mujer que en alguna hora aborrecida de su juventud ha amado y abandonado. Ella lo persigue con ojos llenos de reproche, vive por siempre ante él. Como artista, ¿sabe usted? me he casado

por dinero -Paul lo miró de hito en hito e incluso se sonrojó un poco, confundido con esta confesión; ante lo que su huésped, observando el gesto de su cara, soltó una risita y prosiguió-: Usted no sigue mi metáfora. No estoy hablando de mi querida esposa, que tenía una pequeña fortuna, la cual, sin embargo, no fue mi soborno. Me enamoré de ella, como muchos otros han hecho. Me refiero a la musa mercenaria a quien llevé al altar de la literatura. Muchacho, no meta la nariz en *ese* yugo. □Ese horrible rocín le arruinará la vida!

Nuestro héroe lo observó, sorprendido y profundamente conmovido.

—¿No ha sido usted feliz?

—¿Feliz? Es una especie de infierno.

—Hay cosas que me gustaría preguntarle -dijo Paul tras una pausa.

—Pregúnteme cualquier cosa en el mundo. Me abriré por completo para salvarlo.

—¿Para «salvarme»? -dijo con voz temblorosa.

—Para que no ceje... para que persista. Como le dije la otra noche en Summersoft, que mi ejemplo le resulte vivo.

—Pero si sus libros no son tan malos -dijo Paul entre risas y sintiendo que si alguna vez algún hombre había respirado el aire del arte...

—¿Tan malos como qué?

—Su talento es tan grande que se halla en todo lo que hace, tanto en lo que es menos bueno como en lo que es mejor. Tiene usted unos cuarenta volúmenes que lo demuestran... cuarenta volúmenes de vida maravillosa, de observación poco común, de capacidad magnífica.

JULIO CORTÁZAR

—Soy muy listo, naturalmente que sé eso -pero era algo, en suma, a lo que este autor no daba importancia-. Señor, ¿qué porquería serían si no lo hubiera sido! Soy un hábil charlatán -prosiguió-. He sido capaz de hacer que se tragaran mi sistema. Pero ¿sabe lo que es? Es *carton-pierre*.

-¿*Carton-pierre*? -Paul quedó impresionado y boquiabierto.

—¿Lincrusta-Walton! ¿Papel barato!

—No diga cosas así... ¿me hace sangrar! -protestó el joven-. Yo lo veo en un hogar bello y afortunado, viviendo con bienestar y honor.

—¿Lo llama honor? -su anfitrión increpó con una entonación que a menudo vuelve a él-. A eso es a lo que quiero que se dedique *usted*. Me refiero a lo auténtico. Esto es oropel.

—¿Oropel? -exclamó Paul mientras sus ojos vagaban, en una trayectoria natural del momento, por la lujosa habitación.

—Ah, hoy en día lo hacen tan bien... ¿es maravillosamente engañoso!

Nuestro amigo se estremeció de interés y aún más, quizá, de pena. Sin embargo, no temía aparentar condescendencia cuando aún podía sentir envidia.

—¿Es engañoso que lo encuentre viviendo con todas las señales de la felicidad doméstica, bendecido con una esposa perfecta y devota, con unos hijos a quienes no he tenido aún el placer de conocer, pero que *deben* ser unos jóvenes encantadores por lo que conozco de sus padres?

St. George sonrió por la franqueza de su pregunta.

—Todo es excelente, mi querido amigo, que el cielo me impida negarlo. He hecho una gran cantidad de dinero; mi esposa ha sabido

cómo cuidarlo, cómo emplearlo sin malgastar, apartar una buena cantidad, hacerlo fructificar. Tengo un pan en el armario; de hecho lo tengo todo menos lo grande.

—¿Lo grande? -Paul siguió haciendo de eco.

—La sensación de haber hecho lo mejor... la sensación que es la verdadera vida del artista y cuya ausencia supone su muerte, de haber extraído de su instrumento intelectual la música más hermosa que la naturaleza había escondido en él, de haberla tocado como debe tocarse. O bien lo hace o bien no lo hace y, si no lo hace, no merece la pena que se hable de él. Por tanto, precisamente, los que realmente saben *no* hablan de él. Puede que él aún oiga una gran cháchara, pero lo que más oye es el incorruptible silencio de la Fama. Yo la he sobornado, se podría decir, en mi momento... pero ¿cuál es mi momento? No se imagine ni por un minuto -prosiguió el Maestro- que soy tan sinvergüenza como para haberlo traído aquí abajo para abusar o para quejarme de mi esposa ante usted. Es una mujer de cualidades distinguidas, a quien estoy inmensamente obligado; de modo que, si me hace el favor, no diremos nada de ella. Mis chicos, mis hijos son todos varones, son rectos y fuertes, gracias a Dios y no hay pobreza de crecimiento a su alrededor, no hay penuria de necesidades. Recibo periódicamente el más satisfactorio testimonio de Harrow, de Oxford, de Sandhurst, \square h, hemos hecho lo mejor por ellos!, de su eminencia como organismos que viven, consumen y prosperan.

—Debe ser maravilloso sentir que el hijo de las propias carnes está en Sandhurst -comentó Paul con entusiasmo.

—Lo es... es encantador. \square Yo soy un patriota!

El joven, en ese momento, se vio en la obligación de pagar el más grande de los tributos de preguntas.

JULIO CORTÁZAR

—Entonces, ¿qué quiso decir usted la otra noche en Summer-soft, al declarar que los hijos son una maldición?

—Mi querido joven, ¿de qué base partimos? -y St. George se dejó caer en el sofá a corta distancia de él. Sentado ligeramente de lado, apoyó la espalda en el brazo del sofá con las manos cruzadas detrás de la cabeza-. ¿De suponer que cierta perfección es posible e incluso deseable, no es así? Pues todo lo que digo es que los hijos de uno interfieren en la perfección. Interfiere la esposa. Interfiere el matrimonio.

—¿Cree que el artista no debería casarse?

—Lo hace corriendo un riesgo, lo hace a sus expensas.

—¿Ni siquiera cuando su esposa comprende su trabajo?

—Nunca comprenden... ¡no pueden! Las mujeres no conciben tales cosas.

—Pero no hay duda de que en ocasiones son ellas mismas quienes trabajan -objetó Paul.

—Sí, y muy mal. Oh, claro, a menudo creen que entienden, creen que comprenden. Entonces es cuando son más peligrosas. Creen que uno va a hacer mucho y que obtendrá mucho dinero. Su gran nobleza y virtud, su conciencia ejemplar como hembras británicas está en mantenerlo a uno ahí. Mi esposa lleva todos los tratos con mis editores y lo ha hecho durante veinte años. Lo hace consumadamente bien, por eso vivo con tanto desahogo. ¿No es uno el padre de sus inocentes criaturas y va uno a privarlas de su sustento natural? La otra noche me preguntaba usted si no son un incentivo inmenso. Claro que lo son, ¡no hay duda de eso!

Paul lo consideró: para unos ojos que nunca habían estado tan abiertos, había tanto que observar...

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—En cuanto a mí, me da la impresión de que necesito incentivos.

—Ah, entonces *n'en parlons plus!* -sonrió magnánimamente su compañero.

— *Usted* es un incentivo, lo mantengo -prosiguió el joven-. Usted no me afecta de la manera en que al parecer le gustaría afectarme. Lo que veo es su gran éxito... □La pompa de los Jardines de Ennismore!

—¿Éxito? -los ojos de St. George tenían una luz fina y fría-. ¿Llama usted éxito a que se hable de uno como hablaría usted de mí si estuviera aquí sentado con otro artista, un joven inteligente y sincero como usted? Llama éxito a hacer que se sonroje, □cómo se sonrojaría! si algún crítico extranjero (un tipo, claro está, que supiera de lo que está hablando y que le hubiera demostrado que lo sabía, como les gusta demostrarlo a los críticos extranjeros) le dijera: «Seguro que en su país a ése lo consideran el más perfecto.» ¿Es éxito servir de ocasión para que un joven inglés tenga que tartamudear como usted tendría que hacerlo en un momento así por la pobre Inglaterra? No, no; el éxito es haber hecho que la gente baile a otro son. □Inténtelo!

Paul continuaba resplandeciendo, todo gravedad.

—Que intente ¿qué?

—Intente hacer un trabajo realmente bueno.

—□El cielo sabe que quiero hacerlo!

—Pero no se puede hacer sin sacrificios, no lo crea ni por un momento -dijo el Maestro-. Yo no hice ninguno. Lo tuve todo. En otras palabras, lo he perdido todo.

—Ha tenido la vida normal humana, masculina, intensa y completa, con todas las responsabilidades y deberes, cargas, penas y ale-

grías, todas las iniciaciones y complicaciones sociales y domésticas. Deben ser inmensamente sugestivas, inmensamente divertidas -adujo Paul con ansia.

—¿Divertidas?

—Para un hombre fuerte... sí.

—Me proporcionaron un sinfín de temas, si a eso se refiere; pero al mismo tiempo me quitaron el poder de usarlos. Traté un millar de cosas, pero ¿cuál de ellas se convirtió en oro? El artista sólo maneja eso... no sabe nada de un metal más bajo. He vivido una vida mundana, con mi mujer y mi progenie; la torpe, convencional, cara, materializada, vulgarizada, brutalizada vida de Londres. Tenemos todo lo bello, incluso un coche; somos perfectos filisteos y gente eminente, hospitalaria y próspera.

Pero, mi querido amigo, no intente hacerse el tonto y fingir que no sabe lo que *no* tenemos. Es más grande que todo lo demás. Entre artistas... ¡vamos! -concluyó el Maestro-. ¡Usted sabe tan bien como que está ahí sentado que se metería una bala en el cerebro si hubiera escrito mis libros!

A su oyente le pareció que la formidable conversación prometida en Summersoft había tenido lugar, y con una prontitud, una plenitud, con la que su joven imaginación apenas había contado. Esa impresión lo agitó considerablemente y palpité con la emoción de sondeos tan profundos y confidencias tan extrañas. Palpitó en verdad con el conflicto de sus sentimientos... perplejidad, reconocimiento y alarma, goce, protesta y asentimiento, todo entremezclado con ternura (y una especie de vergüenza en la participación) hacia las llagas y cardenales expuestos por un ser tan exquisito, y con la percepción del secreto trágico que albergaba bajo sus ropas. La idea de que la *suya*, la de Paul

Overt, se hubiera convertido en la ocasión de tal acto de humildad lo hizo sonrojarse y quedar sin aliento, al mismo tiempo que su conciencia se hallaba en cierto sentido demasiado viva para no tragar -y no saborear intensamente- cada una de las dosis de revelación ofrecidas. Su singular fortuna había hecho que soplara sobre las profundas aguas y que éstas se agitaran y rompieran en olas de extraña elocuencia. Pero ¿cómo no iba a revelar la apasionada contradicción de la última extravagancia de su huésped, cómo no iba a enumerarle las partes de su obra que amaba, las cosas espléndidas que había encontrado en ella, fuera del alcance de cualquier otro escritor del momento? St. George escuchó durante un rato cortésmente; a continuación dijo, posando la mano sobre la de su visitante:

—Todo eso está muy bien; y si no tiene la idea de hacer algo mejor, no hay razón para que no posea tantas cosas buenas como yo: el mismo número de apéndices humanos y materiales, el mismo número de hijos o hijas, una mujer con el mismo número de vestidos, una casa con el mismo número de criados, un establo con el mismo número de caballos, un corazón con el mismo número de dolores -el Maestro se levantó cuando hubo hablado así, quedó en pie un momento, junto al sofá, mirando a su agitado pupilo-. ¿Está usted en posesión de alguna propiedad? -se le ocurrió preguntar.

—Nada de lo que merezca la pena hablar.

—Ah, entonces no hay razón para que no obtenga unos ingresos considerables... si comienza con buen pie. Estúdieme a mí para ello, estúdieme bien. Es posible que de verdad tenga caballos.

Paul no habló durante unos minutos. Miró delante de sí, consideró muchas cosas. Su amigo se había alejado y había agarrado un paquete de cartas de la mesa donde yacía el rollo de pruebas.

JULIO CORTÁZAR

—¿Cuál era el libro que Mrs. St. George le hizo quemar, el que no le gustaba? -sacó a relucir nuestro joven.

—El libro que me hizo quemar... ¿cómo sabía usted eso? -el Maestro levantó los ojos de las cartas sin la convulsión facial que el pupilo había temido.

—La oí hablar de él en Summersoft.

—Ah, sí... está orgullosa de ello. No sé... era bastante bueno.

—¿De qué trataba?

—Vamos a ver -y pareció hacer un esfuerzo para recordar-. Ah, sí... era sobre mí mismo.

—Paul emitió un gemido irreprimible por la pérdida de una producción así, y el hombre de más edad prosiguió-. Pero debería escribirlo *usted...*, *usted* debería hacerme -y suspendió el movimiento inquieto que lo había invadido; su sonrisa delicada era un resplandor generoso-. Ahí tiene un tema, muchacho: [con materia interminable!

Paul estaba en silencio de nuevo, pero todo era un tormento.

—¿Es que no hay mujeres que comprendan de verdad... que puedan participar en el sacrificio?

—¿Cómo pueden participar? Ellas mismas constituyen el sacrificio. Son el ídolo, el altar y la llama.

—¿Es que no hay ni *una* que vea más allá? -continuó Paul.

Durante un momento St. George no dio respuesta alguna; tras lo cual, después de romper las cartas, volvió al tema, lleno de ironía.

—Por supuesto que sé a quién se refiere. Pero ni siquiera Miss Fancourt.

—Creí que la admiraba muchísimo.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—Es imposible admirarla más. ¿Está enamorado de ella? -preguntó St. George.

—Sí -dijo Paul Overt poco después.

—Entonces renuncie. Paul lo miró fijamente.

—¿Que renuncie a mi «amor»?

—No, por Dios. A su idea -y como nuestro héroe no cesaba de mirarlo fijamente, añadió-: Ésa de la que habló con ella. La idea de una perfección decente.

-Ella contribuiría... ella contribuiría -gritó el joven.

—Durante un año, más o menos, el primer año, sí. Después sería como una piedra atada al cuello. Paul se sorprendió con franqueza.

—Pero si tiene pasión por lo auténtico, por el buen trabajo... por todo lo que a usted y a mí más nos importa.

—«A usted y a mí», [qué encantador, querido amigo! -rió su interlocutor-. La tiene de verdad, pero tendría una pasión aún mayor por sus hijos... y muy justa también. Insistiría en que todo fuera cómodo, conveniente, propicio para ellos. Eso no es lo que le incumbe al artista.

—El artista... [el artista! ¿Es que no es un hombre en cualquier caso? St. George hizo una mueca sublime.

—Me inclino a creer que no. Usted sabe tan bien como yo lo que tiene que hacer: la concentración, el perfeccionamiento, la independencia por los que debe afanarse desde el momento en que comienza a desear que su trabajo sea realmente decente. Ah, joven amigo, la relación del artista con las mujeres, y en especial con la que más íntimamente lo preocupa, se halla a merced del maldito hecho de que, mientras él puede lógicamente tener un solo valor ellas tienen unos

cincuenta. Eso es lo que las hace tan superiores -añadió St. George divertido-. Imagínese a un artista cambiando de valores como quien cambia de camisa o los platos de una cena. *Hacerlo*, hacerlo y hacerlo divino, es lo único en lo que ha de pensar. «¿Lo he conseguido o no?» es su única pregunta. Y no «¿Lo he conseguido en la medida en que lo permita la atención adecuada de mi querida familia?» No tiene nada que ver con lo relativo, sólo con lo absoluto; y una querida familia puede representar una docena de relatividades.

—¿Entonces no le permite tener las pasiones y afectos comunes de los hombres? -preguntó Paul.

—¿Acaso no tiene una pasión, un afecto que abarca todos los demás? Además, que tenga todas las pasiones que desee... mientras conserve su independencia. Debe ser capaz de ser pobre.

Paul se levantó lentamente.

—En ese caso, ¿por qué me aconsejó que le hiciera la corte? St. George le puso la mano en el hombro.

—¿Porque sería una excelente esposa! Y entonces aún no había leído su novela. El joven esbozó una sonrisa forzada.

—¿Ojalá me hubiera dejado en paz!

—No sabía que eso no era bueno para usted -respondió su anfitrión.

—Qué posición tan falsa, qué condena la del artista, ser un mero monje privado de sus derechos que puede producir su efecto sólo renunciando a la felicidad personal. ¿Qué acusación al arte! -continuó Paul con voz temblorosa.

—¿No se imaginará usted por casualidad que estoy defendiendo el arte? «Acusación»... ¿exactamente! Afortunada la sociedad en que no

ha hecho su aparición, pues desde el momento en que llega los consume el dolor, experimentan una corrupción incurable en el pecho. □ Naturalmente que el artista está en una posición falsa! pero creí que eso lo dábamos por descontado. Perdóneme -continuó St. George-. □ *Ginistrella* es la causante!

Paul se quedó mirando al suelo. La torre de la iglesia vecina dio la una en medio de la quietud.

—¿Cree usted que llegaría a mirarme? -expuso a su amigo por fin.

—¿Miss Fancourt... como pretendiente? ¿Por qué no había de creerlo? Por eso he intentado favorecerlo, he tenido una o dos pequeñas ocasiones de mejorar su oportunidad.

—Perdone que le pregunte, ¿pero se refiere a haberse mantenido apartado? -dijo Paul con sonrojo.

—Soy un idiota, mi sitio no está ahí -declaró St. George gravemente.

—Yo no soy nada aún, no tengo fortuna; y debe haber tantos otros -prosiguió su compañero. El Maestro consideró esto seriamente, pero le dio poca importancia.

—Usted es un caballero y un hombre de genio. Creo que podría conseguir algo.

—Pero si debo renunciar a eso... al genio...

—Mucha gente, ¿sabe? cree que yo he conservado el mío -sonrió St. George maravillosamente.

—□ Usted es un genio para desconcertar! -declaró Paul, mas tomándole la mano agradecido, como para atenuar su juicio.

JULIO CORTÁZAR

—Pobre muchacho, ¿cómo lo preocupo! Pero inténtelo, inténtelo de todos modos, creo que sus posibilidades son buenas y que ganará un gran premio.

Paul retuvo firmemente la mano del otro un minuto; miró esa cara profunda y extraña.

—No, soy un artista, ¿no puedo evitarlo!

—Demuéstrelo entonces! -exclamó suplicante St. George-. Permítame que vea antes de morir lo que más quiero, lo que más anhelo: una vida en la que la pasión, la nuestra, es realmente intensa. ¿Si puede usted ser especial no abandone! ¿Piense en lo que es, en lo que significa, en cómo perdura!

Se habían dirigido hacia la puerta y St. George había cerrado las dos manos sobre las de su compañero. Aquí se detuvieron de nuevo y nuestro héroe respiró hondamente.

—¿Quiero vivir!

—¿En qué sentido?

—En el más grande.

—Entonces persista, no ceje.

—¿Con su comprensión... su ayuda?

—Cuenta con ello, usted será una gran figura para mí. Cuenta con mi más elevado aprecio, con mi devoción. Me sentiré muy contento, si es que eso tiene algún valor para usted -tras lo cual, como Paul aún parecía vacilar, su anfitrión añadió-: ¿Recuerda lo que me dijo en Summersoft?

—¿Alguna chifladura, sin duda!

—«Haré cualquier cosa que usted me diga.» Dijo eso.

—¿Y me obliga a mantenerlo?

—Ah, ¿qué soy yo? -suspiró expresivamente el Maestro.

—Señor, ¿qué cosas tendré que hacer! -casi gimió Paul al partir.

6

«Se desarrolla demasiado en el extranjero, ¡al diablo con el extranjero!» Éstas u otras similares habían sido las palabras notables del Maestro con respecto a la acción de *Ginistrella*; y sin embargo, aunque habían hecho severa mella en el autor de esa obra, como casi todas las palabras surgidas de la misma fuente, una semana después de la conversación que he señalado, Overt abandonaba Inglaterra para una ausencia prolongada y lleno de valientes intenciones. No supondría una perversión de la verdad declarar ese encuentro como la causa directa de su marcha. Si las manifestaciones del eminente escritor tenían el privilegio de impresionarlo profundamente, fue especialmente al considerarlas sin prisa, horas y días después, cuando parecieron ofrecerle su significado pleno y exponerle su importancia extrema. Pasó el verano en Suiza y, habiendo comenzado en septiembre una nueva tarea, decidió no cruzar los Alpes hasta tener un buen comienzo. Regresó a este fin a un tranquilo rincón que conocía bien, a la orilla del Lago de Ginebra y con las torres de Chillon a la vista: una región y un paisaje por los que sentía un afecto brotado de antiguas asociaciones y que eran capaces de producir resurgimientos y estímulos misteriosos. Permaneció hasta bastante tarde en este lugar, hasta que hubo nieve en las colinas más próximas, llegando casi al límite hasta el que podía subir cuando, en las tardes cada vez más cortas, su tarea quedaba cumplida.

JULIO CORTÁZAR

El otoño era bello, el lago era azul, y su libro tomaba forma y dirección. Estas dichas realzaban por el momento su vida, a la que permitía que lo cubriera con su manto. Al cabo de seis semanas sintió que había aprendido de memoria la lección de St. George, que había puesto a prueba y verificado su doctrina. No obstante, hizo una cosa muy incoherente: antes de cruzar los Alpes escribió a Marian Fancourt. Era consciente de la perversidad de este acto, y lo justificó solamente como un lujo, una diversión, la recompensa de un otoño arduo. Ella no le había pedido tal favor cuando, poco antes de salir de Londres, tres días después de la cena en Ennismore Gardens, fue a despedirse. Era cierto que ella no había tenido razón alguna, él no había nombrado su intención de ausencia. Había guardado silencio por falta de la certeza debida: fue esa visita en particular la que, en segunda instancia, iba a resolver el asunto. Había hecho la visita para ver cuánto le importaba ella realmente, y la inmediata partida, sin que mediara ni un explícito adiós, fue la secuela de esta indagación, cuyo resultado había originado en él un profundo anhelo. Cuando le escribió desde Clarens señaló que le debía una explicación (más de tres meses después!) por no haberle dicho lo que iba a hacer.

Ella contestó con brevedad mas con prontitud, y le dio una impresionante noticia: la de la muerte, una semana antes, de Mrs. St. George. Esta ejemplar mujer había sucumbido, en el campo, a un violento ataque de inflamación de los pulmones, recordaría que había estado delicada durante bastante tiempo. Miss Fancourt añadió que creía que su marido se hallaba abrumado por el golpe; la echaría de menos terriblemente, lo había sido todo en la vida para él. Ante esto Paul Overt escribió de inmediato a St. George. Se habría alegrado, desde el día de su marcha, de permanecer en contacto con él, pero hasta la

fecha había carecido de la excusa apropiada para molestar a un hombre tan ocupado. Su larga conversación nocturna volvió a él con cada uno de los detalles, pero esto no era óbice para expresar el debido pésame al cabeza de la profesión, pues, ¿acaso no había dejado claro esa misma conversación que la difunta dama era la influencia que regía su vida? ¿Qué catástrofe podía ser más cruel que la extinción de tal influencia? Éste había de ser exactamente el tono adoptado por St. George al contestar a su joven amigo al cabo de poco más de un mes. Por supuesto no aludió a su importante conversación. Hablaba de su esposa tan franca y generosamente como si hubiese olvidado por completo esa ocasión, y el sentimiento de profunda aflicción era visible en sus palabras. «Ella se lo ha llevado todo de mis manos... de mi cabeza. Condujo nuestra vida con el arte más grande, la devoción más inusual, y yo era libre, como pocos hombres pueden haberlo sido, para dirigir mi pluma, para encerrarme con mi profesión. Éste era un servicio poco común, el más elevado que pudo haberme prestado. [Cómo desearía haberlo reconocido de manera más adecuada!»

De estos comentarios se desprendía, para nuestro héroe, cierta perplejidad: le parecieron una contradicción, una retractación, extraña proviniendo de un hombre que no tenía la excusa de la estupidez. Claro estaba que no había esperado que su amigo se regocijara con la muerte de su esposa, y era perfectamente lógico que la ruptura de un vínculo de más de veinte años hubiera dejado en él una herida... Pero si ella había sido una bendición tan clara, ¿qué se había propuesto esa noche, en nombre de la coherencia, el dichoso hombre al ponerlo a *él* patas arriba, al administrarle hasta ese punto, a la hora más sensible de su vida, la doctrina del renunciamiento? Si Mrs. St. George era una pérdida irreparable, el inspirado consejo de su marido había sido una

JULIO CORTÁZAR

broma de mal gusto y el renunciamiento un error. Overt estuvo a punto de precipitar su regreso a Londres para demostrar que, por su parte, estaba perfectamente dispuesto a considerarlo así, y llegó hasta el punto de sacar el manuscrito de los primeros capítulos de su nuevo libro del cajón de su mesa y meterlo en un bolsillo de su baúl. Esto condujo a que vislumbrara ciertas páginas que no había mirado durante meses, y ese accidente, a su vez, hizo que quedara impresionado por la gran promesa que revelaban, resultado poco frecuente de tales retrospectivas, las cuales tenía por costumbre evitar en lo posible: por lo general lo hacían darse cuenta de que el ardor de la creación podía ser un sentimiento puramente subjetivo y equívoco. En esta ocasión, de manera caprichosa, se desprendió de las apretadas correcciones de su primer borrador cierta fe en sí mismo, y así pensó que después de todo sería mejor proseguir con su prueba hasta el final. Si podía escribir tan bien bajo el rigor de la miseria, podría ser una equivocación cambiar las condiciones sin que se hubiera agotado ese hechizo. Volvería a Londres, naturalmente, pero volvería sólo cuando hubiera finalizado su libro. ¿Éste fue el voto que hizo en privado, devolviendo el manuscrito al cajón de la mesa? Puede añadirse que tardó mucho tiempo en terminar su libro, pues el tema era tan difícil como bello, y sentía un embarazo literal ante la amplitud de sus notas. En su interior algo le advertía que había de hacerlo sumamente bueno, de lo contrario carecería, en cuanto a su comportamiento particular, de una buena excusa. Sentía horror ante esta deficiencia y se encontró usando la firmeza necesaria en la cuestión de batir el yunque. Por fin cruzó los Alpes y pasó el invierno, la primavera, el subsiguiente verano, en Italia, donde aún al cabo de un año, su tarea se veía inacabada. «Persista, no ceje»: este mandato general de St. George servía también para cada caso particu-

lar. Lo aplicó al máximo, con el resultado de que, cuando en su lento orden el verano hubo llegado de nuevo, sintió que había dado todo lo que había en él. Esta vez metió los papeles en el baúl, con la dirección de su editor, y se encaminó hacia el norte.

Había estado dos años ausente de Londres, dos años que, pareciendo más largos, habían supuesto un cambio tal en su propia vida -mediante la producción de una novela mucho más fuerte, creía, que *Ginistrella*-, que se presentó en Piccadilly, la mañana posterior a su llegada, con una vaga esperanza de cambios, de encontrar que habían ocurrido grandes cosas. Pero había pocas transformaciones en Piccadilly -sólo tres o cuatro grandes casas rojas donde se habían alzado unas bajas y negras- y la luminosidad del final de junio atisbaba por las rejas oxidadas de Green Park y relucía en el barniz de los coches que pasaban, tal y como lo había visto en otros junios, más superficiales. Fue un saludo que apreció; era amigable y directo, añadido al efecto vigorizador de haber concluido su libro, de tener a su propio país y a la enorme ciudad, agobiante y divertida, que lo sugería todo, que lo contenía todo, de nuevo a mano. «Quédese en Inglaterra y haga cosas aquí, haga temas que podamos medir», había dicho St. George; y ahora le pareció que no podía pedir nada mejor que quedarse para siempre en su país. A última hora de la tarde se encaminó a Manchester Square, buscando un número que no había olvidado. Sin embargo, Miss Fancourt no estaba en casa, y se apartó de la puerta con abatimiento. Su movimiento lo puso cara a cara con un caballero que se aproximaba a ella y con otra mirada reconoció al padre de Miss Fancourt. Paul saludó a este personaje, y el General devolvió el saludo con su acostumbrada buena educación, una educación tan buena, no obstante, que nunca podía saberse si significaba que lo reconocía a uno.

JULIO CORTÁZAR

El decepcionado visitante sintió el impulso de dirigirse a él; a continuación, vacilando, se dio cuenta de que no tenía ningún comentario especial que hacer y se convenció de que, aunque el viejo soldado lo recordaba, lo recordaba mal. Por tanto, prosiguió su camino sin calcular el efecto irresistible que su evidente reconocimiento tendría en el General, quien nunca desaprovechaba una ocasión de charla. La cara de nuestro joven era expresiva, y rara vez la pasaba por alto la observación. No había dado diez pasos cuando oyó que era llamado con un amigable y semipronunciado «Esto... perdone». Se volvió y el General, sonriéndole desde el porche, dijo:

—¿No entra? □No me quedaré sin acordarme de su nombre!

Paul declinó el ofrecimiento y a continuación lo sintió, pues Miss Fancourt, a esa hora de la tarde, podría regresar en cualquier momento. Pero su padre no le dio una segunda oportunidad; parecía desear principalmente no haberle parecido descortés. Una mirada más al visitante le había recordado algo, lo suficiente al menos para permitirle decir:

—¿Ha regresado, ha regresado? -Paul estuvo a punto de responder que había vuelto la noche anterior, pero suprimió, al instante siguiente, esta clara revelación sobre la rapidez de su visita y, simplemente asintiendo, aludió a la joven a quien lamentaba no haber encontrado. Había venido tarde con la esperanza de que estuviera en casa. -Se lo diré, se lo diré -dijo el anciano; y añadió a continuación, con galantería-. ¿Va a ofrecernos algo nuevo? hace mucho tiempo, ¿no? -ahora lo recordaba bien.

—Bastante. Soy muy lento -explicó Paul-. Lo conocí a usted en Summersoft hace mucho tiempo.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—Ah, sí... con Henry St. George. Lo recuerdo muy bien. Antes de que su pobre esposa... -el General Fancourt hizo una pausa, sonriendo un poco menos-. Tal vez usted lo sepa.

—¿La muerte de Mrs. St. George? Así es... me enteré en su momento.

—Oh, no, quería decir... quería decir que va a casarse.

—Ah, ¡eso no lo sabía! -pero justo cuando Paul iba a añadir «¿con quién?» el General lo interrumpió.

—¿Cuándo ha vuelto usted? Sé que ha estado fuera, por mi hija. Ella lo sintió mucho. Debería darle algo nuevo.

—Volví anoche -dijo nuestro joven, a quien se le había ocurrido algo que por el momento hizo que su voz se apagara un poco.

—Es muy amable de su parte venir tan pronto. ¿No podría usted volver para cenar?

—A cenar! -repitió Paul mecánicamente, sin querer preguntar con quién iba a casarse St. George, pero sin pensar más que en eso.

—Hay varias personas, creo. Por supuesto, St. George. O después, si lo prefiere. Creo que mi hija espera a...

—pareció advertir algo en la cara levantada del visitante (el General se hallaba en un escalón más alto) que lo hizo detenerse y la pausa le causó una sensación momentánea de incomodidad de la que buscó una rápida salida-. Entonces quizá no se haya enterado de que ella va a casarse.

Paul quedó boquiabierto de nuevo.

—¿Que va a casarse?

—Con Mr. St. George, acaba de decidirse. Un extraño matrimonio, ¿no cree? -nuestro oyente no profirió opinión alguna: sólo

continuó mirándolo fijamente-. Pero quizá salga bien, ella es tremendamente literaria! -dijo el General.

Paul se había puesto muy rojo:

—¿Qué sorpresa... es muy interesante, encantador! Me parece que no puedo venir a cenar... ¡muchísimas gracias!

—Bueno, debe usted venir a la boda! -exclamó el General-. Recuerdo ese día en Summersoft. Es un gran hombre, ¿sabe?

—¡Encantador... encantador! -tartamudeó Paul para emprender la retirada. Estrechó la mano del General y se fue. Tenía la cara roja y le daba la sensación de que cada vez lo estaba más. Toda la tarde en casa -fue derecho a sus habitaciones y permaneció allí sin cenarlas mejillas le ardieron a intervalos, como si hubieran recibido una bofetada. No comprendía lo que le había sucedido, qué mala pasada le habían hecho, qué traición. «Ninguna, ninguna», se decía. «No tengo nada que ver con eso. Estoy al margen... no me incumbe.» Pero ese murmullo desconcertado era seguido una y otra vez de exclamaciones incongruentes: «¿Era un plan... era un plan?» A veces gritaba para sí, sin aliento, «¿He sido engañado, vendido, estafado?» Como poco, era una víctima absurda y vil. Era como si no la hubiera perdido hasta ahora. Había renunciado a ella, sí; pero eso era otro asunto, era una puerta cerrada, mas no con llave. Ahora le parecía ver la puerta cerrada en sus narices. ¿Es que había contado con que ella esperase? ¿Es que iba ella a darle ese tiempo porque sí: dos años de una vez? No sabía lo que había esperado... sólo lo que no había esperado. No era esto... no era esto. Aturdimiento, amargura e ira surgieron e hirvieron en él al pensar en la deferencia, la devoción, la credulidad con las que había escuchado a St. George. La tarde transcurría y duraba la luz; pero incluso cuando anocheció permaneció sin una lámpara. Se había hun-

dido en el sofá, donde yació durante horas, con los ojos cerrados, o bien contemplando la penumbra, en la actitud de un hombre que está enseñándose a sí mismo a soportar algo, a soportar que se lo ponga en ridículo. Lo había hecho demasiado fácil, esa idea lo invadía como una ola caliente. De repente, cuando oyó dar las once, se levantó de un salto, recordando lo que había dicho el General Fancourt de que fuera después de la cena. Iría..., al menos la vería; quizás ella comprendiera lo que significaba. Se sentía como si le hubieran dado algunos de los elementos de una difícil suma y faltara el resto: no podía realizar esta suma hasta que tuviera todas las cifras.

Se vistió y condujo de prisa y para las once y media se encontraba en Manchester Square. Había un buen número de coches a la puerta; era una fiesta, circunstancia que después de todo le produjo un ligero alivio, pues ahora prefería verla en medio de una muchedumbre. Se cruzó con gente en la escalera; se iban, «seguían» el gregario movimiento de la sociedad nocturna de Londres. Pero quedaban grupos variados en el salón y pasaron unos minutos, puesto que ella no había oído que lo anunciaran, hasta que la descubrió y hablaron. En este corto intervalo había visto a St. George charlando con una señora delante de la chimenea; pero al instante había desviado la mirada, porque no se sentía preparado para un encuentro, y por consiguiente no podía estar seguro de que el autor de *Shadowmere* hubiese advertido su presencia. En cualquier caso, no vino hacia él; aunque Miss Fancourt lo hizo en cuanto lo vio, casi se acercó corriendo, sonriendo entre el susurro de su vestido, exultante y bella. Había olvidado lo que su cabeza, lo que su cara ofrecían a la vista; vestía de blanco, había figuras doradas en su vestido, y su cabello era un penacho de oro. En un solo momento vio

que era feliz, feliz con un esplendor agresivo. Pero ella no le habló de eso, sólo habló de él.

—Estoy encantada; mi padre me lo dijo. [Qué amable ha sido al venir! -le pareció tan fresca y valiente, mientras con los ojos recorría toda su persona, que se dijo para sí mismo, irresistiblemente: «¿Por qué para *él*, por qué no para la juventud, la fuerza, la ambición, un futuro? ¿Por qué, con su joven e intensa fuerza, para el fracaso, la abdicación, el retiro?» En ese momento áspero blasfemó mentalmente incluso contra todo lo que le quedaba de fe en ese Maestro capaz de pecar-. Sentí mucho no haber estado -continuó-. Me lo dijo mi padre. [Qué amable al venir tan pronto!

—¿La sorprende eso? -preguntó Paul Overt.

—¿El primer día? De usted no... nada que sea agradable -fue interrumpida por una señora que se despedía de ella, y él pareció leer que no le costaba nada hablarle en ese tono; era su antiguo estilo liberal y pródigo, con cierta amplitud que el tiempo había añadido; y si este estilo empezaba a tener lugar ahí mismo, en una coyuntura tal de su vida, pudiera ser que los otros días hubiera significado igual de poco o de mucho, un mero acto de caridad mecánico, con la diferencia de que ahora se hallaba satisfecha, dispuesta a dar, pero sin necesitar de nada. Sí, estaba satisfecha... y ¿por qué no había de estarlo? ¿Por qué no había de sorprenderse de que viniera el primer día, considerando lo poco que había sacado de él? Como la señora continuaba acaparando su atención, Paul se volvió con una ira extraña en su alma complicada de artista y una especie de decepción desinteresada. Ella eran tan feliz que la circunstancia resultaba casi estúpida, una refutación de la inteligencia extraordinaria que con anterioridad había encontrado en ella. ¿Es que no sabía lo malo que podía ser St. George, es que no había

reconocido la horrible flaqueza...? Si no lo sabía, ella no era nada, y si lo sabía, ¿por qué tal insolencia de serenidad? Esta pregunta expiró cuando los ojos de nuestro joven se posaron por fin sobre el genio que lo había aconsejado en una gran crisis. St. George se encontraba aún ante la chimenea, pero ahora estaba solo -fijo, esperando, como si tuviera la intención de quedarse hasta que todos se hubieran marchado- y se encontró con los ojos nublados del joven amigo, doliente hasta el punto de sentirse con derecho (el derecho del que su resentimiento hubiera disfrutado) a considerarse a sí mismo una víctima. En cierto modo los estragos de la pregunta fueron refrenados por el aire exultante del Maestro. Era tan imponente como el de Marian Fancourt, revelaba al ser humano feliz; pero al mismo tiempo significaba para Paul Overt que el autor de *Shadowmere* había dejado definitivamente de contar, había dejado de contar como escritor. Al sonreír una bienvenida desde el otro lado de la estancia, se mostró casi banal, casi pagado de sí mismo. A Paul se le antojó por un instante que vacilaba en hacer un movimiento, exactamente como si *tuviera* conciencia culpable; de inmediato, ya se habían encontrado en medio de la habitación y se habían dado la mano, expresivamente, cordialmente por parte de St. George. Con lo que volvieron juntos al sitio en que había estado el mayor de los dos mientras St. George decía:

—Espero que no vuelva a marcharse nunca. He estado cenando aquí; me lo dijo el General -estaba guapo, estaba joven, daba la impresión de tener aún una gran reserva de vida. Inclino los ojos más amigables e inocentes sobre su discípulo de un par de años antes; se interesó por todo, su salud, sus planes, sus últimas ocupaciones, el nuevo libro. ¿Cuándo saldrá? Pronto, pronto, espero. Espléndido, ¿no? Eso es; usted es un consuelo, usted es un lujo! He vuelto a leer toda su obra

JULIO CORTÁZAR

en estos últimos seis meses -Paul esperó a ver si le decía lo que el General le había dicho por la tarde y lo que Miss Fancourt, al menos verbalmente, desde luego no le había dicho. Mas como no salía, hizo por fin la pregunta.

—¿Es verdad la gran noticia que he oído, que va a casarse?

—Ah, ¿entonces se *ha* enterado?

—¿No se lo dijo el General? -preguntó Paul. La cara del Maestro era maravillosa.

—¿Decirme qué?

—Que me lo mencionó esta tarde.

—Mi querido amigo, no lo recuerdo. Hemos estado con tanta gente. Siento, en ese caso, haber perdido el placer, yo mismo, de anunciarle un hecho que me toca tan de cerca. Es un hecho, por extraño que pueda parecer. Acaba de convertirse en tal. ¿No cree que es ridículo? -St. George hizo su discurso sin confusión, pero al mismo tiempo, según podía juzgar nuestro amigo, sin un descaro latente. A su interlocutor le pareció que, para hablar de una manera tan cómoda y fría, simplemente debía haber olvidado lo que sucediera entre ellos. Sus siguientes palabras, sin embargo, demostraron que no había sido así, y produjeron, como un llamamiento a la memoria misma de Paul, un efecto que hubiera resultado absurdo de no ser cruel. ¿Se acuerda de la conversación que mantuvimos en mi casa esa noche, en la que se mencionó el nombre de Miss Fancourt? Desde entonces he pensado en esa charla con frecuencia.

—Sí; no me extraña que dijera lo que dijo -Paul lo miró a los ojos con cautela.

—¿En vista de esta circunstancia? Ah, pero entonces no existía. ¿Cómo podía haber previsto este momento?

—¿No lo consideraba probable?

—No, por mi honor -dijo Henry St. George-. No hay duda de que le debo tal garantía. Piense en cómo ha cambiado mi situación.

—Ya veo... ya veo -murmuró nuestro joven.

Su compañero prosiguió como si, ahora que el tema había sido abordado, él, una persona de imaginación y tacto, estuviera dispuesto a proporcionar todas las satisfacciones precisas, ya que tanto por su genio como por su método era capaz de penetrar todo lo que otro pudiera sentir.

—Pero no es sólo eso; porque, sinceramente, a mi edad nunca lo hubiera soñado, un viudo con chicos mayores y con tan poco más! Ha salido de manera muy diferente a como pudiera haberlo soñado, y mi buena fortuna no tiene límites. Ella ha sido tan libre, y sin embargo consiente. Usted, quizá mejor que ningún otro, pues recuerdo cómo le gustaba a usted antes de que se marchara, y cómo le gustaba usted a ella, puede felicitar me con inteligencia.

«¡Ha sido tan libre!» Esas palabras causaron una gran impresión en Paul Overt, y casi se retorció ante la ironía que contenían, que poco importaba si era intencionada o fortuita. Claro que había sido libre, y de manera apreciable quizás gracias a la propia acción de Overt; porque, ¿no era también parte de la ironía la alusión que hizo el Maestro de que a ella le había gustado él?

—Creí que, de acuerdo con su teoría, usted desaprobaba que un escritor se casara.

—Sin duda, sin duda. Pero, ¿no me estará llamando escritor?

JULIO CORTÁZAR

—Debería estar avergonzado -dijo Paul.

—¿Avergonzado de casarme otra vez?

—No diría eso, pero avergonzado de sus razones.

El hombre mayor le brindó una sonrisa maravillosa.

—Debe permitirme que las juzgue yo, mi buen amigo.

—Sí, ¿por qué no? Porque usted juzgó las mías estúpidamente.

De pronto, al parecer, el tono de estas palabras sugirió a St. George lo insospechado. Lo miró como si adivinara una amargura.

—¿Cree que no he sido recto?

—Podía habérmelo dicho en el momento, tal vez.

—Querido amigo, cuando le digo que no podía penetrar el futuro...!

—Me refiero a después.

El Maestro se sorprendió.

—¿Después de la muerte de mi esposa?

—Cuando tuvo esta idea.

—Ah, nunca, nunca! Quería salvarlo, con lo poco común y lo precioso que es usted. El pobre Overt lo miró con dureza.

—¿Se casa con Miss Fancourt para salvarme?

-En absoluto, pero eso aumenta el placer. Usted será obra mía -sonrió St. George-. Quedé enormemente impresionado, después de nuestra conversación, por la devota manera en que abandonó el país, y aún más quizás por su fuerza de carácter al permanecer en el extranjero. Usted es muy fuerte..., es maravillosamente fuerte.

Paul intentó sondear sus ojos brillantes; lo extraño era que parecía sincero, no un diablo burlón. Se volvió y, al hacerlo, oyó que el Maestro decía algo acerca de haberles brindado ya una prueba, que se-

ría la alegría de su vejez. Se volvió de nuevo hacia él, echándole otra mirada.

—¿Quiere decir que ha dejado de escribir?

—Naturalmente, mi querido amigo. Es demasiado tarde. ¿No se lo dije?

—¡No puedo creerlo!

—Claro que no puede... ¡con su talento! No, no; durante el resto de mi vida sólo lo leeré a *usted*.

—¿Eso lo sabe ella... Miss Fancourt?

—Lo sabrá... lo sabrá -¿pretendía con esto, se preguntó nuestro joven, insinuar disimuladamente que la ayuda que le iba a proporcionar la fortuna de esa joven, moderada como era, supondría que en adelante podía dejar de explotar desagradecidamente un filón agotado? De alguna manera, cuando se lo veía en la plenitud de su hombría triunfante, no daba señal de que ninguno de sus filones estuviera agotado-. ¿No recuerda la moraleja que le ofrecí aquella noche? -continuó St. George-. De todos modos considere la advertencia que constituyo en este momento.

Esto era demasiado, *era* el diablo burlón. Paul se separó de él con un simple movimiento de cabeza por despedida y la sensación, en su corazón dolorido, de que era posible que volviera a ese hombre y a su fácil talante, a su admirable manera de arreglar las cosas, alguna vez, pero ahora no podía confraternizar con él. A su dolor le resultaba necesario creer, por el momento, en la intensidad de su agravio, tanto más cruel porque no era legal. Sin duda se hallaba en la actitud de aferrarse a esta injusticia cuando descendió las escaleras, sin despedirse de Miss Fancourt, quien no estaba a la vista en el momento en que abandonó la habitación. Se alegró de salir a la noche oscura, sincera y

JULIO CORTÁZAR

sin sofisticaciones, de moverse de prisa, de irse a casa a pie. Anduvo durante un largo tiempo, extraviándose, sin poner atención. Pensaba en demasiadas cosas. No obstante, sus pasos recuperaron el rumbo, y al cabo de una hora se encontró ante su puerta en la callecita vacía y barata. Permaneció ahí, aún interrogándose a sí mismo antes de entrar, sin nada más a su alrededor que la oscuridad sin luna, un mal farol o dos y unas pocas estrellas lejanas y débiles. Levantó los ojos hacia estas últimas tenues criaturas; había estado diciéndose que habría sido «vendido», diabólicamente vendido, si ahora, sobre sus nuevos cimientos, al cabo de un año, St. George sacara algo de su mejor calidad, algo del tipo de *Shadonmere* y mejor que lo mejor. Admirando intensamente su talento como lo admiraba, Paul albergaba literalmente la esperanza de que tal incidente no ocurriera; le pareció en ese momento que no sería capaz de soportarlo. Las últimas palabras de su consejero sonaban aún en sus oídos: «Usted es muy fuerte... es maravillosamente fuerte.» ¿Lo era en realidad? Desde luego tendría que serlo, y podría servir un poco de venganza. ¿Lo es?, puede que a su vez pregunte el lector, si es que su interés ha seguido hasta aquí al perplejo joven. Quizá la mejor respuesta sea que está haciendo lo posible, pero que es demasiado pronto para hablar. Cuando el nuevo libro salió en el otoño Mr. y Mrs. St. George lo encontraron realmente magnífico. El primero sigue sin publicar nada, pero Paul no se siente aún seguro. He de decir en su favor, no obstante, que si tal acontecimiento ocurriera, él sería sin duda el primero en apreciarlo: lo que quizá demuestre que el Maestro, en esencia, tenía razón y que la Naturaleza lo había destinado a lo intelectual y no a la pasión personal.

Bola de sebo

Guy de Maupassant

Durante muchos días consecutivos pasaron por la ciudad restos del ejército derrotado. Más que tropas regulares, parecían hordas en dispersión. Los soldados llevaban las barbas crecidas y sucias, los uniformes hechos jirones, y llegaban con apariencia de cansancio, sin bandera, sin disciplina. Todos parecían abrumados y derrengados, incapaces de concebir una idea o de tomar una resolución; andaban sólo por costumbre y caían muertos de fatiga en cuanto se paraban. Los más eran movilizados, hombres pacíficos, muchos de los cuales no hicieron otra cosa en el mundo que disfrutar de sus rentas, y los abrumaba el peso del fusil; otros eran jóvenes voluntarios impresionables, prontos al terror y al entusiasmo, dispuestos fácilmente a huir o acometer; y mezclados con ellos iban algunos veteranos aguerridos, restos de una división destrozada en un terrible combate; artilleros de uniforme oscuro, alineados con reclutas de varias procedencias, entre los cuales aparecía el brillante casco de algún dragón tardo en el andar, que seguía difícilmente la marcha ligera de los infantes.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Compañías de francotiradores, bautizados con epítetos heroicos: Los Vengadores de la Derrota, Los Ciudadanos de la Tumba, Los Compañeros de la Muerte, aparecían a su vez con aspecto de facinerosos, capitaneados por antiguos almacenistas de paños o de cereales, convertidos en jefes gracias a su dinero -cuando no al tamaño de las guías de sus bigotes-, cargados de armas, de abrigo y de galones, que hablaban con voz campanuda, proyectaban planes de campaña y pretendían ser los únicos cimientos, el único sostén de Francia agonizante, cuyo peso moral gravitaba por entero sobre sus hombros de fanfarrones, a la vez que se mostraban temerosos de sus mismos soldados, gentes del bronce, muchos de ellos valientes, y también forajidos y truhanes.

Por entonces se dijo que los prusianos iban a entrar en Ruán.

La Guardia Nacional, que desde dos meses atrás practicaba con gran lujo de precauciones prudentes reconocimientos en los bosques vecinos, fusilando a veces a sus propios centinelas y aprestándose al combate cuando un conejo hacía crujir la hojarasca, se retiró a sus hogares. Las armas, los uniformes, todos los mortíferos arreos que hasta entonces derramaron el terror sobre las carreteras nacionales, entre leguas a la redonda, desaparecieron de repente.

Los últimos soldados franceses acababan de atravesar el Sena buscando el camino de Pont-Audemer por Saint-Severt y Bourg-Achard, y su general iba tras ellos entre dos de sus ayudantes, a pie, desalentado porque no podía intentar nada con jirones de un ejército deshecho y enloquecido por el terrible desastre de un pueblo acostumbrado a vencer y al presente vencido, sin gloria ni desquite, a pesar de su bravura legendaria.

JULIO CORTÁZAR

Una calma profunda, una terrible y silenciosa inquietud, abrumaron a la población. Muchos burgueses acomodados, entumecidos en el comercio, esperaban ansiosamente a los invasores, con el temor de que juzgasen armas de combate un asador y un cuchillo de cocina.

La vida se paralizó, se cerraron las tiendas, las calles enmudecieron. De tarde en tarde un transeúnte, acobardado por aquel mortal silencio, al deslizarse rápidamente, rozaba el revoco de las fachadas.

La zozobra, la incertidumbre, hicieron al fin desear que llegase, de una vez, el invasor.

En la tarde del día que siguió a la marcha de las tropas francesas, aparecieron algunos ulanos, sin que nadie se diese cuenta de cómo ni por dónde, y atravesaron a galope la ciudad. Luego, una masa negra se presentó por Santa Catalina, en tanto que otras dos oleadas de alemanes llegaba por los caminos de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos se reunieron a una hora fija en la plaza del Ayuntamiento y por todas las calles próximas afluyó el ejército victorioso, desplegando sus batallones, que hacían resonar en el empedrado el compás de su paso rítmico y recio.

Las voces de mando, chilladas guturalmente, repercutían a lo largo de los edificios, que parecían muertos y abandonados, mientras que detrás de los postigos entornados algunos ojos inquietos observaban a los invasores, dueños de la ciudad y de vidas y haciendas por derecho de conquista. Los habitantes, a oscuras en sus vivencias, sentían la desesperación que producen los cataclismos, los grandes trastornos asoladores de la tierra, contra los cuales toda precaución y toda energía son estériles. La misma sensación se reproduce cada vez que se altera el orden establecido, cada vez que deja de existir la seguridad personal, y todo lo que protegen las leyes de los hombres o de la na-

turaliza se pone a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. Un terremoto aplastando entre los escombros de las casas a todo el vecindario; un río desbordado que arrastra los cadáveres de los campesinos ahogados, junto a los bueyes y las vigas de sus viviendas, o un ejército victorioso que acuchilla a los que se defienden, hace a los demás prisioneros, saquea en nombre de las armas vencedoras y ofrenda sus preces a un dios, al compás de los cañonazos, son otros tantos azotes horribles que destruyen toda creencia en la eterna justicia, toda la confianza que nos han enseñado a tener en la protección del cielo y en el juicio humano.

Se acercaba a cada puerta un grupo de alemanes y se alojaban en todas las casas. Después del triunfo, la ocupación. Los vencidos se veían obligados a mostrarse atentos con los vencedores.

Al cabo de algunos días, y disipado ya el temor del principio, se restableció la calma. En muchas casas un oficial prusiano compartía la mesa de una familia. Algunos, por cortesía o por tener sentimientos delicados, compadecían a los franceses y manifestaban que les repugnaba verse obligados a tomar parte activa en la guerra. Se les agradecían esas demostraciones de aprecio, pensando, además, que alguna vez sería necesaria su protección. Con adulaciones, acaso evitarían el trastorno y el gasto de más alojamientos. ¿A qué hubiera conducido herir a los poderosos, de quienes dependían? Fuera más temerario que patriótico. Y la temeridad no es un defecto de los actuales burgueses de Ruán, como lo había sido en aquellos tiempos de heroicas defensas, que glorificaron y dieron lustre a la ciudad. Se razonaba -escudándose para ello en la caballerosidad francesa- que no podía juzgarse un desdoro extremar dentro de casa las atenciones, mientras en público se manifestase cada cual poco deferente con el soldado extranjero. En la

JULIO CORTÁZAR

calle, como si no se conocieran; pero en casa era muy distinto, y de tal modo lo trataban, que retenían todas las noches a su alemán de tertulia junto al hogar, en familia.

La ciudad recobraba poco a poco su plácido aspecto exterior. Los franceses no salían con frecuencia, pero los soldados prusianos transitaban por las calles a todas horas. Al fin y al cabo, los oficiales de húsares azules, que arrastraban con arrogancia sus sables por aceras, no demostraban a los humildes ciudadanos mayor desprecio del que les habían manifestado el año anterior los oficiales de cazadores franceses que frecuentaban los mismos cafés.

Había, sin embargo, un algo especial en el ambiente; algo sutil y desconocido; una atmósfera extraña e intolerable, como una peste difundida: la peste de la invasión. Esa peste saturaba las viviendas, las plazas públicas, trocaba el sabor de los alimentos, produciendo la impresión sentida cuando se viaja lejos del propio país, entre bárbaras y amenazadoras tribus.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban sin chistar; eran ricos. Pero cuanto más opulento es el negociante normando, más le hace sufrir verse obligado a sacrificar una parte, por pequeña que sea, de su fortuna, poniéndola en manos de otro.

A pesar de la sumisión aparente, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río hacia Croiset, Dieppedalle o Biessart, los marineros y los pescadores con frecuencia sacaban del agua el cadáver de algún alemán, abotagado, muerto de una cuchillada, o de un garrotazo, con la cabeza aplastada por una piedra o lanzado al agua de un empujón desde oscuras venganzas, salvajes y legítimas represalias, des-

conocidos heroísmos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas campales y sin estruendo glorioso.

Porque los odios que inspira el invasor arman siempre los brazos de algunos intrépidos, resignados a morir por una idea.

Pero como los vencedores, a pesar de haber sometido la ciudad al rigor de su disciplina inflexible, no habían cometido ninguna de las brutalidades que les atribuía y afirmaba su fama de crueles en el curso de su marcha triunfal, se rehicieron los ánimos de los vencidos y la conveniencia del negocio reinó de nuevo entre los comerciantes de la región. Algunos tenían planteados asuntos de importancia en El Havre, ocupado todavía por el ejército francés, y se propusieron hacer una intentona para llegar a ese puerto, yendo en coche a Dieppe, en donde podrían embarcar.

Apoyados en la influencia de algunos oficiales alemanes, a los que trataban amistosamente, obtuvieron del general un salvoconducto para el viaje.

Así, pues, se había prevenido una espaciosa diligencia de cuatro caballos para 10 personas, previamente inscritas en el establecimiento de un alquilador de coches; y se fijó la salida para un martes, muy temprano, con objeto de evitar la curiosidad y aglomeración de transeúntes.

Días antes, las heladas habían endurecido ya la tierra, y el lunes, a eso de las tres, densos nubarrones empujados por un viento norte descargaron una tremenda nevada que duró toda la tarde y toda la noche.

A eso de las cuatro y media de la madrugada, los viajeros se reunieron en el patio de la Posada Normanda, en cuyo lugar debían tomar la diligencia.

JULIO CORTÁZAR

Llegaban muertos de sueño; y tiritaban de frío, arrebuados en sus mantas de viaje. Apenas se distinguían en la oscuridad, y la superposición de pesados abrigos daba el aspecto, a todas aquellas personas, de sacerdotes barrigudos, vestidos con sus largas sotanas. Dos de los viajeros se reconocieron; otro los abordó y hablaron.

—Voy con mi mujer -dijo uno.

—Y yo.

El primero añadió:

—No pensamos volver a Ruán, y si los prusianos se acercan a El Havre, nos embarcaremos para Inglaterra.

Los tres eran de naturaleza semejante y, sin duda, por eso tenían aspiraciones idénticas.

Aún estaba el coche sin enganchar. Un farolito llevado por un mozo de cuadra, de cuando en cuando aparecía en una puerta oscura, para desaparecer inmediatamente por otra. Los caballos herían con los cascos el suelo, produciendo un ruido amortiguado por la paja de sus camas, y se oía una voz de hombre dirigiéndose a las bestias, a intervalos razonable o blasfemadora. Un ligero rumor de cascabeles anunciaba el manejo de los arneses, cuyo rumor se convirtió bien pronto en un tintineo claro y continuo, regulado por los movimientos de una bestia; cesaba de pronto, y volvía a producirse con un brusca sacudida, acompañado por el ruido seco de las herraduras al chocar en las piedras.

Cerrose de golpe la puerta. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, ya no hablaban; permanecían inmóviles y rígidos.

Una espesa cortina de copos blancos se desplegaba continuamente, abrigada y temblorosa; cubría la tierra, sumergiéndolo todo

en una espuma helada; y sólo se oía en el profundo silencio de la ciudad el roce vago, inexplicable, tenue, de la nieve al caer, sensación más que ruido, encruzamiento de átomos ligeros que parecen llenar el espacio, cubrir el mundo.

El hombre reapareció con su linterna, tirando de un ronزال sujeto al morro de un rocín que le seguía de mala gana. Lo arrimó a la lanza, enganchó los tiros, dio varias vueltas en torno, asegurando los arneses; todo lo hacía con una sola mano, sin dejar el farol que llevaba en la otra. Cuando iba de nuevo al establo para sacar la segunda bestia reparó en los inmóviles viajeros, blanqueados ya por la nieve, y les dijo:

—¿Por qué no suben al coche y estarán resguardados al menos?

Sin duda no es les había ocurrido, y ante aquella invitación se precipitaron a ocupar sus asientos. Los tres maridos instalaron a sus mujeres en la parte anterior y subieron; en seguida, otras formas borrosas y arropadas fueron instalándose como podían, sin hablar ni una palabra.

En el suelo del carruaje había una buena porción de paja, en la cual se hundían los pies. Las señoras que habían entrado primero llevaban caloríferos de cobre con carbón químico, y mientras lo preparaban, charlaron a media voz: cambiaban impresiones acerca del buen resultado de aquellos aparatos y repetían cosas que de puro sabidas debieron tener olvidadas.

Por fin, una vez enganchados en la diligencia seis rocines en vez de cuatro, porque las dificultades aumentaban con el mal tiempo, una voz desde el pescante preguntó:

—¿Han subido ya todos?

Otra contestó desde dentro:

JULIO CORTÁZAR

—Sí; no falta ninguno.

Y el coche se puso en marcha.

Avanzaba lentamente a paso corto. Las ruedas se hundían en la nieve, la caja entera crujía con sordos rechinamientos; los animales resbalaban, resollaban, humeaban; y el gigantesco látigo de mayoral restallaba, sin reposo, volteaba en todos sentidos, enrollándose y desenrollándose como una delgada culebra, y azotando bruscamente la grupa de algún caballo, que se agarraba entonces mejor, gracias a un esfuerzo más grande.

La claridad aumentaba imperceptiblemente. Aquellos ligeros copos que un viajero culto, natural de Ruán precisamente, había comparado a una lluvia de algodón, luego dejaron de caer. Un resplandor amarillento se filtraba entre los nubarrones pesados y oscuros, bajo cuya sombra resaltaba más la resplandeciente blancura del campo donde aparecía, ya una hielera de árboles cubiertos de blanquísima escarcha, ya una choza con una caperuza de nieve.

A la triste claridad de la aurora lívida los viajeros empezaron a mirarse curiosamente.

Ocupando los mejores asientos de la parte anterior, dormitaban, uno frente a otro, el señor y la señora Loiseau, almacenistas de vinos en la calle de Grand Port.

Antiguo dependiente de un vinatero, hizo fortuna continuando por su cuenta el negocio que había sido la ruina de su principal. Vendiendo barato un vino malísimo a los taberneros rurales, adquirió fama de pícaro redomado, y era un verdadero normando rebosante de astucia y jovialidad.

Tanto como sus bribonadas, comentábanse también sus agudezas, no siempre ocultas, y sus bromas de todo género; nadie podía re-

ferirse a él sin añadir como un estribillo necesario: "Ese Loiseau es insustituible".

De poca estatura, realizaba con una barriga hinchada como un globo la pequeñez de su cuerpo, al que servía de remate una faz arrebolada entre dos patillas canosas.

Alta, robusta, decidida, con mucha entereza en la voz y seguridad en sus juicios, su mujer era el orden, el cálculo aritmético de los negocios de la casa, mientras que Loiseau atraía con su actividad bulliciosa.

Junto a ellos iban sentados en la diligencia, muy dignos, como vástagos de una casta elegida, el señor Carré-Lamandon y su esposa. Era el señor Carré-Lamandon un hombre acaudalado, enriquecido en la industria algodonera, dueño de tres fábricas, caballero de la Legión de Honor y diputado provincial. Se mantuvo siempre contrario al Imperio, y capitaneaba un grupo de oposición tolerante, sin más objeto que hacerse valer sus condescendencias cerca del Gobierno, al cual había combatido siempre "con armas corteses", que así calificaba él mismo su política. La señora Carré-Lamandon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los militares distinguidos, mozos y arrogantes, que iban de guarnición a Ruán.

Sentada junto a la señora de Loiseau, menuda, bonita, envuelta en su abrigo de pieles, contemplaba con los ojos lastimosos el lamentable interior de la diligencia.

Inmediatamente a ellos se hallaban instalados el conde y la condesa Hurbert de Breville, descendientes de uno de los más nobles y antiguos linajes de Normandía. El conde, viejo aristócrata, de gallardo continente, hacía lo posible para exagerar, con los artificios de su tocado, su natural semejanza con el rey Enrique IV, el cual, según una leyenda gloriosa de la familia, gozó, dándole fruto de bendición, a una

JULIO CORTÁZAR

señora de Breville, cuyo marido fue, por esta honra singular, nombrado conde y gobernador de provincia.

Colega del señor de Carré-Lamadon en la Diputación provincial, representaba en el departamento al partido orleanista. Su enlace con la hija de un humilde consignatario de Nantes fue incomprensible, y continuaba pareciendo misterioso. Pero como la condesa lució desde un principio aristocráticas maneras, recibiendo en su casa con una distinción que se hizo proverbial, y hasta dio que decir sobre si estuvo en relaciones amorosas con un hijo de Luis Felipe, agasajáronla mucho las damas de más noble alcurnia; sus reuniones fueron las más brillantes y encopetadas, las únicas donde se conservaron tradiciones de rancia etiqueta, y en las cuales era difícil ser admitido.

Las posesiones de los Brevilles producían -al decir de las gentes- unos 500,000 francos de renta.

Por una casualidad imprevista, las señoras de aquellos tres caballeros acaudalados, representantes de la sociedad serena y fuerte, personas distinguidas y sensatas, que veneran la religión y los principios, se hallaban juntas a un mismo lado, cuyos otros asientos ocupaban dos monjas, que sin cesar hacían correr entre sus dedos las cuentas de los rosarios, desgranando padrenuestrós y avemarías. Una era vieja, con el rostro descarnado, carcomido por la viruela, como si hubiera recibido en plena faz una perdigonada. La otra, muy endeble, inclinaba sobre su pecho de tísica una cabeza primorosa y febril, consumida por la fe devoradora de los mártires y de los iluminados.

Frente a las monjas, un hombre y una mujer atraían todas las miradas.

El hombre, muy conocido en todas partes, era Cornudet, fiero demócrata y terror de las gentes respetables. Hacía 20 años que salpi-

caba su barba rubia con la cerveza de todos los cafés populares. Había derrochado en francachelas una regular fortuna que le dejó su padre, antiguo confitero, y aguardaba con impaciencia el triunfo de la República, para obtener al fin el puesto merecido por los innumerables tragos que le impusieron sus ideas revolucionarias. El día 4 de septiembre, al caer el Gobierno, a causa de un error -o de una broma dispuesta intencionalmente-, se creyó nombrado prefecto; pero al ir a tomar posesión del cargo, los ordenanzas de la Prefectura, únicos empleados que allí quedaban, se negaron a reconocer su autoridad, y eso le contrarió hasta el punto de renunciar para siempre a sus ambiciones políticas. Buenazo, inofensivo y servicial, había organizado la defensa con ardor incomparable, haciendo abrir zanjas en las llanuras, talando las arboledas próximas, poniendo cepos en todos los caminos; y al aproximarse los invasores, orgulloso de su obra, se retiró más que a paso hacia la ciudad. Luego, sin duda supuso que su presencia sería más provechosa en El Havre, necesitado tal vez de nuevos atrincheros.

La mujer que iba a su lado era una de las que llaman galantes, famosa por su abultamiento prematuro, que le valió el sobrenombre de Bola de Sebo; de menos que mediana estatura, mantecosa, con las manos abotagadas y los dedos estrangulados en las falanges -como rosarios de salchichas gordas y enanas-, con una piel suave y lustrosa, con un pecho enorme, rebosante, de tal modo complacía su frescura, que muchos la deseaban porque les parecía su carne apetitosa. Su rostro era como manzanita colorada, como un capullo de amapola en el momento de reventar; eran sus ojos negros, magníficos, velados por grandes pestañas, y su boca provocativa, pequeña, húmeda, palpitante

de besos, con unos dientecitos apretados, resplandecientes de blanca.

Poseía también -a juicio de algunos- ciertas cualidades muy estimadas.

En cuanto la reconocieron las señoras que iban en la diligencia, comenzaron a murmurar; y las frases "vergüenza pública", "mujer prostituida", fueron pronunciadas con tal descaro, que le hicieron levantar la cabeza. Fijó en sus compañeros de viaje una mirada, tan provocadora y arrogante que impuso de pronto silencio; y todos bajaron la vista excepto Loiseau, en cuyos ojos asomaba más deseo reprimido que disgusto exaltado.

Pronto la conversación se rehízo entre las tres damas, cuya recíproca simpatía se aumentaba por instantes con la presencia de la moza, convirtiéndose casi en intimidad. Creíanse obligadas a estrecharse, a protegerse, a reunir su honradez de mujeres legales contra la vendedora de amor, contra la desvergonzada que ofrecía sus atractivos a cambio de algún dinero; porque el amor legal acostumbra ponerse muy fosco y malhumorado en presencia de una semejante libre.

También los tres hombres, agrupados por sus instintos conservadores, en oposición a las ideas de Cornudet, hablaban de intereses con alardes fatuos y desdeñosos, ofensivos para los pobres. El conde Hubert hacía relación de las pérdidas que le ocasionaban los prusianos, las que sumarían las reses robadas y las cosechas abandonadas, con altivez de señorón diez veces millonario, en cuya fortuna tantos desastres no lograban hacer mella. El señor Carré-Lamadon, precavido industrial, se había curado en salud, enviando a Inglaterra 600,000 francos, una bicoca de que podía disponer en cualquier instante. Y Loiseau dejaba ya vendido a la Intendencia del ejército francés todo el vino de sus bo-

degas, de manera que le debía el Estado una suma de importancia, que haría efectiva en El Havre.

Se miraban los tres con benevolencia y agrado; aun cuando su cualidad era muy distinta, los hermanaba el dinero, porque pertenecían los tres a la francmasonería de los pudientes que hacen sonar el oro al meter las manos en los bolsillos del pantalón.

El coche avanzaba tan lentamente, que a las 10 de la mañana no había recorrido aún cuatro leguas. Se habían apeado varias veces los hombres para subir, haciendo ejercicio, algunas lomas. Comenzaron a intranquilizarse, porque salieron con la idea de almorzar en Totes, y no era ya posible que llegaran hasta el anochecer. Miraban a lo lejos con ansia de adivinar una posada en la carretera, cuando el coche se atascó en la nieve y estuvieron dos horas detenidos.

Al aumentar el hambre, perturbaba las inteligencias; nadie podía socorrerlos, porque la temida invasión de los prusianos y el paso del ejército francés habían hecho imposibles todas las industrias.

Los caballeros corrían en busca de provisiones de cortijo, acercándose a todos los que veían próximos a la carretera; pero no pudieron conseguir ni un pedazo de pan, absolutamente nada, porque los campesinos, desconfiados y ladinos, ocultaban sus provisiones, temerosos de que al pasar el ejército francés, faltar de víveres, cogiera cuanto encontrara.

Era poco más de la una cuando Loiseau anunció que sentía un gran vacío en el estómago. A todos los demás les ocurría otro tanto, y la invencible necesidad, manifestándose a cada instante con más fuerza, hizo languidecer horriblemente las conversaciones, imponiendo, al fin, un silencio absoluto.

JULIO CORTÁZAR

De cuando en cuando alguien bostezaba; otro le seguía inmediatamente, y todos, cada uno conforme a su calidad, su carácter, su educación, abría la boca, escandalosa o disimuladamente, cubriendo con la mano las fauces ansiosas, que despedían un aliento de angustia.

Bola de Sebo se inclinó varias veces como si buscase alguna cosa debajo de sus faldas. Vacilaba un momento, contemplando a sus compañeros de viaje; luego, se erguía tranquilamente. Los rostros palidecían y se crispaban por instantes. Loiseau aseguraba que pagaría 1,000 francos por un jamoncito. Su esposa dio un respingo en señal de protesta, pero al punto se calmó: para la señora era un martirio la sola idea de un derroche, y no comprendía que ni en broma se dijeran semejantes atrocidades.

—La verdad es que me siento desmayado -advirtió el conde. ¿Cómo es posible que no se me ocurriera traer provisiones?

Todos reflexionaban de un modo análogo.

Cornudet llevaba un frasquito de ron. Lo ofreció, y rehusaron secamente. Pero Loiseau, menos aparatoso, se decidió a beber unas gotas, y al devolver el frasquito, agradeció el obsequio con estas palabras:

—Al fin y al cabo, calienta el estómago y distrae un poco el hambre.

Reanimose y propuso alegremente que, ante la necesidad apremiante, debían, como los náufragos de la vieja canción, comerse al más gordo. Esta broma, en que se aludía muy directamente a Bola de Sebo, pareció de mal gusto a los viajeros bien educados. Nadie la tomó en cuenta, y solamente Cornudet sonreía. Las dos monjas acabaron de mascullar oraciones, y con las manos hundidas en sus anchurosas mangas, permanecían inmóviles, bajaban los ojos obstinadamente y sin duda ofrecían al Cielo el sufrimiento que les enviaba.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Por fin, a las tres de la tarde, mientras la diligencia atravesaba llanuras interminables y solitarias, lejos de todo poblado, Bola de Sebo se inclinó, resueltamente, para sacar de debajo del asiento una cesta.

Tomó primero un plato de fina loza; luego, un vasito de plata, y después, una fiambra donde había dos pollos asados, ya en trozos, y cubiertos de gelatina; aún dejó en la cesta otros manjares y golosinas, todo ello apetitoso y envuelto cuidadosamente: pasteles, queso, frutas, las provisiones dispuestas para un viaje de tres días, con objeto de no comer en las posadas. Cuatro botellas asomaban el cuello entre los paquetes.

Bola de Sebo cogió un ala de pollo y se puso a comerla, con mucha pulcritud, sobre medio panecillo de los que llaman regencias en Normandía.

El perfume de las viandas estimulaba el apetito de los otros y agravaba la situación, produciéndoles abundante saliva y contrayendo sus mandíbulas dolorosamente. Rayó en ferocidad el desprecio que a las viajeras inspiraba la moza; la hubieran asesinado, la hubieran arrojado por una ventanilla con su cubierto, su vaso de plata y su cesta y provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos la fiambra de los pollos. Y dijo:

—La señora fue más precavida que nosotros. Hay gentes que no descuidan jamás ningún detalle.

Bola de sebo hizo un ofrecimiento amable:

—¿Usted gusta? ¿Le apetece algo, caballero? Es penoso pasar todo un día sin comer.

Loiseau hizo una reverencia de hombre agradecido:

JULIO CORTÁZAR

—Francamente, acepto; el hambre obliga mucho. La guerra es la guerra. ¿No es cierto, señora?

Y lanzando en torno una mirada, prosiguió:

—En momentos difíciles como el presente, consuela encontrar almas generosas.

Llevaba en el bolsillo un periódico y lo extendió sobre sus muslos para no mancharse los pantalones; con la punta de un cortaplumas pinchó una pata de pollo muy lustrosa, recubierta de gelatina. Le dio un bocado, y comenzó a comer tan complacido que aumentó con su alegría la desventura de los demás, que no pudieron reprimir un suspiro angustioso.

Con palabras cariñosas y humildes, Bola de Sebo propuso a las monjitas que tomaran algún alimento. Las dos aceptaron sin hacerse rogar; y con los ojos bajos, se pusieron a comer de prisa, después de pronunciar a media voz una frase de cortesía. Tampoco se mostró esquivo Cornudet a las insinuaciones de la moza, y con ella y las monjitas, teniendo un periódico sobre las rodillas de los cuatro, formaron, en la parte posterior del coche, una especie de mesa donde servirse.

Las mandíbulas trabajaban sin descanso; abríanse y cerrábanse las bocas hambrientas y feroces. Loiseau, en un rinconcito, se despachaba muy a su gusto, queriendo convencer a su esposa para que se decidiera a imitarle. Resistíase la señora; pero, al fin, víctima de un estremecimiento doloroso con floreos retóricos, pidióle permiso a "su encantadora compañera de viaje" para servir a la dama una tajadita.

Bola de Sebo se apresuró a decir:

—Cuanto usted guste.

Y sonriéndole con amabilidad, le alargó la fiambrera.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Al destaparse la primera botella de burdeos, se presentó un conflicto. Sólo había un vaso de plata. Se lo iban pasando uno al otro, después de restregar el borde con una servilleta. Cornudet, por galantería, sin duda, quiso aplicar sus labios donde los había puesto la moza.

Envueltos por la satisfacción ajena, y sumidos en la propia necesidad, ahogados por las emanaciones provocadoras y excitantes de la comida, el conde y la condesa de Breville y el señor y la señora de Carré-Landon padecieron el suplicio espantoso que ha inmortalizado el nombre de Tántalo. De pronto, la monísima esposa del fabricante lanzó un suspiro que atrajo todas las miradas, su rostro estaba pálido, compitiendo en blancura con la nieve que sin cesar caía; se cerraron sus ojos, y su cuerpo languideció; desmayose. Muy emocionado, el marido imploraba un socorro que los demás, aturridos a su vez, no sabían cómo procurarle, hasta que la mayor de las monjitas, apoyando la cabeza de la señora sobre su hombro, aplicó a sus labios el vaso de plata lleno de vino. La enferma se repuso; abrió los ojos, volvieron sus mejillas a colorearse y dijo, sonriente, que se hallaba mejor que nunca; pero lo dijo con la voz desfallecida. Entonces la monjita, insistiendo para que agotara el burdeos que había en el vaso, advirtió:

—Es hambre, señora; es hambre lo que tiene usted.

Bola de Sebo, desconcertada, ruborosa, dirigiéndose a los cuatro viajeros que no comían, balbució:

—Yo les ofrecería con mucho gusto...

Pero se interrumpió, temerosa de ofender con sus palabras la susceptibilidad exquisita de aquellas nobles personas; Loiseau completó la invitación a su manera, librando de apuro a todos:

—¡Eh! ¡Caracoles! Hay que amoldarse a las circunstancias. ¿No somos hermanos todos los hombres, hijos de Adán, criaturas de Dios?

Basta de cumplidos, y a remediarse caritativamente. Acaso no encontramos ni un refugio para dormir esta noche. Al paso que vamos, ya será mañana muy entrado el día cuando llegemos a Totes.

Los cuatro dudaban, silenciosos, no queriendo asumir ninguno la responsabilidad que sobre un "sí" pesaría.

El conde transigió, por fin, y dijo a la tímida moza, dando a sus palabras un tono solemne:

—Aceptamos, agradecidos a su mucha cortesía.

Lo difícil era el primer envite. Una vez pasado el Rubicón, todo fue como un guante. Vaciaron la cesta. Comieron, además de los pollos, un tarro de paté, una empanada, un pedazo de lengua, frutas, dulces, pepinillos y cebollitas en vinagre.

Imposible devorar las viandas y no mostrarse atentos. Era inevitable una conversación general en que la moza pudiese intervenir; al principio les violentaba un poco, pero Bola de Sebo, muy discreta, los condujo insensiblemente a una confianza que hizo desvanecer todas las prevenciones. Las señoras de Breville y de Carré-Lamadon, que tenían un trato muy exquisito, se mostraron afectuosas y delicadas. Principalmente la condesa lució esa dulzura suave de gran señora que a todo puede arriesgarse, porque no hay en el mundo miseria que lograra manchar el rancio lustre de su alcurnia. Estuvo deliciosa. En cambio, la señora Loiseau, que tenía un alma de gendarme, no quiso doblegarse: hablaba poco y comía mucho.

Trataron de la guerra, naturalmente. Adujeron infamias de los prusianos y heroicidades realizadas por los franceses: todas aquellas personas que huían del peligro alababan el valor.

Arrastrada por las historias que unos y otros referían, la moza contó, emocionada y humilde, los motivos que la obligaban a marcharse de Ruán:

—Al principio creí que me sería fácil permanecer en la ciudad vencida, ocupada por el enemigo. Había en mi casa muchas provisiones y supuse más cómodo mantener a unos cuantos alemanes que abandonar mi patria. Pero cuando los vi, no pude contenerme; su presencia me alteró: me descompuise y lloré de vergüenza todo el día. ¡Oh! ¡Quisiera ser hombre para vengarme! Débil mujer, con lágrimas en los ojos los veía pasar, veía sus corpachones de cerdo y sus puntiagudos cascos, y mi criada tuvo que sujetarme para que no les tirase a la cabeza los tiestos de los balcones. Después fueron alojados, y al ver en mi casa, junto a mí aquella gentuza, ya no pude contenerme y me arrojé al cuello de uno para estrangularlo. ¡No son más duros que los otros, no! ¡Se hundían bien mis dedos en su garganta! Y lo hubiera matado si entre todos no me lo quitan. Ignoro cómo pude salvarme. Unos vecinos me ocultaron, y al fin me dijeron que podía irme a El Havre... Así vengo.

La felicitaron; aquel patriotismo que ninguno de los viajeros fue capaz de sentir agigantaba, sin embargo, la figura de la moza, y Cornudet sonreía, con una sonrisa complaciente y protectora de apóstol; así oye un sacerdote a un penitente alabar a Dios; porque los revolucionarios barbudos monopolizan el patriotismo como los clérigos monopolizan la religión. Luego habló doctrinalmente, con énfasis aprendido en las proclamas que a diario pone alguno en cada esquina, y remató su discurso con párrafo magistral.

Bola de Sebo se exaltó, y le contradijo; no, no pensaba como él; era bonapartista, y su indignación arrebolaba su rostro cuando balbucía:

—Yo hubiera querido verlos a todos ustedes en su lugar! ¿A ver qué hubieran hecho! ¿Ustedes tienen la culpa! ¿El emperador es su víctima! Con un gobierno de gandules como ustedes, ¿daría gusto vivir! ¿Pobre Francia!

Cornudet, impasible, sonreía desdeñosamente; pero el asunto tomaba ya un cariz alarmante cuando el conde intervino, esforzándose por calmar a la moza exasperada. Lo consiguió a duras penas y proclamó, en frases corteses, que son respetables todas las opiniones.

Entre tanto, la condesa y la esposa del industrial, que profesaban a la República el odio implacable de las gentes distinguidas y reverenciaban con instinto femenino a todos los gobiernos altivos y despóticos, involuntariamente sentíanse atraídas hacia la prostituta, cuyas opiniones eran semejantes a las más prudentes y encopetadas.

Se había vaciado la cesta. Repartida entre 10 personas, aun pareció escasez su abundancia, y casi todas lamentaron prudentemente que no hubiera más. La conversación proseguía, menos animada desde que no hubo nada que engullir.

Cerraba la noche. La oscuridad era cada vez más densa, y el frío, punzante, penetraba y estremecía el cuerpo de Bola de Sebo, a pesar de su gordura. La señora condesa de Breville le ofreció su rejilla, cuyo carbón químico había sido renovado ya varias veces, y la moza se lo agradeció mucho, porque tenía los pies helados. Las señoras Carré-Lamdon y Loiseau corrieron las suyas hasta los pies de las monjas.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

El mayoral había encendido los faroles, que alumbraban con vivo resplandor las ancas de los jamelgos, y a uno y otro lado la nieve del camino parecía desenrollarse bajo los reflejos temblorosos.

En el interior del coche nada se veía; pero de pronto se pudo notar un manoteo entre Bola de Sebo y Cornudet; Loiseau, que disfrutaba de una vista penetrante, creyó advertir que el hombre barbudo apartaba rápidamente la cabeza para evitar el castigo de un puño cerrado y certero.

En el camino aparecieron unos puntos luminosos. Llegaban a Totes, por fin. Después de 14 horas de viaje, la diligencia se detuvo frente a la posada del Comercio.

Abrieron la portezuela y algo terrible hizo estremecer a los viajeros: eran los tropezones de la vaina de un sable cencerreando contra las losas. Al punto se oyeron unas palabras dichas por el alemán.

La diligencia se había parado y nadie se apeaba, como si temieran que los acuchillasen al salir. Se acercó a la portezuela el mayoral con un farol en la mano, y alzando el farol, alumbró súbitamente las dos hileras de rostros pálidos, cuyas bocas abiertas y cuyos ojos turbios denotaban sorpresa y espanto. Junto al mayoral, recibiendo también el chorro de luz, aparecía un oficial prusiano, joven, excesivamente delgado y rubio, con el uniforme ajustado como un corsé, ladeada la gorra de plato que le daba el aspecto recadero de fonda inglesa. Muy largas y tiesas las guías del bigote -que disminuían indefinidamente hasta rematar en un solo pelo rubio, tan delgado que no era fácil ver dónde terminaba-, parecían tener las mejillas tirantes con su peso, violentando también las cisuras de la boca.

En francés-alsaciano indicó a los viajeros que se apearan.

JULIO CORTÁZAR

Las dos monjitas, humildemente, obedecieron las primeras con una santa docilidad propia de las personas acostumbradas a la sumisión. Luego, el conde y la condesa; en seguida, el fabricante y su esposa. Loiseau hizo pasar delante a su cara mitad, y al poner los pies en tierra, dijo al oficial:

—Buenas noches, caballero.

El prusiano, insolente como todos los poderosos, no se dignó contestar.

Bola de Sebo y Cornudet, aun cuando se hallaban más próximos a la portezuela que todos los demás, se apearon los últimos, erguidos y altaneros en presencia del enemigo. La moza trataba de contenerse y mostrarse tranquila; el revolucionario se resobaba la barba rubicunda con mano inquieta y algo temblona. Los dos querían mostrarse dignos, imaginando que representaba cada cual su patria en situaciones tan desagradables; y de modo semejante, fustigados por la frivolidad acomodaticia de sus compañeros, la moza estuvo más altiva que las mujeres honradas, y el otro, decidido a dar ejemplo, reflejaba en su actitud la misión de indómita resistencia que ya lució al abrir zanjas, talar bosques y minar caminos.

Entraron en la espaciosa cocina de la posada, y el prusiano, después de pedir el salvoconducto firmado por el general en jefe, donde constaban los nombres de todos los viajeros y se detallaba su profesión y estado, lo examinó detenidamente, comparando las personas con las referencias escritas.

Luego dijo, en tono brusco:

—Está bien.

Y se retiró.

Respiraron todos. Aún tenían hambre y pidieron de cenar. Tardarían media hora en poder sentarse a la mesa, y mientras las criadas hacían los preparativos, los viajeros curioseaban las habitaciones que les destinaban. Abrían sus puertas a un largo pasillo, al extremo del cual una mampara de cristales raspados lucía un expresivo número.

Iban a sentarse a la mesa cuando se presentó el posadero. Era un antiguo chalán asmático y obeso que padecía constantes ahogos, con resoplidos, ronqueras y estertores. De su padre había heredado el nombre de Follenvie.

Al entrar hizo esta pregunta:

—¿La señorita Isabel Rousset?

Bola de Sebo, sobresaltándose, dijo:

—¿Qué ocurre?

—Señorita, el oficial prusiano quiere hablar con usted ahora mismo.

—¿Para qué?

—Lo ignoro, pero quiere hablarle.

—Es posible. Yo, en cambio, no quiero hablar con él.

Hubo un momento de preocupación; todos pretendían adivinar el motivo de aquella orden. El conde se acercó a la moza:

—Señorita, es necesario reprimir ciertos ímpetus. Una intemperancia por parte de usted podría originar trastornos graves. No se debe nunca resistir a quien puede aplastarnos. La entrevista no revestirá importancia y, sin duda, tiene por objeto aclarar algún error deslizado en el documento.

JULIO CORTÁZAR

Los demás se adhirieron a una opinión tan razonable; instaron, suplicaron, sermonearon y, al fin, la convencieron, porque todos temían las complicaciones que pudieran sobrevenir. La moza dijo:

—Lo hago solamente por complacerlos a ustedes.

La condesa le estrechó la mano al decir:

—Agradecemos el sacrificio.

Bola de Sebo salió, y aguardaron a servir la comida para cuando volviera.

Todos hubieran preferido ser los llamados, temerosos de que la moza irascible cometiera una indiscreción y cada cual preparaba en su magín varias insulseces para el caso de comparecer.

Pero a los cinco minutos la moza reapareció, encendida, exasperada, balbuciendo:

—¡Miserable! ¡Ah, miserable!

Todos quisieron averiguar lo sucedido; pero ella no respondió a las preguntas y se limitaba a repetir:

—Es un asunto mío, sólo mío, y a nadie le importa.

Como la moza se negó rotundamente a dar explicaciones, reinó el silencio en torno de la sopera humeante. Cenaron bien y alegremente, a pesar de los malos augurios. Como era muy aceptable la sidra, el matrimonio Loiseau y las monjas la tomaron, para economizar. Los otros pidieron vino, excepto Cornudet, que pidió cerveza. Tenía una manera especial de descorchar la botella, de hacer espuma, de contemplarla, inclinando el vaso, y de alzarlo para observar a trasluz su transparencia. Cuando bebía sus barbazas -de color de su brebaje predilecto- estremecíanse de placer; guiñaba los ojos para no perder su vaso de vista y sorbía con tanta solemnidad como si aquélla fuese

la única misión de su vida. Se diría que parangonaba en su espíritu, hermanándolas, confundiéndolas en una, sus dos grandes pasiones: la cerveza y la Revolución, y seguramente no le fuera posible paladear aquélla sin pensar en ésta.

El posadero y su mujer comían al otro extremo de la mesa. El señor Follenvie, resoplando como una locomotora desportillada, tenía demasiado estertor para poder hablar mientras comía, pero ella no callaba ni su solo instante. Refería todas sus impresiones desde que vio a los prusianos por vez primera, lo que hacían, lo que decían los invasores, maldiciéndolos y odiándolos porque le costaba dinero mantenerlos, y también porque tenía un hijo soldado. Se dirigía siempre a la condesa, orgullosa de que la oyese una dama de tanto fuste.

Luego bajaba la voz para comunicar apreciaciones comprometidas; y su marido, interrumpiéndola de cuando en cuando, aconsejaba:

—Más prudente fuera que callases.

Pero ella, sin hacer caso, proseguía:

—Sí, señora; esos hombres no hacen más que atracarse de cerdo y papas, de papas y de cerdo. Y no crea usted que son pulcros. ☐Oh, nada pulcros! Todo lo ensucian, y donde les apura... lo sueltan, con perdón sea dicho. Hacen el ejercicio durante horas todos los días, y anda por arriba y anda por abajo, y vuelve a la derecha y vuelve a la izquierda.☐Si labrasen los campos o trabajasen en las carreteras de su país! Pero no, señora; esos militares no sirven para nada. El pobre tiene que alimentarlos mientras aprenden a destruir. Yo soy una vieja sin estudios; a mí no me han educado, es cierto; pero al ver que se fatigan y se revientan en ese ir y venir mañana y tarde, me digo: habiendo tantas gentes que trabajaban para ser útiles a los demás, ¿por qué otros procuran, a fuerza de tanto sacrificio, ser perjudiciales? ☐No es

una compasión que se mate a los hombres, ya sean prusianos o ingleses, o poloneses o franceses? Vengarse de uno que nos hizo daño es punible, y el juez lo condena; pero si degüellan a nuestros hijos, como reses llevadas al matadero, no es punible, no se castiga; se dan condecoraciones al que destruye más.¿No es cierto? Nada sé, nada me han enseñando; tal vez por mi falta de instrucción ignoro ciertas cosas, y me parecen injusticias.

Cornudet dijo campanudamente:

—La guerra es una salvajada cuando se hace contra un pueblo tranquilo; es una obligación cuando sirve para defender la patria.

La vieja murmuró:

—Sí, defenderse ya es otra cosa. Pero ¿no deberíamos antes ahorcar a todos los reyes que tienen la culpa?

Los ojos de Cornudet se abillantaron:

—¡Magnífico, ciudadana!

El señor Carré-Lamadon reflexionaba. Sí, era fanático por la gloria y el heroísmo de los famosos capitanes; pero el sentido práctico de aquella vieja le hacía calcular el provecho que reportarían al mundo todos los brazos que se adiestran en el manejo de las armas, todas las energías infecundas, consagradas a preparar y sostener las guerras, cuando se aplicasen a industrias que necesitan siglos de actividad.

Levantose Loiseau y, acercándose al fondista, le habló en voz baja. Oyéndolo, Follenvie reía, tosía, escupía; su enorme vientre rebota-ba gozoso con las guasas del forastero; y le compró seis barriles de burdeos para la primavera, cuando se hubiesen retirado los invasores.

Acabada la cena, como era mucho el cansancio que sentían, se fueron todos a sus habitaciones.

Pero Loiseau, observador minucioso y sagaz, cuando su mujer se hubo acostado, aplicó los ojos y oído alternativamente al agujero de la cerradura para descubrir lo que llamaba "misterios de pasillo".

Al cabo de una hora, aproximadamente, vio pasar a Bola de Sebo, más apetitosa que nunca, rebozando en su peinador de casimir con blondas blancas. Alumbrábase con una palmatoria y se dirigía a la mampara de cristales raspados, en donde lucía un expresivo número. Y cuando la moza se retiraba, minutos después, Cornudet abrió su puerta y la seguía en calzoncillos.

Hablaron y después Bola de Sebo defendía enérgicamente la entrada de su alcoba. Loiseau, a pesar de sus esfuerzos, no pudo comprender lo que decían; pero, al fin, como levantaron la voz, cogió al vuelo algunas palabras. Cornudet, obstinado, resuelto, decía:

—¿Por qué no quieres? ¿Qué te importa?

Ella, con indignada y arrogante apostura, le respondió:

—Amigo mío, hay circunstancias que obligan mucho; no siempre se puede hacer todo, y además, aquí sería una vergüenza.

Sin duda, Cornudet no comprendió, y como se obstinase, insistiendo en sus pretensiones, la moza, más arrogante aun y en voz más recia, le dijo:

—¿No lo comprende?... ¿Cuando hay prusianos en la casa, tal vez pared por medio?

Y calló. Ese pudor patriótico de cantinera que no permite libertades frente al enemigo, debió de reanimar la desfallecida fortaleza del revolucionario, quien después de besarla para despedirse afectuosamente, se retiró a paso de lobo hasta su alcoba.

JULIO CORTÁZAR

Loiseau, bastante alterado, abandonó su observatorio, hizo unas cabriolas y, al meterse de nuevo en la cama, despertó a su amiga y co-reosa compañera, la besó y le dijo al oído:

—¿Me quieres mucho, vida mía?

Reinó el silencio en toda la casa. Y al poco rato se alzó resonando en todas partes, un ronquido, que bien pudiera salir de la cueva o del desván; un ronquido alarmante, monstruoso, acompasado, interminable, con estremecimientos de caldera en ebullición. El señor Follenvie dormía.

Como habían convenido en proseguir el viaje a las ocho de la mañana, todos bajaron temprano a la cocina; pero la diligencia, enfundada por la nieve, permanecía en el patio, solitaria, sin caballos y sin mayoral. En vano buscaban a éste por los desvanes y las cuadras. No encontrándolo dentro de la posada, salieron a buscarlo y se hallaron de pronto en la plaza, frente a la Iglesia, entre casuchas de un solo piso, donde se veían soldados alemanes. Uno pelaba papas; otro, muy barbudo y grandote, acariciaba a una criaturita de pecho que lloraba, y la mecía sobre sus rodillas para que se calmase o se durmiese, y las campesinas, cuyos maridos y cuyos hijos estaban "en las tropas de la guerra", indicaban por signos a los vencedores, obedientes, los trabajos que debían hacer: cortar leña, encender lumbre, moler café. Uno lavaba la ropa de su patrona, pobre vieja impedida.

El conde, sorprendido, interrogó al sacristán, que salía del presbiterio. El acartonado murciélago le respondió:

—¡Ah! Esos no son dañinos; creo que no son prusianos: vienen de más lejos, ignoro de qué país; y todos han dejado en su pueblo un hogar, una mujer, unos hijos; la guerra no los divierte. Juraría que también sus familias lloran mucho, que también se perdieron sus cosechas

por la falta de brazos; que allí como aquí, amenaza una espantosa miseria a los vencedores como a los vencidos. Después de todo, en este pueblo no podemos quejarnos, porque no maltratan a nadie y nos ayudan trabajando como si estuvieran en su casa. Ya ve usted, caballero: entre los pobres hay siempre caridad... Son los ricos los que hacen las guerras crueles.

Cornudet, indignado por la recíproca y cordial condescendencia establecida entre vencedores y vencidos, volvió a la posada, porque prefería encerrarse aislado en su habitación a ver tales oprobios. Loiseau tuvo, como siempre, una frase oportuna y graciosa; "Repueblan"; y el señor Carré-Lamadon pronunció una solemne frase "Restituyen".

Pero no encontraban al mayoral. Después de muchas indagaciones, lo descubrieron sentado tranquilamente, con el ordenanza del oficial prusiano, en una taberna.

El conde lo interrogó:

—¿No le habían mandado enganchar a las ocho?

—Sí; pero después me dieron otra orden.

—¿Cuál?

—No enganchar.

—¿Quién?

—El comandante prusiano.

—¿Por qué motivo?

—Lo ignoro. Pregúnteselo. Yo no soy curioso. Me prohíben enganchar y no engancho. Ni más ni menos.

—Pero ¿le ha dado esa orden el mismo comandante?

—No; el posadero, en su nombre.

—¿Cuándo?

JULIO CORTÁZAR

—Anoche, al retirarme.

Los tres caballeros volvieron a la posada bastante intranquilos.

Preguntaron por Follenvie, y la criada les dijo que no se levanta-ba el señor hasta muy tarde, porque apenas lo dejaba dormir el asma; tenía terminantemente prohibido que lo llamasen antes de las diez, como no fuera en caso de incendio.

Quisieron ver al oficial, pero tampoco era posible, aun cuando se hospedaba en la casa, porque únicamente Follenvie podía tratar con él de sus asuntos civiles.

Mientras los maridos aguardaban en la cocina, las mujeres vol-vieron a sus habitaciones para ocuparse de las minucias de su tocado.

Cornudet se instaló bajo la saliente campana del hogar, donde ar-día un buen leño; mandó que le acercaran un veladorcito de hierro y que le sirvieran un jarro de cerveza; sacó la pipa, que gozaba entre los demócratas casi tanta consideración como el personaje que chupaba en ella -una pipa que parecía servir a la patria tanto como Cornudet-, y se puso a fumar entre sorbo y sorbo, chupada tras chupada.

Era una hermosa pipa de espuma, primorosamente trabajada, tan negra como los dientes que la oprimían pero brillante, perfumada, con una curvatura favorable a la mano, de una forma tan discreta, que pa-recía una facción más de su dueño.

Y Cornudet, inmóvil, tan pronto fijaba los ojos en las llamas del hogar como en la espuma del jarro; después de cada sorbo acariciaba satisfecho con su mano flaca su cabellera sucia, cruzando vellones de humo blanco en las marañas de sus bigotes macilentos.

Loiseau, con el pretexto de salir a estirar las piernas, recorrió el pueblo para negociar sus vinos en todos los comercios. El conde y

el industrial discurrían acerca de cuestiones políticas y profetizaban el provenir de Francia. Según el uno, todo lo remediaría el advenimiento de los Orleáns; el otro solamente confiaba en un redentor ignorado, un héroe que apareciera cuando todo agonizase; un Duguesclin, una Juana de Arco y ¿por qué no un invencible Napoleón I? ¡Ah! ¡Si el príncipe imperial no fuese demasiado joven! Oyéndolos, Cornudet sonreía como quien ya conoce los misterios del futuro; y su pipa embalsamaba el ambiente.

A las 10 bajó Follenvie. Le hicieron varias preguntas apremiantes, pero él sólo pudo contestar:

—El comandante me dijo: "Señor Follenvie, no permita usted que mañana enganche la diligencia. Esos viajeros no saldrán de aquí hasta que yo lo disponga".

Entonces resolvieron avistarse con el oficial prusiano. El conde le hizo pasar una tarjeta, en la cual escribió Carré-Lamdon su nombre y sus títulos.

El prusiano les hizo decir que los recibiría cuando hubiera almorzado. Faltaba una hora.

Ellos y ellas comieron, a pesar de su inquietud. Bola de Sebo estaba febril y extraordinariamente desconcertada.

Acababan de tomar el café cuando les avisó el ordenanza.

Loiseau se agregó a la comisión; intentaron arrastrar a Cornudet, pero éste dijo que no entraba en sus cálculos pactar con los enemigos. Y volvió a instalarse cerca del fuego, ante otro jarro de cerveza.

Los tres caballeros entraron en la mejor habitación de la casa, donde los recibió el oficial, tendido en un sillón, con los pies encima de la chimenea, fumando en una larga pipa de loza y envuelto en una

JULIO CORTÁZAR

espléndida bata, recogida tal vez en la residencia campestre de algún ricacho de gustos chocarreros. No se levantó, ni saludó, ni los miró siquiera. ¡Magnífico ejemplar de la soberbia desfachatez acostumbrada entre los militares victoriosos!

Luego dijo:

—¿Qué desean ustedes?

El conde tomó la palabra:

—Deseamos proseguir nuestro viaje, caballero.

—No.

—Sería usted lo bastante bondadoso para comunicarnos la causa de tan imprevista detención?

—Mi voluntad.

—Me atrevo a recordarle, respetuosamente, que traemos un salvoconducto, firmado por el general en jefe, que nos permite llegar a Dieppe. Y supongo que nada justifica tales rigores.

—Nada más que mi voluntad. Pueden ustedes retirarse.

Hicieron una reverencia y se retiraron.

La tarde fue desastrosa: no sabían cómo explicar el capricho del prusiano y les preocupaban las ocurrencias más inverosímiles. Todos en la cocina se torturaban imaginando cuál pudiera ser el motivo de su detención. ¿Los conservarían como rehenes? ¿Por qué? ¿Los llevarían prisioneros? ¿Pedirían por su libertad un rescate de importancia? El pánico los enloqueció. Los más ricos se amilanaban con ese pensamiento: se creían ya obligados, para salvar la vida en aquel trance, a derramar tesoros entre la manos de un militar insolente. Se derretían la sesera inventando embustes verosímiles, fingimientos engañosos que salvaran su dinero del peligro en que lo veían, haciéndolos

aparecer como infelices arruinados. Loiseau, disimuladamente, guardó en el bolsillo la pesada cadena de oro de su reloj. Al oscurecer aumentaron sus aprensiones. Encendieron el quinqué, y, como aún faltaban dos horas para la comida, resolvieron jugar a la treinta y una. Cornudet, hasta el propio Cornudet, apagó su pipa y, cortésmente, se acercó a la mesa.

El conde cogió los naipes, Bola de Sebo hizo treinta y una. El interés del juego ahuyentaba los temores.

Cornudet pudo advertir que la señora y el señor Loiseau, de común acuerdo, hacían trampas.

Cuando iban a servir la comida, Follenvie apareció y dijo:

—El oficial prusiano pregunta si la señora Isabel Rousset se ha decidido ya.

Bola de Sebo, en pie, al principio descolorida, luego arrebatada, sintió un impulso de cólera tan grande, que de pronto no le fue posible hablar. Después dijo:

—Contéstele a ese canalla, sucio y repugnante, que nunca me decidiré a eso. □Nunca, nunca, nunca!

El posadero se retiró. Todos rodearon a Bola de Sebo, solicitada, interrogada por todos para revelar el misterio de aquel recado. Negose al principio, hasta que reventó exasperada:

—¿Qué quiere?... ¿Qué quiere?... ¿Que quiere?... □Nada! □Estar conmigo!

La indignación instantánea no tuvo límites. Se alzó un clamoreo de protesta contra semejante iniquidad. Cornudet rompió un vaso, al dejarlo, violentamente, sobre la mesa. Se emocionaban todos, como si a todos alcanzara el sacrificio exigido a la moza. El conde manifestó

que los invasores inspiraban más repugnancia que terror, portándose como los antiguos bárbaros. Las mujeres prodigaban a Bola de Sebo una piedad noble y cariñosa.

Cuando le efervescencia hubo pasado, comieron. Se habló poco. Meditaban.

Se retiraron pronto las señoras, y los caballeros organizaron una partida de ecarté, invitando a Follenvie con el propósito de sondearle con habilidad en averiguación de los recursos más convenientes para vencer la obstinada insistencia del prusiano. Pero Follenvie sólo pensaba en sus cartas, ajeno a cuanto le decían y sin contestar a las preguntas, limitándose a repetir:

—Al juego, al juego, señores.

Fijaba tan profundamente su atención en los naipes, que hasta se olvidaba de escupir y respiraba con estertor angustioso. Producían sus pulmones todos los registros del asma, desde los más graves y profundos a los chillidos roncós y destemplados que lanzan los polluelos cuando aprenden a cacarear.

No quiso retirarse cuando su mujer, muerta de sueño, bajó en su busca, y la vieja se volvió sola porque tenía por costumbre levantarse con el sol, mientras su marido, de natural trasnochador, estaba siempre dispuesto a no acostarse hasta el alba.

Cuando se convencieron de que no eran posible arrancarle ni media palabra, lo dejaron para irse cada cual a su alcoba.

Tampoco fueron perezosos para levantarse al otro día, con la esperanza que les hizo concebir su deseo cada vez mayor de continuar libremente su viaje. Pero los caballos descansaban en los pesebres; el mayoral no comparecía. Entretuviéronse dando paseos en torno de la diligencia.

Desayunaron silenciosos, indiferentes ante Bola de Sebo. Las reflexiones de la noche habían modificado sus juicios; odiaban a la moza por no haberse decidido a buscar en secreto al prusiano, preparando un alegre despertar, una sorpresa muy agradable a sus compañeros. ¿Había nada más justo? ¿Quién lo hubiera sabido? Pudo salvar las apariencias, dando a entender al oficial prusiano que cedía para no perjudicar a tan ilustres personajes. ¿Qué importancia pudo tener su complacencia, para una moza como Bola de Sebo?

Reflexionaban así todos, pero ninguno declaraba su opinión.

Al mediodía, para distraerse del aburrimiento, propuso el conde que diesen un paseo por las afueras. Se abrigaron bien y salieron; sólo Cornudet prefirió quedarse junto a la lumbre, y las dos monjas pasaban las horas en la iglesia o en casa del párroco.

El frío, cada vez más intenso, les pellizcaba las orejas y las narices; los pies les dolían al andar; cada paso era un martirio. Y al descubrir la campiña les pareció tan horrorosamente lúgubre su extensa blancura, que todos a la vez retrocedieron con el corazón oprimido y el alma helada.

Las cuatro señoras iban y las seguían a corta distancia los tres caballeros.

Loiseau, muy seguro de que los otros pensaban como él, preguntó si aquella mala pécora no daba señales de acceder, para evitarles que se prolongara indefinidamente su detención. El conde, siempre cortés, dijo que no podía exigírsele a una mujer sacrificio tan humillante cuando ella no se lanzaba por impulso propio.

El señor Carré-Lamdon hizo notar que si los franceses, como estaba proyectado, tomaran de nuevo la ofensiva por Dieppe, la batalla

JULIO CORTÁZAR

probablemente se desarrollaría en Totes. Puso a los otros dos en cuidado semejante ocurrencia.

—¿Y si huyéramos a pie? -dijo Loiseau.

—¿Cómo es posible, pisando nieve y con las señoras? -exclamó el conde-. Además, nos perseguirían y luego nos juzgarían como prisioneros de guerra.

—Es cierto, no hay escape.

Y callaron.

Las señoras hablaban de vestidos; pero por su ligera conversación flotaba una inquietud que les hacía opinar de opuesto modo.

Cuando apenas lo recordaban, apareció el oficial prusiano en el extremo de la calle. Sobre la nieve que cerraba el horizonte perfilaba su talle oprimido y separaba las rodillas al andar, con ese movimiento propio de los militares que procuran salvar del barro las botas primorosamente charoladas.

Inclinose al pasar junto a las damas y miró despreciativo a los caballeros, los cuales tuvieron suficiente coraje para no descubrirse, aun cuando Loiseau echase mano al sombrero.

La moza se ruborizó hasta las orejas y las tres señoras casadas padecieron la humillación de que las viera el prusiano en la calle con la mujer a la cual trataba él tan groseramente.

Y hablaron de su empaque, de su rostro. La señora Carré-Lamdon, que por haber sido amiga de muchos oficiales podía opinar con fundamento, juzgó al prusiano aceptable, y hasta se dolió de que no fuera francés, muy segura de que seduciría con el uniforme de húsar a muchas mujeres.

Ya en casa, no se habló más del asunto. Se intercambiaron algunas actitudes con motivos insignificantes. La cena, silenciosa, terminó pronto, y cada uno fue a su alcoba con ánimo de buscar en el sueño un recurso contra el hastío.

Bajaron por la mañana con los rostros fatigados; se mostraron irascibles; y las damas apenas dirigieron la palabra a Bola de Sebo.

La campana de la iglesia tocó a gloria. La muchacha recordó al pronto su casi olvidada maternidad (pues tenía una criatura en casa de unos labradores de Yvetot). El anunciado bautizo la enterneció y quiso asistir a la ceremonia.

Ya libres de su presencia, y reunidos los demás, se agruparon, comprendiendo que tenían algo que decirse, algo que acordar. Se le ocurrió a Loiseau proponer al comandante que se quedara con la moza y dejase a los otros proseguir tranquilamente su viaje.

Follenvie fue con la embajada y volvió al punto, porque, sin oírle siquiera, el oficial repitió que ninguno se iría mientras él no quedara complacido.

Entonces, el carácter populachero de la señora Loiseau la hizo estallar:

—No podemos envejecer aquí. ¿No es el oficio de la moza complacer a todos los hombres? ¿Cómo se permite rechazar a uno? ¡Si la conoceremos! En Rúan lo arrebaña todo; hasta los cocheros tienen que ver con ella. Sí, señora; el cochero de la Prefectura. Lo sé de buena tinta; como que toman vino de casa. Y hoy que podría sacarnos de un apuro sin la menor violencia, ¡hoy hace dengues, la muy zorra! En mi opinión, ese prusiano es un hombre muy correcto. Ha vivido sin trato de mujeres muchos días; hubiera preferido, seguramente, a cualquiera de nosotras; pero se contenta, para no abusar de nadie, con la que per-

tenece a todo el mundo. Respeta el matrimonio y la virtud —cuando es el amo, el señor! Le bastaría decir: "Ésta quiero" y obligar a viva fuerza, entre soldados, a la elegida.

Estremeciéronse las damas. Los ojos de la señora Carré-Lamadon brillaron; sus mejillas palidieron, como si ya se viese violada por el prusiano.

Los hombres discutían aparte y llegaron a un acuerdo.

Al principio, Loiseau, furibundo, quería entregar a la miserable atada de pies y manos. Pero el conde, fruto de tres abuelos diplomáticos, prefería tratar el asunto hábilmente, y propuso:

—Tratemos de convencerla.

Se unieron a las damas. La discusión se generalizó. Todos opinaban en voz baja, con mesura. Principalmente las señoras proponían el asunto con rebuscamiento de frases ocultas y rodeos encantadores, para no proferir palabras vulgares.

Alguien que de pronto las hubiera oído, sin duda no sospechara el argumento de la conversación; de tal modo se cubrían con flores las torpezas audaces. Pero como el baño de pudor que defiende a las damas distinguidas en sociedad es muy tenue, aquella brutal aventura las divertía, sintiéndose a gusto, en su elemento, interviniendo en un lance de amor, con la sensualidad propia de un cocinero goloso que prepara una cena exquisita sin poder probarla siquiera.

Se alegraron, porque la historia les hacía mucha gracia. El conde se permitió alusiones bastantes atrevidas —pero decorosamente apuntadas— que hicieron sonreír. Loiseau estuvo menos correcto, y sus audacias no lastimaron los oídos pulcros de sus oyentes. La idea, expresada brutalmente por su mujer, persistía en los razonamientos de todos: "¿No es el oficio de la moza complacer a los hombres? ¿Cómo se per-

mite rechazar a uno?" La delicada señora Carré-Lamadon imaginaba tal vez que, puesta en tan duro trance, rechazaría menos al prusiano que a otro cualquiera.

Prepararon el bloqueo, lo que tenía que decir cada uno y las maniobras correspondientes; quedó en regla el plan de ataque, los amaños y astucias que deberían abrir al enemigo la ciudadela viviente.

Cornudet no entraba en la discusión, completamente ajeno al asunto.

Estaban todos tan preocupados, que no sintieron llegar a Bola de Sebo; pero el conde, advertido al punto, hizo una señal que los demás comprendieron.

Callaron, y la sorpresa prolongó aquel silencio, no permitiéndoles de pronto hablar. La condesa, más versada en disimulos y tretas de salón, dirigió a la moza esta pregunta:

—¿Estuvo muy bien el bautizo?

Bola de Sebo, emocionada, les dio cuenta de todo, y acabó con esta frase:

—Algunas veces consuela mucho rezar.

Hasta la hora del almuerzo se limitaron a mostrarse amables con ella, para inspirarle confianza y docilidad a sus consejos.

Ya en la mesa, emprendieron la conquista. Primero, una conversación superficial acerca del sacrificio. Se citaron ejemplos: Judit y Holofernes; y, sin venir al caso, Lucrecia y Sextus. Cleopatra, esclavizando con los placeres de su lecho a todos los generales enemigos. Y apareció una historia fantaseada por aquellos millonarios ignorantes, conforme a la cual iban a Capua las matronas romanas para adormecer entre sus brazos amorosos al fiero Aníbal, a sus lugartenientes y a sus

JULIO CORTÁZAR

falanges de mercenarios. Citaron a todas las mujeres que han detenido a los conquistadores ofreciendo sus encantos para dominarlos con un arma poderosa e irresistible; que vencieron con sus caricias heroicas a monstruos repulsivos y odiados; que sacrificaron su castidad a la venganza o a la sublime abnegación.

Discretamente, fue mencionada la inglesa linajuda que se mandó inocular una horrible y contagiosa podredumbre para transmitírsela con fingido amor a Bonaparte, quien se libró milagrosamente gracias a una flojera repentina en la cita fatal.

Y todo se decía con delicadeza y moderación, ofreciéndose de cuando en cuando el entusiástico elogio que provocase la curiosidad heroica.

De todos aquellos rasgos ejemplares pudiera deducirse que la misión de la mujer en la tierra se reducía solamente a sacrificar su cuerpo, abandonándolo de continuo entre la soldadesca lujuriosa.

Las dos monjitas no atendieron, y es posible que ni se dieran cuenta de lo que decían los otros, ensimismadas en más íntimas reflexiones.

Bola de Sebo no despegaba los labios. Dejaronla reflexionar toda la tarde.

Cuando iban a sentarse a la mesa para comer apareció Follenvie para repetir la frase de la víspera.

Bola de Sebo respondió ásperamente.

—Nunca me decidiré a eso. ¡Nunca, nunca!

Durante la comida, los aliados tuvieron poca suerte. Loiseau dijo tres impertinencias. Se devanaban los sesos para descubrir nuevas heroicidades -y sin que saltase al paso ninguna-, cuando la condesa, tal

vez sin premeditarlo, sintiendo una irresistible comezón de rendir a la Iglesia un homenaje, se dirigió a una de las monjas -la más respetable por su edad- y le rogó que refiriese algunos actos heroicos de la historia de los santos que habían cometido excesos criminales para humanos ojos y apetecidos por la Divina Piedad, que los juzgaba conforme a la intención, sabedora de que se ofrecían a la gloria de Dios o a la salud y provecho del prójimo. Era un argumento contundente. La condesa lo comprendió, y fuese por una tácita condescendencia natural en todos los que visten hábitos religiosos, o sencillamente por una casualidad afortunada, lo cierto es que la monja contribuyó al triunfo de los aliados con un formidable refuerzo. La habían juzgado tímida, y se mostró arrogante, violenta, elocuente. No tropezaba en incertidumbres causísticas, era su doctrina como una barra de acero; su fe no vacilaba jamás, y no enturbiaba su conciencia ningún escrúpulo. Le parecía sencillo el sacrificio de Abrahán; también ella hubiese matado a su padre y a su madre por obedecer un mandato divino; y, en su concepto, nada podía desagradar al Señor cuando las intenciones eran laudables. Aprovechando la condesa tan favorable argumentación de su improvisada cómplice, la condujo a parafrasear un edificante axioma, "el fin justifica los medios", con esta pregunta:

—¿Supone usted, hermana, que Dios acepta cualquier camino y perdona siempre, cuando la intención es honrada?

—¿Quién lo duda, señora? Un acto punible puede, con frecuencia, ser meritorio por la intención que lo inspire.

Y continuaron así discuriendo acerca de las decisiones recónditas que atribuían a Dios, porque lo suponían interesado en sucesos que, a la verdad, no deben importarle mucho.

JULIO CORTÁZAR

La conversación, así encarrilada por la condesa, tomó un giro hábil y discreto. Cada frase de la monja contribuía poderosamente a vencer la resistencia de la cortesana. Luego, apartándose del asunto ya de sobra repetido, la monja hizo mención de varias fundaciones de su Orden; habló de la superiora, de sí misma, de la hermana San Sulpicio, su acompañante. Iban llamadas a El Havre para asistir a cientos de soldados con viruela. Detalló las miserias de tan cruel enfermedad, lamentándose de que, mientras inútilmente las retenía el capricho de un oficial prusiano, algunos franceses podían morir en el hospital, faltos de auxilio. Su especialidad fue siempre asistir al soldado; estuvo en Crimea, en Italia, en Austria, y al referir azares de la guerra, se mostraba de pronto como una hermana de la Caridad belicosa y entusiasta, sólo nacida para recoger heridos en lo más recio del combate; una especie de sor María Rataplán, cuyo rostro descarnado y descolorido era la imagen de las devastaciones de la guerra.

Cuando hubo terminado, el silencio de todos afirmó la oportunidad de sus palabras.

Después de cenar se fue cada cual a su alcoba, y al día siguiente no se reunieron hasta la hora del almuerzo.

La condesa propuso, mientras almorzaban, que debieran ir de paseo por la tarde. Y el conde, que llevaba del brazo a la moza en aquella excursión, se quedó rezagado.

Todo estaba convenido.

En tono paternal, franco y un poquito displicente, propio de un "hombre serio" que se dirige a un pobre ser, la llamó niña, con dulzura, desde su elevada posición social y su honradez indiscutible, y sin preámbulos se metió de lleno en el asunto.

—¿Prefiere vernos aquí víctimas del enemigo y expuestos a sus violencias, a las represalias que seguirían indudablemente a una derrota? ¿Lo prefiere usted a doblegarse a una... liberalidad muchas veces por usted consentida?

La moza callaba.

El conde insistía, razonable y atento, sin dejar de ser "el señor conde", muy galante con afabilidad, hasta con ternura si la frase lo exigía. Exaltó la importancia del servicio y el "imborrable agradecimiento". Después comenzó a tutearla de pronto, alegremente:

—No seas tirana, permite al infeliz que se vanaglorie de haber gozado a una criatura como no debe haberla en su país.

La moza, sin despegar los labios, fue a reunirse con el grupo de señoras.

Ya en casa se retiró a su cuarto, sin comparecer ni a la hora de la comida. La esperaban con inquietud. ¿Qué decidiría?

Al presentarse Follenvie, dijo que la señorita Isabel se hallaba indispuesta, que no la esperasen. Todos aguzaron el oído. El conde se acercó al posadero y le preguntó en voz baja:

—¿Ya está?

—Sí.

Por decoro no preguntó más; hizo una mueca de satisfacción dedicada a sus acompañantes, que respiraron satisfechos, y se reflejó una retozona sonrisa en los rostros.

Loiseau no pudo contenerse:

—¡Caramba! Convido champaña para celebrarlo.

Y se le amargaron a la señora Loiseau aquellas alegrías cuando apareció Follenvie con cuatro botellas.

JULIO CORTÁZAR

Mostrándose a cual más comunicativo y bullicioso, rebosaba en sus almas un goce fecundo. El conde advirtió que la señora Carré-Lamadon era muy apetecible, y el industrial tuvo frases insinuantes para la condesa. La conversación chisporroteaba, graciosa, vivaracha, jovial.

De pronto, Loiseau, con los ojos muy abiertos y los brazos en alto, aulló:

—[Silencio!

Todos callaron estremecidos.

—[Chist! -y arqueaba mucho las cejas para imponer atención.

Al poco rato dijo con suma naturalidad.

—Tranquilícense. Todo va como una seda.

Pasado el susto, le rieron la gracia.

Luego repitió la broma:

—[Chist!...

Y cada 15 minutos insistía. Como si hablara con alguien del piso alto, daba consejos de doble sentido, producto de su ingenio de comisionista. Ponía de pronto la cara larga, y suspiraba al decir:

—[Pobrecita!

O mascullaba una frase rabiosa:

—[Prusiano asqueroso!

Cuando estaban distraídos, gritaban:

—[No más! [No más!

Y como si reflexionase, añadía entre dientes:

—[Con tal que volvamos a verla y no la haga morir, el miserable!

A pesar de ser aquellas bromas de gusto deplorable, divertían a los que las toleraban y a nadie indignaron, porque la indignación, co-

mo todo, es relativa y conforme al medio en que se produce. Y allí respiraban un aire infestado por todo género de malicias impúdicas.

Al fin, hasta las damas hacían alusiones ingeniosas y discretas. Se había bebido mucho, y los ojos encandilados chisporroteaban. El conde, que hasta en sus abandonos conservaba su respetable apariencia, tuvo una graciosa oportunidad, comparando su goce al que pueden sentir los exploradores polares, bloqueados por el hielo, cuando ven abrirse un camino hacia el Sur.

Loiseau, alborotado, levantose a brindar.

—¡Por nuestro rescate!

En pie, aclamaban todos, y hasta las monjitas, cediendo a la general alegría, humedecían sus labios en aquel vino espumoso que no habían probado jamás. Les pareció algo así como limonada gaseosa, pero más fino.

Loiseau advertía:

—¡Qué lastima! Si hubiera un piano podríamos bailar un rigodón.

Cornudet, que no había dicho ni media palabra, hizo un gesto desapacible. Parecía sumergido en pensamientos graves, y de cuando en cuando estirábase las barbas con violencia, como si quisiera alargarlás más aún.

Hacia medianoche, al despedirse, Loiseau, que se tambaleaba, le dio un manotazo en la barriga, tartamudeando:

—¿No está usted satisfecho? ¿No se le ocurre decir nada?

Cornudet, erguido el rostro y encarado con todos, como si quisiera retratarlos con una mirada terrible, respondió:

JULIO CORTÁZAR

—Sí, por cierto. Se me ocurre decir a ustedes que han fraguado una canallada.

Se levantó y se fue repitiendo:

—¡Una canallada!

Era como un jarro de agua. Loiseau quedose confundido; pero se repuso con rapidez, soltó la carcajada y exclamó:

—Están verdes, para usted... están verdes.

Como no le comprendían, explicó los "misterios del pasillo". Entonces rieron desaforadamente; parecían locos de júbilo. El conde y el señor Carré-Lamadon lloraban de tanto reír. ¡Qué historia! ¡Era increíble!

—Pero ¿está usted seguro?

—¡Tan seguro! Como que lo vi.

—¿Y ella se negaba...?

—Por la proximidad... vergonzosa del prusiano.

—¿Es cierto?

—¡Ciertísimo! Pudiera jurarlo.

El conde se ahogaba de risa; el industrial tuvo que sujetarse con las manos el vientre, para no estallar.

Loiseau insistía:

—Y ahora comprenderán ustedes que no le divierta lo que pasa esta noche.

Reían sin fuerzas ya, fatigados, aturdidos.

Acabó la tertulia. "Felices noches."

La señora Loiseau, que tenía el carácter como una ortiga, hizo notar a su marido, cuando se acostaban, que la señora Carré-Lamadon,

"la muy fantasma", rió de mala gana, porque pensando en lo de arriba se le pusieron los dientes largos.

—El uniforme las vuelve locas. Francés o prusiano, ¿qué más da? ¡Mientras haya galones! ¡Dios mío! ¡Es una vergüenza como está el mundo!

Y durante la noche resonaron continuamente, a lo largo del oscuro pasillo, estremecimientos, rumores tenues apenas perceptibles, roces de pies desnudos, alientos entrecortados y crujir de faldas. Ninguno durmió, y por debajo de todas las puertas asomaron, casi hasta el amanecer, pálidos reflejos de las bujías.

El champaña suele producir tales consecuencias, y, según dicen, da un sueño intranquilo.

Por la mañana, un claro sol de invierno hacía brillar la nieve deslumbradora.

La diligencia, ya enganchada, revivía para proseguir el viaje, mientras las palomas de blanco plumaje y ojos rosados, con las pupilas muy negras, picoteaban el estiércol, erguidas y oscilantes entre las patas de los caballos.

El mayoral, con su chamarra de piel, subido en el pescante, llenaba su pipa; los viajeros, ufanos, veían cómo les empaquetaban las provisiones para el resto del viaje.

Sólo faltaba Bola de Sebo, y al fin compareció.

Se presentó algo inquieta y avergonzada; cuando se detuvo para saludar a sus compañeros, hubiérase dicho que ninguno la veía, que ninguno reparaba en ella. El conde ofreció el brazo a su mujer para alejarla de un contacto impuro.

JULIO CORTÁZAR

La moza quedó aturdida; pero sacando fuerzas de flaqueza, dirigió a la esposa del industrial un saludo humildemente pronunciado. La otra se limitó a una leve inclinación de cabeza, imperceptible casi, a la que siguió una mirada muy altiva, como de virtud que se rebela para rechazar una humillación que no perdona. Todos parecían violentados y despreciativos a la vez, como si la moza llevara una infección purulenta que pudiera comunicárseles.

Fueron acomodándose ya en la diligencia, y la moza entró después de todos para ocupar su asiento.

Como si no la conocieran. Pero la señora Loiseau la miraba de reojo, sobresaltada, y dijo a su marido:

—Menos mal que no estoy a su lado.

El coche arrancó. Proseguían el viaje.

Al principio nadie hablaba. Bola de Sebo no se atrevió a levantar los ojos. Sentíase a la vez indignada contra sus compañeros, arrepentida por haber cedido a sus peticiones y manchada por las caricias del prusiano, a cuyos brazos la empujaron todos hipócritamente.

Pronto la condesa, dirigiéndose a la señora Carré-Lamdon, puso fin al silencio angustioso:

—¿Conoce usted a la señora de Etreilles?

—¡Vaya! Es amiga mía.

—¡Qué mujer tan agradable!

—Sí; es encantadora, excepcional. Todo lo hace bien: toca el piano, canta, dibuja, pinta... Una maravilla.

El industrial hablaba con el conde, y confundidas con el estrepitoso crujir de cristales, hierros y maderas, oíanse algunas de sus palabras: "...Cupón... Vencimiento... Prima... Plazo..."

Loiseau, que había escamoteado los naipes de la posada, engrasados por tres años de servicio sobre mesas nada limpias, comenzó a jugar al bésique con su mujer.

Las monjitas, agarradas al grueso rosario pendiente de su cintura, hicieron la señal de la cruz, y de pronto sus labios, cada vez más presurosos, en un suave murmullo, parecían haberse lanzado a una carrera de oremus; de cuando en cuando besaban una medallita, se persignaban de nuevo y proseguían su especie de gruñir continuo y rápido.

Cornudet, inmóvil, reflexionaba.

Después de tres horas de camino, Loiseau, recogiendo las cartas, dijo:

—Hace hambre.

Y su mujer alcanzó un paquete atado con un bramante, del cual sacó un trozo de carne asada. Lo partió en rebanadas finas, con pulso firme, y ella y su marido comenzaron a comer tranquilamente.

—Un ejemplo digno de ser imitado -advirtió la condesa.

Y comenzó a desenvolver las provisiones preparadas para los dos matrimonios. Venían metidas en un cacharro de los que tienen para pomo en la tapadera una cabeza de liebre, indicando su contenido: un succulento pastelón de liebre, cuya carne sabrosa, hecha picadillo, estaba cruzada por collares de fina manteca y otras agradables añadiduras. Un buen pedazo de queso, liado en un papel de periódico, lucía la palabra "Sucesos" en una de sus caras.

Las monjitas comieron una longaniza que olía mucho a especias y Cornudet, sumergiendo ambas manos en los bolsillos de su gabán, sacó de uno de ellos cuatro huevos duros y del otro un panecillo. Mon-

dó uno de los huevos, dejando caer en el suelo el cascarón y partículas de yema sobre sus barbas.

Bola de Sebo, en la turbación de su triste despertar, no había dispuesto ni pedido merienda, y exasperada, iracunda, veía cómo sus compañeros mascaban plácidamente. Al principio la crispó un arranque tumultuoso de cólera, y estuvo a punto de arrojar sobre aquellas gentes un chorro de injurias que le venían a los labios; pero tanto era su desconsuelo, que su congoja no le permitió hablar.

Ninguno la miró ni se preocupó de su presencia; sentíase la infeliz sumergida en el desprecio de la turba honrada que la obligó a sacrificarse, y después la rechazó, como un objeto inservible y asqueroso. No pudo menos de recordar su hermosa cesta de provisiones devoradas por aquellas gentes; los dos pollos bañados en su propia gelatina, los pasteles y la fruta, y las cuatro botellas de burdeos. Pero sus furores cedieron de pronto, como una cuerda tirante que se rompe, y sintió pujos de llanto. Hizo esfuerzos terribles para vencerse; irguióse, tragó sus lágrimas como los niños, pero asomaron al fin a sus ojos y rodaron por sus mejillas. Una tras otra, cayeron lentamente, como las gotas de agua que se filtran a través de una piedra; y rebotaban en la curva oscilante de su pecho. Mirando a todos resuelta y valiente, pálido y rígido el rostro, se mantuvo erguida, con la esperanza de que no la vieran llorar.

Pero advertida la condesa, hizo al conde una señal. Se encogió de hombros el caballero, como si quisiera decir: "No es mía la culpa".

La señora Loiseau, con una sonrisita maliciosa y triunfante, susurró:

—Se avergüenza y llora.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Las monjitas reanudaron su rezo después de envolver en papel el sobrante de longaniza.

Y entonces Cornudet -que digería los cuatro huevos duros- estiró sus largas piernas bajo el asiento delantero, reclinose, cruzó los brazos, y sonriente, como un hombre que acierta con una broma pesada, comenzó a canturrear La Marsellesa.

En todos los rostros pudo advertirse que no era el himno revolucionario del gusto de los viajeros. Nerviosos, desconcertados, intranquilos, removíanse, manoteaban; ya solamente les faltó aullar como los perros al oír un organillo.

Y el demócrata, en vez de callarse, amenizó el bromazo añadiendo a la música su letra:

Patrio amor que a los hombres encanta, conduce nuestros brazos vengadores; libertada, libertad sacrosanta, combate por tus fieles defensores.

Avanzaba mucho la diligencia sobre la nieve ya endurecida, y hasta Dieppe, durante las eternas horas de aquel viaje, sobre los baches del camino, bajo el cielo pálido y triste del anochecer, en la oscuridad lóbrega del coche, proseguía con una obstinación rabiosa el canturreo vengativo y monótono, obligando a sus irascibles oyentes a rimar sus crispaciones con la medida y los compases del odioso cántico.

Y la moza lloraba sin cesar; a veces un sollozo, que no podía contener, se mezclaba con las notas del himno entre las tinieblas de la noche.

Los soñadores

Isak Dinesen

Noche de luna llena en el año 1863. Una embarcación navegaba desde Lamu a Zanzíbar, siguiendo la costa a una milla de distancia.

Iba a toda vela delante del monzón, con un cargamento de marfil y cuernos de rinoceronte. Esto último, altamente cotizado como afrodisíaco. Los comerciantes vienen a Zanzíbar en su búsqueda, incluso desde China. La embarcación llevaba, además, un cargamento secreto; un cargamento que iba a conmover al mundo. La noche era tan tranquila que su silencio y su paz asustaban, como si algo terrible fuese a suceder en el mundo.

El monzón azotaba desde lugares lejanos, y el mar saltaba hecho espuma hacia la faz de la luna, cuyo resplandor sobre el agua era tan brillante que parecía como si toda la luz del mundo surgiera del mar para reflejarse luego en el firmamento.

Las olas semejaban masas sólidas y firmes por las que se podría caminar con seguridad. El firmamento parecía hundirse en abismos

insondables de mundos plateados, plata brillante o plata ennegrecida, siempre plata sobre plata.

Los dos esclavos en la popa, inmóviles, parecían estatuas; sus cuerpos desnudos de cintura arriba, tenían el mismo gris oscuro del mar allí donde la luna no lo iluminaba. Cuando los reflejos de la luz lunar daban en sus espaldas y en sus brazos, dibujaban sus figuras en la sombra.

El sombrero rojo de uno de ellos tomaba color de ciruela a la luz de la lima. Las velas brillaban como el vientre blanco de un gigantesco pez muerto. El aire era como de invernadero, tan húmedo que las tablazonas y cuerdas del barco rezumaban un rocío salado. A popa colgaba un pequeño farol, y a su alrededor se agrupaban tres personas.

El primero era el joven Said Ben Ahamed, hijo de una hermana de Tippto Tip y muy querido de él. Por traición de sus rivales, había estado prisionero durante dos años en el Norte, pero habla logrado evadirse y llegar a Lamu por medios extraños e inauditos.

Ahora estaba allí, desconocido, rumbo a su país para tomar venganza de sus enemigos. El deseo de venganza que ardía en el corazón de Said era más fuerte y poderoso que el mismo monzón, y en realidad podría decirse que era ella lo que empujaba al barco.

Si muchos grandes personajes supieran que Said estaba en el barco esta noche, con rumbo a Zanzíbar, se precipitarían a recoger y poner a salvo sus propiedades y sus harenes y alejarse antes de que fuera demasiado tarde.

Estaba sentado, las piernas cruzadas, inclinado hacia adelante, las manos sueltas apoyadas sobre los travesaños que tenía ante él, sumido en profundos pensamientos.

JULIO CORTÁZAR

El segundo del grupo era una persona de fama, el renombrado narrador de cuentos Mira Jama. Las invenciones de este hombre prodigioso hablan sido escuchadas y ponderadas por cientos de tribus. Estaba, como Said, con las piernas cruzadas, de espaldas a la luna; pero la luz era lo bastante clara para dejar ver que al gran Mira Jama le hablan sido cortadas la nariz y las orejas en algún desventurado encuentro con el destino. Iba pobrementemente vestido, pero algo en él reflejaba su antiguo carácter. Alrededor del cuerpo llevaba una faja gruesa y descolorida de seda carmesí, que a veces brillaba como fuego o como auténticos rubíes, a la luz del pequeño farol.

El tercero era un inglés de cabello rubio, Lincoln Forsner, a quien los nativos de la costa llamaban Tembu, que significa marfil o alcohol.

Lincoln era hijo de una familia acaudalada, llegado allí por muchos vientos y reveses de fortuna. Vestía camisa árabe y pantalones indios sueltos, pero iba afeitado y con patillas, según corresponde a un caballero inglés.

Masticaba esas hojas secas que los *Swabeli* llaman *murungu*, que tienen la virtud de mantener al que las mastica en plácida vigilia.

Se habla unido a la expedición de Said por afecto y carillo hacia este joven y también por ver lo que iba a ocurrir; era muy aficionado a las aventuras y había sido testigo de curiosos sucesos en distintos países. Su corazón estaba alegre. Le gustaba mucho navegar y le complacía sobremanera la velocidad de aquel barco, la noche cálida y apacible y la luna llena.

—Mira —dijo— ¿por qué no nos cuentas esta noche alguna de esas maravillosas historias que tanta fama te han dado entre las tribus? Tú sabes muchos cuentos. Sabes algunos que hacen paralizar la sangre

y desconfiar de los amigos más íntimos, apropiados para una noche cálida y apacible como ésta, y para gente que no tiene entre manos ninguna empresa ni compromiso de inmediato cumplimiento. ¿No tienes algo preparado para nosotros?

—No, no me queda ninguna, Tembu —respondió Mira—. No tengo cuentos de esos que hacen entristecer y paralizar la sangre, apropiados, como tú terminas de decir, para personas que no tienen entre manos ninguna empresa ni compromiso de inmediato cumplimiento. Es cierto que yo, en tiempos, fui un gran decidor de cuentos y anécdotas, que estaba especializado en historias de esas que hacen congelar la sangre en las venas. Los diablos, el veneno, la traición, la tortura, la oscuridad y la locura: éstos eran los temas de sus más grandes narraciones y el punto fuerte de Mira.

—Ahora precisamente —arguyó Lincoln— recuerdo uno de tus cuentos más célebres. Recuerdo que lograste asustarme, y a dos bailarinas de Lamu, que en realidad no tenían necesidad de haberse asustado. La verdad fue que ninguno de los tres pudimos dormir aquella noche. El sultán quería una virgen, y después de mucho buscar le fue hallada una en las montañas. Llevada ante el sultán, éste no la encontró...

—Sí, sí. Ya comprendo.

Mira comenzó el cuento. Súbitamente varió de aspecto y semblante. Sus ojos negros adquirieron un resplandor especial, y sus manos comenzaron a accionar como sólo él sabía hacerlo. Parecían dos serpientes que hubiesen salido de su cesta a contorsionarse al son de la flauta.

—Sí —repitió Mira Jama—. El sultán quería una verdadera virgen, una doncella que jamás hubiese oído hablar de los hombres.

JULIO CORTÁZAR

Después de muchas penalidades y disturbios fue traída una desde el reino Amazón, en las montañas, lugar donde todos los varones habían muerto asesinados por las mujeres durante una serie de guerras salvajes. Cuando el sultán llegaba para conocerla, observó por entre unas cortinas que la joven estaba mirando a un aguador que entraba y salía frecuentemente en palacio, y la oyó exclamar: "¡Oh, me han traído a buen lugar! Esa criatura debe de ser un ángel muy poderoso, quizás el dios que enciende los relámpagos. Ya no me importa morir, porque acabo de ver lo que nadie ha visto nunca." A esto, el joven aguador miró a la ventana y se estuvo quieto allí con la vista fija en la doncella. Una terrible tristeza se apoderó del sultán ante aquella escena. Hubiera ordenado en aquellos momentos que enterraran vivos al joven y a la virgen en una tumba de mármol, lo suficiente ancha para hacer de cama de matrimonio. La hubiera enterrado bajo una de las palmeras de su jardín, y él mismo hubiera ido allí con frecuencia para preguntarse muchas cosas sobre la imposibilidad de satisfacer los deseos de un corazón como el suyo. Ese es el cuento que oíste de mí en otros tiempos.

—Sí. Pero entonces lo contaste mucho mejor —dijo Lincoln—. Entonces te paraste en más detalles, y aclaraciones y pormenores, salsa de tus narraciones, lo que te dio justa fama y renombre.

—Así es —dijo Mira—. También es cierto que el mundo no vivía entonces sin Mira Jama. La gente gustaba de ser asustada, de recibir impresiones fuertes. Los grandes príncipes gustaban de oírme para sentir la sangre paralizada en sus venas. Las damas suspiraban por estremecerse con mis relatos. Las bailarinas se inspiraban para crear nuevos pasos oyendo mis cuentos de persecuciones. Oh, ¡cuánto me quería el mundo en aquellos días! Entonces yo era de buen ver y tenía

las mejillas sonrosadas. Bebía vino selecto, vestía ropas bordadas con oro y perfumadas con ámbar, y en mis habitaciones ardía siempre el incienso.

—¿Y a qué es debido cambio tan radical? —preguntó Lincoln.

—¡Ay! —contestó Mira, al tiempo que volvía a su primera postura—. A medida que he ido avanzando en años he ido perdiendo la capacidad de producir el miedo. Cuando uno se da cuenta de que las cosas son tal y como se las había imaginado, pierde toda potencia y facultad para hacer poemas sobre ellas. Cuando se han tenido conversaciones con los espíritus y relaciones con los mismos demonios, al final, se tiene más miedo de los acreedores que de la ultratumba. Me he familiarizado con la vida; ya no puede alucinarme por más tiempo la creencia de que una cosa es peor que otra. El día y la oscuridad, un enemigo y un amigo... He llegado al convencimiento de que son la misma cosa. ¿Cómo puedo asustar y aterrorizar a los demás cuando yo mismo he perdido todo miedo y todo terror? Contaba en mi« tiempos una historia verdaderamente trágica, llena de agonía y de intensa emoción, inmensamente popular. Se trataba de un joven que acabó con la nariz y las orejas cortadas. Ahora no puedo impresionar a nadie con aquel cuento, aunque quisiera, puesto que he llegado al convencimiento de que estar sin orejas y sin nariz no es mucho peor que estar con ellas. Ese es el motivo de que me veáis aquí, con la piel y los huesos, vestido con viejos harapos y acompañando a Said en la prisión y en la pobreza, en lugar de continuar cerca de los tronos de los poderosos de la tierra, floreciente y adulado por doquier, como lo fuera el joven Mira Jama.

—¿Y no podrías ahora, Mira —preguntó Lincoln— relatar un cuento sobre la pobreza y la impopularidad?

JULIO CORTÁZAR

—No —contestó orgulloso el narrador—. No es esa la clase de cuentos de Mira Jama.

—Está bien —dijo Lincoln—. Y, ¿qué es la vida, Mira, sino la máquina más excelente, más cuidadosamente fabricada, complicada hasta el infinito para cambiar a los cachorros gordos, juguetones y traviesos en perros viejos, sarnosos y ciegos, a los altivos caballos de guerra en jamelgos secos y pellejados, a los jóvenes bravos que el mundo admira en hombres viejos y acabados?

—[Oh! Lincoln Forsner —dijo el desnarigado decididor de cuentos—, ¿qué es un hombre, según tus pensamientos, más que una máquina ingeniosa, fabricada con todo detalle para cambiar el vino tinto de Shiraz en orina? Tal vez me preguntes dónde se encuentra el placer más intenso, si en orinar o en beber. ¿Qué se ha hecho de mí? He compuesto canciones, he recibido besos, he matado a un calumniador, he anunciado a un profeta, he emitido Juicios rectos y sabios, he lanzado chistes... El mundo ha bebido en el Joven decididor de cuentos, Mira. El logró llegar con sus historias al cerebro de la gente, hizo que sus ideas encendieran sus venas, consiguió hacer los hechos atractivos y subyugadores, con colorido y calor. Ahora he perdido muchas facultades. Los efectos que antes utilizaba están ya desgastados e inservibles. El mundo se complacerá muy pronto en escupirme y desecharme como cosa inútil y sin mérito. Pero no olvidéis nunca: los cuentos que yo inventé y narré con tanta habilidad y pericia durarán siempre.

—¿Y qué has hecho tú —preguntó Lincoln— para poder inventar cuentos tan sabrosos e interesantes, y luego deshacerte de ellos tan vertiginosamente?

—Yo sueño —informó Mira.

—¿Sueñas?

—Sí, por la gracia de Dios. Todas las noches, cuando me quedo dormido comienzo a soñar. Y en mis sueños tengo la sensación del miedo y del terror. Las cosas para mí entonces son terribles. Llevo conmigo muy a menudo algo Infinitamente caro y precioso, algo que yo sé a ciencia cierta que no se encuentra en las cosas reales. Allí guardo aquello contra todo peligro. Es algo que no encontraré jamás en la vida real. Temo que seré hundido y aniquilado si lo pierdo. En mis sueños, la oscuridad se llena de horrores indescriptibles, aunque también encuentro algunas veces huidas y persecuciones que me producen un placer y un deleite celestiales.

Guardó silencio por unos momentos.

—Pero lo que particularmente me complace y me deleita en mis sueños —prosiguió— es que en ellos el mundo crece a mi alrededor, sin esfuerzo alguno por mi parte. Aquí, en la vida real, si quiero ir a Gazi tengo que regatear para conseguir una barca; tengo que comprar y preparar más provisiones, me es preciso virar contra los vientos y hasta hacerme naga«en las manos con los remos. Luego, cuando ya consigo llegar a Gazi, después de todas estas penalidades, ¿qué tengo que hacer allí? También necesito pensar sobre esto. Sin embargo, en mis sueños, me encuentro sin esfuerzo alguno caminando por una larga hilera de escalones de piedra que me guían desde el mar. Estos escalones no los he visto antes y, sin embargo, tengo la sensación que el subir por ellos me proporcionará un gran placer y que me conducirán finalmente a algo altamente delicioso... O me encuentro de cacería en una larga cadena de colinas; tengo gente a mí alrededor con arcos y flechas y perros adiestrados. Pero no sé ni lo que voy a casar, ni cómo ni por qué he ido allí.

JULIO CORTÁZAR

Una vez penetré en una habitación desde una galería, por la mañana muy temprano. Sobre el piso de piedra estaban las pequeñas sandalias de una mujer. En aquel mismo momento pensé que eran de ella. Entonces mi corazón se inundó de placer y palpité desahogadamente. Todo aquello no me costó ninguna turbación ni ningún trabajo. Tuve una mujer sin gasto alguno. Otras veces me di cuenta de que fuera, en la puerta, estaba un hombre negro corpulento; era muy negro lo que significaba para mí que me mataría. Pero tenía la tranquilidad de que nada había hecho para hacerle mi enemigo, por lo que esperé hasta que el sueño me informara cómo lograrla escapar de él, ya que yo no sabía lo que debía hacer. El aire de mis sueños, particular, mente desde que estoy con Said, es siempre muy fuerte y vivo. lento. Generalmente, me veo como una pequeña e insignificante figura en un gran paisaje o en una casa muy grande. En todo esto un joven no encontraría placer de ninguna clase; pero para mí guarda tanto deleite y complacencia como el que se siente cuando se orina después de terminar el vino.

—Yo no sé nada de eso, Mira —arguyó Lincoln—. Yo casi nunca sueño.

—¡Oh, Lincoln! ¡Que Dios te conceda muchos años de vida! —dijo Mira—. Tú sueñas mucho más que sueño yo. ¿Es que no conozco yo a los soñadores tan pronto como me encuentro con ellos? Tú sueñas despierto y caminando. Tú no harás nada por elegir y escoger tus propios caminos. Tú dejas que el mundo siga rodando a tu alrededor y luego abres los ojos para ver dónde te encuentras. Este mismo viaje tuyo de esta noche es un sueño para ti. Te dejas mover despreocupado por las olas del destino y luego abrirás los ojos mañana para saber dónde te encuentras.

—Para ver tu bonito rostro —dijo Lincoln.

Mira, después de una pausa, volvió los ojos a Lincoln y dijo súbitamente:

—Tú sabes, Tembu, que si al plantar un cafeto doblas la raíz, ese árbol comenzará, después de un corto tiempo, a echar uní» multitud de raíces pequeñas y delicadas cerca de la superficie. Ese árbol nunca prosperará, nunca dará finitos, pero floreceré con más riqueza y con más pujanza que los otros. Esas delicadas raíces, enténdelo bien, son los sueños del árbol. Al echarlas fuera, no piensa más en su raíz doblada. Se mantiene con vida por ellas durante un tiempo no muy largo. O puedes decir que muere por ellas, si así te parece. Realmente, el soñar es la forma que tienen las gentes de buenos modales de cometer pecados. Si quieres dormir por la noche, Lincoln, no tienes que pensar, como la gente dice, en una larga fila de cameros o camellos atravesando por un camino, porque ellos llevan una dirección y tus pensamientos seguirán detrás de ellos. En su lugar, debes pensar en un pozo profundo. En ese pozo, justamente hacia su mitad, brota una corriente de agua que corre en pequeños riachuelos en todas las direcciones posibles, como los rayos de una estrella. Si consigues llevar tus pensamientos detrás de ese agua, no en una sola dirección, sino hacia todos los lados por igual, entonces quedarás dormido. Si eres capaz de que tu corazón actúo tan cabalmente como lo hace el cafeto con las pequeñas ralees de superficie, morirás.

—Entonces —preguntó ávidamente Lincoln— lo que yo tengo que hacer, según tú, es olvidarme de mi raíz base.

—Así es —aseguró Mira—. Tiene que ser así. De lo contrario, igual que muchos de tus compatriotas, nunca conseguirás nada.

JULIO CORTÁZAR

Navegaron en silencio durante algún tiempo. Un esclavo tocó en una flauta para probarla —¿Por qué no dice Said ni una palabra? —preguntó Lincoln a Mira.

Said levantó sus ojos ligeramente y sonrió en silencio.

—Porque cree —informó Mira— que esta conversación nuestra es insípida e insulsa.

—¿Qué es lo que cree? —preguntó Lincoln.

Mira pensó durante unos minutos. Luego reanudó la conversación diciendo:

—Bien. No hay más que dos maneras de pensar para una persona de alguna inteligencia. La una es la siguiente: "¿Qué voy a hacer en este mismo momento, esta noche, o mañana?"* Y la otra es: "¿Qué quiso Dios darme a entender al crear el mundo, el mar, el desierto, el caballo, los vientos, la mujer, el ámbar, los peces y el vino?" Said tiene que pensar en una u otra de estas dos maneras.

—Quizás esté soñando —dijo Lincoln.

—No —dijo Mira después de unos momentos—. Said no sueña. Todavía no sabe qué es soñar. El mundo real, este mundo en que vivimos, le está absorbiendo plenamente, metido dentro de su cerebro y de su sangre. Parece que sea el mundo quien dirige las pulsaciones de su corazón. No está soñando, pero quizás esté rogando al Señor. En el momento que termine de orar echará fuera las raíces superficiales. Entonces comenzará a soñar.

Esta noche tal vez esté orando, dirigiendo súplicas al Todopoderoso con la misma energía que el ángel del Señor lanzará al mundo, en el último día, las notas de su trompeta. Said dice al Señor: "Permitidme, Dios mío, que yo sea juez de todo el mundo."

Dice —prosiguió Mira, después de breve pausa—. "No mostraré misericordia ni compasión, ni tampoco la pediré." Pero es ahí en lo que está equivocado. Tendrá que ser misericordioso y compasivo.

—¿Has soñado alguna vez dos veces en un mismo lugar? —preguntó Lincoln.

—Sí, sí... —respondió Mira—. Es ese un gran favor de Dios, deleite para el espíritu del soñador. Yo he vuelto, después de algún tiempo, en mis sueños, al mismo lugar de un sueño antiguo, y mi corazón se ha inundado de placer y de gozo.

Siguieron navegando. Pasó tiempo sin que nadie dijera palabra. Lincoln súbitamente cambió de postura y se incorporó. Escupió sobre cubierta lo que le quedaba de su *murungu*, buscó en un bolsillo y lió un cigarro, —En vista de que no estás dispuesto a decirnos esta noche ningún cuento de los que te dieron justa fama y renombre, contaré yo uno —dijo Lincoln—. Con las palabras que han salido de tus labios me has recordado muchas cosas que tenía olvidadas desde hacía mucho tiempo. Han sido muchos los cuentos que han llegado a mi país procedentes de las tierras que habitas. Cuando yo era niño gozaba mucho con ellos. Ahora quiero contarte uno, Mira, para deleite de tus oídos y del corazón de Said, a quien espero que mi narración le sea de utilidad. Todo él está encaminado a mostrar de qué forma comencé a aprender a soñar, como dice Mira, y quién fue la mujer que me enseñó. Sucedió tal y como os lo voy a contar...

Sin embargo, en lo referente a nombres y lugares, a las condiciones y formas de vida de los países en los que tuvo lugar la escena y a algunas otras cosas que pudieran pareceros muy extrañas y fuera de lugar, no os daré explicación ni aclaración alguna. Podéis libremente dar por bueno y aceptar todo lo que os convenga y desechar como cosa

JULIO CORTÁZAR

insignificante y baladí todo lo que os plazca. En un cuento no es mala cosa que se entienda solamente la mitad de él.

Hace treinta años, cuando yo era un joven de veintitrés, me encontraba una noche de invierno en la habitación de un hotel, en las montañas. En el exterior habla nieve, borrascas, grandes nubes y una luna pálida, mortecina en la noche desapacible. En la actualidad, el continente europeo, del que habréis oído hablar, consta de dos partes, una más agradable y amena que la otra, separadas por una cadena de montañas elevadas.

No se puede cruzar más que por unos pocos lugares donde la arquitectura de las montañas es menos hostil, elevada y abrupta; por estos lugares menos inaccesibles, se han construido carreteras a fuerza de ímprobos trabajos y penalidades sin cuento, y por ellas pueden los viajeros cruzar de un lado al otro las cordilleras. El hotel donde yo me alojaba estaba enclavado cerca de una de estas carreteras. Por allí podían pasar peatones, caballos y muías, incluso algunos coches. En la cima del paso, donde después de una subida penosa y molesta comenzaba el descenso vertiginoso, y un aire fresco y sano acariciaba la cara y los pulmones, una comunidad de hombres santos había levantado un gran edificio para descanso y alivio de los pasajeros.

Yo me dirigía desde el norte, donde todas las cosas son frías y mortecinas, hacia el sur azul y voluptuoso.

El hotel era mi última estación antes de emprender la jornada ardua de subir a la cima. Había decidido emprender el camino al día siguiente. Era un poco temprano todavía, en la estación apropiada para cruzar. Solamente un número muy reducido de personas emprendían en aquella época este viaje. En lo más alto de las montañas se veía la nieve todavía.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Para el mundo era yo un joven elegante, rico y alegre que libaba en todos los placeres. En realidad estaba atormentado por mi corazón dolorido, y no era sino un pobre loco que seguía ciegamente en pos de una mujer.

Sí, en pos de una mujer, Mira, lo creas o no. Había recorrido ya muchos lugares en su búsqueda. De hecho mi persecución era tan desalentadora y con tan pocas esperanzas, que si hubiera tenido suficiente fuerza de voluntad habría abandonado esta empresa loca y desatinada. Pero era mi propia alma, Mira querido, la que estaba dentro del pecho de aquella mujer. No se trataba de una muchacha de mi edad. De su vida no conocía más que lo que para mí resultaba penoso aceptar, y lo que era p de todo, no tenía motivo alguno para pensar que a esta mujer le hubiera complacido en lo más mínimo saber que yo me estaba molestando por hallarla.

El origen de todo esto fue lo siguiente: Mi padre era un hombre muy rico en Inglaterra, poseía grandes fábricas y una hermosa finca en el interior del país; era hombre de noble familia y de una gran capacidad de trabajo. Gustaba mucho de leer la Biblia, y llegó a creerse un sustituto de Dios en la tierra. En realidad yo no sé si podía hacer alguna distinción entre su temor de Dios y su autoestimación. Su deber consistía, según creía, en cambiar este mundo caótico en un universo ordenado y apacible y ver que todas las cosas tenían utilidad, si bien para él, tener utilidad una cosa significaba ser útil para él.

Solamente conozco dos cosas que nunca fue capaz de dominar: tenía, contra sus propios principios, una fuerte afición a la música, particularmente la ópera italiana; y, algunas veces, no podía dormir durante la noche'. Más tarde me enteré por mi tía, una hermana suya que estaba muy disgustada con él y con su proceder, que había forzado al

JULIO CORTÁZAR

suicidio o matado directamente a un hombre, cuando siendo joven estuvo en las Indias Occidentales. Tal vez fuera ésta la causa de que no pudiese conciliar el sueño por las noches.

Yo y mi hermana gemela éramos más jóvenes que nuestros hermanos y hermanas. No logré nunca averiguar cuáles fueron los motivos por los que mi padre engendró a dos hijos más, siendo así que nosotros le ocasionamos la mayoría de sus preocupaciones y molestias. El día del juicio espero poder preguntarle por qué, y pedirle me dé una explicación. Algunas veces llegué a pensar que era el fantasma del hombre de las Indias Occidentales la que le perseguía. Mi padre no estaba nunca satisfecho con nada de lo que hacía. Yo creo que mi existencia se convirtió para él en una carga penosa e inquietante, y que si no hubiera sido yo obra suya, sangre de su sangre, hubiera encontrado placer y sosiego viéndome acabar mal. Fui arrastrado, golpeado, empujado con objeto de hacerme útil de algún modo. Pasaba momentos muy agitados y turbulentos. Había llegado a oficial de un regimiento distinguido, y ala, para conservar mi prestigio entre los hijos de las familias más antiguas del país, gasté la mayoría del dinero, del tiempo y del ingenio, Mi padre consideraba que todo aquello era real y verdaderamente suyo.

Por este tiempo murió un vecino nuestro dejando viuda jo. ven. Era hermosa y rica, su matrimonio había sido desgraciado y solía consolarse de sus penas con una amistad sentimental con mi hermana gemela, la cual tenía tanta semejanza conmigo que si yo me ponía sus vestidos nadie podría distinguarnos uno del otro. Mi padre pensó que esta dama viuda accedería a contraer matrimonio conmigo. De esta forma él se libraría de la carga que yo significaba. La idea me pareció mejor que ninguna procedente de su imaginación. La única cosa que

yo pedía a mi padre para acceder a sus deseos era su consentimiento para viajar por el continente europeo durante el año de luto de la viuda. Por aquellos días cedí a varias inclinaciones y vicios; me gustaba el vino, el juego, las peleas de gallos y la compañía de los gitanos, junto con una pasión desenfadada por las discusiones teológicas, cosa esta última heredada y aprendida de mi mismo padre. El creyó que debía desembarazarme de toda esta perniciosa secuela de vicios y malas costumbres, antes de unir— me en matrimonio con la viuda, o por lo menos, que debería alejarme de su vista y vigilancia mientras ella pudiera cambiar de opinión y volverse atrás.

Como mi padre sabía que yo era muy urgente en cuestiones amorosas, creo que también tuvo temores de que pudiera seducir a mi prometida y establecer con ella relaciones íntimas anticipadas, aprovechándome de nuestra vecindad y quizá de la semejanza que yo tenía con mi hermana. Por todas estas razones el viejo accedió a que viajara por espacio de nueve meses en compañía de un antiguo condiscípulo suyo, que habla vivido de su caridad, a quien había conservado para cierta clase de servicios. Pronto conseguí verme libre de este hombre. Cuando llegamos a Roma se dedicó al estudio de los misterios del antiguo culto de Lampsaco, mientras yo disfrutaba a mi placer. Pero al cuarto mes de mi año de gracia me enamoré de una mujer en un burdel de Roma. Fui allí una tarde con un grupo de amigos. No era un lugar extraordinario, elegante o caro don. de acudiera a divertirse la gente de dinero, ni una casa lóbrega y sombría frecuentada por artistas y ladrones. Era justamente una cosa intermedia. Recuerdo perfectamente la calle estrecha en la que estaba enclavada y los olores y perfumes que allí aspiré. Si volviera a aspirarlos de nuevo creo que revivirían nuevamente en mí los miamos instintos sensuales de aquellos días. Ju-

JULIO CORTÁZAR

rarla que aquella mujer me había comprometido desde siempre. Aún recuerdo el significado de palabras tales como lágrimas, corazón, suspiros, estrellas, de las que vosotros los poetas os servís tan a menudo. SI, Mira, en cuanto a estrellas particularmente había mucho en ella que las recordaba. Habla más diferencia entre ella y las demás mujeres, que entre una noche oscura y noche estrellada. Tal vez también vosotros os hayáis encontrado en el transcurso de vuestra vida con mujeres de esta clase, que resplandecen y brillan en la oscuridad, fosforescentes como la yesca.

Cuando a la mañana siguiente me desperté en mi hotel de Boma, recuerdo que tenía miedo. Pensaba: "Estuve borracho la pasada noche; mi cabeza me ha hecho una mala jugada; no hay tales mujeres." Al mismo tiempo sentía calor y escalofríos..Nuevamente me entregué a mis pensamientos, todavía en la cama: "Pero es imposible; yo no puedo haber Inventado por mí mismo una mujer semejante. Eso queda solamente para las imaginaciones ardientes y apasionadas de nuestros grandes poetas. No puedo haber imaginado una mujer con tanta vida y con tanta personalidad." Me levanté y fui directo a su casa; allí me encontré de nuevo con ella, tal y como la habla recordado. No cabía duda. Aquello no era fruto de mi imaginación calenturienta. Todo era real. Lo habla vivido yo la pasada noche, y mis dudas sobre el particular se esfumaron como una nube soplada por el viento. Nuevamente me encontré con aquella mujer, nuevamente pude comprobar la extraordinaria vida y fuerza que parecía brotar de todo aquel ser adorable.

Más tarde llegué al conocimiento de que aquella impresión extraordinaria de fuerza era en cierto modo falsa; en realidad no tenía la fortaleza que aparentaba tener a primera vista. Os explicaré por qué: "Si una persona está durante toda su vida nadando contra viento y co-

riente y, de súbito, se ve a bordo de un barco vencedor de corrientes y vientos, indudablemente quedará muy impresionada por la potencia y el poder del navío. Sin embargo, se equivocarla tanto en la potencia y poder de las aguas como en la de los vientos.

De tal modo, yo aprendí bajo la férula de mi padre a nadar contra todos los vientos y corrientes de la vida. En las manos de esa mujer me encontré de acuerdo con todos ellos, elevado y mantenido por la vida misma. Entonces atribuí esto a su gran fortaleza. En aquella época no conocía hasta qué punto estaba ella aliada con todas las corrientes y vientos de la vida. Después de la primera noche estuvimos siempre juntos. Nunca pude tener cosa igual en mi país.

Este lance amoroso mío que comenzó animado por el vino y la música estrepitosa, y se convirtió muy pronto en una amistad hasta entonces desconocida para mí, era el primero de que había disfrutado. Después de aquella primera visita, solía tenerla conmigo durante todo el día, y algunas veces toda la noche. Compré un cochecito y un caballo en el que nos íbamos a recorrer los alrededores de Roma, a la *Campagna*. hasta Frascati y Nemi. Cenábamos en pequeñas posadas que encontrábamos por el camino, y por la mañana temprano nos parábamos en la carretera, soltábamos el caballo para que paciera la hierba de las cunetas, mientras nosotros nos sentábamos en el suelo, bebíamos una botella de vino tinto, fresco y ácido, comíamos pasas y al— mentiras y mirábamos a las aves de rapiña que revoloteaban, sobre aquellas llanuras haciendo pasar sus sombras por encima de nuestro cochecito.

Una vez acudimos a una fiesta que se celebraba en una aldea. Era una tarde clara y despejada. Alrededor de una fuente había profusión de farolillos de papel. Nosotros vimos todo aquello desde una galería. Varias veces, también, llegamos hasta la costa. Todo eran promesas

JULIO CORTÁZAR

en el mes de septiembre, un buen mes para estar en Roma. El mundo comienza a cambiar de color, pero el aire es claro y puro como el agua de las montañas, y las alondras cantan allí en esta época del año. Olalla estaba complacida en extremo con todo esto. Amaba a Italia y sabía mucho de sus buenas comidas y sus buenos vinos. Algunas veces se vestía tan llamativa y multicolor como el arco iris, con cachemiras y plumas, dama de un príncipe, como nunca la hubo en Inglaterra. Otras usaba la capucha de lienzo de las mujeres italianas, y bailaba en las aldeas al estilo del país. No habla otra bailarina más graciosa y más arrogante, aunque le gustaba más sentarse junto a mí para ver cómo bailaban las demás.

Era extraordinariamente viva y sensible a todas las impresiones. Por cualquier sitio que íbamos observaba muchas más cosas que yo, aunque fui un buen observador toda mi vida. Pero al propio tiempo, nunca parecía hallar diferencia entre la alegría y el dolor, entre las cosas tristes y las agradables. Todas eran igualmente bien recibidas por ella, como si su corazón supiera que todas eran lo mismo. Una tarde, hacia la puesta del sol, regresábamos a Roma los dos, y Olalla, con la cabeza descubierta, guiaba el caballo manteniéndole al galope. La brisa azotaba sus largos cabellos negros separándolos de su cara, y de nuevo vi la larga cicatriz que como una pequeña culebra blanca se extendía desde el oído izquierdo hasta el cuello. Le pregunté cómo habla recibido aquella quemadura. No me contestó; en su lugar, comenzó a hablarme de los grandes señores y acaudalados comerciantes de Roma que estaban enamorados de ella, hasta que le dije, sonriendo, que no tenía corazón. Luego estuvo por unos momentos en silencio. Seguimos caminando a toda velocidad y los rayos del sol poniente calan directos sobre nuestros rostros.

«Oh! Sí —contestó al final—. Tengo un corazón. Pero ese corazón está enterrado en el jardín de una pequeña villa blanca, cerca de Milán.»

«¿Para siempre? —preguntó.»

«Sí. Para siempre —contestó—. Aquél es el lugar más amable y más bello.»

«¿Qué puede haber —pregunté oprimido por los celos— en una pequeña villa blanca de Milán, para guardar tu corazón allí para siempre?»

«No lo sé —me contestó—. Ahora no debe haber allí mucho más que hierba en el jardín. Pero allí está la luz de la luna, caída desde el cielo, donde habitan las almas de los muertos.»

Hablaba con frecuencia de esta forma vaga y caprichosa, y lo hacía con tanta frecuencia, donaire y gentileza, y ponía en sus palabras tal tono de modestia, que siempre me encantaba y deleitaba oírla. Era ávida y perspicaz para complacer, y se preocupaba mucho por esto, aunque no como un criado que se pone rígido por miedo de disgustar a su señor, sino como alguien muy rico que derrama gracias y beneficios del cuerno de la abundancia. Como una leona mansa, de dientes y garras fuertes, se introducía hábilmente dentro de mi cariño y de mi admiración. A veces parecía como una niña que hubiese crecido demasiado aprisa. Otras veces me recordaba a esos acueductos construidos hace mil años, que se encuentran sobre la *Campagna* y proyectan sus largas sombras sobre el suelo al tiempo que sus muros majestuosos, antiguos y cuarteados brillan como ámbar. Cuando yo hacía estas comparaciones me sentía junto a ella como muy torpe, como un muchacho necio. Siempre encontré en ella un algo que me hacía creer que era mucho más fuerte que yo. Era absoluta su preponderancia sobre

JULIO CORTÁZAR

mí. Todo en ella me parecía grande y prodigioso. A su lado me encontraba plenamente feliz. No vela imperfección de ningún género en ella, y la vida era para mí durante aquellos días que pasé a su lado un sueño, real y auténtico, sueño lleno de placer y de felicidad.

Si hubiera sabido que sabía volar, indiscutiblemente hubiera volado con ella, me hubiera separado de esta tierra y de mi mismo, caminando por el firmamento infinito hasta el lugar que me hubiera querido escoger. Creo que en aquellos momentos de fiebre y de amor todo me hubiera dado lo mismo, menos, naturalmente, separarme de ella.

No habla llegado todavía el final del mes de septiembre cuando comenzó a pensar sobre el futuro. Entonces me di cuenta de que no podía vivir sin la compañía de Olalla. Si trataba de separarme de ella, mi corazón retrocedería rápidamente como el agua por la pendiente abajo. Pensé que lo que tenía que hacer no era sino casarme con ella y llevármela a Inglaterra.

Si cuando le propuse mis intenciones me hubiera puesto la más mínima objeción no me hubiera encontrado tan confuso y contrariado ante su comportamiento más tarde. Pero me dijo inmediatamente que no tenía inconveniente alguno y que iría conmigo donde fuera menester. Desde entonces me prodigó con más abundancia y con más generosidad sus caricias y su dulzura. Los dos hacíamos proyectos sobre nuestra vida en Inglaterra y sobre todas las cosas de allí, y nos reíamos mucho por ello. Le hablé de mi padre y de lo entusiasta y aficionado que habla sido siempre a la ópera italiana, que era lo mejor que podía decirle de él. Al hablar con ella de todo esto creí que nunca más volvería a estar aburrido en Inglaterra.

Fue por entonces, cuando me sorprendió la presencia en todos aquellos lugares que yo visitaba con Olalla de la figura de un hombre al que no había visto nunca. Las primeras veces que le vi no lo tomó en consideración, pero después de encontrarme con él la sexta o la séptima vez comenzó a ocupar mis pensamientos y a intranquilizarme. Era un judío de cincuenta a sesenta años, de constitución delgada, muy ricamente vestido con diamantes en sus manos y con los modales de un elegante hombre de mundo. Su color era pálido y sus ojos muy negro». Nunca le había visto con ella, ni en la casa, puesto que habría coincidido con él allí, ni en la calle, por lo que me pareció que aquel hombre estaba dando vueltas alrededor de ella, de la misma manera que la luna da vueltas alrededor de la tierra.

Tenía algo extraordinario en él, y desde el principio pensé que aquel hombre tenía poder sobre Olalla y se había convertido en un espíritu malo de su vida. Los encuentros se repetían cada vez con más frecuencia, y tanto me llegó a preocupar que ordené a mi criado que hiciese indagaciones sobre él en el hotel donde se alojaba. De ese modo me enteré que se trataba de un judío de Holanda fabulosamente rico, que se llamaba Marcos Coccoza. Tal fue mi extrañeza y sobresalto sobre lo que semejante hombre pudiera tener que hacer en la calle de Olalla, que por fin y casi contra de mi voluntad, ya que temía la contestación que pudiera darme, me decidí a preguntarle si ella le conocía. Levantó suavemente mi barbilla con dos dedos y me hizo esta pregunta: "¿No has notado en mí, *carissimo*, que yo tengo sombra? En una ocasión, hace ya algún tiempo, se la vendí al diablo a cambio de un pequeño capricho, de una alegría insignia, cante y transitoria. Ese hombre al que has visto repetidas veces ahí fuera no es otra cosa, como fácil habrás adivinado con tu habitual perspicacia y observación, sino

JULIO CORTÁZAR

mi propia sombra, de la que yo no puedo disponer. Algunas veces el diablo le permite que ande a mí alrededor. Por esa razón naturalmente, al igual que lo hacía mi sombra, trata de venir detrás de mí o pararse ante mis pies, como lo hacía ella. Pero en modo alguno le permitiré que lo haga. Ojalá que el diablo me reclamara todo lo concertado, que yo gustosa accedería a ello para verme libre de este tormento, que algunas veces suele perseguirme. Por tanto queda tranquilo sobre esto, mi pequeño amor."

Creí que me estaba diciendo la verdad. Mientras me hablaba; me di cuenta que no tenía sombra. No había junto a ella nada negro ni triste; las sombras oscuras de la preocupación, del sentimiento, de la ambición, o del temor que parecen ser inseparables de todos los seres humanos, hasta de mí mismo, aunque en aquellos días yo era un muchacho alegre y sin cuidados de ninguna clase, habían sido desterradas totalmente de su presencia. La besé mientras le decía que íbamos a dejar su sombra en la calle. Inmediatamente bajé las persianas. Fue en aquel tiempo cuando comencé a tener una sensación extraña, que entonces consideré inocentemente como fruto de mi felicidad. Me parecía, por donde quiera que iba, que el mundo que me rodeaba estaba perdiendo su peso y comenzaba lentamente a fluir hacia arriba, hecho sólo de luz, sin solidez. Desde entonces nada me parecía pesado ni macizo. El castillo de Sant'Ángelo era para mí un castillo en el aire, y llegué a creer que podría levantar entre mis dos dedos la misma Basílica de San Pedro. Tampoco tenía miedo de ser atropellado ni aplastado por ningún carruaje en las calles, estando plenamente consciente de que tanto el carro como los caballos que lo arrastraban no tenían más peso que si fueran hechos de papel. Me sentía extremadamente feliz, aunque ligeramente aturdido, con esta sensación, y la tomé por presa-

gio de la mayor felicidad que se avecinaba, una especie de apoteosis. El universo, y yo con él, estaba en marcha hacia el séptimo cielo. Ahora sé demasiado bien lo que aquello significaba: la sensación de ligereza, mundo de luz que me imaginaba desprovisto de todo peso, lo que yo consideraba como un prelude feliz de mayor felicidad, era realmente el comienzo, el aviso fatal de un adiós para siempre; el canto del gallo que me avisaba puntualmente las grandes desventuras, los terribles dolores y pesadumbres que se avecinaban. Nunca pude creer que lo que consideraba como síntoma de felicidad impercedera fuese el anuncio de tanta desgracia y soledad.

Luego, en mis viajes, he conocido países y personas con aquel mismo aspecto de ligereza que yo tuve. En cierto modo yo estaba en lo cierto. El mundo que me rodeaba volaba hacia arriba. Solamente yo, por ser pesado para el vuelo, quedé atrás, sumido en una completa desolación y en un abandono irremediable.

Estaba ocupado con el pensamiento de una carta que tenía que escribir a mi padre, para comunicarle que no podía casarme con la viuda, cuando fui informado de que uno de mis hermanos, oficial de marina, estaba en Nápoles con su barco. Reflexioné si sería mejor dar la carta a mi hermano, para que él mismo la llevara y entregase a mi padre. Entonces dije a Olalla que necesitaba ir a Nápoles un par de días. Le pregunté si sería probable que viera al viejo judío durante mi ausencia, y ella me aseguró que no volvería a verle ni a hablarle. Yo no me llevaba bien con mi hermano. Cuando comencé a hablar con él vi por primera cómo aparecían mis planes ante los ojos de los demás, y esto me intranquilizó sobremanera. Aunque sostenía que sus puntos de vista eran inhumanos, me acordé, por primera vez desde que co-

JULIO CORTÁZAR

nociera a Olalla, de la atmósfera viscosa y entumecida de mi mundo anterior y de mi casa.

A pesar de todo entregué la carta a mi hermano y le rogué que defendiera mi causa ante nuestro padre de la mejor forma que le fuera posible. Luego me apresuré a regresar a Roma. Cuando llegué me encontré con que Olalla había desaparecido. Primeramente me dijeron que murió repentinamente de unas fiebres. Esta noticia me produjo una enfermedad mortal y estuve durante tres días sin juicio y como enloquecido. Pero luego averigüé que no había sucedido así; me llegué a todos y cada uno de los habitantes de la casa, suplicando y amenazando para que me dijeran toda la verdad. Comprendí tarde que debía haberla sacado de allí antes de ir a Nápoles. Aunque luego pensé que de nada me hubiera servido si ella abrigaba la intención de dejar, me. Una extraña superstición me hizo relacionar su desaparición con el judío, y en una última entrevista con la dueña de la casa la agarré por el cuello y le dije que lo sabía todo y que si no me decía la verdad estaba dispuesto a estrangularla. La mujer, presa de terror y de pánico ante mi actitud, confesa la verdad. "Sí. fue él. Olalla abandonó la casa una tarde y no regresó. Al día siguiente se presentó un anciano caballero judío pálido y delgado en mi casa. Liquidó todas las deudas de Olalla y además me dio una suma no despreciable para que no levante ningún alboroto. Pero yo no les he visto a los dos juntos." "¿Y adónde se han ido?", grité, malhumorado por no haber matado a aquella vieja amarillenta. Eso no me lo supo decir. Lo único que dijo era haber creído oír al judío mencionar ante su criado el nombre de una ciudad llamada Basel.

Me dirigí inmediatamente a Basel; pero las personas que no han pasado por ello no tienen idea de las dificultades que se encuentran al

tratar de hallar en una ciudad extraña a una persona cuyo nombre se desconoce. Mi investigación se hacia toda— vía más difícil por el hecho de que no sabía en absoluto en qué situación social iba a encontrar a Olalla. Si era cierto que se habla fugado con el judío seguramente sería una gran dama a la que encontraría en coche propio. Pero, ¿cómo el judío la había dejado abandonada en aquella casa de Roma, donde yo la encontré? Tal vez hiciera ahora lo mismo, por alguna razón desconocida para mí. Con este pensamiento recorrí todas las casas de mala fama de Basel. Pero no encontré pista alguna de ella. Entonces se me ocurrió dirigirme a Ámsterdam, donde podría, al menos, encontrarme con alguno de la familia Coccoza y por él adquirir algún dato para hallarles.

En efecto, en Ámsterdam encontré la casa elegante y antigua del judío, y me enteraron que era el hombre más rico de la ciudad, y que su familia había negociado en diamantes durante trescientos años. De él me dijeron que estaba siempre viajando y creían que por aquel entonces se encontrarla en Jerusalén. Salí de Ámsterdam y tuve ocasión de conocer muchos países. Este loco viaje duró cinco meses. Al fin me decidí a dirigirme a Jerusalén. Regresé a Italia para tomar un barco en Génova, y en el hotel de Andermatt recibí carta de mi padre. Esta carta me había estado siguiendo durante varios meses, enviada tras de mí de un lugar a otro. Mi padre me decía:

"Ahora puedo considerar tu conducta con calma y comprensión. Durante los tres últimos meses he dedicado toda mi atención y empleado la mayor parte de mi tiempo en la lectura detenida de una colección de documentos la— miliares. Del estudio de estos documentos he sacado la conclusión clara de que nuestra familia está llamada, según ha sucedido durante los últimos doscientos años, a un destino altamente notable. Somos una lamilla mucho mejor que las demás, porque siempre hemos tenido

JULIO CORTÁZAR

entre nosotros un solo individuo que ha cargado con todas las debilidades y todos los vicios de su generación. Las faltas que normalmente se debían haber repartido y dividido entre un buen número de personas, se han reunido todas sobre la cabeza de una sola, y los demás hemos llegado de esta suerte a ser lo que hemos sido y lo que somos. Al pasar mi vista sobre nuestros documentos no me queda duda de todo lo que termino de decirte. He conseguido fácilmente localizar el delincuente familiar de siete generaciones, comenzando con nuestra tía Elizabeth, en cuyo comportamiento no quiero meterme ahora. Sólo citaré los ejemplos de mis tíos Henrique y Ambrosio, quienes en sus días sin duda alguna...

Aquí seguían varios nombres y hechos en apoyo de la teoría de mi padre. Luego continuó:

Yo no sé decir si la desaparición de este raro privilegio supondría un revés fatal o una bendición para nuestro nombre y para nuestra familia. Sería indudablemente desechada con mucha turbación y ansiedad, aunque también puede ser que nos condujera a todos a un estado de igualdad con las demás gentes, sin lograr ya nunca ser mejores que ellos. En cuanto a ti, debo decirte que te has apartado con tanta perseverancia y con tanto tesón de seguir las órdenes y los consejos de tu padre que creo tener motivos y razones más que suficientes para considerarte la víctima elegida por nuestra generación. Con tu ejemplo te has hecho indigno de ninguna recompensa de las que usualmente se otorgan a la buena conducta. He llegado a obtener en mis relaciones contigo un estudio suficientemente filosófico para darte mi bendición en el cumplimiento y consumación de una carrera que puede hacer de la desobediencia filial, de la debilidad y de los vicios un ejemplo útilmente repugnante y detestable para tu generación en nuestra familia."

Nunca más volví a ver a mi padre. Pero, por mi primer tutor, a quien muchos años más tarde encontré en Esmirna, en circunstancias tristes y melancólicas, tuve noticias de él. Mi padre se habla resignado con la situación y había decidido casarse él mismo con mi Joven viuda.

Tuvieron un hijo al que pusieron Lincoln. Leí su carta dos veces. Estaba sacándola del bolsillo para leerla de nuevo y entretener el tiempo, cuando vi a dos Jóvenes que entraban en el comedor del hotel, procedentes del exterior. Yo conocía a uno de ellos, y pensé si vendría a sentarse Junto a mí. Así lo hizo, y los tres pasamos Juntos el resto de la noche. El primero de estos Jóvenes caballeros, elegantes y de buenos modales, era hijo de una noble familia de Coburgo, a quien un año antes conocí en Inglaterra, donde fue enviado para estudiar procedimientos parlamentarios, ya que quería ser diplomático y también para dedicarse al estudio de la cría caballar que es la base de la economía de su pueblo. Su nombre era Federico Hohenemser, pero en apariencias y en modales se semejaba tanto a un perro que tuve, llamado "Piloto", que me acostumbré a llamarle también "Piloto". Era un joven alto rubio y de buen parecer. Pero en vista de que a ti, Mira, te' complace mucho hablar en metáforas, voy a decirte que era una persona a la que la vida no tragaría nunca. Esa misma vida que le Imbuía de vez en cuando ilusiones le sorbía poco a poco aun» que nunca hiciera una succión completa. Y siempre acababa vomitándolo de nuevo. No sé lo que habla en él que llegaba a incomodar a quienes le trataban. Lo único que sé es que todas las personas que se acercaban a él recibían la misma sensación, aunque nada tuviesen contra él. Era un compañero incómodo! Probablemente era hombre de astucia o de muerte. MI amigo "Piloto" consideraba su situación alarmante, y en realidad lo era. Sus ojos azules reflejaban a veces la lucha que se libraba en su interior. Así hablaba de su preferencia por un vino u otro, como si quisiera impresionar al que le escuchaba. Un filósofo del que he aprendido muchas cosas, dijo: "Pienso, luego existo."

JULIO CORTÁZAR

De este modo, mi amigo "Piloto" estaba convencido de que podía muy bien asegurar: "Yo prefiero el vino de Mosela al vino del Rin, luego existo." Si gustaba de un juego o de una función, estaría toda la tarde machacando sobre el mismo tema: "Esa clase de juego o esa función me gusta." No tenía imaginación, ni capacidad para inventar nada, y se dedicaba a describir sus preferencias, única cosa que hallaba en su cabeza. Probablemente era esa falta de imaginación lo que le privaba gozar de la existencia. Porque para crear, como tú sabes, Mira, es preciso imaginar. Y como Federico Hohenemser era incapaz de imaginar nada, nunca podría llegar a crearlo. Yo le llamaba como al perro, según he dicho, porque el animal tenía aproximadamente las mismas disposiciones y facultades que él, sin la menor idea de lo que quería o debía hacer. Al perro acabé matándolo. Con estas condiciones "Piloto" nunca conseguía entrar ni figurar en sociedad. Era sólo un joven rico, sonrosado y rubio, con un par de pantorrillas vigorosas, a quien las damas mayores consideraban un verdadero modelo de hombre. Cuando se acercó a mí advertí que se habla experimentado un cambio en él. Tenían sus ojos un brillo especial de que antes carecían. De esa misma manera le brillaban a mi perro cuando movía su cola en las raras ocasiones que creía haber conocido que existía. Tal vez este cambio obedeciera al efecto que le había producido la amistad con el joven caballero que le acompañaba. Me acordé con nostalgia de mis viejos perros de Inglaterra. Me presentó a su amigo, el barón Guildenstern de Suecia. No hablan pasado diez minutos, cuando fui informado por los dos de que el barón en su país tenía reputación de gran seductor de mujeres. Esto me hizo meditar, aunque mis relaciones y trato con otras gentes se habla desarrollado siempre desde un punto de vista superficial, sobre la clase de mujeres que habla en Suecia. Las damas que

me hablan hecho el honor de dejarse seducir por mi, todas, sin excepción, hablan decidido por sí mismas. En el caso del barón estaba claro que el punto de gravedad habla estado siempre en él. Cualquiera le hubiera supuesto a simple vista de naturaleza apática y sin emociones, incluso cuando hablaba de las beldades que habla perseguido. Por su conversación, parecía que todas las damas habían sido exactamente una misma condición. Siendo él héroe absoluto de todas y cada una de sus hazañas, me extrañaba que se preocupara tanto para sólo soportar una y otra vez la repetición de un mismo Juego. Al principio, yo, que también era Joven, quedé hondamente impresionado ante semejante entusiasmo. También aprendí de su conversación, que era muy animada y se hizo todavía más cuando hubimos vaciado algunas botellas, la clave de la existencia de un Joven sueco, radicaba en una sola palabra: "Competición". La vida, para él, era una competición, en la que habla que brillar más que los demás participantes. Yo mismo, de niño, fui siempre muy ingenioso y muy aficionado a las competiciones, pero ya en el colegio perdí el entusiasmo y a no ser que se trate de una cosa de mi gusto y agrado, considero necio esforzarme las demás. Pero el barón sueco obraba de esta forma. Para él, nada en el mundo era en sí bueno o malo. Él esperaba de las otras personas una pista, un rostro, para poder averiguar las cosas que los demás consideraban de valor y de interés, con el objeto de excederles y eclipsarles en la persecución de tales cosas o despojarles de ellas. Cuando quedaba solo, estaba perplejo y desorientado. En este sentido dependía más de los demás que "Piloto", y probablemente esquivaba la soledad como el mismo diablo. También de su conversación deduje que vela su vida pasada como una hilera de triunfos sobre otra hilera de rivales, y nada más. Ni por sus rivales ni por sus víctimas manifestaba interés alguno. En él no existía

JULIO CORTÁZAR

ni la admiración ni la compasión, ni ningún otro sentimiento que no fuera envidia o desprecio. Sin embargo, no estaba loco. Al contrario, yo afirmarí­a que era una persona muy Inteligente y avisada. En la vida habla adoptado los modales de un compa­ñero bueno, llano y franco, un poco áspero y tosco a quien se podía perdonar todo en atención a su corazón sencillo y abierto.

Tenía una mirada atenta y vigilante y espiaba a los que le rodeaban con el único objeto de conseguir de cada cual su valoración de las cosas, sólo por el prurito de poder luego no defraudar. Los dos se completaban.

Después de algún tiempo me encontré tan cansado de la conversación del barón que dejé de prestarle atención. Sin embargo, tan pronto como encontró oportunidad comenzó a revelarme los grandes acontecimientos de su vida.

«Si lo supieras todo. Lincoln —dijo— no te preocuparía que te vieran en mi compañía. No me veré Ubre de peligros mientras, no haya salido de Suiza. Las paredes oyen en un país donde h tan acentuada la intranquilidad política. —Esperó unos momeo, tos para observar el efecto de sus palabras y luego prosiguió, Vengo de Lucerna.»

Entonces supe que había habido una lucha en aquella ciudad, pero nunca se me ocurrió que "Piloto" hubiera estado en ella.

«Los Ánimos están acalorados allí», dijo.

«Pobre "Piloto", pensé yo. En su boca, con aquella sonrisa tímida, la verdad parecía una patraña. Estoy seguro de que el barón sabría colocar una sarta de mentiras con tanto aplomo que nadie dudarla un momento de su veracidad.»

«Yo —intervino "Piloto"— maté a un hombre en las barricadas, el día tres de marzo.»

Sabía que había tenido lugar una lucha en las calles, entre los partidarios del poder y la masa en rebeldía.

«¿Tú? —preguntó con clara expresión de envidia por haber estado en una lucha—. ¿Tú mataste a un rebelde?»

"Piloto" habla sido siempre para mí una persona muy respetable, pero de entendimiento escaso. Senté por seguro que había estado luchando al lado de los no rebeldes.

Movió la cabeza orgullosa y reservadamente. Después de unos momentos agregó: "«Maté al capellán del obispo de St. Gallen.»"

Los periódicos habían llenado páginas con este asesinato, y se había buscado por todas partes el asesino. Naturalmente me interesé en el asunto. Quise saber cómo aquel hecho tan importante había tenido por protagonista y actor a "Piloto". Le rogué y conseguí que me narrara los hechos desde el principio. El barón, aburrido por el relato de hazañas militares, permaneció ajeno, bebiendo y observando a las personas que pasaban cerca de él.

«Salí de Coburgo —comenzó "Piloto"— con intención de permanecer en Lucerna tres semanas, en compañía de mi tío Watteville. Cuando estaba a punto de partir, todas las damas elegantes del lugar, una tras otra, me pidieron que les trajera de Lucerna un sombrero confeccionado por una modista llamada *madame* Lola. Mujer, me aseguraron, famosa de una punta a otra de Europa Las damas de las cortes y grandes ciudades acuden a ella en busca de sus sombreros y nunca en la historia de la sombrerería se ha dado un genio como el suyo.

Yo, naturalmente, no quise negarme a hacer semejante servicio a las damas de mi ciudad nativa. Salí con los bolsillos llenos de pequeños patrones de seda, y hasta me dieron algunos mechones de pelo

JULIO CORTÁZAR

para entregárselos a *madame* Lola, con el objeto de que hicieran juego con sus sombreros. Ya en Lucerna, donde el ambiente estaba cargado con discusiones políticas, me olvidé por completo del encargo para *madame* Lola, hasta que una noche, mientras cenaba con un grupo de altos oficiales y políticos, saqué sin darme cuenta un pequeño trozo de raso color rosa, e inevitablemente tuve que dar una explicación. Con gran asombro mío, toda la conversación que siguió giró alrededor de la modista.

«Es cierto —aseguró uno de los presentes— que esa mujer es un genio. El más leve toque de su mano, como una varita mágica, crea milagros de arte y elegancia, y las grandes damas de San Petersburgo, de Madrid y hasta de la propia Roma hacen sus encargos a *madama* Lola.»

Pero además de todo eso, se sospechaba que era una conspiradora de primera calidad, que utilizaba su *atelier* como centro de reunión y cita para los más peligrosos revolucionarios. También en esta especialidad era un genio, moviendo y organizando elementos con sus propias manos. Los hombres más rudos hubieran dado su vida por ella. Todos me amonestaron y me previnieron con mucha tuerza y vehemencia contra ella, y yo, naturalmente, lo primero que hice al día siguiente fue ir, a su casa, en la calle que me habla sido indicada. En aquella ocasión no vi en ella más que a una mujer muy inteligente, simpática y agradable. Tomó nota de todos mis pedidos y me preguntó sobre mi viaje y hasta de mis aficiones y profesión. Un Joven de cabeza rubia entró cuando yo estaba allí y salió al poco rato. Me pareció un revolucionario, pero *madame* Lola le prestó poca atención.

Mientras terminaba de confeccionar los sombreros que yo le habla encargado, la atmósfera de Lucerna se oscurecía cada día más. Una

fuerte tormenta flotaba de la ciudad. Mi do, que desempeñaba un elevado puesto en el ayuntamiento, previó la catástrofe. Envió a mi tía y a sus hijas al castillo, y me aconsejó que me fuera con ellos. Pero creí que no debía marcharme sin visitar de nuevo a *madame* Lola y recoger el pedido de sombreros que le había hecho. El día que fui a su establecimiento, la confusión y los disturbios en las calles eran tan grandes que logré, a duras penas, acercarme a la casa sorteando »na red de estrechas calles laterales donde la circulación y las aglomeraciones de público eran más escasas. Me encontré desde la puerta principal hasta el desván con una masa enfurecida de gente armada, corriendo de un lado a otro. Aquello parecía una caldera de brujas. No era el tiempo más adecuado para hablar de sombreros. Ella misma, de pie sobre el mostrador, arengaba a las masas, y al verme saltó derechamente a mis brazos.

«Oh! —gritó—. Tu corazón te ha traído, al fin, por el camino recto.»

Toda la multitud, ella al frente, salió en aquel momento de la casa. Me arrastraron con ellos, pero yo estaba tan Influidido por el entusiasmo y animación de aquella mujer que les acompañé gustoso. De esta forma, en pocos segundos me vi tras de una barricada con *madame* Lola a mi lado. Ella misma cargaba los rifles y se los entregaba a los combatientes. En aquella tarea manifestaba la mi«™«destreza y vigor que confeccionando sombreros. Llegó un momento en que todos los que la rodeaba» aunque valientes y arrojados, sintieron miedo, con razones o menos sobradas para tenerlo. Ella en cambio no acusaba el menor sobresalto. Al tiempo que entregaba los rifles les cedí también algo de su propia intrepidez y arrojo. Encontraba raro y extraño que yo mismo tuviera la convicción de que nada podía herirme o dañarme

JULIO CORTÁZAR

durante el tiempo que permaneciera a su lado. Recuerdo que nuestro anciano cocinero de Coburgo me decía que el gato tiene siete vidas. *Madame* Lola, pensé, debía# de llevar en si la vida de siete gatos.

Yo la encontraba entonces como algo sobrehumano, aunque no era, según creo, dama de noble cuna, sino sólo una modista de sombreros de Lucerna.

Fue entonces cuando arrastrado por el arrojo y el valor que me rodeaba cogí un rifle y disparé a la multitud de soldados y a las milicias de la ciudad que avanzaban calle arriba contra nosotros. Mi propio tío De Watteville, pues de todo estaba yo enterado, podía ser quien viniese al frente de ellos, pero no tuvo recuerdo alguno para él. En un momento me sentí conmocionada, y cal como muerto. Cuando desperté me encontraba en una pequeña habitación, en cama, y *madame* Lola estaba conmigo. Al querer moverme advertí que mi pierna derecha estaba vendada. Ella mostró indudable júbilo al verme despertar y se me acercó con un dedo sobre los labios. En aquella oscura habitación me informé por ella de cómo había terminado la lucha. Me pidió que me mantuviese quieto y en silencio, en primer lugar porque mi pierna estaba rota por un disparo, y en segundo lugar, porque las cosas estaban todavía revueltas en Lucerna. Me encontraba en peligro y tenía que guardarme en su casa con todo secreto.

Estuve allí, en el desván, durante tres semanas, atendido por ella. La lucha seguía y algunas veces oía los disparos desde la habitación. Sin embargo, yo apenas si pensaba en aquello, ni en mi herida, ni en lo que había hecho y lo que mi pueblo pensaría de mí, ni siquiera de mi peligrosa situación.

Un médico venía a verme de vez en cuando. Nadie más acudía allí, y Lola tenía que ponerse un mantón, cuando el médico se marcha-

ba, y dejarme solo por unos momentos. Entonces me pedía que me mantuviera quieto y en silencio hasta que regresara. Las horas en que por éste u otros motivos me encontraba sin ella se me hacían Infinitamente largas. Sin embargo, cuando estaba conmigo hablábamos sobre muchas y variadas cosas. En conjunto, mientras estuve en el desván comprendí la vida, el mundo, a mí mismo y a Dios. Particularmente versaban nuestras conversaciones sobre las grandes cosas y los magníficos proyectos que tenía yo pensado hacer y desarrollar en mi vida.

Como podrás comprender, yo había hecho ya lo bastante para ser conocido de la gente, pero convinimos que aquello no era sino el comienzo.

Supe que muchos de sus amigos habían abandonado Lucerna y que ella se había quedado allí exponiéndose a todos los peligros sólo por mí. Entonces le rogué que se fuera también. "«No», me contesté seca y rotundamente.

Dijo que no me abandonarla por ninguna cosa del mundo. Lo primero de todo, porque los revolucionarios de Lucerna, después de mi proeza, me consideraban como un hermano y estarían dispuestos a morir por mí si fuere menester.

Pero además de esa ayuda y ese socorro con el que podíamos contar, en caso de que fuésemos hallados por los tiranos de la ciudad y sus milicias, ella y yo simularíamos —Lola se enrojecía cuando lo proyectábamos— no haber tomado parte en la lucha, jurando que estábamos juntos porque éramos amantes. Respecto de mi herida diríamos que fue hecha por un rival celoso. Cuando hablábamos de este tema, a sabiendas de que todo era pura comedia, me sentía extraordinariamente feliz y dichoso, y soñé las cosas que haría cuando me encontrara

JULIO CORTÁZAR

bien. En realidad no sé si un amor auténtico podría hacerme tan feliz como aquel amor soñado.

Finalmente me dijo que el doctor había asegurado que estaba fuera de peligro y podíamos partir. Ella abandonarla Lucerna aquella misma noche, y yo tenía que salir secretamente por la mañana temprano. Un amigo, según me dijo, pondría su carruaje a mi disposición y él mismo me escoltarla y protegerla hasta salir de la ciudad. Cuando me dijo estas palabras se apoderó de mí una especie de terror. *Madame* Lola siguió hablando gentilmente: "«Yo tengo que pagarte de alguna manera la preocupación y los dolores pasados por mi culpa. Te daré todos los sombreros que hay en mi tienda. Yo no volveré más a Lucerna.»

Con la ayuda de su doncella subió y bajó las escaleras doce veces, cargada siempre con cajas de sombreros. Los colocó todos a mí alrededor. Entonces comencé a reír. Por último, no podía moverme, casi enterrado en sombreros de todos los colores del arco iris, adornados con flores, cintas y plumas. El piso, la cama, la silla y la mesa estaban cubiertas de sombreros, probablemente los más elegantes y vistosos del mundo.

«Ahora —dijo después— aquí tienes un medio para conquistar los corazones de las mujeres.»

Se puso un sombrero y un chal, y tomó mi mano:

«No me guardes rencor. He tratado de hacerte un bien.* "Pasó sus brazos alrededor de mi cuello, me besó y se fue. Grité: "«Lola»

Nadie me contestó. A continuación caí desvanecido. Pasé una noche terrible. Nada habla que me alegrara o me complaciera. Nada en lo que mereciera la pena pensar. La imagen del capellán de St. Callen comenzó a preocuparme, y me pareció que no habría nada en el

mundo con lo que pudiera pagar mi crimen. A la mañana siguiente, un judío anciano, de notable elegancia, se presentó en la buhardilla en que me alojaba. A la puerta de la casa estaba su carruaje esperándome. En él *M* sacó de la ciudad. A un lado y a otro contempló las señale* la lucha, y esta observación me entretuvo durante todo el mino. Cuando llegamos a las afueras de la ciudad me dijo: "«El coche del barón De Watteville nos encontrará en t» lugar. Pero los sentimientos de tu tío han sido heridos con ti» comportamiento, y él me ha encargado que te diga que prefiere que continúes tu viaje en forma que no tenga necesidad de encontrarse contigo.»

«Pero, ¿conoce mi tío —preguntó sumido en gran sorpresa—, lo que me ha sucedido?»

«Sí —repuso el anciano judío—. Ha estado enterado en todo momento. El barón tiene mucha influencia en Lucerna y se ría dudoso que pudiéramos haber llegado aquí sin su ayuda» "No habló más. Seguimos caminando en silencio, honda, mente preocupados. El coche de mi tío estaba esperando, e & efecto, en el lugar que el judío me habla indicado. Cuando ¿os detuvimos un hombre salió de él y se dirigió lentamente hacia nosotros. Reconocí al joven de cabellos rubios que vi entrar en la casa de Lola, y posteriormente en la barricada. Tenía aspecto de haber sufrido mucho. Cojeaba al andar y su rostro estaba pálido cuando se Inclino al saludar a mi compañero. Sin embargo, al mirarme a mí sonrió súbitamente. Le oí que decía: "«¿Es éste el pequeño jilguero enjaulado de *madame* Lola?» "«Sí —contestó el anciano judío, sonriendo—. Este es su *golem*...»

Entonces no sabia yo lo que luego he aprendido. *Golem* significa en hebreo una figura de arcilla en la que se ha creado la vida con un soplo mágico. Esto se hace frecuentemente para realizar un crimen,

JULIO CORTÁZAR

cuando el mago no se atreve a realizarlo por si mismo. A estos *golem* se les imagina siempre poseídos de un gran poder. Cuando me dejaron instalado en el coche de mi tío, nos despedimos. Ya en marcha tenía muchas cosas en qué pensar, pero no sabía cómo encontrarme de nuevo. El olor de la pólvora, nuestras conversaciones, el beso de Lola en el ático, los sombreros que me habla dado, todo pasaba ante mis ojos como las manchas rojas que se ven después de haber mirado por un largo rato cara a cara al sol. No me ocupé con demasiada asiduidad en recordar los grandes hechos que habla ejecutado. Pero sin embargo la realidad era que yo debía estar muy sobreaviso hasta que lograra salir del país. Un doctor me dijo que la pierna habla quedado tan perfectamente curada que parecía que no se hubiera roto nunca.

«¿Quieres encontrar otra vez a esa mujer?»

«¿Lo has adivinado? Pues esa es la verdad. La estoy bus* cando. No encuentro gusto en ninguna cosa hasta que la vea de nuevo. Aunque no era muy joven, según te he dicho, ni mujer de noble cuna, sino una modista de sombreros de Lucerna, la verdad es que ardo en vehementes deseos de encontrarme nuevamente con ella.»

Escuché con interés la historia narrada por "Piloto". Y aunque la sabia cierta, me llené más de una vez de temor y sobresalto. Encontré en aquella narración muchas cosas alarmantes para mis oídos. Hasta aquella noche no me habla emborrachado nunca desde que perdí a Olalla. Tenia comprobado que desde entonces cuando bebía hasta dos botellas de vino de Suiza mi cabeza me fallaba. Eso era debido, sin duda alguna, al hecho de estar pensando durante mucho tiempo en la misma cosa. Este cuento de mi amigo era como un sueño mío. Habla mucho en la mujer de las barricadas que me recordaba los modales y la forma de ser de mi cortesana de Roma y, cuando en medio de su

historia, apareció un viejo judío, como el Aladino de la lámpara maravillosa, se me trastornó la cabeza. ¿Estaba volviéndome loco? Para aclarar esta cuestión me di a la bebida.

El barón Guildenstern, durante el transcurso de la narración de "Piloto", me miró de vez en cuando con una sonrisa y algunas veces me guiñó. Pero cuando terminó, demostró un total desinterés y pidió una nueva botella. La abrió y llenó los vasos.

«Mi buen amigo Fritz —dijo sonriendo—. Sé que las damas gustan de los sombreros. Para ellas un marido significa una persona que les comprará sombreros de todas las formas y de todos los colores. Dios las bendiga. Pero ten en cuenta que resulta un pobre artículo de vestir para vencer la voluntad de una mujer. Para mí resulta mucho más interesante regalarles camisas.»

«¿No has cortejado nunca a una mujer? —preguntó "Piloto" lleno de nerviosismo y con la vista puesta en el infinito—. ¿Siempre regalaste camisas?*

El barón le miró como si estuviera a punto de reconocer que un fracaso o un apetito insatisfecho puede ser de algún valor para cierta clase de gentes.

«Mi querido amigo —dijo—. Voy a contarte una aventura mía:

Hace siete años fui enviado por el coronel de mi Regimiento en Estocolmo, el príncipe Oscar, a la escuela de equitación de Saumur. Me hospedé, durante el semestre, dentro de la escuela, pues era presa de una cierta inquietud en Saumur; allí tuve horas agradables en compañía de dos jóvenes ricos amigos míos, uno de los cuales era Walde-mar Nat-og-Dag, que vino desde Suecia conmigo. El otro era el barón Cloutz un belga, que pertenecía a la nueva nobleza y poseía una In-mensa fortuna.

JULIO CORTÁZAR

A través de las cartas de presentación de nuestras ancianas tías, mi amigo sueco y yo calmos por un tiempo en la curiosa compañía de viejas legitimistas arruinadas, de la más alta y distinguida aristocracia, que perdieron todo lo que tenían en la Revolución francesa, y que vivían en una pequeña ciudad provinciana cerca de Saumur.

Todas eran muy ancianas, porque cuando jóvenes carecieron de dote para casarse, y los caballeros no tenían dinero para mantener una familia como correspondía a sus nombres de abolengo. Todos optaron por renunciar al matrimonio.

Las damas se apiñaban, juntas las cabezas, para leer las cartas de mi tía y se quedaban asombradas de las condición de vida de Suecia donde la nobleza conservaba aún valor y el coraje para procrear. Todo aquello me aburría enormemente. Era como si me hubieran colocado en un estante junto con botellas de vino y marmitas con adobo, sellando y tapando todo luego con pergamino.

En aquellos círculos se hablaba mucho de una mujer joven y rica que vivía, desde hacía un año, en una elegante casa de campo en las afueras de la ciudad. Yo había visto aquella casa con sus jardines vallados, durante mis paseos a caballo. Al principio, apenas si me interesó. Consideré a aquella mujer como una más de las que formaban la compañía de Beguines. Me extrañaba sin embargo, el hecho de que, a pesar de reunir todas las cualidades de la juventud y la prosperidad parecía hacerse querer por todos los corazones viejos y gastados de la ciudad. Fueron ellos mismos los que me dieron la explicación. Esta joven había consagrado su vida a la memoria del general Zumalacárregui, que fue, según creo, un héroe y mártir por la causa de un rey de España. En su honor, ella siempre vestía de blanco, se conformaba con escasez de alimentos y de agua, y todos los años emprendía una peregrinación

a su tumba en España. Hizo muchas obras de caridad con los pobres, y fundó una escuela de niños en la aldea y un hospital. De vez en cuando tenía visiones y oía voces, probablemente la voz marcial del general Zumalacárregui. Por todo esto estaba siempre pensativa. El que hubiera tenido, antes de su muerte, relaciones terrenas con el mártir, en modo alguno dañaba a su reputación.

El grupo de ancianos solteros, de ambos sexos, estaba intrigado con la idea de que aquella joven fuera una nueva Santa María Magdalena, y que como ella acabara siendo incluida entre los santos del Cielo, como lo fueron las once mil vírgenes mártires de Colonia. Pero el corazón de mi amigo Waldemar, cuando se encontró con ella por primera vez, se derritió con la misma celeridad que se derrite y se deshace un terrón de azúcar al caer en una taza con café caliente.

Arvid —me dijo—, creo que nunca me he encontrado con mujer semejante y que este encuentro ha obedecido a una voluntad y designio del Destino. Como tú sabes, mi nombre es Noche y Día, y mis blasones son la mitad blancos y la mitad negros. No puedo apartar de mi mente la idea de que, o esta mujer estaba destinada para mí, o yo estaba destinado para ella. Esta *madame* Rosalba tiene en sí más vida que cualquier otra persona de las que he encontrado. Es una santa de primera magnitud, y para ser santa hace uso del mismo vigor y fortaleza de un comandante para sitiar una ciudadela. Como una flor fresca y lozana se sienta entre los árboles secos y viejos. Es un cisne en el lago de la vida. Ahí está la parte blanca de mi escudo. Pero al propio tiempo la muerte existe en algún lugar, y be ahí la otra mitad, la parte negra de los blasones de Nat-og—Dag. Te lo explicaré con una metáfora que se me ocurrió cuando la estaba mirando.

JULIO CORTÁZAR

Desde que estamos aquí hemos oído muchas cosas sobre la elaboración del vino y aprendido el modo de obtener un vino blanco especial de este país: es cuestión de dejar las uvas en la villa más tiempo que las otras. Así se secan más, maduran excesivamente y tienen un sabor muy dulce. Además llevan dentro una condición peculiar que en francés se llama *pourriture noble* y en alemán *edelfaule*, que da el gusto especial al vino.

Pues en la atmósfera que rodea a Rosalba, Arvid, hay un gusto y un sabor que no hay en las demás mujeres. No sé si será el olor de santidad, o el moho corrosivo de algún vino fuerte y extraño.

«Oh! Arvid, amigo mío! Tal vez sean las dos cosas dentro de un alma, mitad blanca y mitad negra, un alma Nat-og-Dag.»

Al domingo siguiente, era en el mes de mayo, me las arreglé para ser presentado a *madame* Rosalba después de misa, en la comida en casa de un antiguo amigo mío. Estos viejos aristócratas, en medio de su ruina, mantienen una mesa bastante buena, y no menosprecian una botella de vino. Pero la mujer más joven comió lentejas y pan seco con un vaso de agua; y lo hizo con un recato tan dulce y franco que la dieta resultó tan severa que nadie hubiera osado ofrecerle ninguna cosa más. Después de la comida, en un salón fresco y en penumbra entretenía a los invitados con franqueza y modestia describiéndoles una visión que habla tenido últimamente.

Se habla encontrado, decía, en un vasto prado cubierto de flores, con una gran multitud de niños, cada uno con un pequeño halo alrededor de su cabeza, tan claro y brillante como la luz de una bujía. El mismo San José se le acercó para decirle que aquello era el Paraíso y que ella tenía que hacer de niñera para todas aquellas criaturas. Le explicó que eran los primeros mártires, niños de Belén asesinados por

orden de Herodes. Hizo hincapié sobre la tarea tan dulce que le era encomendada, puesto así como Dios había muerto por el bien de la humanidad aquellos niños sufrieron y murieron por bien del Señor.

Estas palabras proporcionaron una gran dicha a su corazón, y resplandeciente de felicidad y bienaventuranza declaró que no quería ninguna otra cosa en toda la eternidad que cuidar y jugar con aquellos niños martirizados.

Yo no creo mucho en visiones de mujeres, pero por la forma que aquella mujer contó su historia no me quedó ninguna duda de que habla visto con sus propios ojos lo descrito, y que estaba elegida y destinada para el servicio del Paraíso. Todo hacía creer que la elección habla sido bien hecha y los pequeños mártires recibirían con ello mucha alegría.

Una vez, mientras hablaba, levantó los ojos. □Dios santo, qué par de ojos! Realmente eran de extraordinaria belleza, capaces de quitar la respiración a cualquiera con una sola mirada.

Fue entonces, mientras escuchaba y miraba a sus discípulos, cuando llegué al convencimiento de que en todo aquello había una trampa audaz y una hábil superchería. Podía Rosalba repartir beneficios sobre ricos y pobres, como el cuerna de la abundancia; podía haber amado al general Zumalacárregui; pero aquella mujer no lo había amado sólo a él en el mundo ni en aquellos momentos vivía de sus recuerdos. Además' pensé, me aventuraría a asegurar que este cisne de Rosalba puede contar los nombres de sus amantes con las cuentas de y. rosario, o de lo contrario es una doncella anciana y perversa y digo doncella anciana porque para llamarla doncella a secas tenía demasiados años. Había pasado ya de los treinta, lo para los legitimistas representaba edad a propósito para la señora de un general "Cuando

JULIO CORTÁZAR

se acercó a la ventana a mirar su carruaje, los pliegues de su vestido blanco y su cabellera negra se movieron en atención a mí.

Entonces me pasó por el pensamiento que nunca habla te. nido por rival a un muerto. Veamos ahora, me dije, de lo que es capaz el general Zumalacarregul. ¿Será esta Rosalba más difícil de seducir que las demás mujeres? Hay un refrán que dice que el viejo caballo de guerra levanta la cabeza cuando oye las trompetas.

Pronto me convertí en un asiduo visitante de la casa de campo de *madame* Rosalba. Yo no sé si la antigua comunidad aristocrática de la ciudad tenía alguna idea del peligro de su ídolo. Me aceptó sin miramiento alguno como compañero en sus visitas a pobres y enfermos. Al principio le hice muchas consultas sobre mi alma. Le confesé muchos de mis pecados, y ninguno de ellos pareció impresionarle demasiado. Parecía como si todos le fueran familiares.

Es cierto que me dio buenos consejos, y que si algún día deseo reformar y rectificar mi vida lo conseguiré siguiéndolos. Tenía la misma seriedad, buena fe y dulces modales de siempre, y me gustaba mucho. Yo, por mi parte, sabía esperar. Tuve de observador a mi joven amigo Waldemar, y al final de la danza supe que disponía de una agradable sorpresa. Una cosa resultaba para mi extraña en aquella casa. Mi buena abuela me llevaba el día de Navidad a la iglesia. Oí muchos sermones, y conocía la diferencia que hay entre la santidad y pecado tan bien como el propio anciano pastor Methodius, aunque hubiéramos estado siempre disconformes en lo tocante a nuestros gustos personales en la materia.

Pero por mi honor como centinela y observador juraría que en ella era muy difícil distinguir la divisoria. Predicaba teología con tanta voluptuosidad como si los Mandamientos del Señor fueran un verda-

dero tratado de gastronomía; y cuando hablábamos de amor lo hacía como un pasatiempo, un juego de niños. Esto no me gustaba.

Yo tuve una niñera que creía en las brujas, y a veces, junto a Rosalba recordé los cuentos siniestros del viejo Maja-Lisa.

Finalmente, obtuve de Rosalba la promesa de una cita en su casa, un viernes por la tarde. Aquel día todo el mundo fue a los funerales por la viuda de un mariscal, muerto a los cien años de edad. Esto ocurría a finales del mes de junio. Por entonces estaba yo aburrido y descorazonado y pensé para mis adentros: "Tiene que ser el viernes o nunca volveré a hacer el amor a esta mujer."

Todo lo que cuento pudo terminar de forma muy diferente si no hubiera acontecido algo en Saumur. Lo que aconteció fue que un viejo judío muy rico y de buen porte, al estilo del judío de tu cuento, Fritz, se detuvo allí durante una semana en su viaje procedente de España. Tenía de todo lo mejor. Su coche, sus criados, sus diamantes eran comentados y ponderados por doquier. Nadie recordaba haber visto nunca cosa igual, ni hombre que reuniera tanta riqueza y tanta ostentación en todas las manifestaciones de la opulencia humana. Pero lo que más llamó la atención en nuestra escuela de equitación fue un par de caballos andaluces que traía consigo. Eran, particularmente uno de ellos, lo más fino y selecto que se había visto en Francia. Aun en mi Regimiento de Suecia, tal vez no hubiera uno como aquél. Y por si fuera poco hablan sido domados y adiestrados en el picadero real de Madrid. Decidimos que era una vergüenza que estuvieran en manos de un judío.

Debido a los caballos olvidé a *madame* Rosalba por unos días, ya que el tema y la conversación que dominaba por todos los sitios de reunión versaba sobre el viejo judío y sobre las cosas que traía consigo,

JULIO CORTÁZAR

muy en especial sus caballos. Pocos de nosotros teníamos la cantidad suficiente para comprarlos, y aun considerábamos como un punto de honor el que no teníamos que consentir el que abandonaran Saumur. Por fin el barón Cloutz que era millonario y joven de ingenio abundante y agudo, una tarde, después de comer, nos hizo una proposición a cinco de nosotros que por mucho tiempo habíamos sido sus amigos más íntimos. Prometió que comprarla el caballo al judío y que le pondría como premio en una competición en la que habríamos de demostrar cuál de nosotros valla más. Las condiciones de la competición eran las siguientes: Teníamos que cabalgar, cada uno, durante un día tres millas francesas, beber tres botellas de vino del país y hacer el amor a tres damas. Quedaba a nuestro juicio el orden en el desarrollo de los acontecimientos. Lo importante era que el caballo del judío pasarla a aquel de nosotros que llegara el primero a la casa del barón Cloutz, después de haber cumplido todas las condiciones.

La propuesta fue acogida con entusiasmo y obtuvo un éxito rotundo. Por mi parte, estaba ya ordenando en mi mente la sucesión correlativa de las condiciones, caminando con la Imaginación a los círculos de conocimientos que yo tenía entre las mujeres más bellas del distrito, cuando me di cuenta de que el día elegido para la encuesta era precisamente el señalado para mi cita con *madame* Rosalba. El día habla sido escogido con ambos propósitos, la encuesta y mi cita, por la misma razón porque en ese día la *élite* de la ciudad estarla ocupada y no podría meter las narices en nuestras cosas.

No obstante, tenia confianza en mi mismo y cuando caminaba del brazo con el Joven Waldemar pensó. que aquello era una buena broma. Estaba tan enamorado de Rosalba que sería capaz de cambiar de religión por ella y hasta hacerme monte A mi me tocó oír repetida-

mente sus elogios y ponderaciones sobre Rosalba. Después de algunos razonamientos le persuadimos a que tomara parte en nuestra competición. Sin vanidad fui puntual a mi cita en el blanco castillo de Rosalba, aquel viernes por la tarde.

Fui guiado por su propia doncella (puesto que no quedaba otra persona en la casa, ya que todos habían acudida al funeral) hasta el gabinete de Rosalba, en lo alto de la torre, al final de una larga escalera de piedra. Las contraventanas estaban cerradas, la habitación medio a oscuras, de forma que al que venía de la calle le parecía que entraba en una iglesia. El ambiente estaba cargado con el aroma de los muchos lirios blancos que allí había. Sobre una mesa aparecían colocados vasos y una botella del mejor vino que yo nunca había gustado, un *Chotean Yquem* seco. Esta botella hacía la tercera del día. Allí estaba también Rosalba, vestida sencillamente, como de costumbre, con su gran belleza.

Si lo que me sucedió a mí en esta torre parece algo fantástico y descabellado y más semejante a un cuento de hadas o a una historia de fantasmas, la culpa no es mía. Es cierto que el día era caluroso: aquella misma noche tuvo lugar una gran tormenta acompañada de fuertes truenos; y también es cierto que como llegué allí procedente de la blanca carretera, pesado y molesto con mis botas de montar, no tenía plena seguridad «obre mi cabeza. Tal vez estuviera más enamorado de ella de lo que yo me imaginaba, puesto que todas las cosas que hacía y pensaba parecían referirse a ella, y hasta mis botellas y mis desenfrenadas carreras a caballo parecían ser como las ceremonias justas e iniciales para el gran momento. Con todo, recuerdo perfectamente el desarrollo de los acontecimientos. No tenía mucho tiempo que perder. Delirante como estaba, con la habitación dando vueltas a mi alre-

JULIO CORTÁZAR

dedor, las palabras acudieron fácilmente a mis labios y bien pronto la tuve entre mis brazos, con el rostro humedecido, como un lirio blanco y cimbreado en medio de una tormenta.

Con los brazos extendidos me contuvo, diciendo:

«Escúchame un momento. Estamos solos. No hay en la casa más que mi doncella, esa bonita muchacha que te ha traído hasta aquí ¿No tienes miedo?»

Querido —agregó—, ¿no has oído contar nunca la historia de Don Juan?»

Me miró con tanta fijeza que tuve que contestar dictándole que habla escuchado la ópera de su nombre.

«¿No recuerdas la escena en la que la estatua del comendador viene a por él?»

Intervine en aquel momento para decirle: «Por favor, hablemos de otra cosa...»

Un instante —dijo Rosalba—. Me debo a la memoria del general Zumalacárregui. Si algún día llegara a traicionarle, la pobre Rosalba desaparecerla. Sin embargo, una ópera tiene que tener, más pronto o más tarde, un quinto acto. Y tú, mi estrella del norte, vas a ser su héroe. Rosalba era una burbuja brillante, y cuando la rompiste todo lo que se ha podido recoger de ella ha sido un poco de humedad. Pero ha llegado el tiempo de que esto sucediera. Todas las criaturas estaban interesadas por ella. Tienes que ser quien le dé su gran trágico final. Creo que ningún otro hombre en el mundo lo podría hacer mejor. Tú mereces bien acercarte a mí

«Déjame entonces que me acerque», dije con palabras entrecortadas.

«¿No tienes piedad de la pobre Rosalba? ¿No te causa lástima que pierda su último refugio, que sea visitada por fantasmas y aparecidos y al final sea condenada? ¿No significa nada para ti todo esto? ¡Contesta! ¡Contéstame!»

«Tú misma eres la que no tiene compasión ni piedad alguna de mí», grité.

«Te equivocas, Arvid —exclamó—. Estás completamente equivocado. Yo estoy preocupada por ti. Tengo una pena terrible.»

Estuvo cabizbaja por unos instantes, en actitud de pensar seriamente, y luego fijó sus ojos muy abiertos en mí para decirme: "«Te espera un futuro horroroso, ruma, desierto, torturas... Si pudiera ayudarte, lo haría; pero eso es imposible para mí. El pensamiento y el recuerdo de Rosalba nunca te traerá ningún bien. Su ejemplo no puede ayudarte en nada. Tal vez el recuerdo de estos momentos pueda ayudarte algún bien, pero eso no es seguro...»

Un nuevo silencio sumió a Rosalba en hondos pensamientos, como si pasara por su imaginación algo que quisiera ver con claridad para expresarlo con palabras: "«Dime, querido —dijo al fin—. Si para salvarte te regalara yo un hermoso y rápido corcel, que espera enjaezado y ensillado en mis caballerizas, lo suficientemente fogoso para sacarte de este abismo de perdición a cuyo borde estamos los dos; y si enviara contigo a mi doncella, esa linda muchacha que te trajo hasta aquí, ¿lo aceptarías?»

Luego siguió hablando como si fuera una sibila:

«Pero quizá sea ya demasiado tarde y oigamos de un momento a otro las fatales pisadas sobre la escalera, mármol sobre mármol.»

Su negro cabello, que ordinariamente colgaba a ambos lados de su cara en bucles, estaba ahora peinado hacia atrás. Pude ver claramente

te que sobre aquella mujer estaba grabada la cara de la bruja. Desde su oreja izquierda hasta el hueso del cuello se extendía una honda cicatriz, como una pequeña curva blanca.»

A estas palabras del barón, "Piloto" gritó:

«¿Qué? ¿Qué estás diciendo?»

«He dicho —dijo el barón pacientemente, complacido de impresión que estaba causando su historia— que desde su oreja Izquierda hasta el hueso de su cuello se extendía una cicatriz. Como si fuera una serpiente.»

«Lo he oído —gritó "Piloto"—. Pero dime, ¿por qué has de repetir mis propias palabras? La modista de sombreros de Luerna, *mada-me* Lola, llevaba esa misma cicatriz en su cuello y de esto ya hablé yo anteriormente.»

«Tú no has dicho una palabra sobre la cicatriz», aseguró «el barón.

«¿No lo he dicho?», me dijo "Piloto" como pidiendo una aclaración.

Yo no dije nada. Pensé: "Estoy soñando. Estoy plenamente seguro de que estoy soñando. Este hotel, "Piloto" y el barón sueco son las partes integrantes de mi sueño. Dios mío, ¡qué pesadilla! Al final he perdido la razón. Lo próximo que me acontezca será que Olalla penetrará por la puerta velozmente, como siempre sale en los sueños." Con este pensamiento fijé los ojos en la puerta.

De vez en cuando, mientras nosotros hablábamos, llegaban nuevos huéspedes del exterior. Unos se sentaban en el salón y otros se dirigían directamente a los apartamentos que les correspondían.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Entró una Hama con su doncella y pasaron de prisa y en silencio. La dama vestía una capa negra que disfrazaba su cara y su figura. La doncella llevaba el pelo trenzado alrededor de la cabeza, al estilo suizo, y portaba los chales. Las dos caminaban tan serias y recatadas que ni siquiera el barón osó dirigirles más que una mirada de soslayo.

Apenas hablan desaparecido cuando "Piloto" suspendió súbitamente su acalorado debate con el barón y se puso de pie firme e inmóvil como una estatua, con la vista fija en la dirección por donde hablan desaparecido.

Cuando le preguntamos riendo, ya que hablamos bebido lo bastante para creernos unos a otros ridículos y grotescos, qué era lo que le pasada, volvió hacia nosotros sus ojos desmesuradamente abiertos y gritó hondamente conmovido, con emoción que se acentuó más al oírse sus propias palabras: "«Si... era ella. Es *madame* Lola de Lucerna.»

Entonces prendió fuego la llamarada de la locura, si bien de momento sólo hirió a "Piloto". Nadie sabía lo que ocurriría mas tarde. Al oír sus palabras quise yo también recordar algo familiar en aquella dama.

«Piloto" comenzó a mesarse los cabellos. Le cogí del brazo y le dije:

«Escucha, muchacho. No es necesario enloquecer. Iremos Juntos y preguntaremos al camarero, que sin duda la conocerá, si esta dama no es la comadrona de Andermatt, que se ha comprobado que nada tiene en común con la doncella de Orleans.»

Aun sonriendo, le arrastré hasta la conserjería y formulé mi pregunta sobre los recién llegados al suizo viejo y calvo. El conserje estaba ocupado en contar varios equipajes elegantes y no nos prestó mucha atención. Yo insistí: "«Mire, hay una buena recompensa por un

JULIO CORTÁZAR

pequeño favor. ¿Esa dama vestida de negro es una revolucionaria? ¿Es la inspiradora del asesinato del capellán del obispo de St Gallen? ¿Es una mística que ha consagrado su vida a la memoria del general Zumalacárregui? ¿Es acaso una prostituta de Roma?» El anciano conserje dejó a un lado el lápiz y fijó sus ojos en mí.

«Válgame Dios, señor —exclamó—. ¿De qué está usted hablando? La dama que termina de cruzar el comedor y que ocupa la habitación número nueve del hotel, no es otra que la esposa de Herr Heerbrand, consejero de Altdorf, la persona más famosa y destacada de la ciudad. Su actual esposa es la viuda de un cosechero de vinos italiano; posee haciendas en Tos cana, y esto le obliga a ir y venir frecuentemente. En Altdorf, donde están sirviendo mis tres nietas, es altamente respetada. Ella da tono a toda la ciudad y es conocida como una elegante y refinada jugadora de cartas.»

«Ya te has enterado, "Piloto" —dije mientras le llevaba del brazo, pues estaba tan estupefacto que se hubiera quedado allí inmóvil a no ser por mi intervención—. Terminamos de oír una solución prosaica a nuestro enigma. Podemos dormir tranquilamente esta noche en las habitaciones ocho y diez con la cama de la señora del consejero al otro lado del tabique.»

No miraba por dónde iba y tropecé con una persona que con un pequeño bastón en la mano se dirigía lentamente al comedor, en nuestra dirección. Cuando presenté mis excusas, levantó su alto sombrero mirándome y vi que se trataba del viejo Judío de Roma, Marcos Cocola. En seguida se alejó y cruzó por la misma puerta por la que habla cruzado la dama.

Después del primer momento de rabia, al ver ante mí el rostro pálido y aquellos ojos negros, un odio feroz se apoderó de mí de pies

a cabeza. Como tú sabes, Mira, yo soy muy lento para enfurecerme, y este mismo carácter tenía cuando era joven. Pero cuando me enfurezco recibo siempre un gran alivio. Estuve deprimido y desconcertado por mucho tiempo. Mi desesperación alcanzó su punto culminante cuando me reuní con los amigos del hotel.

«Ahora —pensé—, si todas las cosas del mundo están verdaderamente contra mí y me son por igual dañosas y perjudiciales, ha llegado el momento de luchar.» Así pensé en aquellos momentos. Más tarde me di cuenta de que nada podría cambiar mi estado de ánimo fuera de la proximidad de la mujer. Había pasado a seis pies de mí, habla liberado mi corazón por el contacto cercano de su falda y una vez más soplaban los vientos de la vida en mis velas y sus corrientes estaban ya bajo mi quilla.

Miré a mis dos compañeros y pude ver que también ellos dos habían reconocido al judío. En su asombro parecían las figuras yacentes. Algún efecto mágico les rodeaba a ellos lo mismo que a mí, a no ser que aquellas mismas criaturas fueran producto de mi imaginación. Pero esto importaba poco. Estaba determinado a luchar contra el destino. Tomé una tarjeta, escribí en ella el nombre del viejo judío y le pedí con el mejor estilo que me concediera una entrevista. Luego llamé al camarero y le envié a su habitación. No tenía miedo alguno del anciano judío, a quien Olalla había denominado "su sombra". Creía ciegamente que aquel hombre pertenecía al diablo, pero tenía que comprobarlo.

El camarero volvió para decirme que no había nada que hacer. El anciano caballero se había dirigido directamente a la cama, pedido por medio de su criado una bebida caliente y cerrado la puerta ordenando que nadie le molestara. Dije al camarero que era asunto de suma im-

JULIO CORTÁZAR

portancia, pero se negó a hacer nada en mi favor. Conocía a su cliente, que poseía coche propio y espléndido con criados de uniforme. Sabía que era hombre de riqueza incalculable.

«¿Ha hecho el viaje —pregunté al camarero— en compañía de *madame* Heerbrand?»

«No, nunca le he visto en su compañía —repuso el pobre hombre, asustado, según creí, por mis miradas—. No creo que la dama y el caballero se conozcan ni se hayan visto nunca.»

Era para mi un pensamiento doloroso que tuviera que pasarme toda la noche sin hacer nada de lo que me proponía y me preocupaba. Me decidí a esperar. Arrastré una silla hasta la chimenea y avivé el fuego, sin atreverme a ir a dormir. Temía que la mujer abandonara el hotel de madrugada. Llamé al camarero, le di unas monedas y le rogué que me informara cuando la señora del número nueve abandonara el hotel.

«Pero, señor —me dijo extrañado—. La señora se ha ido ya.»

«¿Que se ha ido?», grité mientras "Piloto" y el barón repetían mi exclamación como un doble eco.

«Sí. Así es. Se marchó. Apenas habla salido del comedor por una puerta, cuando volvió por otra a conserjería, con gran tristeza y aflicción. Inmediatamente pidió un coche que la llevara esta misma noche. Habla encontrado, según informó al conserje, una carta para ella en el hotel, comunicándole que su hermana esperaba moribunda en Italia, y por lo tanto su partida era cuestión de vida o muerte.»

«Pero, ¿es posible —pregunté— salir esta noche por esas carreteras, en medio de la tormenta?»

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

El camarero acordó conmigo que sería muy difícil, pero añadió que ella insistió repetidamente en sus propósitos, ofreció el doble y hasta el triple de la cuenta, cruzó las manos con tanta pena que conmovió el corazón del cochero. Por otra parte, no era fácil desobedecer las órdenes o los ruegos de la señora de Heerbrand. No se trataba de una mujer corriente.

Se habla marchado. Nosotros mismos recordamos haber oído las ruedas de un coche. Era cierto. Y allí hablamos quedado como tres sabuesos burlados alrededor de la raposera.

No habla duda para mí. Fue la visita del anciano judío la que la obligó a alejarse. Verdaderamente aquel anciano era un demonio, el mago que habla logrado sujetar en cierto modo a aquella bella mujer dentro de la Influencia maléfica de su poder. De pronto, una fuerte tristeza se apoderó de mí, por no poder ir a matarle. Pero eso produciría muchos disturbios, y además sus criados me lo impedirían. No quedaba otra cosa que hacer sino seguirla y protegerla contra él. Ante esta idea mi corazón saltó como una alondra.

Encontramos alguna dificultad para conseguir un coche, pero al final fue superada por el barón que mostraba mucha energía y eficiencia en el asunto. Me di cuenta de que mis dos compañeros desconocían que yo tuviera algún interés en aquel asunto y se quedaron sorprendidos ante tanto celo. El barón que creía que yo estaba profundamente borracho, no mostró aversión a llevar un espectador más para sus hazañas. "Piloto" consideró mi ofrecimiento como una prueba de amistad para con él. Y así, aunque aparentaba estar sumido en una borrachera sorda, trató de encontrar palabras con que expresar su gratitud.

«Vete al infierno, "Piloto"», le dije.

JULIO CORTÁZAR

Entonces se contentó con apretarme la mano. Por fin, y a un gran precio, se consiguió un coche y los tres caminamos rumbo al monasterio.

El viento era espantoso y la nieve estaba endurecida sobre la carretera. Consecuentemente nuestro coche, caminaba a saltos y trompicones; a veces se quedaba totalmente inmóvil.

Nosotros íbamos sentados cada uno en un rincón. Desde el momento en que nos acomodamos dentro del coche cerrado, con la atmósfera viciada, detrás de los cristales que quedaron súbitamente empañados por los copos de nieve que golpeaban contra ellos con furia, ya no hablamos. Ninguno de nosotros hubiera sentido pena por la muerte de los otros dos. De esto estoy seguro. Sin embargo, quedé tan pronto entusiasmado con la idea de ver a Olalla de nuevo, que el mundo exterior se esfumó totalmente para mí. Todo nuestro camino habla sido subir carretera arriba. Tal vez llegáramos al cielo, según yo pensaba. Mi cielo, si me fuera dado a mí elegirlo, sería también turbulento, lleno de vientos salvajes y enfurecidos.

A medida que avanzábamos la carretera era más pendiente y la nieve más intensa. Nuestro cochero no podía ver más allá de seis pies. De súbito el coche dio un salto y se paró. El cochero descendió del pescante, abrió ayudado por una fuerte ráfaga de viento y de nieve, penetró donde nosotros estábamos, gruñendo enfurecido, y nos dijo que era imposible sacar al coche de aquella ventisquear en que se habla atascado.

Tuvimos una breve consulta decididos a no abandonar el viaje. Nos pusimos de pie, abrochamos nuestros abrigos, subimos los cuellos, y doblados como ancianos emprendimos el camino sobre la nieve. Habla parado de nevar. El cielo estaba despeja, do. La luna, co-

rriendo por detrás de delgada nubes, nos mostraba el camino. Pero el aire seguía siendo espantoso.

En el mismo momento que me apeé del coche pasó por mí imaginación un cuento de hadas que me contaron cuando era niño. El cuento decía que una bruja guardaba todos los vientos del cielo apisonados en un saco. "Aquel paso, pensé, debía de ser el saco de la bruja." Los vientos, encarcelados dentro, se revolvían furiosamente, arremetían a un lado y otro como si fueran perros de pelea encadenados. A veces parecían caer verticalmente sobre nuestras cabezas; luego se elevaban del suelo y llevaban consigo la nieve hacia la altura.

En el coche hablamos pasado *trío*, pero allí, cuando coronábamos la montaña, era como si alguien derramara sobre nuestra cabeza un cubo de agua helada. A duras penas pudimos resistir. La respiración se nos cortaba. Sin embargo, aquella crudeza, aquella ferocidad me hizo mucho bien. Tenía que encontrarla en aquella noche y en aquel mundo enfurecido, y ella, indudablemente, precisarla de mi ayuda.

Las figuras de mis compañeros de viaje, que aparecían a una notable distancia, oscuras y vagas, como sombras, eran para mí cosa insignificante y baladí. Aquel hallazgo tenía que ser únicamente mío, y además yo disponía de muchas ventajas sobre ellos. "Piloto" se perdió, de vista y el barón me seguía a una no muy larga distancia. Pero no me alcanzó.

Después de una hora aproximadamente de camino, en una curva de la carretera alrededor de una montaña, apareció, de súbito, como una gran torre en frente de mí, un objeto grande y cuadrado a un lado de la carretera. Era el coche de Olalla. Estaba inmóvil, atascado como el nuestro y medio volcado; Junto a él no habla ni cochero ni caballos. Abrí la puerta de un tirón y una mujer que había dentro dio un terrible

JULIO CORTÁZAR

grito. Era la doncella que vi en el hotel. Estaba agazapada en el piso del coche, abrigada con los chales sobre su cuerpo. Cuando vio que yo no iba a matarla o robarle, me dijo que el cochero había desenganchado los caballos para llevarlos a un albergue después de perder toda esperanza, como el nuestro, de dar un paso más.

«Pero, ¿dónde está la señora», le pregunté.

Ha seguido a pie», respondió.

La doncella estaba asustada, y al describirme la huida de su señora y los peligros a que estaba expuesta, sollozaba amargamente, resultándole dificultoso pronunciar las palabras. Me separé de ella sin hacer caso a sus ruegos a que me quedara acompañándola, y di un golpe a la puerta. "¿Qué terrores o qué peligros, pensé, habla en aquel coche para obligar a salir de él a una mujer a buscar la soledad y las inclemencias de la noche? ¿Qué razones podía tener para arriesgarse a una muerte casi —segura, en medio de aquellas montañas nevadas? ¿Qué le amenazaba estando cerca del viejo judío de Amsterdam?"

Me habla detenido Junto al coche durante un cuarto de hora y esto dio lugar a que el barón me alcanzase. Los dos faroles estaban encendidos, y cuando llegó hasta donde yo estaba y me habló resultaba curioso ver bajo la luz fría de la luna su rostro «olor escarlata, a la luz de los faroles.

Intercambiamos unas palabras al abrigo del coche, y de nuevo comenzamos la marcha, uno al lado del otro. En un lugar donde la carretera era más pendiente, entre la neblina formada por la nieve espolvoreada furiosamente por el viento, vi a unas cien yardas delante de mi una sombra oscura que debía de ser una figura humana. Al principio creí que aparecía y desaparecía, y me resultaba difícil en la noche

tener los ojos fijos mucho tiempo. Pero después, cuando mis ojos se acostumbraron, pude seguirla con más seguridad y firmeza.

Caminaba por la carretera dura y pendiente, con la misma rapidez que yo mismo. Mi fantasía sobre que podría volar cuando le viniera en gana, se esfumó inmediatamente.

El viento agitaba su vestido. Unas veces lo hinchaba de forma que me parecía ver una lechuza encolerizada, con las alas abiertas sobre la rama de un árbol; otras veces los ajustaba tan estrechamente a su cuerpo, que las piernas largas semejaban a una grulla corriendo por el campo para alcanzar al viento y levantar el vuelo. Me pareció insostenible la proximidad del barón. Si yo había estado persiguiendo a Olalla durante seis meses, para darle caza por fin en aquellas montañas, consideraba justo que fuese sólo para mí. Hubiera sido totalmente inútil tratar de explicar al barón todo esto. Así, me detuve y cuando él se detuvo también a mi altura, le agarré fuertemente por las solapas del abrigo y le derribé. Si estaba rendido y agotado por la subida. Su respiración era pesada, y ya se había visto obligado a detraerse un par de veces. Pero revivió con nuevo vigor ante mi actitud, al ver la expresión de mi rostro. No estaba dispuesto a permitir que yo me alejara solo. Sus ojos y sus dientes derrochaban cólera y enojo. Hubo unos momentos de lucha sobre la carretera de piedra cubierta de nieve.

Mi sombrero salió despedido y rodó a buena distancia. Agarrándole todavía con la mano izquierda de su abrigo, propiné al barón un puñetazo en la cara tan fuerte que le hice perder el equilibrio. La carretera estaba resbaladiza, y al final mi enemigo cayó rodando. Al caer, soltó una bufanda que había ajustado a mi cuello y con la que me tenía casi estrangulado.

JULIO CORTÁZAR

Luego, maldiciendo el retraso y la dilación sufrida, emprendía de nuevo la marcha, enardecido y acalorado por el esfuerzo de la lucha. Solo de nuevo, y con la seguridad plena de que alcanzarla al final a Olalla, en aquellas altas colinas, mi corazón se llenó de felicidad y al propio tiempo del mismo temor que me embargara cuando estuve detenido Junto al coche. Una y otra cosa me empujaron hacia adelante con fuerza. Nuevamente pensé mientras corría sobre la carretera oscura, al compás de la luna tras las nubes, que probablemente padecía de enajenación mental. Era una situación enloquecedora y enervante, muy apropiada para alguna tragedia fantástica en los teatros de Roma. Yo me encontraba allí en pos de la mujer a la que amaba, mientras ella volaba delante de mí con tanta rapidez como permitían sus piernas, en la creencia de que yo era su enemigo, al que también lo era mío, quien nos separó primeramente y quien yo quitaría la vida.

No volvió la cabeza ni una sola vez y resultaba totalmente imposible gritarle contra el viento. Los dos estábamos haciendo el esfuerzo que nos era posible por la huida y por la persecución. Aun así, caminando de aquella forma, doblados como ancianos, apenas pudimos cubrir más de dos millas en una hora. Pero lo más extraño de todo, lo que más me preocupaba era el pensamiento de que tal vez ella me hubiera tomado a mí por el viejo Judío.

En las calles de Roma y en la habitación de Andermatt él caminaba muy despacio apoyado en un bastón. Por el contrario, yo era joven y atleta; pero a pesar de todo podía confundirse. Aquel viejo y rico Judío de Amsterdam tenía que ser, en realidad, un demonio o tener el poder de enviarlos con mensajes. Comencé a creer si no sería yo mismo su mensajero. ¿Estaba yo, acaso, sin saberlo, bajo su poder y órde-

nes? ¿Me había con» vertido, en contra de mi voluntad, en el demonio familiar de aquel viejo, de aquel repugnante hechicero de Amsterdam?

Pero el tiempo no iba pasando en balde. Mientras yo había estado enfrascado en estos pensamientos, mientras estas ideas extrañas y peregrinas llegaban y volvían a ausentarse de mi cabeza, yo caminaba sin cesar, realizando esfuerzos sobrehumanos, y estaba próximo a darle alcance. Fue entonces cuando espoleado por su proximidad, ardiendo en deseos frenéticos de llegar hasta ella y cogerla entre mis brazos, aceleré mis pasos. Súbitamente su larga capa estuvo al alcance de mis manos. En aquel instante, me encontré a su lado, di un salto para ponerme delante de ella, la abracé y la detuve.

Se echó en mis brazos y hubiera caído al suelo si yo no la hubiera asido. Los dos, bajo la luna borrascosa de invierno nos unimos en un fuerte abrazo. Fue el abrazo añorado por mí durante tanto tiempo, que me recompensó con creces de los esfuerzos gigantescos que habla realizado.

¿No piensas tú, Mira, que es gran cosa la locura de los seres humanos? Yo habla dedicado mi vida a buscarla, plenamente convencido de que en el momento en que le encontrara su sola presencia me devolverla la felicidad de Roma.

No recuerdo ahora exactamente lo que pasó en aquellos momentos por mi imaginación. No recuerdo si intenté hacerla jurarme fidelidad eterna, si la hice el amor o la amenacé con la muerte. Lo único que recuerdo fielmente es que la tuve entre mis brazos, que oí su respiración Junto a mi cara y que sentí junto a mi cuerpo el contacto de aquella figura que habla perdido hacia tanto tiempo. Seguramente olvidé muchos de los sufrimientos pasados.

JULIO CORTÁZAR

Su sombrero, lo mismo que el mío, habla volado impulsado por el fuerte viento. Su rostro, blanco como la misma nieve, con los grandes ojos como dos estanques, estaba junto a mí. Entonces me di cuenta que estaba asustada. Comprendí que no era del viejo judío del que huía, sino de mí.

Muchos años más tarde, al cruzar las aguas del Mediterráneo a bordo de mi barco, en ocasión de una tormenta, contemplé, por unos instantes, el rostro de un halcón que trató varias veces, aunque en vano, de sujetarse al aparejo del buque, queriendo evitar ser arrebatado y hundido en el mar para siempre. Así era el rostro y la actitud de Olalla en el paso de la montaña. Aquel pájaro también estaba loco y enfurecido por el temor, agotado por el excesivo esfuerzo, totalmente desesperanzado.

Creo que la miró tan aterrado como ella, hasta que comprendí y grité su nombre dos o tres veces con mi rostro junto al suyo. Ella no tenía aliento para hablar y no sé si me oiría.

Entonces, al abrirla contra el viento, sus largos cabellos negros y sus ropas se fueron pegando a su cuerpo. Pareció como cambiada de forma, como transformada en una columna entre mis manos. Después de estar abrazados me aventuré a preguntarle: "¿Por qué huías de mí con tanta prisa?"

Ella me miró fijamente. Quiso hablar pero no pudo. Al final, después de hacer un extraordinario esfuerzo, me dijo: "¿Quién es usted?"

La apreté más fuertemente contra mí y la besé dos veces. Su cara estaba totalmente fría. Ella permaneció firme e Inmóvil y me dejó besarla. Tal vez los copos de nieve y el aire enfurecido se apretaron con tanta fuerza a sus labios como se apretaron los míos.

«Olalla —dije—. He suspirado por ti, te he deseado como la única cosa de valor en este mundo. ¿No podremos estar juntos ahora?»

Después de una corta pausa me contestó:

«Yo me encuentro aquí sola. Usted me asusta. ¿Quién es usted?»

Yo me había repuesto algo de la emoción del momento, y comencé a pensar sobre la situación. No podía, ni quería en modo alguno, dejarla sola aquella noche y con aquel viento. La solté un poco, sosteniéndola aún con mi brazo derecho. Fijé mis ojos en los suyos y le dije: "**Madame*. Yo soy un inglés que viajo por estas malditas montañas. Me llamo Lincoln Forsner. No es Justo que una como vos se encuentre sola en este camino tan malo y en esta noche tan cruel. Si me permitís que os acompañe y escolte hasta llegar al monasterio, me sentiría muy honrado y dichoso.»

Pensó mi ofrecimiento y pareció apoyarse con más confianza sobre mi brazo, como en señal de aceptación. Pero dijo: "No puedo dar un paso más.»

Era evidente que no podía caminar. Si no fuera por el apoyo de mi brazo hubiera caído al suelo. ¿Qué íbamos a hacer?

Ella miraba sucesivamente a su alrededor y a la lima. Cuan, do logró recobrar un poco su equilibrio me pidió en tono de súplica: "«Permitidme que descanse un poco. Sentémonos los dos para descansar y luego ya emprendemos juntos el viaje al monasterio:»

Miré a mi alrededor en busca de algún abrigo y vi uno que no era del todo malo, cercano al lugar donde estábamos, bajo una gran roca que se proyectaba sobre la carretera. La nieve se habla arremolinado a su alrededor, pero el viento no pudo introducirla dentro de la oquedad. Estaba tal vez a unas diez yardas de distancia. La llevé a aquel lugar. Me quité el abrigo y la bufanda con la que estuvo a punto de

estrangularme el barón, y la puse lo más confortablemente que me fue posible. Al mismo tiempo la noche empezaba a clarear. Todo el paisa, je parecía más blanco y más iluminado, excepto cuando de tiempo en tiempo una nube tapaba la luna. Me senté junto a ella y pedí unos momentos de paz y sosiego.

Olalla se sentó junto a mí, su hombro con el mío, en actitud tranquila y amistosa. De nuevo noté en ella lo mismo que habla observado anteriormente: la pena y los sufrimientos no la afectaban. Todo era para ello lo mismo.

Estaba sentada en aquel paso montañoso, frío y desolado» lo mismo que una estaría en una pradera cubierta de flores. Después de un rato le dije: "«¿Qué os trae a estas montañas, *madame*? Yo estoy viajando en busca de algo, pero no tengo suerte. Pero también deseaba ayudaros y lamento haberos asustado, porque eso hace más dificultosa mi ayuda.»

«Sí —dijo después de un silencio—. No es fácil vivir para ninguno de vosotros. Eso mismo le pasaba a *madame* Nanine. Deseaba mantener a sus chicas bien disciplinadas, y al mismo tiempo no quería deprimir sus espíritus, porque entonces no hubiéramos sido de ninguna utilidad para la casa.»

"*Madame* Nanine era la mujer que estaba al frente de la casa de Roma de que hablé anteriormente.

Todo esto me lo dijo en forma amistosa, como si hubiera querido demostrarme un deseo de cortesía. Con el recuerdo de la casa de Roma donde la conocí por primera vez, había sabido jugar una buena carta de astucia y de inteligencia. Evidentemente, por su imaginación pasó la idea de que ya que yo había sido tan gentil y condescendiente para admitir que era una persona extraña, ella me pagaría con una

observación que en cierto modo admitía que los dos nos hablamos conocido hada mucho. Yo comprendí su intención.

«¿Habéis estado en Roma alguna vez, *madame*?»

«Sí, sí —me contestó intencionadamente—. Estuve allí hace años. Allí fue donde conocí a un joven galante y apuesto del que conservo recuerdos gratisimos. Aquel joven, por designios del destino, se separó de mí. Desde entonces he añorado muchas veces su presencia.»

No quise seguir aquella conversación. Volví a pensar en el lugar en que nos encontrábamos y le pregunté: "«Aquí hace frío. Pero mañana, cuando bajemos al valle nos encontraremos con la primavera. En Italia es ahora primavera, y en Roma, supongo, habrá ya golondrinas.»

«¿Que es primavera? No, todavía, todavía no. Pero lo será muy pronto, y eso os agradará puesto que sois tan Joven.»

—¿Sabes tú, Mira —dijo Lincoln interrumpiéndose a sí mismo en su cuento—, que es ésta la primera vez que he pensado con detenimiento sobre aquellos sucesos? Ahora lo estoy recordando todo, paso a paso, como sucedió, tal y como te lo estoy contando. No sé por qué no he pensado ni recordado todo aquello antes con tanta minuciosidad. ¿Será acaso esta luna la que me ayuda a recordar? También allí brillaba la luna.

"*Madame*" —le dije—. Si estuviéramos ahora en mi país os prepararía una bebida que os haría revivir.»

Describí los fuertes licores espirituosos de mi país y la forma en que se beben ante el hogar, cuando se llega a casa «a un día de Invierno con los dedos helados. Pasamos a hablar de comida y de bebidas, y de cómo nos las arreglaríamos si nos quedáramos solos allí para siempre. Resultaba en extremo grato y acogedor el que se pudiera hablar y ser oído sin gritar. Además aquella cueva bajo la roca parecía muy apro-

JULIO CORTÁZAR

piada para ella y para mí, tal como nunca habíamos poseído otra. Todo parecía que saldría bien allí y hasta pensé que sí hubiera podido procurárselo, mi padre se hubiera unido a nosotros con placer y orgullo. Ella apenas hablaba, únicamente, de vez en cuando, sonreía agradecida.

Yo también guardé silencio durante un buen espacio de tiempo. Nuestra conversación no se expresaba con palabras. Eran nuestras miradas las que hablaban y se decían muchas cosas. Permanecimos allí, creo, por espacio de tres cuartos de hora, sin dormir. Me pareció que sería peligroso acostarnos.

Estábamos descuidados cuando de pronto divisé una luz que avanzaba por la carretera, y dos figuras Junto a ella que se detenían de trecho en trecho. Eran "Piloto" y el barón. Aquél, con un cansancio de muerte, agotado por la subida; y éste, apoyándose en el brazo de su compañero. Caminaban lentamente por la carretera, iluminada por la luz de la luna, y se percibía con claridad la cólera del barón.

Más tarde me enteré de que el barón se habla torcido tobillo en la calda, y que "Piloto" que venia detrás le habla levantado y auxiliado.

El barón habla enviado a su compañero a por un farol que estaba aún encendido en el coche de Olalla. Esta era la luz que llevaban consigo, con mucha dificultad ya que los dos iban ateridos de frío. Mi mala fortuna hizo que se detuvieran para reunir nuevas energías y poder seguir su camino. Dejaron su farol en el suelo, Justo al lado del lugar que hablamos elegido para refugio. "Piloto" no nos vio. Nunca veía ninguna de las cosas que le rodeaban. Pero el barón, aun cojeando, con su cara pálida por la congoja que le afligía, se mantenía vigilante y con el ojo alerta como un lince. Dio la vuelta llevando a "Piloto" en su

dirección. Yo me levantó al verlos. Pensó que tal vez fuera necesario de su ayuda para llevar a Olalla hasta la casa.

No sé si el barón deseaba pelear conmigo nuevamente; lo único que advertí en él con toda evidencia fue su actitud adversa y sus miradas de ira. Era muy difícil que el barón se atreviese a luchar con otro de igual fuerza y arrojo que él; pero en este caso, pensé yo, quizá contara con la ayuda de "Piloto". Habrían hablado sin duda alguna de nuestra anterior pelea y le habría dicho a "Piloto" que yo estaba o loco o borracho.

«Hola —gritó—. Ha caldo la pieza y ha ganado el inglés. Inmediatamente se ha querido aprovechar de la ocasión, incluso en esta temperatura helada. Pero no debemos hablarle de las muchas atracciones que nosotros conocemos. El solamente ha visto hasta ahora a las mujeres de su propio país, y por eso esta aventura le ha enloquecido.»

El barón hablaba con tono arrogante y de desafío. Luego miró a "Piloto" para decirle: «Vamos nosotros a echar un vistazo a la dama, Fritz.»

Cuando se acercaron parecían dos pájaros de mal agüero. "Piloto" habla puesto el farol de modo que la luz cayese sobre Olalla. También ella se había puesto de pie. Con una expresión de timidez estaba a mi lado, pero sin apoyarse sobre mí.

El barón clavó su vista en ella. Lo mismo hizo "Piloto".

«Realmente —dijo el primero— aquí está mi santa Rosalba haciendo una pausa en su camino hacia el cielo. Te deseo mucha suerte en la más grata de las carreras.»

Yo pude darme cuenta de que, al oír estas palabras, Olalla apenas pudo contener la risa. En efecto, todas las veces que miraba al sueco

le tentaba la risa. Pero estaba muy pálida y cada minuto aumentaba su palidez.

Entonces "Piloto", que había estado sosteniendo el farol, dio un paso hacia nosotros, fijó la mirada en su cara y exclamó: "*Madame* Lola. ¿Eres tú?»

«No. No soy yo —contestó—. Está usted equivocado.»

La inesperada contestación contundió a "Piloto" terriblemente. Se tiró de los cabellos y creyó que iba a enloquecer.

«No me engañes —insistió—. Te lo pido por favor. Si no eres *madame* Lola, dime quién eres...»

«Nada le dirán a usted ni mi personalidad ni mi nombre. Yo lo que sé decirle es que no le conozco en absoluto. Estoy segura de que no he tenido el gusto de verle o de saludarle en parte alguna.»

«Sé que estás enfadada conmigo —siguió "Piloto", sin tener en cuenta los razonamientos que terminaba de oír, obsesionado con la convicción de que aquella mujer era *madame* Lola—, Sé que no te gustó que yo propalara nuestra historia. Pero debes disculparme. No supe lo que hacía. En realidad, no he sabido lo que he hecho desde que te vi por última vez. Soy desgraciado, *madame* Lola. Dime quién eres.»

A la luz del farol vi que las ropas de Olalla estaban rígidas, brillando con la nieve helada, y sus zapatos, asimismo, cubiertos con nieve. Pero no creí oportuno apartarla de allí en aquellos momentos. Los dos seguimos de pie, escuchando. Súbitamente "Piloto" cayó de rodillas delante de ella.

«*Madame* Lola —gritó—. Sálvame. Eres tú la única persona en el mundo que puede salvarme. Aquellas semanas en Lucerna fueron los días de mi vida en que he sido feliz. Soy una vida sin rumbo. Desde

que te vi la última vez me he olvidado de todo. Ya no me importa nada, ni me preocupo por nada ni por nadie.»

El barón cogió el farol que "Piloto" había dejado caer de sus manos, y lo sostuvo en alto.

«Es *madame* Rosalba —gritó—. Sin embargo, de esto no tenía noticia el pequeño e incauta Arvid Guildenstem. Además —ahora miró directamente a "Piloto"—, vamos a salir inmediatamente de dudas. Vamos a conocer rápidamente si esta dama es *madame* Lola, como tú aseguras y deseas... Aquella santa señora tenía en su espalda un pequeño lunar de color moreno. Ahora mismo, entre los tres, podemos cerciorarnos con nuestros propios ojos de si es o no la persona que nos imaginamos y que ella niega tan rotundamente.»

Estas expresiones del barón no turbaron en lo más mínimo a Olalla. Muy al contrario, nuevamente tuvo que contener la risa que se asomaba a sus labios casi irresistible.

Olalla, firme en sus propósitos, volvió a hablar a "Piloto", ahora en un tono más amable: "«Si yo le hubiera conocido a usted en alguna ocasión no le hubiera hecho daño. Le habría proporcionado placer y felicidad. Pero debo repetir que no le conozco. Nunca en mi vida le he visto. Permítame, pues, que me retire.»

Lentamente se volvió hacia mí, como si tuviera la certera de que yo estarla siempre a su lado. De su lado hubiera estado contra todas las fuerzas del mundo diez minutos antes, pero es extraordinario ver cómo se corrompe una persona rápidamente por las malas compañías.

Cuando oía a los otros dos hablar de su antigua amistad y conocimiento con Olalla, yo mismo, que estaba más cerca de ella que los demás, me volví hacia ella, le miré descaradamente y le grité: "«Diles quién eres!

JULIO CORTÁZAR

Me miró enigmática. Luego apartó sus ojos y se puso a contemplar la luna. Un profundo estremecimiento corría por su cuerpo.

«Se me ocurre otra idea —insinuó el barón—. Pondremos fin a este misterio cuando cojamos a tu viejo judío. Parece ser que es él quien tiene asida la copa de plata de todos tus disfraces.»

¿De quién está usted hablando? —preguntó Olalla, con una débil sonrisa—. Aquí no hay ningún Judío.»

«Pero no está muy lejos. Estaremos juntos en el monasterio.»

Cuando el barón terminó de pronunciar estas palabras, Olalla se quedó inmóvil, como una estatua. Y esta Inmovilidad resultaba para mí intolerable.

«En atención a ti —le dije— echaré fuera a estos dos. Pero te ruego me contestes a esta pregunta. ¿Quién eres? Si no tienes interés en que los demás se enteren de tu secreto, dímelo a mí solamente. Yo te prometo la debida reserva sobre el particular.»

Ni se volvió ni me miró. Lo que hizo inmediatamente fue lo que yo siempre había temido que hiciera: extendió sus alas y voló. Hizo un amplio movimiento bajo la blanca luna redonda, y en alas del viento se fue alejando de nosotros con los miamos movimientos de un negro vencejo, arrojándose de una colina o de un tejado a la tierra, para luego tomar vuelo. Por unos momentos pareció elevarse con el viento; luego, corriendo a través de la carretera, a toda su velocidad se arrojó hacia el abismo, desapareciendo de nuestra vista.

No tuve tiempo para detenerla, aunque por unos momentos quise seguirla. Al llegar al borde del precipicio vi que no estaba muy honda, pues habla quedado detenida en una especie de saliente, a veinte pies de profundidad. No se vela con claridad su postura. Parecía como si hubiera caído de cara y estuviera cubierta con la capa.

«Piloto» lloraba amargamente a mi lado. Los tres estuvimos proyectando por espacio de casi una hora sobre la forma de sacarla de aquel precipicio y librarle de una muerte segura.

Junto a la luz del farol cortamos en tiras nuestras capas y anudamos unos trozos con otros. Cuando terminamos, atamos el farol en un saliente y allí dejó de lucir al extinguirse la candela que ardía dentro. En aquellos momentos comenzó a nevar de nuevo. La primera vez que me bajaron perdí el apoyo y quedé colgando en el aire. Al fin encontré donde apoyar el pie y pude llegar hasta donde ella estaba. Al principio me pareció que estaba muerta. Su cabeza cayó hacia atrás cuando la levanté, como una flor muerta, pero su cuerpo conservaba todavía calor. Traté de amarrarla a la cuerda, pero luego decidí no hacerlo porque al tirar de ella su cuerpo habría chocado contra las rocas, y aquella vida que no parecía totalmente extinguida hubiera dejado irremisiblemente de existir. Grité a los de arriba para anunciarles que la llevara yo sobre mis espaldas. El saliente sobre el que estábamos era estrecho, inseguro y cubierto de nieve. No era fácil moverse allí. Abajo estaba el abismo profundo, negro y amenazador; por dos o tres veces desesperé de poderla llevar conmigo.

Pensé entonces en el alcance que tuvieron para ella mis palabras preguntándole quién era, hasta el punto de obligarle a lanzarse a aquella muerte segura. Al fin me arreglé para hacer una especie de lazo corredizo, coloqué en él mi pie y, con ella a las espaldas, grité a los de arriba que tiraran. Lo hicieron con mayor rapidez y facilidad de lo que hubiera pensado. Cuando la soltaron de mí caí al suelo desvanecido, incapaz de sostenerme en pie. Oí muchas voces a nuestro alrededor, gritando que no estaba muerta.

JULIO CORTÁZAR

Cuando pude levantar la cabeza vi con sorpresa al viejo judío de Roma, de Amsterdam y de Andermatt en nuestra compañía. En realidad me pareció cosa natural que estuviera con nosotros. Su coche estaba en la carretera y el cochero y el criado hablan ayudado a levantar a Olalla y a mí. Lo que nunca supe fue cómo se pudo arreglar para llegar allí con aquel coche en aquella noche de perros. Pienso que para los judíos no hay nada imposible.

Llevaron a Olalla hasta el interior del coche y el judío hizo que también yo entrara, al ver que me sangraban las manos y las rodillas. Me senté junto a él, sosteniendo los pies de Olalla, y recordando cómo me habla encontrado con él la primera vez. en las calles de Roma. Tenía sed y frío. Sed, porque me empapado de sudor, y frío, porque el aire de aquella noche horrible me había penetrado hasta los huesos.

A1 final llegamos al gran edificio del monasterio de piedra... Desde las ventanillas del coche vimos la gente que salía a nuestro encuentro.

Me dieron a beber vino caliente y pude lavarme las manos. Cuando pregunté por Olalla me llevaron a una gran habitación, donde ardían dos bujías sobre una mesa.

Olalla yacía recostada, tan inmóvil como antes, en una camilla que hablan colocado en el suelo. Pensé que hablan Intentado llevársela a algún sitio y luego hablan desistido de su intento. Solamente se habían limitado a aflojar sus vestidos. Estaba cubierto su cuerpo con una gran manta de viaje propiedad del judío. Su cabeza estaba inclinada ligeramente a un lado sobre la almohada, y una oscura sombra cubría un lado de su cara.

Junto a ella estaba sentado el anciano judío, con su capa de piel y su alto sombrero. Su barbilla descansaba sobre la empuñadura del

bastón de paseo. No separaba de ella sus ojos negros y profundos, y apenas se movía.

A1 mirar a un gran reloj de pared que habla en el tabique me quedé sorprendido al comprobar que sólo eran las tres de la madrugada.

Yo me senté también y permanecí sin hablar durante m» buen rato. Cuando sonó el reloj me decidí a hablar al judío. & con mi pregunta anterior habla estado a punto de matar a Olalla, debía de obtener alguna contestación, algún motivo por el que Olalla pudiera haber adoptado aquella fatal resolución.

Crucé con él algunas palabras, y él me contestó con toda educación y cortesía. Luego le conté cuanto sabía de ella. A continuación, sin hacerme esperar más le pedí que me contara su historia, ya que aquel era el motivo que nos habla llevado allí. Hubo una larga pausa. Parecía como si él no estuviera dispuesto a decir ni una sola palabra. Por fin habló, poniendo en su voz un tono de energía.

"Piloto" y el barón se hablan reunido con nosotros. "Piloto", desde el asiento que ocupaba en el otro extremo de la habitación, se acercó a mirar a Olalla y luego volvió a su sitio. El barón se habla quedado dormido en su silla.

«Verdaderamente —comenzó diciendo el judío, en tono majestuoso y sosegado— yo conocí a esta mujer en una época en que todo el mundo la conocía y adoraba por su verdadero nombre. Era la cantante de ópera Pellegrina Leoni.»

En un principio estas palabras no significaron nada para mí. Estuve por unos momentos pensativo y en silencio. Luego mi imaginación se despertó y recordé los años de mi juventud.

JULIO CORTÁZAR

«¿Cómo dice? —pregunté—. Eso no es posible. Esa gran cantante es la estrella de que tanto hablaban y tanto admiraban mis padres. Cuando regresaban de Italia su conversación no versaba más que sobre la gran cantante Pellegrina Leoni. Nunca olvidaré las lágrimas amargas que derramaron los dos cuando resultó herida en el incendio del teatro de Milán, donde actuaba, y murió a consecuencia de las quemaduras. Esto ocurrió cuando tenía yo diez años, hace ahora trece.»

«No —dijo el judío—. Sí, murió. Murió la gran cantante de ópera. Murió hace trece años, como tú has dicho correctamente. Pero la mujer..., la mujer ha vivido durante estos trece años.»

«Explíquese», le rogué.

«¿Que me explique? Querido joven, está pidiendo demasiado. Pellegrina fue herida gravemente en el incendio del teatro de Milán. A consecuencia de las heridas y de la fuerte conmoción perdió la voz. Ya no cantó ni una nota durante toda su vida.»

Vi con claridad, al oírle hablar, que era aquella la primera vez que aquel hombre habla dicho verdad.

Fue tan grande la impresión que me produjo su sufrimiento al recordar tan doloroso sucedido, que no encontré palabras con que dirigirme a él haciéndole nuevas preguntas, a pesar de que deseaba enterarme de más detalles. Fue "Piloto" quien intervino, preguntando: "«Entonces, ¿no murió?»"

«Murió viviendo y vive muriendo —contestó el judío—. Ha vivido tanto como cualquiera de nosotros, o más.

«Pero —arguyó "Piloto"— todo el mundo creyó que había muerto.»

«Ella hizo que lo creyeran así. Nosotros, ella y yo, empleamos mucho tiempo y mucho trabajo para hacérselo creer a? mundo. Yo vi su tumba y mandé erigir sobre ella un monumento.»

«¿Era su amante?», preguntó el barón.

«No —contestó el judío, con orgullo y menosprecio—. Yo he visto a sus amantes, muchos por cierto, correr detrás de ella, encelarse ciegamente, discutir y luchar. No, amigo mío. Yo no soy su amante. Yo soy su amigo. Cuando a las puertas del Paraíso el guardián me pregunte: "Tú, ¿quién eres?", no daré al Ángel ningún nombre, ninguna posición o hechos míos en el mundo por los que pueda ser conocido. Solamente le contestaré: "Soy el amigo de Pellegrina Leoni." Vosotros que la habéis matado por preguntarle, como dijisteis, que quién era, cuando en vuestro día seáis preguntados al otro lado de la tumba: "¿Quién sois?", ¿cuál será vuestra contestación? Allí, ante el rostro de Dios, tendréis que dar vuestros nombres como lo hicisteis en el hotel Andermatt.»

"Piloto", al oír estas palabras, parecía muy confuso y preocupado. Quería hablar, pero pensó mejor lo que iba a decir.

«Ahora, jóvenes caballeros —dijo el judío—, dejadme que os cuente esta historia a mi placer. Escuchadla bien, pues no habrá nunca ocasión de oír otra historia igual.»

—Toda mi vida he sido un hombre rico. Heredé una inmensa fortuna de mis padres y de sus antecesores, que fueron todos grandes comerciantes. Pero también durante los cuarenta primeros años de mi vida fui un hombre desgraciado tal y como vosotros lo sois ahora.

He viajado mucho. Siempre he tenido afición y predilección por la música. Hasta he sido compositor. Compuse música y formé "ballets", ya que este es el género que más me ha gustado siempre.

JULIO CORTÁZAR

Sostuve durante veinte años a un *corps du ballet* propio, destinado únicamente a representar mis obras para mí y mis amigos, a veces para mí solamente.

Tenía a mi cargo treinta muchachas jóvenes y bellas, ninguna mayor de diecisiete años, a las que adiestró mi propio maestro de "ballet". Acostumbraban a bailar desnudas delante de mí.

El barón llamó la atención del anciano judío. Le hizo un gesto amable y le preguntó: —¿No estaría aburrido!

—¿Que no? —repuso el anciano—. Muy al contrario, estaba terriblemente aburrido. Se enseñoreó de mí un aburrimiento y un fastidio mortales. Posiblemente hubiera llegado a morirme de aburrimiento si no hubiera oído, en el escenario de un pequeño teatro de Venecia, a Pellegrina Leoni, que tenía a la sazón dieciséis años.

Entonces fue cuando comprendí el significado del cielo y de la tierra, de las estrellas, de la vida, de la muerte y de la eternidad. Ella disponía de gracia y poderes suficientes para llevar a uno a un Jardín cubierto de flores olorosas, lleno de ruiseñores, y allí, en el momento que quisiera, elevarle y llevarle con ella más allá de la luna. Si alguno, como miserable criatura habla estado alguna vez asustado o atemorizado por algún revés de la vida, ella, por arte de magia, le haría sentirse tan a salvo sobre el abismo como vosotros lo estáis ahora sobre vuestras sillas.

Como una joven ballena en el mar mueve las aguas azules con un golpe de sus aletas, de la misma forma ella se zambullía y trastornaba las profundidades y los misterios del gran mundo.

Vuestro corazón se derretiría al sonido de su voz, hasta el punto de haceros exclamar: "Esto es demasiado. Tanta dulzura y tanta felicidad me está matando; no puedo soportarlo." Luego os arrojaríais a sus

pies, derramando lágrimas de agradecimiento por el amor y la generosidad inconmensurables del gran Dios, por haberos dado un mundo con tanta dicha. Indudablemente todo esto era un gran milagro.

Sentí una honda compasión y pena por aquel anciano judío que tuvo que abrir su corazón a nosotros. No habla hablado de estas cosas nunca a nadie hasta aquel momento, y como comenzó ya no podía detenerse. Su nariz larga y afilada proyectaba una sombra melancólica sobre la pared.

—Tuve el honor, como os he dicho —prosiguió—, de convertirme en su amigo. Le compré una villa cerca de Milán. Cuando no viajaba solía parar allí. Tenía muchos galanteadores a su alrededor, y algunas veces estábamos los dos solos; entonces solíamos reírnos mucho del mundo, y paseamos cogidos del brazo por los jardines durante la noche.

Ella se volvía a mí como un niño a su madre. Me llamaba por muchos nombres cariñosos y acostumbraba muy a menudo a coger mis dedos y Jugar con ellos. Luego me decía que tenía las manos más elegantes del mundo, hechas para llevar diamantes.

Cuando nos conocimos por primera vez en Venecia, como mi nombre era Marcos solía llamarse a sí misma "mi leona". Eso es lo que era ella: una leona alada. Yo sólo entre todo el mundo llegué a conocerla perfectamente.

En su vida había dos pasiones grandes y devoradoras que significaban todo para su orgulloso corazón.

La primera de sus grandes pasiones era por la gran soprano Pellegrina Leoni. Era un amor entusiasta y desbordado, terriblemente celoso.

JULIO CORTÁZAR

Referente a su ídolo no tenía indulgencia alguna ni descanso de ninguna clase. No pensaba en nada más, ni se preocupaba por nada ni por nadie. Ella trabajaba al servicio de Pellegrina Leoni, como un esclavo bajo el látigo, suspirando, sudando, muriendo a veces, si así se le pedía.

En la ópera era un diablo para las demás mujeres. Quería necesariamente que todos los papeles femeninos fueran para Pellegrina. Se indignaba porque resultaba imposible representar dos papeles en la misma ópera. La llamaban Lucifer. Más de una vez abofeteó a una rival en el mismo escenario.

Cantantes, tanto ancianos como jóvenes, estaban constantemente llorando cuando actuaban con ella. Por todo esto no encontraba ningún obstáculo ni impedimento de ningún género. Ella era absoluta y totalmente la estrella en todos los cielos de la música.

No era sólo con relación a la voz por lo que era celosa defensora del honor de Pellegrina Leoni.

Pellegrina era además la más hermosa, la más elegante, la más de moda entre todas las mujeres, y por esto resultaba bastante ridícula en su vanidad.

En el escenario no llevaba más que joyas auténticas, y los vestidos más espléndidos y magníficos. Así, en el papel de Ágata, una doncella de aldea, aparecía toda cubierta de diamantes con una cola de tres yardas.

No bebía más que agua por temor a deteriorar el cutis de Pellegrina. Si algún príncipe o gran señor acudía a visitarla antes del mediodía, le recibía con el cabello sujeto con pinzas y la cara cubierta con crema de flor, sacrificio impuesto para poder llamar la atención sobre todas las demás mujeres por la tarde. Y esto no sólo entre las mujeres

de la escena, sino también en las del público. Ella tenía siempre el auditorio más brillante del mundo. Estaba de moda adorar a Pellegrina Leoni, "Las mayores personalidades de Italia, de Austria, de Rusia y de Alemania se apiñaban a su alrededor. Ella se complacía grandemente en esto. Gustaba de ver a aquellos grandes personajes del mundo de las letras, de las artes, de las finanzas o de la política postrados a los pies de Pellegrina Leoni.

Sin embargo, estaba dispuesta a ser desatenta con el mismo Zar de Rusia, exponiéndose al peligro de un viaje forzoso a Siberia, antes de abandonar su repertorio o sus horas de ensayo.

La otra gran pasión, jóvenes caballeros, de este gran corazón era el amor hacia su auditorio. Y el auditorio objeto de su amor no eran precisamente los príncipes y magnates altivos y orgullosos, o las damas hermosas y cargadas de joyas; ni tampoco los famosos compositores, músicos, críticos u hombres de letras; su público predilecto, por el que sentía una pasión delirante, era el público bajo, el que ocupaba las localidades del paraíso. Aquella gente de las calles apartadas y de las plazas de mercado, las mismas que se privaban de una comida o de un par de zapatos, para emplear el fruto de su duro trabajo en sacar una entrada y oír apiñadas en el gallinero la voz de Pellegrina...

Esta su segunda pasión era tan fuerte y poderosa como la primera, pero al mismo tiempo dulce y afable.

Vosotros, los del norte, no conocéis a las mujeres del y del este cuando aman. Cuando abrazan a sus hijos y cuando lloran sobre sus muertos, son como llamas divinas.

Recuerdo que cuando al terminar la primera representación de "Medea" la gente de la ciudad soltó los caballos de m» coche en el que ella viajaba, para arrastrar por si mismos el carruaje, no vio al gran du-

JULIO CORTÁZAR

que, que puso sus nobles hombro» en la tarea. En cambio derramó una lluvia de cálidas lágrimas más preciosas que los diamantes, y repartió al propio tiempo un arco iris de sonrisas dulces y amables sobre los barrenderos los carreros, los vendedores de frutas y los aguadores de Milán' "Hubiera dado su vida por ellos. Yo le acompañaba en el coche y ella tenía asida mi mano. No es que fuera hija de la clase más baja del pueblo. Su padre era panadero, y su madre hija de un terrateniente español. Yo no sé dónde había tomado la pasión por las clases bajas del mundo.

No era exacta la afirmación de que solamente cantara para ellos, puesto que deseaba también el aplauso de los grandes, pero ese aplauso lo deseaba como un obsequio para su público del gallinero.

Se apenaba y se compadecía de ellos cuando los tiempos eran difíciles y les sabía sin trabajo. Siempre estaba dispuesta a darles su dinero y a vender sus vestidos para ayudarles. Es curioso, pero nunca le pidieron nada, como si comprendieran que ya les había dado lo mejor que tenía al cantar para ellos; pero si se lo hubieran pedido, ella les hubiera dado todo. Sus jardines y su casa estaban siempre abiertos y se hubiera sentado con los hijos de los pobres bajo las adelfas de sus jardines, negándose a recibir a los grandes lores de Inglaterra que habían cruzado el mar sólo con el propósito de verla.

En la relación entre las dos grandes pasiones de aquella mujer radicaba su felicidad. Durante los años de triunfos esta armonía fue perfecta. Su voz y su arte eran cada día más excelentes y maravillosos. Yo no creo que en el momento de su caída hubiera alcanzado la plenitud de sus posibilidades todavía. Todo el mundo cantaba al son de su música. En su mano llevaba aquella mujer la piedra filosofal que tenía la virtud de transformar en oro todo lo que tocaba.

«Vos, señor —me decía—, me habéis contado muchas veces cómo en lejanos países la gente Dora ante los ríos auríferos y adora a los diamantes, zafiros y rubíes.»

Ella era adorada por aquella gente del mismo modo. El pensamiento de Pellegrina les proporcionaba un gran alivio, y solían decir que mientras estuviera cantando para ellos, en los escenarios, la tierra no estaba abandonada de los ángeles.

La felicidad de aquellas pobres gentes estaba en que ella cantaba para ellos. Sus corazones se inundaban de gozo y de sus ojos brotaban lágrimas de alegría y su voz les ayudaba a olvidar la dureza y los sinsabores de la existencia, recordándolos el paraíso perdido. Todo resultaba por ella y su arte hermoso, grande, elegante y brillante.

Cuando representaba en la ópera papeles de doncellas aldeanas, cubierta de brocados y plumas, no lo hacía por pura vanidad personal. Lo consideraba como un deber para con su gente de la clase baja.

Yo mismo me reía de su pasión desenfrenada por los pobres, ya que para mí esa clase de gente huele mal y carece de virtudes. Pero ella me replicaba inmediatamente: "«Déjame, Marcos, ser como soy y seguir el camino escogido.»"

En cuanto a sus amantes, os diré que yo conocía a la mayoría de ellos y que significaban muy poco, tanto para ella como para mí. En efecto; hasta que lograba acostumbrarse a ellos, le causaban más pena que placer.

Los fenómenos de la vida no le importaban demasiado. Era como el cazador al que se le pidiera que con una escopeta de cazar elefantes matara pajarillos. Cuando recibía desengaños en sus asuntos amorosos, no era su vanidad la que se ofendía, puesto que fuera del escenario no tenía vanidad alguna y sabía muy bien que los jóvenes no

hacían el amor a la soprano, sino a la mujer hermosa. De acuerdo con esta manera de ser y de pensar, no tomaba en consideración la frivolidad y las falsedades ajenas. Sin embargo, le ofendía y le desilusionaba grandemente el hecho de que el mundo no fuera mayor de lo que era y de que no tuvieran lugar en él cosas más parecidas a los dramas del escenario.

En sus horas de turbación acudía a mi, segura de que encontrarla consuelo y comprensión.

«Tú, Pellegrina —le dije un día—, no eres una serpiente venenosa. Muy a menudo me recuerdas a las serpientes encantadas. Pero tú no llevas veneno y si matas es por fuerza de tu abrazo. Esta cualidad desconcierta a tus amantes, que están acostumbrados a las víboras pequeñas y no tienen la fuerza suficiente para resistir tu sabiduría.»

Cuando me entretenía yo y la entretenía a ella con estas descripciones de su forma de ser siempre terminaba riendo, aunque hiciera poco que hubiese derramado abundantes lágrimas. Como era inteligente aprendía de sus amantes.

Lincoln interrumpió por breves momentos su narración. Luego se volvió a Mira para decirle: —Recuerda la antigua canción de la joven doncella que rechaza todos los regalos del Sultán para ser fiel a su amante. Comienza así:

Ah Rupia, kama na Majasse...

Es una canción muy bella sobre el amor verdadero y puro. Solamente una mujer que yo conozco la ha cantado siempre bien.

Inmediatamente volvió la historia del viejo Judío.

—Así vivimos en la blanca villa de Milán, hasta el día de v desgracia. Vosotros recordáis a vuestros padres llorando cuan, do recor-

daban aquel martes fatal. Sucedió durante una representación de "Don Juan"» en el segundo acto, cuando Doña Ana entra en escena con la carta en la mano y comienza a recitar?

Crudele? Ah no, mió benet

Troppo mi spiace allontanarti un ben

che lungamente la nostra alma desia.

En el momento Justo en que entraba Pellegrina cayeron ante ella dos o tres trozos de madera ardiendo. Como tenía un corazón valiente y animoso, siguió con firmeza, levantó un poco la vista y alcanzó su nota con la misma facilidad que respiraba.

Pero a los primeros trozos de madera siguió una viga ardiendo, y todo el teatro se levantó presa del pánico, y la orquesta se detuvo en mitad de un compás.

La gente se abalanzaba hacia las puertas y las mujeres se desvanecían.

Pellegrina dio un paso atrás, miró alrededor hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Sí, en aquel momento de desesperación me buscaba. ¿Y no era éste un motivo para enorgullecerme? No se asustó lo más mínimo. Allí, con calma, parecía que quisiera decirme: "«Aquí estamos los dos para morir Juntos, Marcos.»"

Pero yo tenía miedo. No me atreví a lanzarme al escenario en llamas, donde los árboles y las casas eran puro cartón.

En aquel mismo momento se extendió por el escenario una nube de humo, y el calor semejaba el resuello de un horno. Entonces se ocultó a mis ojos.

Corrí con la gente hasta que conseguí verme en la calle. Me rozó el rostro el aire frío. Aquello era un manicomio.

JULIO CORTÁZAR

Mi criado, que había estado esperando en el vestíbulo, me acompañó y me ayudó a salir. Entonces fuimos informados de que Pellegrina habla sido salvada por el hombre que cantaba el papel de Leporelle, a quien ella habla ayudado en su carrera.

La habla sacado en brazos, cruzando las llamas, y cuando bajaban las escaleras del escenario su cabello y sus vestidos se habían incendiado.

Cuando el público se enteró que se habla salvado, cayó de rodillas en señal de agradecimiento.

La llevé a su casa y reuní a su alrededor a todos los doctores de Milán. De esa forma consiguió salvarse. Fue alcanzada por una viga que le produjo una profunda quemadura desde la oreja hasta el hueso del cuello. Las demás quemaduras no eran profundas y pronto se curaron.

En seguida no* dimos cuenta de que a consecuencia de la conmoción habla perdido su voz. Ya nunca volverla a cantar ni una sola nota.

Cuando pienso cómo estaba aquella primera semana después de su desgracia me parece que se habla quemado en realidad, y que estaba en cama inmóvil, negra, carbonizada como los cuerpos desenterrados en Pompeya.

No me separé de su lado en seis días, y en todo ese tiempo no habló ni una palabra. Entonces me pareció que la pena más cruel y dura para Pellegrina Leoni serla quedarse muda.

Tampoco le hablé. Los carruajes llevaban a la explanada pavimentada que habla Justamente delante de su habitación gente de toda clase y solicitaba noticias de su salud.

Dentro de aquella habitación oscura pensé detenidamente sobre el caso. Su falta de voz y la consecuente falta de aplausos sería para Pellegrina algo así como para la esposa encontrar que su marido de héroe se ha cambiado en demente y en payaso. O la pena y aflicción de una novia engalanada con los valiosos tesoros de su padre, camino de la ciudad engalanada que quiere darle la bienvenida y es raptada por los ladrones. Sí, esa era la comparación exacta que vino a mi imaginación. Nadie de cuantos llegaban de todas las partes para saber noticias de Pellegrina Leoni obtuvo permiso de acceso a su casa. Por eso creció el rumor de que estaba moribunda.

Me hubiera gustado saber lo que dirían si se les hubiera permitido entrar a verla. ¿Pensarían que todavía estaba Joven y bella? ¿Seguiría siendo amada y admirada por todos? ¿Qué dirían sus raptadores, pensé, a la novia para consolarla? ¿Le dirían que aún seguía siendo hermosa y que su novio le prodigaría sus caricias?

Yo he oído decir que los leones cazados y encerrados en jaulas reciben más pesadumbre y más dolor por la vergüenza que por el hambre...

Os ruego que me excuséis, caballeros, por hablaros de cosas extrañas que todavía no entendéis. ¿Dónde guardan vuestras mujeres el honor en los tiempos modernos? ¿Conocen siquiera esta palabra cuando la oyen?

El que no le hablase ni una palabra hizo soportable mi presencia para Pellegrina durante aquella semana.

Ella se apenaba por la pérdida de su nombre, del aplauso y del homenaje de los príncipes, como la novia raptada suspirará por el esplendor, por su corona real y por los bailes y pompas que hablan tenido lugar en las fiestas de su boda.

JULIO CORTÁZAR

Ante el recuerdo de sus queridos espectadores de paraíso, derramó lágrimas.

¿Cómo soportarían la pérdida de Pellegrina Leoni? ¿Continuarían desde entonces su vida diaria de duros trabajos, oprimidos e injuriados por sus amos y por las autoridades, y mal pagados? ¿Se harían a la idea de que ya no volverla a aparecer otra *madonna* para sonreírles?

Su estrella habla caldo; el público de sus grandes pasión quedaba abandonado en la oscuridad de la noche.

Durante aquella semana aprendí la diferencia que hay un espacio de veinticuatro horas, según quien lo mira. En nuestra casa el tiempo solía transcurrir sin ser advertido, como ^ brisa de mayo, como vuelan las mariposas, como aparece chaparrón de verano seguido por el arcoris. El día era largo como un año, y la noche, como diez.

Después de aquella semana, Pellegrina me pidió que le proporcionara algún veneno con el que pudiera cortar el hilo de su vida. Yo vivía en Milán y acudía a su casa todos los día» Quise ayudarla a no morir. Le proporcioné veneno un miércoles a mediodía y me rogó que volviera por la tarde.

Cuando volví la encontré muy enferma. Me dijo que habla ingerido toda la dosis, pero no había surtido efecto alguno. Ella no podía morir. Lo que yo le había dado no podía matar a ningún ser humano. Por el contrario, mi dosis de opio habla operado en ella un cambio profundo. Había abandonado su idea de la muerte. Agotada, se levantó aquella tarde y por primera vez me rogó que le hablara.

Entonces le dije cómo después de las largas horas de la noche anterior, antes de romper el día, comenzó a cantar ante mi ventana un ruseñor. Le expliqué cómo al escucharlo pensé en un ballet que tendría por argumento todo lo que nos habla sucedido a nosotros. Pe-

llegrina escuchaba atentamente mis palabras y en el transcurso del día siguiente volvió a la idea de mi ballet. Me preguntó cosas relacionadas con el libreto y la música. Le sugerí la idea de que podía llamarse Filomena y le expliqué la forma en que se sucederían las escenas y las danzas. Mientras hablaba sobre esto, tomó mi mano y fugó con mis dedos. Era la primera vez, desde su calda, que tocaba a un ser humano.

Dos días más tarde, mandó a buscarme por la mañana muy temprano, antes de la salida del sol. Quedé sorprendido al encontrarla en la galería exterior de su casa, con una bata de casa.

Era una mañana deliciosa. Las acacias y la hierba del Jardín despedían un aroma delicado, fresco y agradable en una atmósfera despejada. Tenía el mismo semblante de antes de su desgracia. Su cara de flor estaba blanca. Cuando comenzó a hablar, lo hizo en voz baja como si tuviera miedo de despertar a alguien.

«He mandado a buscarte tan temprano, Marcos, para que tengamos todo el día por delante, si fuera necesario.»

Tomó mi brazo y me hizo ir y venir, paseando. Cuando llegamos al final de la galería exterior se detuvo y miró detenidamente el paisaje. El aire era muy fresco.

«Tengo muchas cosas que contarte», me dijo.

No siguió. Sólo cuando llegamos de nuevo, en el siguiente paseo al mismo lugar, repitió la misma frase: "«Tengo muchas cosas que contarte, Marcos.»

A1 fin nos sentamos en un asiento de la galería. No soltó mí brazo, de forma que nos sentamos muy Juntos.

«Crees, Marcos, que no he pensado durante estos días, pero estás equivocado. Lo que pasa es que los pensamientos míos van y vienen

JULIO CORTÁZAR

desde muy lejos y no me resulta fácil hablarte de ellos, pero ten paciencia, tenemos por delante todo el día... Ahora me he dado cuenta, Marcos, de que he sido muy egoísta. Siempre he pensado en Pellegrina. Lo que le ha acontecido a ella me ha parecido lo más importante del mundo. La gente que amaba y adoraba a Pellegrina, solamente esos, pensaba yo, eran amables, buenos, sensatos y razonables.»

De nuevo quedó en silencio, apretando un poco mi brazo.

«Este desastre le ha acontecido a alguien más: a una soprano de China, de la Opera Imperial de China hace cien años. Hemos oído hablar de ella, pero el hecho no nos ha ocupado mucho tiempo el pensamiento, ni hemos derramado lágrimas por aquella cantante desafortunada. Sin embargo, porque ha sucedido lo mismo a Pellegrina nos parece ya muy duro y cruel de soportar. Esto, Marcos querido, no debe ser y no será. Ten paciencia. Te aclararé mejor todas estas cosas. Pellegrina ha muerto —continuó—. ¿No era una gran cantante, una estrella? Tú recuerdas la canción:

*"Una luz de gloria se ha extinguido,
de lo alto del cielo ha caído una estrella."*

Ese fue su final; su muerte originó una gran pena y un horrible dolor para todos. Ahora es preciso que me ayudes a dar al mundo la noticia de su muerte; tienes que hacer la tumba de Pellegrina y erigir sobre ella un monumento. No levantes una estatua fastuosa y espléndida, como la que hubiéramos elegido si hubiera muerto sin perder la voz; es suficiente una lápida de mármol donde queden escritas las fechas de su nacimiento y de su muerte. Coloca también una inscripción, Marcos: "Por la gracia de Dios." Si, por la gracia de Dios, Marcos. Pellegrina ha

muerto —repitió—. Nadie, nadie será Pellegrina de nuevo. Que nadie piense ya en verla sobre los escenarios de la vida. ¿Me lo prometes, Marcos?, preguntó ansiosa.

Yo le contesté que lo haría como deseaba.

Se levantó de nuevo y se dirigió al final de la galería exterior. La luz era cada vez más clara. Las últimas pálidas estrellas habían desaparecido. Todo a nuestro alrededor estaba húmedo con la escarcha, y la hierba que hasta entonces había estado oscurecida brillaba como plata con el rocío. Pellegrina permanecía junto a mí. Sus vestidos estaban humedecidos con la escarcha. Jugaba con sus largas trenzas de pelo negro, y una de ellas la acercó hasta sus labios. El aire fresco de la mañana le hizo estremecerse ligeramente.

Desde el final de la galería el terreno descendía en cuesta; debajo de nosotros, en la lejanía, el paisaje era muy hermoso. Podíamos distinguir las carreteras, los campos y los árboles.

Allá abajo se velan los hombres y mujeres que Iban a trabajar», al campo.

«Mira —me dijo—, he estado esperando por ellos, para explicarte mejor las cosas. Es más fácil comprender cuando se oye. Allí va una mujer a su trabajo. Tal vez sea la mujer de campesino. Quizá se llame María. Ella es feliz esta mañana porque su marido está contento con ella y le ha regalado y«collar de coral. O tal vez es desgraciada porque su marido je atormenta continuamente con los celos. Pues bien, ¿qué pensamos tú y yo de eso, Marcos? Pensamos que una mujer llamada María es desgraciada. Siempre habrá a nuestro alrededor tales mujeres y no pensamos en ellas. Mira, allí va otra que camina en dirección contraria. Lleva hortalizas y fruta a Milán sobre su burro. Está malhumorada porque el burro es muy viejo, camina muy despacio y llegará

tarde al mercado. 'Tampoco nos-" otros pensamos ni nos preocupamos mucho de ella, Marcos. [Oh! Yo seré desde ahora eso. Ha llegado el tiempo de convertirme en una de esas mujeres. Una mujer de quien si es desgraciada nadie se preocupará lo más mínimo.»

Guardamos silencio un buen rato. Yo trataba de seguir sus pensamientos.

«Y si yo pienso sobre esa mujer cualquiera, feliz o desgraciada, con un nombre o con otro, es porque me voy a convertir en una bordadora o en una maestrita, o en una peregrina que viaja a Jerusalén para orar ante el Santo Sepulcro. Tengo muchas vidas donde elegir. Si soy feliz o desgraciada, si soy necia o inteligente, nadie se preocupará en absoluto. Ya no volveré a ser una sola persona, Marcos; desde ahora seré muchas personas. Nunca más mi corazón ni mi vida entera estarán atadas a una sola mujer, para sufrir tanto. Aquello terminó para siempre. Tú, Marcos —continuó—, me has dado muchas cosas. Ahora yo voy a darte un buen consejo: Sé muchas personas. Abandona de una vez ese juego de ser uno, de ser siempre Marcos Coccoza. Te has atormentado mucho, hasta convertirte realmente en su esclavo y en su prisionero. Nunca has hecho nada sin considerar primero qué consecuencias traería para la felicidad y el prestigio de Marcos Coccoza. Siempre has estado preocupado con el pensamiento de que Marcos hiciera una cosa estúpida o Insulsa, o que estuviera aburrido. ¿Qué hubiera Importado esto realmente? Por todo el mundo la gente hace cosas estúpidas e insulsas y muchas son las personas que han estado aburridas. Deja de ser Marcos Coccoza desde ahora. ¿Qué diferencia puede haber en el mundo si una persona más, un viejo judío, hace cosas estúpidas e insulsas, si está aburrido o no? Me gustaría que estuvieras libre, suelto y sin trabas en el corazón. De aquí en adelante

tú tienes que ser más que uno, tienes que ser muchas personas, tantas como puedas soportar. Yo creo, Marcos, que todas las personas del mundo deberían de ser más de una.

Y también tengo la convicción de que de este modo gozarían de más libertad, mucha más alegría, más deleite de la vida. ¿No resulta extraño que ningún filósofo haya pensado en esto, que haya tenido que ser precisamente yo la que invente esta forma de vida?»

Pensé detenidamente sobre todo lo que me estaba diciendo y me pregunté si todos aquellos consejos y sugerencias me proporcionarían alguna satisfacción, algún bien. Pero luego me di cuenta de que no me era posible seguir sus consejos mientras ella estuviera viva. Tal vez, cuando muera hallaré consuelo en el cumplimiento de su deseo.

La luna tiene que seguir a la tierra; pero si la tierra llegara algún día a cuartearse y a evaporarse, entonces la luna podría huir libre de su obligada dependencia y convertirse en luna de Júpiter y de Venus, hoy de uno, mañana del otro.

Mis conocimientos sobre astronomía son muy escasos. Por tanto, no quiero profundizar sobre esto. Dejo las reflexiones para ti, Mira, que quizá tengas un conocimiento más extenso de semejante ciencia.

«Qué mañana más agradable! —dijo Pellegrina—. (Qué mojado está todo! Pero pronto volverá a secarse y hará calor en las carreteras. A nosotros eso no nos preocupa. Los dos pasaremos aquí el día juntos.»

«¿Y qué quieres que haga yo?», le pregunté.

Permaneció durante un largo rato en profundo silencio.

JULIO CORTÁZAR

«Sí, Marcos —dijo al fin—. Tengo que partir. Esta noche me voy.»

«¿Y no volveremos a vernos?», le pregunté.

Llevó un dedo a sus labios y luego dijo:

«Aunque por casualidad nos volvamos a encontrar, nunca podrás hablarme ya. Piensa que en cierta ocasión conociste a Pellegrina y nada más.»

«Pero, al menos, permíteme que te siga, que esté junto a ti, a fin de que cuando necesites la ayuda de un amigo puedas mandar a buscarme.»

«Está bien, hazlo. Estate cerca de mí, Marcos, para que si alguien me confundiera todavía con Pellegrina Leoni, pueda yo echar mano de ti y con tu ayuda huir. No te separes demasiado, con objeto de que puedas mantener alejado de mí el nombre de Pellegrina. Sin embargo, Marcos, nunca más podrás hablarme. No podría oír tu voz sin recordar la de Pellegrina, sus grandes triunfos, esta casa donde ahora estamos los dos y el jardín.»

Miró alrededor de la casa como si se tratara de una cosa que iba a dejar de existir para siempre.

«Oh, la vida todavía vale la pena, Pellegrina!»

Luego quedose de nuevo inmóvil.

«Las golondrinas están emigrando ya», me dijo.

Después de unos momentos continuó:

Al anoecer de aquel día —dijo el viejo judío— ella desapareció como habla anunciado. Nunca más he hablado con ella desde entonces. Sin embargo, recibo, de vez en cuando, alguna carta pidiéndome ayuda cuando desea salir de un sitio para otro cambiarse en una u otra

persona. En Roma cuando os conocisteis, si no se te hubiera ocurrido decirle que tu padre era un gran entusiasta de la ópera italiana, habría ido contigo a Inglaterra. Pero sólo por uno o dos años. Luego te habría abandonado nuevamente. Ella nunca consentiría verse amarrada a q»' da ni a nadie.

De esta manera terminó el anciano judío su historia. Nos miró despacio y luego cerró los ojos. Su barbilla descansaba sobre la empuñadura de oro de su bastón. Sumido en profundos pensamientos, observaba luego entristecido el rostro de la moribunda. Nosotros, permanecidos también en silencio, un poco tímidos, como avergonzados.

Lincoln cayó en una especie de arrobamiento y en algún tiempo no dijo nada.

—Mi amigo "Piloto" puso en práctica el consejo de Pellegrina Leoni.

No recuerdo exactamente cuando encontré en el Cabo de Buena Esperanza a un anciano clérigo alemán, el pastor Rosenquist, quien mientras hablábamos y discutíamos sobre la naturaleza humana me contó esta historia de mi amigo, o si fui yo mismo quien muchos años más tarde me divertí imaginando que habla encontrado en el Cabo de Buena Esperanza a un clérigo alemán que me contó dicha historia.

Pero fuera como quisiera, lo cierto es que "Piloto" siguió sus consejos y aceptó ser más de una persona. De vez en cuando se retiraba de la dura y desesperadora tarea de ser Federico Hohenemser, y adoptaba la existencia de un pequeño terrateniente en un distrito lejano con el nombre de Fridolin Emser.

JULIO CORTÁZAR

Ésta su segunda existencia la rodeaba del mayor secreto y a nadie hacía sabedor o confidente de lo que estaba haciendo. Cuando huía le parecía que estuviera viviendo fuera de sí y luego se cobijaba en la pequeña casa de Fridolin, en las afueras de una aldea, como animal seguro en su guarida. Si alguno sospechaba de él y le seguía para averiguar en qué se ocupaba en su escondite, encontraría que "Piloto" lo mismo que Emser no hacían absolutamente nada. Cuidaba con esmero de su pequeña propiedad, y cobraba día tras día algún dinero para Fridolin; también acostumbraba a sentarse por las tardes en la glorieta o cenador de su jardín al lado de un mirlo encerrado en una Jaula, y allí fumaba tranquilamente su larga pipa; otras veces iría a la posada para beber cerveza y discutir cosas de política con la gente amiga. Allí se encontraba feliz. Desde el momento en que se enteró que Fridolin no existía, nunca hizo esfuerzo alguno por hacerle existir.

La única cosa que le turbaba era el no poder permanecer tiempo en su festiva y alegre existencia, por temor a ir acumulando un peso demasiado grande que al fin pudiese mas que él.

Tuvo que regresar al lugar de los Hohenemser.

Federico Hohenemser fue más feliz después de poner en práctica el plan de Pellegrina, puesto que un secreto en su vida suponía una ventaja para él y para Fridolin.

Yo no pude saber si en alguna de sus existencias llegó a casarse. De todos modos, el matrimonio Federico Hohenemser estaría irremisiblemente rodeado de la mayor desdicha y compadeczo a su mujer, si llegó a haber alguna. Fridolin pudo haberse casado y haber incluso dado a su mujer horas de paz y de alegría, puesto que no estaría todo el tiempo ocupado en probarle que existía él verdaderamente que es la maldición de muchas mujeres. No sé por qué, pero siempre que pien-

so en "Piloto" me lo imagino debajo de un paraguas, donde el sol no le calará durante el día, ni la luna durante la noche.

Lincoln, saliendo de sus reflexiones, resumió la narración de la historia del anciano judío de esta manera: —De súbito se operó un cambio extraño en el rostro del anciano. Era como si nosotros a quienes terminaba de narrar la historia de su vida, hubiéramos sido aniquilados.

Bajando su bastón se inclinó hacia adelante y concentró toda su atención en el rostro de Pellegrina.

Ella se revolvió en la camilla. Su pecho subía y bajaba alternativamente, y su cabeza se movió ligeramente sobre la almohada. Un temblor cruzó su cara; después de unos segundos, sus cejas se levantaron un poco y los bordes de sus párpados vibraron como las alas de una mariposa al posarse sobre »n« flor. Nosotros nos pusimos de pie. Nuevamente miré al judío. Era evidente que estaba aterrorizado por el miedo de que le mirara en caso de que llegara a abrir los ojos. Retrocedió y buscó refugio junto a mí. Al poco tiempo ella miró lentamente hacia arriba. Sus ojos parecían sobrenaturalmente grandes y sombríos.

A pesar del movimiento del judío por ocultarse, su mirada fija y penetrante cayó sobre él. Estuvo inmóvil, pálido como un cadáver, cual si tendiera una explosión de odio y de aborrecimiento. Pero no hubo nada de lo que temía. Ella le miré sin sonreír y sin fruncir el ceño. Le vi respirar, con una especie de impaciencia o ansiedad. Luego, tímidamente, se acercó un poco.

Trató dos o tres veces de hablar, sin lograr emitir un sonido; de nuevo cerró los ojos. Pero los abrió otra vez y le miró. Cuando al final habló lo hizo con voz leve, lentamente, pero sin esfuerzos.

«Buenas tardes, Marcos.»

JULIO CORTÁZAR

Le oí aclararse la garganta para hablar, pero al fin no dijo nada.

«Llegas tarde», le dijo.

«Me he retrasado», habló por fin

Me sorprendió oír su voz tranquila, agradable y sonora.

«¿Qué tal estoy?», preguntó Pellegrina.

«Estás bien, muy bien», contestó.

En el momento en que ella le hablaba, el rostro del anciano judío experimentó un cambio extraño y sorprendente, Ya mencionado anteriormente su palidez extraordinaria. Cuando nos estaba contando su historia su rostro se puso blanco, como sin sangre. Cuando ella habló y él contestó, su rostro se torno rojo, como el de un muchacho sorprendido en el baño.

«Me alegro de que hayas venido —dijo—. Esta noche estoy un poco nerviosa.»

«Pues no, no tienes razones para estarlo —aseguró él— Hasta ahora todo ha ido bien.»

«¿Sientes realmente lo que estás diciendo? —preguntó escudriñando en su rostro—. ¿No tienes nada que criticar? ¿Nada se podía haber hecho mejor? ¿He actuado bien y estás complacido con todo?»

«Sí —contestó—. Nada tengo que criticar, nada pudo hacerse mejor. Has actuado bien y yo estoy contento y satisfecho de ello.»

Estuvo en silencio por espacio de dos o tres minutos. Luego sus ojos oscuros se deslizaron de la cara del judío hacia nosotros.

«¿Y quiénes son estos caballeros?», preguntó.

«Éstos —dijo— son tres jóvenes extranjeros que han recorrido un largo camino para tener el honor de ser presentados a ti.»

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

«Preséntamelos, pues. Pero temo que tenga que ser muy rápida nuestra entrevista. No creo que el entreacto dure mucho.»

El judío, avanzando hacia nosotros, nos cogió de la mano

Y no por uno y nos acercó junto a la camilla.

«Mis nobles y jóvenes caballeros que procedéis de tierras lejanas y hermosas —comenzó diciendo—. Estoy altamente complacido por haberos podido conseguir un momento Inolvidable en vuestras vidas. Tengo el gran honor de presentaros a *donna* Pellegrina, la mayor cantante del mundo.»

A continuación dio nuestros nombres que recordaba y pronunció correctamente.

Ella nos miró complacida.

«Me alegra mucho poderos ver aquí esta noche. Ahora cantaré para vosotros y espero que será de vuestra satisfacción.»

Los tres besamos sus dedos con profunda inclinación. Yo recordé entonces las caricias que habla soñado de aquella noble mano.

Pero inmediatamente se volvió al judío.

«¡Oh! Estoy un poco nerviosa esta noche. ¿Qué escena es, Marcos?»

«Mi pequeña estrella —dijo—. No estés nerviosa en absoluto. No hay duda alguna en que todo irá bien esta noche. Es el segundo acto de "Don Juan". Ahora comienza con tu recitado.

"Crudele? Ah no, mio benet

Troppo mi spiace aUontanarti un ben

che tongamente la nostr" alma desia."

Cuando terminó de pronunciar estas palabras de la antigua ópera bañó su cara una ola de color, como una novia.

JULIO CORTÁZAR

En cambio, nosotros tres, espectadores, creo que palidecimos. Ellos, mirándose uno a otro, brillaban en un éxtasis mudo.

Súbitamente su rostro se abrió como el hielo de la piscina cuando siendo yo niño arrojé una piedra. Pareció trocado en una constelación de estrellas, rutilantes en el Infinito. De sus ojos brotó una lluvia de lágrimas que lo inundó todo. Su cuerpo vibraba con pasión como la cuerda de un instrumento.

«¡Oh! —gritó sollozando—. Mirad, mirad aquí. Es Pellegrina Leoni, es ella que ha vuelto de nuevo, Pellegrina, la mayor cantante, pobre Pellegrina, está otra vez en los escenarios. Para la gloria y el honor de Dios, como anteriormente. ¡Oh! ¡Está aquí! ¡Nuevamente está aquí! ¡Pellegrina! ¡La gran cantante Pellegrina en persona!»

Parecía increíble que, agonizante como estaba, pudiera aguantar la tormenta de emociones. Era, naturalmente, su canto del cisne.

«Venid de nuevo a verla todos. Volved mis niños, mis amigos. Soy yo, yo para siempre.»

Un río de lágrimas brotó de sus ojos. Esto, sin duda, sirvió de alivio a su agitación y delirio.

El viejo judío pasaba por un estado de dolor. Por unos momentos se apartó del lugar en que se encontraba. Sus párpados se hincharon y pronto bajaron por su cara gruesas lágrimas. Pero se mantuvo en pie sin atreverse a dar suelta a su emoción. Creo que luchó por miedo de morir primero y no poderla asistir en los últimos momentos.

De pronto, levantó su bastón y dio tres golpes cortos en un lado de la camilla.

«*Donna Pellegrina Leoni* —gritó en una voz clara—. *En scène pour le dix.*»

Como un soldado a la llamada, o un caballo de guerra al toque de trompeta, se repuso inmediatamente. Al próximo minuto se tranquilizó con una calma galante y mortal.

Con sus enormes ojos negros miró al viejo judío. Luego, en un poderoso esfuerzo parecido al de las olas en día de temporal se incorporó. Un sonido extraño, como el rugido distante de un gran animal, salió de su pecho. Lentamente las llamas de su rostro se extinguieron y en su lugar quedó un color gris de ceniza.

Su cuerpo cayó otra vez sobre la camilla y quedó totalmente inmóvil. Acababa de morir.

El judío apretó su alto sombrero sobre su cabeza. Luego dijo:

«Isqadal rejiiskadisch schemel robo.»

Nosotros guardamos unos momentos de profundo silencio. Luego nos dirigimos al refectorio para sentarnos allí. Más tarde, cuando era casi de día, nos fue anunciado que nuestros coches habían al fin logrado llegar.

Salí para dar órdenes a los cocheros. Deseábamos partí» tan pronto como fuera de día.

«Eso será lo mejor —pensó—, aunque de hecho no sé a —dónde dirigirme.»

Cuando crucé por la habitación las bujías estaban todavía encendidas, pero la luz del día penetraba ya por las ventanas. Allí estaban los dos: Pellegrina en su camilla, y el viejo judío a su lado, la barbilla descansando sobre el bastón. Me pareció que no debía separarme todavía de allí. Y así, me acerqué a él para decirle: "«Bien, señor Coccoza. Ahora vals a 'enterrar, no a la gran —artista cuya sepultura construisteis hace ya muchos años, sino a la mujer, a la mujer de la que erais amigo.»

JULIO CORTÁZAR

El anciano levantó la vista y mirándome con acento triste me dijo:

«Sois demasiado bueno, señor.»

Esta —concluyó Lincoln— es mi historia, Mira.

Mira aspiró el aire y lo expulsó luego lentamente mientras silbaba.

—He pensado —dijo Lincoln— qué le habría acontecido a esta mujer si no hubiera muerto entonces. Quizá hubiera estado aquí con nosotros esta noche. Era buena compañía y a nosotros nos hubiera venido bien. Quizá luego se hubiera convertido en una danzarina de Mombasa, como Thusmu, ese viejo murciélago de ojos atezados, la concubina de su padre y de su abuelo por cuyos brazos Said está ahora todavía suspirando. O pudiera haber ido con nosotros a las montañas en una expedición en busca de marfil o de esclavos, y se hubiera decidido a quedarse con alguna tribu guerrera de nativos, honrada por —ellos como una gran hechicera.

Por fin hubiera optado por convertirse en un chacal muy pequeño y ella misma se hubiera hecho su cueva en el llano o en la ladera. He imaginado eso tan vivamente en las noches de luna que he llegado a creer que oía su voz, y la he visto jugando —con su propia sombra, dando un poco de alegría a su corazón. Todo esto ha pasado por mi imaginación en las noches de luna.

—Ay, ay, ay —dijo Mira, quien en su calidad de narrador de —cuentos era también un auditorio excelente y lleno de imaginación—. También yo he oído a ese pequeño chacal. Lo he oído ladrar: "Yo no soy un pequeño chacal, sino muchos pequeños chacales." Y así en un segundo se cambia en unos y otros y ladra repitiendo las

mismas palabras: "Yo no soy un pequeño chacal, —sino muchos chacales." Espera un momento, Lincoln, hasta que la oiga otra vez más. Luego yo contaré un cuento que está de acuerdo con los tuyos.

—Está bien —dijo Lincoln—. Esta es mi historia. Es una buena lección para Said.

—El sultán Sabour de Jorasan fue un gran héroe; y no solamente fue un gran héroe, sino también un hombre de Dios, un hombre que tenía visiones y oía voces con las que se instruía en la voluntad del Señor.

Trató de enseñar a todo el mundo la voluntad de Dios a fuego y espada. Pero, ¡ah!, fue traicionado por una mujer, una danzarina, justamente en el cénit de su órbita: es una historia larga. Su gran ejército fue destruido y aniquilado. La arena del desierto bebió su sangre, y los buitres se alimentaron de cuerpos muertos. Los llantos y los gemidos de las viudas y de los huérfanos se elevaron al cielo.

Su harén fue repartido entre sus enemigos. El mismo resultó herido, siendo salvado por un esclavo. Por amor a sus soldados, no aparecería ya ni permitirle que fuera conocido en su estado de mendigo. Lo mismo que tu mujer se hizo muchas personas, y dejó, como ella, de ser una sola.

A veces es un aguador, otras un criado del cadí, un pescador en el mar o un santo ermitaño. Es muy sabio. Sabe muchas cosas y deja honda huella por donde quiera que va.

A las personas con quienes se encuentra les hace mucho bien y algún pequeño daño; no olvidemos que es aún rey. Pero no permanecerá mucho tiempo de este modo.

Cuando consigue amigos y mujeres que le amen, abandona el país huyendo, asustado de ser nuevamente el sultán Sabour, o cual-

JULIO CORTÁZAR

quiera otra persona. Solamente su esclavo lo sabe. A este esclavo, recuerdo, le fue cortada la nariz por amor a Sabour.

—Ay, Mira. La vida está llena de cosas desagradables —dijo Lincoln.

—Pues yo, en lo que a mí respecta —contestó Mira— puedo decir que estoy seguro por dondequiera que voy. Tú mismo hallarás escrito en tu libro santo que todas las cosas terminan bien para aquellos que aman a Dios.

—¿Esta declaración de amor —preguntó Lincoln— proviene del corazón? ¿O, por el contrario, proviene de los labios de algún viejo poeta cortesano?

—Hablo con el corazón —dijo Mira—. He tratado mucho tiempo de comprender a Dios. Ahora ya lo he logrado. Pronto me dedicaré a contar chistes, de modo que quien una vez horrorizó a la gente con sus historias, ahora las hará reír con sus gracias.

—Entonces, de acuerdo con la ley del Profeta —dijo Lincoln— tú serás como los barberos y gente parecida que besan a sus mujeres en público excluidos de comparecer ante el tribunal de la ley.

—Si, así es —concedió Mira—. Seré excluido de esa evidencia.

—¿Qué dice Said? —preguntó Lincoln

Said, que habla permanecido durante todo el tiempo en silencio, sonrió débilmente. Clavó su mirada en tierra. A la luz de la lima aparecía una franja blanca y de allí procedía un murmullo, como la vibración de una cuerda en el aire.

—Aquéllos —dijo Sald— son los grandes rompientes de Ta-kaungu. Al venir el alba estaremos en Mombasa.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—¿Al venir el alba? —dijo Mira—. Entonces yo voy a dormir por lo menos una o dos horas.

Bajó a cubierta, se tapó con su capa hasta la cabeza y echó a dormir, inmóvil como un cadáver.

Lincoln siguió sentado. Fumó un cigarrillo, luego otro..., por fin también se echó a dormir.

Extasis

Katherine Mansfield

A pesar de que Bertha Young tenía treinta años, todavía pasaba por momentos como éste en los que quería correr en vez de caminar, dar pasos de baile entre la vereda y la calle, hacer girar un aro, arrojar algo al aire para luego atajarlo, o permanecer de pie y reírse de nada, simplemente, de nada.

¿Qué se puede hacer cuando se tienen treinta años y, a la vuelta de la esquina, nos sobresalta un sentimiento de felicidad -felicidad absoluta- como si nos hubiésemos tragado una porción brillante de aquella tarde de sol y ardiese en el pecho, distribuyendo un tenue rocío de chispas a cada partícula del cuerpo, a cada dedo de los pies y de las manos? ¿No hay manera de expresarlo sin estar ebria o descontrolada? ¿Qué civilización tan idiota! ¿Para qué el cuerpo si hay que tenerlo encerrado en una caja como un viejo violín inútil?

"No, lo del violín no es exactamente lo que quiero decir", pensó mientras subía de prisa las escaleras, tanteaba las llaves dentro del bol-

so -las había olvidado como de costumbre- y traqueteaba el buzón.
"No es lo que quería decir porque..."

—Gracias, Mary -entró al hall.

—¿Regresó la niñera?

—Sí, sí.

—¿Y llegó la fruta?

—Sí, sí. Llegó todo.

—Trae la fruta al comedor, ¿sí? Voy a acomodarla antes de subir.

El comedor estaba lúgubre y bastante frío. Sin embargo, Bertha se quitó el tapado; no podía soportar ni un minuto más el cierre tan ceñido, y sintió el frío helado sobre los brazos. Pero aún permanecía en su pecho ese intenso espacio brillante de donde venía el tenue rocío de chispas. Era casi insoportable. Apenas si se animaba a respirar por miedo a acrecentar el sentimiento, pero tomó un respiro muy profundo. Apenas se si animaba a mirar el frío espejo, pero lo hizo y le devolvió una mujer radiante de labios sonrientes y temblorosos, de ojos grandes y negros, y una actitud atenta como esperando que sucediera algo: algo divino, algo que, sabía, sucedería infaliblemente.

Mary trajo la fruta en una bandeja, un recipiente de vidrio y un hermoso plato azul de extraño brillo, como si hubiese sido sumergido en leche.

—¿Enciendo la luz, señora?

—No, gracias. Puedo ver bastante bien.

Había mandarinas y manzanas manchadas de carmín fresa; algunas peras amarillas, suaves como seda, algunas uvas verdes empañadas de plata y un gran racimo de uvas negras. Estas últimas las había elegido para combinarlas con el tono de la alfombra nueva del comedor.

Quizá sonaba exagerado y absurdo, pero era la razón por la que las había comprado; en la tienda pensó: "debo comprar uvas negras para hacer resaltar la alfombra", y fue tan sensato en ese entonces.

Una vez que terminó con la fruta y de haber hecho dos pirámides circulares, observó la mesa desde lejos para captar el efecto de los colores, y fue mucho más curioso porque la mesa de madera oscura parecía derretirse en la luz del ocaso y, el recipiente de vidrio y el plato azul, parecían haber quedado suspendidos en el aire. Obviamente que, por su estado de ánimo, le pareció ésto de una belleza increíble. Comenzó a reír.

"No, no. Me estoy volviendo histérica". Cargó el bolso, el tapado y corrió escaleras arriba hasta el cuarto del bebé. La niñera estaba sentada junto a una mesita baja, dándole la cena a la pequeña B tras haberla bañado. Llevaba puesto un babero blanco, un saquito azul y, en su cabello negro y fino, le habían peinado un gracioso rulito. Alzó la vista cuando vio a su madre, y comenzó a saltar.

—Ahora, bebé, a comer como una buena niñita -dijo la niñera haciéndole a Bertha una mueca que ésta conocía, y significaba que había llegado en otro mal momento.

—¿Se comportó bien hoy?

—Una dulzura toda la tarde -suspiró la niñera- Fuimos al parque, me senté en un banco y la saqué del cochecito, entonces vino un perro grande, puso su cabeza sobre mi falda y la pequeña B se colgó y tiro-neó de sus orejas... debió haberla vista.

Bertha quiso preguntar si no era peligroso dejar que un bebé se colgara de las orejas del perro de un extraño, pero no se atrevió. Se quedó mirándolas, con las manos a los costados del cuerpo, como una niña pobre frente a una niña rica que juega con una muñeca. El be-

bé volvió a alzar la vista, asombrado, y sonrió con un encanto tal que Bertha no pudo evitar el llanto.

—Ah... déjame que termine de darle su cena mientras acomodas las cosas del baño.

—Bueno. No debería andar de mano en mano cuando come, - suspiró la niñera- la inquieta; es muy probable que la moleste.

Qué absurdo era eso. ¿Para qué tener un bebé si duerme, no en un cofre como un violínpreciado, sino en los brazos de otra mujer?

—¿Qué importa! -exclamó Bertha. La niñera le entregó el bebé muy ofendida.

—No la excite después de la comida. Sabe que siempre lo hace y soy yo quien tiene que pasar la tarde con ella después.

Por suerte, la niñera desapareció del cuarto con las toallas.

—Ahora te tengo sólo para mí, cosita preciosa.- dijo Bertha al momento que el bebé se recostaba sobre ella. Era tan linda cuando comía, mantenía los labios hacia arriba a la espera de la cuchara y agitaba las manitos. A veces, no dejaba retirar la cuchara de la boca y, otras, cuando Bertha acababa de llenarla, la pequeña B la apartaba con las manos, blandiéndola a los cuatro vientos.

Una vez terminada la papilla, Bertha se volvió hacia la chimenea. "Eres hermosa, muy hermosa...", dijo y besó a su bebé tibio, "te quiero muchísimo". Y quería tanto a su hija -con el cuello inclinado hacia atrás, la exquisitez de los pequeños pies brillando a la luz del fuego- que sintió el retorno de esa felicidad, la misma sensación de no saber cómo expresarla, o qué hacer con ella.

—Tiene teléfono -dijo la niñera y fue triunfante a recuperar a su pequeña B. Bertha bajó volando hasta el teléfono. Era Harry.

JULIO CORTÁZAR

—¿Bertha? Mira, llegaré tarde. Voy a tomar un taxi y trataré de estar cuanto antes, pero retrasa la cena diez minutos, sí?

—Sí, de acuerdo... □Ah, Harry!

—¿Sí?...

¿Qué tenía para decirle? Nada, solamente quería retenerlo un momento más, era estúpido pero no podía sino llorar.

—¿No ha sido un día divino hoy?

—¿Qué significa eso? -contestó con la voz seca.

—Nada. Entendu -dijo ella, colgó el teléfono y pensó que la civilización era más que idiota.

Venía gente a cenar a casa. Los Norman Knights -una pareja muy rica-, él estaba por inaugurar un teatro y ella estaba terriblemente obsesionada con la decoración de interiores; el joven Eddie Warren, quien recientemente había publicado su libro de poemas y a quien todos invitaban a cenar y un "hallazgo" de Bertha: la señorita Perla Fulton. Bertha no sabía a qué se dedicaba su nueva amiga. Se habían conocido en el club social y Bertha se había enamorado de ella, como solía enamorarse de ciertas mujeres en las que veía algo especial.

Lo intrigante era eso, porque, pese a que se habían visto un par de veces y habían estado hablando, aún Bertha no podía descifrar a Perla. Hasta cierto punto, Perla, era con frecuencia extremadamente franca, pero el punto estaba allí, y más allá de eso no iría ¿Había algo más allá de eso? No, decía Harry sugiriendo que Perla era aburrida, fría como todas las rubias, con ese toque de anemia cerebral. Sin embargo, Bertha no estaba de acuerdo con él en absoluto, no aún.

"No, la manera que tiene de sentarse, con la cabeza levemente inclinada hacia un costado y sonriendo, Harry, y quisiera saber qué hay

detrás de ese gesto". "Probablemente tenga un buen estómago", contestaba Harry y tenía razón al advertir a Bertha con comentarios de ese tipo: "hígado congelado, querida" o "pura flatulencia" o "deficiencia renal". Por algún motivo Bertha disfrutaba oír a Harry hablar así, admiraba esa actitud.

Entró en la sala y avivó el fuego; luego, recogiendo uno por uno los almohadones que Mary había puesto con cuidado, los arrojó sobre el sillón y el diván. Lucía entonces diferente, la habitación cobró vida al instante. Estaba por arrojar el último y la sorprendió el verse abrazada al almohadón apasionadamente. Pero esto no le quitó el calor del pecho sino todo lo contrario.

Las ventanas de la sala se abrían a un balcón con vista al jardín. Al final del terreno, contra la pared, había un peral florecido, alto, erigido, perfectamente de pie contra el jade apacible del cielo. Bertha sintió, pese a la distancia, que no tenía ni un solo parásito ni un pétalo marchito. Debajo, en el césped, los tulipanes rojos y amarillos, cargados de flores, parecían descansar sobre el ocaso. Un gato gris se rasaba la panza recostado sobre el césped, y otro negro -su sombra- lo seguía detrás. El verlos tan atentos y sigilosos le transmitió a Bertha un curioso temblor. "¿Qué cosa más escalofriante son los gatos!"; tartamudeó, se alejó de la ventana y comenzó a caminar yendo y viniendo.

Los junquillos emanaban un aroma fuerte en la habitación cálida. ¿Demasiado fuerte?. No. Y aún, al advertir el retorno de ese sentimiento, se desplomó en el diván y presionó las manos contra los ojos. "Soy tan increíblemente feliz", murmuró. Y le parecía ver aún, sobre sus párpados, el peral de capullos abiertos: símbolo de su propia vida.

La verdad es que lo tenía todo: era joven; Harry y ella estaban tan enamorados como el primer día, seguían juntos de manera espléndida

JULIO CORTÁZAR

y eran buenos compañeros; tenía un bebé hermoso; no tenían preocupaciones económicas; una casa y un jardín amplios y confortables; y mantenían amistades con el tipo de gente que les agradaba: amigos modernos, personas emocionantes, escritores, pintores, poetas y gente interesada en cuestiones sociales. Después estaban los libros, la música; hasta había encontrado una maravillosa modista; viajaban al extranjero en verano y la cocinera nueva hacía los mejores omelettes.

"Soy ridícula □Absurda!". Se sentó; estaba un tanto mareada, como ebria; debió haber sido el sobresalto. Ahora, estaba tan cansada que no tenía fuerzas para subir a vestirse.

Un vestido blanco, un largo collar de cuentas verdes, zapatos también verdes y medias. Nada era casual; lo había pensado durante horas parada delante de la ventana en la sala. Sus pétalos crujió delicadamente en el hall; saludó a la Sra. Norman Knight, quien estaba quitándose el más extravagante tapado naranja con una procesión de monos alrededor del dobladillo y en el frente.

"¿Por qué, por qué, por qué la clase media es tan densa? □Faltos de un total sentido del humor!"

—Querida, no sé cómo llegué aquí.

—Mis simpáticos monitos detestan el tren y se subieron a un hombre que casi me come con la mirada. -dijo la Sra. Norman Knight. "No fue gracioso ni grandioso", pensó Bertha, "me hubiese gustado que lo fuera", sólo observó fijamente, "me aburro infinitas veces".

—Pero lo gracioso de todo fue -dijo Norman colocándose el monóculo -¿no te molesta que lo cuente, Face? -se hacían llamar Face y Mug en la intimidad y con amigos -Lo gracioso fue que una vez satisfecha, se dio vuelta hacia la mujer que tenía al lado, y dijo "¿nunca

ha visto un mono?" -La Sra. Norman Knight se unió en carcajada con su marido -¿No fue gracioso, en realidad?

Y lo más cómico era que, ahora, tras haberse quitado el tapado, aún parecía un mono inteligente; incluso con su vestido de seda amarilla como cáscara de banana, y los aros color de ámbar que parecían diminutas nueces colgando.

—Esto es muy triste -dijo Mug al pasar frente al cochecito de la pequeña B -Cuando el cochecito entra en la sala... -y saludó al resto de los comensales.

Tocaron el timbre. Era Eddie Warren, pálido y delgado, como siempre, en un estado de estrés agudo.

—¿Es aquí, verdad? -preguntó.

—Creo que sí, eso espero... -respondió Bertha cálidamente.

—Tuve una experiencia horrorosa en el taxi; el conductor era un cínico. No podía hacer que se detuviera; cuanto más golpeaba y le gritaba, más rápido iba. Y bajo la luz de la luna, la figura difusa de su cabeza aplastada, agazapada al volante... -se estremeció al momento que se quitaba una interminable bufanda blanca. Bertha se percató de que también las medias eran blancas, lo que le daba un toque encantador.

—Pero qué horror -exclamó ella.

—Sí, así fue -contestó Eddie y la siguió a la sala -De pronto, me vi conduciendo a través de la Eternidad en un taxi sin tiempos.

Eddie conocía a los Norman Knight. De hecho, estaba por escribir una obra para cuando ellos inauguraran el teatro.

—Bueno, Warren, ¿cómo marcha la obra? -preguntó Norman Knight dejando caer el monóculo para darle un minuto de respiro a su ojo antes de volver a atornillarlo.

JULIO CORTÁZAR

—Pero, Warren, ¿qué medias tan divertidas! -exclamó la señora Norman Knight

—Me alegra que le gusten -dijo Eddie mirándose los pies. -Parecen haberse vuelto mucho más blancas con la llegada de la luna. -volvió su rostro joven, con un dejo de lamento, hacia Bertha -Hay una luna, sabías...

—Estoy segura de que la hay muy a menudo.- Bertha quería llorar.

Eddie era una de las personas más atractivas; pero también lo era Face, de cuchillas al lado del fuego con su vestido piel de banana, al igual que Mug que fumaba un cigarro y decía, sacudiendo las cenizas:

—¿Por qué la novia manchada de alquitrán?

—Y aquí vamos, otra vez... -La puerta de entrada se abrió de un portazo y se cerró de otro.

—Hullo, gente -gritó Harry al entrar -Bajo en cinco minutos - y lo oyeron salir disparando hacia arriba. Bertha no pudo evitar una sonrisa; sabía cuánto disfrutaba Harry vivir bajo presiones. Después de todo, qué eran cinco minutos más. Pero les haría creer a todos que se preocupaban más de la cuenta. Entonces, los sorprendería cuando entrara en la sala fresco y repuesto. Harry tenía tanto deleite para la vida. Ella apreciaba su manera de ser, su pasión por luchar: trataba de obtener todo lo que se le cruzaba en el camino y eso era otra prueba más de su poder y su valentía. Bertha lo entendía, aún cuando actuaba de esa forma y se tornaba ridículo frente a gente que no lo conocía bien, porque siempre iba al choque aunque no hubiese motivos para pelear. Bertha hablaba y reía, y olvidó, hasta que Harry entró en la sala -justo como lo imaginó-, que aún Perla Fulton no había llegado.

—Me pregunto si la señorita Fulton lo habrá olvidado...

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—Eso espero -dijo Harry -¿Está en el teléfono?

—Ah! Llegó un taxi – Bertha sonrió con ese aire de propietaria que solía asumir cuando sus hallazgos femeninos eran nuevos y misteriosos. -Vive en taxi.

—Va a engordar, entonces. -dijo Harry con frialdad mientras llamaba a cenar con una campanita -Y eso sería terrible para una dama rubia.

—Harry, basta -advirtió Bertha riéndose de él. Vino otro momento breve, mientras esperaban, en el que charlaron, rieron, fue un poquito de distensión para todos, pero pasó rápido. Y luego apareció la señorita Fulton sonriendo, vestida de plata, y una cinta plateada sujetándole el cabello rubio. Y después apareció la señorita Fulton, toda de plata, con una cinta plateada sujetándole el cabello rubio y la cabeza un poco inclinada hacia un costado.

—¿Llego tarde?

—No todavía. Por acá, por favor -dijo Bertha, la tomó del brazo y se dirigieron al comedor.

¿Qué había en el frío contacto de ese brazo que, a su vez, podía avivar todo el fuego de la dicha que Bertha sentía y con la que no sabía qué hacer? Perla Fulton no la miraba; luego, rara vez, dirigía la mirada directamente a los invitados. Las pestañas caían pesadas sobre sus ojos, y la extraña media sonrisa iba y venía en sus labios, como si viviera más oyendo que observando. De repente, Bertha presintió que esa mirada tan personal, privada, ya había pasado entre ambas, como si se hubiesen comunicado con un "Tú, también". Vio a Perla Fulton revolver la sopa de tomate servida en un plato gris, y creyó sentir lo mismo que ella. Los otros, Face y Mug, Eddie y Harry hacían subir y

JULIO CORTÁZAR

bajar las cucharas, se secaban los labios en las servilletas, pellizcaban algo de pan, jugaban con el tenedor y las copas, charlaban.

—La conocí en un espectáculo en Alpha -la personita más rara de todas. No sólo se había cortado el cabello sino que también parecía haberse recortado un poco las piernas, los brazos, el cuello y esa pobre naricita.

—¿No es demasiado líe con Michael Oat?

—¿El tipo que escribió El amor en dientes falsos?

—Quiere escribir una obra para mí. Un solo acto. Un solo hombre. Decide suicidarse. Da todas las razones por las que debe hacerlo y por las que no debe. Y cuando acaba de tomar una decisión por sí o por no, entonces se corre el telón. No es una mala idea.

—¿Cómo la va a llamar: Complicación estomacal?

—Me parece haber leído la misma idea en una crítica francesa, bastante desconocida en Inglaterra.

No se entendían en absoluto; eran simplemente ellos, pero a Bertha le gustaba tenerlos a todos allí, sentados a su mesa para darles una cena y vino deliciosos. De hecho, estaba deseosa de decirles qué hermoso grupo hacían, tan decorativo, cómo se resaltaban mutuamente y le recordaban a una obra de Tchekof.

Harry disfrutaba la cena. No estaba siendo natural pero tampoco era una postura; era un algo que lo caracterizaba. Hablaba de la comida y se vanagloriaba de su tímida pasión por la carne blanca de la langosta y el verde del helado de pistacho -verde y frío como ojos de bailarinas egipcias. Cuando él levantó la vista y comentó "Bertha, este soufflé es admirable", ella contuvo un lloriqueo infantil. Pero, qué era lo que la hacía sensibilizarse con el mundo entero esa noche... Todo estaba

muy bien. Todo lo que sucedía parecía colmar la copa de la felicidad. Y aún llevaba la imagen del peral en el fondo de su mente. Debía estar plateado en este instante bajo la luz de la luna del pobre Eddie, plateado como Perla Fulton que sostenía, ahora, una mandarina entre los dedos estilizados, tan pálidos que una luz parecía venir de ellos.

Lo que no lograba descifrar -que era un milagro- era cómo podría adivinar el ánimo de Perla, tan exacto e instantáneo; porque no dudó ni un segundo que Perla se sintiera bien ni, menos que menos, con qué podía salirse. "Creo que estas cosas suelen pasar muy rara vez entre mujeres pero nunca entre los hombres", pensó Berta: "y, tal vez, mientras preparo café en la sala, ella dé una señal".

Ni siquiera Bertha sabía a qué se refería con esto ni se imaginaba lo que pasaría después. Se encontró hablando y riendo al tiempo que pensaba así. Hablaba para no dejar escapar la risa, "reír o morir", pensaba. Pero cuando vio que Face tenía el curioso hábito de meter algo dentro del canesú, como si ocultara un secreto allí -un tesoro de nueces- Bertha tuvo que enterrarse la uñas en la palma de la mano para no estallar en carcajada.

Había pasado finalmente.

—Vengan conmigo, les enseñaré la cafetera nueva -dijo Berta.

—Sólo una vez cada quince días tenemos una cafetera nueva -comentó Harry. Esta vez Face la tomó del brazo; Perla sacudió la cabeza y la siguió.

El fuego había muerto en la sala, algunas brazas aún rojas daban chasquidos como una criatura fastidiosa. En la sala el fuego se había reducido a un incandescente nido de pichones de ave fénix.

JULIO CORTÁZAR

—Por un momento, no enciendas la luz. Es tan hermoso. Se agazapó junto al fuego. Siempre sentía frío... "sin su tapado rojo, claro", pensó. Y en ese momento, Perla, dio la señal:

—¿Tienes jardín? -pronunció con su voz fría y adormecida. Fue tan exquisito de su parte que Berta sólo pudo obedecer. Cruzó la habitación, apartó las cortinas y abrió las amplias hojas del ventanal. "¡Allí!", exhaló .

Las dos mujeres quedaron juntas, de pie, observando el esbelto árbol florecido. A pesar de que estaba allí quieto, parecía estirarse como la llama de una vela, apuntando, temblando en el aire brillante, haciéndose cada vez más alta a medida que lo observaban, casi a punto de tocar el borde redondo de la luna de plata. ¿Cuánto tiempo estuvieron allí paradas? Ambas, como sea, atrapadas por la luz exótica de ese círculo, entendiéndose la una con la otra perfectamente, criaturas de otro mundo, y preguntándose qué habrían de hacer con el tesoro de la dicha que les ardía en el pecho y les bañaba el cabello y las manos en flores plateadas.

¿Para siempre; o fue un momento? Y Perla dijo: "Sólo eso". ¿O lo había soñado todo? Luego la luz cesó, Face preparó café y Harry dijo:

—Mi querida señora Knight, ni me pregunte por la bebé porque nunca la veo. No sentiré ningún interés por ella hasta tanto no tenga novio.

Mug se sacó el monóculo por un momento pero lo volvió a colocar pronto, Eddie Warren bebía el café con cara de angustia, dejando descansar el pocillo, como si al beberlo viera una araña.

—Lo único que quiero es darles un espectáculo a los muchachos. Creo que Londres está colmado de fracasos, faltan obras. Lo que quiero decirles es "Acá tienen el teatro" □Avance el fuego!

—¿Sabías que voy a decorar un cuarto para Jacob Nathans? Estoy tentada de hacer algo con un toque de pescado frito, respaldos de butacas imitando sartenes, y papitas haciendo de borlas en todas las cortinas.

—El problema con nuestros jóvenes que escriben es que aún son muy románticos. No puede uno despedirse del mar sin dejar de descomponerse y necesitar un balde para vomitar ¿Por qué no habrían de tener el coraje de esos baldes?

—Un horroroso poema sobre una joven que fue violada por un ladrón sin nariz en el bosque pequeño...

Perla Fulton se hundió en el sillón más bajo y profundo y Harry convidaba cigarrillos. Por la manera en la que se detuvo frente a ella agitando la cajita plateada, y diciendo: "Egipcios, turcos, de Virginia... están todos mezclados", Bertha se dio cuenta de que Perla no sólo lo aburría sino que en verdad le disgustaba. Y por la manera en la que Perla respondió "No, gracias, no fumo", Bertha supo que ella había captado ese mal ánimo de Harry y estaba dolida.

—Harry, no demuestres tu disgusto hacia ella. Estás bastante equivocado con respecto a ella. Perla es maravillosa; además, cómo puedes sentir algo tan diferente por alguien que significa tanto para mí. Trataré de contarte esta noche, ya en la cama, lo que ha estado ocurriendonos. Te contaré qué cosas compartimos...

Ante esas palabras finales, algo extraño y tétrico se precipitó sobre su mente; un algo morboso le susurraba: "pronto partirá toda esta gente. La casa estará en silencio. Las luces se apagarán. Y ambos esta-

JULIO CORTÁZAR

rán solos en la oscuridad del cuarto, en la cama cálida..." Saltó de la silla y corrió al piano.

—Es una pena que nadie toque algo...

Por primera vez en su vida, Bertha Young deseó a su marido. Lo amaba, había estado enamorada de él, por supuesto, en todo sentido, pero nunca de esta manera. Y, por supuesto que entendía también que él era diferente de ella. Solían discutir sobre eso. Le había preocupado terriblemente al principio encontrarse tan fría, pero con el tiempo eso dejó de ser un problema. Eran tan sinceros, tan compinches, y eso era lo mejor de ser una pareja moderna. Ahora, las palabras le dolían en el cuerpo, ardían fervientes. ¿A esto la había llevado el sentimiento de felicidad? Pero, luego:

—Querida, lamentablemente, somos víctimas del tiempo y del tren. Tenemos que llegar a Hampstead. Todo estuvo muy lindo -saludó la señora Norman Knight.

—Te acompaño al hall. Me encantó tenerte hoy. Pero no quiero que pierdan el tren, debe ser muy desagradable, no?

—Tomemos un whisky, Knight, antes de que te vayas -ofreció Harry.

—No, gracias, muchacho. -Bertha le apretó la mano a Harry por esto mientras la sacudía.

—Adiós, buenas noches. -saludó desde el último escalón, pero sintió que algo de sí se alejaban con ellos para siempre. Cuando regresó a la sala, el resto estaba por irse.

—Entonces podemos compartir el taxi...

—Estaría muy agradecido de no tener que enfrentarme solo a otro viaje después de la horrorosa experiencia que tuve.

—Lo pueden tomar en la parada, justo al final de la calle. No tendrán que caminar más que unos metros.

—Eso es cómodo. Voy por mi tapado. -Perla se dirigió hacia el hall y Bertha la seguía cuando Harry casi se le adelantó:

—Déjame ayudarte. -Bertha sabía que él estaba compensando su actitud agresiva, así que, lo dejó. A veces, se comportaba como un niño, impulsivo, simple. Eddie y ella quedaron junto a la chimenea.

—Me pregunto si has visto del nuevo poema de Bilks : Table d'Hôte . -dijo Eddie suavemente -Es maravilloso. Al final, una antología. ¿No tienes una copia? Tengo tantas ganas de mostrártelo. Comienza con una frase increíblemente hermosa: "¿Por qué siempre debe haber sopa de tomate?".

—Sí. -contestó Bertha. Sin hacer ruido caminó hasta una mesita en el comedor; Eddie fue tras ella en igual silencio. Bertha tomó el libro y se lo entregó; no hicieron el mínimo ruido.

Mientras Eddie lo hojeaba, ella volvió la vista el hall y vio a Harry sosteniéndole el tapado a Perla, quien le daba la espalda y tenía la cabeza levemente inclinada a un costado. Hizo a un lado el tapado, la tomó de los hombros y la giró violentamente hacia él. Sus labios dijeron: " te adoro", Perla acarició las mejillas de Harry con sus dedos finos y pálidos, y le sonrió dulcemente. Harry infló las fosas nasales y le devolvió una sonrisa brillante, y murmuró: "Mañana"; y con un parpadeo Perla dijo: "Sí".

—Aquí está -dijo Eddie -"¿Por qué siempre debe haber sopa de tomate?". Es absolutamente cierto, no crees. La sopa de tomate es eternamente horrorosa.

—Si prefieren puedo llamar un taxi y hacer que pare en la puerta -dijo Harry en voz alta, desde el hall.

JULIO CORTÁZAR

—No, no es necesario -contestó la señorita Fulton, se acercó a Bertha y le ofreció la mano de dedos finos.

—Buenas noches. Y muchas gracias.

—Buenas noches -dijo Bertha. La señorita Fulton sostuvo su mano un momento más.

—Ese hermoso peral... -murmuró; y después desapareció con Eddie detrás de ella siguiéndola como el gato negro al gris.

—Cerraré la puerta -dijo Harry con frialdad, pero relajado.

"Ese hermoso peral... peral... peral".

Bertha se limitó a correr hasta el ventanal. "Qué irá a pasar ahora...", se dijo angustiada. Sin embargo, el peral estaba hermoso como siempre, lleno de flores como siempre y siempre inmutable.

Fifty Grand

Ernest Hemingway

"HOW ARE YOU GOING YOURSELF, Jack?" I asked him.

"You seen this Walcott?" he says.

"Just in the gym."

"Well," Jack says, "I'm going to need a lot of luck with that boy."

"He can't hit you. Jack," Soldier said.

"I wish to hell he couldn't."

"He couldn't hit you with a handful of bird-shot."

"Bird-shot'd be all right," Jack says. "I wouldn't mind bird-shot any."

"He looks easy to hit," I said.

"Sure," Jack says, "he ain't going to last long. He ain't going to last like you and me, Jerry. But right now he's got everything."

"You'll left-hand him to death."

"Maybe," Jack says. "Sure. I got a chance to."

"Handle him like you handled Kid Lewis."

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"Kid Lewis," Jack said. "That kike!"

The three of us, Jack Brennan, Soldier Bartlett, and I were in Hanley's. There were a couple of broads sitting at the next table to us. They had been drinking.

"What do you mean, kike?" one of the broads says. "What do you mean, kike, you big Irish bum?"

"Sure," Jack says. "That's it."

"Kikes," this broad goes on. "They're always talking about kikes, these big Irishmen. What do you mean, kikes?"

"Come on. Let's get out of here."

"Kikes," this broad goes on. "Whoever saw you ever buy a drink? Your wife sews your pockets up every morning. These Irishmen and their kikes! Ted Lewis could lick you too."

"Sure," Jack says. "And you give away a lot of things free too, don't you?"

We went out. That was Jack. He could say what he wanted to when he wanted to say it.

Jack started training out at Danny Hogan's health farm over in Jersey. It was nice out there but Jack didn't like it much. He didn't like being away from his wife and the kids, and he was sore and grouchy most of the time. He liked me and we got along fine together; and he liked Hogan, but after a while Soldier Bartlett commenced to get on his nerves. A kidder gets to be an awful thing around a camp if his stuff goes sort of sour. Soldier was always kidding Jack, just sort of kidding him all the time. It wasn't very funny and it wasn't very good, and it began to get to Jack. It was sort of stuff like this. Jack would finish up with the weights and the bag and pull on the gloves.

JULIO CORTÁZAR

"You want to work?" he'd say to Soldier.

"Sure. How you want me to work?" Soldier would ask. "Want me to treat you rough like Walcott? Want me to knock you down a few times?"

"That's it," Jack would say. He didn't like it any, though.

One morning we were all out on the road. We'd been out quite a way and now we were coming back. We'd go along fast for three minutes and then walk a minute, and then go fast for three minutes again. Jack wasn't ever what you would call a sprinter. He'd move around fast enough in the ring if he had to, but he wasn't any too fast on the road. All the time we were walking Soldier was kidding him. We came up the hill to the farmhouse.

"Well," says Jack, "you better go back to town. Soldier."

"What do you mean?"

"You better go back to town and stay there."

"What's the matter?"

"I'm sick of hearing you talk."

"Yes?" says Soldier.

"Yes." says Jack.

"You'll be a damn sight sicker when Walcott gets through with you."

"Sure," says Jack, "maybe I will. But I know I'm sick of you."

So Soldier went off on the train to town that same morning. I went down with him to the train. He was good and sore.

"I was just kidding him," he said. We were waiting on the platform. "He can't pull that stuff with me, Jerry."

"He's nervous and crabby," I said. "He's a good fellow, Soldier."

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"The hell he is. The hell he's ever been a good fellow."

"Well," I said, "so long, Soldier."

The train had come in. He climbed up with his bag.

"So long, Jerry," he says. "You be in town before the fight?"

"I don't think so."

"See you then."

He went in and the conductor swung up and the train went out. I rode back to the farm in the cart. Jack was on the porch writing a letter to his wife. The mail had come and I got the papers and went over on the other side of the porch and sat down to read. Hogan came out the door and walked over to me.

"Did he have a jam with Soldier?"

"Not a jam," I said. "He just told him to go back to town."

"I could see it coming," Hogan said. "He never liked Soldier much."

"No. He don't like many people."

"He's a pretty cold one," Hogan said.

"Well, he's always been fine to me."

"Me too," Hogan said. "I got no kick on him. He's a cold one, though."

Hogan went in through the screen door and I sat there on the porch and read the papers. It was just starting to get fall weather and it's nice country there in Jersey, up in the hills, and after I read the paper through I sat there and looked out at the country and the road down below against the woods with cars going along it, lifting the dust up. It was fine weather and pretty nice-looking country. Hogan came

JULIO CORTÁZAR

to the door and I said, "Say, Hogan, haven't you got anything to shoot out here?"

"No," Hogan said. "Only sparrows."

"Seen the paper?" I said to Hogan.

"What's in it?"

"Sande booted three of them in yesterday."

"I got that on the telephone last night."

"You follow them pretty close, Hogan?" I asked.

"Oh, I keep in touch with them," Hogan said.

"How about Jack?" I says. "Does he still play them?"

"Him?" said Hogan. "Can you see him doing it?"

Just then Jack came around the corner with the letter in his hand. He's wearing a sweater and an old pair of pants and boxing shoes.

"Got a stamp, Hogan?" he asks.

"Give me the letter," Hogan said. "I'll mail it for you."

"Say, Jack," I said, "didn't you used to play the ponies?"

"Sure."

"I knew you did. I knew I used to see you out at Sheepshead."

"What did you lay off them for?" Hogan asked.

"Lost money."

Jack sat down on the porch by me. He leaned back against a post. He shut his eyes in the sun.

"Want a chair?" Hogan asked.

"No," said Jack. "This is fine."

"It's a nice day," I said. "It's pretty nice out in the country."

"I'd a damn sight rather be in town with the wife."

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"Well, you only got another week."

"Yes," Jack says. "That's so."

We sat there on the porch. Hogan was inside at the office.

"What do you think about the shape I'm in?" Jack asked me.

"Well, you can't tell," I said. "You got a week to get around into form."

"Don't stall me."

"Well," I said, "you're not right."

"I'm not sleeping," Jack said.

"You'll be all right in a couple of days."

"No," says Jack, "I got the insomnia."

"What's on your mind?"

"I miss the wife."

"Have her come out."

"No. I'm too old for that."

"We'll take a long walk before you turn in and get you good and tired."

"Tired!" Jack says. "I'm tired all the time."

He was that way all week. He wouldn't sleep at night and he'd get up in the morning feeling that way, you know, when you can't shut your hands. "He's stale as poorhouse cake," Hogan said. "He's nothing."

"I never seen Walcott," I said.

"He'll kill him," said Hogan. "He'll tear him in two."

"Well," I said, "everybody's got to get it sometime."

"Not like this, though," Hogan said. "They'll think he never trained. It gives the farm a black eye."

JULIO CORTÁZAR

"You hear what the reporters said about him?"

"Didn't I! They said he was awful. They said they oughtn't to let him fight."

"Well," I said, "they're always wrong, ain't they?"

"Yes," said Hogan. "But this time they're right."

"What the hell do they know about whether a man's right or not?"

"Well," said Hogan, "they're not such fools."

"All they did was pick Willard at Toledo. This Lardner, he's so wise now, ask him about when he picked Willard at Toledo."

"Aw, he wasn't out," Hogan said. "He only writes the big fights."

"I don't care who they are," I said. "What the hell do they know? They can write maybe, but what the hell do they know?"

"You don't think Jack's in any shape, do you?" Hogan asked.

"No. He's through. All he needs is to have Corbett pick him to win for it to be all over."

"Well, Corbett'll pick him," Hogan says.

"Sure. He'll pick him."

That night Jack didn't sleep any either. The next morning was the last day before the fight. After breakfast we were out on the porch again.

"What do you think about, Jack, when you can't sleep?" I said.

"Oh, I worry," Jack says. "I worry about property I got up in the Bronx, I worry about property I got in Florida. I worry about the kids. I worry about the wife. Sometimes I think about fights. I think about that kike Ted Lewis and I get sore. I got some stocks and I worry about them. What the hell don't I think about?"

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"Well," I said, "tomorrow night it'll all be over."

"Sure," said Jack. "That always helps a lot, don't it? That just fixes everything all up, I suppose. Sure."

He was sore all day. We didn't do any work. Jack just moved around a little to loosen up. He shadow-boxed a few rounds. He didn't even look good doing that. He skipped the rope a little while. He couldn't sweat.

"He'd be better not to do any work at all," Hogan said. We were standing watching him skip rope. "Don't he ever sweat at all any more?"

"He can't sweat."

"Do you suppose he's got the con? He never had any trouble making weight did he?"

"No, he hasn't got any con. He just hasn't got anything inside any more."

"He ought to sweat," said Hogan.

Jack came over, skipping the rope. He was skipping up and down in front of us, forward and back, crossing his arms every third time.

"Well," he says. "What are you buzzards talking about?"

"I don't think you ought to work any more," Hogan says. "You'll be stale."

"Wouldn't that be awful?" Jack says and skips away down the floor, slapping the rope hard.

That afternoon John Collins showed up out at the farm. Jack was up in his room. John came out in a car from town. He had a couple of friends with him. The car stopped and they all got out.

"Where's Jack?" John asked me.

JULIO CORTÁZAR

"Up in his room, lying down."

"Lying down?"

"Yes," I said.

"How is he?"

I looked at the two fellows that were with John.

"They're friends of his," John said.

"He's pretty bad," I said.

"What's the matter with him?"

"He don't sleep."

"Hell," said John. "That Irishman could never sleep."

"He isn't right," I said.

"Hell," John said. "He's never right. I've had him for ten years and he's never been right yet."

The fellows who were with him laughed.

"I want you to shake hands with Mr. Morgan and Mr. Steinfeld," John said. "This is Mr. Doyle. He's been training Jack."

"Glad to meet you," I said.

"Let's go up and see the boy," the fellow called Morgan said.

"Let's have a look at him," Steinfeld said.

We all went upstairs.

"Where's Hogan?" John asked.

"He's out in the barn with a couple of his customers," I said.

"He got many people out here now?" John asked.

"Just two."

"Pretty quiet, ain't it?" Morgan said.

"Yes," I said. "It's pretty quiet."

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

We were outside Jack's room. John knocked on the door. There wasn't any answer.

"Maybe he's asleep," I said.

"What the hell's he sleeping in the daytime for?"

John turned the handle and we all went in. Jack was lying asleep on the bed. He was face down and his face was in the pillow. Both his arms were around the pillow.

"Hey, Jack!" John said to him.

Jack's head moved a little on the pillow. "Jack!" John says, leaning over him. Jack just dug a little deeper in the pillow. John touched him on the shoulder. Jack sat up and looked at us. He hadn't shaved and he was wearing an old sweater.

"Christ! Why can't you let me sleep?" he says to John.

"Don't be sore," John says. "I didn't mean to wake you up."

"Oh no," Jack says. "Of course not."

"You know Morgan and Steinfeld," John said.

"Glad to see you," Jack says.

"How do you feel, Jack?" Morgan asks him.

"Fine," Jack says. "How the hell would I feel?"

"You look fine," Steinfeld says.

"Yes, don't 11," says Jack. "Say," he says to John. "You're my manager. You get a big enough cut. Why the hell don't you come out here when the reporters was out! You want Jerry and me to talk to them?"

"I had Lew fighting in Philadelphia," John said.

"What the hell's that to me?" Jack says. "You're my manager. You get a big enough cut, don't you? You aren't making me any money

JULIO CORTÁZAR

in Philadelphia, are you? Why the hell aren't you out here when I ought to have you?"

"Hogan was here."

"Hogan," Jack says. "Hogan's as dumb as I am."

"Soldier Bahtlett was out here wukking with you for a while, wasn't he?" Steinfelt said to change the subject.

"Yes, he was out here," Jack says. "He was out here all right."

"Say, Jerry," John said to me. "Would you go and find Hogan and tell him we want to see him in about half an hour?"

"Sure," I said.

"Why the hell can't he stick around?" Jack says. "Stick around, Jerry."

Morgan and Steinfelt looked at each other.

"Quiet down, Jack," John said to him.

"I better go find Hogan," I said.

"All right, if you want to go," Jack says. "None of these guys are going to send you away, though."

"I'll go find Hogan," I said.

Hogan was out in the gym in the barn. He had a couple of his health-farm patients with the gloves on. They neither one wanted to hit the other, for fear the other would come back and hit him.

"That'll do," Hogan said when he saw me come in. "You can stop the slaughter. You gentlemen take a shower and Bruce will rub you down."

They climbed out through the ropes and Hogan came over to me.

"John Collins is out with a couple of friends to see Jack," I said.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"I saw them come up in the car."

"Who are the two fellows with John?"

"They're what you call wise boys," Hogan said. "Don't you know them two?"

"No," I said.

"That's Happy Steinfeld and Lew Morgan. They got a pool-room."

"I been away a long time," I said.

"Sure," said Hogan. "That Happy Steinfeld's a big operator."

"I've heard his name," I said.

"He's a pretty smooth boy," Hogan said. "They're a couple of sharpshooters."

"Well," I said. "They want to see us in half an hour."

"You mean they don't want to see us until a half an hour?"

"That's it."

"Come on in the office," Hogan said. "To hell with those sharpshooters."

After about thirty minutes or so Hogan and I went upstairs. We knocked on Jack's door. They were talking inside the room.

"Wait a minute," somebody said.

"To hell with that stuff," Hogan said. "When you want to see me I'm down in the office."

We heard the door unlock. Steinfeld opened it.

"Come on in, Hogan," he says. "We're all going to have a drink."

"Well," says Hogan. "That's something."

We went in. Jack was sitting on the bed. John and Morgan were sitting on a couple of chairs. Steinfeld was standing up.

JULIO CORTÁZAR

"You're a pretty mysterious lot of boys," Hogan said.

"Hello, Danny," John says.

"Hello, Danny," Morgan says and shakes hands.

Jack doesn't say anything. He just sits there on the bed. He ain't with the others. He's all by himself. He was wearing an old blue jersey and pants and had on boxing shoes. He needed a shave. Steinfeld and Morgan were dressers. John was quite a dresser too. Jack sat there looking Irish and tough.

Steinfeld brought out a bottle and Hogan brought in some glasses and everybody had a drink. Jack and I took one and the rest of them went on and had two or three each.

"Better save some for your ride back," Hogan said.

"Don't you worry. We got plenty," Morgan said.

Jack hadn't drunk anything since the one drink. He was standing up and looking at them. Morgan was sitting on the bed where Jack had sat.

"Have a drink. Jack," John said and handed him the glass and the bottle.

"No," Jack said, "I never liked to go to these wakes."

They all laughed. Jack didn't laugh.

They were all feeling pretty good when they left. Jack stood on the porch when they got into the car. They waved to him.

"So long," Jack said.

We had supper. Jack didn't say anything all during the meal except, "Will you pass me this?" or "Will you pass me that?" The two health-farm patients ate at the same table with us. They were pretty ni-

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

ce fellows. After we finished eating we went out on the porch. It was dark early.

"Like to take a walk, Jerry?" Jack asked.

"Sure," I said.

We put on our coats and started out. It was quite a way down to the main road and then we walked along the main road about a mile and a half. Cars kept going by and we would pull out to the side until they were past. Jack didn't say anything. After we had stepped out into the bushes to let a big car go by Jack said, "To hell with this walking. Come on back to Hogan's."

We went along a side road that cut up over the hill and cut across the fields back to Hogan's. We could see the lights of the house up on the hill. We came around to the front of the house and there standing in the doorway was Hogan.

"Have a good walk?" Hogan asked.

"Oh, fine," Jack said. "Listen, Hogan. Have you got any liquor?"

"Sure," says Hogan. "What's the idea?"

"Send it up to the room," Jack says. "I'm going to sleep tonight."

"You're the doctor," Hogan says.

"Come on up to the room, Jerry," Jack says.

Upstairs Jack sat on the bed with his head in his hands.

"Ain't it a life?" Jack says.

Hogan brought in a quart of liquor and two glasses.

"Want some ginger ale?"

"What do you think I want to do, get sick?"

"I just asked you," said Hogan.

"Have a drink?" said Jack.

JULIO CORTÁZAR

"No, thanks," said Hogan. He went out.

"How about you, Jerry?"

"I'll have one with you," I said.

Jack poured out a couple of drinks. "Now," he said, "I want to take it slow and easy."

"Put some water in it," I said.

"Yes," Jack said. "I guess that's better."

We had a couple of drinks without saying anything. Jack started to pour me another.

"No," I said, "that's all I want."

"All right," Jack said. He poured himself out another big shot and put water in it. He was lighting up a little.

"That was a fine bunch out here this afternoon," he said. "They don't take any chances, those two."

Then a little later, "Well," he says, "they're right. What the hell's the good in taking chances?"

"Don't you want another. Jerry?" he said. "Come on, drink along with me."

"I don't need it, Jack," I said. "I feel all right."

"Just have one more," Jack said. It was softening him up.

"All right," I said.

Jack poured one for me and another big one for himself.

"You know," he said, "I like liquor pretty well. If I hadn't been boxing I would have drunk quite a lot."

"Sure," I said.

"You know," he said, "I missed a lot, boxing."

"You made plenty of money."

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"Sure, that's what I'm after. You know I miss a lot. Jerry."

"How do you mean?"

"Well," he says, "like about the wife. And being away from home so much. It don't do my girls any good. 'Who's your old man?' some of those society kids'll say to them. 'My old man's Jack Brennan.' That don't do them any good."

"Hell," I said, "all that makes a difference is if they got dough."

"Well," says Jack, "I got the dough for them all right."

He poured out another drink. The bottle was about empty.

"Put some water in it," I said. Jack poured in some water.

"You know," he says, "you ain't got any idea how I miss the wife."

"Sure."

"You ain't got any idea. You can't have an idea what it's like."

"It ought to be better out in the country than in town."

"With me now," Jack said, "it don't make any difference where I am. You can't have an idea what it's like."

"Have another drink."

"Am I getting soused? Do I talk funny?"

"You're coming on all right."

"You can't have an idea what it's like. They ain't anybody can have an idea what it's like."

"Except the wife," I said.

"She knows," Jack said. "She knows all right. She knows. You bet she knows."

"Put some water in that," I said.

"Jerry," says Jack, "you can't have an idea what it gets to be like."

JULIO CORTÁZAR

He was good and drunk. He was looking at me steady. His eyes were sort of too steady.

"You'll sleep all right," I said.

"Listen Jerry," Jack says. "You want to make some money? Get some money down on Walcott."

"Yes?"

"Listen, Jerry," Jack put down the glass. "I'm not drunk now, see? You know what I'm betting on him? Fifty grand."

"That's a lot of dough."

"Fifty grand," Jack says, "at two to one. I'll get twenty-five thousand bucks. Get some money on him, Jerry."

"It sounds good," I said.

"How can I beat him?" Jack says. "It ain't crooked. How can I beat him? Why not make money on it?"

"Put some water in that," I said.

"I'm through after this fight," Jack says. "I'm through with it. I got to take a beating. Why shouldn't I make money on it?"

"Sure."

"I ain't slept for a week," Jack says. "All night I lay awake and worry my can off. I can't sleep, Jerry. You ain't got an idea what it's like when you can't sleep."

"Sure."

"I can't sleep. That's all. I just can't sleep. What's the use of taking care of yourself all these years when you can't sleep?"

"It's bad."

"You ain't got an idea what it's like, Jerry, when you can't sleep."

"Put some water in that," I said.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Well, about eleven o'clock Jack passes out and I put him to bed. Finally he's so he can't keep from sleeping. I helped him get his clothes off and got him into bed.

"You'll sleep all right. Jack," I said.

"Sure," Jack says, "I'll sleep now."

"Good night, Jack," I said.

"Good night, Jerry," Jack says. "You're the only friend I got."

"Oh, hell," I said.

"You're the only friend I got," Jack says, "the only friend I got."

"Go to sleep," I said.

"I'll sleep," Jack says.

Downstairs Hogan was sitting at the desk in the office reading the papers. He looked up. "Well, you get your boy friend to sleep?" he asks.

"He's off."

"It's better for him than not sleeping," Hogan said.

"Sure."

"You'd have a hell of a time explaining that to these sport writers though," Hogan said.

"Well, I'm going to bed myself," I said.

"Good night," said Hogan.

In the morning I came downstairs about eight o'clock and got some breakfast. Hogan had his two customers out in the barn doing exercises. I went out and watched them.

"One! Two! Three! Four!" Hogan was counting for them. "Hello, Jerry," he said. "Is Jack up yet?"

"No. He's still sleeping."

JULIO CORTÁZAR

I went back to my room and packed up to go in to town. About nine-thirty I heard Jack getting up in the next room. When I heard him go downstairs I went down after him. Jack was sitting at the breakfast table. Hogan had come in and was standing beside the table.

"How do you feel, Jack?" I asked him.

"Not so bad."

"Sleep well?" Hogan asked.

"I slept all right," Jack said. "I got a thick tongue but I ain't got a head."

"Good," said Hogan. "That was good liquor."

"Put it on the bill," Jack says.

"What time you want to go into town?" Hogan asked.

"Before lunch," Jack says. "The eleven o'clock train."

"Sit down, Jerry," Jack said. Hogan went out.

I sat down at the table. Jack was eating a grapefruit. When he'd find a seed he'd spit it out in the spoon and dump it on the plate.

"I guess I was pretty stewed last night," he started.

"You drank some liquor."

"I guess I said a lot of fool things."

"You weren't bad."

"Where's Hogan?" he asked. He was through with the grapefruit.

"He's out in front in the office."

"What did I say about betting on the fight?" Jack asked. He was holding the spoon and sort of poking at the grapefruit with it.

The girl came in with some ham and eggs and took away the grapefruit.

"Bring me another glass of milk," Jack said to her. She went out.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"You said you had fifty grand on Walcott," I said.

"That's right," Jack said.

"That's a lot of money."

"I don't feel too good about it," Jack said.

"Something might happen."

"No," Jack said. "He wants the title bad. They'll be shooting with him all right."

"You can't ever tell."

"No. He wants the title. It's worth a lot of money to him."

"Fifty grand is a lot of money," I said.

"It's business," said Jack. "I can't win. You know I can't win anyway."

"As long as you're in there you got a chance."

"No," Jack says. "I'm all through. It's just business."

"How do you feel?"

"Pretty good," Jack said. "The sleep was what I needed."

"You might go good."

"I'll give them a good show," Jack said.

After breakfast Jack called up his wife on the long-distance. He was inside the booth telephoning.

"That's the first time he's called her up since he's out here," Hogan said.

"He writes her every day."

"Sure," Hogan says, "a letter only costs two cents."

Hogan said good-bye to us and Brace, the nigger rubber, drove us down to the train in the cart.

JULIO CORTÁZAR

"Good-by, Mr. Brennan," Bruce said at the train, "I sure hope you knock his can off."

"So long," Jack said. He gave Bruce two dollars. Bruce had worked on him a lot. He looked kind of disappointed. Jack saw me looking at Bruce holding the two dollars.

"It's all in the bill," he said. "Hogan charged me for the rubbing."

On the train going into town Jack didn't talk. He sat in the corner of the seat with his ticket in his hat-band and looked out of the window. Once he turned and spoke to me.

"I told the wife I'd take a room at the Shelby tonight," he said. "It's just around the corner from the Garden. I can go up to the house tomorrow morning."

"That's a good idea," I said. "Your wife ever see you fight, Jack?"

"No," Jack says. "She never seen me fight."

I thought he must be figuring on taking an awful beating if he doesn't want to go home afterward. In town we took a taxi up to the Shelby. A boy came out and took our bags and we went in to the desk.

"How much are the rooms?" Jack asked.

"We only have double rooms," the clerk says. "I can give you a nice double room for ten dollars."

"That's too steep."

"I can give you a double room for seven dollars."

"With a bath?"

"Certainly."

"You might as well bunk with me, Jerry," Jack says.

"Oh," I said, "I'll sleep down at my brother-in-law's."

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"I don't mean for you to pay it," Jack says. "I just want to get my money's worth."

"Will you register, please?" the clerk says. He looked at the names. "Number 238, Mr. Brennan."

We went up in the elevator. It was a nice big room with two beds and a door opening into a bath-room.

"This is pretty good," Jack says.

The boy who brought us up pulled up the curtains and brought in our bags. Jack didn't make any move, so I gave the boy a quarter. We washed up and Jack said we better go out and get something to eat.

We ate a lunch at Jimmy Hanley's place. Quite a lot of the boys were there. When we were about half through eating, John came in and sat down with us. Jack didn't talk much.

"How are you on the weight. Jack?" John asked him. Jack was putting away a pretty good lunch.

"I could make it with my clothes on," Jack said. He never had to worry about taking off weight. He was a natural welterweight and he'd never gotten fat. He'd lost weight out at Hogan's.

"Well, that's one thing you never had to worry about," John said.

"That's one thing," Jack says.

We went around to the Garden to weigh in after lunch. The match was made at a hundred forty-seven pounds at three o'clock. Jack stepped on the scales with a towel around him. The bar didn't move. Walcott had just weighed and was standing with a lot of people around him.

JULIO CORTÁZAR

"Let's see what you weigh, Jack," Freedman, Walcott's manager said.

"All right, weigh him then," Jack jerked his head toward Walcott.

"Drop the towel," Freedman said.

"What do you make it?" Jack asked the fellows who were weighing.

"One hundred and forty-three pounds," the fat man who was weighing said.

"You're down fine, Jack," Freedman says.

"Weigh him," Jack says.

Walcott came over. He was a blond with wide shoulders and arms like a heavyweight. He didn't have much legs. Jack stood about half a head taller than he did.

"Hello, Jack," he said. His face was plenty marked up.

"Hello," said Jack. "How you feel?"

"Good," Walcott says. He dropped the towel from around his waist and stood on the scales. He had the widest shoulders and back you ever saw.

"One hundred and forty-six pounds and twelve ounces."

Walcott stepped off and grinned at Jack.

"Well," John says to him, "Jack's spotting you about four pounds."

"More than that when I come in, kid," Walcott says. "I'm going to go and eat now."

We went back and Jack got dressed. "He's a pretty tough-looking boy," Jack says to me.

"He looks as though he'd been hit plenty of times."

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"Oh, yes," Jack says. "He ain't hard to hit."

"Where are you going?" John asked when Jack was dressed.

"Back to the hotel," Jack says. "You looked after everything?"

"Yes," John says. "It's all looked after."

"I'm going to lie down a while," Jack says.

"I'll come around for you about a quarter to seven and we'll go and eat."

"All right."

Up at the hotel Jack took off his shoes and his coat and lay down for a while. I wrote a letter. I looked over a couple of times and Jack wasn't sleeping. He was lying perfectly still but every once in a while his eyes would open. Finally he sits up.

"Want to play some cribbage, Jerry?" he says.

"Sure," I said.

He went over to his suitcase and got out the cards and the cribbage board. We played cribbage and he won three dollars off me. John knocked at the door and came in.

"Want to play some cribbage, John?" Jack asked him.

John put his hat down on the table. It was all wet. His coat was wet too.

"Is it raining?" Jack asks.

"It's pouring," John says. "The taxi I had got tied up in the traffic and I got out and walked."

"Come on, play some cribbage," Jack says.

"You ought to go and eat."

"No," says Jack. "I don't want to eat yet."

JULIO CORTÁZAR

So they played cribbage for about half an hour and Jack won a dollar and a half off him.

"Well, I suppose we got to go eat," Jack says. He went to the window and looked out.

"Is it still raining?"

"Yes."

"Let's eat in the hotel," John says.

"All right," Jack says, "I'll play you once more to see who pays for the meal."

After a little while Jack gets up and says, "You buy the meal, John," and we went downstairs and ate in the big dining-room.

After we ate we went upstairs and Jack played cribbage with John again and won two dollars and a half off him. Jack was feeling pretty good. John had a bag with him with all his stuff in it. Jack took off his shirt and collar and put on a jersey and a sweater, so he wouldn't catch cold when he came out, and put his ring clothes and his bathrobe in a bag.

"You all ready?" John asks him. "I'll call up and have them get a taxi."

Pretty soon the telephone rang and they said the taxi was waiting.

We rode down in the elevator and went out through the lobby, and got in a taxi and rode around to the Garden. It was raining hard but there was a lot of people outside on the streets. The Garden was sold out. As we came in on our way to the dressing-room I saw how full it was. It looked like half a mile down to the ring. It was all dark. Just the lights over the ring.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

"It's a good thing, with this rain, they didn't try and pull this fight in the ball park," John said.

"They got a good crowd," Jack says.

"This is a fight that would draw a lot more than the Garden could hold."

"You can't tell about the weather," Jack says.

John came to the door of the dressing-room and poked his head in. Jack was sitting there with his bathrobe on, he had his arms folded and was looking at the floor. John had a couple of handlers with him. They looked over his shoulder. Jack looked up.

"Is he in?" he asked.

"He's just gone down," John said.

We started down. Walcott was just getting into the ring. The crowd gave him a big hand. He climbed through between the ropes and put his two fists together and smiled, and shook them at the crowd, first at one side of the ring, then at the other, and then sat down. Jack got a good hand coming down through the crowd. Jack is Irish and the Irish always get a pretty good hand. An Irishman don't draw in New York like a Jew or an Italian but they always get a good hand. Jack climbed up and bent down to go through the ropes and Walcott came over from his corner and pushed the rope down for Jack to go through. The crowd thought that was wonderful. Walcott put his hand on Jack's shoulder and they stood there just for a second.

"So you're going to be one of these popular champions," Jack says to him. "Take your goddam hand off my shoulder."

"Be yourself," Walcott says.

JULIO CORTÁZAR

This is all great for the crowd. How gentlemanly the boys are before the fight. How they wish each other luck.

Solly Freedman came over to our corner while Jack is bandaging his hands and John is over in Walcott's corner. Jack puts his thumb through the slit in the bandage and then wrapped his hand nice and smooth. I taped it around the wrist and twice across the knuckles.

"Hey," Freedman says. "Where do you get all that tape?"

"Feel of it," Jack says. "It's soft, ain't it? Don't be a hick."

Freedman stands there all the time while Jack bandages the other hand, and one of the boys that's going to handle him brings the gloves and I pull them on and work them around.

"Say, Freedman," Jack asks, "what nationality is this Walcott?"

"I don't know," Solly says. "He's some sort of a Dane."

"He's a Bohemian," the lad who brought the gloves said.

The referee called them out to the center of the ring and Jack walks out. Walcott comes out smiling. They met and the referee put his arm on each of their shoulders.

"Hello, popularity," Jack says to Walcott.

"Be yourself."

"What do you call yourself 'Walcott' for?" Jack says. "Didn't you know he was a nigger?"

"Listen—" says the referee, and he gives them the same old line. Once Walcott interrupts him. He grabs Jack's arm and says, "Can I hit when he's got me like this?"

"Keep your hands off me," Jack says. "There ain't no moving-pictures of this."

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

They went back to their corners. I lifted the bathrobe off Jack and he leaned on the ropes and flexed his knees a couple of times and scuffed his shoes in the rosin. The gong rang and Jack turned quick and went out. Walcott came toward him and they touched gloves and as soon as Walcott dropped his hands Jack jumped his left into his face twice. There wasn't anybody ever boxed better than Jack. Walcott was after him, going forward all the time with his chin on his chest. He's a hooker and he carries his hands pretty low. All he knows is to get in there and sock. But every time he gets in there close. Jack has the left hand in his face. It's just as though it's automatic. Jack just raises the left hand up and it's in Walcott's face. Three or four times Jack brings the right over but Walcott gets it on the shoulder or high up on the head. He's just like all these hookers. The only thing he's afraid of is another one of the same kind. He's covered everywhere you can hurt him. He don't care about a left hand in his face.

After about four rounds Jack has him bleeding bad and his face all cut up, but every time Walcott's got in close he's socked so hard he's got two big red patches on both sides just below Jack's ribs. Every time he gets in close, Jack ties him up, then gets one hand loose and uppercuts him, but when Walcott gets his hands loose he socks Jack in the body so they can hear it outside in the street. He's a socker.

It goes along like that for three rounds more. They don't talk any. They're working all the time. We worked over Jack plenty too, in between the rounds. He don't look good at all but he never does much work in the ring. He don't move around much and that left hand is just automatic. It's just like it was connected with Walcott's face and Jack just had to wish it in every time. Jack is always calm in close and he doesn't waste any juice. He knows everything about working in clo-

JULIO CORTÁZAR

se too and he's getting away with a lot of stuff. While they were in our corner I watched him tie Walcott up, get his right hand loose, turn it and come up with an uppercut that got Walcott's nose with the heel of the glove. Walcott was bleeding bad and leaned his nose on Jack's shoulder so as to give Jack some of it too, and Jack sort of lifted his shoulder sharp and caught him against the nose, and then brought down the right hand and did the same thing again.

Walcott was sore as hell. By the time they'd gone five rounds he hated Jack's guts. Jack wasn't sore; that is, he wasn't any sorer than he always was. He certainly did used to make the fellows he fought hate boxing. That was why he hated Kid Lewis so. He never got the Kid's goat. Kid Lewis always had about three new dirty things Jack couldn't do. Jack was as safe as a church all the time he was in there, as long as he was strong. He certainly was treating Walcott rough. The funny thing was it looked as though Jack was an open classic boxer. That was because he had all that stuff too.

After the seventh round Jack says, "My left's getting heavy."

From then he started to take a beating. It didn't show at first. But instead of him running the fight it was Walcott was running it, instead of being safe all the time now he was in trouble. He couldn't keep him out with the left hand now. It looked as though it was the same as ever, only now instead of Walcott's punches just missing him they were just hitting him. He took an awful beating in the body.

"What's the round?" Jack asked.

"The eleventh."

"I can't stay," Jack says. "My legs are going bad."

Walcott had been just hitting him for a long time. It was like a baseball catcher pulls the ball and takes some of the shock off. From

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

now on Walcott commenced to land solid. He certainly was a socking-machine. Jack was just trying to block everything now. It didn't show what an awful beating he was taking. In between the rounds I worked on his legs. The muscles would flutter under my hands all the time I was rubbing them. He was sick as hell.

"How's it go?" he asked John, turning around, his face all swollen.

"It's his fight."

"I think I can last," Jack says. "I don't want this bohunk to stop me." It was going just the way he thought it would. He knew he couldn't beat Walcott. He wasn't strong any more. He was all right though. His money was all right and now he wanted to finish it off right to please himself. He didn't want to be knocked out.

The gong rang and we pushed him out. He went out slow. Walcott came right out after him. Jack put the left in his face and Walcott took it, came in under it and started working on Jack's body. Jack tried to tie him up and it was just like trying to hold on to a buzz-saw. Jack broke away from it and missed with the right. Walcott clipped him with a left hook and Jack went down. He went down on his hands and knees and looked at us. The referee started counting. Jack was watching us and shaking his head. At eight John motioned to him. You couldn't hear on account of the crowd. Jack got up. The referee had been holding Walcott back with one arm while he counted.

When Jack was on his feet Walcott started toward him.

"Watch yourself, Jimmy," I heard Solly Freedman yell to him.

Walcott came up to Jack looking at him. Jack stuck the left hand at him. Walcott just shook his head. He backed Jack up against the ropes, measured him and then hooked the left very light to the side

JULIO CORTÁZAR

of Jack's head and socked the right into the body as hard as he could sock, just as low as he could get it. He must have hit him five inches below the belt. I thought the eyes would come out of Jack's head. They stuck way out. His mouth come open.

The referee grabbed Walcott. Jack stepped forward. If he went down there went fifty thousand bucks. He walked as though all his insides were going to fall out.

"It wasn't low," he said. "It was a accident."

The crowd were yelling so you couldn't hear anything.

"I'm all right," Jack says. They were right in front of us. The referee looks at John and then he shakes his head.

"Come on, you polak son-of-a-bitch," Jack says to Walcott.

John was hanging onto the ropes. He had the towel ready to chuck in. Jack was standing just a little way out from the ropes. He took a step forward. I saw the sweat come out on his face like somebody had squeezed it and a big drop went down his nose.

"Come on and fight," Jack says to Walcott.

The referee looked at John and waved Walcott on.

"Go in there, you slob," he says.

Walcott went in. He didn't know what to do either. He never thought Jack could have stood it. Jack put the left in his face. There was such a hell of a lot of yelling going on. They were right in front of us. Walcott hit him twice. Jack's face was the worst thing I ever saw—the look on it! He was holding himself and all his body together and it all showed on his face. All the time he was thinking and holding his body in where it was busted.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Then he started to sock. His face looked awful all the time. He started to sock with his hands low down by his side, swinging at Walcott. Walcott covered up and Jack was swinging wild at Walcott's head. Then he swung the left and it hit Walcott in the groin and the right hit Walcott right bang where he'd hit Jack. Way low below the belt. Walcott went down and grabbed himself there and rolled and twisted around.

The referee grabbed Jack and pushed him toward his corner. John jumps into the ring. There was all this yelling going on. The referee was talking with the judges and then the announcer got into the ring with the megaphone and says, "Walcott on a foul."

The referee is talking to John and he says, "What could I do? Jack wouldn't take the foul. Then when he's groggy he fouls him."

"He'd lost it anyway," John says.

Jack's sitting on the chair. I've got his gloves off and he's holding himself in down there with both hands. When he's got something supporting it his face doesn't look so bad.

"Go over and say you're sorry," John says into his ear. "It'll look good."

Jack stands up and the sweat comes out all over his face. I put the bathrobe around him and he holds himself in with one hand under the bathrobe and goes across the ring. They've picked Walcott up and they're working on him. There're a lot of people in Walcott's corner. Nobody speaks to Jack. He leans over Walcott.

"I'm sorry," Jack says. "I didn't mean to foul you."

Walcott doesn't say anything. He looks too damned sick.

JULIO CORTÁZAR

"Well, you're the champion now," Jack says to him. "I hope you get a hell of a lot of fun out of it."

"Leave the kid alone," Solly Freedman says.

"Hello, Solly," Jack says. "I'm sorry I fouled your boy."

Freedman just looks at him.

Jack went to his corner walking that funny jerky way and we got him down through the ropes and through the reporters' tables and out down the aisle. A lot of people want to slap Jack on the back. He goes out through all that mob in his bathrobe to the dressing-room. It's a popular win for Walcott. That's the way the money was bet in the Garden.

Once we got inside the dressing-room Jack lay down and shut his eyes.

"We want to get to the hotel and get a doctor," John says.

"I'm all busted inside," Jack says.

"I'm sorry as hell. Jack," John says.

"It's all right," Jack says.

He lies there with his eyes shut.

"They certainly tried a nice double-cross," John said.

"Your friends Morgan and Steinfeld," Jack said. "You got nice friends."

He lies there, his eyes are open now. His face has still got that awful drawn look.

"It's funny how fast you can think when it means that much money," Jack says.

"You're some boy, Jack," John says.

"No," Jack says. "It was nothing."

Los asesinos

Ernest Hemingway

La puerta del restaurante de Henry se abrió y entraron dos hombres que se sentaron al mostrador.

—¿Qué van a pedir? -les preguntó George.

—No sé -dijo uno de ellos-. ¿Tú qué tienes ganas de comer, Al?

—Qué sé yo -respondió Al-, no sé.

Afuera estaba oscureciendo. Las luces de la calle entraban por la ventana. Los dos hombres leían el menú. Desde el otro extremo del mostrador, Nick Adams, quien había estado conversando con George cuando ellos entraron, los observaba.

—Yo voy a pedir costillitas de cerdo con salsa de manzanas y puré de papas -dijo el primero.

—Todavía no está listo.

—¿Entonces para qué carajo lo pones en la carta?

—Esa es la cena -le explicó George-. Puede pedirse a partir de las seis.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

George miró el reloj en la pared de atrás del mostrador.

—Son las cinco.

—El reloj marca las cinco y veinte -dijo el segundo hombre.

—Adelanta veinte minutos.

—Bah, a la mierda con el reloj -exclamó el primero-. ¿Qué tienes para comer?

—Puedo ofrecerles cualquier variedad de sándwiches -dijo George-, jamón con huevos, tocineta con huevos, hígado y tocineta, o un bisté.

—A mí dame suprema de pollo con arvejas y salsa blanca y puré de papas.

—Esa es la cena.

—¿Será posible que todo lo que pidamos sea la cena?

—Puedo ofrecerles jamón con huevos, tocineta con huevos, hígado...

—Jamón con huevos -dijo el que se llamaba Al. Vestía un sombrero hongo y un sobretodo negro abrochado. Su cara era blanca y pequeña, sus labios angostos. Llevaba una bufanda de seda y guantes.

—Dame tocineta con huevos -dijo el otro. Era más o menos de la misma talla que Al. Aunque de cara no se parecían, vestían como gemelos. Ambos llevaban sobretodos demasiado ajustados para ellos. Estaban sentados, inclinados hacia adelante, con los codos sobre el mostrador.

—¿Hay algo para tomar? -preguntó Al.

—Gaseosa de jengibre, cerveza sin alcohol y otras bebidas gaseosas -enumeró George.

—Dije si tienes algo para *tomar*.

JULIO CORTÁZAR

—Sólo lo que nombré.

—Es un pueblo caluroso este, ¿no? -dijo el otro- ¿Cómo se llama?

—Summit.

—¿Alguna vez lo oíste nombrar? -preguntó Al a su amigo.

—No -le contestó éste.

—¿Qué hacen acá a la noche? -preguntó Al.

—Cenan -dijo su amigo-. Vienen acá y cenan de lo lindo.

—Así es -dijo George.

—¿Así que crees que así es? -Al le preguntó a George.

—Seguro.

—Así que eres un chico vivo, ¿no?

—Seguro -respondió George.

—Pues no lo eres -dijo el otro hombrecito-. ¿No es cierto, Al?

—Se quedó mudo -dijo Al. Giró hacia Nick y le preguntó:- ¿Cómo te llamas?

—Adams.

—Otro chico vivo -dijo Al-. ¿No es vivo, Max?

—El pueblo está lleno de chicos vivos -respondió Max.

George puso las dos bandejas, una de jamón con huevos y la otra de tocineta con huevos, sobre el mostrador. También trajo dos platos de papas fritas y cerró la portezuela de la cocina.

—¿Cuál es el suyo? -le preguntó a Al.

—¿No te acuerdas?

—Jamón con huevos.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—Todo un chico vivo -dijo Max. Se acercó y tomó el jamón con huevos. Ambos comían con los guantes puestos. George los observaba.

—¿Qué *miras*? -dijo Max mirando a George.

—Nada.

—Cómo que nada. Me estabas mirando a mí.

—En una de esas lo hacía en broma, Max -intervino Al.

George se rió.

—*Tú* no te rías -lo cortó Max-. No tienes nada de qué reírte, ¿entiendes?

—Está bien -dijo George.

—Así que piensas que está bien -Max miró a Al-. Piensa que está bien. Esa sí que está buena.

—Ah, piensa -dijo Al. Siguieron comiendo.

—¿Cómo se llama el chico vivo ése que está en la punta del mostrador? -le preguntó Al a Max.

—Ey, chico vivo -llamó Max a Nick-, anda con tu amigo del otro lado del mostrador.

—¿Por? -preguntó Nick.

—Porque sí.

—Mejor pasa del otro lado, chico vivo -dijo Al. Nick pasó para el otro lado del mostrador.

—¿Qué se proponen? -preguntó George.

—Nada que te importe -respondió Al-. ¿Quién está en la cocina?

—El negro.

—¿El negro? ¿Cómo el negro?

—El negro que cocina.

JULIO CORTÁZAR

—Dile que venga.

—¿Qué se proponen?

—Dile que venga.

—¿Dónde se creen que están?

—Sabemos muy bien dónde estamos -dijo el que se llamaba Max-. ¿Parecemos tontos acaso?

—Por lo que dices, parecería que sí -le dijo Al-. ¿Qué tienes que ponerte a discutir con este chico? -y luego a George-: Escucha, dile al negro que venga acá.

—¿Qué le van a hacer?

—Nada. Piensa un poco, chico vivo. ¿Qué le haríamos a un negro?

George abrió la portezuela de la cocina y llamó:

—Sam, ven un minutito.

El negro abrió la puerta de la cocina y salió.

—¿Qué pasa? -preguntó. Los dos hombres lo miraron desde el mostrador.

—Muy bien, negro -dijo Al-. Quédate ahí.

El negro Sam, con el delantal puesto, miró a los hombres sentados al mostrador:

—Sí, señor -dijo. Al bajó de su taburete.

—Voy a la cocina con el negro y el chico vivo -dijo-. Vuelve a la cocina, negro. Tú también, chico vivo.

El hombrecito entró a la cocina después de Nick y Sam, el cocinero. La puerta se cerró detrás de ellos. El que se llamaba Max se sentó al mostrador frente a George. No lo miraba a George sino al es-

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

pejo que había tras el mostrador. Antes de ser un restaurante, el lugar había sido una taberna.

—Bueno, chico vivo -dijo Max con la vista en el espejo-. ¿Por qué no dices algo?

—¿De qué se trata todo esto?

—Ey, Al -gritó Max-. Acá este chico vivo quiere saber de qué se trata todo esto.

—¿Por qué no le cuentas? -se oyó la voz de Al desde la cocina.

—¿De qué crees que se trata?

—No sé.

—¿Qué piensas?

Mientras hablaba, Max miraba todo el tiempo al espejo.

—No lo diría.

—Ey, Al, acá el chico vivo dice que no diría lo que piensa.

—Está bien, puedo oírte -dijo Al desde la cocina, que con una botella de ketchup mantenía abierta la ventanilla por la que se pasaban los platos-. Escúchame, chico vivo -le dijo a George desde la cocina-, aléjate de la barra. Tú, Max, córrete un poquito a la izquierda -parecía un fotógrafo dando indicaciones para una toma grupal.

—Dime, chico vivo -dijo Max-. ¿Qué piensas que va a pasar?

George no respondió.

—Yo te voy a contar -siguió Max-. Vamos a matar a un sueco. ¿Conoces a un sueco grandote que se llama Ole Andreson?

—Sí.

—Viene a comer todas las noches, ¿no?

—A veces.

—A las seis en punto, ¿no?

JULIO CORTÁZAR

—Si viene.

—Ya sabemos, chico vivo -dijo Max-. Hablemos de otra cosa.
¿Vas al cine?

—De vez en cuando.

—Tendrías que ir más seguido. Para alguien tan vivo como tú, está bueno ir al cine.

—¿Por qué van a matar a Ole Andreson? ¿Qué les hizo?

—Nunca tuvo la oportunidad de hacernos algo. Jamás nos vio.

—Y nos va a ver una sola vez -dijo Al desde la cocina.

—¿Entonces por qué lo van a matar? -preguntó George.

—Lo hacemos para un amigo. Es un favor, chico vivo.

—Cállate -dijo Al desde la cocina-. Hablas demasiado.

—Bueno, tengo que divertir al chico vivo, ¿no, chico vivo?

—Hablas demasiado -dijo Al-. El negro y mi chico vivo se divierten solos. Los tengo atados como una pareja de amigas en el convento.

—¿Tengo que suponer que estuviste en un convento?

—Uno nunca sabe.

—En un convento judío. Ahí estuviste tú.

George miró el reloj.

—Si viene alguien, dile que el cocinero salió. Si después de eso se queda, le dices que cocinas tú. ¿Entiendes, chico vivo?

—Sí -dijo George-. ¿Qué nos harán después?

—Depende -respondió Max-. Esa es una de las cosas que uno nunca sabe en el momento.

George miró el reloj. Eran las seis y cuarto. La puerta de la calle se abrió y entró un conductor de tranvías.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—Hola, George -saludó-. ¿Me sirves la cena?

—Sam salió -dijo George-. Volverá en alrededor de una hora y media.

—Mejor voy a la otra cuadra -dijo el chofer. George miró el reloj. Eran las seis y veinte.

—Estuviste bien, chico vivo -le dijo Max-. Eres un verdadero caballero.

—Sabía que le volaría la cabeza -dijo Al desde la cocina.

—No -dijo Max-, no es eso. Lo que pasa es que es simpático. Me gusta el chico vivo.

A las siete menos cinco George habló:

—Ya no viene.

Otras dos personas habían entrado al restaurante. En una oportunidad George fue a la cocina y preparó un sándwich de jamón con huevos "para llevar", como había pedido el cliente. En la cocina vio a Al, con su sombrero hongo hacia atrás, sentado en un taburete junto a la portezuela con el cañón de un arma recortada apoyado en un saliente. Nick y el cocinero estaban amarrados espalda con espalda con sendas toallas en las bocas. George preparó el pedido, lo envolvió en papel manteca, lo puso en una bolsa y lo entregó. El cliente pagó y salió.

—El chico vivo puede hacer de todo -dijo Max-. Cocina y hace de todo. Harías de alguna chica una linda esposa, chico vivo.

—¿Sí? -dijo George- Su amigo, Ole Andreson, no va a venir.

—Le vamos a dar otros diez minutos -repuso Max.

Max miró el espejo y el reloj. Las agujas marcaban las siete en punto, y luego siete y cinco.

JULIO CORTÁZAR

—Vamos, Al -dijo Max-. Mejor nos vamos de acá. Ya no viene.

—Mejor esperamos otros cinco minutos -dijo Al desde la cocina.

En ese lapso entró un hombre, y George le explicó que el cocinero estaba enfermo.

—¿Por qué carajo no consigues otro cocinero? -lo increpó el hombre- ¿Acaso no es un restaurante esto? -luego se marchó.

—Vamos, Al -insistió Max.

—¿Qué hacemos con los dos chicos vivos y el negro?

—No va a haber problemas con ellos.

—¿Estás seguro?

—Sí, ya no tenemos nada que hacer acá.

—No me gusta nada -dijo Al-. Es imprudente, tú hablas demasiado.

—Uh, qué te pasa -replicó Max-. Tenemos que entretenernos de alguna manera, ¿no?

—Igual hablas demasiado -insistió Al. Éste salió de la cocina, la recortada le formaba un ligero bulto en la cintura, bajo el sobretodo demasiado ajustado que se arregló con las manos enguantadas.

—Adiós, chico vivo -le dijo a George-. La verdad es que tuviste suerte.

—Cierto -agregó Max-, deberías apostar en las carreras, chico vivo.

Los dos hombres se retiraron. George, a través de la ventana, los vio pasar bajo el farol de la esquina y cruzar la calle. Con sus sobretodos ajustados y esos sombreros hongos parecían dos artistas de variedades. George volvió a la cocina y desató a Nick y al cocinero.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—No quiero que esto vuelva a pasarme -dijo Sam-. No quiero que vuelva a pasarme.

Nick se incorporó. Nunca antes había tenido una toalla en la boca.

—¿Qué carajo...? -dijo pretendiendo seguridad.

—Querían matar a Ole Andreson -les contó George-. Lo iban a matar de un tiro ni bien entrara a comer.

—¿A Ole Andreson?

—Sí, a él.

El cocinero se palpó los ángulos de la boca con los pulgares.

—¿Ya se fueron? -preguntó.

—Sí -respondió George-, ya se fueron.

—No me gusta -dijo el cocinero-. No me gusta para nada.

—Escucha -George se dirigió a Nick-. Tendrías que ir a ver a Ole Andreson.

—Está bien.

—Mejor que no tengas nada que ver con esto -le sugirió Sam, el cocinero-. No te conviene meterte.

—Si no quieres no vayas -dijo George.

—No vas a ganar nada involucrándote en esto -siguió el cocinero-. Mantente al margen.

—Voy a ir a verlo -dijo Nick-. ¿Dónde vive?

El cocinero se alejó.

—Los jóvenes siempre saben qué es lo que quieren hacer -dijo.

—Vive en la pensión Hirsch -George le informó a Nick.

—Voy para allá.

JULIO CORTÁZAR

Afuera, las luces de la calle brillaban por entre las ramas de un árbol desnudo de follaje. Nick caminó por el costado de la calzada y a la altura del siguiente poste de luz tomó por una calle lateral. La pensión Hirsch se hallaba a tres casas. Nick subió los escalones y tocó el timbre. Una mujer apareció en la entrada.

—¿Está Ole Andreson?

—¿Quieres verlo?

—Sí, si está.

Nick siguió a la mujer hasta un descanso de la escalera y luego al final de un pasillo. Ella llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Alguien que viene a verlo, señor Andreson -respondió la mujer.

—Soy Nick Adams.

—Pasa.

Nick abrió la puerta e ingresó al cuarto. Ole Andreson yacía en la cama con la ropa puesta. Había sido boxeador peso pesado y la cama le quedaba chica. Estaba acostado con la cabeza sobre dos almohadas. No miró a Nick.

—¿Qué pasa? -preguntó.

—Estaba en el negocio de Henry -comenzó Nick-, cuando dos tipos entraron y nos ataron a mí y al cocinero, y dijeron que iban a matarlo.

Sonó tonto decirlo. Ole Andreson no dijo nada.

—Nos metieron en la cocina -continuó Nick-. Iban a dispararle apenas entrara a cenar.

Ole Andreson miró a la pared y siguió sin decir palabra.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—George creyó que lo mejor era que yo viniera y le contase.

—No hay nada que yo pueda hacer -Ole Andreson dijo finalmente.

—Le voy a decir cómo eran.

—No quiero saber cómo eran -dijo Ole Andreson. Volvió a mirar hacia la pared: -Gracias por venir a avisarme.

—No es nada.

Nick miró al grandote que yacía en la cama.

—¿No quiere que vaya a la policía?

—No -dijo Ole Andreson-. No sería buena idea.

—¿No hay nada que yo pueda hacer?

—No. No hay nada que hacer.

—Tal vez no lo dijeron en serio.

—No. Lo decían en serio.

Ole Andreson volteó hacia la pared.

—Lo que pasa -dijo hablándole a la pared- es que no me decido a salir. Me quedé todo el día acá.

—¿No podría escapar de la ciudad?

—No -dijo Ole Andreson-. Estoy harto de escapar.

Seguía mirando a la pared.

—Ya no hay nada que hacer.

—¿No tiene ninguna manera de solucionarlo?

—No. Me equivoqué -seguía hablando monótonamente-. No hay nada que hacer. Dentro de un rato me voy a decidir a salir.

—Mejor vuelvo adonde George -dijo Nick.

—Chau -dijo Ole Andreson sin mirar hacia Nick-. Gracias por venir.

JULIO CORTÁZAR

Nick se retiró. Mientras cerraba la puerta vio a Ole Andreson totalmente vestido, tirado en la cama y mirando a la pared.

—Estuvo todo el día en su cuarto -le dijo la encargada cuando él bajó las escaleras-. No debe sentirse bien. Yo le dije: "Señor Andreson, debería salir a caminar en un día otoñal tan lindo como este", pero no tenía ganas.

—No quiere salir.

—Qué pena que se sienta mal -dijo la mujer-. Es un hombre buenísimo. Fue boxeador, ¿sabías?

—Sí, ya sabía.

—Uno no se daría cuenta salvo por su cara -dijo la mujer. Estaban junto a la puerta principal-. Es tan amable.

—Bueno, buenas noches, señora Hirsch -saludó Nick.

—Yo no soy la señora Hirsch -dijo la mujer-. Ella es la dueña. Yo me encargo del lugar. Yo soy la señora Bell.

—Bueno, buenas noches, señora Bell -dijo Nick.

—Buenas noches -dijo la mujer.

Nick caminó por la vereda a oscuras hasta la luz de la esquina, y luego por la calle hasta el restaurante. George estaba adentro, detrás del mostrador.

—¿Viste a Ole?

—Sí -respondió Nick-. Está en su cuarto y no va a salir.

El cocinero, al oír la voz de Nick, abrió la puerta desde la cocina.

—No pienso escuchar nada -dijo y volvió a cerrar la puerta de la cocina.

—¿Le contaste lo que pasó? -preguntó George.

—Sí. Le conté pero él ya sabe de qué se trata.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

—¿Qué va a hacer?

—Nada.

—Lo van a matar.

—Supongo que sí.

—Debe haberse metido en algún lío en Chicago.

—Supongo -dijo Nick.

—Es terrible.

—Horrible -dijo Nick.

Se quedaron callados. George se agachó a buscar un repasador y limpió el mostrador.

—Me pregunto qué habrá hecho -dijo Nick.

—Habrá traicionado a alguien. Por eso los matan.

—Me voy a ir de este pueblo -dijo Nick.

—Sí -dijo George-. Es lo mejor que puedes hacer.

—No soporto pensar que él espera en su cuarto y sabe lo que le pasará. Es realmente horrible.

—Bueno -dijo George-. Mejor deja de pensar en eso.

Tlön, Uqbar, Orbis Tertius

Jorge Luis Borges

I

Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar. El espejo inquietaba el fondo de un corredor en una quinta de la calle Gaona, en Ramos Mejía; la enciclopedia falazmente se llama *The Anglo-American Cyclopaedia* (New York, 1917) y es una reimpresión literal, pero también morosa, de la *Encyclopaedia Britannica* de 1902. El hecho se produjo hará unos cinco años. Bioy Casares había cenado conmigo esa noche y nos demoró una vasta polémica sobre la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores -a muy pocos lectores- la adivinación de una realidad atroz o banal. Desde el fondo remoto del corredor, el espejo nos acechaba. Descubrimos (en la alta noche ese descubrimiento es inevitable) que los espejos tienen algo monstruoso.

Entonces Bioy Casares recordó que uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres. Le pregunté el origen de esa memorable sentencia y me contestó que *The Anglo-American Cyclopaedia* la registraba, en su artículo sobre Uqbar. La quinta (que habíamos alquilado amueblada) poseía un ejemplar de esa obra. En las últimas páginas del volumen XLVI dimos con un artículo sobre Upsala; en las primeras del XLVII, con uno sobre *Ural-Altai Languages*, pero ni una palabra sobre Uqbar. Bioy, un poco azorado, interrogó los tomos del índice. Agotó en vano todas las lecciones imaginables: Ukbar, Uqbar, Ookbar, Oukbahr... Antes de irse, me dijo que era una región del Irak o del Asia Menor. Confieso que asentí con alguna incomodidad. Conjeturé que ese país indocumentado y ese heresiarca anónimo eran una ficción improvisada por la modestia de Bioy para justificar una frase. El examen estéril de uno de los atlas de Justus Perthes fortaleció mi duda.

Al día siguiente, Bioy me llamó desde Buenos Aires. Me dijo que tenía a la vista el artículo sobre Uqbar, en el volumen XXVI de la Enciclopedia. No constaba el nombre del heresiarca, pero sí la noticia de su doctrina, formulada en palabras casi idénticas a las repetidas por él, aunque -tal vez- literariamente inferiores. Él había recordado: *Copulation and mirrors are abominable*. El texto de la Enciclopedia decía: *Para uno de esos gnósticos, el visible universo era una ilusión o (más precisamente) un sofisma. Los espejos y la paternidad son abominables (mirrors and fatherhood are hateful) porque lo multiplican y lo divulgan*. Le dije, sin faltar a la verdad, que me gustaría ver ese artículo. A los pocos días lo trajo. Lo cual me sorprendió, porque los escrupulosas índices cartográficos de la *Erdkunde* de Ritter ignoraban con plenitud el nombre de Uqbar.

El volumen que trajo Bioy era efectivamente el XXVI de la *Anglo-American Cyclopaedia*. En la falsa carátula y en el lomo, la indicación alfabética (Tor-Ups) era la de nuestro ejemplar, pero en vez de 917 páginas constaba de 921. Esas cuatro páginas adicionales comprendían al artículo sobre Uqbar; no previsto (como habrá advertido el lector) por la indicación alfabética. Comprobamos después que no hay otra diferencia entre los volúmenes. Los dos (según creo haber indicado) son reimpresiones de la décima *Encyclopaedia Britannica*. Bioy había adquirido su ejemplar en uno de tantos remates.

Leímos con algún cuidado el artículo. El pasaje recordado por Bioy era tal vez el único sorprendente. El resto parecía muy verosímil, muy ajustado al tono general de la obra y (como es natural) un poco aburrido. Releyéndolo, descubrimos bajo su rigurosa escritura una fundamental vaguedad. De los catorce nombres que figuraban en la parte geográfica, sólo reconocimos tres -Jorasán, Armenia, Erzerum-, interpolados en el texto de un modo ambiguo. De los nombres históricos, uno solo: el impostor Esmerdis el mago, invocado más bien como una metáfora. La nota parecía precisar las fronteras de Uqbar, pero sus nebulosos puntos de referencias eran ríos y cráteres y cadenas de esa misma región. Leímos, verbigracia, que las tierras bajas de Tsai Jaldún y el delta del Axa definen la frontera del sur y que en las islas de ese delta procrean los caballos salvajes. Eso, al principio de la página 918. En la sección histórica (página 920) supimos que a raíz de las persecuciones religiosas del siglo trece, los ortodoxos buscaron amparo en las islas, donde perduran todavía sus obeliscos y donde no es raro exhumar sus espejos de piedra. La sección *idioma y literatura* era breve. Un solo rasgo memorable: anotaba que la literatura de Uqbar era de carácter fantástico y que sus epopeyas y sus leyendas no se re-

ferían jamás a la realidad, sino a las dos regiones imaginarias de Mleinas y de Tlön... La bibliografía enumeraba cuatro volúmenes que no hemos encontrado hasta ahora, aunque el tercero -Silas Haslam: *History of the Land Called Uqbar*, 1874-figura en los catálogos de librería de Bernard Quaritch.⁽¹⁾ El primero, *Lesbare und lesenswerthe Bemerkungen über das Land Ukebar in Klein-Asien*, data de 1641 y es obra de Johannes Valentinus Andreaë. El hecho es significativo; un par de años después, di con ese nombre en las inesperadas páginas de De Quincey (*Writings*, decimotercero volumen) y supe que era el de un teólogo alemán que a principios del siglo XVII describió la imaginaria comunidad de la Rosa-Cruz -que otros luego fundaron, a imitación de lo prefigurado por él.

Esa noche visitamos la Biblioteca Nacional. En vano fatigamos atlas, catálogos, anuarios de sociedades geográficas, memorias de viajeros e historiadores: nadie había estado nunca en Uqbar. El índice general de la enciclopedia de Bioy tampoco registraba ese nombre. Al día siguiente, Carlos Mastronardi (a quien yo había referido el asunto) advirtió en una librería de Corrientes y Talcahuano los negros y dorados lomos de la *Anglo-American Cyclopaedia*... Entró e interrogó el volumen XXVI. Naturalmente, no dio con el menor indicio de Uqbar.

II

Algún recuerdo limitado y menguante de Herbert Ashe, ingeniero de los ferrocarriles del Sur, persiste en el hotel de Adrogué, entre las efusivas madre selvas y en el fondo ilusorio de los espejos. En vida pa-

JULIO CORTÁZAR

deció de irrealidad, como tantos ingleses; muerto, no es siquiera el fantasma que ya era entonces. Era alto y desganado y su cansada barba rectangular había sido roja. Entiendo que era viudo, sin hijos. Cada tantos años iba a Inglaterra: a visitar (juzgo por unas fotografías que nos mostró) un reloj de sol y unos robles. Mi padre había estrechado con él (el verbo es excesivo) una de esas amistades inglesas que empiezan por excluir la confianza y que muy pronto omiten el diálogo. Solían ejercer un intercambio de libros y de periódicos; solían batirse al ajedrez, taciturnamente... Lo recuerdo en el corredor del hotel, con un libro de matemáticas en la mano, mirando a veces los colores irre recuperables del cielo. Una tarde, hablamos del sistema duodecimal de numeración (en el que doce se escribe 10). Ashe dijo que precisamente estaba trasladando no sé qué tablas duodecimales a sexagesimales (en las que sesenta se escribe 10). Agregó que ese trabajo le había sido encargado por un noruego: en Rio Grande do Sul. Ocho años que lo conocíamos y no había mencionado nunca su estadía en esa región... Hablamos de vida pastoril, de *capangas*, de la etimología brasilera de la palabra *gaucho* (que algunos viejos orientales todavía pronuncian *gaúcho*) y nada más se dijo -Dios me perdone- de funciones duodecimales. En setiembre de 1937 (no estábamos nosotros en el hotel) Herbert Ashe murió de la rotura de un aneurisma. Días antes, había recibido del Brasil un paquete sellado y certificado. Era un libro en octavo mayor. Ashe lo dejó en el bar, donde -meses después- lo encontré. Me puse a hojearlo y sentí un vértigo asombrado y ligero que no describiré, porque ésta no es la historia de mis emociones sino de Uqbar y Tlön y Orbis Tertius. En una noche del Islam que se llama la Noche de las Noches se abren de par en par las secretas puertas del cielo y es más dulce el agua en los cántaros; si esas puertas se abrieran, no

sentiría lo que en esa tarde sentí. El libro estaba redactado en inglés y lo integraban 1001 páginas. En el amarillo lomo de cuero leí estas curiosas palabras que la falsa carátula repetía: *A First Encyclopaedia of Tlön. vol. XI. Hlaer to Jangr.* No había indicación de fecha ni de lugar. En la primera página y en una hoja de papel de seda que cubría una de las láminas en colores había estampado un óvalo azul con esta inscripción: *Orbis Tertius.* Hacía dos años que yo había descubierto en un tomo de cierta enciclopedia práctica una somera descripción de un falso país; ahora me deparaba el azar algo más precioso y más arduo. Ahora tenía en las manos un vasto fragmento metódico de la historia total de un planeta desconocido, con sus arquitecturas y sus barajas, con el pavor de sus mitologías y el rumor de sus lenguas, con sus emperadores y sus mares, con sus minerales y sus pájaros y sus peces, con su álgebra y su fuego, con su controversia teológica y metafísica. Todo ello articulado, coherente, sin visible propósito doctrinal o tono paródico.

En el "onceno tomo" de que hablo hay alusiones a tomos ulteriores y precedentes. Néstor Ibarra, en un artículo ya clásico de la N. R. F., ha negado que existen esos aláteres; Ezequiel Martínez Estrada y Drieu La Rochelle han refutado, quizá victoriosamente, esa duda. El hecho es que hasta ahora las pesquisas más diligentes han sido estériles. En vano hemos desordenado las bibliotecas de las dos Américas y de Europa. Alfonso Reyes, harto de esas fatigas subalternas de índole policial, propone que entre todos acometamos la obra de reconstruir los muchos y macizos tomos que faltan: *ex ungue leonem.* Calcula, entre veras y burlas, que una generación de *tlönistas* puede bastar. Ese arriesgado cómputo nos retrae al problema fundamental: ¿Quiénes inventaron a Tlön? El plural es inevitable, porque la hipótesis de un solo inventor -de un infinito Leibniz obrando en la tiniebla y en

la modestia- ha sido descartada unánimemente. Se conjetura que este *brave new world* es obra de una sociedad secreta de astrónomos, de biólogos, de ingenieros, de metafísicos, de poetas, de químicos, de algebristas, de moralistas, de pintores, de geómetras... dirigidos por un oscuro hombre de genio. Abundan individuos que dominan esas disciplinas diversas, pero no los capaces de invención y menos los capaces de subordinar la invención a un riguroso plan sistemático. Ese plan es tan vasto que la contribución de cada escritor es infinitesimal. Al principio se creyó que Tlön era un mero caos, una irresponsable licencia de la imaginación; ahora se sabe que es un cosmos y las íntimas leyes que lo rigen han sido formuladas, siquiera en modo provisional. Básteme recordar que las contradicciones aparentes del Onceno Tomo son la piedra fundamental de la prueba de que existen los otros: tan lúcido y tan justo es el orden que se ha observado en él. Las revistas populares han divulgado, con perdonable exceso, la zoología y la topografía de Tlön; yo pienso que sus tigres transparentes y sus torres de sangre no merecen, tal vez, la continua atención de todos los hombres. Yo me atrevo a pedir unos minutos para su concepto del universo.

Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admiten la menor réplica y no causan la menor convicción. Ese dictamen es del todo verídico en su aplicación a la tierra; del todo falso en Tlön. Las naciones de ese planeta son -congénitamente- idealistas. Su lenguaje y las derivaciones de su lenguaje -la religión, las letras, la metafísica- presuponen el idealismo. El mundo para ellos no es un concurso de objetos en el espacio; es una serie heterogénea de actos independientes. Es sucesivo, temporal, no espacial. No hay sustantivos en la conjetural *Ursprache* de Tlön, de la que proceden los idiomas "actuales" y los dialectos: hay verbos impersonales, calificados por sufijos (o pre-

fijos) monosilábicos de valor adverbial. Por ejemplo: no hay palabra que corresponda a la palabra *luna*, pero hay un verbo que sería en español *lunecer* o *lunar*. *Surgió la luna sobre el río* se dice *hlör u fang axaxaxas mlö* o sea en su orden: hacia arriba (*upward*) detrás duradero-fluir luneció. (Xul Solar traduce con brevedad: upa tras perfluyue lunó. *Upward, behind the onstreaming it mooned.*

Lo anterior se refiere a los idiomas del hemisferio austral. En los del hemisferio boreal (de cuya *Ursprache* hay muy pocos datos en el On-ceno Tomo) la célula primordial no es el verbo, sino el adjetivo monosilábico. El sustantivo se forma por acumulación de adjetivos. No se dice *luna*: se dice *aéreo-claro sobre oscuro-redondo* o *anaranjado-tenue-de1 cielo* o cualquier otra agregación. En el caso elegido la masa de adjetivos corresponde a un objeto real; el hecho es puramente fortuito. En la literatura de este hemisferio (como en el mundo subsistente de Meinong) abundan los objetos ideales, convocados y disueltos en un momento, según las necesidades poéticas. Los determina, a veces, la mera simultaneidad. Hay objetos compuestos de dos términos, uno de carácter visual y otro auditivo: el color del naciente y el remoto grito de un pájaro. Los hay de muchos: el sol y el agua contra el pecho del nadador, el vago rosa trémulo que se ve con los ojos cerrados, la sensación de quien se deja llevar por un río y también por el sueño. Esos objetos de segundo grado pueden combinarse con otros; el proceso, mediante ciertas abreviaturas, es prácticamente infinito. Hay poemas famosos compuestos de una sola enorme palabra. Esta palabra integra un *objeto poético* creado por el autor. El hecho de que nadie crea en la realidad de los sustantivos hace, paradójicamente, que sea interminable su número. Los idiomas del hemisferio boreal de Tlön poseen todos los nombres de las lenguas indoeuropeas y otros muchos más.

JULIO CORTÁZAR

No es exagerado afirmar que la cultura clásica de Tlön comprende una sola disciplina: la psicología. Las otras están subordinadas a ella. He dicho que los hombres de ese planeta conciben el universo como una serie de procesos mentales, que no se desenvuelven en el espacio sino de modo sucesivo en el tiempo. Spinoza atribuye a su inagotable divinidad los atributos de la extensión y del pensamiento; nadie comprendería en Tlön la yuxtaposición del primero (que sólo es típico de ciertos estados) y del segundo -que es un sinónimo perfecto del cosmos-. Dicho sea con otras palabras: no conciben que lo espacial perdure en el tiempo. La percepción de una humareda en el horizonte y después del campo incendiado y después del cigarro a medio apagar que produjo la quemazón es considerada un ejemplo de asociación de ideas.

Este monismo o idealismo total invalida la ciencia. Explicar (o juzgar) un hecho es unirlo a otro; esa vinculación, en Tlön, es un estado posterior del sujeto, que no puede afectar o iluminar el estado anterior. Todo estado mental es irreductible: el mero hecho de nombrarlo -*id est*, de clasificarlo- importa un falseo. De ello cabría deducir que no hay ciencias en Tlön -ni siquiera razonamientos. La paradójica verdad es que existen, en casi innumerable número. Con las filosofías acontece lo que acontece con los sustantivos en el hemisferio boreal. El hecho de que toda filosofía sea de antemano un juego dialéctico, una *Philosophie des Als Ob*, ha contribuido a multiplicarlas. Abundan los sistemas increíbles, pero de arquitectura agradable o de tipo sensorial. Los metafísicos de Tlön no buscan la verdad ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica. Saben que un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de

ellos. Hasta la frase "todos los aspectos" es rechazable, porque supone la imposible adición del instante presente y de los pretéritos. Tampoco es lícito el plural "los pretéritos", porque supone otra operación imposible... Una de las escuelas de Tlön llega a negar el tiempo: razona que el presente es indefinido, que el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, que el pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente.⁽²⁾ Otra escuela declara que ha transcurrido *ya todo el tiempo* y que nuestra vida es apenas el recuerdo o reflejo crepuscular, y sin duda falseado y mutilado, de un proceso irrecuperable. Otra, que la historia del universo -y en ellas nuestras vidas y el más tenue detalle de nuestras vidas- es la escritura que produce un dios subalterno para entenderse con un demonio. Otra, que el universo es comparable a esas criptografías en las que no valen todos los símbolos y que sólo es verdad lo que sucede cada trescientas noches. Otra, que mientras dormimos aquí, estamos despiertos en otro lado y que así cada hombre es dos hombres.

Entre las doctrinas de Tlön, ninguna ha merecido tanto escándalo como el materialismo. Algunos pensadores lo han formulado, con menos claridad que fervor, como quien adelanta una paradoja. Para facilitar el entendimiento de esa tesis inconcebible, un heresiarca del undécimo siglo⁽³⁾ ideó el sofisma de las nueve monedas de cobre, cuyo renombre escandaloso equivale en Tlön al de las aporías eleáticas. De ese "razonamiento especioso" hay muchas versiones, que varían el número de monedas y el número de hallazgos; he aquí la más común:

El martes, X atraviesa un camino desierto y pierde nueve monedas de cobre. El jueves, Y encuentra en el camino cuatro monedas, algo berrumbradas por la lluvia del miércoles. El viernes, Z descubre tres monedas en el camino. El viernes

de mañana, X encuentra dos monedas en el corredor de su casa. El heresiarca quería deducir de esa historia la realidad -id est la continuidad- de las nueve monedas recuperadas. Es absurdo (afirmaba) imaginar que cuatro de las monedas no han existido entre el martes y el jueves, tres entre el martes y la tarde del viernes, dos entre el martes y la madrugada del viernes. Es lógico pensar que han existido -siquiera de algún modo secreto, de comprensión vedada a los hombres- en todos los momentos de esos tres plazos.

El lenguaje de Tlön se resistía a formular esa paradoja; los más no la entendieron. Los defensores del sentido común se limitaron, al principio, a negar la veracidad de la anécdota. Repitieron que era una falacia verbal, basada en el empleo temerario de dos voces neológicas, no autorizadas por el uso y ajenas a todo pensamiento severo: los verbos *encontrar* y *perder*, que comportan una petición de principio, porque presuponen la identidad de las nueve primeras monedas y de las últimas. Recordaron que todo sustantivo (hombre, moneda, jueves, miércoles, lluvia) sólo tiene un valor metafórico. Denunciaron la pérvida circunstancia *algo herrumbradas por la lluvia del miércoles*, que presupone lo que se trata de demostrar: la persistencia de las cuatro monedas, entre el jueves y el martes. Explicaron que una cosa es *igualdad* y otra *identidad* y formularon una especie de *reductio ad absurdum*, o sea el caso hipotético de nueve hombres que en nueve sucesivas noches padecen un vivo dolor. ¿No sería ridículo -interrogaron- pretender que ese dolor es el mismo?⁽⁴⁾ Dijeron que al heresiarca no lo movía sino el blasfematorio propósito de atribuir la divina categoría de *ser* a unas simples monedas y que a veces negaba la pluralidad y otras no. Argumentaron: si la igualdad comporta la identidad, habría que admitir asimismo que las nueve monedas son una sola.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Increíblemente, esas refutaciones no resultaron definitivas. A los cien años de enunciado el problema, un pensador no menos brillante que el heresiarca pero de tradición ortodoxa, formuló una hipótesis muy audaz. Esa conjetura feliz afirma que hay un solo sujeto, que ese sujeto indivisible es cada uno de los seres del universo y que éstos son los órganos y máscaras de la divinidad. X es Y y es Z. Z descubre tres monedas porque recuerda que se le perdieron a X; X encuentra dos en el corredor porque recuerda que han sido recuperadas las otras... El Onceno Tomo deja entender que tres razones capitales determinaron la victoria total de ese panteísmo idealista. La primera, el repudio del solipsismo; la segunda, la posibilidad de conservar la base psicológica de las ciencias; la tercera, la posibilidad de conservar el culto de los dioses. Schopenhauer (el apasionado y lúcido Schopenhauer) formula una doctrina muy parecida en el primer volumen de *Parerga und Paralipomena*.

La geometría de Tlön comprende dos disciplinas algo distintas: la visual y la táctil. La última corresponde a la nuestra y la subordinan a la primera. La base de la geometría visual es la superficie, no el punto. Esta geometría desconoce las paralelas y declara que el hombre que se desplaza modifica las formas que lo circundan. La base de su aritmética es la noción de números indefinidos. Acentúan la importancia de los conceptos de mayor y menor, que nuestros matemáticos simbolizan por $>$ y por $<$, Afirman que la operación de contar modifica las cantidades y las convierte de indefinidas en definidas. El hecho de que varios individuos que cuentan una misma cantidad logran un resultado igual, es para los psicólogos un ejemplo de asociación de ideas o de buen ejercicio de la memoria. Ya sabemos que en Tlön el sujeto del conocimiento es uno y eterno.

JULIO CORTÁZAR

En los hábitos literarios también es todopoderosa la idea de un sujeto único. Es raro que los libros estén firmados. No existe el concepto del plagio: se ha establecido que todas las obras son obra de un solo autor, que es intemporal y es anónimo. La crítica suele inventar autores: elige dos obras disímiles -el Tao Te King y las 1001 Noches, digamos-, las atribuye a un mismo escritor y luego determina con probidad la psicología de ese interesante *homme de lettres*...

También son distintos los libros. Los de ficción abarcan un solo argumento, con todas las permutaciones imaginables. Los de naturaleza filosófica invariablemente contienen la tesis y la antítesis, el riguroso pro y el contra de una doctrina. Un libro que no encierra su contralibro es considerado incompleto.

Siglos y siglos de idealismo no han dejado de influir en la realidad. No es infrecuente, en las regiones más antiguas de Tlön, la duplicación de objetos perdidos. Dos personas buscan un lápiz; la primera lo encuentra y no dice nada; la segunda encuentra un segundo lápiz no menos real, pero más ajustado a su expectativa. Esos objetos secundarios se llaman *brönir* y son, aunque de forma desairada, un poco más largos. Hasta hace poco los *brönir* fueron hijos casuales de la distracción y el olvido. Parece mentira que su metódica producción cuente apenas cien años, pero así lo declara el Onceno Tomo. Los primeros intentos fueron estériles. El *modus operandi*, sin embargo, merece recordación. El director de una de las cárceles del estado comunicó a los presos que en el antiguo lecho de un río había ciertos sepulcros y prometió la libertad a quienes trajeran un hallazgo importante. Durante los meses que precedieron a la excavación les mostraron láminas fotográficas de lo que iban a hallar. Ese primer intento probó que la esperanza y la avidez pueden inhibir; una semana de trabajo con la pa-

la y el pico no logró exhumar otro *brön* que una rueda herrumbrada, de fecha posterior al experimento. Éste se mantuvo secreto y se repitió después en cuatro colegios. En tres fue casi total el fracaso; en el cuarto (cuyo director murió casualmente durante las primeras excavaciones) los discípulos exhumaron -o produjeron- una máscara de oro, una espada arcaica, dos o tres ánforas de barro y el verdinoso y mutilado torso de un rey con una inscripción en el pecho que no se ha logrado aún descifrar. Así se descubrió la improcedencia de testigos que conocieran la naturaleza experimental de la busca... Las investigaciones en masa producen objetos contradictorios; ahora se prefieren los trabajos individuales y casi improvisados. La metódica elaboración de *brönir* (dice el Onceno Tomo) ha prestado servicios prodigiosos a los arqueólogos. Ha permitido interrogar y hasta modificar el pasado, que ahora no es menos plástico y menos dócil que el porvenir. Hecho curioso: los *brönir* de segundo y de tercer grado -los *brönir* derivados de otro *brön*, los *brönir* derivados del *brönde* un *brön*- exageran las aberraciones del inicial; los de quinto son casi uniformes; los de noveno se confunden con los de segundo; en los de undécimo hay una pureza de líneas que los originales no tienen. El proceso es periódico: el *brön* de duodécimo grado ya empieza a decaer. Más extraño y más puro que todo *hrön* es a veces el *ur*: la cosa producida por sugestión, el objeto educido por la esperanza. La gran máscara de oro que he mencionado es un ilustre ejemplo.

Las cosas se duplican en Tlön; propenden asimismo a borrarse y a perder los detalles cuando los olvida la gente. Es clásico el ejemplo de un umbral que perduró mientras lo visitaba un mendigo y que se perdió de vista a su muerte. A veces unos pájaros, un caballo, han salvado las ruinas de un anfiteatro.

Salto Oriental, 1940.

Posdata de 1947. Reproduzco el artículo anterior tal como apareció en la *Antología de la literatura fantástica*, 1940, sin otra escisión que algunas metáforas y que una especie de resumen burlón que ahora resulta frívolo. Han ocurrido tantas cosas desde esa fecha... Me limitaré a recordarlas.

En marzo de 1941 se descubrió una carta manuscrita de Gunnar Erfjord en un libro de Hinton que había sido de Herbert Ashe. El sobre tenía el sello postal de Ouro Preto, la carta elucidaba enteramente el misterio de Tlön. Su texto corrobora las hipótesis de Martínez Estrada. A principios del siglo XVII, en una noche de Lucerna o de Londres, empezó la espléndida historia. Una sociedad secreta y benévola (que entre sus afilados tuvo a Dalgarno y después a George Berkeley) surgió para inventar un país. En el vago programa inicial figuraban los "estudios herméticos", la filantropía y la cábala. De esa primera época data el curioso libro de Andreä. Al cabo de unos años de conciliábulos y de síntesis prematuras comprendieron que una generación no bastaba para articular un país. Resolvieron que cada uno de los maestros que la integraban eligiera un discípulo para la continuación de la obra. Esa disposición hereditaria prevaleció; después de un hiato de dos siglos la perseguida fraternidad resurge en América. Hacia 1824, en Memphis (Tennessee) uno de los afiliados conversa con el ascético millonario Ezra Buckley. Éste lo deja hablar con algún desdén -y se ríe de la modestia del proyecto. Le dice que en América es absurdo inventar un país y le propone la invención de un planeta. A esa gigantesca idea añade otra, hija de su nihilismo:⁽⁵⁾ la de guardar en el silencio la empresa enorme. Circulaban entonces los veinte tomos de la *Encyclopaedia Britannica*; Buckley sugiere una enciclopedia metódica

del planeta ilusorio. Les dejará sus cordilleras auríferas, sus ríos navegables, sus praderas holladas por el toro y por el bisonte, sus negros, sus prostíbulos y sus dólares, bajo una condición: "La obra no pactará con el impostor Jesucristo." Buckley descrea de Dios, pero quiere demostrar al Dios no existente que los hombres mortales son capaces de concebir un mundo. Buckley es envenenado en Baton Rouge en 1828; en 1914 la sociedad remite a sus colaboradores, que son trescientos, el volumen final de la Primera Enciclopedia de Tlön. La edición es secreta: los cuarenta volúmenes que comprende (la obra más vasta que han acometido los hombres) serían la base de otra más minuciosa, redactada no ya en inglés, sino en alguna de las lenguas de Tlön. Esa revisión de un mundo ilusorio se llama provisoriamente *Orbis Tertius* y uno de sus modestos demiurgos fue Herbert Ashe, no sé si como agente de Gunnar Erfjord o como afiliado. Su recepción de un ejemplar del Onceno Tomo parece favorecer lo segundo. Pero ¿y los otros? Hacia 1942 arreciaron los hechos. Recuerdo con singular nitidez uno de los primeros y me parece que algo sentí de su carácter premonitorio. Ocurrió en un departamento de la calle Laprida, frente a un claro y alto balcón que miraba el ocaso. La princesa de Faucigny Lucinge había recibido de Poitiers su vajilla de plata. Del vasto fondo de un cajón rubricado de sellos internacionales iban saliendo finas cosas inmóviles: platería de Utrecht y de París con dura fauna heráldica, un samovar. Entre ellas -con un perceptible y tenue temblor de pájaro dormido- latía misteriosamente una brújula. La princesa no la reconoció. La aguja azul anhelaba el norte magnético; la caja de metal era cóncava; las letras de la esfera correspondían a uno de los alfabetos de Tlön. Tal fue la primera intrusión del mundo fantástico en el mundo real. Un azar que me inquieta hizo que yo también fuera testigo de

JULIO CORTÁZAR

la segunda. Ocurrió unos meses después, en la pulpería de un brasiler, en la Cuchilla Negra. Amorim y yo regresábamos de Sant'Anna. Una creciente del río Tacuarembó nos obligó a probar (y a sobrellevar) esa rudimentaria hospitalidad. El pulpero nos acomodó unos cates crujientes en una pieza grande, entorpecida de barriles y cueros. Nos acostamos, pero no nos dejó dormir hasta el alba la borrachera de un vecino invisible, que alternaba denuestos inextricables con rachas de milongas -más bien con rachas de una sola milonga. Como es de suponer, atribuimos a la fogosa caña del patrón ese griterío insistente... A la madrugada, el hombre estaba muerto en el corredor. La aspereza de la voz nos había engañado: era un muchacho joven. En el delirio se le habían caído del tirador unas cuantas monedas y un cono de metal reluciente, del diámetro de un dado. En vano un chico trató de recoger ese cono. Un hombre apenas acertó a levantarlo. Yo lo tuve en la palma de la mano algunos minutos: recuerdo que su peso era intolerable y que después de retirado el cono, la opresión perduró. También recuerdo el círculo preciso que me grabó en la carne. Esa evidencia de un objeto muy chico y a la vez pesadísimo dejaba una impresión desagradable de asco y de miedo. Un paisano propuso que lo tiraran al río correntoso. Amorim lo adquirió mediante unos pesos. Nadie sabía nada del muerto, salvo "que venía de la frontera". Esos conos pequeños y muy pesados (hechos de un metal que no es de este mundo) son imagen de la divinidad, en ciertas religiones de Tlön.

Aquí doy término a la parte personal de mi narración. Lo demás está en la memoria (cuando no en la esperanza o en el temor) de todos mis lectores. Básteme recordar o mencionar los hechos subsiguientes, con una mera brevedad de palabras que el cóncavo recuerdo general enriquecerá o ampliará. Hacia 1944 un investigador del dia-

rio *The American* (de Nashville, Tennessee) exhumó en una biblioteca de Memphis los cuarenta volúmenes de la Primera Enciclopedia de Tlön. Hasta el día de hoy se discute si ese descubrimiento fue casual o si lo consintieron los directores del todavía nebuloso *Orbis Tertius*. Es verosímil lo segundo. Algunos rasgos increíbles del Onceno Tomo (verbigracia, la multiplicación de los *brönir*) han sido eliminados o atenuados en el ejemplar de Memphis; es razonable imaginar que esas tachaduras obedecen al plan de exhibir un mundo que no sea demasiado incompatible con el mundo real. La diseminación de objetos de Tlön en diversos países complementaría ese plan...⁽⁶⁾ El hecho es que la prensa internacional voceó infinitamente el "hallazgo". Manuales, antologías, resúmenes, versiones literales, reimpresiones autorizadas y reimpresiones piráticas de la Obra Mayor de los Hombres abarrotaron y siguen abarrotando la tierra. Casi inmediatamente, la realidad cedió en más de un punto. Lo cierto es que anhelaba ceder. Hace diez años bastaba cualquier simetría con apariencia de orden -el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo- para embelesar a los hombres. ¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta evidencia de un planeta ordenado? Inútil responder que la realidad también está ordenada. Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas -traduzco: a leyes inhumanas- que no acabamos nunca de percibir. Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres.

El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo. Encantada por su rigor, la humanidad olvida y torna a olvidar que es un rigor de ajedrecistas, no de ángeles. Ya ha penetrado en las escuelas el (conjetural), "idioma primitivo" de Tlön; ya la enseñanza de su historia armoniosa (y llena de episodios conmovedores) ha obliterado

JULIO CORTÁZAR

a la que presidió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre -ni siquiera que es falso. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar... Una dispersa dinastía de solitarios ha cambiado la faz del mundo. Su tarea prosigue. Si nuestras previsiones no erran, de aquí a cien años alguien descubrirá los cien tomos de la Segunda Enciclopedia de Tlön.

Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español. El mundo será Tlön. Yo no hago caso, yo sigo revisando en los quietos días del hotel de Adrogué una indecisa traducción quevediana (que no pienso dar a la imprenta) del *Urn Burial* de Browne.

⁽¹⁾ Haslam ha publicado también *A General History of Labyrinths*.

⁽²⁾ Russell. (*The Analysis of Mind*, 1921, página 159) supone que el planeta ha sido creado hace pocos minutos, provisto de una humanidad que "recuerda" un pasado ilusorio.

⁽³⁾ Siglo, de acuerdo con el sistema duodecimal, significa un período de ciento cuarenta y cuatro años.

⁽⁴⁾ En el día de hoy, una de las iglesias de Tlön sostiene platónicamente que tal dolor, que tal matiz verdoso del amarillo, que tal temperatura, que tal sonido, son la única realidad. Todos los hombres, en el veniginoso instante del coito, son el mismo hombre. Todos los hombres que repiten una línea de Shakespeare, son William Shakespeare.

⁽⁵⁾ Buckley era librepensador, fatalista y defensor de la esclavitud.

⁽⁶⁾ Queda, naturalmente, el problema de la matesia de algunos objetos.

La casa inundada

Felisberto Hernández

De esos días siempre recuerdo las vueltas en un bote alrededor de una pequeña isla de plantas. Cada poco tiempo las cambiaban; pero allí las plantas no se llevaban bien. Yo remaba colocado detrás del cuerpo inmenso de la señora Margarita. Si ella miraba la isla un rato largo, era posible que me dijera algo; pero no lo que me había prometido; sólo hablaba de las plantas y parecía que quisiera esconder entre ellas otros pensamientos. Yo me cansaba de tener esperanzas y levantaba los remos como si fueran manos aburridas de contar siempre las mismas gotas. Pero ya sabía que, en otras vueltas del bote, volvería a descubrir, una vez más, que ese cansancio era una pequeña mentira confundida entre un poco de felicidad. Entonces me resignaba a esperar las palabras que me vendrían de aquel mundo, casi mudo, de espaldas a mí y deslizándose con el esfuerzo de mis manos doloridas.

Una tarde, poco antes del anochecer, tuve la sospecha de que el marido de la señora Margarita estaría enterrado en la isla. Por eso ella me hacía dar vueltas por allí y me llamaba en la noche -si había lu-

na- para dar vueltas de nuevo. Sin embargo el marido no podía estar en aquella isla; Alcides, -el novio de la sobrina de la señora Margarita- me dijo que ella había perdido al marido en un precipicio de Suiza. Y también recordé lo que me contó el botero la noche que llegué a la casa inundada. Él remaba despacio mientras recorríamos "la avenida de agua", del ancho de una calle y bordeada de plátanos con borlitas. Entre otras cosas supe que él y un peón habían llenado de tierra la fuente del patio para que después fuera una isla. Además yo pensaba que los movimientos de la cabeza de la señora Margarita -en las tardes que su mirada iba del libro a la isla y de la isla al libro- no tenían relación con un muerto escondido debajo de las plantas. También es cierto que una vez que la vi de frente tuve la impresión de que los vidrios gruesos de sus lentes les enseñaban a los ojos a disimular y que la gran vidriera terminada en cúpula que cubría el patio y la pequeña isla, era como para encerrar el silencio en que se conserva a los muertos.

Después recordé que ella no había mandado hacer la vidriera. Y me gustaba saber que aquella casa, como un ser humano, había tenido que desempeñar diferentes cometidos; primero fue casa de campo; después instituto astronómico; pero como el telescopio que habían pedido a Norte América lo tiraron al fondo del mar los alemanes, decidieron hacer, en aquel patio, un invernáculo; y por último la señora Margarita la compró para inundarla.

Ahora, mientras dábamos vuelta a la isla, yo envolvía a esta señora con sospechas que nunca le quedaban bien. Pero su cuerpo inmenso, rodeado de una simplicidad desnuda, me tentaba a imaginar sobre él un pasado tenebroso. Por la noche parecía más grande, el silencio lo cubría como un elefante dormido y a veces ella hacía una carraspera rara, como un suspiro ronco.

JULIO CORTÁZAR

Yo la había empezado a querer, porque después del cambio brusco que me había hecho pasar de la miseria a esa opulencia, vivía en una tranquilidad generosa y ella se prestaba -como prestaría el lomo una elefanta blanca a un viajero- para imaginar disparates entretenidos. Además, aunque ella no me preguntaba nada sobre mi vida, en el instante de encontrarnos, levantaba las cejas como si se le fueran a volar, y sus ojos, detrás de tos vidrios, parecían decir: "¿Qué pasa, hijo mío?".

Por eso yo fui sintiendo por ella una amistad equivocada; y si ahora dejo libre mi memoria se me va con esta primera señora Margarita; porque la segunda, la verdadera, la que conocí cuando ella me contó su historia, al fin de la temporada, tuvo una manera extraña de ser inaccesible.

Pero ahora yo debo esforzarme en empezar esta historia por su verdadero principio, y no detenerme demasiado en las preferencias de los recuerdos.

Alcides me encontró en Buenos Aires en un día que yo estaba muy débil, me invitó a un casamiento y me hizo comer de todo. En el momento de la ceremonia, pensó en conseguirme un empleo, y ahogado de risa, me habló de una "atolondrada generosa" que podía ayudarme. Y al final me dijo que ella había mandado inundar una casa según el sistema de un arquitecto sevillano que también inundó otra para un árabe que quería desquitarse de la sequía del desierto. Después Alcides fue con la novia a la casa de la señora Margarita, le habló mucho de mis libros y por último le dijo que yo era un "sonámbulo de confianza". Ella decidió contribuir, enseguida, con dinero; y en el verano próximo, si yo sabía remar, me invitaría a la casa inundada. No sé por qué causa, Alcides no me llevaba nunca; y después ella se enfermó.

Ese verano fueron a la casa inundada antes que la señora Margarita se repusiera y pasaron los primeros días en seco. Pero al darle entrada al agua me mandaron llamar. Yo tomé un ferrocarril que me llevó hasta una pequeña ciudad de la provincia, y de allí a la casa fui en auto. Aquella región me pareció árida, pero al llegar la noche pensé que podía haber árboles escondidos en la oscuridad. El chofer me dejó con las valijas en un pequeño atracadero donde empezaba el canal, "la avenida de agua", y tocó la campana, colgada de un plátano; pero ya se había desprendido de la casa la luz pálida que traía el bote. Se veía una cúpula iluminada y al lado un monstruo oscuro tan alto como la cúpula. (Era el tanque del agua). Debajo de la luz venía un bote verdoso y un hombre de blanco que me empezó a hablar antes de llegar. Me conversó durante todo el trayecto (fue él quien me dijo lo de la fuente llena de tierra). De pronto vi apagarse la luz de la cúpula. En ese momento el botero me decía: "Ella no quiere que tiren papeles ni ensucien el piso de agua. Del comedor al dormitorio de la señora Margarita no hay puerta y una mañana en que se despertó temprano, vio venir nadando desde el comedor un pan que se le había caído a mi mujer. A la dueña le dio mucha rabia y le dijo que se fuera inmediatamente y que no había cosa más fea en la vida que ver nadar un pan".

El frente de la casa estaba cubierto de enredaderas. Llegamos a un zaguán ancho de luz amarillenta y desde allí se veía un poco del gran patio de agua y la isla. El agua entraba en la habitación de la izquierda por debajo de una puerta cerrada. El botero ató la sogá del bote a un gran sapo de bronce afirmado en la vereda de la derecha y por allí fuimos con las valijas hasta una escalera de cemento armado. En el primer piso había un corredor con vidrieras que se perdían entre el humo de una gran cocina, de donde salió una mujer gruesa con

JULIO CORTÁZAR

flores en el moño. Parecía española. Me dijo que la señora, su ama, me recibiría al día siguiente; pero que esa noche me hablaría por teléfono.

Los muebles de mi habitación, grandes y oscuros, parecían sentirse incómodos entre paredes blancas atacadas por la luz de una lámpara eléctrica sin esmerilar y colgada desnuda, en el centro de la habitación. La española levantó mi valija y le sorprendió el peso. Le dije que eran libros. Entonces empezó a contarme el mal que le había hecho a su ama "tanto libro" y "hasta la habían dejado sorda, y no le gustaba que le gritaran". Yo debo haber hecho algún gesto por la molestia de la luz.

—¿A usted también le incómoda la luz? Igual que a ella.

Fuí a encender un portátil; tenía pantalla verde y daría una sombra agradable. En el instante de encenderla sonó el teléfono colocado detrás del portátil, y lo atendió la española. Decía muchos "sí" y las pequeñas flores blancas acompañaban conmovidas los movimientos del moño. Después ella sujetaba las palabras que se asomaban a la boca con una sílaba o un chistido. Y cuando colgó el tubo suspiró y salió de la habitación en silencio.

Comí y bebí buen vino. La española me hablaba pero yo, preocupado de cómo me iría en aquella casa, apenas le contestaba moviendo la cabeza como un mueble en un piso flojo. En el instante de retirar el pocillo de café de entre la luz llena de humo de mi cigarrillo, me volvió a decir que la señora me llamaría por teléfono. Yo miraba el aparato esperando continuamente el timbre, pero sonó en un instante en que no lo esperaba. La señora Margarita me preguntó por mi viaje y mi cansancio con voz agradable y tenue. Yo le respondía con fuerza separando las palabras.

—Hable naturalmente -me dijo-; ya le explicaré por qué le he dicho a María (la española) que estoy sorda. Quisiera que usted estuviera tranquilo en esta casa; es mi invitado; sólo le pediré que reme en mi bote y que soporte algo que tengo que decirle. Por mi parte haré una contribución mensual a sus ahorros y trataré de serle útil. He leído sus cuentos a medida que se publicaban. No he querido hablar de ellos con Alcides por temor a disentir, soy susceptible; pero ya hablaremos...

Yo estaba absolutamente conquistado. Hasta le dije que al día siguiente me llamara a las seis. Esa primera noche, en la casa inundada, estaba intrigado con lo que la señora Margarita tendría que decirme, me vino una tensión extraña y no podía hundirme en el sueño. No sé cuándo me dormí. A las seis de la mañana, un pequeño golpe de timbre, como la picadura de un insecto, me hizo saltar en la cama. Esperé, inmóvil, que aquello se repitiera. Así fue. Levanté el tubo del teléfono.

—¿Está despierto?

—Es verdad.

Después de combinar la hora de vernos me dijo que podía bajar en pijama y que ella me esperaría al pie de la escalera. En aquel instante me sentí como el empleado al que le dieran un momento libre.

En la noche anterior, la oscuridad me había parecido casi toda hecha de árboles; y ahora, al abrir la ventana, pensé que ellos se habrían ido al amanecer. Sólo había una llanura inmensa con un aire claro; y los únicos árboles eran los plátanos del canal. Un poco de viento les hacía mover el brillo de las hojas; al mismo tiempo se asomaban a la "avenida de agua" tocándose disimuladamente las copas. Tal vez allí podría empezar a vivir de nuevo con una alegría perezosa. Cerré la

ventana con cuidado, como si guardara el paisaje nuevo para mirarlo más tarde.

Vi, al fondo del corredor, la puerta abierta de la cocina y fui a pedir agua caliente para afeitarme en el momento que María le servía café a un hombre joven que dio los "buenos días" con humildad; era el hombre del agua y hablaba de los motores. La española, con una sonrisa, me tomó de un brazo y me dijo que me llevaría todo a mi pieza. Al volver, por el corredor, vi al pie de la escalera -alta y empinada- a la señora Margarita. Era muy gruesa y su cuerpo sobresalía de un pequeño bote como un pie gordo de un zapato escotado. Tenía la cabeza baja porque leía unos papeles, y su trenza, alrededor de la cabeza, daba la idea de una corona dorada. Esto lo iba recordando después de una rápida mirada, pues temí que me descubriera observándola. Desde ese instante hasta el momento de encontrarla estuve nervioso. Apenas puse los pies en la escalera empezó a mirar sin disimulo y yo descendía con la dificultad de un líquido espeso por un embudo estrecho. Me alcanzó una mano mucho antes que yo llegara abajo. Y me dijo:

—Usted no es como yo me lo imaginaba... siempre me pasa eso... Me costará mucho acomodar sus cuentos a su cara.

Yo, sin poder sonreír, hacía movimientos afirmativos como un caballo al que le molestara el freno. Y le contesté:

—Tengo mucha curiosidad de conocerla y de saber qué pasará.

Por fin encontré su mano. Ella no me soltó hasta que pasé al asiento de los remos, de espaldas a la proa. La señora Margarita se removía con la respiración entrecortada, mientras se sentaba en el sillón que tenía el respaldo hacia mí. Me decía que estudiaba un presupuesto para un asilo de madres y no podría hablarme por un rato. Yo remaba, ella manejaba el timón, y los dos mirábamos la estela que íbamos

dejando. Por un instante tuve la idea de un gran error; yo no era bo-tero y aquel peso era monstruoso. Ella seguía pensando en el asilo de madres sin tener en cuenta el volumen de su cuerpo y la pequeñez de mis manos. En la angustia del esfuerzo me encontré con los ojos casi pegados al respaldo de su sillón; y el barniz oscuro y la esterilla llena de agujeritos, como los de un panal, me hicieron acordar de una peluquería a la que me llevaba mi abuelo cuando yo tenía seis años. Pero estos agujeros estaban llenos de bata blanca y de la gordura de la señora Margarita. Ella me dijo:

—No se apure; se va a cansar en seguida.

Yo aflojé los remos de golpe, caí como en un vacío dichoso y me sentí por primera vez deslizándome con ella en el silencio del agua. Después tuve cierta conciencia de haber empezado a remar de nuevo. Pero debe haber pasado largo tiempo. Tal vez me haya despertado el cansancio. Al rato ella me hizo señas con una mano, como cuando se dice adiós, pero era para que me detuviera en el sapo más próximo. En toda la vereda que rodeaba al lago, había esparcidos sapos de bronce para atar el bote. Con gran trabajo y palabras que no entendí, ella sacó el cuerpo del sillón y lo puso de pie en la vereda. De pronto nos quedamos inmóviles, y fue entonces cuando hizo por primera vez la carraspera rara, como si arrastrara algo, en la garganta, que no quisiera tragar y que al final era un suspiro ronco. Yo miraba el sapo al que habíamos amarrado el bote pero veía también los pies de ella, tan fijos como los otros dos sapos. Todo hacía pensar que la señora Margarita hablaría. Pero también podía ocurrir que volviera a hacer la carraspera rara. Si la hacía o empezaba a conversar yo soltaría el aire que retenía en los pulmones para no perder las primeras palabras. Después la espera se fue haciendo larga y yo dejaba escapar la respiración como si

JULIO CORTÁZAR

fuera abriendo la puerta de un cuarto donde alguien duerme. No sabía si esa espera quería decir que yo debía mirarla; pero decidí quedarme inmóvil todo el tiempo que fuera necesario. Me encontré de nuevo con el sapo y los pies, y puse mi atención en ellos sin mirar directamente. La parte aprisionada en los zapatos era pequeña; pero después se desbordaba la gran garganta blanca y la pierna rolliza y blanda con ternura de bebé que ignora sus formas; y la idea de inmensidad que había encima de aquellos pies era como el sueño fantástico de un niño. Pasé demasiado tiempo esperando la carraspera; y no sé en qué pensamientos andaría cuando oí sus primeras palabras. Entonces tuve la idea de que un inmenso jarrón se había ido llenando silenciosamente y ahora dejaba caer el agua con pequeños ruidos intermitentes.

—Yo le prometí hablar ... pero hoy no puedo... tengo un mundo de cosas en qué pensar...

Cuando dijo "mundo", yo, sin mirarla, me imaginé las curvas de su cuerpo. Ella siguió:

—Además usted no tiene culpa, pero me molesta que sea tan diferente.

Sus ojos se achicaron y en su cara se abrió una sonrisa inesperada; el labio superior se recogió hacia los lados como algunas cortinas de los teatros y se adelantaron, bien alineados, grandes dientes brillantes.

—Yo, sin embargo, me alegro que usted sea como es.

Esto lo debo haber dicho con una sonrisa provocativa, porque pensé en mí mismo como en un sinvergüenza de otra época con una pluma en el gorro. Entonces empecé a buscar sus ojos verdes detrás de los lentes. Pero en el fondo de aquellos lagos de vidrio, tan pequeños y de ondas tan fijas, los párpados se habían cerrado y abultaban

avergonzados. Los labios empezaron a cubrir los dientes de nuevo y toda la cara se fue llenando de un color rojizo que ya había visto antes en faroles chinos. Hubo un silencio como de mal entendido y uno de sus pies tropezó con un sapo al tratar de subir al bote. Yo hubiera querido volver unos instantes hacia atrás y que todo hubiera sido distinto. Las palabras que yo había dicho mostraban un fondo de insinuación grosera que me llenaba de amargura. La distancia que había de la isla a las vidrieras se volvía un espacio ofendido y las cosas se miraban entre ellas como para rechazarme. Eso era una pena, porque yo las había empezado a querer. Pero de pronto la señora Margarita dijo:

—Deténgase en la escalera y vaya a su cuarto. Creo que luego tendré muchas ganas de conversar con usted.

Entonces yo miré unos reflejos que había en el lago y sin ver las plantas me di cuenta de que me eran favorables; y subí contento aquella escalera casi blanca, de cemento armado, como un chiquilín que trepara por las vértebras de un animal prehistórico.

Me puse a arreglar seriamente mis libros entre el olor a madera nueva del ropero y sonó el teléfono:

—Por favor, baje un rato más; daremos unas vueltas en silencio y cuando yo le haga una seña usted se detendrá al pie de la escalera, volverá a su habitación y yo no lo molestaré más hasta que pasen dos días.

Todo ocurrió como ella lo había previsto, aunque en un instante en que rodeamos la isla de cerca y ella miró las plantas parecía que iba a hablar.

Entonces, empezaron a repetirse unos días imprecisos de espera y de pereza, de aburrimiento a la luz de la luna y de variedad de sospechas con el marido de ella bajo las plantas. Yo sabía que tenía gran

JULIO CORTÁZAR

dificultad en comprender a los demás y trataba de pensar en la señora Margarita un poco como Alcides y otro poco como María; pero también sabía que iba a tener pereza de seguir desconfiando. Entonces me entregué a la manera de mi egoísmo; cuando estaba con ella esperaba, con buena voluntad y hasta con pereza cariñosa, que ella me dijera lo que se le antojara y entrara cómodamente en mi comprensión. O si no, podía ocurrir, que mientras yo vivía cerca de ella, con un descuido encantado, esa comprensión se formara despacio, en mí, y rodeara toda su persona. Y cuando estuviera en mi pieza, entregado a mis lecturas, miraría también la llanura, sin acordarme de la señora Margarita. Y desde allí, sin ninguna malicia, robaría para mí la visión del lugar y me la llevaría conmigo al terminar el verano.

Pero ocurrieron otras cosas.

Una mañana el hombre del agua tenía un plano azul sobre la mesa. Sus ojos y sus dedos seguían las curvas que representaban los caños del agua incrustados sobre las paredes y debajo de los pisos como gusanos que las hubieran carcomido. Él no me había visto, a pesar de que sus pelos revueltos parecían desconfiados y apuntaban en todas direcciones. Por fin levantó los ojos. Tardó en cambiar la idea de que me miraba a mí en vez de lo que había en los planos y después empezó a explicarme cómo las máquinas, por medio de los caños, absorbían y vomitaban el agua de la casa para producir una tormenta artificial. Yo no había presenciado ninguna de las tormentas; sólo había visto las sombras de algunas planchas de hierro que resultaron ser bocas que se abrían y cerraban alternativamente, unas tragando y otras echando agua. Me costaba comprender la combinación de algunas válvulas; y el hombre quiso explicarme todo de nuevo. Pero entró María.

—Ya sabes tú que no debes tener a la vista esos caños retorcidos. A ella le parecen intestino... y puede llegarse hasta aquí, como el año pasado... -Y dirigiéndose a mí: Por favor, usted oiga, señor, y cierre el pico. Sabrá que esta noche tendremos "velorio". Sí, ella pone velas en unas budineras que deja flotando alrededor de la cama y se hace la ilusión de que es su propio "velorio". Y después hace andar el agua para que la corriente se lleve las budineras.

Al anoecer oí los pasos de María, el gong para hacer marchar el agua y el ruido de los motores. Pero ya estaba aburrido y no quería asombrarme de nada.

Otra noche en que yo había comido y bebido demasiado, el estar remando siempre detrás de ella me parecía un sueño disparatado; tenía que estar escondido detrás de la montaña, que al mismo tiempo se deslizaba con el silencio que suponía en los cuerpos celestes; y con todo me gustaba pensar que "la montaña" se movía porque yo la llevaba en el bote. Después ella quiso que nos quedáramos quietos y pegados a la isla. Ese día habían puesto unas plantas que se asomaban como sombrillas inclinadas y ahora no nos dejaban llegar la luz que la luna hacía pasar por entre los vidrios. Yo transpiraba por el calor, y las plantas se nos echaban encima. Quise meterme en el agua, pero como la señora Margarita se daría cuenta de que el bote perdía peso, dejé esa idea. La cabeza se me entretenía en pensar cosas por su cuenta: "El nombre de ella es como su cuerpo; las dos primera silabas se parecen a toda esa carga de gordura y las dos últimas a su cabeza y sus facciones pequeñas...". Parece mentira, la noche es tan inmensa, en el campo, y nosotros aquí, dos personas mayores, tan cerca y pensando quién sabe qué estupideces diferentes. Deben ser las dos de la madrugada... y

JULIO CORTÁZAR

estamos inútilmente despiertos, agobiados por estas ramas... Pero qué firme es la soledad de esta mujer...

Y de pronto, no sé en qué momento, salió de entre las ramas un rugido que me hizo temblar. Tardé en comprender que era la carraspera de ella y unas pocas palabras:

—No me haga ninguna pregunta...

Aquí se detuvo. Yo me ahogaba y me venían cerca de la boca palabras que parecían de un antiguo compañero de orquesta que tocaba el bandoneón: "¿quién te hace ninguna pregunta? ... Mejor me dejaras ir a dormir..."

Y ella terminó de decir:

—... hasta que yo le haya contado todo.

Por fin aparecerían las palabras prometidas -ahora que yo no las esperaba-. El silencio nos apretaba debajo de las ramas pero no me animaba a llevar el bote más adelante. Tuve tiempo de pensar en la señora Margarita con palabras que oía dentro de mí y como ahogadas en una almohada. "Pobre, me decía a mí mismo, debe tener necesidad de comunicarse con alguien. Y estando triste le será difícil manejar ese cuerpo..."

Después que ella empezó a hablar, me pareció que su voz también sonaba dentro de mí como si yo pronunciara sus palabras. Tal vez por eso ahora confundo lo que ella me dijo con lo que yo pensaba. Además me será difícil juntar todas sus palabras y no tendré más remedio que poner aquí muchas de las mías.

"Hace cuatro años, al salir de Suiza, el ruido del ferrocarril me era insoportable. Entonces me detuve en una pequeña ciudad de Italia..."

Parecía que iba a decir con quién, pero se detuvo. Pasó mucho rato y creí que esa noche no diría más nada. Su voz se había arrastrado con intermitencias y hacía pensar en la huella de un animal herido. En el silencio, que parecía llenarse de todas aquellas ramas enmarañadas, se me ocurrió repasar lo que acababa de oír. Después pensé que yo me había quedado, indebidamente, con la angustia de su voz en la memoria, para llevarla después a mi soledad y acariciarla. Pero en seguida, como si alguien me obligara a soltar esa idea, se deslizaron otras. Debe haber sido con el que estuvo antes en la pequeña ciudad de Italia. Y después de perderlo, en Suiza, es posible que haya salido de allí sin saber que todavía le quedaba un poco de esperanza (Alcides me había dicho que no encontraron los restos) y al alejarse de aquel lugar, el ruido del ferrocarril la debe haber enloquecido. Entonces, sin querer alejarse demasiado, decidió bajarse en la pequeña ciudad de Italia, peor en ese otro lugar se ha encontrado, sin duda, con recuerdos que le produjeron desesperaciones nuevas. Ahora ella no podrá decirme todo esto, por pudor, o tal vez por creer que Alcides me ha contado todo. Pero él no me dijo que ella está así por la pérdida de su marido, sino simplemente: "Margarita fue trastornada toda su vida", y María atribuía la rareza de su ama a "tanto libro". Tal vez ellos se hayan confundido porque la señora Margarita no les habló de su pena. Y yo mismo, si no hubiera sabido algo por Alcides, no habría comprendido nada de su historia, ya que la señora Margarita nunca me dijo ni una palabra de su marido.

Yo seguí con muchas ideas como éstas, y cuando las palabras de ella volvieron, la señora Margarita parecía instalada en una habitación del primer piso de un hotel, en la pequeña ciudad de Italia, a la que había llegado por la noche. Al rato de estar acostada, se levantó porque

JULIO CORTÁZAR

oyó ruidos, y fue hacia una ventana de un corredor que daba al patio. Allí había reflejos de luna y de otras luces. Y de pronto, como si se hubiera encontrado con una cara que le había estado acechando, vio una fuente de agua. Al principio no podía saber si el agua era una mirada falsa en la cara oscura de la fuente de piedra; pero después el agua le pareció inocente; y al ir a la cama la llevaba en los ojos y caminaba con cuidado para no agitarla. A la noche siguiente no hubo ruido pero igual se levantó. Esta vez el agua era poca, sucia y al ir a la cama, como en la noche anterior, le volvió a parecer que el agua la observaba, ahora era por entre hojas que no alcanzaban a nadar. La señora Margarita la siguió mirando, dentro de sus propios ojos y las miradas de los dos se había detenido en una misma contemplación. Tal vez por eso, cuando la señora Margarita estaba por dormirse, tuvo un presentimiento que no sabía si le venía de su alma o del fondo del agua. Pero sintió que alguien quería comunicarse con ella, que había dejado un aviso en el agua y por eso el agua insistía en mirar y en que la miraran. Entonces la señora Margarita bajó de la cama y anduvo vagando, descalza y asombrada, por su pieza y el corredor; pero ahora, la luz y todo era distinto, como si alguien hubiera mandado cubrir el espacio donde ella caminaba con otro aire y otro sentido de las cosas. Esta vez ella no se animó a mirar el agua; y al volver a su cama sintió caer en su camisión, lágrimas verdaderas y esperadas desde hacía mucho tiempo.

A la mañana siguiente, al ver el agua distraída, entre mujeres que hablaban en voz alta, tuvo miedo de haber sido engañada por el silencio de la noche y pensó que el agua no le daría ningún aviso ni la comunicaría con nadie. Pero escuchó con atención lo que decían las mujeres y se dio cuenta de que ellas empleaban sus voces en palabras tontas, que el agua no tenía culpa de que las echaran encima como si

fueran papeles sucios y que no se dejaría engañar por la luz del día. Sin embargo, salió a caminar, vio un pobre viejo con una regadera en la mano y cuando él la inclinó apareció una vaporosa pollera de agua, haciendo murmullos como si fuera movida por pasos. Entonces, conmovida, pensó: "No, no debo abandonar el agua; por algo ella insiste como una niña que no puede explicarse". Esa noche no fue a la fuente porque tenía un gran dolor de cabeza y decidió tomar una pastilla para aliviarse. Y en el momento de ver el agua entre el vidrio del vaso y la poca luz de la penumbra, se imaginó que la misma agua se había ingeniado para acercarse y poner un secreto en los labios que iban a beber. Entonces la señora Margarita se dijo: "No, esto es muy serio; alguien prefiere la noche para traer el agua a mi alma".

Al amanecer fue a ver a solas el agua de la fuente para observar minuciosamente lo que había entre el agua y ella. Apenas puso sus ojos sobre el agua se dio cuenta que por su mirada descendía un pensamiento. Aquí la señora Margarita dijo estas mismas palabras: "un pensamiento que ahora no importa nombrar" y, después de una larga carraspera, "un pensamiento confuso y como deshecho de tanto estrujarlo. Se empezó a hundir, lentamente y lo dejé reposar. De él nacieron reflexiones que mis miradas extrajeron del agua y me llenaron los ojos y el alma. Entonces supe, por primera vez, que hay que cultivar los recuerdos en el agua, que el agua elabora lo que en ella se refleja y que recibe el pensamiento. En caso de desesperación no hay que entregar el cuerpo al agua; hay que entregar a ella el pensamiento; ella lo penetra y él nos cambia el sentido de la vida". Fueron éstas, aproximadamente, sus palabras.

Después se vistió, salió a caminar, vio de lejos un arroyo, y en el primer momento no se acordó que por los arroyos corría agua -algo

JULIO CORTÁZAR

del mundo con quien sólo ella podía comunicarse. Al llegar a la orilla, dejó su mirada en la corriente, y en seguida tuvo la idea, sin embargo, de que esta agua no se dirigía a ella; y que además ésta podía llevarle los recuerdos para un lugar lejano, gastárselos. Sus ojos la obligaron a atender a una hoja recién caída de un árbol; anduvo un instante en la superficie y en el momento de hundirse la señora Margarita oyó pasos sordos, con palpitaciones. Tuvo una angustia de presentimientos imprecisos y la cabeza se le oscureció. Los pasos eran de un caballo que se acercó con una confianza un poco aburrida y hundió los belfos en la corriente; sus dientes parecían agrandados a través de un vidrio que se moviera, y cuando levantó la cabeza el agua chorreaba por los pelos de sus belfos sin perder ninguna dignidad. Entonces pensó en los caballos que bebían el agua del país de ella, y en lo distinta que sería el agua allá.

Esa noche, en el comedor del hotel, la señora Margarita se fijaba a cada momento en una de las mujeres que había hablado a gritos cerca de la fuente. Mientras el marido la miraba, embobado, la mujer tenía una sonrisa irónica, y cuando se fue a llevar una copa a los labios, la señora pensó: "En qué bocas anda el agua". En seguida se sintió mal, fue a su pieza y tuvo una crisis de lágrimas. Después se durmió pesadamente y a las dos de la madrugada se despertó agitada y con el recuerdo del arroyo llenándole el alma. Entonces tuvo ideas en favor del arroyo: "Esa agua corre como una esperanza desinteresada y nadie puede con ella. Si el agua que corre es poca, cualquier pozo puede prepararle una trampa y encerrarla: entonces ella se entristece, se llena de un silencio sucio, y ese pozo es como la cabeza de un loco. Yo debo tener esperanzas como de paso, vertiginoso, si es posible, y no pensar demasiado en que se cumplan; ese debe ser, también, el sentido del

agua, su inclinación instintiva. Yo debo estar con mis pensamientos y mis recuerdos como en un agua que corre con gran caudal..." Esta marea de pensamientos creció rápidamente y la señora Margarita se levantó de la cama, preparó las valijas y empezó a pasearse por su cuarto y el corredor sin querer mirar el agua de la fuente. Entonces pensaba: "El agua es igual en todas partes y yo debo cultivar mis recuerdos en cualquier agua del mundo". Pasó un tiempo angustioso antes de estar instalada en el ferrocarril. Pero después el ruido de las ruedas la deprimió y sintió pena por el agua que había dejado en la fuente del hotel; recordó la noche en que estaba sucia y llena de hojas, como una niña pobre, pidiéndole una limosna y ofreciéndole algo; pero si no había cumplido la promesa de una esperanza o un aviso, era por alguna picardía natural de la inocencia. Después la señora Margarita se puso una toalla en la cara, lloró y eso le hizo bien. Pero no podía abandonar sus pensamientos de agua quieta: "Yo debo preferir, seguía pensando, el agua que esté detenida en la noche para que el silencio se eche lentamente sobre ella y todo se llene de sueño y de plantas enmarañadas. Eso es más parecido al agua que llevo en mí, si cierro los ojos siento como si las manos de una ciega tantearan la superficie de su propia agua y recordara borrosamente, un agua entre plantas que vio en la niñez, cuando aún le quedara un poco de vista".

Aquí se detuvo un rato, hasta que yo tuve conciencia de haber vuelto a la noche en que estábamos bajo las ramas; pero no sabía bien si esos últimos pensamientos la señora Margarita los había tenido en el ferrocarril, o se le había ocurrido ahora, bajo estas ramas. Después me hizo señas para que fuera al pie de la escalera.

Esa noche no encendí la luz de mi cuarto, y al tantear los muebles tuve el recuerdo de otra noche en que me había emborrachado

JULIO CORTÁZAR

ligeramente con una bebida que tomaba por primera vez. Ahora tardé en desvestirme. Después me encontré con los ojos fijos en el tul del mosquitero y me vinieron de nuevo las palabras que se habían desprendido del cuerpo de la señora Margarita.

En el mismo instante del relato no sólo me di cuenta que ella pertenecía al marido, sino que yo había pensado demasiado en ella; y a veces de una manera culpable. Entonces parecía que fuera yo el que escondía los pensamientos entre las plantas. Pero desde el momento en que la señora Margarita empezó a hablar sentí una angustia como si su cuerpo se hundiera en un agua que me arrastrara a mí también; mis pensamientos culpables aparecieron de una manera fugaz y con la idea de que no había tiempo ni valía la pena pensar en ellos; y a medida que el relato avanzaba el agua se iba presentando como el espíritu de una religión que nos sorprendiera en formas diferentes, y los pecados, en esa agua, tenían otro sentido y no importaba tanto su significado. El sentimiento de una religión del agua era cada vez más fuerte. Aunque la señora Margarita y yo éramos los únicos fieles de carne y hueso, los recuerdos de agua que yo recibía en mi propia vida, en las intermitencias del relato, también me parecían fieles de esa religión; llegaban con lentitud, como si hubieran emprendido el viaje desde hacía mucho tiempo y apenas cometido un gran pecado.

De pronto me di cuenta que de mi propia alma me nacía otra nueva y que yo seguiría a la señora Margarita no sólo en el agua, sino también en la idea de su marido. Y cuando ella terminó de hablar y yo subía la escalera de cemento armado, pensé que en los días que caía agua del cielo había reuniones de fieles.

Pero, después de acostado bajo aquel tul, empecé a rodear de otra manera el relato de la señora Margarita; fui cayendo con una sor-

presa lenta, en mi alma de antes, y pensando que yo también tenía mi angustia propia; que aquel tul en que hoy había dejado prendidos los ojos abiertos, estaba colgado encima de un pantano y que de allí se levantaban otros fieles, los míos propios, y me reclamaban otras cosas. Ahora recordaba mis pensamientos culpables con bastantes detalles y cargados, con un sentido que yo conocía bien. Habían empezado en una de las primeras tardes, cuando sospechaba que la señora Margarita me atraería como una gran ola; no me dejaría hacer pie y mi pereza me quitaría fuerzas para defenderme. Entonces tuve una reacción y quise irme de aquella casa; pero eso fue como si al despertar, hiciera un movimiento con la intención de levantarme y sin darme cuenta me acomodara para seguir durmiendo. Otra tarde quise imaginarme -ya lo había hecho con otras mujeres- cómo sería yo casado con ésta. Y por fin había decidido, cobardemente, que si su soledad me inspirara lástima y yo me casara con ella, mis amigos dirían que lo había hecho por dinero; y mis antiguas novias se reirían de mí al descubrirme caminando por veredas estrechas detrás de una mujer gruesísima que resultaba ser mi mujer. (Ya había tenido que andar detrás de ella, por la vereda angosta que rodeaba al lago, en las noches que ella quería caminar).

Ahora a mí no me importaba lo que dijeran los amigos ni las bur-las de las novias de antes. Esta señora Margarita me atraía con una fuerza que parecía ejercer a gran distancia, como si yo fuera un satélite, y al mismo tiempo que se me aparecía lejana y ajena, estaba llena de una sublimidad extraña. Pero mis fieles me reclamaban a la primera señora Margarita, aquella desconocida más sencilla, sin marido, y en la que mi imaginación podía intervenir más libremente. Y debo haber pensado muchas cosas más antes que el sueño me hiciera desaparecer el tul.

JULIO CORTÁZAR

A la mañana siguiente, la señora Margarita me dijo, por teléfono: "Le ruego que vaya a Buenos Aires por unos días; haré limpiar la casa y no quiero que usted me vea sin el agua". Después me indicó el hotel donde debía ir. Allí recibiría el aviso para volver.

La invitación a salir de su casa hizo disparar en mí un resorte celoso y en el momento de irme me di cuenta de que a pesar de mi excitación llevaba conmigo un envoltorio pesado de tristeza y que apenas me tranquilizara tendría la necesidad estúpida de desenvolverlo y revisarlo cuidadosamente. Eso ocurrió al poco rato, y cuando tomé el ferrocarril tenía tan pocas esperanzas de que la señora Margarita me quisiera, como serían las de ella cuando tomó aquel ferrocarril sin saber si su marido aún vivía. Ahora eran otros tiempos y otros ferrocarriles; pero mi deseo de tener algo común con ella me hacía pensar: "Los dos hemos tenido angustias entre ruidos de ruedas de ferrocarriles". Pero esta coincidencia era tan pobre como la de haber acertado sólo una cifra de las que tuviera un billete premiado. Yo no tenía la virtud de la señora Margarita de encontrar un agua milagrosa, ni buscaría consuelo en ninguna religión. La noche anterior había traicionado a mis propios fieles, porque aunque ellos querían llevarme con la primera señora Margarita, yo tenía, también, en el fondo de mi pantano, otros fieles que miraban fijamente a esta señora como bichos encantados por la luna. Mi tristeza era perezosa, pero vivía en mi imaginación con orgullo de poeta incomprendido. Yo era un lugar provisorio donde se encontraban todos mis antepasados un momento antes de llegar a mis hijos; pero mis abuelos aunque eran distintos y con grandes enemistades, no querían pelear mientras pasaban por mi vida: preferían el descanso, entregarse a la pereza y desencontrarse como sonámbulos caminando por sueños diferentes. Yo trataba de no provocarlos, pero

si eso llegaba a ocurrir preferiría que la lucha fuera corta y se exterminaran de un golpe.

En Buenos Aires me costaba hallar rincones tranquilos donde Alcides no me encontrara. (A él le gustaría que le contara cosas de la señora Margarita para ampliar su mala manera de pensar en ella). Además yo ya estaba bastante confundido con mis dos señoras Margarita y vacilaba entre ellas como si no supiera a cuál, de dos hermanas, debía preferir o traicionar; ni tampoco las podía fundir, para amarlas al mismo tiempo. A menudo me fastidiaba que la última señora Margarita me obligara a pensar en ella de una manera tan pura, y tuve la idea de que debía seguirla en todas sus locuras para que ella me confundiera entre los recuerdos del marido, y yo, después, pudiera sustituirlo.

Recibí la orden de volver en un día de viento y me lancé a viajar con una precipitación salvaje. Pero ese día, el viento parecía traer oculta la misión de soplar contra el tiempo y nadie se daba cuenta de que los seres humanos, los ferrocarriles y todo se movía con una lentitud angustiada. Soporté el viaje con una paciencia inmensa y al llegar a la casa inundada fue María la que vino a recibirme al embarcadero. No me dejó remar y me dijo que el mismo día que yo me fui, antes de retirarse el agua, ocurrieron dos accidentes. Primero llegó Filomena, la mujer del botero, a pedir que la señora Margarita la volviera a tomar. No la había despedido sólo por haber dejado nadar aquel pan, sino porque la encontraron seduciendo a Alcides una vez que él estuvo allí en los primeros días. La señora Margarita, sin decirle una palabra, la empujó, y Filomena cayó al agua; cuando se iba, llorando y chorreando agua, el marido la acompañó y no volvieron más. Un poco más tarde, cuando la señora Margarita acercó, tirando de un cordón, el tocador de su cama (allí los muebles flotaban sobre gomas infladas, como las

JULIO CORTÁZAR

que los niños llevan a las playas), volcó una botella de aguardiente sobre un calentador que usaba para unos afeites y se incendió el tocador. Ella pidió agua por teléfono, "como si allí no hubiera bastante o no fuera la misma que hay en toda la casa", decía María.

La mañana que siguió a mi vuelta era radiante y habían puesto plantas nuevas; pero sentí celos de pensar que allí había algo diferente a lo de antes; la señora Margarita y yo no encontraríamos las palabras y los pensamientos como los habíamos dejado, debajo de las ramas.

Ella volvió a su historia después de algunos días. Esa noche, como ya había ocurrido otras veces, pusieron una pasarela para cruzar el agua del zaguán. Cuando llegué al pie de la escalera la señora Margarita me hizo señas para que me detuviera; y después para que caminara detrás de ella. Dimos una vuelta por toda la vereda estrecha que rodeaba al lago y ella empezó a decirme que al salir de aquella ciudad de Italia pensó que el agua era igual en todas partes del mundo. Pero no fue así, y muchas veces tuvo que cerrar los ojos y ponerse los dedos en los oídos para encontrarse con su propia agua. Después de haberse detenido en España, donde un arquitecto le vendió los planos para una casa inundada -ella no me dio detalles- tomó un barco demasiado lleno de gente y al dejar de ver tierra se dio cuenta que el agua del océano no le pertenecía, que en ese abismo se ocultaban demasiados seres desconocidos. Después me dijo que algunas personas, en el barco, hablaban de naufragios y cuando miraban la inmensidad del agua, parecía que escondían miedo; pero no en una bañera, y de entregarse a ella con el cuerpo desnudo. También les gustaba ir al fondo del barco y ver las calderas, con el agua encerrada y enfurecida por la tortura del fuego. En los días que el mar estaba agitado la señora Margarita se acostaba en su camarote, y hacía andar sus ojos por hileras de letras, en diarios

y revistas, como si siguieran caminos de hormigas. O miraba un poco el agua que se movía entre un botellón de cuello angosto. Aquí detuvo el relato y yo me di cuenta que ella se balanceaba como un barco. A menudo nuestros pasos no coincidían, echábamos el cuerpo para lados diferentes y a mí me costaba atrapar sus palabras, que parecían llevadas por ráfagas desencontradas. También detuvo sus pasos antes de subir a la pasarela, como si en ese momento tuviera miedo de pasar por ella; entonces me pidió que fuera a buscar el bote. Anduvimos mucho rato antes que apareciera el suspiro ronco y nuevas palabras. Por fin me dijo que en el barco había tenido un instante para su alma. Fue cuando estaba apoyada en una baranda, mirando la calma del mar, como a una inmensa piel que apenas dejara entrever movimientos de músculos. La señora Margarita imaginaba locuras como las que vienen en los sueños: suponía que ella podía caminar por la superficie del agua; pero tenía miedo que surgiera una marsopa que la hiciera tropezar; y entonces, esta vez, se hundiría, realmente. De pronto tuvo conciencia que desde hacía algunos instantes caía, sobre el agua del mar, agua dulce del cielo, muchas gotas llegaban hasta la madera de cubierta y se precipitaban tan seguidas y amontonadas como si asaltaran el barco. Enseguida toda la cubierta era, sencillamente, un piso mojado. La señora Margarita volvió a mirar el mar, que recibía y se tragaba la lluvia con la naturalidad con que un animal se traga a otro. Ella tuvo un sentimiento confuso de lo que pasaba y de pronto su cuerpo se empezó a agitar por una risa que tardó en llegarle a la cara, como un temblor de tierra provocado por una causa desconocida. Parecía que buscara pensamientos que justificaran su risa y por fin se dijo. "Esta agua parece una niña equivocada; en vez de llover sobre la tierra llueve sobre otra agua". Después sintió ternura en lo dulce que sería para el mar recibir

JULIO CORTÁZAR

la lluvia; pero al irse para su camarote, moviendo su cuerpo inmenso, recordó la visión del agua tragándose la otra y tuvo la idea de que la niña iba hacia su muerte. Entonces la ternura se le llenó de una tristeza pesada, se acostó en seguida y cayó en el sueño de la siesta. Aquí la señora Margarita terminó el relato de esa noche y me ordenó que fuera a mi pieza.

Al día siguiente recibí su voz por teléfono y tuve la impresión de que me comunicaba con una conciencia de otro mundo. Me dijo que me invitaba para el atardecer a una sesión de homenaje al agua. Al atardecer yo oí el ruido de las budineras, con las corridas de María, y confirmé mis temores: tendría que acompañarla en su "velorio". Ella me esperó al pie de la escalera cuando ya era casi de noche. Al entrar, de espaldas a la primera habitación, me di cuenta de que había estado oyendo un ruido de agua y ahora era más intenso. En esa habitación vi un trinchante. (Las ondas del bote lo hicieron mover sobre sus gomas infladas, y sonaron un poco las copas y las cadenas con que estaba sujeto a la pared.) Al otro lado de la habitación había una especie de balsa, redonda, con una mesa en el centro y sillas recostadas a una banda: parecían un conciliábulo de mudos moviéndose apenas por el paso del bote. Sin querer mis remos tropezaron con los marcos de las puertas que daban entrada al dormitorio. En ese instante comprendí que allí caía agua sobre agua. Alrededor de toda la pared -menos en el lugar en que estaban los muebles, el gran ropero, la cama y el tocador- había colgadas innumerables regaderas de todas formas y colores; recibían el agua de un gran recipiente de vidrio parecido a una pipa turca, suspendido del techo como una lámpara; y de él salían, curvados como guirnaldas, los delgados tubos de goma que alimentaban las regaderas. Entre aquel ruido de gruta, atracamos junto a la cama; sus

largas patas de vidrio la hacían sobresalir bastante del agua. La señora Margarita se quitó los zapatos y me dijo que yo hiciera lo mismo; subió a la cama, que era muy grande, y se dirigió a la pared de la cabecera, donde había un cuadro enorme con un chivo blanco de barba parado sobre sus patas traseras. Tomó el marco, abrió el cuadro como si fuera una puerta y apareció un cuarto de baño. Para entrar dio un paso sobre las almohadas, que le servían de escalón, y a los pocos instantes volvió trayendo dos budineras redondas con velas pegadas en el fondo. Me dijo que las fuera poniendo en el agua. Al subir, yo me caí en la cama; me levanté en seguida pero alcancé a sentir el perfume que había en las cobijas. Fui poniendo las budineras que ella me alcanzaba al costado de la cama, y de pronto ella me dijo: "Por favor, no las ponga así que parece un velorio". (Entonces me di cuenta del error de María). Eran veintiocho. La señora se hincó en la cama y tomando el tubo del teléfono, que estaba en una de las mesas de luz, dio orden de que cortaran el agua de las regaderas. Se hizo un silencio sepulcral y nosotros empezamos a encender las velas echados de bruces a los pies de la cama y yo tenía cuidado de no molestar a la señora. Cuando estábamos por terminar, a ella se le cayó la caja de los fósforos en una budinera, entonces me dejó a mí solo y se levantó para ir a tocar el gong, que estaba en la otra mesa de luz. Allí había también una portátil y era lo único que alumbraba la habitación. Antes de tocar el gong se detuvo, dejó el palillo al lado de la portátil y fue a cerrar la puerta que era el cuadro del chivo. Después se sentó en la cabecera de la cama, empezó a arreglar las almohadas y me hizo señas para que yo tocara el gong. A mí me costó hacerlo; tuve que andar en cuatro pies por la orilla de la cama para no rozar sus piernas, que ocupaban tanto espacio. No sé por qué tenía miedo de caerme al agua -la pro-

JULIO CORTÁZAR

fundidad era sólo de cuarenta centímetros-. Después de hacer sonar el gong una vez, ella me indicó que bastaba. Al retirarme- andando hacia atrás porque no había espacio para dar vuelta-, vi la cabeza de la señora recostada a los pies del chivo, y la mirada fija, esperando. Las budineras, también inmóviles, parecían pequeñas barcas recostadas en un puerto antes de la tormenta. A los pocos momentos de marchar los motores el agua empezó a agitarse; entonces la señora Margarita, con gran esfuerzo, salió de la posición en que estaba y vino de nuevo a arrojarse de bruces a los pies de la cama. La corriente llegó hasta nosotros, hizo chocar las budineras, unas contra otras, y después de llegar a la pared del fondo volvió con violencia a llevarse las budineras, a toda velocidad. Se volcó una y en seguida otras; las velas al apagarse, echaban un poco de humo. Yo miré a la señora Margarita, pero ella, previendo mi curiosidad, se había puesto una mano al costado de los ojos. Rápidamente, las budineras se hundían en seguida, daban vueltas a toda velocidad por la puerta del zaguán en dirección al patio. A medida que se apagaban las velas había menos reflejos y el espectáculo se empobrecía. Cuando todo parecía haber terminado, la señora Margarita, apoyada en el brazo que tenía la mano en los ojos, soltó con la otra mano una budinera que había quedado trabada a un lado de la cama y se dispuso a mirarla; pero esa budinera también se hundió en seguida. Después de unos segundos, ella, lentamente, se afirmó en las manos para hincarse o para sentarse sobre sus talones y con la cabeza inclinada hacia abajo y la barbilla perdida entre la gordura de la garganta, miraba el agua como una niña que hubiera perdido una muñeca. Los motores seguían andando y la señora Margarita parecía, cada vez más abrumada de desilusión. Yo, sin que ella me dijera nada, atraje el bote por la cuerda, que estaba atada a una pata de la cama. Apenas estuve

dentro del bote y solté la cuerda, la corriente me llevó con una rapidez que yo no había previsto. Al dar vuelta en la puerta del zaguán miré hacia atrás y vi a la señora Margarita con los ojos clavados en mí como si yo hubiera sido una budinera más que le diera la esperanza de revelarle algún secreto. En el patio, la corriente me hacía girar alrededor de la isla. Yo me senté en el sillón del bote y no me importaba dónde me llevara el agua. Recordaba las vueltas que había dado antes, cuando la señora Margarita me había parecido otra persona, y a pesar de la velocidad de la corriente sentía pensamientos lentos y me vino una síntesis triste de mi vida. Yo estaba destinado a encontrarme solo con una parte de las personas, y además por poco tiempo y como si yo fuera un viajero distraído que tampoco supiera dónde iba. Esta vez ni siquiera comprendía por qué la señora Margarita me había llamado y contaba su historia sin dejarme hablar ni una palabra; por ahora yo estaba seguro que nunca me encontraría plenamente con esta señora. Y seguí en aquellas vueltas y en aquellos pensamientos hasta que apagaron los motores y vino María a pedirme el bote para pescar las budineras, que también daban vuelta alrededor de la isla. Yo le expliqué que la señora Margarita no hacía ningún velorio y que únicamente le gustaba ver naufragar las budineras con la llama y no sabía qué más decirle.

Esa misma noche, un poco tarde, la señora Margarita me volvió a llamar. Al principio estaba nerviosa, y sin hacer la carraspera tomó la historia en el momento en que había comprado la casa y la había preparado para inundarla. Tal vez había sido cruel con la fuente, desbordándole el agua y llenándola con esa tierra oscura. Al principio, cuando pusieron las primeras plantas, la fuente parecía soñar con el agua que había tenido antes; pero de pronto las plantas aparecían demasiado amontonadas, como presagios confusos; entonces la señora

JULIO CORTÁZAR

Margarita las mandaba cambiar. Ella quería que el agua se confundiera con el silencio de sueños tranquilos, o de conversaciones bajas de familias felices (por eso le había dicho a María que estaba sorda y que sólo debía hablarle por teléfono). También quería andar sobre el agua con la lentitud de una nube y llevar en las manos libros, como aves inofensivas. Pero lo que más quería, era comprender el agua. Es posible, me decía, que ella no quiera otra cosa que correr y dejar sugerencias a su paso; pero yo me moriré con la idea de que el agua lleva adentro de sí algo que ha recogido en otro lado y no sé de qué manera me entregará pensamientos que no son los míos y que son para mí. De cualquier manera yo soy feliz con ella, trato de comprenderla y nadie podrá prohibir que conserve mis recuerdos en el agua.

Esa noche, contra su costumbre, me dio la mano al despedirse. Al día siguiente, cuando fui a la cocina, el hombre del agua me dio una carta. Por decirle algo le pregunté por sus máquinas. Entonces me dijo:

—¿Vio qué pronto instalamos las regaderas?

—Sí, y... ¿anda bien? (Yo disimulaba el deseo de ir a leer la carta).

—Cómo no... Estando bien las máquinas, no hay ningún inconveniente. A la noche muevo una palanca, empieza el agua de las regaderas y la señora se duerme con el murmullo. Al otro día, a las cinco, muevo otra vez la misma palanca, las regaderas se detienen, y el silencio despierta a la señora; a los pocos minutos corro la palanca que agita el agua y la señora se levanta.

Aquí lo saludé y me fui. La carta decía:

"Querido amigo: el día que lo vi por primera vez en la escalera, usted traía los párpados bajos y aparentemente estaba muy preocupado con los escalones. Todo eso parecía timidez; pero era atrevido en

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

sus pasos, en la manera de mostrar la suela de sus zapatos. Le tomé simpatía y por eso quise que me acompañara todo este tiempo. De lo contrario, le hubiera contado mi historia en seguida y usted tendría que haberse ido a Buenos Aires al día siguiente. Eso es lo que hará mañana.

"Gracias por su compañía; y con respecto a sus economías nos entenderemos por medio de Alcides. Adiós y que sea feliz; creo que buena falta le hace. Margarita.

"P.D. Si por causalidad a usted se le ocurriera escribir todo lo que le he contado, cuente con mi permiso. Sólo le pido que al final ponga estas palabras: "Esta es la historia que Margarita le dedica a José. Esté vivo o esté muerto."

Un sueño realizado

Juan Carlos Onetti

La broma la había inventando Blanes —venía a mi despacho— en los tiempos en que yo tenía despacho y al café cuando las cosas iban mal y había dejado de tenerlo— y parado sobre la alfombra, con un puño apoyado en el escritorio, la corbata de lindos colores sujeta a la camisa con un broche de oro y aquella cabeza —cuadrada, afeitada, con ojos oscuros que no podían sostener la atención más de un minuto y se aflojaban en seguida como si Blanes estuviera a punto de dormirse o recordara algún momento limpio y sentimental de su vida que, desde luego, nunca había podido tener—, aquella cabeza sin una sola partícula superflua alzada contra la pared cubierta de retratos y carteles, me dejaba hablar y comentaba redondeando la boca:

—Porque usted, naturalmente, se arruinó dando el Hamlet—. O también: —Sí, ya sabemos. Se ha sacrificado siempre por el arte y si no fuera por su enloquecido amor por el Hamlet...

Y yo me pasé todo ese montón de años aguantando tanta miserable gente, autores y actores y actrices y dueños de teatro y críticos de

los diarios y la familia, los amigos y los amantes de todos ellos, todo ese tiempo perdiendo y ganando un dinero que Dios y yo sabíamos que era necesario que volviera a perder en la próxima temporada, con aquella gota de agua en la cabeza pelada, aquel puño en las costillas, aquel trago agridulce, aquella burla no comprendida del todo de Blanes:

—Sí, claro. Las locuras a que lo ha llevado su desmedido amor por Hamlet...

Si la primera vez le hubiera preguntado por el sentido de aquello, si le hubiera confesado que sabía tanto del Hamlet como de conocer el dinero que puede dar una comedia desde su primera lectura, se habría acabado el chiste. Pero tuve miedo a la multitud de bromas no nacidas que haría saltar mi pregunta y solo hice una mueca y lo mandé a paseo. Y así fue que pude vivir los veinte años sin saber qué era el Hamlet, sin haberlo leído, pero sabiendo, por la intención que veía en la cara y el balanceo de la cabeza de Blanes, que el Hamlet era el arte, el arte puro, el gran arte, y sabiendo también, porque me fui empapando de eso sin darme cuenta, que era además un actor o una actriz, en este caso siempre una actriz con caderas ridículas, vestido de negro con ropas ajustadas, una calavera, un cementerio, un duelo, una venganza, una muchachita que se ahoga. Y también W. Shakespeare.

Por eso, cuando ahora, solo ahora, con una peluca rubia peinada al medio que prefiero no sacarme para dormir, una dentadura que nunca logró verme bien del todo y que me hace silbar y hablar con mimo, me encontré en la biblioteca de este asilo para gente de teatro arruinada al que dan un nombre más presentable, aquel libro tan pequeño encuadernado en azul oscuro donde había unas hundidas letras doradas que decían Hantlet, me senté en un sillón sin abrir el libro,

resuelto a no abrir nunca el libro y a no leer una sola línea, pensando en Blanes, en que así me vengaba de su broma, y en la noche en que Blanes fue a encontrarme en el hotel de alguna capital de provincia y, después de dejarme hablar, fumando y mirando el techo y la gente que entraba en el salón, hizo sobresalir los labios para decirme, delante de la pobre loca:

—Y pensar. .. Un tipo como usted que se arruinó por el Hamlet.

Lo había citado en el hotel para que se hiciera cargo de un personaje en un rápido disparate que se llamaba, me parece, *Sueño Realizado*. En el reparto de la locura aquella había un galán sin nombre y este galán solo podía hacerlo Blanes porque cuando la mujer vino a verme no quedábamos allí más que él y yo; el resto de la compañía pudo escapar a Buenos Aires.

La mujer había estado en el hotel a mediodía y como yo estaba durmiendo, había vuelto a la hora que era, para ella y todo el mundo en aquella provincia caliente, la del fin de la siesta y en la que yo estaba en el lugar más fresco del comedor comiendo una milanesa redonda y tomando vino blanco, lo único bueno que podía tomarse allí. No voy a decir que a la primera mirada—cuando se detuvo en el halo de calor de la puerta encortinada, dilatando los ojos en la sombra del comedor y el mozo le señaló mi mesa y en seguida ella empezó a andar en línea recta hacia mí con remolinos de la pollera—yo adiviné lo que había adentro de la mujer ni aquella cosa como una cinta blanduzca y fofa de locura que había ido desenvolviendo, arrancando con suaves tirones, como si fuese una venda pegada a una herida, de sus años pasados, solitarios, para venir a fajarme con ella, como a una momia, a mí y a algunos de los días pasados en aquel sitio aburrido, tan abrumado de gente gorda y mal vestida. Pero había, sí, algo en la sonrisa de la

mujer que me ponía nervioso, y me era imposible sostener los ojos en sus pequeños dientes irregulares exhibidos como los de un niño que duerme y respira con la boca abierta. Tenía el pelo casi gris peinado en trenzas enroscadas y su vestido correspondía a una vieja moda; pero no era el que se hubiera puesto una señora en los tiempos en que fue inventado, sino, también esto, el que hubiera usado entonces una adolescente. Tenía una pollera hasta los zapatos, de aquellos que llaman botas o botinas, larga, oscura, que se iba abriendo cuando ella caminaba y se encogía y volvía a temblar al paso inmediato. La blusa tenía encajes y era ajustada, con un gran camafeo entre los senos agudos de muchacha y la blusa y la pollera se unían y estaban divididas por una rosa en la cintura, tal vez artificial ahora que pienso, una flor de corola grande y cabeza baja, con el tallo erizado amenazando el estómago.

La mujer tendría alrededor de cincuenta años y lo que no podía olvidarse en ella, lo que siento ahora cuando la recuerdo caminar hasta mí en el comedor del hotel, era aquel aire de jovencita de otro siglo que hubiera quedado dormida y despertara ahora un poco despeinada, apenas envejecida pero a punto de alcanzar su edad en cualquier momento, de golpe, y quebrarse allí en silencio, desmoronarse roída por el trabajo sigiloso de los días. Y la sonrisa era mala de mirar porque uno pensaba que frente a la ignorancia que mostraba la mujer del peligro de envejecimiento y muerte repentina en cuyos bordes estaba, aquella sonrisa sabía, o, por lo menos, los descubiertos dientecillos presentían, el repugnante fracaso que los amenazaba.

Todo aquello estaba ahora de pie en la penumbra del comedor y torpemente puse los cubiertos al lado del plato y me levanté. "¿Usted es el señor Langman, el empresario de teatro?" Incliné la cabeza sonriendo y la invité a sentarse. No quiso tomar nada; separados por la

JULIO CORTÁZAR

mesa le miré con disimulo la boca con su forma intacta y su poca pintura, allí justamente en el centro donde la voz, un poco española, había canturreado al deslizarse entre los filos desparejos de la dentadura. De los ojos, pequeños y quietos, esforzados en agrandarse, no pude sacar nada. Había que esperar que hablara y, pensé, cualquier forma de mujer y de existencia que evocaran sus palabras iban a quedar bien con su curioso aspecto y el curioso aspecto iba a desvanecerse.

—Quería verlo por una representación—dijo—. Quiero decir que tengo una obra de teatro...

Todo indicaba que iba a seguir, pero se detuvo y esperó mi respuesta; me entregó la palabra con un silencio irresistible, sonriendo. Esperaba tranquila, las manos enlazadas en la falda. Aparté el plato con la milanesa a medio comer y pedí café. Le ofrecí cigarrillos y ella movió la cabeza, alargó un poco la sonrisa, lo que quería decir que no fumaba. Encendí el mío y empecé a hablarle, buscando sacármela de encima sin violencias, pero pronto y para siempre, aunque con un estilo cauteloso que me era impuesto no sé por qué.

—Señora, es una verdadera lástima... Usted nunca ha estrenado, ¿verdad? Naturalmente. ¿Y cómo se llama su obra?

—No, no tiene nombre—contestó—. Es tan difícil de explicar... No es lo que usted piensa. Claro, se le puede poner un título. Se le puede llamar *El sueño*, *El sueño realizado*. *Un sueño realizado*.

Comprendí, ya sin dudas, que estaba loca y me sentí más cómodo.

—Bien; *Un sueño realizado*, no está mal el nombre. Es muy importante el nombre. Siempre he tenido interés, digamos personal, desinteresado en otro sentido, en ayudar a los que empiezan. Dar nuevos valores al teatro nacional. Aunque es innecesario decirle que no son

agradecimientos los que se cosechan, señora. Hay muchos que me deben a mí el primer paso, señora, muchos que hoy cobran derechos increíbles en la calle Corrientes y se llevan los premios anuales. Ya no se acuerdan de cuando venían casi a suplicarme...

Hasta el mozo del comedor podía comprender desde el rincón junto a la heladera donde se espantaba las moscas y el calor con la servilleta que a aquel bicho raro no le importaba ni una sílaba de lo que yo decía. Le eché una última mirada con un solo ojo, desde el calor del pocillo de café, y le dije:

—En fin, señora. Usted debe saber que la temporada aquí ha sido un fracaso. Hemos tenido que interrumpirla y me he quedado solo por algunos asuntos personales. Pero ya la semana que viene me iré yo también a Buenos Aires. Me he equivocado una vez más, qué hemos de hacer. Este ambiente no está preparado, y a pesar de que me resigné a hacer la temporada con sainetes y cosas así... ya ve cómo me ha ido. De manera que... Ahora, que podemos hacer una cosa, señora. Si usted puede facilitarme una copia de su obra yo veré si en Buenos Aires... ¿Son tres actos?

Tuvo que contestar, pero solo porque yo, devolviéndole el juego, me callé y había quedado inclinado hacia ella, rascando con la punta del cigarrillo en el cenicero. Parpadeó:

—¿Qué?

—Su obra, señora. *Un sueño realizado*. ¿Tres actos?

—No, no son actos.

—O cuadros. Se extiende ahora la costumbre de...

—No tengo ninguna copia. No es una cosa que yo haya escrito—seguía diciéndome ella. Era el momento de escapar.

JULIO CORTÁZAR

—Le dejaré mi dirección de Buenos Aires y cuando usted la tenga escrita...

Vi que se iba encogiendo, encorvando el cuerpo; pero la cabeza se levantó con la sonrisa fija. Esperé, seguro de que iba a irse; pero un instante después ella hizo un movimiento con la mano frente a la cara y siguió hablando.

—No, es todo distinto a lo que piensa. Es un momento, una escena se puede decir, y allí no pasa nada, como si nosotros representáramos esta escena en el comedor y yo me fuera y ya no pasara nada más. No—contestó—, no es cuestión de argumento, hay algunas personas en una calle y las casas y dos automóviles que pasan. Allí estoy yo y un hombre y una mujer cualquiera que sale de un negocio de enfrente y le da un vaso de cerveza. No hay más personas, nosotros tres. El hombre cruza la calle hasta donde sale la mujer de su puerta con la jarra de cerveza y después vuelve a cruzar y se sienta junto a la misma mesa, cerca mío, donde estaba al principio.

Se calló un momento y ya la sonrisa no era para mí ni para el armario con mantelería que se entreabría en la pared del comedor; después concluyó:

—¿Comprende?

Pude escarparme porque recordé el término teatro intimista y le hablé de eso y de la imposibilidad de hacer arte puro en estos ambientes y que nadie iría al teatro para ver eso y que, acaso solo, en toda la provincia, yo podría comprender la calidad de aquella obra y el sentido de los movimientos y el símbolo de los automóviles y la mujer que ofrece un "bock" de cerveza al hombre que cruza la calle y vuelve junto a ella, junto a usted, señora.

Ella me miró y tenía en la cara algo parecido a lo que había en la de Blanes cuando se veía en la necesidad de pedirme dinero y me hablaba de Hamlet: un poco de lástima y todo el resto de burla y antipatía.

—No es nada de eso, señor Langman—me dijo—. Es algo que yo quiero ver y que no lo vea nadie más, nada de público. Yo y los actores, nada más. Quiero verlo una vez, pero que esa vez sea tal como yo se lo voy a decir y hay que hacer lo que yo diga y nada más. ¿Sí? Entonces usted, haga el favor, me dice cuánto dinero vamos a gastar para hacerlo y yo se lo doy.

Ya no servía hablar de teatro intimista ni de ninguna de esas cosas, allí, frente a frente con la mujer loca que abrió la cartera y sacó dos billetes de cincuenta pesos—"con esto contrata a los actores y atiende los primeros gastos y después me dice cuánto más necesita"—. Yo, que tenía hambre de plata, que no podía moverme de aquel maldito agujero hasta que alguno de Buenos Aires contestara a mis cartas y me hiciera llegar unos pesos. Así que le mostré la mejor de mis sonrisas y cabeceé varias veces mientras me guardaba el dinero en cuatro dobleces en el bolsillo del chaleco.

—Perfectamente, señora. Me parece que comprendo la clase de cosa que usted . . . —Mientras hablaba no quería mirarla porque estaba pensando en Blanes y porque no me gustaba encontrarme con la expresión humillante de Blanes también en la cara de la mujer. —Dedicaré la tarde a este asunto y si podemos vernos. . . ¿Esta noche? Perfectamente, aquí mismo; ya tendremos al primer actor y usted podrá explicarnos claramente esa escena y nos pondremos de acuerdo para que *Sueño, Un sueño realzado...*

JULIO CORTÁZAR

Acaso fuera simplemente porque estaba loca; pero podía ser también que ella comprendiera, como lo comprendía yo, que no me era posible robarle los cien pesos y por eso no quiso pedirme recibo, no pensó siquiera en ello y se fue luego de darme la mano, con un cuarto de vuelta de la pollera en sentido inverso a cada paso, saliendo erguida de la media luz del comedor para ir a meterse en el calor de la calle como volviendo a la temperatura de la siesta que había durado un montón de años y donde había conservado aquella juventud impura que estaba siempre a punto de deshacerse podrida.

Pude dar con Blanes en una pieza desordenada y oscura, con paredes de ladrillos mal cubiertos, detrás de plantas, esteras verdes, detrás del calor húmedo del atardecer. Los cien pesos seguían en el bolsillo de mi chaleco y hasta no encontrar a Blanes, hasta no conseguir que me ayudara a dar a la mujer loca lo que ella pedía a cambio de su dinero, no me era posible gastar un centavo. Lo hice despertar y esperé con paciencia que se bañara, se afeitara, volviera a acostarse, se levantara nuevamente para tomar un vaso de leche—lo que significaba que había estado borracho el día anterior—y otra vez en la cama encendiera un cigarrillo; porque se negó a escucharme antes y todavía entonces, cuando arrimé aquellos restos de sillón de tocador en que estaba sentado y me incliné con aire grave para hacerle la propuesta, me detuvo diciendo:

—Pero mire un poco ese techo!

Era un techo de tejas, con dos o tres vigas verdosas y unas hojas de caña de la India que venían de no sé dónde, largas y reseca. Miré el techo un poco y no hizo más que reírse y mover la cabeza.

—Bueno. Déle—dijo después.

Le expliqué lo que era y Blanes me interrumpía a cada momento, riéndose, diciendo que todo era mentira mía, que era alguno que para burlarse me había mandado la mujer. Después me volvió a preguntar qué era aquello y no tuve más remedio que liquidar la cuestión ofreciéndole la mitad de lo que pagara la mujer una vez deducidos los gastos y le contesté que, en verdad, no sabía lo que era ni de qué se trataba ni qué demonios quería de nosotros aquella mujer; pero que ya me había dado cincuenta pesos y que eso significaba que podíamos irnos a Buenos Aires o irme yo, por lo menos, si él quería seguir durmiendo allí. Se rió y al rato se puso serio; y de los cincuenta pesos que le dije haber conseguido adelantados quiso veinte en seguida. Así que tuve que darle diez, de lo que me arrepentí muy pronto porque aquella noche cuando vino al comedor del hotel ya estaba borracho y sonreía torciendo un poco la boca y con la cabeza inclinada sobre el platito de hielo empezó a decir:

—Usted no escarmienta. El mecenas de la calle Corrientes y toda calle del mundo donde una ráfaga de arte... Un hombre que se arruinó cien veces por el Hamlet va a jugarse desinteresadamente por un genio ignorado y con corsé.

Pero cuando vino ella, cuando la mujer salió de mis espaldas vestida totalmente de negro, con velo un paraguas diminuto colgando de la muñeca y un reloj con cadena del cuello, y me saludó y extendió la mano a Blanes con la sonrisa aquella un poco apaciguada en la luz artificial, él dejó de molestarme y solo dijo:

—En fin, señora; los dioses la han guiado hasta Langman. Un hombre que ha sacrificado cientos de miles por dar correctamente el Hamlet.

JULIO CORTÁZAR

Entonces pareció que ella se burlaba mirando un poco a uno y un poco a otro; después se puso grave y dijo que tenía prisa, que nos explicaría el asunto de manera que no quedara lugar para la más chica duda y que volvería solamente cuando todo estuviera pronto. Bajo la luz suave y limpia, la cara de la mujer y también lo que brillaba en su cuerpo, zonas del vestido, las uñas en la mano sin guante, el mango del paraguas, el reloj con su cadena, parecían volver a ser ellos mismos, liberados de la tortura del día luminoso; y yo tomé de inmediato una relativa confianza y en toda la noche no volví a pensar que ella estaba loca, olvidé que había algo con olor a estafa en todo aquello y una sensación de negocio normal y frecuente pudo dejarme enteramente tranquilo. Aunque yo no tenía que molestarme por nada, ya que estaba allí Blanes correcto, bebiendo siempre, conversando con ella como si se hubieran encontrado ya dos o tres veces ofreciéndole un vaso de whisky, que ella cambió por una taza de tilo. De modo que lo que tenía que contarme a mí se lo fue diciendo a él y yo no quise oponerme porque Blanes era el primer actor y cuanto más llegara a entender de la obra mejor saldrían las cosas. Lo que la mujer quería que representáramos para ella era esto (a Blanes se lo dijo con otra voz y aunque no lo mirara, aunque al hablar de eso bajaba los ojos, yo sentía que lo contaba ahora de un modo personal, como si contesara alguna cosa cualquiera íntima de su vida y que a mí me lo había dicho como el que cuenta esa misma cosa en una oficina, por ejemplo, para pedir un pasaporte o cosa así):

—En la escena hay casas y aceras, pero todo confuso, como si se tratara de una ciudad y hubieran amontonado todo eso para dar impresión de una gran ciudad. Yo salgo, la mujer que voy a representar yo sale de una casa y se sienta en el cordón de la acera, junto a una

mesa verde. Junto a la mesa está sentado un hombre en un banco de cocina. Ese es el personaje suyo. Tiene puesta una tricota y gorra. En la acera de enfrente hay una verdulería con cajones de tomates en la puerta. Entonces aparece un automóvil que cruza la escena y el hombre, usted, se levanta para atravesar la calle y yo me asusto pensando que el coche lo atropella. Pero usted pasa antes que el vehículo y llega a la acera de enfrente en el momento que sale una mujer vestida con traje de paseo y un vaso de cerveza en la mano. Usted lo toma de un trago y vuelve en seguida que pasa un automóvil, ahora de abajo para arriba, a toda velocidad; y usted vuelve a pasar con el tiempo justo y se sienta en el banco de cocina. Entretanto yo estoy acostada en la acera, como si fuera una chica. Y usted se inclina un poco para acariciarme la cabeza.

La cosa era fácil de hacer pero le dije que el inconveniente estaba, ahora que lo pensaba mejor, en aquel tercer personaje, en aquella mujer que salía de su casa a paseo con el vaso de cerveza.

—Jarro—me dijo ella—. Es un jarro de barro con asa y tapa.

Entonces Blanes asintió con la cabeza y le dijo:

—Claro, con algún dibujo, además, pintado.

Ella dijo que sí y parecía que aquella cosa dicha por Blanes la había dejado muy contenta, feliz, con esa cara de felicidad que solo una mujer puede tener y que me da ganas de cerrar los ojos para no verla cuando se me presenta, como si la buena educación ordenara hacer eso. Volvimos a hablar de la otra mujer y Blanes terminó por estirar una mano diciendo que ya tenía lo que necesitaba y que no nos preocupáramos más. Tuve que pensar que la locura de la loca era contagiosa, porque cuando le pregunté a Blanes con qué actriz contaba para aquel papel me dijo que con la Rivas y aunque yo no conocía a nin-

JULIO CORTÁZAR

guna con ese nombre no quise decir nada porque Blanes me estaba mirando furioso. Así que todo quedó arreglado, lo arreglaron ellos dos y yo no tuve que pensar para nada en la escena; me fui en seguida a buscar al dueño del teatro y lo alquilé por dos días pagando el precio de uno, pero dándole mi palabra de que no entraría nadie más que los actores.

Al día siguiente conseguí un hombre que entendía de instalaciones eléctricas y por un jornal de seis pesos me ayudó también a mover y repintar un poco los bastidores. A la noche, después de trabajar cerca de quince horas todo estuvo pronto y sudando y en mangas de camisa me puse a comer *sandwiches* con cerveza mientras oía sin hacer caso historias de pueblo que el hombre me contaba. El hombre hizo una pausa y después dijo:

—Hoy vi a su amigo bien acompañado. Esta tarde; con aquella señora que estuvo en el hotel anoche con ustedes. Aquí todo se sabe. Ella no es de aquí; dicen que viene en los veranos. No me gusta meterme, pero los vi entrar en un hotel. Sí, qué gracia; es cierto que usted también vive en un hotel. Pero el hotel donde entraron esta tarde era distinto. . . De esos, ¿eh?

Cuando al rato llegó Blanes le dije que lo único que faltaba era la famosa actriz Rivas y arreglar el asunto de los automóviles, porque solo se había podido conseguir uno, que era del hombre que me había estado ayudando y lo alquilaría por unos pesos, además de manejarlo él mismo. Pero yo tenía mi idea para solucionar aquello, porque como el coche era un cascajo con capota, bastaba hacer que pasara primero con la capota baja y después alzada o al revés. Blanes no me contestó nada porque estaba completamente borracho, sin que me fuera posible adivinar de dónde había sacado dinero. Después se me ocurrió que

acaso hubiera tenido el cinismo de recibir directamente dinero de la pobre mujer. Esta idea me envenenó y seguía comiendo los *sandwiches* en silencio mientras él, borracho y canturreando, recorría el escenario se iba colocando en posiciones de fotógrafo, de

espía, de boxeador, de jugador de rugby, sin dejar de canturrear, con el sombrero caído sobre la nuca y mirando a todos lados, desde todos los lados, rebuscando vaya a saber el diablo qué cosa. Como a cada momento me convencía más de que se había emborrachado con dinero robado, casi, a aquella pobre mujer enferma, no quería hablarle y cuando acabé de comer los *sandwiches* mandé al hombre que me trajera media docena más y una botella de cerveza.

A todo esto Blanes se había cansado de hacer piruetas, la borrachera indecente que tenía le dio por el lado sentimental y vino a sentarse cerca de donde yo estaba, en un cajón, con las manos en los bolsillos del pantalón y el sombrero en las rodillas, mirando con ojos turbios, sin moverlos, hacia la escena. Pasamos un tiempo sin hablar y pude ver que estaba envejeciendo y el cabello rubio lo tenía descolorido y escaso. No le quedaban muchos años para seguir haciendo el galán ni para llevar señoras a los hoteles, ni para nada.

—Yo tampoco perdí el tiempo—dijo de golpe.

—Sí, me lo imagino —contesté sin interés.

Sonrió, se puso serio, se encajó el sombrero y volvió a levantarse. Mé siguió hablando mientras iba y venía, como me había visto hacer tantas veces en el despacho, todo lleno de fotos dedicadas, dictando una carta a la muchacha.

—Anduve averiguando de la mujer—dijo—. Parece que la familia o ella misma tuvo dinero y después ella tuvo que trabajar de maestra. Pero nadie, ¿eh?, nadie dice que esté loca. Que siempre fue un

JULIO CORTÁZAR

poco rara, sí. Pero no loca. No sé por qué le vengo a hablar a usted, oh padre adoptivo del triste Hamlet, con la trompa untada de manteca de *sandwich*... Hablarle de esto.

—Por lo menos —le dije tranquilamente—, no me meto a espiar en vidas ajenas. Ni a dármelas de conquistador con mujeres un poco raras. Me limpié la boca con el pañuelo y me di vuelta para mirarlo con cara aburrída. —Y tampoco me emborracho vaya a saber con qué dinero.

Él se estuvo con las manos en los riñones, de pie, mirándome a su vez, pensativo, y seguía diciéndome cosas desagradables, pero cualquiera se daba cuenta que estaba pensando en la mujer y que no me insultaba de corazón, sino para hacer algo mientras pensaba, algo que evitara que yo me diera cuenta que estaba pensando en aquella mujer. Volvió hacia mí, se agachó y se alzó en seguida con la botella de cerveza y se fue tomando lo que quedaba sin apurarse, con la boca fija al gollete, hasta vaciarla. Dio otros pasos por el escenario y se sentó nuevamente, con la botella entre los pies y cubriéndola con las manos.

—Pero yo le hablé y me estuvo diciendo —dijo—. Quería saber qué era todo esto. Porque no sé si usted comprende que no se trata solo de meterse la plata en el bolsillo. Yo le pregunté qué era esto que íbamos a representar y entonces supe que estaba loca. ¿Le interesa saber? Todo es un sueño que tuvo, ¿entiende? Pero la mayor locura está en que ella dice que ese sueño no tiene ningún significado para ella, que no conoce al hombre que estaba sentado con la tricota azul, ni a la mujer de la jarra, ni vivió tampoco en una calle parecida a este ridículo mamarracho que hizo usted. ¿Y por qué, entonces? Dice que mientras dormía y soñaba eso era feliz, pero no es feliz la palabra sino otra clase de cosa. Así que quiere verlo todo nuevamente. Y aunque es una locu-

ra tiene su cosa razonable. Y también me gusta que no haya ninguna vulgaridad de amor en todo esto.

Cuando nos fuimos a acostar, a cada momento se entreparaba en la calle—había un cielo azul y mucho calor— para agarrarme de los hombros y las solapas y preguntarme si yo entendía, no sé qué cosa, algo que él no debía entender tampoco muy bien, porque nunca acababa de explicarlo.

La mujer llegó al teatro a las diez en punto y traía el mismo traje negro de la otra noche, con la cadena y el reloj, lo que me pareció mal para aquella calle de barrio pobre que había en escena y para tirarse en el cordón de la acera mientras Blanes le acariciaba el pelo. Pero tanto daba: el teatro estaba vacío; no estaba en la platea más que Blanes, siempre borracho, fumando, vestido con una tricota azul y una gorra gris doblada sobre una oreja. Había venido temprano acompañado de una muchacha, que era quien tenía que asomar en la puerta de al lado de la verdulería a darle su jarrita de cerveza; una muchacha que no encajaba, ella tampoco, en el tipo del personaje, el tipo que me imaginaba yo, claro, porque sepa el diablo cómo era en realidad; una triste y flaca muchacha, mal vestida y pintada que Blanes se había traído de cualquier cafetín, sacándola de andar en la calle por una noche y empleando un cuento absurdo para traerla, era indudable, porque ella se puso a andar con aires de primera actriz y al verla estirar el brazo con la jarrita de cerveza daban ganas de llorar o de echarla a empujones. La otra, la loca, vestida de negro, en cuanto llegó se estuvo un rato mirando el escenario con las manos juntas frente al cuerpo y me pareció que era enormemente alta, mucho más alta y flaca de lo que yo había creído hasta entonces. Después, sin decir palabra a nadie, teniendo siempre, aunque más débil, aquella sonrisa de enfermo que me erizaba

JULIO CORTÁZAR

los nervios, cruzó la escena y se escondió detrás del bastidor por donde debía salir. La había seguido con los ojos, no sé por qué, mi mirada tomó exactamente la forma de su cuerpo alargado vestido de negro y apretada a él, ciñéndolo, lo acompañó hasta que el borde del telón separó la mirada del cuerpo.

Ahora era yo quien estaba en el centro del escenario y como todo estaba en orden y habían pasado ya las diez, levanté los codos para avisar con una palmada a los actores. Pero fue entonces que, sin que yo me diera cuenta de lo que pasaba por completo, empecé a saber cosas y qué era aquello en que estábamos metidos, aunque nunca pude decirlo, tal como se sabe el alma de una persona y no sirven las palabras para explicarlo. Preferí llamarlos por señas y cuando vi que Blanes y la muchacha que había traído se pusieron en movimiento para ocupar sus lugares, me escabullí detrás de los telones, donde ya estaba el hombre sentado al volante de su coche viejo que empezó a sacudirse con un ruido tolerable. Desde allí, trepado en un cajón, buscando esconderme porque yo nada tenía que ver en el disparate que iba a empezar, vi cómo ella salía de la puerta de la casucha, moviendo el cuerpo como una muchacha —el pelo, espeso y casi gris, suelto a la espalda, anudado sobre los omóplatos con una cinta clara—daba unos largos pasos que eran, sin duda, de la muchacha que acababa de preparar la mesa y se asoma un momento a la calle para ver caer la tarde y estar-se quieta sin pensar en nada; vi cómo se sentaba cerca del banco de Blanes y sostenía la cabeza con una mano, afirmando el codo en las rodillas, dejando descansar las yemas sobre los labios entreabiertos y la cara vuelta hacia un sitio lejano que estaba más allá de mí mismo, más allá también de la pared que yo tenía a la espalda. Vi como Blanes se levantaba para cruzar la calle y lo hacía matemáticamente antes que

el automóvil que pasó echando humo con su capota alta y desapareció en seguida. Vi cómo el brazo de Blanes y el de la mujer que vivía en la casa de enfrente se unían por medio de la jarrita de cerveza y cómo el hombre bebía de un trago y dejaba el recipiente en la mano de la mujer que se hundía nuevamente lenta y sin ruido, en su portal. Vi, otra vez, al hombre de la tricota azul cruzar la calle un instante antes de que pasara un rápido automóvil de capota baja que terminó su carrera junto a mí apagando en seguida su motor, y, mientras se desgarraba el humo azulado de la máquina, divisé a la muchacha del cordón de la acera que bostezaba y terminaba por echarse a lo largo en las baldosas la cabeza sobre un brazo que escondía el pelo, y una pierna encogida. El hombre de la tricota y la gorra se inclinó entonces y acarició la cabeza de la muchacha, comenzó a acariciarla y la mano iba y venía, se enredaba en el pelo, estiraba la palma por la frente, apretaba la cinta clara del peinado, volvía a repetir sus caricias.

Bajé del banco, suspirando, más tranquilo, y avancé en puntas de pie por el escenario. El hombre del automóvil me siguió, sonriendo intimidado y la muchacha flaca que se había traído Blanes volvió a salir de su zaguán para unirse a nosotros. Me hizo una pregunta, una pregunta corta, una sola palabra sobre aquello y yo contesté sin dejar de mirar a Blanes y a la mujer echada; la mano de Blanes, que seguía acariciando la frente y la cabellera desparramada de la mujer, sin cansarse, sin darse cuenta de que la escena había concluido y que aquella última cosa, la caricia en el pelo de la mujer, no podía continuar siempre. Con el cuerpo inclinado, Blanes acariciaba la cabeza de la mujer, alargaba el brazo para recorrer con los dedos la extensión de la cabellera gris desde la frente hasta los bordes que se abrían sobre el hombro y la espalda de la mujer acostada en el piso. El hombre del automóvil seguía son-

JULIO CORTÁZAR

riendo, tosió y escupió a un lado. La muchacha que había dado el jarro de cerveza a Blanes, empezó a caminar hacia el sitio donde estaban la mujer y el hombre inclinado, acariciándola. Entonces me di vuelta y le dije al dueño del automóvil que podía ir sacándolo, así nos íbamos temprano, y caminé junto a él, metiendo la mano en el bolsillo para darle unos pesos. Algo extraño estaba sucediendo a mi derecha, donde estaban los otros, y cuando quise pensar en eso tropecé con Blanes que se había quitado la gorra y tenía un olor desagradable a bebida y me dio una trompada en las costillas, gritando:

—No se da cuenta que está muerta, pedazo de bestia.

Me quedé solo, encogido por el golpe, y mientras Blanes iba y venía por el escenario, borracho, como enloquecido, y la muchacha del jarro de cerveza y el hombre del automóvil se doblaban sobre la mujer muerta comprendí qué era aquello, qué era lo que buscaba la mujer, lo que había estado buscando Blanes borracho la noche anterior en el escenario y parecía buscar todavía, yendo y viniendo con sus prisas de loco: lo comprendí todo claramente como si fuera una de esas cosas que se aprenden para siempre desde niño y no sirven después las palabras para explicar.

Conejos blancos

Leonora Carrington

Ha llegado el momento de contar los sucesos que comenzaron en el número 40 de Pest Street. Parecía como si las casas, de color negro rojizo, hubiesen surgido misteriosamente del incendio de Londres. El edificio que había frente a mi ventana, con unas cuantas volutas de enredadera, tenía el aspecto negro y vacío de una morada azotada por la peste y lamida por las llamas y el humo. No era así como yo me había imaginado Nueva York.

Hacía tanto calor que me dieron palpitations cuando me atreví a dar una vuelta por las calles; así que me estuve sentada contemplando la casa de enfrente, mojándome de cuando en cuando la cara empapada de sudor.

La luz nunca era muy fuerte en Pest Street. Había siempre una reminiscencia de humo que volvía turbia y neblinosa la visibilidad; sin embargo, era posible examinar la casa de enfrente con detalle, incluso con precisión. Además, yo siempre he tenido una vista excelente.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

Me pasé varios días intentando descubrir enfrente alguna clase de movimiento pero no percibí ninguno, y finalmente adopté la costumbre de desvestirme con total despreocupación delante de mi ventana abierta y hacer optimistas ejercicios respiratorios en el aire denso de Pest Street. Esto debió de dejarme los pulmones tan negros como las casas.

Una tarde me lavé el pelo y me senté afuera, en el diminuto arco de piedra que hacía de balcón, para que se me secara. Apoyé la cabeza entre las rodillas, y me puse a observar una moscarda que chupaba el cadáver de una araña, a mis pies. Alcé los ojos, miré a través de mis cabellos largos, y vi algo negro en el cielo, inquietantemente silencioso para que fuera un aeroplano. Me separé el pelo a tiempo de ver bajar un gran cuervo al balcón de la casa de enfrente. Se posó en la balaustrada y miró por la ventana vacía. Luego meció la cabeza debajo de un ala, buscándose piojos al parecer. Unos minutos después, no me sorprendió demasiado ver abrirse las dobles puertas y asomarse al balcón una mujer. Llevaba un gran plato de huesos que vació en el suelo. Con un breve graznido de agradecimiento, el cuervo saltó abajo y se puso a hurgar en su comida repugnante.

La mujer, que tenía un pelo negro larguísimo, lo utilizó para limpiar el plato. Luego me miró directamente y sonrió de manera amistosa. Yo le sonreí a mi vez y agité una toalla. Esto la animó, porque echó la cabeza para atrás con coquetería y me dedicó un elegante saludo a la manera de una reina.

—¿Tiene un poco de carne pasada que no necesite? -me gritó.

—¿Un poco de qué? -grité yo, preguntándome si me habría engañado el oído.

—De carne en mal estado. Carne en descomposición.

JULIO CORTÁZAR

—En este momento, no -contesté, preguntándome si no estaría bromeando.

—¿Y tendrá para el fin de semana? Si fuera así, le agradecería inmensamente que me la trajera.

A continuación volvió a meterse en el balcón vacío, y desapareció. El cuervo alzó el vuelo.

Mí curiosidad por la casa y su ocupante me impulsó a comprar un gran trozo de carne a la mañana siguiente. Lo puse en mi balcón sobre un periódico y esperé. En un tiempo relativamente corto, el olor se volvió tan fuerte que me vi obligada a realizar mis tareas diarias con una pinza fuertemente apretada en la punta de la nariz. De cuando en cuando bajaba a la calle a respirar.

Hacia la noche del jueves, noté que la carne estaba cambiando de color; así que, apartando una nube de rencorosas moscardas, la eché en mi bolsa de malla y me dirigí a la casa de enfrente.

Cuando bajaba la escalera, observé que la casera parecía evitarme.

Tardé un rato en encontrar el portal de la casa. Resultó que estaba oculto bajo una cascada de algo, y daba la impresión de que nadie había salido ni entrado por él desde hacía años. La campanilla era de esas antiguas de las que hay que tirar; y al hacerlo, algo más fuerte de lo que era mi intención, me quedé con el tirador en la mano. Di unos golpes irritados en la puerta y se hundió, dejando salir un olor espantoso a carne podrida. El recibimiento, que estaba casi a oscuras, parecía de madera tallada.

La mujer misma bajó, susurrante, con una antorcha en la mano.

—¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? -murmuró ceremoniosamente; y me sorprendió observar que llevaba un precioso y antiguo vestido de seda verde. Pero al acercarse, vi que tenía la tez completamente blanca y que brillaba como si la tuviese salpicada de mil estrellitas diminutas.

—Es usted muy amable -prosiguió, tomándome del brazo con su mano reluciente- No sabe lo que se van a alegrar mis pobres conejitos.

Subimos; mi compañera andaba con gran cuidado, como si tuviese miedo.

El último tramo de escalones daba a un "boudoir" decorado con oscuros muebles barrocos tapizados de rojo. El suelo estaba sembrado de huesos roídos y cráneos de animales.

—Tenemos visita muy pocas veces -sonrió la mujer-. Así que han corrido todos a esconderse en sus pequeños rincones.

Dio un silbido bajo, suave y, paralizada, vi salir cautamente un centenar de conejos blancos de todos los agujeros, con sus grandes ojos rosas fijamente clavados en ella.

—¡Venid, bonitos! ¡Venid, bonitos! -canturreó, metiendo la mano en mi bolsa de malla y sacando un trozo de carne podrida.

Con profunda repugnancia, me aparté a un rincón; y la vi arrojar la carroña a los conejos, que se pelearon como lobos por la carne.

—Una acaba encariñándose con ellos -prosiguió la mujer - ¡Cada uno tiene sus pequeñas costumbres! Le sorprendería lo individualistas que son los conejos.

Los susodichos conejos despedazaban la carne con sus afilados dientes de macho cabrío.

JULIO CORTÁZAR

—Por supuesto, nosotros nos comemos alguno de cuando en cuando. Mi marido hace con ellos un estofado sabrosísimo, los sábados por la noche.

Seguidamente, un movimiento en uno de los rincones atrajo mi atención, entonces me di cuenta de que había una tercera persona en la habitación. Al llegarle a la cara la luz de la antorcha, vi que tenía la tez igual de brillante que ella; como oropel en un árbol de Navidad. Era un hombre y estaba vestido con una bata roja, sentado muy tieso, y de perfil a nosotros. No parecía haberse enterado de nuestra presencia, ni del gran conejo macho cabrío que tenía sentado sobre su rodilla, donde masticaba un trozo de carne.

La mujer siguió mi mirada y rió entre dientes.

—Ése es mi marido. Los chicos solían llamarlo Lázaro...

Al sonido de este nombre, familiar, el hombre volvió la cara hacia nosotras; y vi que tenía una venda en los ojos.

—¿Ethel? -preguntó con voz bastante débil - No quiero que entren visitas aquí. Sabes de sobra que lo tengo rigurosamente prohibido.

—Vamos, Laz; no empecemos - su voz era quejumbrosa-, No me puedes escatimar un poquitín de compañía. Hace veinte años y poco que no veía una cara nueva. Además ha traído carne para los conejos.

La mujer se volvió y me hizo seña de que fuera a su lado.

—Quiere quedarse entre nosotros; ¿a que sí? -De repente me entró miedo y sentí ganas de salir, de huir de estas personas terribles y plateadas y de sus conejos blancos carnívoros.

—Creo que me voy a marchar; es hora de cenar.

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

El hombre de la silla profirió una carcajada estridente, aterrando al conejo que tenía sobre la rodilla, el cual saltó al suelo y desapareció.

La mujer acercó tanto su cara a la mía que creía que su aliento nauseabundo iba a anestesiarme.

—¿No quiere quedarse, y ser como nosotros? En siete años su piel se volverá como las estrellas; siete años tan sólo, y tendrá la enfermedad sagrada de la Biblia: □la lepra!

Eché a correr a trompicones, ahogada de horror; una curiosidad malsana me hizo mirar por encima del hombro al llegar a la puerta de la casa, y vi que la mujer, en la balaustrada, alzaba una mano a modo de saludo. Y al agitarla, se le desprendieron los dedos y cayeron al suelo como estrellas fugaces.

Un recuerdo de Navidad

Truman Capote

Una mañana de últimos de noviembre. Un amanecer de invierno, hace más de veinte años. La cocina de una vieja casa espaciosa en una aldea. Constituye su rasgo principal una gran estufa negra; pero hay también una gran mesa redonda y una chimenea con dos mecedoras colocadas ante ella. Aquel día comenzaba en la chimenea el rugido invernal.

Una mujer de pelo corto y canoso está de pie ante la ventana de la cocina. Lleva zapatos de tenis y un informe suéter gris sobre un vestido de algodón veraniego. Es pequeña y vivaracha como una gallinita de bantam; pero, debido a una larga enfermedad de la infancia, sus hombros son lastimosamente gibosos. Su rostro es singular..., parecido al de Lincoln, así de áspero, curtido por el sol y el viento; pero también es delicado, de fino trazo, y sus ojos son tímidos, color de cereza.

—[Oh, madre mía! -exclama, empañando el vidrio de las ventanas con su aliento-. [Llegó el tiempo de los pasteles de fruta!

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

La persona a quien habla soy yo. Tengo siete años; ella, sesenta y pico. Somos primos, muy distantes, y hemos vivido juntos..., bueno, desde que yo puedo recordar. Viven en la casa otras personas, parientes; y aunque tienen poder sobre nosotros, y con frecuencia nos hacen llorar, en general no advertimos mucho su existencia. Somos el mejor amigo uno de otro. Me llama Buddy, en recuerdo de un muchacho que fue antes su mejor amigo. El otro Buddy murió en 1880 y tantos, cuando ella era todavía una niña. Ahora es todavía una niña.

—Lo supe antes de levantarme -dice, alejándose de la ventana con una excitada decisión en los ojos-. □La campana de la Audiencia sonaba tan fría y clara! Y no había pájaros que cantasen; se habían marchado a tierras más cálidas, sí. □Oh, Buddy deja de tragar bizcochos y trae nuestro carrito! Ayúdame a buscar mi sombrero. Tenemos que hacer treinta pasteles.

Siempre lo mismo: llega una mañana de noviembre y mi amiga, como inaugurando oficialmente la época navideña que alborozaba su imaginación y aviva las llamas de su corazón, anuncia: «Llegó el tiempo de los pasteles de frutas! trae nuestro carrito. Ayúdame a buscar mi sombrero».

Se encuentra el sombrero, una rueda de paja adornada con rosas de terciopelo que la intemperie ha marchitado: en otro tiempo perteneció a una parienta muy elegante. Los dos juntos empujamos nuestro carrito, un destrozado coche de niño, hacia el jardín y hacia un bosquecillo de pacanas. El carrito es mío, es decir, fue comprado para mí cuando nací. Está hecho de mimbre, bastante desbaratado, y las ruedas se bambolean como las piernas de un borracho. Pero es un servidor leal; en primavera, lo llevamos a los bosques y lo llenamos de flores, hierbas, helechos para las macetas de nuestra galería; un verano, lo car-

JULIO CORTÁZAR

gamos con provisiones para el *picnic* y con cañas de azúcar para pescar, y lo empujamos hasta la orilla del arrollo; también tiene sus usos invernales: transportar leña del patio a la cocina, servir de cama tibia para Queenie, nuestra pequeña terrier anaranjada y blanca, vigorosa, que ha sobrevivido a enfermedades y a dos mordeduras de serpientes de cascabel. Ahora Queenie va trotando junto al carrito.

Tres horas más tarde estamos de regreso en la cocina con una carretada de pacanas caídas de los árboles. Nos dolía la espalda por el esfuerzo de recogerlas: era difícil encontrarlas (puesto que la cosecha principal había sido recogida sacudiendo los árboles y vendida por los propietarios de la huerta, que no éramos nosotros) entre las hojas que las ocultaban y la hierba escarchada y engañadora. ¡Craaac! Un alegre crujido y estallidos de un trueno en miniatura se oyen cuando se rompen las cáscaras y el dorado montón de dulces almendras aceitosas y marfileñas aumenta en la vasija de criolita. Queenie pide que lo dejemos probar, y de cuando en cuando mi amiga le da furtivamente un trocito, aunque insistiendo en que con ello nos privamos.

—No debemos, Buddy. Si empezamos, no parraremos. Y apenas si alcanza con esto. Para treinta pasteles.

La cocina está oscureciéndose. El crepúsculo convierte la ventana en un espejo: nuestro reflejo se mezcla con la luna naciente mientras trabajamos junto a la chimenea al resplandor del fuego. Por último, cuando la luna ya está alta, arrojamos la última cáscara al fuego y, suspirando al unísono, la vemos encenderse. El carrito está vacío, la vasija llena hasta el borde.

Cenamos (bizcochos fríos, tocino, dulce de zarzamora) y discutimos sobre lo que haremos mañana. Mañana empieza la clase de trabajo que me gusta más: comprar. Cerezas y sidra, jengibre y vainilla,

pasas y nueces y whisky, y, ¡oh, tanta harina, mantequilla, tantos huevos, especias, esencias! ¡Caramba, necesitaremos un pony para tirar del carrito hasta la casa!

Pero antes de que se puedan efectuar esas compras, está la cuestión del dinero. Ninguno de los dos lo tiene. Excepto las miserables sumas que alguna vez obtenemos de las personas de la casa (diez centavos se considera una gran cantidad), o lo que ganamos con ciertas actividades: ventas diversas, de cubos llenas de moras cosechadas por nosotros, tarros de mermelada y jalea de manzana y conservas de melocotón hechas en casa, flores para los entierros y las bodas. Una vez ganamos un concurso sobre el fútbol nacional. No es que entendiéramos nada de fútbol. Es, simplemente, que participamos en cualquier concurso de que tuviéramos noticias: en aquel momento nuestras esperanzas se cifraban en el gran premio de cincuenta mil dólares ofrecidos para dar nombre a una nueva marca de café (propusimos «A.M.»; y después de alguna vacilación, pues mi amiga pensaba que acaso sería sacrílego el *slogan* «A.M. Amén»). Para decir la verdad, nuestra única empresa «realmente» provechosa fue el Museo de Rarezas y Diversiones que organizamos en el cobertizo de un patio, dos veranos antes. Las Diversiones consistían en una linterna mágica con vistas de Washington y de Nueva York que nos prestó una parienta que había estado en aquellos lugares (y se puso furiosa cuando descubrió para qué se la habíamos pedido); las Rarezas, un polluelo de tres patas empollado por una de nuestras gallinas. Todo el mundo quería ver aquel polluelo; hacíamos pagar un níquel a los mayores y dos centavos a los niños. Y habíamos colectado lo menos veinte dólares cuando se cerró el museo por la muerte de la principal atracción.

JULIO CORTÁZAR

Pero de una manera o de otra, cada año reuníamos unos ahorros para Navidad, el Fondo de los Pasteles de Frutas. Guardábamos ese dinero en una vieja bolsa de cuentas, bajo una tabla suelta del piso, bajo el orinal, bajo la cama de mi amiga. Rara vez sacamos la bolsa de su seguro escondrijo, excepto para depositar dinero o, como sucede cada sábado, para retirarlo; pues los sábados se me conceden diez centavos para ir al cine. Mi amiga no ha ido nunca al cine ni piensa ir. Dice:

—Prefiero que me lo cuentes, Buddy. De essta manera puedo imaginar más. Por otra parte, una persona de mi edad no debe gastarse la vista. Cuando el Señor venga, que pueda verlo claramente.

Además de no haber visto nunca una película, nunca tampoco había: comido en un restaurante, viajado hasta más de cinco millas de la casa, recibido o enviado un telegrama, leído nada excepto tebeos y la Biblia, usado maquillaje, maldecido, deseado mal a nadie, mentido a sabiendas, dejado que un perro hambriento siguiera hambriento. He aquí algunas cosas que ha hecho y que hace: mató con un azadón la mayor serpiente de cascabel que se ha visto en este condado (de dieciséis anillos), toma rapé (secretamente), domestica colibríes (hagan la prueba) hasta que se posen sobre su dedo, cuenta historias de fantasmas (ambos creemos en fantasmas) tan escalofrantes que le hielan a uno en Julio, habla sola, pasea bajo la lluvia, cultiva las más hermosas camelias japonesas de la población y sabe la receta de toda clase de viejas curaciones indias, incluyendo un remedio mágico para extirpar verrugas.

Ahora, terminada la cena, nos retiramos a nuestra habitación, situada en una parte remota de la casa, donde mi amiga duerme en una cama de hierro cubierta con una vieja colcha y pintada de rosa, su color favorito. Silenciosamente, entregados a los placeres de la conspi-

ración, sacamos la bolsa de su escondrijo y derramamos su contenido sobre la colcha. Billetes de a dólar apretadamente enrollados y verdes como brotes de mayo. Sombrías monedas de a cincuenta centavos, lo bastante pesadas para mantener cerrados los ojos de un muerto. Hermosas piezas de a diez, la moneda más viva, la que realmente tintinea. Níqueles y cuartos de dólar, pulidos por el uso como guijarros de arrollo. Pero, más que nada, un odioso montón de centavitos de color acre. El verano pasado los otros de la casa convinieron en pagarnos un centavo por cada veinticinco moscas que matáramos. ¡Oh, la carnicería de agosto, las moscas que volaron al cielo! Sin embargo, ése no era un trabajo que nos enorgulleciera. Y mientras estábamos sentados contando centavos, era como si volviéramos a hacer el recuento de moscas muertas. Ninguno de los dos tenía cabeza para los números; contábamos lentamente, nos equivocábamos, volvíamos a empezar. De acuerdo con los cálculos de mi amiga, tenía \$ 12.73. Según los míos, exactamente \$13.

—Espero que te hayas equivocado, Buddy. NNNo podemos hacer nada con trece. Los pasteles saldrían mal. O alguien iría al cementerio. ¡Ni pensar en levantarme de la cama el día trece!

Eso es verdad: mi amiga siempre pasa los días trece en la cama. Por lo tanto, para asegurarnos, separamos un centavo y lo arrojamos por la ventana.

De todos los ingredientes que componen nuestros pasteles de frutas, el whisky es el más caro, así como el más difícil de obtener: las leyes estado prohíben su venta. Pero todo el mundo sabe que se puede comprar una botella al señor Jajá Jones. Al día siguiente, terminada nuestras compras más prosaicas, nos dirigimos al establecimiento del señor Jajá, un «pecaminoso» (según la opinión pública) café, donde

JULIO CORTÁZAR

hay baile y frituras de pescado, a la orilla del río. Habíamos estado allí antes y con el mismo objeto; pero los años anteriores tratamos con la esposa de Jajá, una india oscura como el yodo, pelo oxigenado color latón y un aire de extrema fatiga. Nunca, en verdad, habíamos visto a su marido, aunque habíamos oído decir que también es indio. Un gigante con cicatrices de navaja en las mejillas. Lo llaman Jajá porque es muy ceñudo, un hombre que nunca ríe.

A medida que nos acercábamos al café (larga cabaña de troncos, festoneada dentro y fuera con filas alegres y deslumbradoras bombillas eléctricas, que se levantaban junto a la orilla fangosa del río, bajo la sombra de árboles ribereños donde el musgo sube entre las ramas como niebla gris), nuestros pasos se hacían más lentos. Hasta Queenie deja de corretear y anda muy pegada a nosotros. Ha habido asesinatos en el café de Jajá. Personas despedazadas. Descalabradas. Hay un caso que irá al tribunal el mes próximo. Naturalmente, tales sucesos ocurren por la noche, cuando las luces de colores proyectan dibujos fantásticos y el fonógrafo aúlla. De día, el establecimiento de Jajá se ve mísero y desierto. Llamo a la puerta, Queenie ladra, mi amiga grita:

—¿Señora Jajá? ¿Señora? ¿Hay alguien en la casa?

Pasos. La puerta se abre. Nuestros corazones dan un vuelco. Es el propio señor Jajá Jones! Y «es» un gigante; y «só» tiene cicatrices; y «no» sonrío. Ceñudo, nos mira con ojos oblicuos de Satán y pregunta:

—¿Qué quieren de Jajá?

Por un momento estamos demasiado paralizados para contestar. Al fin mi amiga encuentra a medias su voz, un susurro de voz a lo sumo:

—Si nos hace el favor, señor Jajá, quisiérramos un litro de su mejor whisky.

Sus ojos se inclinan más. ¿Quién lo creería? ¡Jajá está sonriendo!
Es más, ríe.

—¿Quién de ustedes es el bebedor?

—Es para hacer pasteles de fruta, señor Jaaajá. Para cocinar.

Eso lo calma. Frunce el ceño.

—¿Qué manera de malgastar el buen whisky!

No obstante, se retira dentro del sombrío café y unos segundos más tarde aparece con una botella sin etiqueta llena de licor de un amarillo de margarita. Muestra su reflejo a la luz del sol y dice:

—Dos dólares.

Le pagamos con monedas de a diez, cinco y un centavo. De pronto, mientras agita las monedas en su mano como si fuesen dados, su cara se suaviza.

—¿Saben qué les digo? -propone, volviendo a meter el dinero en nuestra bolsa de cuentas-. En vez de pagar, mándenme uno de esos pasteles de frutas.

—Bueno -observa mi amiga por el camino de regreso a casa-, es un hombre encantador. Pondremos una taza más de pasas en «su» pastel.

La estufa negra, cargada de carbón y leña, resplandece como una calabaza iluminada por dentro. Las batidoras de huevo giran, las cucharas revuelven las vasijas de mantequilla y azúcar, la vainilla endulza el aire, el jengibre lo hace picante; una mezcla de olores que producen hormigueo a las narices, satura la cocina, se difunde por la casa, se esparce por el mundo en bocanadas de humo de la chimenea. En cuatro días nuestra obra ha terminado. Treinta y un pasteles, empapados de whisky, en los antepechos de las ventanas y los anaqueles.

JULIO CORTÁZAR

¿Para quién son?

Amigos. No necesariamente amigos de la vecindad: realmente, la mayor parte están destinados a personas a quienes hemos visto quizá una vez, quizá nunca. Personas que han impresionado nuestra imaginación. Como el presidente Roosevelt. Como el reverendo J. C. Lucey y su esposa, misioneros baptistas en Borneo que dieron conferencias aquí el invierno anterior. O el pequeño afilador que viene a recorrer la aldea dos veces al año. O Abne Packer, el conductor del autocar de Mobile de las seis, con quien cambiamos ademanes de saludo cada día cuando pasa en una nube veloz de polvo. O los jóvenes Wiston, una pareja de California, cuyo coche una tarde se averió frente a la casa y pasaron una hora agradable charlando con nosotros en la galería (el joven señor Wiston nos sacó una instantánea, la única fotografía que nos han hecho en nuestra vida). ¿Es debido a que mi amiga es tímida con todo el mundo «excepto» con los extraños, que esos extraños, y las relaciones más fugaces, nos parecen ser nuestros verdaderos amigos? Creo que sí. También los álbumes donde guardábamos las palabras de agradecimiento en papel de carta de la Casa Blanca, alguna que otra comunicación de California y Borneo, las postales de a centavo del afilador, nos hacían sentirnos unidos a unos mundos extraordinarios más allá de la cocina con sus vistas a un cielo limitado.

Ahora la rama desnuda de una higuera, en diciembre, roza la ventana. La cocina está vacía, los pasteles han desaparecido ayer llevamos el último de ellos a la oficina de correos, donde el importe de los sellos dejó vacía nuestra bolsa. Estábamos sin un centavo. Esto me deprime, pero mi amiga insiste en celebrarlo..., con dos dedos de whisky que queda en la botella de Jajá. Damos a Queenie una cucharada en una taza de café (le gusta el café con sabor de achicoria y fuerte). El resto lo

dividimos entre dos copas. Ambos amedrentados ante la perspectiva de tomar whisky puro; su sabor provoca gestos contraídos y estremecimientos. Pero poco a poco nos ponemos a cantar, cada uno diferentes canciones, simultáneamente. No sé la letra de la mía, sólo: «Ven, ven a la ciudad oscura, al baile de los faroleros». Pero sé bailar: quiero ser un bailarín de cine. Mi sombra danzante retoza sobre las paredes; nuestras voces sacuden la vajilla; reímos como si manos invisibles nos hicieran cosquillas. Queenie rueda sobre su espalda, sus patas se agitan en el aire, algo como una sonrisa estira sus labios negros. Por dentro me siento arder y chispear como esos leños que se desmoronan, despreocupado como el viento en la chimenea. Mi amiga da vueltas de vals en torno a la estufa, sosteniendo entre sus dedos el borde de su pobre falda de algodón como si fuera un vestido de baile. «Enséñame el camino para ir a casa», canta, mientras sus zapatos de tenis chirrían sobre el piso. «Enséñame el camino para ir a casa...»

Entran dos parientas. Muy enojadas. Potentes, con ojos que escarban, lenguas que escaldan. Escuchad lo que tienen que decir, palabras que caen con tono iracundo:

—□Un niño de siete años! □Whisky en su alliento! ¿Has perdido el juicio? □Licor a un niño de siete años! □Si serás necia! □Camino a la perdición! ¿Recuerdas a la prima Kate? ¿Al tío Charlie? ¿Al cuñado del tío Charlie? □Vergüenza! □Escándalo! □Humillación! □Arrodíllate, reza, ruega al señor!

Queenie se esconde bajo la estufa. Mi amiga mira sus zapatos, su barbilla tiembla, levanta su falda y se limpia la nariz y corre a su habitación. Cuando ya hace mucho que la ciudad duerme y la casa está silenciosa, excepto por los relojes al dar las horas y el chisporroteo de

JULIO CORTÁZAR

los fuegos que van apagándose, está llorando sobre una almohada ya tan mojada como el pañuelo de una viuda.

—No llores -le digo, sentado a los pies de su cama y temblando a pesar de mi camisa de noche de franela que huele a jarabe para la tos del invierno pasado-. No llores -le ruego tironeándole los dedos de los pies y haciéndole cosquillas-, eres demasiado vieja para eso.

—Es porque -dice en un hipo- «soy demasiado vieja. Vieja y ridícula.»

—No ridícula. Divertida. Más divertida que nadie. Oye: si no dejas de llorar, mañana estarás tan cansada que no podremos ir a cortar un árbol.

Se incorpora. Queenie salta sobre la cama (cosa que le está prohibida) y le lame las mejillas.

—Sé donde encontraremos árboles verdaderamente hermosos, Buddy. Y acebo también. Con bayas grandes como tus ojos. Es muy adentro de los bosques. No hemos ido nunca tan lejos. Papá nos traía árboles de Navidad de allí; los cargaba sobre su hombro. De eso hace cincuenta años. Bueno, no puedo esperar la mañana!

Mañana. La hierba resplandece con la escarcha; el sol, redondo como una naranja y anaranjado como las lunas del tiempo cálido, se alza en equilibrio sobre el horizonte, pule los bosques plateados de invierno. Un pavo silvestre canta. Un cerdo vagabundo gruñe entre la maleza. Pronto, a la orilla del agua de rápida corriente, profunda hasta llegar a la rodilla, tenemos que abandonar el carrito. Queenie es la primera en vadear el arroyo, chapotea ladrando plañideramente a la rapidez de la corriente y a su frialdad capaz de producir neumonía. Nosotros la seguimos, sosteniendo nuestros zapatos y equipo (un hacha y un saco de arpillera) sobre nuestras cabezas. Kilómetro y medio más:

de espinas, zarzas y cardos atormentadores que se agarran a nuestros vestidos; de rojizas agujas de pino, brillantes, mezcladas con hongos de alegres colores y plumas de pájaros. Aquí y allá, un vuelo fugaz, un alboroto, una explosión de chillidos nos recuerdan que no todas las aves han volado hacia el sur. Siempre el sendero serpentea entre charcos de sol almidonado y oscuras bóvedas de ramas. Hay que cruzar otro arroyo: una alborotada flota de abigarradas truchas agita el agua a nuestro alrededor, y ranas del tamaño de platos practican las zambullidas de panza: obreros castores están construyendo un dique. En la otra orilla, Queenie se sacude y tiembla. Mi amiga también se estremece, no de frío sino de entusiasmo. Una de las maltrechas rosas de su sombrero suelta un pétalo cuando ella levanta la cabeza y aspira el aire cargado de aroma de pinos.

—Ya casi llegamos. ¿Los hueles, Buddy? -dice, como si nos acercáramos al océano.

Y, en efecto, es una especie de océano. Grandes extensiones perfumadas de árboles navideños, acebos de punzantes hojas. Bayas rojas como brillantes campanillas chinas: los negros cuervos se precipitan chillando sobre ellas. Ya llenos nuestros sacos de suficiente verde y escarlata para rodear de guirnaldas una docena de ventanas, vamos a elegir un árbol, por fin.

—Debe ser -murmura mi amiga- dos veces másss alto que un muchacho. De esta manera ningún muchacho podrá robar la estrella.

El que elegimos es dos veces más alto que yo. Hermoso y valiente bruto que sobrevive a treinta hachazos antes de ceder con un crujiente grito de rendición. Tomándolo como un animal muerto, empezamos el largo arrastre. A los pocos metros abandonamos la lucha, nos sentamos y jadeamos. Pero tenemos la fuerza de los cazadores vic-

JULIO CORTÁZAR

toriosos; esto y el perfume frío y viril del árbol nos reanima, nos aguijonea. Muchos elogios acompañan nuestro regreso, a puesta de sol, por la carretera de arcilla roja que lleva a la aldea; pero mi amiga es taimada y evasiva cuando los viandantes alaban el tesoro cargado en nuestro carrito.

—¿Qué hermoso árbol! ¿De dónde lo traen? -De por allá - murmura ella, vagamente. Una vez se detiene un coche y la holgazana esposa del rico propietario del molino se asoma y relincha:

—Les doy veinte centavos por ese viejo árbol.

Ordinariamente mi amiga tiene miedo de decir que no; pero en esta ocasión sacude prontamente la cabeza:

—No lo daríamos ni por un dólar.

—¿Un dólar! ¡Madre! Cincuenta centavos. Es lo más que doy. ¡Por Dios, mujer!, pueden ir a buscar otro.

En respuesta, mi amiga observa suavemente:

—Lo dudo. Nunca hay dos de nada.

En casa, Queenie se deja caer junto al fuego y duerme hasta la mañana, roncando fuerte como un ser humano.

* * *

Un baúl en el desván contiene: una caja de zapatos llena de colas de armiño (procedentes de una capa de teatro de una curiosa dama que una vez alquiló una habitación en la casa), rollos de colgajos de relumbrón dorados por los años, una estrella de plata, una corta serie de bombi-

llas acarameladas, viejas, indudablemente peligrosas. Excelente decoración hasta donde alcanza, que no es lo suficiente: mi amiga quiere que nuestro árbol resplandezca «como una ventana de los baptistas», que se doble bajo el peso de las nieves de adorno. Pero no podemos costear los esplendores de fabricación japonesa que venden en el «cinco y diez». Por lo tanto, hacemos lo que hemos hecho siempre: pasar días sentados ante la mesa de la cocina con tijeras y lápices y montones de papel de colores. Yo hago los dibujos y mi amiga los recorta: gran cantidad de gatos, peces también (porque son fáciles de dibujar), algunas manzanas, algunas sandías, unos pocos de ángeles alados hechos de envoltorios de papel de estaño que tenemos guardado. Empleamos imperdibles para sujetar al árbol esas creaciones: como toque final, salpicamos las ramas con algodón desmenuzado (recogido en agosto con ese propósito). Mi amiga, contemplando el efecto, junta sus manos.

—Ahora, francamente, Buddy, ¿no te parece bueno para comer? Queenie trata de comerse un ángel.

Después de tejer y adornar con cintas las coronas de acebo para todas las ventanas de la fachada, nuestro proyecto inmediato es la preparación de los regalos para la familia. Pañoletas para las damas, para los hombres un jarabe, preparado en casa, de limón, regaliz y aspirina, para tomarlo «a los primeros síntomas de un resfriado y después de cazar». Pero cuando llega la hora de preparar nuestros mutuos regalos, mi amiga y yo nos separamos para trabajar secretamente. Me gustaría comprarle un cuchillo con mango de nácar, una radio, una libra de cerezas cubiertas de chocolate (una vez probamos algunas y ella siempre jura: «viviría siempre de cerezas, Buddy. [Señor, si, podría...!, y esto no es tomar Su nombre en vano]). En vez de todo eso, le estoy haciendo una cometa. A ella le gustaría regalarme una bicicleta (lo ha dicho un

millón de veces: «si yo pudiera, al menos, Buddy. Ya es bastante malo pasar la vida sin lo que "uno" desea; pero, que Dios lo confunda, lo que me fastidia es no poder dar a "alguien" lo que deseo que tenga. Pero cualquier día lo haré, Buddy. Te encontraré una bicicleta. No preguntes cómo. La robaré quizá»). En vez de eso, estoy casi seguro de que me está haciendo una cometa..., igual que el año pasado, y que el anterior: el anterior a ese nos regalamos hondas. Todo lo cual me parece muy bien. Pues somos campeones de vuelo de cometa, sabemos estudiar el viento como los marineros; mi amiga, más experta que yo, puede elevar una cometa cuando ni siquiera sopla brisa suficiente para arrastrar a las nubes.

La víspera de Navidad, por la tarde, reunimos un níquel y vamos a la carnicería a comprar el regalo tradicional para Queenie, un buen hueso de ternera para roer. El hueso, envuelto en papel fantasía, se cuelga alto en el árbol, cerca de la estrella de plata. Queenie sabe que está allá. Se agazapa al pie del árbol mirando hacia arriba en un arrobo codicioso. Cuando llega la hora de ir a dormir se niega a moverse. Su excitación es igualada por la mía. Levanto a patadas las mantas y doy vueltas a la almohada como si fuese una abrasadora noche de verano. En algún lugar canta un gallo, falsamente, pues el sol está todavía al otro lado del mundo.

—¿Buddy, estás despierto?

Es mi amiga que me llama desde su habitación, contigua a la mía; y un momento más tarde está sentada en mi cama, sosteniendo una vela.

—Bueno, no puedo dormir ni tanto así -declara-. Mi pensamiento salta como una liebre. Buddy, ¿crees que la señora Roosevelt servirá nuestro pastel en la cena?

Nos arrebujaamos en la cama y ella me oprime la mano con ternura.

—Diría que tu mano era mucho más pequeña. Creo que me disgusta verte crecer. Cuando seas mayor, ¿seremos amigos todavía?

Yo digo que lo seremos siempre.

—¡Me siento muy triste, Buddy! ¡Deseaba tanto regalarte una bicicleta! Traté de vender el camafeo que me regaló papá. Buddy... -vacila, como turbada-, te he hecho otra cometa.

Entonces, yo confieso que hice una para ella también; y reímos. La vela está demasiado agotada para seguir ardiendo. Se apaga, y deja ver la luz de las estrellas, esas estrellas que giran en la ventana como un visible villancico al que, lentamente, lentamente, el alba acalla. Posiblemente estamos adormilados; pero los primeros resplandores de la aurora nos rocían como agua fría; ya estamos levantados, con los ojos muy abierto y dando vueltas mientras esperamos que los demás despierten. Adrede, mi amiga deja caer un caldero sobre el suelo de la cocina. Yo bailo, repiqueteando con los pies, frente a las puertas cerradas. Uno a uno salen los de casa, con caras de querer matarnos a los dos; pero es Navidad y, por lo tanto, no pueden hacerlo. Primero, un espléndido desayuno: absolutamente todo lo que uno puede imaginar..., desde las tortas de sartén y la ardilla frita, hasta el pinole y la miel en panal. Lo cual pone a todos de buen humor, menos a mi amiga y a mí. Francamente, tenemos tanta impaciencia por ver los regalos, que no podemos tragar un bocado.

Bueno, quedo decepcionado. ¿Quién no lo estaría? Calcetines, una camisa para ir a la escuela dominical, algunos pañuelos, un suéter usado y un año de suscripción a una revista religiosa para niños. *El Pequeño Pastor*. Me indigna. Realmente me indigna.

JULIO CORTÁZAR

Mi amiga saca mejor tajada. Un saco de ciruelas, que es su mejor regalo. Sin embargo, está más orgullosa de un chal de lana blanca tejido por su hermana casada. Pero «dice» que su regalo favorito es la cometa que yo le hice. Y «es» muy hermosa; aunque no tan hermosa como la que ella hizo para mí, que es azul y tachonada de estrellas de Buena Conducta doradas y verdes; además, en ella está pintado mi nombre, «Buddy».

—Buddy, está soplando el viento.

Sopla el viento, y nada haremos sino correr hasta unos prados que hay más abajo de la casa, adonde Queenie había volado para enterrar su hueso (y donde el otro invierno, Queenie será enterrada también). Una vez allí, sumergidos en la lozana hierba que nos llega hasta la cintura, soltamos nuestras cometas, las sentimos que tiran del cordel como peces del cielo que nadan en el viento. Satisfechos, calientes del sol, nos tendemos en la hierba y pelamos ciruelas y contemplamos el cabriolar de nuestras cometas. Pronto olvido los calcetines y el suéter usado. Soy tan feliz como si ya hubiéramos ganado el Gran premio de cincuenta mil dólares en aquel concurso de dar nombre a un café.

—¡Madre, que tonta soy! -exclama mi amiga, súbitamente alerta, como una mujer que recuerda demasiado tarde que tiene bizcochos en el horno-. ¿Sabes lo que he creído siempre? -pregunta en un tono de descubrimiento y no sonriéndome a mí, sino a un punto situado más allá-. Siempre he creído que un cuerpo tiene que estar enfermo y morir antes de ver al señor. Y me imaginaba que cuando Él viniese sería como mirar a través de la ventana de los baptistas: hermoso como un cristal de color atravesado por el sol, un brillo tal que no te enteras de que oscurece. Y ha sido un consuelo pensar en aquel resplandor que hace desaparecer todo el miedo al coco. Pero estoy segura de que eso

LOS CUENTOS INOLVIDABLES

no sucede nunca. Estoy segura de que en el último momento el cuerpo comprende que el Señor ya se ha mostrado. Que ver las cosas tal como son -su mano hace un ademán circular que abarca nubes y cometas y hierba y a Queenie echando tierra con las patas sobre su hueso-, simplemente como siempre las ha visto, era verlo a Él. En cuanto a mí, podría dejar el mundo con el día de hoy en los ojos.

* * *

Esta es nuestra última navidad juntos.

La vida nos separa. Aquellos que Saben Más deciden que debo ir a una escuela militar. Y de este modo sigue una miserable sucesión de prisiones donde suena la corneta, severos campamentos de verano con toque de diana. Tengo también un nuevo hogar. Pero no cuenta. El hogar es donde está mi amiga, y allí nunca voy.

Y allí permanece ella, entreteniéndose en la cocina. Sola con Queenie. Sola, pues. («Buddy querido -escribe con su letra salvaje, difícil de leer-, ayer el caballo de Jim Macy dio a Queenie una coz mortal. Gracias a Dios, no sufrió mucho. La envolví en una fina sábana de lino y la llevé en el carrito hasta el paso de Simpson, donde puede descansar con todos sus huesos...»). Durante algunos noviembre continúa haciendo sola sus pasteles de frutas; no tantos, pero algunos; y, naturalmente, siempre me manda «el mejor de la hornada». Además, en cada carta incluye diez centavos envueltos en papel higiénico: «ve al cine y cuéntame la película». Pero, gradualmente, en sus cartas tiende a confundirme con su otro amigo, el Buddy que murió en 1880 y tantos;

JULIO CORTÁZAR

cada vez más son no solo los días trece en que se queda en la cama: llega un mañana de noviembre, un amanecer de invierno sin hojas y sin pájaros, en que no puede levantarse y exclama: «¡Oh, madre mía! ¡Llegó el tiempo de los pasteles de fruta!»

Y cuando eso sucede, lo sé. El mensaje que me lo anuncia no hace más que confirmar una noticia que ha recibido ya cierta secreta fibra, amputando una parte insustituible de mi mismo, dejándola suelta como una cometa con el cordel roto. Es por eso que, al atravesar un patio de la escuela en esa particular mañana de diciembre, voy escudriñando el firmamento. Como si esperase ver, semejantes a corazones, un par de cometas sueltas que corren al cielo.